



ISMAIL KADARE

El gran invierno

primera parte

Réquiem por el verano que pasó

Capítulo primero

Los últimos días de septiembre se levantó un fuerte viento que estuvo soplando cuarenta y ocho horas seguidas. Además de otros daños, tiró varias antenas de televisión y dobló la mayoría de las que quedaron en pie. Cuando amainó la ventolera, la gente, encaramada a los tejados, se dedicó varias jornadas a repararlas. Junto a los hierros desnudos, con capuchas para protegerse de la lluvia, parecían extrañamente lejanos y en cierto modo fuera del tiempo. Comenzaba octubre. Los boletines de noticias se hacían cada vez más largos, debido a que se retomaban las reuniones y guerras dejadas a medias durante los meses de verano. Las guerras se desarrollaban en la periferia de los continentes; en el centro de las metrópolis, en engalanados edificios seculares, se celebraban las conversaciones entre gobiernos. Eran alrededor de cien en todo el mundo, sin contar los países que, como seres mitológicos bicéfalos, tenían dos gobiernos. Escuchando las informaciones, la gente sentía más o menos lo mismo que cuando hace mal tiempo y se está caliente dentro de casa. Esta sensación se reforzaba con el boletín meteorológico al final de los informativos. En Europa había niebla continuamente, media Asia estaba cubierta de nieve y la temperatura y las presiones eran tales que podían propiciar el desplazamiento de ciclones desde el centro de los desiertos. Después de todo esto, resultaba natural que los locutores pronunciaran las palabras «buenas noches» o «felicidades sueños» con cierto tono sarcástico.

Cuando Besnik salió a la calle, aún no habían dado las siete y media. La tarde era húmeda. Había llovido. Vio las primeras gabardinas por el gran bulevar y le sorprendió como si acabara de hacer un descubrimiento inesperado. Había llegado el otoño de verdad.

Las aceras estaban repletas. Por las altas puertas de los ministerios salía gran número de funcionarios. Caminó un rato entre la riada de transeúntes, luego recordó que no tenía tabaco y entró en un bar. En la barra

había mucha gente. Esperó a que le llegara el turno mirando su cara reflejada en la superficie niquelada de la cafetera. Al salir, mientras buscaba cerillas en el bolsillo, sus dedos tocaron con algo frío y liso. Era el carrete. Lo había sacado el sábado anterior de la cámara y aún no lo había llevado a revelar. Eran fotos de la playa. El primer verano con Zana, pensó sin apartar los dedos del celuloide. La había fotografiado en todos los lugares de la playa de Durrës y, una vez en Tirana, ella esperaba impaciente las copias. Pero había estado permanentemente ocupado con el trabajo de la redacción. Cuando, una semana antes, Zana descubrió que no sólo no había revelado el carrete, sino que todavía estaba en la máquina, se enojó por el olvido. Le pidió perdón y, para demostrar su sinceridad, lo extrajo delante de ella. Cuidado, cuidado, que no le entre luz. Ella alargó las manos con rapidez, como para proteger de la destrucción lo que se encontraba allí fijado. Una película vela-da, pensó él. La desaparición fulminante de las caras, los cabellos, la línea de la costa. Semejante a la luz cegadora de una explosión atómica, sobre la cual escribían versos últimamente casi todos los jóvenes literatos.

Recordó haber visto antes un laboratorio en la calle de las Barricadas. Atravesó la plaza Skënderbeg y enfiló la calle de Dibra. En la acera de la derecha, junto a la farmacia, vio a Beni. Le había encontrado varias veces en ese mismo lugar con un grupo de amigos de su edad. Hoy estaban de nuevo allí, apoyados en la pared con las largas piernas ligeramente dobladas por la rodilla. Fumaban. Le había dicho varias veces que no se quedara allí, pero no le gustaba el papel de hermano mayor entrometido, y apretó el paso como si no le hubiera visto.

Casi no se podía caminar por la calle de Dibra a causa del gentío. Los rojos autobuses avanzaban despacio, recibiendo el reflejo de las luces de los escaparates. En la calle de las Barricadas chocó varias veces con otros transeúntes por ir mirando hacia arriba para leer los letreros. Muebles. Artículos de cocina. Café. Confecciones. Bombonería. Bar. Por fin: Foto Estudio.

Había muchos clientes. Algunos sentados en viejos sillones, situados a ambos lados de la pequeña sala. La mayoría esperaban turno ante la ventanilla.

Se situó detrás de un muchacho robusto de pelo rubio. Más allá, de pie, un soldado. Junto al soldado, dos chicas, con pinta de estudiantes. Hablaban en voz baja reprimiendo la risa a duras penas. El soldado las miraba triste. Con toda seguridad se va a hacer una foto para enviarla a sus padres, pensó Besnik, a alguna cooperativa lejana. La foto, cuidadosamente

enmarcada en madera, sería colgada junto al hogar y las muchachas del pueblo mirarían con curiosidad y dulzura la cara del soldado, antes tan normal para ellas, con el aire y el misterio de la gran ciudad.

Por qué se hace tantas fotografías la gente, se dijo y su pensamiento voló de nuevo a Zana. El mismo no tenía afición a la fotografía. Te viene de la filosofía islámica, le pinchaba ella a veces.

—¿Usted, compañero? —preguntó la mujer al muchacho robusto sin levantar la vista del bloc de facturas.

—Fotografías para el documento de candidato al partido —dijo el rubio, separando las palabras con decisión.

—¿Nombre?

El soldado y las muchachas debían estar esperando turno para entrar al estudio. El joven robusto tomó la factura y fue junto a ellos.

—¿Usted?

Besnik entregó el carrete.

—¿Revelado? ¿Copias?

Besnik afirmó con la cabeza. La dependienta le preguntó el nombre. Tienes un nombre bonito, le había dicho ella en la playa. Me gustará llamarme Zana Struga. ¿No me va?

Ahora llueve en todas las playas, pensó.

La mujer le tendió la factura.

—Dos lek y medio. El viernes estará listo.

Cogió la factura y salió. Fuera, habían empezado a caer de nuevo pequeñas gotas. Caminó bajo las marquesinas de los almacenes, leyendo sin querer los letreros del otro lado de la calle. Limpieza en seco. Bar-comidas. Farmacia. Recordó que su padre le había encargado unas pastillas de valium. Últimamente tenía molestias.

Cruzó por el paso de cebra y entró en la farmacia. En el mostrador había una bonita farmacéutica. Le explicaba a un campesino la utilización de un medicamento. El campesino la escuchaba sin entender nada. La farmacéutica reinició la explicación, repitiendo tras cada palabra «¿entiendes?». Levantó la vista como buscando ayuda entre quienes esperaban al otro lado del mostrador. Sus ojos encontraron los de Besnik y, encogiéndose levemente los hombros, sonrió. Al final, sin decir nada, el campesino cogió el frasco y se marchó. La muchacha desapareció en la rebotica.

La serpiente, dijo para sí. Su mirada se había posado sin querer sobre el símbolo de la farmacia, estampado sobre un cristal enorme: una copa y una serpiente enroscada en ella. ¿Quién habrá inventado este repugnante

símbolo? Algún sicópata, seguro. Yo también tengo miedo a las serpientes, pero, de todas formas, me sorprende el asco que te producen a ti, le había dicho Zana cuando vieron una culebra partida en dos por las ruedas de un automóvil en la carretera de la playa. Entonces él le habló de las culebras de Butrinto. A ella se le descompuso el semblante y acabó diciendo ¡basta, basta! Tampoco a él le apetecía recordarlas, pero acudían a su mente cada vez que veía, en sellos de correos o postales, las gradas del antiguo teatro. Era un recuerdo de sus primeros trabajos como periodista. No había visto en su vida tantas serpientes. Es probable que ni los periodistas que van de servicio a la jungla tengan oportunidad de ver tantas. Había salido con prisa por la tarde. Por la larga carretera pasaban de continuo motocicletas de la policía de tráfico. En todas las ciudades y pueblos, a ambos lados de la calzada, pancartas y banderolas rojas daban la bienvenida al primer ministro soviético. Llevaba varios días en Albania. Debía estar en Butrinto antes de medianoche, pues existía la posibilidad de que éste fuera uno de los primeros lugares que visitara Jruschov. Besnik no había visto nunca las ruinas de la célebre ciudad antigua. Al día siguiente, a pesar del cansancio por el largo viaje, se despertó temprano, se levantó y salió. La calma era extraordinaria. Las ruinas de la muralla, las columnas, las estatuas y el anfiteatro estaban allí abajo, a sus pies. Edipo rey. Electra. Todo estaba despejado y muerto. Sólo se oían lejanos golpes de martillo. Alguien clavaba una tela roja en la que se leía, en albanés y ruso, una frase del último discurso de Jruschov en Tirana: «Albania se convertirá en un jardín floreciente en Europa». Besnik descendió para ver más de cerca las estatuas y las gradas del anfiteatro, medio cubiertas por las aguas. Debía de haberse producido una inundación, porque las aguas estaban turbias y fluían lentamente por todas partes. Se sentía su murmullo sosegado. Las estatuas mutiladas lo contemplaban todo con malvado desprecio. De repente, vio las serpientes. Se deslizaban despacio sobre la superficie marrón del agua con una agilidad terrorífica. Besnik dio un paso atrás y, en ese momento, escuchó una risa. No te asustes, están muertas. Era Zef, de ATA. Están muertas, repitió. Mira, otra más allá. En las columnas. Ya la veo, dijo Besnik. Las han envenenado hace unos días, explicó Zef. En las ciénagas de los alrededores hay muchas y son peligrosas. ¿Me entiendes? Jruschov tiene costumbre de caminar. No se sabe lo que puede ocurrir. Por eso, por si acaso, han echado el veneno. Mira otra, señaló Besnik. Qué imagen más asquerosa.

—¿Qué desea, por favor? —le preguntó la farmacéutica.

—¿Me puede dar unas tabletas de valium?

—¿Tiene receta?

Besnik se encogió de hombros.

Ella esbozó una sonrisa con expresión de reprimenda y, sin decir nada, se inclinó a escribir la factura.

Hoy no es nada, había dicho Zef el de ATA; ayer y sobre todo anteayer era espantoso. Flotaban sin cesar, una tras otra, enredándose en las columnas, en las piernas de las estatuas. Zef señalaba con la mano: El orador. El filósofo. Otro filósofo. ¿Ves allí aquel grupo de estatuas, que tienen los brazos rotos? Exacto. Representan un coro antiguo. Anteayer, las serpientes colgaban de sus hombros. ¡Ya está bien! había protestado Besnik. No tengo ganas de oírte. No obstante, estuvo un buen rato mirando los reptiles muertos que aparecían una y otra vez sobre las turbias aguas, como en una pesadilla. Algunas quedaban unos instantes enganchadas en las gradas del anfiteatro. Espectadores, de Esquilo, de Edipo rey.

—Pague en caja, por favor —dijo la farmacéutica.

En la calle ya no había la aglomeración humana de media hora antes. Había cesado la lluvia. Algunos viandantes miraban las carteleras de los cines. Se dio cuenta que, a medida que avanzan las horas de la tarde, hay más gente en las calles y los cruces que se detiene sin objeto ante los anuncios de películas que no entrarán a ver, porque la proyección ya ha comenzado, o gente que se pasa las horas muertas ante todo tipo de anuncios y cuadros horarios que, con toda seguridad, no utilizarán nunca.

Él mismo se detendría ahora con gusto ante cualquier cartel inútil, pero recordó que debía ir a casa de Zana. Empezó a caminar con rapidez para salir otra vez a la plaza de Skënderbeg. Pensó en coger el autobús, pero cayó en la cuenta de que a esas horas el servicio comenzaba a reducirse. Pasaba frente a los silenciosos edificios de los Ministerios. Las numerosas ventanas que hacía una hora brillaban con la luz, estaban ahora oscuras. En algún piso, el segundo o el tercero, sonaba un teléfono. Sonrió sin motivo aparente. Dobló a la derecha y cruzó el oscuro parque para salir a la calle de la Central de Correos. Se oía música de baile en dos o tres puntos. Cristales revestidos de vaho tras los cuales aparecían borrosas figuras gelatinosas, como en el mundo submarino. En los centros de trabajo y las escuelas se realizaban las primeras fiestas para celebrar el mes de la amistad albanosoviética. Aquella música le produjo una contracción en el corazón. Recordó que hubiera si do mejor decir a la mujer del laboratorio la sensibilidad de la película. De todas formas, no tenía mucha importancia. En realidad ni siquiera él sabía qué sensibilidad tenía. En Butrinto, Zef realizó veinte exposiciones para fotografiar las serpientes. ¡Qué cosa más horrible! Intentó

quitárselas de la cabeza. Seguramente el soldado se habría hecho ya sus fotos, después de sudar un cuarto de hora bajo los focos, a las órdenes del fotógrafo. Las estudiantes también. Dos años antes, cuando se hizo las fotos para los documentos de candidatura del partido, la muchacha que le atendió le dijo: ¡Enhorabuena, camarada!

Llegó a casa de Zana. Una villa grande de dos pisos. Había bastantes en aquel barrio. En el primer piso vivían los dueños de la casa, una familia de burgueses expropiados tras la guerra.

Subió las escaleras. La madre de Zana abrió la puerta.

—¡Besnik! —gritó—. Qué alegría verte.

Se había vuelto a cortar el pelo como el invierno pasado, poco después de que se formalizara el noviazgo de ellos. A él le gustaba que siguiera conservándose bien. Mamá es tan alegre, decía siempre Zana. Me encantaría tener su carácter, pero, no sé. Tengo miedo de hacerme una cascarrabias. ¿Tú qué dices? Decía todo esto en un tono jovial, acariciante, segura de que se censuraba algo que a él le resultaba simpático. En casa de Besnik hablaban poco. No sólo su padre y su tía (y él mismo, se comprende), también Beni había comenzado a hablar cada vez menos. Quizá hablaba mucho en la calle de Dibra con sus compañeros, con las rodillas ligeramente dobladas y el cigarrillo entre los labios, pero en casa casi no abría la boca. La única voz que se oía allí era la de Mira. Ya se sabe que las chicas de su edad (estaba en undécimo curso) siempre hablan mucho.

—¿Llueve? —preguntó la madre de Zana—. ¿Te has mojado?

—No, ha empezado ahora. ¿Hay alguien dentro? —Está mi hermana con su marido, Skënder. Besnik la miró inquisitivo.

—Skënder —le espetó Liria en voz baja—, ya le conoces, ¿no?

—¿Skënder Bermema, el escritor?

Liria dejó escapar una carcajada.

—¡Claro! Eres sorprendente. ¿No sabías que mi hermana está casada con él?

—Sí, pero... no le veo desde hace tiempo. Desde...

En realidad no le había vuelto a ver desde que le conoció, en la cena con motivo del compromiso de Zana. De todo el círculo familiar de Zana, había sido el más distante y cuando Liria dijo: dentro están mi hermana y su marido, Skënder, le pareció casi increíble.

Te pillé, dijo para sí pasándose las palmas de las manos por el cabello. Así que tú también haces visitas a la familia como todos los mortales.

—Ah, los yernos de hoy —continuaba Liria en voz baja, cariñosa, mientras Besnik pensaba que si alguien le hubiera dicho de pronto que el

famoso escritor Skënder Bermema era el marido de la tía de Zana se hubiera quedado boquiabierto.

—¡Buenas noches! —saludó, entrando en la sala de estar.

El hombre, cuya cara había visto tantas veces en las páginas de la prensa literaria y en la televisión, le sonrió. Fue una sonrisa en cierto modo independiente de lo que ocurría alrededor. Sentada en el canapé junto a su esposo, alta y sin ningún parecido con Liria, su mujer escuchaba con atención cuanto se hablaba, sin intervenir en la conversación.

—¿Cómo va eso, Besnik? —preguntó el padre de Zana.

Besnik hizo un gesto con la cabeza, que significaba «bien», y se sentó en una de las butacas. Lo único que le molestaba cuando hablaba con su suegro era no encontrar una manera cómoda de dirigirse a él. Al principio, cuando se conocieron, le llamaba como todo el mundo, camarada Kristaq. Pero al cabo de dos semanas notaba que aquello no iba. La propia Zana se había mordido los labios de alegría en dos o tres ocasiones mientras hablaban. Llamarle sencillamente Kristaq le era más difícil, no sólo por ser viceministro, sino también por la edad y... algo más, algo relacionado con todo su ser, con su cuerpo, su voz, su modo de caminar e incluso con su estilo de vestir.

—Bien, ¿y usted? —respondió Besnik. Por fin había encontrado una solución intermedia, mantenía el tratamiento de usted, evitando el nombre. Naturalmente, esto era difícil, por ejemplo, por teléfono, cuando lo cogía el suegro. Entonces se veía obligado a decir camarada Kristaq, pero, de todas formas, por teléfono todo era más sencillo, y la palabra camarada armonizaba mejor con los números y las señales. Todo estriba en que el socialismo no ha penetrado aún en todas las células de nuestro ser, dijo un día Ilir, cuando salió a colación el tema. Nos resulta difícil llamar a las personas mayores camarada fulano, porque la sombra de la palabra señor ronda todavía en nuestro subconsciente. Igual que rondan los antiguos señores por la planta baja de la villa donde vive la familia de Zana, pensó Besnik.

—Ha empezado el otoño —comentó Kristaq pensativo, sin apartar la vista de su yerno, como si éste hubiera traído de la calle las huellas del otoño. Besnik se pasó la mano por el pelo para sacudir unas gotas de lluvia.

—Sí, se ha estropeado el tiempo.

—Ayer se marchó el último de los embajadores que habían venido de vacaciones —dijo Kristaq con un tono de voz como si hablara de la migración de los pájaros—. Justo el otoño.

—Octubre está ya bien avanzado —puntualizó Liria.

—Segundo otoño —intervino Skënder Bermema sin quitarse el

cigarrillo de la boca—, por algo le llaman así.

—Ya no se utiliza ese nombre —replicó Kristaq—, a no ser en las novelas.

—Pues muy mal que no se utilice. Para mí, las palabras octubre o septiembre, son estériles; sin embargo, primer otoño, segundo otoño y tercer otoño están llenas de vida.

—Interesante, no se me había ocurrido.

—Se trata del drama completo del frío con su ritmo creciente, acto tras acto —prosiguió con su teoría Skënder Bermema. Con el movimiento de sus labios graves, la ceniza del cigarrillo, que aún no había tirado, le cayó sobre la rodilla, pero no se dio cuenta o simuló no dársela. Su mujer se la limpió con un movimiento suave de la mano.

La conversación sobre el otoño se agotó en un minuto, como cualquier conversación sobre el tiempo.

—¿Dónde has estado estos días? —se dirigió Kristaq a Besnik—. No te hemos visto el pelo.

—He estado trabajando en un artículo bastante extenso.

—¿El artículo sobre la crisis de Oriente Medio, del periódico de hoy?

—Sí, en colaboración con un compañero.

—Está bien escrito, pero el de anteayer sobre problemas de la importación no me gustó nada.

Besnik miraba las pesadas cortinas de la habitación que más o menos combinaban con el diván color café y la estantería donde estaban alineadas las obras completas de Lenin. Luego su mirada pasó al televisor. Estaba desmontado. Un montón de cables y lámparas al aire. Daba la impresión de que el aparato se había hecho el harakiri.

—No está roto —dijo Kristaq al captar la mirada de Besnik—. Vamos a cambiarle una lámpara que no va muy bien. No es que se critique a un sector con el que tengo cierta relación —continuó—, sino que es un artículo superficial y poco responsable. En la importación se presentan dificultades imprevistas.

Besnik no supo qué decir. En realidad no lo había leído. Sus ojos se cruzaron con los de Skënder Bermema que, bajo su gris profundo, irradiaban aquella sonrisa suya inmutable.

—Imprevistos sorprendentes. Por ejemplo, supongamos que la Unión Soviética retrasa la entrega de determinada cantidad de trigo y nos vemos obligados a escribir a una firma francesa: ¿qué dirías tú? Aunque esto no es ninguna suposición —Kristaq bajó la voz—, y no son cosas para ir

diciéndolas por ahí, tú lo comprendes. Así que nos encontramos ante este hecho. ¿Qué habría que hacer, según ese periodista vuestro? ¿Armar jaleo porque se retrasa el trigo? ¿Crear malentendidos entre el pueblo? La verdad es bien sencilla: la Unión Soviética ha tenido algunas dificultades. Dicen que el clima, ¡maldita sea! —gritó con rabia—. Sus ojos iban de un lado para otro para no coincidir con los de Besnik.

El clima, pensó Besnik. Pero ¿por qué se enfada?

Zana entró en la habitación y la conversación se quedó a medias.

—¡Buenas tardes! ¿Cómo estás?

Se sentó en un extremo del diván y le sonrió. A él siempre le gustaron los vestidos veraniegos sencillos, y ella lo sabía. Le gustaban los vestidos de punto, sobre todo acabado el período de playa, cuando sus días están contados. Durante unos segundos miró el pelo denso y castaño con leves tonos aceituna, los brazos y las rodillas que se empeñaban en mantener el último resto de sol y, fugaz, pasó por su mente, quizás por milésima vez, la idea de que tendría una mujer bella.

Volvió a sonreír y con toda naturalidad le puso la mano sobre la suya. No tenía reparo en hacer gestos así delante de sus padres, cosa que satisfacía a Besnik.

—¿Estás cansado?

—Un poco.

Cerca, seguramente en el comedor, se oía un rumor liviano. Liria entró con su habitual jovialidad.

—Una copita de raki antes de la cena, ¿qué decís?

—No nos opondremos —respondió Kristaq—. Zana, enciende el televisor. Ahora dan las noticias.

El televisor, aun con los cables fuera, sorprendentemente funcionaba.

—Naturalmente, cuestión de clima —dijo Besnik—. No hay lugar para malentendidos.

—Naturalmente —repitió Kristaq—. En el informe que preparamos ayer con el ministro así lo definimos, «cuestión de clima».

Las noticias ya habían comenzado.

—Ahí tienes tu Oriente Medio —dijo Zana.

Los dos rieron. En la pantalla se veían soldados con casco y equipo en un desierto. Recordó fugazmente al soldado que una hora antes esperaba para hacerse una foto. Seguro que ahora estará caminando bajo la lluvia caminó del cuartel.

—Las fotografías estarán pronto —comentó a Zana.

—¡Qué bien! —exclamó sin apartar los ojos del televisor. Ahora ocupaba la pantalla un enorme avión de pasajeros que acababa de aterrizar. Aguantándose el sombrero con la mano para que no se lo llevara el viento, descendían la escalerilla varios hombres altos. Los reporteros se empujaban para fotografiarlos.

—¡Cuánto me gustan los aeropuertos! —susurró Zana.

Liria entró con las copas en la mano.

—¿Se han reanudado las conversaciones de París? —preguntó, mirando de reojo la pantalla mientras colocaba las copas en la mesita—. ¿Queréis unas aceitunas?

—No —respondió Kristaq—. Son los ministros de Exteriores en Bruselas —añadió tras una pausa.

—Todos los días conversaciones, ¡cómo no se cansan! —dijo Liria.

Zana suspiró.

—¡Qué bonito es! —dijo a media voz mientras las cámaras seguían a los estadistas dirigiéndose a grandes pasos a la terminal del aeropuerto. Acercó el hombro a Besnik y le cogió del brazo. Su frondosa cabellera tenía el agradable aroma de siempre.

—¿Vas a tomar una copita, Zana? —preguntó Liria.

—¡Salud! —brindó Kristaq.

Mientras traía una copa, Liria preguntó si habían oído rumores sobre cambios en el Ministerio de Agricultura, pero nadie respondió.

—¿Sabéis? —continuó— he oído que anteanoche vieron al ministro caminando por la calle bajo la lluvia, hecho una sopa. ¿Ha ocurrido algo?

—Liria —cortó Kristaq—, ¿eres tú quien se dedica al cotilleo político, en lugar de los de abajo? —y señaló el suelo con la mano.

—¡Hombre! —refunfuñó Liria.

—Ni hombre ni nada, no está bien andar hablando de un camarada con esa responsabilidad —le espetó Kristaq.

—Precisamente él, por tener un puesto así debería preservar su autoridad, y no...

—A cualquiera le puede pillar la lluvia en mitad de la calle, ¡maldita sea!, y si te pilla la lluvia, pues te mojas, ¿o no? —dijo Kristaq, dirigiéndose a las visitas.

—Claro —intervino Skënder Bermema—. ¿No hablábamos antes del clima?

Kristaq soltó una carcajada, moviendo la cabeza.

—Del clima —dijo— y del segundo otoño.

Todos rieron y, como tenían el tenedor en la mano, la escena resultaba aún más cómica.

Cuando acabaron de reír, su esposa le dijo algo al oído a Skënder Bermema.

—No os vayáis —dijo Kristaq—, quedaos a cenar.

—Nos quedaríamos con mucho gusto —respondió Skënder Bermema, mirando a Besnik—, pero estamos invitados en otro sitio. Incluso se nos ha hecho tarde.

Cuando se levantaron y la cabeza de Skënder Bermema se situó bajo la lámpara, Besnik observó con sorpresa que su cabello castaño tenía un reflejo rojizo parecidísimo al de la amiga más íntima de Zana, Diana Bermema. ¡Si son parientes!, estuvo a punto de exclamar, es normal.

—Así son estos escritores —dijo Liria cuando se fueron—. Cuando les viene la inspiración...

Los ojos de Zana buscaban la mirada de Besnik. Mamá utiliza a menudo frases manidas, no se lo tomes en cuenta, le había dicho Zana. No tiene mal corazón.

Sonó el teléfono. Liria se levantó de inmediato. Era ágil, aunque pareciese demasiado gorda, sobre todo comparada con su esposo. Mirando la cara delgada y alargada de Kristaq en la vieja fotografía, vestido de guerrillero, Besnik se extrañaba de que, después de tantos años, hubiera cambiado tan poco.

—Coge aceitunas —le dijo Kristaq—, son muy buenas.

En el pasillo, Liria seguía hablando por teléfono. —Golpe de Estado —dijo Zana, señalando con la mano la pantalla del televisor.

Volvieron la cabeza sin ninguna curiosidad. En el televisor se veía la plaza de una ciudad con un enorme monumento en el centro.

—Ahora son normales —comentó Kristaq, retirando la vista de la pantalla. Empezaron a hablar de la exportación de aceitunas y tabaco. En realidad, Besnik era periodista especializado en economía, aunque se ocupaba con frecuencia de problemas internacionales, sobre todo del Mercado Común o del petróleo.

—¿Dónde han dado el golpe de Estado? —preguntó al poco Kristaq.

Zana se encogió de hombros.

—¿Cómo quieres que me acuerde del nombre?

—¡Indiferente! —le espetó Kristaq, moviendo el dedo en un gesto recriminatorio.

Besnik sonrió.

Liria por fin dijo «adiós» por el auricular y asomó la cabeza por la

puerta:

—¿Cenamos?

El comedor estaba pegado a la cocina. Una habitación agradable pintada de color claro. Junto a la ventana, un cactus grande. En la pared, una naturaleza muerta.

—He hecho la pasta como a ti te gusta —dijo, sirviendo a Besnik.

Kristaq hizo una broma. Definitivamente problemas del clima, pensó Besnik. De lo contrario no tendría tan buen humor. Como es cuestión de clima el asunto de las serpientes. Cuestión de lluvias. A pesar de todo, cuando Zef, el de ATA, había enseñado las fotos, el jefe de personal, clavando los ojos en ellas, había exclamado: ¡qué significa tanta pasión por fotografiar serpientes muertas!

Kristaq llenó de vino los vasos. Besnik no tenía hambre, pero se comió la pasta con rapidez empujado por el miedo, casi pánico, a que Liria dijera la frase «el apetito viene comiendo», que, sin ninguna razón, odiaba. Mientras comía, sus ojos leían sin querer la etiqueta de la botella de agua mineral. Recomendada a los enfermos de riñón y de hígado. Aconsejable en casos de infección del estómago y de trastornos digestivos.

Tras la pasta, Liria sirvió filete con patatas fritas y ensaladilla rusa.

La conversación en la mesa era trivial, sin ninguna pretensión, una de esas conversaciones en la que se puede entrar libremente y salir con la misma libertad, encontrándola después como se la dejó momentos antes, agradable e indefinida.

—Y éste es el flan de Zana —dijo Liria mientras sacaba del frigorífico cuatro platos de postre.

El flan de Zana, pensó Besnik. Algo que tenía relación con Zana. Como una somnolencia, atravesó su cerebro la idea de que dormirían juntos muchas noches y muchas siestas.

—¡Enhorabuena! —dijo Kristaq—, solo que has empezado la casa por el tejado.

—Tiene tiempo de aprenderlo todo —intervino Liria.

—No, no tengo tiempo.

—¿Por qué, cuando os casáis?

Zana miró a Besnik.

—Pensamos a principios de enero.

Liria echó una mirada rápida a sus caras, intentando adivinar si existía motivo para tanta prisa. Después de pasar veinte días juntos en un hotel de la playa, esta duda entraba dentro de lo normal. Pero sus rostros permanecieron bastante tranquilos.

—¿No es un poco precipitado?

—¿Por qué te parece precipitado? —respondió Zana.

Ella piensa lo mismo, dijo Besnik para sí mirando a hurtadillas sus mejillas que sombreaban las líneas oblicuas de la cara. Muchas noches y muchas siestas, pensó. Como en el hotel de la playa. Entornó los ojos. Ahora la arena estaría endurecida por la lluvia y el verano le pareció tan lejano como la época paleozóica.

Kristaq encendió un cigarrillo.

—¿Por qué te metes? —dijo a Liria con un tono festivo—. Que hagan lo que quieran. El café lo tomamos allí —añadió levantándose. Besnik fue tras él. Zana y su madre lo hicieron más tarde. Zana se sentó junto a él en el canapé. Se había sujetado el pelo con una cinta azul. ¿Por qué no nos casamos en diciembre?, pensó Besnik.

—A ver qué hay en la televisión —dijo Liria apretando el botón del interruptor. En la pantalla aparecieron dos seres que se movían entre la niebla, luego se aclaró la imagen y los dos seres se convirtieron en dos hombres que se golpeaban.

—Boxeo —dijo Besnik.

—¡Uf, qué rabia le tengo! —protestó Liria.

Debían ser los últimos asaltos, porque los púgiles parecían muy cansados. En la torpe lentitud de sus golpes había algo monstruoso.

—¡Ay, se ha caído uno! —exclamó Zana. El árbitro, con las piernas ligeramente abiertas ante él, empezó la cuenta. El boxeador se puso de rodillas, apoyó un brazo en las cuerdas y, siguiendo con los ojos borrosos la mano del árbitro que subía y bajaba, intentó levantarse, pero no pudo y cayó redondo a la lona.

—Es terrible —dijo Zana—. Qué pena me da.

El adversario empezó a dar vueltas al cuadrilátero, saludando a la muchedumbre que le aclamaba.

—Es un deporte bárbaro —intervino Kristaq.

Liria trajo el café. Después empezó el último boletín de noticias. Volvieron a salir los soldados con casco y equipo a la espalda, caminando por la arena. Ahí tienes tu Oriente Medio. Besnik miró el reloj. Había pasado la medianoche.

—Se ha hecho tarde —dijo levantándose.

—Ha empezado a llover otra vez. Coge el paraguas de Kristaq. ¿Te doy la gabardina? —le preguntó Liria.

—No, con el paraguas tengo bastante. Buenas noches.

—Buenas noches —dijo Kristaq con la voz velada por un bostezo.

—Buenas noches, Besnik. Salud —dijo Liria desde la puerta. Zana, colgada de su brazo, bajaba las escaleras para despedirle. Le corrió por la cabeza la idea de que es muy fácil imaginar la felicidad subiendo o bajando escaleras. En el piso bajo, una de las ventanas todavía tenía una luz pálida.

—¿Qué dices, saldrán las fotos que hicimos contra el sol? —preguntó ella con voz somnolienta.

La besó en el cuello y ella se estrechó dulcemente contra su hombro. Después de tres semanas de fogosas relaciones íntimas en la playa, se habían visto relativamente poco durante el último mes y Besnik sentía nostalgia de todo lo que pertenecía a Zana. Se besaron un rato en las escaleras, pero era más un suplicio que una satisfacción. Ella se apartó.

—¿Por qué no nos casamos en diciembre? —susurró Besnik con cierto tono de reproche.

Ella le revolvió el cabello.

—Ahora, buenas noches.

—Buenas noches.

Al abrir el paraguas, recordó la conversación sobre el ministro calado bajo la lluvia y soltó una carcajada.

—Se despiden por las escaleras, se besan, se dicen buenas noches —dijo para sus adentros la vieja Nurihan, echando la manzanilla en el vaso. Noche negra.

Aguzó el oído un rato escuchando los pasos que se alejaban. Si al menos pudiera conciliar el sueño, pensó. No lograba distinguir si le zumbaban los oídos o es que estaba lloviendo. Moriré con esta lluvia. Mi tumba se cubrirá de manzanilla.

La cucharilla golpeaba el vidrio del vaso. Qué han dicho contra el sol, pensó. Por qué dicen siempre cosas terribles.

Hacía veinte años que sólo escuchaba cosas terribles. Perteneces a una clase derrocada, pensó, por eso estás abajo, para oír estas cosas.

El vidrio del vaso sonaba quejumbroso en su mano. Así, así, se repetía. Nosotros abajo, ellos arriba. Nosotros en los pisos bajos, en los sótanos, arrojados en el infierno; ellos arriba, encima de nosotros, con su vida y con otras noticias. Se despiden por las escaleras, se besan después de la cena.

Estuvo murmurando durante un rato, como de costumbre. Mamá, le solía decir Mark, por qué te haces mala sangre. Eso ya se ha acabado. Aunque no lo aceptara, daba la razón a su hijo. Había terminado de verdad y

ella intentaba no darle más vueltas. Pero, a veces, bastaba cualquier nimiedad para que las heridas se reabrieran. Mientras seguía meneando la manzanilla, miró de nuevo el jersey azul claro recién empezado, que Emilia había dejado sobre el viejo canapé. El jersey, el primer encargo de aquella vigilia de invierno, le recordó, como cada año, la última y terrible predicción de Hançe Hajdija Peza e Madhe en aquel noviembre de 1944, días antes del derrocamiento. Vosotras, mujeres que aguardais en silencio al destino igual que las arañas, tejeréis como ellas para ganáros el pan, desgraciadas de vosotras, arañas.

Bruja, murmuró Nurihan. Entre todos los males, cómo conseguiste encontrar el más prolongado, bruja. Durante todo el invierno venían uno tras otro a encargar jerseys, con una burla perenne en los ojos, como diciendo: vosotros los burgueses sois buenos para hacer bañadores y jerseys. Y Emilia, asustada, se mostraba servil ante ellos. Qué serviles son todos, pensó, hasta Mark, que es el más joven.

Empezó a sorber despacio la manzanilla. Ya hace tiempo que nadie habla contra ellos en nuestra casa, dijo para sí. Igual que las arañas. Ya no hay nervio. Pululamos como sombras mudas. Teje jerseys, teje, araña Emilia.

Bebió medio vaso y volvió a removerlo porque lo encontraba amargo.

De dónde ha salido esta ventolera que nos arrastra a todos, estuvo a punto de gritar. De Siberia, del desierto de Gobi. Quién sabe qué enormes arañas venenosas habrá allí. Espero que se me lleve este invierno. Ya no sentía la mano derecha. Que se me lleve cuanto antes. Y dejar de vivir sola, como una oquedad aislada en un mundo extraño. Un mundo nuevo... Donde pueda dormir, al menos. Donde no oiga sus pasos por la escalera. Ni sus incomprensibles palabras contra el sol.

Derrocados. En los pisos bajos, en los sótanos, repitió para sí. Los hay que están más hondo, bajo tierra, añadió al poco. Bajo tierra.

Como de costumbre, recordó a algunos conocidos muertos; luego, su cerebro extenuado pensó un buen rato en los muertos en general. Decenas de miles, tumbados sobre el barro en las posturas más diversas, de espaldas, de costado, boca abajo, con los brazos abiertos, según los ritos y costumbres de cada pueblo, cubrían como una red invisible el globo terrestre, un almacén de esqueletos que se iba haciendo más y más denso. Petrificados todos alrededor del mundo, eran, en cierto modo, las meninges del planeta.

Los muertos dominarían el mundo si no estuvieran más divididos que los vivos, pensó. Estuvo gruñendo bastante rato con el vaso en la mano. Después se tomó el líquido y se tumbó. A lo lejos se oía música de baile.

Intentó imaginar cómo subían los efluvios de la manzanilla hacia su cerebro. Sube, sube, manzanilla dorada, se dijo. Nada se mueve, pensó luego. Lluve en todas partes. Nosotros yacemos bajo la lluvia. Lluvia y dictadura. Un vendaval que nos lo ha subvertido todo, susurró estremeciéndose en el colchón. Siberia. Desierto de Gobi. Desierto de Nurihan.

Capítulo segundo

El largo corredor de la redacción, con las puertas de las oficinas medio abiertas, de donde salían fragmentos de conversaciones, risas, el golpear rítmico de las máquinas de escribir y ese hablar en voz alta, no muy natural, a través del teléfono (ese hablar que siempre tiene algo de ciego), mostraban de modo aproximado su vida, igual que los fotogramas rápidos con que suele anunciarse la película de la semana que viene.

Las puertas de las secciones de información nacional, cultura y cartas del pueblo estaban cerradas. Eso significaba que proseguía la insatisfacción del redactor jefe hacia ellos y ahora trabajaban en silencio para arreglar las cosas. Quienes tenían algo que ver con la redacción sabían de sobra que el estado de las puertas del pasillo del primer piso no era ni mucho menos eterno. Bien podía suceder que, de repente, las puertas que ahora permanecían cerradas y no transmitían ningún ruido humano al corredor, se abrieran del todo o a medias, y otras, por ejemplo las de secciones como campo o política exterior, que hoy rebosaban vitalidad, se cerraran durante varios días.

Era la hora en que los periodistas, una vez entregados los últimos materiales, fumaban un cigarrillo apoyados en la mesa o en la ventana, esperando el momento de salir para tomarse un café en el bar más cercano.

El pasillo tenía el dinamismo normal de un día de trabajo. En el salón, sentadas en los sillones, había un grupo de chicas. Todos los que pasaban por allí preguntaban quiénes eran, y no faltaba quien explicara que se trataba de participantes en el encuentro nacional de jóvenes obreras, que entrevistaría Nikolla.

Uno de administración pasó con una bandeja de fruta y unas botellas de coñac.

—¡Eh, pelirrojo! ¿piensas bebértelo todo en horas de trabajo?

—El albanólogo Shneider —contestó sin volver la cabeza—.

Enrevista.

—¿Sabéis?, dicen que el nombre de Zeus se explica a partir de la

palabra albanesa zë —dijo Ilir.

—Mira, un coche —comentó uno de los periodistas que estaban en la ventana.

Dos de ellos se inclinaron sobre el cristal para mirar.

—¡Huy! Creo que es el ministro de Agricultura, debe de haber venido por ti, Ilir.

La frente de Ilir enrojeció bajo el clarísimo pelo. Hacía dos días que telefoneaban del Ministerio de Agricultura, enfadados por un artículo suyo.

Una cabeza asomó por la puerta.

—¿Habéis visto a Besnik? Le llama su novia por teléfono.

—Ha ido a la fábrica Friedrich Engels. ¿Quién ha venido en ese coche?

—No sé. Me pareció ver al ministro de Agricultura.

Los periodistas se echaron a reír.

—Ahora te vas a enterar del origen de la palabra trueno.

Continuaron bromeando con Ilir hasta que apareció en la puerta el jefe de personal.

—Ilir, te llama el redactor jefe.

—¡Vaya, parece que va en serio! —exclamó alguien.

—Voy a ver si me entero de algo —dijo uno de ellos al rato de salir Ilir.

El pasillo tenía la misma animación que antes, como si nada hubiera ocurrido. El grupo de muchachas, rodeando a Nikolla, subía bullanguero al piso de arriba, donde generalmente se realizaban las entrevistas con grupos. Dos o tres voces, en diferentes despachos, gritaban al teléfono «diga, diga».

Pasó el secretario del comité de redacción, con un periodista de la sección «Vida del Partido», cuyo rostro denotaba contrariedad.

—Si te soy sincero, no entiendo por qué. El año pasado también escribí uno de los editoriales sobre la amistad albanosoviética. Y ahora, otra vez. ¿Por qué no lo hace alguien de política exterior? A fin de cuentas, es su sector.

El secretario del comité de redacción soltó una carcajada.

—La amistad albanosoviética no tiene nada que ver con la política exterior, tú lo sabes perfectamente.

El periodista entró en el departamento contable. Dos o tres personas gritaban en aquella zona del pasillo, donde se hallaba el despacho del redactor jefe. Se escuchaba una voz precipitada, ahogada. Por fin se abrió la puerta y salieron, uno tras otro, el ministro de Agricultura, colorado como

un tomate por el enfado, e Ilir, bajito y grueso, pálido de rabia.

—De todas formas, no tiene razón, camarada ministro —dijo entre dientes.

El redactor jefe, que caminaba medio paso detrás del ministro, le dio una palmada en el hombro como queriéndole decir «ya basta».

—Eso lo veremos —dijo el ministro sin mirar a nadie. Al final del pasillo, dio la mano al redactor jefe y, de nuevo sin mirar a nadie, empezó a bajar deprisa las escaleras justo cuando el grupo de muchachas que había entrevistado Nikolla salía en tropel de la sala de arriba.

—Chicos, a recoger la paga —dijo alguien que salía de la oficina de contabilidad.

Otra vez atravesaba el pasillo el administrador. Ahora sólo con una botella de coñac en la mano.

—¿No os he explicado el origen de la palabra borracho? —comentó alguien.

Las puertas de la copistería se abrían y cerraban sin parar.

—El jefe del laboratorio. ¿Habéis visto al jefe del laboratorio? Le llama el redactor jefe —dijo una voz al principio del pasillo.

—¡Caramba, qué pasa hoy! Me están dejando sorda. —Era Bedrija, la vieja limpiadora, mientras bajaba las escaleras contando el dinero de la paga.

Por fin llegó la hora de salir a tomar café. Quienes tenían prisa o no llevaban muy bien el trabajo, lo tomaban rápido y de pie, en el bar más cercano. Los demás se acercaban al centro, al café Riviera. Allí solía ir el redactor jefe.

El redactor jefe no salió esta vez a tomar café. Sentado tras la mesa, en su alargado despacho, miraba atentamente una serie de fotografías, sin decidirse por ninguna para la edición del día siguiente. Todas eran del encuentro nacional de jóvenes obreras, en el que había participado Enver Hoxha. No le gustaba ninguna. No sabía si era culpa de los reporteros gráficos o de las máquinas, la cuestión era que no le gustaban. Sabía que los reporteros de ATA disponían de cámaras germano-occidentales modernas, pero eso no quería decir nada. El hombre por encima de todo, recordó de repente como una nebulosa la frase manoseada sin ton ni son en reuniones y conferencias. Quizá cabría mirar la cuestión del personal joven. De todas formas, eran reporteros que, durante años, habían hecho miles de fotos magníficas.

Hojeó durante un rato los artículos que habían presentado las diferentes secciones. Sin pensar en ello, echó una mirada a los títulos de los artículos principales: «Nuevos éxitos de la economía popular», «Nueva vida en el campo de Myzeqeja», «El pueblo canta — notas del festival folclórico nacional», «Octubre, mes tradicional de la amistad albanos-soviética», «Fiesta de inauguración de la central hidroeléctrica Karl Marx».

Se acercan las grandes fiestas, pensó, y la prensa debe responder mejor al ambiente festivo. Hace falta un tono más subido y optimista. Su mirada fue a parar a los telegramas y tarjetas que invitaban a la inauguración de cuatro fábricas y a dos fiestas locales. Había una invitación de la Embajada de la RD Alemana. El embajador ofrecía la tradicional recepción de aniversario de la proclamación de la República. Le gustaba asistir a las recepciones de las embajadas de los estados socialistas. Eran las únicas en las que apetecía tomar una copa. Después de la segunda copa se dejaba llevar por un viejo sueño que nunca había contado a nadie. Era una especie de exaltación provocada por la presencia de los embajadores comunistas, por la fuerza del campo. Se quedaba en un rincón, consumía cigarrillos y hacía todo tipo de suposiciones sobre las posibilidades de ampliación del campo. Una agradable mezcla a la que acudían las esperanzas de una nueva victoria de los comunistas en el parlamento francés, un sueño vago sobre la India, el viejo pesar por España, que no llega a ser comunista en 1936, una rabia corrosiva, venenosa, que le producía siempre la visión del embajador yugoslavo.

Apartó la invitación y sus ojos volvieron a posarse en las fotografías. Hace falta un tono más subido, más entusiasmo, pensó, y éstas... Por un momento temió equivocarse, ser de repente más exigente de lo necesario. Pero no. Cada vez se convencía más de que las fotos no eran buenas. Quién tuviera la culpa, no tenía importancia. Que lo averiguaran ellos, los especialistas. Lo principal era encargar nuevas fotos a ATA. Y apretó uno de los botones situados bajo la mesa.

Besnik, de pie tras las grandes cristaleras del gabinete tecnológico de la fábrica Friedrich Engels, esperaba las conclusiones del movimiento de los obreros de varios talleres que se proponía alcanzar niveles de producción internacionales. La oficina estaba en el segundo piso del edificio de la administración. Desde allí se veía el amplio patio de la fábrica mojado por la lluvia, los edificios principales, la chimenea de la caldera y una parte de la fundición. Un camión con remolque tocaba la bocina ante la enorme puerta

metálica. El portero, con un periódico en la cabeza para no mojarse, salía de su garita para abrir la puerta. Dijo algo al chófer agitando los brazos y luego, después de empujar la puerta, volvió corriendo a la garita, donde al parecer sonaba el teléfono. Dos chicas corrían frente a las vitrinas en las que había pegados todo tipo de carteles y las fotos de los obreros de vanguardia. Entre dos vitrinas, una pancarta roja escrita con letras blancas: «Viva el mes de la amistad albanos-soviética». En la puerta, otro camión con remolque tocaba la bocina. El portero, volviendo a cubrirse la cabeza, salió de la garita. Tras el ventanal, Besnik seguía todos los movimientos.

Por fin, uno de los economistas le entregó una hoja mecanografiada con los índices internacionales y, junto a ellos, los alcanzados por los obreros innovadores de la fábrica Friedrich Engels. Besnik le dio las gracias, dijo buenos días a todos y bajó las escaleras. Entre los numerosos carteles y avisos de los paneles, dos chicas (las mismas que poco antes corrían bajo la lluvia) colgaban una hoja cuidadosamente escrita: «A las 5 de la tarde, ensayo del coro».

La parada del autobús no estaba a más de cincuenta pasos de la puerta de la fábrica. Besnik esperó casi un cuarto de hora. La Friedrich Engels estaba en la periferia. El autobús avanzaba rápido por la mojada llanura. Las colinas oscurecían con el otoño. Retazos de niebla, deslizándose lentamente, pugnaban por crear un relieve nuevo, inestable. En esta dualidad no había nada pertinaz ni agresivo y el relieve efímero de la niebla armonizaba suavemente con el del suelo. Las colinas de Tirana son hermosas en octubre, antes de las tormentas invernales. Los postes telefónicos, los escasos edificios de las granjas, un helicóptero que parecía suspendido en el horizonte, todo estaba sorprendentemente entrelazado y en todo se podía hallar algo próximo y humano, aunque no se viera a nadie por ningún sitio.

A medida que el autobús se acercaba al centro de Tirana, se hacían más frecuentes las paradas. La gente se apretaba y la cobradora gritaba una y otra vez. ¡Por favor, pasen delante!

Besnik se apeó cerca del centro. No había tomado café y se metió en un pequeño bar autoservicio. Tomó una taza de café caliente y se dirigió a una mesa junto a la ventana. Al otro lado del cristal empañado, la gente que pasaba por la calle parecía desfigurada. Mientras sorbía el café, pensó que debía revisar una vez más los datos recogidos en la fábrica para no equivocarse después. Ilir, su mejor amigo en el periódico, llevaba dos días de pique con el Ministerio de Agricultura por un artículo sobre los problemas de la agricultura intensiva. Decían que el propio ministro tenía un enfado de mil demonios. Entre todos los ministros, los periodistas

procuraban sobre todo evitar los roces con el de Agricultura, por la sencilla razón de que su esposa se encargaba del sector de propaganda, y todos tenían relación con ella. No obstante, Ilir no se refrenó por ello en lo más mínimo y, un día antes de entregar su crítica para la impresión, dijo a Besnik que si el ministro le causaba problemas por medio de su mujer, lo plantearía en la organización de base del Partido o escribiría una carta al Comité Central.

Tengo que revisar otra vez todos los datos, dijo para sí Besnik y en ese momento pensó: sea como sea, éste es un trabajo bonito.

Amaba su profesión. Ya aquel inolvidable día de septiembre, cuando, con el nombramiento en la mano, atravesó la alegría de los pasillos para presentarse en la oficina de personal, sintió en todo su ser que éste era su mundo. No cambiaría por nada las mañanas de trabajo en la redacción, aquel ruido maravilloso a través del cual, de manera incomprensible, casi misteriosa, se siente todo el ritmo de la vida del país. Incluso en el timbrear temprano de los enfadados teléfonos de los jefes de los ministerios importantes, Besnik encontraba siempre algún motivo de alegría. Y los servicios en las zonas apartadas... Le gustaba repetir que en su primer servicio había aprendido más sobre la lucha de clases que en todos sus años de estudios. Fue verdaderamente un servicio inolvidable. Durante dos semanas recorrió varias cooperativas de la zona llana, antaño propiedad de beyes. Lo que se llama pertenencia, odio, división de clases, lo sintió desplegarse bajo sus pies en proporciones nunca vistas. No eran hechos limitados en el tiempo y en el espacio, ya fueran episodios sonados de crímenes, venganzas, etc. Era algo infinito, grave, vasto, repetido a lo largo de los siglos que se extendía sobre las parcelas de tierra y reaparecía entre los álamos, discurría por los barrancos, por las acequias que, a veces, le parecía que rezumaban sangre. De la niñez, recordaba el episodio de la expropiación de los bienes de un comerciante, los muebles relucientes, un espejo cóncavo y los alaridos de la mujer que se desmayaba una y otra vez. Ante la expropiación de la tierra, aquella de los muebles había sido un juego. Sentía algo no experimentado anteriormente cuando regresaba en el tren. No aguantaba hasta ver a Zana. Zana, le dijo en cuanto la vio, ¿cómo se apellidan los que viven debajo de vosotros? Kryekurte, respondió ella. Golpeó una mano contra la otra: Entonces son ellos. ¿Sabes? he estado en sus antiguas propiedades. Ellos, que ahora parecen tan serios. Cuánto tengo que contarte. Terrible. Y empezó a hablar. Llevaba el bloc lleno de narraciones de los campesinos viejos. Zana escuchaba atónita. A ti te parece sencillo, le dijo riendo, bajas a su casa a encargales camisas o trajes de

baño y parece que siempre han sido así, corderitos. Es verdad, afirmó ella, me cuesta creer que me hablas de ellos. Mark, con ese violonchelo, es tan asustadizo que te da risa y la vieja Nurihan, oh, está tan chocha que estoy segura que ha olvidado que fueron beyes. No es tan sencillo, dijo Besnik. Puedes olvidar una alfombra que te hayan quitado, pero toda una tierra, nunca. Tenía permanentemente presente la enorme extensión de sembrados, álamos y almiars. Pero ha pasado ya tanto tiempo, contestó conciliadora, que quizá lo hayan olvidado todo. La miró con una sonrisa: quizá no tienes tú la culpa de pensar así. Si hubieras estado allí conmigo y hubieras visto lo que nos han hecho y lo que les hemos hecho, pensarías de otro modo. Quizá, repuso ella y luego, abrazándole, dijo: Besnik, ¿por qué tenemos que hablar de ellos? Mira qué bonito es esto. Regresaban por el bulevar. Las escasas hojas de los álamos parecían niqueladas por la luna. Ella apoyaba en su hombro la cabeza y la mejilla derecha que, aun captándola un segundo su ojo, le pareció lejana bajo el brillo lunar.

Besnik dio el último sorbo a la taza de café y salió. Hizo rápidamente el camino hasta la redacción.

—¿Dónde estabas? —le preguntó Bedrija, que limpiaba la escalera—. Te ha llamado tu novia por teléfono.

—Estaba en una fábrica. ¿Qué hay por aquí?

—Mucho barullo, se acaban de marchar esas chicas. —Dejó de fregar y, bajando la voz, continuó con cierto misterio—. Todavía está dentro el alemán ese.

Besnik le alargó el paquete de cigarrillos.

—Un alemán que sabe albanés, ¡caramba!, no puedo creerlo —dijo Bedrija.

Besnik subió las escaleras. Entre el ruido habitual, tan familiar a su oído, distinguió la voz del taquígrafo que, al parecer, cogía por teléfono un reportaje de alguna región.

En el pasillo, chocó con él el jefe del laboratorio.

—¿Dónde vas tan deprisa? —le preguntó Besnik.

—Oye, échame una mano, por favor. Tú sueles hacer fotos. He tenido un enganchón con el redactor jefe.

Besnik no comprendía nada. El otro abrió la cartera que llevaba en la mano y sacó un puñado de fotografías.

—Por favor, dime qué tienen de malo estas fotos. La luz, el enfoque, la composición, todo está bien, ¿no? El contenido puedes verlo tú mismo. —Y empezó a mostrárselas una a una—. El camarada Enver entre las participantes del Encuentro Nacional de Jóvenes Obreras, la presidencia de

la reunión, las jóvenes durante el descanso, otra vez el camarada Enver con las muchachas. Dime, qué tienen de malo.

Besnik las miró atentamente. Al final, se encogió de hombros.

—¿Qué dijo el redactor jefe?

—Nada concreto. Sólo dijo que no le gustaban las fotos y que se encargaran otras a ATA.

—¿No habrá que buscar alguna en la que el camarada Enver esté un poco más sonriente?

El jefe del laboratorio alzó la cabeza como si hubiera hecho un descubrimiento.

—No está mal pensado. Eso es lo más fácil de hacer. Con toda seguridad, tienen más. Haz el favor de ayudarme a elegir unas pocas.

Besnik se volvió con él. La ATA no estaba lejos. El jefe del laboratorio fotográfico, alto y delgado, hablaba continuamente.

—Nada concreto, no me gustan las fotos y punto. Anda, entiende lo que quiere decir. Un misterio. Creo que la esfinge de Egipto ha sido más clara. Fue una suerte encontrarte. ¿Has hecho fotos últimamente? ¿No tienes ningún carrete para revelar?

—Tenía uno de la playa, pero lo he llevado a un estudio.

—¿Por qué no me lo has traído? ¿Qué saben ellos de revelado? Son lavaderos, no fotógrafos.

El laboratorio de la Agencia Telegráfica Albanesa estaba en la planta baja.

—Las ha revelado Xani —dijo una joven en cuanto vio las fotos.

Xani, el viejo fotógrafo, con la cara llena de arrugas, estaba de pie en la sala semioscura, como si llevara tiempo esperándolos. Escuchó en silencio las explicaciones del jefe del laboratorio, luego, sin decir nada, se metió en un anexo, ante la sala de revelado. Le siguieron. Sobre los secadores, colocados en largas mesas, se secaban cientos de fotos.

—Aquí las tenéis —dijo Xani señalando a uno de los secadores—. Elegid las que queráis.

Se inclinaron un poco para ver mejor. Xani los observaba apartado.

—Esta —decía el jefe del laboratorio, señalando con el dedo—. O ésta. Esta tiene mejor luz. O ésta otra.

Besnik no sabía qué decir. El viejo fotógrafo de ATA les miraba pensativo. Iba a decirles algo, pero la cara del joven periodista le era desconocida. Llevaba diez y seis años revelando la mayor parte de las fotos de ATA. Por sus manos habían pasado miles de películas hechas con todo

tipo de cámaras por todo tipo de reporteros. Con frecuencia, salía Enver Hoxha en las fotos. Mítines, presidencias de reuniones solemnes, inauguraciones, entre obreros, entre niños, ante el micrófono, en la escalerilla del avión, subiendo, bajando, saludando con la mano o con el sombrero. Conocía bien todas las expresiones de su cara, en momentos de alegría, satisfacción, insatisfacción, a veces de enojo. Durante diez y seis años había seguido la lenta mutación de sus rasgos, la luz de los ojos, el juego empecinado de las arrugas en la comisura de los labios, en la frente. Conocía dónde se podía hacer un leve retoque, aunque estaba prohibido hacerlo en sus fotografías. Nunca había visto de cerca a Enver Hoxha, sin embargo era difícil encontrar una persona que conociera mejor su cara. Y la noche anterior, cuando en la solución empezaron a aparecer, turbios al principio, después cada vez más claros, los conocidos rasgos, se quedó un poco sorprendido. Se inclinó para ver mejor. El papel fotográfico, bajo la rápida acción de las sales, iba dibujando la cara conocida. El avezado ojo distinguió enseguida un cambio. No se trataba de uno de esos descontentos ordinarios, provocado por los malos resultados en la producción, o la deformación de las directrices, ni tan siquiera por la violación de las leyes o la perfidia de alguien. Era algo más importante. Mucho más importante y de mayor alcance. El fotógrafo observaba atónito. Alargó la mano y sacó uno de los papeles revelados. Apartó la cabeza y forzó los ojos. ¿Qué pasa? Lo sumergió de nuevo y esperó un poco, con una última esperanza. La cubeta de porcelana estaba ante él más ajena que nunca. Las sales se peleaban ahora con mayor saña. Estaba totalmente paralizado y no le hubiese sorprendido que se levantaran verdaderas olas marinas en el cacharro de porcelana. Sacó otra vez el papel y lentamente, como si secara un sudor frío, limpió con la palma de la mano la solución que chorreaba por su superficie. No se había equivocado. Las sales químicas, ahora con más claridad y tozudez, habían descubierto algo nuevo, desconcertante, en tan conocido rostro, algo difícil de describir con palabras. Un ojo normal quizá no notaría nada. Pero, precisamente porque era algo imperceptible, extendido de manera uniforme por cada arruga, por cada línea, debía ser algo muy profundo. Algo entre la reflexión y el pesar, una configuración de soledad, que apenas se apreciaba en el centro de la frente, separaba los ojos como un abismo, descendía a las mejillas, al labio inferior y se petrificaba allí como el plomo. Por su parte, las jóvenes obreras conversaban y reían felices, junto a él, muy cerca, sin darse cuenta de nada.

Xani sacó doce fotografías de la solución y en las doce vio lo mismo. Y, cuando la cubeta de porcelana quedó vacía, de repente, con una claridad

meridiana, todo su ser se impregnó de una idea transparente: a En-ver Hoxha le preocupa algo grave.

Esto había sido la noche anterior, tarde. Por la mañana, al oír que un redactor jefe preguntaba por teléfono por otras fotos, comprendió la causa. En realidad, esperaba aquella llamada. Tampoco estaba satisfecho el redactor jefe de otro periódico. Había devuelto dos veces las fotografías. Había hablado por teléfono de retoques. Pero Xani sabía que hay cosas que no se tapan con retoques. Y, al final, el redactor jefe había enviado a dos personas para elegir nuevas fotos. Xani les veía inclinarse sobre el secador sin comprender nada. Veía sus vanos esfuerzos por encontrar lo imposible. Sus ojos estaban inundados de la solución del revelador, toda una mar brava y misteriosa, de cuyas profundidades, como de una conciencia agitada, había surgido la alarma. Volvía a pensar en decirles algo, pero sus rostros le resultaban enormemente lejanos y uno, el periodista más joven, casi era desconocido para él. Al fin y al cabo, qué necesidad tenía de decir nada. Era un asunto delicado. Por otra parte, en este mundo hay toda clase de gente. Quién sabe cómo se interpretarían luego sus palabras. No era más que un fotógrafo, un hombre sencillo en espera de la jubilación. Y ésta es una cuestión tan delicada.

Mientras los dos periodistas conversaban en voz baja, el fotógrafo, quién sabe por qué, recordó aquel diciembre de 1944, cuando Xani Toska, viejo guerrillero de la I Brigada, se encontró por primera vez ante la blanca cubeta de porcelana. Entonces era más joven y más impetuoso de carácter. Trabajarás aquí, le dijeron, serás el responsable del revelado de las fotografías. Miró a los presentes, caras asustadas de viejos funcionarios del régimen derrocado, luego echó una mirada de desprecio a la cubeta de porcelana que, por alguna extraña razón, le pareció bastardeada, ultrajada, y arrugó el entrecejo. ¿Qué significaba aquel liquido, y aquel trabajo sospechoso, del que no entendía nada? Ofendido, corrió al Estado Mayor de la capital, pero allí le recibieron con cajas destempladas. ¿Quién va a hacer este trabajo?, le dijeron. ¿No vamos a dejar el revelado de las fotos de la revolución en manos de los burgueses? ¿Eso es lo que tú quieres? ¿Tú quieres que, después de habernos masacrado y vilipendiado toda la vida, nos desfiguren ahora en las fotografías? No obstante, si insistes, podemos mandar a otro y a ti te buscamos otro trabajo. El del Estado Mayor sacó unos papeles del bolsillo de la chaqueta. Propuso a Xani dos cosas: subdirector de la banca o comandante del pelotón de fusilamiento de los colaboracionistas. De todas formas, camarada, la necesidad más apremiante está hoy en ATA, le dijo. Se trata de la propaganda ¿comprendes? Con esto

no se juega. Observó que sus manos temblaban. Xani iba y venía nervioso alrededor de la cubeta. Sobre los blancos papeles empezó a surgir algo que le recordó el brote de la hierba en la montaña. El auxiliar sacó un papel. Xani acercó la cabeza. Era un grupo de guerrilleros, pero la imagen era tan tenue que las caras parecían totalmente faltas de vida. Xani bufó. Hazlo bien, gritó. El proceso no ha terminado, señor, dijo el otro y volvió a sumergir el papel. Xani miraba con desconfianza. Cuando el auxiliar quiso sacar el papel, le cogió del codo. ¿Por qué tienes tanta prisa? le dijo. ¿Te preocupa el liquido? El otro intentó explicarle, pero Xani le cortó: ¡A callar! Cuando sacaron por fin las fotografías, estaban quemadas y las caras de los guerrilleros parecían carbonizadas por un lanzallamas. Los ojos de Xani echaban chispas. Las hemos dejado demasiado tiempo en el revelador, dijo el auxiliar con voz temblorosa. Con un movimiento brusco, Xani sacó el revólver. Hijo de perra, bramó, asqueroso burgués, estos no son guerrilleros, sino negros. El otro, blanco como la cera, intentó explicárselo, pero sin éxito. Nos habéis machacado durante toda la vida, ahora queréis machacarnos en las fotografías. Te voy a meter los sesos en la cubeta.

Xani sonrió. Así transcurrieron las primeras semanas de trabajo. Poco a poco empezó a revelar fotos. Sacaba el revólver cada vez menos, hasta que un día dejó de llevarlo al trabajo. Xani se enamoró de su nuevo trabajo. Sorprendentemente, se hizo juicioso. Todo su arrebató se fue transformando en pasión por aprender los secretos de la fotografía. Llegó a ser el mejor especialista del laboratorio. Le propusieron muchas veces puestos de mayor responsabilidad, más importantes, pero no aceptó. Estaba seducido por aquella cubeta de solución. Los cuentos hablaban de monstruos que salen del mar y de maravillosas ondinas que emergen de las profundidades de los lagos. La cubeta era para Xani como el mundo de los cuentos. De sus profundidades salían las alegrías o las desgracias del país. Allí vio por primera vez la festiva multitud el día que se proclamó la república, los mítines en pro de la Reforma Agraria, la hilera de féretros de los soldados muertos en las fronteras del sur (se mecían en la solución como en brazos de la muerte), cientos y cientos de acontecimientos, de mayor o menor importancia. Con todos ellos había sentido felicidad o tristeza, pero ninguno le había quitado el sueño, como la noche anterior. Su esposa, Sanija, murmuró dos o tres veces entre sueños: ¿qué te pasa, Xani, que no haces más que dar vueltas? No le había contado nada. No le había dicho nada a su mujer, y no se lo iba a decir a aquellas dos cabezas de chorlito que, encorvados sobre el secador, aún esperaban encontrar fotos alegres.

No, no lo comentaría con nadie. A lo sumo, le diría a su mujer en voz

baja antes de dormir: escucha, Sanija, Enver (le llamaba sencillamente por su nombre, sin el «camarada» delante, quizá por ser de la misma edad), Enver tiene alguna preocupación enorme. Ella, con seguridad, se volvería hacia él y exclamaría estupefacta: ¡anda, no irá a estallar una guerra! A lo mejor, luego le diría, tú qué sabes, o qué tienes tú que ver con las preocupaciones de los grandes, duérmete, anda. Él permanecería callado en la oscuridad hasta que su conciencia se hundiera lentamente en la turbia solución del sueño, cuajada de imágenes difusas, de olas negras inexplicables.

Capítulo tercero

Mientras se peinaba ante el gran espejo del pasillo, Zana interrumpió la melodía que canturreaba y preguntó:

—Mamá ¿qué tiempo hace?

—Puede que llueva —respondió Liria desde la cocina—. Coge el paraguas.

Zana se quitó una horquilla de la cabeza pero, pensando que podía hacer viento, se la volvió a colocar.

—Si me telefona Besnik, dile que estoy en casa de Diana. ¿Oyes, mamá? Que me llame allí.

—¿Sabe el número?

—Hummm... —fue la respuesta de Zana, que miraba dubitativa la horquilla que acababa de ponerse.

—¡Hasta luego, mamá! —se despidió, abriendo la puerta.

La barandilla de la escalera y las persianas de la planta baja, sin pintar desde hacía tiempo, estaban hinchadas por la lluvia.

En la calle había vitalidad. En la parada, Zana dejó pasar dos autobuses llenos hasta los topes. En el tercero, al que logró subir con dificultad, se discutía sobre la liga de fútbol que terminaba entonces. Zana reía para sus adentros: en qué cosas se entretiene la gente.

El edificio donde vivían los Bermema estaba en una calle secundaria. Una construcción sólida pero de aspecto sombrío, como todas las casas viejas. Las pesadas y negras puertas de madera de los apartamentos tenían casi todas una pequeña placa de bronce con el nombre del inquilino. «Familia Bermema», Zana tocó el timbre. Abrió la puerta Maks, el hermano de Diana, con la cara más seria que de costumbre. Como todos los Bermema, tenía el pelo castaño con unos reflejos especiales.

Mientras se quitaba la gabardina en el pasillo, Zana tuvo la impresión de que algo había cambiado. Le gustaba el apartamento más que su propia casa, no sólo porque era más amplio y sólido, sino porque de lo más profundo llegaban normalmente los sonos de una música suave, las

grabaciones de Maks, y un agradable olor a comida.

Hoy faltaba la música. En lugar de buen olor, olía a comida quemada. Recordó que, por teléfono, en la voz de Diana había captado cierta alteración.

—¿Ha pasado algo? —preguntó cuando Diana salió al pasillo, cariñosa como siempre, pero sin la gracia habitual.

—¿Cómo lo has notado? En realidad sí ha ocurrido algo.

—¿El qué?

En el corredor sonaba continuamente el teléfono.

—Una hija de mi tío, no la conoces. Está en el último curso de medicina y quiere comprometerse.

—¡Ah, problemas de novios! —suspiró Zana aliviada.

—No es tan sencillo. Se ha enredado con el hijo de uno que fue expulsado del Partido.

—¿Sí?

—Sí. Su padre es uno de los de la Conferencia de Tirana. Recordarás que entonces, tras los sucesos de Hungría, hubo bastantes expulsiones en el Partido.

Zana afirmó con la cabeza. En realidad, tenía un recuerdo muy vago de aquello. Incluso no estaba segura si recordaba el hecho o lo había aprendido en las clases de marxismo de la facultad.

—Toda la familia está preocupada —comentó Diana, haciendo un gesto con la cabeza hacia la puerta, tras la cual seguía sonando el teléfono en el pasillo.

Zana no sabía qué decir. En el fondo pensaba que, independientemente de la no muy acertada elección de la muchacha, no había para tanto.

—¿Pero si la chica le quiere?

Diana la miró sorprendida.

—¿Cómo puedes hablar así? ¿Sabes lo que quiere decir expulsado del Partido? En nuestra familia miramos mucho estas cosas. En la tuya también, ¿o no?

—Sí, sobre todo papá. ¿Es guapa? —preguntó tras una pequeña pausa.

Diana esbozó una sonrisa y Zana comprendió que efectivamente era guapa. Todos los Bermema eran guapos, con ese reflejo de cobre trabajado en el cabello y una blandura de ensueño en la cara, entre las mejillas y los ojos. Zana miraba por el rabillo del ojo el perfil de su amiga. Ahora que estaba embarazada, era más dulce. La somnolencia de los ojos se había transmitido al tono suave de la voz y al movimiento de las manos.

De nuevo sonó el teléfono en el pasillo.

—Ya lo ves, algo inesperado.

Por la puerta asomó la cabeza de Maks para avisar a su hermana que la llamaban.

Sola, Zana echó una mirada alrededor. Le gustaba aquella habitación amplia, sobre todo cuando hacía frío y encendían la estufa grande de cerámica situada en un rincón. Una alfombra color café armonizaba con el parquet de encina, con la piel de los sillones y con el brillo discreto de los tiradores de bronce de una librería en la que había un reloj, también de bronce, con una leyenda grabada. Diana le había contado que era un regalo que hicieron a su madre los albaneses de Italia en 1945, cuando fue con una delegación de mujeres. En la esfera, un bajorrelieve de Skénderbeg sobre un caballo, una de cuyas patas señalaba las nueve, hora en la que, según decían, Skénderbeg llamó a las puertas de la fortaleza de Kruja el 28 de noviembre de 1444. Ha llegado el día de Arbería, leyó Zana en la inscripción grabada con los signos del viejo alfabeto albanés. Como Diana tardaba, empezó a mirar las fotografías de la pared. En un marco metálico, una foto del padre de Diana con Enver Hoxha en una espléndida escalinata. Al lado, otras fotos de la enorme familia Bermema, todos sonrientes, en cargos de responsabilidad. Más allá, otra del padre de Diana, esta vez contraído, en un mar de flores, dentro del féretro colocado sobre un armón de artillería. Miembro del Comité Central del Partido y ministro desde la formación del primer gobierno comunista, había muerto seis años antes de un infarto. Ahora, en una parte del piso vivía la madre con Maks, Diana se había establecido en dos habitaciones con su esposo, un médico psiquiatra.

Zana pensó que no le gustaría vivir con sus padres. Vagamente recordó el apartamento de Besnik y la idea de que inicialmente, después de casados, vivirían apretados hasta que les dieran su propio piso, no le hizo, cosa rara, ninguna impresión. Un apartamento normal, de esos que construye el Estado por millares, se puede amueblar más fácilmente que una casa vieja. Basta con un poco de esfuerzo y gusto. Y dinero, naturalmente. Desde que comenzara a trabajar en el Instituto de Proyecciones, habían dejado a Zana, como a la mayoría de las jóvenes prometidas, que dispusiera de su paga. No malgastes el dinero comprándote nada más que vestidos, le solía decir Kristaq, guarda una parte en la libreta de ahorros, te hará falta más tarde. Liria, de espíritu derrochador, insistía en que se ocupara Besnik de los muebles del piso. No pases apuros por nada, le decía. La juventud sólo se vive una vez.

—Perdona que te dejara sola —dijo Diana al entrar—, ya

comprendes...

—No te preocupes.

—Mamá te pide disculpas por no venir a saludarte, pero ¿sabes?, por si no bastara con todo este lío, ha recibido una invitación para la recepción de la Embajada de Alemania Oriental. Y se está arreglando.

—No importa, no te preocupes. Yo también me voy. Tenéis problemas de verdad.

—No, tú no te vas. Al otro lado hay tías suficientes para defender los intereses de la familia sin mí. Me quedo contigo.

En el pasillo sonaba otra vez el teléfono.

—De todas formas, me voy. Me han dicho que en la tienda de objetos antiguos tienen una lamparita de mesa maravillosa. Pensé que podíamos ir juntas a verla, pero tú estás ocupada.

—No estoy ocupada —replicó Diana—. Además, me ha dicho el médico que tengo que salir todos los días a tomar el aire. Voy contigo.

Se vistió de prisa y, al pasar por el corredor, sacó la lengua al teléfono que seguía sonando.

Al salir a la calle, se encontraron con Skënder Bermema.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó—. A tu casa voy.

Zana pensó decirle: allí puede encontrar material para un drama, pero, no obstante ser el marido de su tía, nunca había tenido confianza suficiente para una broma así. Además, tenía una expresión ruda y despreciativa.

Las saludó con la cabeza, sin mirarlas, y se dirigió a la entrada de la casa. Zana recordó que, tiempo atrás, corrieron rumores de un flirteo entre él y una tal Ana Krasniqi.

—Está preocupado.

—Sí —afirmó Diana—. Ya te he dicho que en mi familia se le da mucha importancia a esto.

Quizá tienen razón, pensó Zana. Hicieron el camino hasta la tienda, hablando de todo.

—Quiero dar una sorpresa a Besnik —dijo Zana al llegar al escaparate de la tienda—. Aquí es. ¡Qué bonita!

—Sí, muy bonita.

—Trescientos cincuenta leks nuevos, no es caro, ¿eh?

Diana se encogió de hombros.

—No sé qué decirte. Ya sabes que yo no entiendo de precios.

Zana seguía mirando con reservas el escaparate.

—Lo único que me inquieta de esta tienda son los ojos del dueño, no he visto ojos más desviados.

Entraron en la tienda.

Menos mal que no me ha visto, dijo para sí Beni, hurtándose a los ojos de Zana y su amiga quienes, después de permanecer un rato frente al escaparate iluminado de la tienda a comisión, entraron por fin. Beni llevaba más de una hora con Sala en el sitio de costumbre, entre la farmacia de guardia y la tienda en cuestión. Vio a Zana desde lejos y se pegó al muro para que no le viera. Sala continuaba hablando, pero Beni no estaba por la conversación. Miraba con desprecio la puerta de la tienda, asombrado de cómo podía gustar a la gente entrar en aquella tienda de trastos viejos. Ahora debía estar atento a la salida de Zana. Si me ve, se lo dirá a Besnik y me echará otra vez la bronca. Beni evitaba sobre todas las cosas tener que dar explicaciones a su hermano mayor, y no porque éste fuera inflexible con él, sino precisamente por lo contrario. Besnik se mostraba razonable y esto le desarmaba.

Se apoyó en el frío mármol de la farmacia. A causa de una ligera curva de la calle, o quizá por los grandes almacenes universales de enfrente, cuyos escaparates llamaban la atención de los transeúntes desde lejos, haciéndolos cambiar de acera, el lugar entre la farmacia de guardia y la tienda de cosas viejas a comisión, donde se encontraban y pasaban las horas muertas, se hallaba en cierto modo protegido del paso de la gente. Y no sólo de eso. En aquel lugar, Beni se sentía a salvo de muchas cosas. Allí podía estar tranquilo, fumando con los amigos, sin preocuparse de nada. Nadie le recordaba allí una y otra vez que mientras las masas trabajadoras se movilizaban para construir el socialismo, él, Arben Struga, hijo de un camarada de la guerra, dejaba pasar los días como un verdadero parásito, a la espera del próximo septiembre para volver a probar suerte en los exámenes de acceso a la escuela de actores. Habría pasado el examen aquel año de no hacer caso a una imbécil que le aconsejó declamar ante la comisión el monólogo de Ofelia la loca. Los demás aprobaron. Uno con «¿Quiere carbón, señor?» de Migjeni, una chica con «Pastorales y Bucólicas» de Naim Frashéri y otro con el discurso de Don Quijote ante los ladrones. A él le revolcaron. Te está bien empleado, le dijo entonces Sala, que le esperaba fuera. ¿Quién te manda a ti enredarte con el monólogo de una imbécil?

Beni seguía vigilando la tienda con el rabillo del ojo.

—Eh, y después ¿qué? —le espetó a Sala.

—Te lo he dicho veinte veces —respondió Sala moviendo sus

pequeñas manos—, luego Tori la acompañó hasta la puerta y allí otras dos o tres horas bla-bla-bla.

—¿Y ella?

—Ella escuchaba con la cabeza ladeada, moviendo la punta del zapato. Que no te siente mal, pero me parece que le gustaba.

Beni escupió la colilla que había deshecho con los dientes.

—¡Guarro! —exclamó—. Yo no le haría eso a un amigo.

—Tori lo hace. No es la primera vez. En una ocasión conocí a una chica de la residencia de estudiantes...

—Un día le parto las costillas —murmuró y, con un movimiento brusco, se quitó una hebra de tabaco del labio—. Aunque no vale la pena por una chica como Iris.

—Eso es lo que yo digo.

Beni miraba la serpiente enroscada en la copa estampada sobre el grueso vidrio de la farmacia.

—Yo no he tenido nada con Iris. Sólo un sábado por la tarde en el parque.

—Ahí está Vanceslav —comentó Sala.

Çlirim, a quien llamaban Vanceslav, les sonrió desde lejos. Había estudiado un curso de geología en Praga, pero le mandaron de vuelta por suspender. En realidad, la idea de salir todos los días a pasar las horas muertas en la calle de Dibra se le había ocurrido a él. Les contaba que así pasaba el tiempo con sus amigos en la plaza Vanceslav de Praga, y que, en general, todas las capitales del campo socialista tenían un «brodway» como aquel, como, por ejemplo, la calle Gorki de Moscú, o una calle de Varsovia, incluso Ulan-Bator, en Mongolia, seguro que tenía una calle como aquella, que a lo mejor se llamaba calle de Jurtas o de Gengis Khan.

—Ahí viene Crisis —dijo Sala, señalando con la cabeza a una muchacha alta que habían conocido en la última espartaquiada y a quien llamaban «Crisis general del capitalismo» porque estaba en los huesos. Ella les sonrió jovialmente a los tres y sus estrechos y angulosos salidos hombros se perdieron entre los transeúntes.

Tori fue el último en llegar. Saludó, pero Beni ni siquiera le miró. Tori hizo un guiño a los demás como preguntando ¿qué mosca le ha picado?

—Escucha —se volvió Beni hacia él—, ¿estuviste ayer con Iris?

—¿Y qué? —dijo Tori entre dientes.

—Nada. Sólo que yo no te hubiera hecho eso de estar en tu lugar. Pero...

En ese momento, sus ojos distinguieron el perfil de Zana que salía con su amiga de la tienda con un paquete grande en las manos. Se pegó literalmente a la pared hasta que pasaron. Iban tan entusiasmadas con el trasto que acababan de comprar que no reparaban en lo que ocurría a su alrededor.

Beni se quedó apoyado en el muro con los ojos llenos de rabia fijos en la acera. Tori echó una mirada a Sala pretendiendo averiguar su opinión.

—¿Te ha molestado? —preguntó con voz queda—. Si lo hubiera sabido, sinceramente...

—No —le cortó Beni—. No tengo nada que ver con ella.

El tono de disculpa de Tori le disipó la mitad de la rabia.

—Creí que te había sentado mal.

—Ni mucho menos. Ya te he dicho que me da lo mismo.

Beni encendió un cigarrillo.

—Dame uno.

—Me supo mal que no me lo dijeras —añadió Beni.

—Me daba no sé qué. Te lo juro.

—Es igual. No le des importancia —dijo Beni con un gesto de desdén.

En realidad se iba tranquilizando. Sólo temía una cosa: que Tori empezara a contar los detalles de sus encuentros con ella, como solía hacer. Sería ciertamente molesto. Por lo demás, lo mismo le daba. Cosas que pasan. Al fin y al cabo, entre Iris y él no había nada. Unas vueltas por Tirana un atardecer, nada más. Un día. No, tampoco fue un día, sino un ave cansada con el nombre de «sábado» que merodeaba por su memoria. Le arrancaban continuamente las plumas y a pesar de todo no moría. Una vez vio un cazador... El reloj de la ciudad sonó seis veces.

A esa hora, el avión de Interflug que hacía la ruta regular Berlín–Budapest–Tirana salía de Hungría, volando hacia el sudeste del continente. El corresponsal de AFP, materialmente volcado sobre el cristal circular de la ventanilla, miraba abajo el lento deslizarse de la tierra que iba envolviendo el ocaso. El campo socialista, se dijo, y, sin saber por qué, dejó escapar un suspiro. Fue un suspiro especial, provocado por la sensación de encontrarse perdido frente al espacio plano infinito hasta el cansancio, que, actuando monótonamente sobre su ser, le había quitado parte del peso corpóreo y de las ideas, dejándole quizá en unos kilos de carne y huesos y varias decenas de palabras hiladas con una sintaxis pobre. Lejos, empezaron a titilar

débiles, como recién nacidos en medio de la frialdad del mundo, pequeñas luces. Retiró la cabeza del cristal y, para retomar el sentido de la realidad, pidió un café a la azafata. No obstante, lo que había fuera, abajo, le atraía. Después de tomar de café, se inclinó de nuevo sobre el cristal y miró el abismo ilimitado.

He aquí, pues, el campo socialista, se repitió. La parte más seria del mundo. Estas llanuras son todavía la periferia. Lejos, se encuentran las primeras capitales y, aún más lejos, en misteriosas profundidades, su centro.

Volvió a distinguir incandescencia de luces y pensó: qué pasa allá abajo. Cómo se mueven, cómo vive la gente, cómo viven las mujeres hermosas, los artistas, los poderosos. Se lo preguntó con miedo, casi con angustia. La idea de que allí abajo vivía gente del mismo planeta, pero que se diferenciaban de los habitantes de la otra parte del planeta en que no tenían propiedad privada, le invadió por completo. El drama de las personas sin propiedad, dijo para sí. Podía ser un bonito subtítulo para su reportaje. Era su primer viaje por el mundo comunista y sin duda alguna un servicio serio de verdad. A lo mejor el futuro de su carrera dependía de él. Respiró hondo. El cristal de la ventanilla estaba frío. Abajo, la misma extensión con aquel titilar disperso en sus extremos. ¿Qué quieres saber? parecían preguntarle. ¿Qué quieres saber, invitado extranjero?

Suspiró. La sensación de estar perdido le invadía de nuevo. Este mundo comunista, pensó. Extraño, sin ningún parecido con nada, con una unidad que ponía la piel de gallina, se extendía ahora debajo de él, en el umbral de la noche continental, ocultando en lo hondo sus grandes misterios y dramas. Único. Los ojos del corresponsal se clavaron en la cabeza inmóvil del representante de la firma Champs de France que ocupaba el asiento anterior al suyo. Único, se repitió. Durante muchos años, la palabra unidad había pesado sobre ellos como una pesadilla. La unidad del Bloque Comunista. Y mira por donde, ahora, por fin, decían que había una grieta. ¿Pero dónde? No apartaba los ojos de aquel despliegue torpe de espacios anulares que la noche iba borrando apresuradamente. El objeto de su viaje era buscar aquella grieta, de momento imperceptible. En aquella tierra infinita, monolítica, debía encontrar en qué región, en qué esfera desconocida, estaba ella, la grieta, la pequeña rotura, la herida en cuya mala encarnadura tenían puestas todas sus esperanzas. Posiblemente, otros volaban en ese momento en diferentes direcciones en busca de lo mismo. Vigilarían día y noche, marineros de Colón en busca de tierra, todos esperando tener la suerte de ser los primeros en gritar. ¡La grieta! ¡La grieta! ¡Oh!, gimió para sus adentros. Cómo se podía creer que era posible

encontrar la grieta, aunque de verdad existiera, en medio de aquella colosal extensión, en esa noche, en ese caos. Sus ojos estaban fijos en el lejano suelo de la tierra, como si la grieta pudiera manifestarse de repente allí abajo, como un zigzag o un relámpago serpenteante, y él debiera captarla al instante.

—El avión húngaro —dijo Sala, levantando la cabeza hacia el lugar en que aparecieron las señales roja y azul de un avión de pasajeros.

—No, debe ser el de Interflug —le corrigió Tori.

Estaban todavía en el lugar habitual de la calle de Dibra y discutieron un rato sobre el horario de los aviones. Únicamente Beni guardó silencio. Al diablo las sociedades aéreas con todos sus aviones y horarios, incluido el cielo. Su mente estaba en la tarde de sábado en que conoció a Iris. Sucedió de la forma más sencilla, junto a un periódico mural que llevaba un año en el pasillo de una facultad a la que fue por casualidad. Alrededor se oían retazos de diálogos: qué rama te ha salido, y a ti, yo intentaré cambiar, adónde, al Ministerio, naturalmente. Y salían como una horda, dejando atrás una polvareda de palabras. Ella, sin embargo, permanecía quieta, con cierto aire de tristeza y la cabeza ladeada de modo que dejaba leer la mitad del título del editorial del periódico: ADELANTE POR LA REALIZACIÓN D... Beni tuvo la impresión de que era más fácil ligar con las muchachas que ladean la cabeza de esa forma. Después se fueron por una de las calles tranquilas de las embajadas, que enlazan la calle de Elbasan con el bulevar, se detuvieron en el parque, en un banco donde alguien había olvidado el periódico del día, le dio el número de teléfono y ella prometió llamarle y él fumó un cigarrillo tras otro. Al final, cuando la acompañaba por la calle de Correos, aparecieron Tori y Sala, y Beni, no sin buena dosis de orgullo, se la presentó. Luego esperó y esperó que le telefoneara; una semana, dos.

—Oye, Beni, si te afecta tanto, yo estoy dispuesto a renunciar —dijo Tori.

—No —replicó Beni con desprecio. Por su mente vagaba continuamente la cinta azul que ella llevaba en el pelo aquella tarde.

—Además, tú no mostraste ningún interés por ella. Pensé que no te gustaba. Un día me la encontré por casualidad en la calle y...

—Dejemos esta conversación.

—¿Por qué te enfadas? —intervino Çlirim—, en Vanceslav, mis amigos y yo no dábamos ninguna importancia a estas cosas.

—Nos aburres con tu Vanceslav —dijo Beni con un gesto de hastío—. ¿No sabes hablar de otra cosa?

Çlirim torció el gesto, pero no le contestó.

Empezó a lloviznar. Los transeúntes eran cada vez más escasos. De todas las calles de Tirana, quizá fuera la de Dibra la que más sentía el cambio de estación. En cuanto empezaba a refrescar y se oían los primeros truenos, la gente apretaba el paso, los vendedores ambulantes de frutas abrían los toldos y los silbatos de los policías se escuchaban con mayor frecuencia. Luego, las grandes gotas de lluvia alcanzaban a las chicas que corrían. La gente se metía en las tiendas, bajo las marquesinas, y meneaban la cabeza como si hubiera ocurrido algo inesperado.

—Por allí va Mariana —dijo Sala, dando un codazo a Beni.

Volvió a pasar «Crisis general» con una amiga. Tori les hizo una seña, pero no se detuvieron.

Cada vez había menos gente. El dueño de la tienda de cosas viejas salió a la puerta, miró a derecha e izquierda con sus ojos mansos, que, por alguna desconocida razón, despertaban compasión en Beni, y con un movimiento desganado, como cada tarde, bajó la persiana metálica.

—Esperamos a que salgan del cine y nos vamos —dijo Çlirim.

Beni subió despacio las escaleras del edificio. En el primer piso, habían vuelto a escribir «M es guapa». Con toda seguridad se referían a Mira. Su voz se oía al otro lado de la puerta. Hablaba por teléfono. Estaría resolviendo los problemas de álgebra.

Beni llamó al timbre. Abrió la puerta Mira. Con la otra mano sostenía el auricular. Estaba concentrada en la conversación. Oye, otra cosa. Las ideas progresistas de Cervantes. ¿Cómo? ¿Os han dado el arte de Naim? No, no. Lo hemos hecho ya.

Beni apretó la nariz de su hermana y entró en la sala de estar. Su padre tomaba café con la tía. Besnik, al parecer, no había llegado. Beni saludó entre dientes. La tía respondió a su mirada con un movimiento de cabeza señalando el aparador. Eso quería decir que ya habían cenado y su plato estaba allí. El mismo lo calentaría.

Al coger el plato, vio sobre el frigorífico un libro de memorias de la guerra que su padre llevaba leyendo una semana. Había sido guerrillero de la VI Brigada. Disfrutaba con la lectura de recuerdos de la guerra, pero a veces se enojaba. Llamaba a Raboja con frecuencia. La tía se ponía sus viejas lentes y escuchaba. ¡Mal rayo le parta!, maldecía, ¿por qué no dice nada de Allaman? Espera un poco, intervenía él, Allaman no estuvo en los apriscos de Zabzun. Estuvo allí, insistía la tía, y recuerdo que se le agarrotó el cuello y parecía un demonio.

Durante la guerra, la tía había trabajado con los guerrilleros. Era viuda y se habría ido a la guerrilla si su cuñada, la madre de Beni y Besnik, no hubiera muerto al nacer Mira, dejando a los niños medio huérfanos. Fue ella quien los mantuvo durante la guerra.

Mira terminó por fin de hablar por teléfono. Beni comía con apetito, mirando a hurtadillas la enjuta cara de su padre. Desde que se jubilara dos meses atrás estaba cada vez más irascible. Beni dormía en la misma habitación que él y había observado que se pasaba algunas noches dando vueltas en la cama. Hubiera querido preguntarle: qué te pasa, papá, pero no se atrevía. Desde el verano, cuando Beni se quedó sin escuela, sus relaciones se habían enfriado. Antes no era así. Beni se enorgullecía en silencio de su padre. Cuando preguntaban en la escuela por la biografía de los padres, mientras algún compañero se ruborizaba cuando farfullaba entre dientes: funcionario..., pequeño comerciante..., Beni pronunciaba las palabras «guerrillero de la VI Brigada» con particular satisfacción. La verdad es que Struga, además de tomar parte en todas las marchas y batallas de la brigada en noviembre de 1944, junto a otros dos guerrilleros, hizo saltar por los aires el mausoleo de la reina madre en las colinas de Tirana. Esto era para Beni una maravilla. Entonces, él era muy pequeño y no recordaba nada, pero la gente mencionaba a menudo la hazaña. Ay, cuando éramos jóvenes, pinchaban a Struga sus compañeros, no nos costaba nada volar al rey y la reina. El hecho se hizo realmente famoso. Hasta los periódicos monárquicos del exilio, al dar la noticia con grandes titulares en las primeras páginas, no olvidaron poner el nombre de su padre en el subtítulo. «El vándalo Xhemal Struga, que voló la sagrada tumba de la madre de la nación, condenado a muerte por un decreto del rey en el exilio».

Alguien encontró un ejemplar para Struga. Todavía estaba allí, en el estante del medio de la librería, donde guardaba los libros y las fotos de los años de la guerra. Beni había leído varias veces aquel decreto real, escrito en un albanés arcaico, por el que se condenaba a muerte a su padre. Cuantas veces veía el amarillento periódico, sentía ganas de soltar una gran carcajada, pero en el último segundo algo se lo impedía.

Una ráfaga de viento lanzó unas gotas de lluvia contra el cristal.

Struga volvió la cabeza.

—Se acerca el invierno.

—Sí que es verdad —afirmó Raboja—, hay que comprar leña.

Sus ojos se dirigieron al hueco de la chimenea de la estufa, tapado con un cartón.

El viento, con un ruido suave, lanzó más gotas contra el cristal.

Eran las diez.

En esos momentos, en la recepción que ofrecía el embajador de la RD Alemana, el periodista francés de AFP, llegado al aeropuerto de Tirana dos horas antes, le explicaba al agregado comercial rumano, a quien acababa de conocer, que la cocina francesa, aunque gozara de buena fama en muchos países, no había podido escapar a la decadencia después de la Segunda Guerra Mundial y esto lo evidenciaba a la perfección la excesiva y refinada utilización de las salsas, que, en su opinión, servía precisamente para encubrir su venida a menos.

El agregado comercial rumano consideró humano contestar con tacto, pero el periodista, anticipándose con un movimiento brusco de la cabeza, continuó.

—En mi opinión, la única cocina honorable en nuestro tiempo es la escandinava.

Chocaron las copas y el rumano empezó a hablar de la influencia de la cocina turca en la balcánica, a la que, según creía, la pobreza había conferido carácter dramático. Mientras esperaba que el otro preguntara cómo se podía concebir el carácter dramático de una cocina, el francés, mirándole fijamente, le sorprendió:

—¿Cómo se explica que Albania haya encargado trigo a Francia, cuando tiene un contrato de abastecimiento con la Unión Soviética?

Las cejas del rumano se movieron tanto que amenazaron con resbalar de su frente de un momento a otro. Balbuceó un rato sin que el otro dejara de mirarle.

—Cómo explicárselo... Siempre hay imprevistos... usted sabe que la agricultura... desde los tiempos de Noe... siempre caprichosa.

—¿Problemas de clima? —preguntó el francés.

El rumano sonrió aliviado.

—Efectivamente, usted lo ha dicho. Problemas de clima. Justo problemas de clima —confirmó moviendo la cabeza con energía.

Problemas de clima, repitió el francés para sí. Era la tercera vez en aquella noche que escuchaba la misma frase.

Entonces pasó junto a ellos un hombre de cuello corto que cantaba de nariz:

Moscú, Tirana, Los Angeles
Se han unido en un koljoz.

—Una canción idiota —comentó el rumano. Era la segunda vez que la oía. La canción de moda de los borrachos de todo el campo socialista, pensó, intentando recordar en qué embajada había visto al hombre del cuello corto. Seguro que los polacos cambian «Tirana» por «Varsovia», los checos por «Praga» y así sucesivamente. Una canción sin sentido, se dijo. Para su sorpresa, el francés no mostró el más mínimo interés por ella.

—O sea que problemas de clima —repitió el periodista como si hablara solo. Sus ojos lo miraban todo, sin detenerse en nada. Habían llegado a la recepción dos ministros albaneses y otros funcionarios. Estaban repartidos por todas partes. Vio al albanólogo Scheider, que, cosa extraña, hablaba con el embajador coreano. Ya no sabía de qué hablar con el rumano.

Problemas de clima. El primero en pronunciar estas palabras había sido el director de Albimport. Inicialmente no quería aceptar que Albania hubiera encargado trigo a otro país, pero cuando el periodista le dijo que había viajado en el avión con el representante de la importante firma Champs de France, el director, sin ocultar cierto nerviosismo, dijo que se trataba de una casualidad... que la Unión Soviética no tenía un año agrícola muy bueno... en una palabra, problemas de clima concluyó, dando a entender que no quería seguir hablando del tema. Luego, el periodista preguntó al agregado comercial checo, pero éste cortó inmediatamente la conversación aduciendo que no entendía bien el francés.

La familia no desvela sus secretos, se dijo el francés. Observó que se habían acercado al albanólogo Schneider el ministro de Exteriores albanés, el embajador soviético y dos mujeres de la embajada polaca. Estas reían a carcajadas.

El francés alzó la cabeza para continuar la conversación sobre la cocina, pero el rumano se había ido. Ahora hablaba con uno de los embajadores de los países árabes.

El corresponsal dio unas vueltas por el gran salón. Ya que la recepción continúa y ya que estoy aquí, aprovecharé el final, pensó. Y, al rato, dijo para sí: Busca, busca, argonauta. Sus ojos se detuvieron en una mujer que permanecía un poco apartada. Algo gruesa, de hermosa cabellera clara, la mujer miraba con nostalgia a un grupo de diplomáticos albaneses muy jóvenes que, al parecer, era la primera vez que participaban en una recepción oficial. Una hora antes, mientras identificaba desde lejos a los invitados, supo que la mujer en cuestión, viuda de una personalidad comunista, había sido viceministro durante mucho tiempo, y ahora era alta

funcionaria de una organización de masas y que hablaba bien el francés. De todos modos, una mujer siempre es más sincera, pensó. Sobre todo una mujer nostálgica. Cinco minutos después, la conocía. Su apellido era Bermema. Agradable, algo dispersa. Había estado varias veces en Occidente, con diferentes delegaciones, sobre todo durante los primeros años tras la liberación. Había estado en Roma, en Londres. Él, por supuesto, también había visitado estos lugares. Muchas veces incluso. Mencionaron algunas calles famosas, cambiaron impresiones sobre varias plazas, incluso sobre un bar en el que ambos habían tomado café. Le preguntaba de forma continua, interesándose principalmente por su primer viaje en 1945, por sus impresiones, las impresiones de una ex-guerrillera albanesa que pisaba las calles de Roma por primera vez. Ella respondía con suavidad, pero parca, acompañando las palabras con una sonrisa contenida.

Recuerdo mi primer viaje a Occidente sin que tú me preguntes por él, dijo para sí y miró tranquila al extranjero. Recordaba aquel viaje cuantas veces asistía a una recepción oficial, donde, envueltos en una solemnidad de camisas blancas, deambulaban los jóvenes diplomáticos.

Creo que esta mujer va a ser un regalo para mí. La cuestión es ser prudente. Todo estriba en no perderla.

—¿Roma? Para mí, Roma era una ciudad vencida.

Ninguno de los dos escuchaba con atención al otro, ni siquiera a sí mismo. Ella le hablaba sobre el congreso de las mujeres italianas, pero en realidad pensaba en otra cosa. Recordaba el bar Roma donde, las dos, ella y su compañera, iban a tomar café en los descansos entre sesiones. Cuando se enteraron, comenzaron a acudir allí las mujeres de los beyes huidas de Albania, todo tipo de señoritingas y artistas fugadas. Nos habéis quitado las tierras, habéis encarcelado a nuestros parientes, lo pagaréis, lo pagaréis, decía una agitando los dedos bien arreglados, con pulseras y pendientes de oro. Ah, sí lo pagaréis, intervenía otra. Ellas dos respondían como podían: vosotras habéis abandonado vuestra patria por esas pulseras, por esos pendientes. Así todos los días. En cada descanso, después de los discursos, de las intervenciones, de conocer gente nueva, se sentían en la obligación de correr al café Roma para continuar la polémica con los fugados. En una mesa cercana, estaba siempre Sulo.

No puedo contarte nada de Sulo, dijo para sí. No lo podrías comprender.

Sulo era su guardaespaldas. El ex-guerrillero Sulo Gjoni, con un trozo de metralla en la cabeza que le provocaba con frecuencia un agarrotamiento parecido a un ataque de epilepsia, estaba sentado a una mesa, dos pasos más

allá. En el bolsillo derecho llevaba una bomba. Si pasaba algo, si tras el tintineo amenazador de las pulseras, se lanzaban al café los ballistas o los zoguistas, Sulo sacaría la bomba y se la tiraría. Centenares de veces había intentado imaginar los movimientos que haría Sulo para tirar la bomba. Sería un gesto entrecortado (a causa de la metralla, todos sus movimientos eran así), su brazo, como un brazo de madera, se doblaría, la mano sacaría la bomba del bolsillo, la acercaría a la boca entreabierta para quitar la espoleta con los dientes y después, con idéntico movimiento mecánico del brazo, la lanzaría. Lo había soñado dos o tres veces. En sueños, la cara de Sulo, quemada en dos o tres sitios, parecía el reflejo de la muerte. Aquella cara parecía hacer tic—tac.

—...la plaza de España? —preguntó el periodista.

—Ah, la plaza de España, sí, sí, la recuerdo, he pasado por allí.

Después le preguntaré por el trigo. Ya he dado bastantes rodeos.

En la plaza de España fueron atacadas por los ballistas. Coge a esa zorra comunista, gritaba una voz tomada. Llevaban en las manos materiales para una modesta exposición, para una rueda de prensa, algunas fotografías de mártires y de miembros del Gobierno Provisional. Se las quitaron de las manos y las arrojaron al suelo. Uno de ellos empezó a pisotearlas mientras otro gritaba: ¡Ja, ja, ja, mira los ministros comunistas, míralos, para morirse de risa! En ese instante se oyó un chillido de mujer: ¡Iros, ha sacado una bomba! Ella se volvió y vio a Sulo. Era verdad que sacaba la bomba. Había hecho dos movimientos mecánicos. Había sacado la bomba del bolsillo y se la acercaba a la boca entreabierta. Los dientes, las partes quemadas de la cara, todo hacía tic—tac. Los ballistas abandonaron los materiales en el suelo y salieron corriendo. Él los miraba con los ojos inmóviles. Entonces le gritaron ellas: Sulo, no les tires la bomba, ya se van. Todavía tenía la bomba junto a la boca. La plaza se había quedado desierta. Él estaba pálido, con gotas de sudor en la frente. Y en ese momento pensó aterrorizada: y si ahora le da la crisis a Sulo, el ex—guerrillero de la I Brigada, con la bomba en la boca en medio de la plaza de España, en la Italia enemiga. Pero Sulo obedeció. Con dificultad, como si estirara unos muelles invisibles, apartó la mano de la boca, bajó el brazo y se guardó la bomba en el bolsillo.

—¿Qué decía? —preguntó al extraño.

El repitió la pregunta. Se trataba de algo sobre cantidad de trigo encargado en Francia. Ella esbozó una sonrisa amarga. Todos ellos, desde entonces, ya desde entonces, preguntaban por el trigo. ¿De dónde vais a sacar ahora el trigo?, le había interrogado una de aquellas mujeres en el café Roma. ¿A qué país pensáis comprar el trigo?, preguntaban los periodistas

extranjeros en los descansos. Ya entonces, pensó, ya entonces. Y se entristeció de forma inesperada.

Él no le quitaba ojo y no entendía nada. ¿Qué le pasa ahora?

Han pasado tantos años, pensó ella. A pesar de todo, nada ha cambiado. Han aumentado las sonrisas, las palabras astutas, la cortesía, pero, en realidad, la esencia es la misma. En sus ojos siguen la misma pregunta fría: la independencia la habéis encontrado solos, ¿pero, dónde encontraréis el trigo?

Esta debe saber algo, pensó el francés, ¿no me habré precipitado al preguntarle?

Usted no puede entenderlo, como no podría entender a Sulo, se dijo ella. Horas antes, cuando en su apartamento toda la familia se preocupaba por lo de la sobrina pequeña, se acordó de manera particular de él, de Sulo, con la bomba en la boca. Su guardia permanente. Sintió nostalgia. Hacía tiempo que había muerto. En el cuarenta y cinco. A causa de aquel pequeño trozo de metralla. En las ciudades extranjeras, entre el titilar de las luces, siempre le recordó con nostalgia. Una nostalgia erosiva, lejana, difusa, como un alarido de estrellas. No olvidaría el día en que le asaltó la crisis en Vila Borgeze. En mitad de la calle. La gente se paraba a mirar, mujeres con plumas en el sombrero, caras aristocráticas. Las dos estaban de rodillas a su lado, le sujetaban la cabeza para que no se golpeará contra el bordillo. El ex-guerrillero Sulo, echando espuma en medio de Vila Borgeze por aquel trozo de metralla, bajo la mirada curiosa de los burgueses... Debería escribir todo esto, con el título, quizá muy usado, pero sencillo, «Viaje por Italia».

—Con permiso —dijo el francés, sonriendo levemente y volviéndose para saludar al ministro de Exteriores.

El corresponsal, caminando despacio, recorrió el gran salón. Estuvo a punto de chocar con el borracho que seguía cantando, *Moscú, Tirana, Los Ángeles*. Sus miradas se encontraron. El borracho sonrió.

—Bonita canción —le dijo el periodista— ¿habla francés?

—Ah, francés... Madam Pompadur... ui, ui.

Se cree que habla francés, dijo para sí el corresponsal y lo intentó en ruso. Más o menos se entendían.

—¿Cómo va la unidad? —fue al grano sin contemplaciones—, ¿Total, invencible como siempre?

Meneando la cabeza, el borracho hizo un gesto de desprecio con la boca.

—Como siempre, unidad total hasta el aburrimiento.

El corresponsal de AFP hizo su último intento con el agregado

cultural chino. Pero éste, después de expresar la opinión general de que «el pueblo francés es bueno», no pronunció palabra, sólo sonría todo el rato.

Es imposible, imposible, estuvo a punto de gritar el periodista. La familia no suelta prenda, volvió a repetirse. Se quedó apartado, recostado en el poyo de una ventana, contemplando aquel montón de gente que daba vueltas, conversaba, reía, tomaba café bajo la humareda azul surgida de sus pulmones.

Mientras, el representante de Champs de France está allí, pensó, en el hotel Dajti, totalmente solo, un huésped absurdo en un momento misterioso.

Quizá sea de verdad problema del clima. Quizá los oráculos se han equivocado de nuevo. A fin de cuentas, no era la primera vez que surgían tales dudas. Le vino a la memoria el vuelo sonámbulo del avión, dos horas antes, y su soledad en medio de aquel cielo invernal. Entonces le pareció que buscar en aquella extensión interminable era como buscar una lagartija en el desierto del Sahara. Encontrar la grieta providencial... la pequeña lagartija de oro de los cuentos... ¿Acaso existe?, se preguntó. ¿No sería sólo un sueño adormecedor, una esperanza huera, un espejismo provocado por el cansancio, lo de la providencial lagartija de oro?

De las dos a las tres de la madrugada, la calle de Dibra se extendía casi muerta bajo la mirada fría de los escaparates iluminados con neón, bajo los rótulos, anuncios y horarios, que a esas horas se convertían en algo sin sentido como inscripciones sobre piedras viejas. Ante su mirada callada, se movía ahora el único ser vivo, una figura humana con una escoba larga en la mano. Era el barrendero Rrema Huta. Despacio, como si temiera despertarla, pasaba la escoba sobre el lomo cansado de la calzada, casi acariciándola. Bajo la luz de las lámparas de helio, envuelto en nubes de polvo y con la larga escoba en la mano, semejaba un dios. La escoba, al contacto con el pavimento, emitía un leve siseo. Como una respiración, un suspiro entre sueños. Barrer, barrer, barrido, barrido. A ambos lados de la calle, rótulos de hoteles, almacenes, tiendas de muebles, de ultramarinos, bares, miraban sorprendidos al dios de la calle. La serpiente del cristal de la farmacia permanecía serena. Corrían delante de la escoba, presas de pánico, pedazos de periódico, peladuras de naranja, envoltorios, billetes de autobús, tirados por manos anónimas de hombres, chicas, viejos.

Vaya, otra vez lleno de colillas este trozo de acera. ¿Quién fumara tanto en este sitio? ¡Qué raro! exclamó el barrendero Rrema mientras barría la parte oeste de la calle, entre la tienda de antigüedades y la farmacia.

Cuántas colillas, cada día, en el mismo sitio. Con un golpe de escoba, las echo al montón de basura y se olvidó de ellas.

Mientras movía la escoba, sintió que alguien le miraba por la espalda. Se volvió y vio un hombre parado en la acera, Rrema le mostró la escoba. Le daba mucha rabia que le miraran por la espalda. ¿No has visto nunca una escoba? ¡Así se te revienten los ojos!, murmuró para sí, levantando una nube de polvo con un movimiento brusco del brazo. Al volver la cabeza al cabo de un rato, el desconocido seguía allí, tieso como una estaca, sin quitarle ojo, Rrema notó que se le hinchaban las venas del cuello. Eh, tarambana, ¿no tienes otra cosa mejor que hacer que quedarte ahí? Preocúpate de tus asuntos. El otro no se movía. Sólo sonreía. Eres un tío raro, dijo Rrema y le miró fijamente. El desconocido dijo algo y sólo entonces Rrema se dio cuenta que era extranjero. Se arrepintió de haberle insultado y su mirada se tomó tierna. El desconocido habló de nuevo, una especie de ks-ks-ks, y a Rrema le entró la risa. Soltó una carcajada. El otro hizo lo mismo. Unos segundos más tarde, reían los dos a carcajada limpia. Pero la risa de Rrema se cortó de improviso.

—Ríe, ríe, creo que te has quedado conmigo —dijo, dando a su mirada un aire de duda. Recordó que en la última reunión del colectivo de barrenderos les habían dicho que cuidado con los extranjeros que merodean por las calles de Tirana, fingiendo que no pueden dormir.

Al ver el brusco cambio en la expresión del barrendero, el desconocido dejó de reír y volvió a emitir ks-ks-ks. El barrendero movió la cabeza.

—No le van a Rrema estas payasadas.

Dio la espalda al extranjero y continuó barriendo la calle con violentos golpes de escoba. Un poco después, volvió la cabeza y vio que el otro se alejaba despacio en dirección a la plaza de Skénderbeg. De repente, Rrema sintió lástima. Quién sabe qué problemas tendrá el pobre, pensó al tiempo que el corresponsal de AFP se detenía ante un enorme cartel dedicado al mes de la amistad albano-soviética. Sin saber por qué, Rrema suspiró profundamente.

Acto seguido, Rrema ya lo había olvidado y avanzaba poco a poco hacia la plaza. Cien pasos más y terminaba su sector. Se detuvo un rato y encendió un cigarrillo. Por el cruce pasaron algunas personas. Seguramente eran los porteros de los periódicos principales que salían del trabajo.

La calle, ajetreada durante todo el día, pisada, arañada, escupida, manchada de gotas de gasolina, ensordecida por el ruido, se extendía ahora bajo la mirada inquisitiva de los letreros. Y de nuevo lento, como si temiera

despertarla (ni con su mujer era Rrema tan cuidadoso), pasó la escoba sobre su dorso.

Capítulo cuarto

Se derramaba abundante. Blanqueaba en los cristales de las ventanas, cubriéndolo todo. Quimérico hurtarse a ella. Te encontraba donde estuvieras, bajo las sábanas, bajo los párpados. Mira intentó de nuevo ocultar la cara bajo la almohada, pero era imposible. La luz de la mañana vertía sin cesar en la alcoba. Las últimas sombras del sueño, seres inseguros, debilitados por la luz, perdían la voz, enmudecían, y sobre ellos, como en una cinta vieja, se grababan ahora ruidos y voces nuevos. Monja, te arrepentirás un día. Te quiero. ¿Qué? ¿Qué? Mira se despertó. No logró entender qué le decía Martín, el de la clase 12 B que estaba con ella en el grupo de teatro de la escuela. Hablaba y ella quiso decirle que eso no venía en el texto que estaban estudiando, pero la luz aniquiladora caía sobre los hombros de él, fundiéndole, haciéndole transparente, hasta que, al fin, le convirtió en aire ante sus ojos.

Qué pasa, exclamó Mira, parpadeando. Después de tantos días lluviosos, amanecía una mañana luminosa. De la cocina llegaban leves rumores. La cama de la tía estaba vacía. Mira se desperezó dos o tres veces, clavó la vista en el techo y se quedó inmóvil. Monja, te arrepentirás un día. Te... Ahora el sueño le parecía a un siglo de distancia. En realidad, Martín le había dicho cosas con doble sentido que no estaban en el guión, pero había fingido no escuchar o no había escuchado de verdad a causa de la turbación. El no podrá atreverse a decirle palabras semejantes.

Se puso de costado y contemplaba la ventana con la mejilla apoyada en la palma de la mano. Los cristales se ahogaban en luz. ¿Cómo responden las chicas cuando les dicen «te quiero»? pensó. De la otra parte del apartamento seguían llegando los habituales sonidos matinales: un leve golpear de cacharros, los pasos del padre en el pasillo, el zumbido de la maquinilla de afeitar de Besnik.

Respiró hondo, se incorporó dejando colgar las piernas y se disponía a levantarse, pero en el último instante se quedó quieta. Cruzó las manos sobre las rodillas, contemplando la ventana. Luego, retirando el camisón se

miró un hombro. Lo retiró un poco más. El hombro le parecía bello. El camión era largo. Lo alzó y miró sus piernas. No debo seguir engordando.

Se puso en pie de un salto y, bailando por el pasillo, abrió la puerta del baño.

—Un segundo, Mira —dijo Besnik sin quitar la vista del espejo.

—¿Por qué no te afeitas en tu habitación?

—Ya acabo.

Sus ojos castaños, suaves y levemente rasgados, que daban a su mirada una pincelada de astucia simpática, sobre todo cuando miraban de reojo, aparecieron en el espejo junto a la cara de Besnik, que tenía una tensión no natural, como la de cualquier hombre cuando se afeita. Sacó la lengua a su hermano y comenzó a darle con el puño en la espalda.

—Ya acabo —repitió desenchufando la maquinilla.

Salió al pasillo y tomó la guía telefónica. Levantó el auricular y marcó un número.

—¿El oncológico? Póngame con el pabellón dos.

Cuando Mira entró en la cocina, su padre y su tía estaban callados en el diván. El padre estaba pálido. Seguro que había vuelto a tener trastornos. Besnik hablaba por teléfono con un médico. Al parecer, iba a volver a la consulta.

En la mesa, la tortilla de Besnik, intacta.

—¿Te hago huevos? —preguntó la tía.

Mira asintió con la cabeza. La alegría de la mañana se disipó. No tenía ninguna gana de comer.

—Tenemos que estar allí dentro de una hora —dijo Besnik al entrar en la cocina. Struga le lanzó una mirada prolongada. Besnik se sentó a la mesa y empezó a desayunar. Daba la impresión de tener la mente en otro sitio. Desde el otro extremo de la mesa, Mira miraba de reojo a su padre. Tenía un aspecto de verdad desmejorado. Por más que intentaba comer maquinalmente, creía oír el rechinar de su tenedor contra la porcelana del plato. Al final, cuando terminó, fregó su plato y su vaso, los colocó en el vasar y comenzó a arreglar los cuadernos en la cartera.

En el corredor se oyeron los pasos de Beni. Luego, la puerta del cuarto de baño y el grifo del lavabo. Beni tenía los ojos hinchados como de costumbre. Sólo después de las nueve retomaban su aspecto formal.

—Buenos días —Mira se despidió cogiendo la cartera. No respondió a la mirada de Beni que interrogaba sobre el silencio de la cocina. Este desapareció en la habitación en que dormía con su padre. La situación no está clara, dijo para sí.

Al cabo de veinte minutos salían Besnik y su padre. Beni entró en la cocina.

—¿Por qué no preguntas adónde van? —inquirió la tía visiblemente enfadada.

Beni no supo qué decir. Sonó el teléfono. Era Tori.

—¿Beni, eres tú? Oye, el domingo tengo el piso libre, mi padre y mi madre se van a Fier, a una boda. ¿Qué te parece si nos reunimos? Çlirim intentará convencer a Mariana para que venga con una amiga. En cuanto a Crisis, esa se apunta sola. ¿Qué dices?

—Bien —respondió. Entiéndeme bien, pensó. Mariana, Crisis. Ni una palabra de Iris. La tiene apartada. La ve a solas. Un caballero degusta y calla, repitió esta frase oída por casualidad en el teatro. Un perro también, añadió.

—Beni —insistía la voz menuda tras los agujeros oscuros del receptor—. Escucha. Todo estriba en que reunamos unos leks. Creo que bastará con diez leks nuevos por cabeza. ¿Qué opinas?

—¡Ajá!

—Además necesitamos un magnetófono. Un amigo tuyo tiene. Un tal Maks, Maks...

—Maks Bermema.

—Ese. Pues que venga también, si quiere.

—Vale, se lo diré —y colgó.

—Tía —dijo volviendo a la cocina—, ¿has oído que me ha llamado un amigo? El domingo es el cumpleaños de un compañero. Tendremos que comprarle algún regalo, ¿no crees? Hemos pensado poner diez leks nuevos cada uno. ¿Qué te parece?

—Si de verdad es para el cumpleaños, te los daré.

—Sí, claro. Para eso los quiero.

—Ven a desayunar. Aquí tienes el huevo.

Notando que le miraba, Beni no levantó los ojos del plato. Comió con rapidez el huevo y más rápido aún vació el vaso de leche.

—¿Por qué no preguntas adónde han ido? ¿No te preocupa tu padre?

Maldita sea, dijo Beni para sí. Sentía que cuanto más le dijeran que no se interesaba por la salud de su padre, más difícil se le hacía demostrar su preocupación. En realidad todos aquellos días, y sobre todo las últimas noches, se le hacía un nudo en la garganta cuando recordaba la enfermedad del padre. ¡Vaya, hombre!

Merodeó un rato por la casa, se puso la cazadora y salió.

Ya se fueron, pensó Raboja sentándose en el sillón donde normalmente lo hacía Struga. El frigorífico emitía un zumbido monótono. El libro de recuerdos de la guerra estaba encima. Los últimos días, cuando se quedaba sola, se ponía las viejas gafas, abría el libro y leía algunas páginas sin seguir un orden. Le costaba leer, le dolían los ojos y no comprendía muchas palabras. Le costó mucho tiempo aceptar la idea de que en los renglones de un libro podían plasmarse días pasados, muertos, fragmentos de batallas, calles con lluvia, voces. No le entraba en la cabeza cómo en aquellos renglones y letras iguales podía haber cosas tan diferentes. Luego empezaba a leer y durante algunos momentos no le sorprendían las letras, pero estos eran pocos. Los renglones del libro se le antojaban esas briznas que había estado hilando toda su vida. La lana, antes de hilarla, se cardaba. Era como la niebla y los dedos la retorcían, la niebla se iba estrechando y estrechando, hasta apretarse firmemente y convertirse en un hilo fino. La lana cardada parecía viva. Esa niebla tenía su interior lleno de murmullos, ideas, palabras, rabia, aliento humano de la persona que la hilaba. El hilo fino estaba muerto. Eso debían ser los renglones de los libros. Hilos muertos, secos, donde se habían exprimido acontecimientos, aldeas, inviernos.

Le cansaban aquellos renglones interminables y lo único que le empujaba a seguir leyendo era la esperanza de encontrar allí, entre ellos, algún nombre conocido. A veces se le aparecían de forma inesperada. Estaban allí, unas líneas más abajo, y le extrañaba que no la hubieran llamado, que no le hubieran hecho una seña. Algunos de ellos estaban muertos. Otros, vivos. Sólo las letras eran iguales, ni vivas ni muertas.

Desde que Struga llevara el libro a casa, dos semanas antes, regresaba cada mañana a los tiempos pasados. Los conocidos que allí encontraba la desesperaban en la mayoría de los casos. Transformados por las letras, tenían algo frío y distante, como si volvieran de un lejano exilio. No eres tú, Miço Abazi, dijo como un fantasma. ¿Dónde has aprendido a hablar así? ¿en la tumba?

Dejó el libro sobre el frigorífico y entornó los ojos. No eres tú, no, repitió. Una ladera empinada repleta de piedras, dos disparos de cañón bajo el calor asfixiante de un sol extraordinariamente blanco y Miço Abazi que agonizaba ensartado por una bayoneta; todo esto se conservaba en su memoria como si hubiera ocurrido ayer.

Sobre el fogón, la olla a presión producía un ruido adormecedor. La

pedregosa y empinada ladera, en la mente de Raboja, se cubrió de nubes, lluvia y silbidos de viento. A veces tenía la impresión de que todo lo importante de su vida había sucedido en aquella ladera cubierta de guijarros. De nuevo caminaba por ella y la cuna donde llevaba a la pequeña Mira le derrengaba los hombros. En los brazos llevaba a Beni y Besnik apenas echaba los pasos agarrado a sus sayas. Caían diminutos copos de nieve. Todos huían, subían por los barrancos, perseguidos por los alemanes: campesinos con mulas, fuerzas locales, restos de batallones guerrilleros que a duras penas habían logrado romper el cerco, mujeres con cunas a la espalda, viejos que olían a ceniza, todos iban ascendiendo, siempre hacia arriba y sólo las aguas invernales, ciegas, discurrían en sentido contrario, en dirección a los alemanes.

¿Por qué recuerdo hoy todo esto? Hoy que ha ido a la consulta del hospital. Estaba preocupadísima por Struga, como entonces.

Como entonces. ¿Adónde irás?, le dijo cuando le comunicó que se iba al monte, tienes tres hijos y no tienes mujer. Hasta hoy no he oído hablar de ningún guerrillero viudo. Ya lo oirás. Oirás hablar de abuelos y viudas. Después oiría Raboja hablar de guerrilleros abuelos y guerrilleras viudas; no obstante, aún hoy estaba convencida de que fue él quien abrió el camino. Le dejó los niños a su cargo y a veces creía haber pasado toda la guerra con la cuna de Mira a cuestras y Beni y Besnik enredados en sus faldas. Durante la Operación de Invierno no paraba de llover. Bajo sus pies, el barro pegajoso exigía primero un trozo de suela y luego toda la abarca. Una vez sacudido, volvía a engancharse como si pretendiera otra cosa. El barro les buscaba a ellos. Y por si esto no bastara, aparecían en el cielo aviones solitarios. No olvidaría jamás a uno de ellos. Ametrallaba desde lo alto. Los huidos se tiraban donde les sorprendía: en hoyos, matorrales, explanadas peladas. El plomo silbaba como un aullido por encima de la multitud que menguaba, escapaba por los flancos, se hundía en el relieve ahogado por la niebla. Cuando Raboja se incorporó por tercera vez, vio que se había quedado prácticamente sola. Delante se movían varias espaldas, detrás no quedaba nadie. Era una pendiente con pequeños matojos, escasos, que parecían ocultar algo malo. Se apresuraba a cruzar el espacio yermo que había sido incapaz de dar vida a ningún árbol, sólo unos matojos enfermos que yacían inmóviles bajo la lluvia. De repente, cuando llevaba recorrida la mitad, se acordó de inspeccionar a Mira. No se le oía. Raboja se estremeció. Se puso de rodillas, alargó la mano para retirar la pelliza que cubría la cuna y dijo a Besnik que mirara. Los dos se inclinaron sobre la criatura. Duerme, dijo Besnik. Duerme, repitió Beni. Se levantó y siguió caminando por la maldita

ladera. La idea de que algún proyectil pudiera haber alcanzado a la niña y que cargaba sin saberlo un cadáver infantil, le provocó un gemido. Veinte años y pico antes, durante la invasión griega, en la Primera Guerra, las mujeres de la comarca llevaban así las cunas, a cuestras, y los francotiradores griegos, apostados en las laderas, disparaban sobre ellas sus mosquetones. Intentaban alcanzar no a las mujeres, sino las cunas que llevaban a la espalda, de modo que la bala la atravesara sin tocar a la mujer. Al parecer se divertirían así. Muchas mujeres se volvieron locas después de caminar horas enteras sorteando peligros sin saber que no llevaban ya una cuna, sino un pequeño ataúd. Había una canción que empezaba así:

*Adónde vas en medio de la noche,
con ese ataúd a la espalda.*

Cómo logró continuar adelante, no lo recordaba. Qué hemos hecho, dios, que vamos por los caminos con las cunas al hombro, murmuraba, toda la vida así, huye y huye. Qué pecados purgamos. Le dolía la espalda, el cansancio le nublabla la vista. Tía, no hables sola que me asustas, le decía Besnik. Y ella cerraba la boca y se tragaba las palabras. Tenía presente la imagen de las paredes renegridas de las casas de la aldea, quemada con lanzallamas. Era la cuarta vez que los ejércitos extranjeros quemaban su aldea. Por algo, los viejos del lugar, en su lenguaje habitual, en vez de «casa» utilizaban la palabra «ruinas». Buenas noches, voy a las ruinas, que se ha hecho tarde. Dios mío, murmuraba Raboja, las casas habrán de derrumbarse un día, como todo en este mundo, pero ¿por qué les llaman «ruinas» antes de tiempo? ¿Acaso las personas se dicen, cómo estás, muerto?

Se levantó y retiró la olla a presión a la parte del fogón menos caliente. Debía pelar patatas y poner la ropa en la lavadora. Menos mal que la habían comprado, de lo contrario no podría con el trabajo de la casa. Un año antes, cuando debatían qué comprar con los ahorros, si televisor o lavadora, Struga, Beni y, naturalmente, Mira se inclinaban por el televisor, Besnik, sin embargo, insistió en la lavadora. Por ella. ¡Bravo!, se repetía la tía con frecuencia, qué lista eres.

Mientras pelaba las patatas, abría y cerraba las puertas de la alacena para sacar aceite, sal y hojas de laurel para dar buen aroma a la comida. Los estantes de la alacena le parecían pequeños, pequeños, de juguete. Y no digamos ya los cacharros de plástico de color, Y el molinillo de café eléctrico. Como juguetes. No llegaba a acostumbrarse. Recordaba siempre

las viejas ollas renegridas por el fuego en que habían cocinado toda la vida, las bandejas de cobre, empezando por la grande del *bakllava**, que se utilizaba en raras ocasiones, sólo para las bodas, y el viejo molinillo de café con inscripciones turcas. Suspiró. Tampoco se acostumbraba al apartamento. A veces, sus piernas buscaban sonámbulas las escaleras para subir al piso de arriba o para bajar al establo. O para ir al pozo, que ahora sustituye el pequeño grifo sobre la pila que deja correr el agua como loco. Maldito seas, me has asustado, le decía Raboja a menudo.

Cuando llegaba Zana, le gustaba dar vueltas por el apartamento. Sus ojos se detenían atentos y serios bien en una, bien en otra pared. En los almacenes del centro han recibido cortinas muy bonitas, le decía a Besnik. De tonos claros y color naranja. Ahora está de moda para todo. Esta pared necesita un cuadro más alegre. Besnik la escuchaba tranquilo. Dentro de dos o tres meses, cuando se casen, seguramente cambiarán por completo el apartamento. Pero a Raboja le daba lo mismo. Que lo pinten y lo arreglen como quieran. A aquella casa que se llamaba apartamento (hasta el nombre parece buscado a propósito, para que las viejas no puedan pronunciarlo), o sea, a esta casa sin tejado, hogar ni escaleras, que parece un cuchitril, no le ataba gran cosa.

Cuando terminó con las patatas, abrió el fogón para ver si había suficientes para tostar el café. De fuera llegó el sonido escalofriante de la sirena de los bomberos. Dejó el café y escuchó. La sirena se alejaba hacia la estación del tren, como se alejó entonces el aullido de la loba en la explanada invernal. No podía olvidar aquella loba. Ya se van, dijo primero Beni con voz casi imperceptible por el miedo. Raboja había observado que aún hoy, dieciséis años después, cada vez que Beni o Besnik oían la sirena de los bomberos o la ambulancia se quedaban unos segundos paralizados. Mira era la única que no recordaba nada. Entonces no tenía más que seis meses.

De todos los ruidos del mundo, nada asustaba más a Raboja que el recuerdo del aullido de aquella loba. La transportaba al día más extraño de su vida, allí donde la realidad y la leyenda se entremezclaban. Era la misma explanada llena de guijarros a través de la cual se hacían todas las huidas de la aldea. Cuántas veces soñaba con aquella explanada. En sueños, el aullido de la loba se elevaba omnipotente —por la noche se sentían más las sirenas de los bomberos— y le resultaba extraño despertar, no en la cueva, sino en

* Dulce de origen turco a base de hojaldre, con miel, almendras y nueces, hecho al horno, que se prepara con ocasión de bodas o celebraciones señaladas.

un apartamento. Vayas donde vayas, se decía de vez en cuando, la loba te encontrará, aun en el centro mismo de la ciudad, en un cuarto piso, o en un séptimo, donde quiera que estés.

Mientras tostaba el café, Raboja volvió, como en centenares de ocasiones, a aquel día de diciembre. Al extremo de la explanada había varias peñas grises. Salir, salir cuanto antes, decía para sus adentros. Por lo menos que no muera aquí. Imaginaba que los matorrales no esperaban más que su caída. La cuna de Mira le había destrozado la espalda. Comenzó a caer aguanieve. Ningún establo, ninguna señal de vida por ningún lado. Entre las nubes resbaló un silbido. Levantó la cabeza, queriendo encontrar el avión, pero el silbido cesó inesperadamente y estalló un proyectil. Los alemanes disparan con mortero. Después con toda seguridad soltarán los perros. Hizo un esfuerzo por apretar el paso. El aguanieve se iba transformando en nieve fina. En lo alto de la empinada ladera distinguió la entrada de una cueva. Besnik y Beni fueron los primeros en entrar. Ella se agachó, pero la cueva no la podía recoger con la cuna. Se sentó y desató la cuerda con que la sujetaba. En la gruta se estaba caliente. Besnik y Beni permanecían callados. Mira dormía. Raboja buscaba el pedernal y la yesca, que a pesar de lo atropellado de la huida no había olvidado meterse en el pecho. Debía encontrar leña por allí y encender fuego para secarse. Pero, en lo más profundo de la cueva, algo se movió. Una culebra, dijo Besnik. No te asustes, en invierno no hay culebras. Se apercibió del movimiento repetido y puso las manos sobre la cuna de la niña. Tras el movimiento, un leve gruñido. Un perro, un cachorrillo, dijo Besnik con alegría, señalando con la mano el fondo de la gruta. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, vieron dos criaturas pequeñas de ojos brillantes que miraban con miedo. Perros pequeños, repitió Beni. Pero la cara de Raboja se descompuso. Aquellos dos pequeños perros de color gris eran cachorros de lobo. Miró la entrada de la cueva y después la cuna. Era necesario volver a levantarse, huir cuanto antes. Pero afuera, el mundo envuelto en lluvia y nieve se hundía con rapidez en el crepúsculo. Otro proyectil de mortero silbó como un dios solitario sobre el altiplano. No tenían donde ir. Se acercó a la entrada y aguzó el oído. De momento no se oye nada, pero la loba puede volver en cualquier instante. Afuera había piedras y peñascos desprendidos de la montaña. Se acercó a uno, lo palpó, lo midió con la vista y, sin pensarlo mucho, lo empujó hacia la entrada. Besnik y Beni estaban fuera mirándola. Necesitó un buen rato hasta acercar la enorme piedra a la entrada. La roca tapaba casi toda la boca de la gruta. Corrió de nuevo la piedra y salió a buscar ramas. Levantaba la cabeza con frecuencia para

escuchar. No se oía nada. Cuando tuvo un puñado de ramas, se metió en la cueva y arrastró la piedra. Tía, ¿por qué tapas la cueva, para que no nos encuentren los alemanes? Ella murmuró algo. Quiso encender fuego, pero no era posible. Seguramente fuera ya era de noche. Continuamente prestaba atención a los ruidos. No se oía nada. Quizá la loba no regrese hasta el amanecer. Quizá la hayan matado. Uno tras otro, los dos niños se durmieron con la cabeza entre sus ropas. A ella le colgaba la cabeza sobre el pecho. Quizá no venga la loba. Afuera, la nieve, con mil garras suaves, pisaba parsimoniosa la tierra. Pisaban las garras grises de la loba sobre lejanas fábulas. La cabra en la cabaña con los cabritos. El lobo llama a la puerta. Abra, señora cabra. La cabra-Rabojá dirige los cuernos hacia la puerta. No y no.

De repente, su cabeza se estremeció. Prestó atención. Al principio lento, como si brotara de la tierra, luego cada vez más fuerte, escuchó el aullido de la loba. Los lobeznos se precipitaron hacia la entrada, dando alaridos. Los dos niños se despertaron. ¿Qué pasa? ¿Qué pasa? Ella abrió los labios para hablar, pero el aullido prolongado y feroz se sintió sorprendentemente cerca. Los niños se apretaron contra las faldas. ¡Tía, tía! No os asustéis. Es la madre de los cachorrillos. No tengáis miedo. Y con una claridad implacable, le rondaba la idea de que tenía que haber sacado fuera los lobeznos. Ya era tarde. El aullido estaba allí, a escasos pasos, sobrecogedor, ciego, desplazado a la derecha o a la izquierda, según la posición de la bestia que, al parecer, daba vueltas delante de la cueva. Los niños temblaban. Los cachorros saltaban gimiendo sobre la piedra. Se sintió el roce del cuerpo de la bestia contra la roca, después, el aullido se transformó en un quejido interminable. Esta situación se prolongó bastante. Rabojá tenía el cerebro bloqueado. No hilaba los pensamientos. Eran como la lana corta de las cabras, que no se puede tejer nada con ella. No obstante, sintió que iba decayendo la furia de la loba. Las notas de ferocidad y amenaza de su aullido eran paulatinamente sustituidas por sollozos. En un momento dado, su quejido quedó suspenso en el horizonte, un arco iris de lamento sobre los copos de nieve, sobre el altiplano cubierto de piedras. Pero, escuchar este quejido uniforme era más difícil que cualquier otra cosa. Rabojá no pensaba en nada. Miraba continuamente la enorme piedra, su desalmado guardián. Seguía sin hilar las ideas. Flotaban solas sobre una superficie imprecisa: en esta cueva... la suerte... la piedra protectora... la loba... los lobeznos dentro de la gruta... ella fuera... como cualquier madre... pero... pero... pero... amanecerá. Con mucha dificultad algo iba encajando: la loba está afuera, la loba quiere los lobeznos. A ambos les separa la piedra.

Pero la piedra no se mueve. Si se moviera la piedra, la loba se metería dentro. Pero la loba es una bestia. El cerebro de Raboja hizo un esfuerzo para liberarse y se dio cuenta por fin de lo que debía hacer. Tenía que sacar a los lobeznos. Sin pensarlo más, se acercó a la roca. Se detuvo. Tomó la cuna y la llevó al fondo de la cueva. Llevó a los niños allí. Tía, no salgas. Lentamente, para que la bestia no se diera cuenta, retiró un poco la piedra. La bestia lo notó enseguida. Se reanimó, se sentía su deambular, la respiración acelerada y después el aullido. Cuando éste alcanzó su punto más alto, Raboja corrió de nuevo la roca y sacó un cachorro. De fuera llegó un aullido, el leve gemido del lobezno, una especie de roce y una carrera callada. Raboja aguzó las orejas. ¿Se fue? preguntó Besnik. No. La bestia llevó al cachorro lejos de la misteriosa roca que se lo había robado y parido después de su frío vientre. Ahora, su quejido era ahogado, más que quejido, un sollozo suplicante. Quería su otra criatura. Raboja volvió a retirar la piedra y empujó al segundo lobezno. De nuevo los suaves roces y después nada. La loba se marchaba en medio de la noche que acabaría con sus cachorros en la boca, a través de la nieve, como se había marchado unas horas antes ella, la mujer Raboja, con los hijos de su hermano perseguida por los alemanes. Ahogando los horizontes con un lamento infinito, sin voz, la Loba-Raboja caminaba ahora por el altiplano entristecido después de haber dejado en la cueva cabellos y articulaciones, encogidos en una posición no natural en los seres humanos. Su cuerpo dormía.

En una sala del hospital oncológico, como no tenía otra cosa que hacer, Besnik leía por tercera vez los titulares del periódico mural *La salud del pueblo*, colgado en un plafón cuya tela roja estaba descolorida. *Apliquemos las decisiones del Pleno del CC sobre la sanidad, La elevación del nivel ideológico y profesional de nuestros oncólogos, El cáncer en el mundo.*

La visita de su padre duraba mucho. En la pared, junto al plafón del periódico, otro con fotografías de los médicos y trabajadores del pabellón destacados. Sobre el listón superior estaba escrito con grandes caracteres: *El orgullo del colectivo.*

La visita se alargaba de verdad. Besnik se detuvo ante el periódico mural. *El cáncer en el mundo. Seis millones de enfermos de cáncer al año, ¡Bonita noticia para la gente! Otra curiosidad: Nuestro pueblo ha llamado «Cáncer negro» a esta enfermedad.* Besnik encendió un cigarrillo con nerviosismo. También podemos vivir sin estos conocimientos culturales,

pensó. A fin de cuentas, es su problema. Que escriban tantas curiosidades como quieran. No sospechaba nada serio por lo que respecta a su padre. Sólo que la visita se alargaba mucho.

Por fin, por la última puerta del salón, entró su padre seguido del médico. Este parecía cansado, caminaba con la cabeza ladeada, lo que daba a sus ojos aspecto meditabundo. Sus pestañas quedaron inmóviles ante la expresión interrogante de Besnik. Cáncer.

—Nada de importancia. De todos modos podemos darle tres o cuatro sesiones de rayos. No creo que necesite más.

Struga escuchaba tranquilo.

—Pasado mañana pondremos en funcionamiento un aparato nuevo de rayos de cobalto. Es un aparato potente, muy moderno. Puede venir el domingo para la primera sesión. ¿Tiene tiempo el domingo?

—Yo siempre tengo tiempo.

—Entonces tomo nota para las cuatro de la tarde, ¿de acuerdo?

Struga asintió con la cabeza. Salieron. El médico les siguió con la vista desde el ventanal del salón. El domingo, pensó. El nuevo aparato empezará pasado mañana. En las habitaciones aisladas con plomo, los especialistas hacían las últimas pruebas de funcionamiento de la graduación automática.

El médico sonrió. Recordó la mañana en que llegó el aparato. Fue dos meses antes. Llegó por la noche y por la mañana todavía nadie sabía nada de él. Eran varios cajones de madera, grandes, de apariencia normal, dejados en un rincón del interminable patio del hospital. Los cajones se habían mojado durante la noche, por la lluvia. Luego, poco a poco, hacia el mediodía, primero los médicos, luego los enfermeros, sanitarios y por último los pacientes, se enteraron de que había llegado el aparato. Allí estaba, embalado en cajones de madera y envuelto cuidadosamente en un aislante especial, a pesar de que todos sabían que emitía rayos continuamente. Aquel día y los siguientes, el rincón del patio empezó a ser abandonado. Nadie pasaba por allí. Sobre los cajones empezaron a caer las hojas amarillas de los árboles del jardín. Mientras tanto, los especialistas se apresuraban a equipar las salas revestidas de plomo, el alojamiento donde se metería y del que ya no saldría el esperado y peligroso huésped.

Allí estaba, todavía embalado en las cajas, pensó el médico, nadie conocía su aspecto, y sin embargo, desde entonces entró a formar parte de la vida. Esperanzas, ideas, dudas, lucubraciones extrañas, habían empezado a extenderse hacia él. Ya entonces era larga la lista de gente que recibiría sesiones de rayos.

El médico se llevó la mano a la frente. Estaba decidido a escribir la novela, aunque no había contado nada a nadie. Y tampoco se lo contaría. Sus colegas podían tomarlo a broma y su mujer seguramente se enfadaría. Había encontrado un título sencillo: *Crónica del aparato de cobalto*. Toda la dificultad estribaba en la descripción de los tipos. Le era fácil describir órganos enfermos, pero le parecía imposible hablar de la expresión de unos ojos o del movimiento de unos dedos. En cuanto a la idea principal, creía tenerla formada más o menos bien: nuestro hombre nuevo ante una difícil prueba.

Pasado mañana se tumbará el primer hombre en la camilla plástica, junto al aparato. La esfera de plomo, con un peso de nueve toneladas, penderá sobre él, lista para bombardear con rayos. En el centro de la esfera, envuelta en la gran masa plúmbea, estaba la partícula de cobalto. La esfera gris tenía algo de bomba atómica. Sólo que debajo de ella no estaría Hiroshima, sino un hombre solo. Todos saldrán de la sala de aislamiento y el enfermo quedará solo, frente a frente con el aparato. Se sentirá un ruido, dentro de la esfera se moverá algo, las gruesas hojas de plomo se desplazarán despacio como cientos de puertas y desde el centro de la esfera se trasladará lentamente, en dirección a la superficie, la partícula radiactiva. Aparecerá en el umbral, emitirá los rayos y luego, cuando termine el período de radiación, retrocederá a las profundidades del nido plomizo y las innumerables puertas se irán cerrando tras ella.

Muchas veces hará ese mismo camino la partícula de cobalto. Los primeros años, su radiactividad será potente, como la fogosa respiración de una bestia joven impaciente por salir de la jaula. Pero después, con el paso del tiempo, su respiración se debilitará. Como cualquier cosa en el mundo, envejecerá. El aparato vivirá mucho tiempo, sólo morirá la partícula radiactiva, su alma. Y cuando muera el alma, el aparato será desmontado y embalado de nuevo en grandes cajones. El prefacio de *Crónica del aparato de cobalto* describiría la llegada de los cajones, el epílogo, su partida. Las cajas con el cadáver del aparato marcharán lejos, al país que lo ha producido, para colocar dentro de la esfera gris una nueva alma. Entonces todo se repetirá.

En cuanto Besnik entró en el periódico, le dijeron que le buscaba el secretario del comité de redacción.

—Escucha. —Se limpiaba la frente con el pañuelo. Era obeso, siempre estaba en mangas de camisa en la oficina y, a pesar de molestarle el

calor más que a nadie, era el primero en encender la estufa eléctrica—. Tienes suerte, hermano. A decir verdad, yo no quería dejarte. No me interpretes mal, ¿vale? No quería dejarte porque tenemos mucho trabajo, tú sabes bien cuánto trabajo tenemos. Pero no se puede hacer nada. Insistieron y transigí. Así pues, que te vaya bien.

Besnik abrió la boca.

—No entiendo. ¿A qué te refieres?

—¿Qué no entiendes? Puedes viajar fuera del Estado. Yo no te lo impido. ¿No sabes nada? ¿No te lo han dicho los compañeros?

—No.

—Perdona, pensaba que lo sabías. Escucha, preséntate urgentemente en la Dirección de Exteriores del Comité Central. Dentro de unos días te vas con una delegación. No entendí bien de qué delegación se trata. Acláralo tú. ¿Vale?

—Sí —asintió Besnik aturrido.

—Tú, Raqi, envía inmediatamente los documentos de Besnik.

Sólo entonces se dio cuenta Besnik que en el despacho había otra persona, el jefe de personal. Sus ojos estuvieron clavados en Besnik durante todo el rato, y cuando éste volvió la cabeza sonrió. Pero Besnik notó la envidia oculta tras la sonrisa.

Salieron uno tras otro. Viendo de pasada al jefe de personal, mientras salía, Besnik creyó apreciar en sus pómulos, sus mejillas, su frente morena y, sobre todo, en la situación de las cejas, algo de letra Z.

Precisamente en ese momento, mientras atravesaba el pasillo, el jefe de personal oyó de nuevo las risas y conversaciones en voz alta de la sección de internacional. Debían estar contando anécdotas graciosas de sus viajes al extranjero. Cada vez que un compañero del departamento salía, gustaban de recordar las partes más interesantes de los últimos viajes. Hacía diez minutos que Ilir se había enterado de que Besnik iría al extranjero y estaba contando a los compañeros que en el viaje que había hecho a China con Zef, el de ATA, se habían llevado una botella de *raki*.

Al pasar por el corredor, Raqi escuchó la voz de Ilir. Contaba que a medianoche, sobrevolando Arabia Saudita, Zef se acordó de la botella y la sacó de la bolsa. Empezaron a beber pero, para su sorpresa, notaron no sólo que no les hacía efecto, sino que la botella se vaciaba a una velocidad increíble. Al final cayeron en la cuenta: el *raki* se evaporaba debido a la enorme altitud. Entonces los tragos fueron más frecuentes.

Los compañeros que le escuchaban no paraban de reír.

—Beber *raki* a medianoche sobre Arabia Saudita es una especie de

juego vital —comentó uno de ellos.

Aún reían. El jefe de personal se dirigió a su oficina, abrió la caja fuerte y empezó a buscar los documentos de Besnik. Luego, una vez los hubo encontrado, los colocó sobre la mesa y se quedó absorto, con la cabeza apoyada en las palmas de las manos, mirando la fotografía del hombre que viajaría al extranjero. El nunca había ido con una delegación. La oleada de envidia se extendió por todo su ser. El era un hombre de confianza del Estado, guardaba las llaves de la caja fuerte donde se depositaban todos los documentos del personal pero, a pesar de ello, eran otros quienes disfrutaban de la vida, otros quienes subían a los aviones, bajaban en los aeropuertos, contaban cómo se evaporaba el *raki* sobre Arabia Saudita. Sin embargo él, ¡toma caja fuerte y llaves secretas! Fichas. Fichas. Antes las tocaba con un sentimiento de felicidad. Hojeándolas en su despacho cerrado con llave, creía tocar con la mano la vida de la gente de su entorno, de forma invisible, en sus momentos más íntimos. Su tacto oculto poseía algo del destino, del poder omnipotente. Ellos podían reír, podían hablar en voz alta por el pasillo, pero sus fichas estaban allí, en su caja fuerte de hierro.

A pesar de todo, con frecuencia le invadía un sentimiento de tristeza. En realidad, en aquellas fichas no había ningún gran secreto. Allí estaban los informes redactados por directores de empresa y jefes de cátedra de la Universidad. Entre las notas era frecuente encontrar frases como «tiene la sangre caliente», «no tiene mucha relación con las cuestiones sociales», «no respeta a sus superiores», «indisciplinado». Por ejemplo, en la ficha de Besnik estaba anotado: *No comunica fácilmente con la gente. Acepta la crítica con dificultad. Interviene poco en las reuniones.* No obstante, resultaba impensable que estas notas, que él copiaría cuidadosamente para enviarlas al Comité del Partido, pudieran impedir que Besnik viajara fuera del país. Nunca se lo habían impedido a nadie en el tiempo que él llevaba en este trabajo. Por lo que se refiere a las autobiografías, no constituían ningún secreto, por el hecho mismo de serlo.

Sería diferente si enriqueciera las fichas con las notas de su cuaderno personal. Era un cuaderno pequeño de pastas negras que guardaba en el último estante de la caja fuerte. Desde que comprendió que las señalizaciones que hacía una y otra vez verbalmente (no se atrevía a hacerlo por escrito) no sólo eran recibidas con un silencio continuo, sino que existía el peligro de que fueran malinterpretadas, fue limitándolas cada vez más. Al final, después de celebrar el cumpleaños de un amigo suyo, decidió interrumpirlas definitivamente. Su amigo Aranit Çorraj trabajaba entonces en el Ministerio del Interior. Organizó una cena para celebrar su

cuadragésimoquinto aniversario. Entre los invitados, estaba su jefe. Y, de repente, Aranit, medio borracho, empezó a gritar en la mesa: «Ah, ya le enseñaría yo al Partido cómo tratar a esos escritores». Llamaba escritores a los médicos, ingenieros, profesores e incluso a los estudiantes. Dos o tres invitados intentaron tranquilizarle pero se enfureció más y empezó a darse golpes en el pecho y a jurar por la sangre de los mártires lo que haría si le dejaran. Aranit había dicho otras veces las mismas cosas, aunque no tan claramente. Los que le habían oído, en la mayoría de los casos, le habían contestado, pero con demasiada suavidad. Le repetían «no es eso, Aranit, no es eso», y se lo decían con una sonrisa. Consideraban esta pasión de Aranit una falta perdonable, casi graciosa. Pero aquella noche, el rostro cansado del jefe se transformó nada más oír las primeras palabras de Aranit. No dijo nada, sólo miraba con tristeza. Por fin, con voz pausada, le dijo: ¡Aranit, eres un elemento oscuro! Aranit palideció. Yo no soy un elemento oscuro, camarada jefe. Soy un soldado de la revolución, y se golpeó el pecho con el puño. Se hizo un silencio sepulcral. En medio del silencio, el jefe le respondió exaltado. Le dijo más o menos que la revolución junto a las grandes fuerzas del pueblo puede elevar casualmente a elementos oscuros, de la misma forma que el mar remueve todo durante la tormenta, pero la revolución es capaz de prescindir de ellos con gran rapidez y, si es necesario, reprimirlos sin piedad. Sus palabras no sonaron muy naturales, casi como si se tratara de una reunión, sobre todo teniendo en cuenta que era una cena de cumpleaños, pero fueron fatales para Aranit. Dos días duró la reunión de la organización del Partido en el departamento en que trabajaba. Le calificaron de desviacionista, aventurero de izquierda y *koçixoxista* y, después de expulsarle del Partido, le expulsaron del Ministerio del Interior. Ahora trabaja de almacenista en una empresa pequeña. Tras aquella aciaga cena, Raqi, a quien también habían acusado una vez de *koçixoxista*, asustado por lo sucedido a Aranit, dejó de hacer señalizaciones. Pero no estaba tranquilo. Compró entonces el pequeño cuaderno de tapas negras en el que lo apuntaba todo. Lo guardaba en la caja fuerte estatal. Era un cuaderno personal, pero quizá llegara el día en que le fuera necesario. A lo mejor venían tiempos difíciles para el Estado y para el Partido, y entonces habría que reevaluar a la gente. Aranit, aún ahora que era almacenista, solía repetir: Ah, tengo ganas de que estalle la guerra de una vez para ver dónde se meten estos escritores. Ahora englobaba en el concepto «escritor» no sólo a quienes tenían relación con la cultura, sino a la población civil en general.

Raqi hojeaba despacio el cuaderno. Había anotados fechas y nombres de personas, conversaciones, bromas, retazos de diálogos. Abajo, entre

paréntesis, un breve comentario suyo: antisovietismo, contrario al trabajo voluntario, burla del colectivo, frases de doble sentido, falta de respeto hacia la obra de Engels, *Anti-Düring*, burla del realismo socialista. En una de las hojas leyó de pasada: Antisovietismo: discusión, quién es el más grande escritor, Cholojov o Hemingway (americano). A favor de éste último: N.F. y Nikoll H.

Aquí está Besnik. Día 3, IX. B. Struga habla de serpientes muertas en Butrinto durante la visita de la delegación gubernamental soviética. ¿No tendrá un sentido simbólico? (Son justo las serpientes que ha fotografiado Zef T.)

Notas de una semana antes. Discurso del primer ministro soviético en la ONU. Contado por xh.Ç. tras regresar de Nueva York, 1. El camarada Jr. bebía agua mineral mientras hablaba. Al final dijo: «Se acabó el agua y se acabó mi discurso», 2. La prensa soviética ha escrito: «Fue maravilloso que el camarada Jruschov se quitara el zapato en la ONU. Aunque se molesten las damas de Occidente». (En ambos casos, la única respuesta de quienes escuchaban —Besnik S. Shef R. L. 1(e Ilir I.— ha sido reírse).

Hojeando el cuaderno se sentía feliz. Era la felicidad de un hombre que puede contemplar aspectos de la vida de los demás mientras él permanece en la sombra. Nadie miraba nada de su vida.

Su vida. Como el tesoro más estimado de ella, conservaba el recuerdo de varios días que pasó enfermo de una fuerte gripe y su mujer estuvo siempre junto a él demostrándole una fidelidad suficiente. Todo lo poético, irreal, brillante y fantasioso que pueda tener una vida humana, estaba concentrado en aquellos días. Eran su único nexo con las artes, la literatura, las películas y los libros, que odiaba en lo más hondo de su conciencia porque sabía que la reserva de fantasía que constituían aquellos días era una nimiedad en comparación con lo que explicaban las letras y los sonetos. No podía comprender que los novios o los enamorados que pasean las calles, sin estar enfermos ni en peligro, se agarren por el hombro y se miren atolondrados. No perdonaría nunca a Besnik esa forma de andar con su novia unos días antes por el bulevar de los Mártires de la Nación. Caían y caían las hojas y él se sentía desnudo como un árbol.

Casi sin darse cuenta, Besnik llegó al enorme edificio del Instituto de Proyectos donde Zana hacía prácticas desde hacía unos meses. El portero le miró con una expresión de duda. Luego descolgó el auricular del teléfono con desgana.

—Buscan a una tal Zana, una tal Zana, en la puerta. ¿Cómo? La busca uno aquí.

Besnik encendió otro cigarrillo. Durante el camino desde el Comité Central hasta allí había encendido y apagado casi medio paquete. Tras el cristal de la portería, los ojos soñolientos del portero seguían mirándole con rabia.

Zana salió.

—Besnik, ¿cómo estás?

Ella vestía pantalones y jersey, y él creyó que no había un atuendo que le fuera más a una chica a la que buscan en la puerta que los pantalones y el jersey.

—¿Qué ha pasado? —preguntó. Besnik no tenía costumbre de ir a buscarla al instituto durante las prácticas.

—Nada —respondió Besnik. Escucha, el martes, este martes —hizo una pequeña pausa, señalando con la mano como si el martes estuviera en esa dirección—, viaje fuera del país.

—¿Fuera del país? ¿De verdad?

—Me lo acaban de notificar en el Comité Central.

Los ojos de Zana irradiaban felicidad.

—¡Qué ilusión! ¿Adónde?

—A Moscú. Una delegación. Si te digo la verdad no me he enterado bien de qué delegación se trata. O yo no estaba muy atento, o el camarada de la Dirección de Exteriores no me lo ha explicado bien.

—¿Qué importancia tiene de qué delegación se trate? Seguramente es una delegación para asistir a las fiestas del Siete de Noviembre.

—Es cierto, ¿cómo no se me había ocurrido?

—¡Qué ilusión!

—Ya es la una, ¿no puedes pedir permiso y venir conmigo? Hace buen tiempo y tengo ganas de recorrer las calles.

—Espérame —dijo, desapareciendo tras las puertas de cristal del vestíbulo.

Cuando bajaba, el portero movió la cabeza murmurando entre dientes, Zana sabía que ahora hablaría solo durante un buen rato. ¡Desgraciados de nosotros, que esperamos cosas de hembras como éstas! ¡Desgraciado el ministro que confía!

Se agarró a su brazo y apoyó levemente la cabeza en su hombro. Le gustaba caminar así. Después de los largos días lluviosos, las calles estaban bonitas de verdad. Los escaparates, que hasta ayer estaban cegados por las gotas de agua, ahora reflejaban cabezas y piernas de transeúntes y los cristales de los autobuses que avanzaban despacio. Los dos flotaban entre

los divanes, camas dobles, armarios de luna y grandes aparadores de una tienda de muebles. Todo en el escaparate recordaba la vida conyugal y su visión seguramente torturaba a cualquier persona solitaria. Las vetas de madera de los muebles daban pie a imaginar todo tipo de cosas, desde las alas de una mariposa a cabezas de hipopótamo. Incluso en este caso no producían miedo.

—¿Entramos?

Besnik sonrió. Las tiendas de muebles eran lugares por los que Zana no podía pasar sin entrar. Sobre todo últimamente.

Vieron un modelo nuevo de sofá que acababa de ponerse a la venta y Zana intentó hablarle en dos o tres ocasiones de la lámpara que había comprado en la tienda de cosas viejas, pero cambió de idea. Mejor sería darle una sorpresa como tenía pensado.

—Me gusta este sofá, ¿qué te parece?

Besnik le dio a entender «a mi también» con un movimiento de cabeza.

—Para tomar café a las cinco de la tarde, ¿o no? —de repente volvió la cabeza hacia él—. En lugar de estar contento porque vas a viajar al extranjero, no sé, me parece...

Él sonrió y le apretó los dedos con la mano derecha.

—¿Cuánto tiempo estaréis en Moscú? —preguntó al salir a la calle.

Besnik se encogió de hombros.

—Hoy ha ido al médico mi padre. Tengo miedo, sospechan que sea un tumor.

—¿Un tumor? No es posible.

Ella retiró la mirada del escaparate con cierto sentimiento de culpa.

—¿Por qué no es posible? El domingo por la tarde le darán una sesión de radioterapia. Han recibido un aparato nuevo de cobalto.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—A lo mejor no es un tumor maligno. Hoy aplican rayos para todo.

—Sí, sí —asintió Zana—; el año pasado, una compañera de curso estuvo bastante tiempo preocupándose en balde por un ganglio en el pecho.

La voz de Zana se había apagado. Mientras hablaba, pensaba que no podía ser posible. La muerte no podía estar tan cerca. No había ningún signo. Volvió a repetir dos o tres veces lo del ganglio de su amiga, hasta que creyó que se estaba excediendo.

Caminaban frente al Banco Nacional, cuando les llamó desde atrás una voz suave.

—Zana.

Volvieron la cabeza. Era Diana Bermema. Mientras las dos se abrazaban, Besnik pensaba que hay gente con la que nunca le molestaría encontrarse aunque las personas vivieran tres o cuatro siglos. Aquella Diana agradable, muy bonita, de que le habló Zana cuando empezaron a salir juntos: Diana Bermema, la más guapa de mis amigas. Había un cambio raro en... en la forma del vestido... no, daba la impresión que una mano invisible hubiera aflojado algunos tornillos en alguna parte, en sus entrañas y esa liberación había provocado una versatilidad generalizada en todo su ser. Vio como una fina arenilla rojiza entre las mejillas y los labios hinchados y se dijo: qué torpe eres, no darte cuenta que está embarazada.

Zana le dijo algo acercándole la boca al oído; los ojos de Diana tenían una luz titilante, casi infantil. Pare cían dos cristales cuyo interior líquido había cambiado, como cambia el agua del mar al llegar una nueva estación.

—¿Cuándo os casáis?

—En enero —respondió Zana con una voz tan suave que Besnik creyó que decía: después de enero yo también me haré versátil como tú.

Hablaron las dos unos minutos de las cosas de costumbre y Besnik escuchaba con una sonrisa que parecía caída de lo alto, como por casualidad, sobre su cabeza. Escuchó cómo Zana le preguntaba por su marido, un psiquiatra que estaba con un equipo en las zonas montañosas, y a Diana contestar: le echo de menos. Por su mente pasó la idea de no se la podía imaginar más que echando de menos a alguien. Zana también me echará de menos, pensó.

—¿Sabes?, mi hermano, Maks, últimamente se ha hecho amigo de tu hermano pequeño, ¿cómo se llama? —Beni —respondió Besnik.

—Eso, Beni. Todos estos días se entretienen con un magnetófono estropeado.

—¡Ah!

—Qué feliz parece —comentó Zana casi suspirando cuando Diana se despidió de ellos. Se cogió de nuevo del brazo a Besnik y éste, sin saber por qué, quizá porque por un segundo pensó que aquel gesto requería una respuesta, le dijo:

—Nosotros también seremos felices.

El ruido de sus pasos se mezclaban rítmicamente sobre la acera. Besnik propuso entrar en el primer bar que encontraron.

—Nunca he estado aquí —comentó Zana.

En el café había poca gente. Se oía música ligera de una radio colocada en un rincón. Cuando ocuparon los blandos asientos ante una mesa de superficie clara, ella retomó la conversación de su padre.

—Quizá no tenga nada —dijo él—. Quizá sea sólo un susto.

Zana puso su mano sobre la de él y sonrió. Quería a toda la familia de Besnik, pero de forma particular a Struga. Besnik había observado con qué satisfacción pronunciaba Zana la palabra «papá» cuando hablaba con él. Sí, papá, seguramente papá, buenas noches papá. Struga, por su parte, a pesar de no ser de natural cariñoso, la llamaba con frecuencia «nena» con el mismo calor.

—¿Qué desean? —preguntó el camarero.

—¿Tiene *zupa*^{*} helada?

—Yo quiero un café exprés —dijo Besnik.

Por la cristalera se veía el cruce de dos calles. Los transeúntes caminaban con rapidez. Cerca estaba la entrada de un cine que parecía un hormiguero. Acababa de terminar una sesión y empezaba la siguiente. No se podía imaginar un momento menos oportuno para ir al cine.

Estuvieron hablando un rato del viaje. Cuando salieron eran las dos y media, justo entonces finalizaba el horario de trabajo. La entrada del cine estaba vacía. La muerte estaba allí, en las carteleras, *La muerte de un ciclista*.

Ella retiró la vista de la cartelera y se cogió de nuevo del brazo de su novio. Se dirigían a casa de ella. En la puerta había un coche gris.

—Ya ha llegado papá. ¿Te quedas a comer?

—No, me vuelvo.

Al final de la escalera, una vieja encogida quizá tomaba el último sol.

—¿Quién es esta vieja que me miraba continuamente con esos ojos vidriosos? —preguntó Besnik en voz baja mientras se disponía a irse.

Zana acercó la cabeza a su hombro.

—Es la vieja Nurihan —respondió con voz casi imperceptible—, de los que viven abajo.

Besnik volvió la cabeza. La vieja no dejaba de mirarle.

—Nurihan, qué nombre.

—Ya te he hablado de ella. Tú has estado en sus antiguas propiedades. ¿Te acuerdas?

Asintió con la cabeza. Al marcharse, tuvo la sensación de tener todavía en la espalda los ojos vidriosos de la vieja y apretó el paso.

La calle discurría junto al parque. Por esta calle había paseado con Zana la tarde de su primera cita. Fue en invierno. Los álamos estaban pelados. Las luces de un automóvil blanquearon de repente una parte de la

* Dulce elaborado con leche, higos, nueces y mermelada.

calle y los álamos, que parecían plateados. Zana, completamente absorta, dijo: creo que era el coche de mi padre.

Besnik esbozó una sonrisa. *Topolja, topolja*, repitió de memoria el principio de una canción soviética muy difundida los últimos tiempos. Cómo se llaman estos árboles que me están haciendo sudar, le preguntó entonces en Butrinto uno de los traductores que acompañaban a Jruschov. Álamos, le respondió Besnik, *topolja*. ¿Por qué, qué ocurre? Hmm, murmuró el otro. Él dice que hay que talarlos, los álamos, y plantar en su lugar árboles frutales. He confundido la palabra álamo con tilo. Uh, me estalla la cabeza. Hay dos cosas que me son muy difíciles de traducir: los nombres de los árboles y los refranes. Él emplea muchos refranes. Y ahora ha empezado con los árboles.

Sobre los bancos del parque yacían hojas amarillentas. Encendió el último cigarrillo y tiró el paquete.

El susurro de las hojas se oía como entonces. Sin saber por qué le cruzaron por la mente las palabras del médico sobre el nuevo aparato de cobalto y apresuró el paso.

Capítulo quinto

Estaba tumbado sin moverse. Sentía correr el sudor por la espalda y las palmas de las manos. Aquella cosa redonda, pesada, de acero y hormigón, una mole ciega y cruel, con palabras extranjeras en la parte superior, se alzaba amenazadora ante él. Estaba tan inmóvil que cualquiera le tomaría por muerto. Sus camaradas le daban por muerto con toda seguridad. De un momento a otro vendrían a recogerle. Abrió un poco los párpados y como entre niebla vio las palabras extranjeras escritas sobre el hormigón: *Gott mit uns*. El búnquer callaba. Su único ojo le miraba fijamente. ¿Por qué no dispara? Calor. Calor y cielo blanquecino por el bochorno. Pedregal polvoriento bajo el sol. El único ojo del búnquer clavado en él. Abrió los párpados y, en ese momento, algo se movió en el interior del búnquer. Cerró los ojos y esperó. Un ruido metálico. Seguramente están acercando el cañón de la ametralladora a la tronera. Ahora dispararán. Contuvo la respiración. Ahí está, la ametralladora Maxim, una vieja conocida. La ráfaga fue larga, monótona. Las balas volaban silenciosas a su alrededor, quizá sobre él, como una ola infinita. ¿Por qué no hacen ninguna pausa? Normalmente disparan ráfagas cortas. Ametralladora Maxim, no te separarás de mí en toda la vida. Por fin acabó la ráfaga. Se oyó de nuevo el ruido metálico del cañón del arma retirándose de la tronera y luego silencio. En el silencio distinguió pasos. Los compañeros llegaban a recogerle. Se acercó el primero. ¿Quién es? Mino Abazi... Entreabrió los ojos. ¿Desde cuándo usa Muço Abazi bata blanca como los médicos? ¿Por qué no se protege del búnquer? La esfera gris estaba enfrente, muy cerca, pendía sobre él, pesada, amenazante con la inscripción extranjera *Jupiter Cobalt. IR II W.H.O.*

—Camarada Struga, levántese, por favor —le dijo el médico en voz baja—. La sesión ha terminado.

Salió el primero al pasillo. El médico y una enfermera le seguían. El médico tenía unos ojos extraños que resbalaban suavemente sobre todo, como si pidieran permiso antes de fijarse en un sitio. No apartaba la mirada

del paciente. En esa mirada no había ninguna alarma oculta, sino una curiosidad simpática.

—Entonces, el jueves a la misma hora. Dentro de dos semanas veremos los resultados, quizá no sea necesario otro tratamiento. Tome nota —ordenó la enfermera.

La enfermera abrió el registro y empezó a escribir con aire cansino. Su cara redonda, un poco ladeada y llena de pecas tenía un ligero parecido con un girasol.

—El jueves a las cuatro —dijo con voz aguda sin mirarle. Miraba una y otra vez el reloj. Debía esperar impaciente que terminara el horario suplementario del domingo.

Xhemal Struga salió a la calle. Se sentía algo cansado. Eran ya las cinco. En la calle había movimiento. En la parada del autobús esperaba mucha gente. Los autobuses venían casi vacíos del centro. Sin embargo, los que se dirigían al centro casi rozaban el asfalto con la parte trasera, por el peso.

Decidió hacer el camino a pie. El tiempo amenazaba lluvia y, como de costumbre, la posibilidad de lluvia hacía más enérgico el movimiento en la calle. Caminaba entre la multitud y, de repente, recordó que tras la sesión con el aparato de cobalto su cuerpo emitía una débil radiación. Lo había leído un mes antes en las páginas científicas de una revista. Emitía radiación. Era de risa. Algo entre la aureola de Cristo y los enormes carteles de las fiestas. La expresión del médico había disipado todas sus dudas y ahora podía pensar incluso en cosas divertidas. Si Besnik no se fuera mañana, Struga iría ahora al café a contar a los amigos el funcionamiento de la radiación. Pero Besnik parte por la mañana temprano.

En uno de los cruces del centro, vio a Beni caminando deprisa con un amigo. Llevaban en las manos unas botellas y un magnetófono. Beni había dicho algo de un cumpleaños. Al parecer, a eso iban.

Toda la tarde del domingo, mientras preparaban la fiesta, dudaron que asistieran las chicas.

Afuera lloviznaba. Sin confesar su presentimiento, se acercaban continuamente a la ventana del apartamento, como de forma casual, y miraban la calle. Más que otra cosa, estimulaba su fantasía la amiga desconocida de Mariana. Les había dicho que era una rubia guapa que les haría perder el sentido.

La mesa con la bebida y algo para picar estaba lista. Tori colocaba un

papel rojo sobre la lámpara para crear ambiente. Maks Bermema, su conocido más joven, se entretenía en un rincón con el magnetófono. Beni, sin explicarse por qué, creía que la duda de que no vinieran las chicas radicaba en las cintas viejas del magnetófono que continuamente se rompían y continuamente las pegaba Maks con acetona quemándose los dedos.

—¿Y si no vienen? —preguntó Sala el primero.

Nadie respondió.

De las fiestas y las pandillas, Beni guardaba malos recuerdos. A menudo acudían a su mente las fiestas que solían organizar en el politécnico, con qué impaciencia esperaban el sábado, cómo llegaba el sábado y se reunían todos en la sala engalanada. Pero ninguna fiesta salía como esperaban. Siempre ocurría algo. O las chicas que ellos querían no iban por no se sabe bien qué motivo, o la que te gustaba tenía la madre enferma, o se peleaban los chicos de la orquesta con los del comité de la juventud porque querían colar a algún amigo que no estaba invitado. En una palabra, siempre tenía que pasar algo. Y cuando asistía la mayoría de las chicas y parecía que la fiesta iba a salir bien, entre las muchachas empezaba un cuchicheo interminable, un ir y venir al pasillo medio iluminado, caras largas, rabetas estúpidas porque fulanita se ha quedado en la residencia y no vendrá y no vamos a ser nosotras peores que ella por venir aquí. Ya se sabía cuál era el final: al principio se iban tres o cuatro, luego la mitad de las chicas. Para aguar una fiesta, resultaba suficiente.

Maks miró el reloj.

Beni contemplaba la lluvia a través del cristal. Le había dicho a Maks que las chavalas eran puntuales, aunque en lo que menos creía en este mundo era en su puntualidad. Pero claro, tenía que convencerle para que viniera.

—¡Vaya una puntualidad! —repitió Maksi por tercera vez.

Beni no sabía qué decir. Se oyeron pasos en las escaleras y todos contuvieron la respiración. Pero los pasos y las voces pasaron de largo. A las seis y media llamaron a la puerta.

—Mariana —comentó Sala.

Efectivamente, era Mariana con su amiga. La oleada de alegría que les dominó por unos instantes se disipó: la amiga de Mariana era una caricatura. Una rubia insulsa de ojos pequeños y la cara llena de pecas.

Hicieron las presentaciones. ¿Dónde trabajas? Soy enfermera en el hospital oncológico. ¿Qué es eso de oncológico?, preguntó Sala. Cáncer, gritó Tori, abriendo una botella.

Estaba claro que Mariana había elegido una amiga fea para sobresalir.

Por si esto fuera poco, al oír el nombre Beni Struga, preguntó:

—¿Conoces a un tal Xhemal Struga? Viene a sesiones de rayos a nuestro hospital. En el departamento...

—Es su padre —cortó Maksi.

En medio del silencio, ella los miró uno a uno con una expresión difícil de distinguir, entre la inocencia y el cinismo.

Tori los invitó a sentarse a la mesa.

—¿Dónde están las demás? —preguntó Maksi.

Crisis general llegó al cabo de un cuarto de hora. Se había equivocado de escalera y había llamado a otro apartamento. En cuanto entró, se dirigió a las dos muchachas.

—¿Quién de vosotras es Mariana?

—Yo.

—Abajo te busca un chico.

Los muchachos se miraron.

—¿Bajamos nosotros? —dijeron al unísono Tori y Çlirim.

—No, ya bajo yo.

Cuando salió Mariana, el ambiente se enfrió aún más. Beni se acercó a la ventana y miró a la calle. El desconocido esperaba bajo la lluvia.

Tori ponía coñac en las copas. Çlirim y él hacían lo imposible para mantener viva la fiesta. Çlirim contaba cosas de la plaza Vanceslav.

Maksi también se acercó a la ventana.

—Todavía están ahí —dijo Beni.

En la calle débilmente iluminada se distinguían las siluetas de Mariana y el desconocido. Tori continuaba entreteniéndola a las invitadas. ¿Qué sale del cruce de un erizo y una serpiente?, preguntaba. Y él mismo respondía: dos metros de alambre de espino.

Mariana no volvía. Su amiga permanecía inmóvil con la redonda cabeza ladeada. Ahora sí que parecía un girasol.

—Voy a ver qué pasa, ¿vienes, Maksi?

Se pusieron la cazadora y salieron. Seguía lloviendo. En la acera había un policía cubierto con el impermeable azul. No se veía por ningún sitio a Mariana y el desconocido. Pasaba poca gente. Un borracho, clavado ante los ultramarinos, decía buenas noches a todo el mundo. Le preguntaron si no había visto a un chico y a una chica con gabardina azul celeste. Les escuchó un rato excesivamente atento y, de repente, dijo: ¡Buenas noches!

—Volvamos, nos estamos calando.

—A lo mejor han llegado las demás chicas —comentó Beni.

Cuando regresaron al apartamento, todo estaba tranquilo. No sólo no

habían llegado las demás chicas, sino que se había marchado la amiga de Mariana.

—Se han ido todas —dijo Sala desesperanzado.

En realidad quedaba Crisis, pero a ella no la consideraban una chica y hablaban como si no estuviera allí. En la pandilla, siempre había sido una especie de comodín para sustituir al chico o la chica que faltara. Ahora, toda la estructura de su esqueleto larguirucho estaba dominada por una tristeza que quedaba al margen de la atención de los muchachos.

Maksi seguía con el magnetófono.

—Deja, ¿para qué arreglarlo? —dijo Beni.

—¿Y por qué os enfadáis? —intervino Çlirim—. ¡Cuántas fiestas nos han salido mal en Vanceslav!

Tori propuso beber el coñac. A Beni no le apetecía y se levantó.

—¿Adónde vas? Quédate.

—No, me voy. Mañana se marcha mi hermano.

—Yo también me voy —dijo Maksi, desconectando el magnetófono—. Buenas noches.

Volvieron a ponerse las cazadoras y salieron. En la calle no paraba de llover. Un taxi se detuvo al otro lado de la calzada. Alguien descendió de él. Se oyeron voces, risas. Luego se marchó el taxi acelerando. Beni siguió con la vista sus señales rojas que brillaban a lo lejos. Una voz prolongada cantaba en una de las calles adyacentes:

*No te cases con una morena,
que no son buenas.*

A las puertas de los restaurantes se oía música. Tras los cristales empañados aparecían siluetas humanas bailando. Beni cayó en la cuenta que eran las últimas fiestas que se hacían como clausura del mes de la amistad albanó-soviética.

Se acercaron a la puerta de cristal de un café y miraron dentro. Por el vaho y el humo del tabaco, los bailarines, los asientos bajos y la inscripción «la amistad albanó-soviética vivirá durante siglos» parecían flotar en un azul grasiento.

Siguieron caminando. Delante de otro bar, un transeúnte solitario miraba por los cristales. Al pasar junto a él, el desconocido se volvió a mirarlos. Por la vestimenta parecía extranjero. Les hizo una seña como si quisiera decirles algo y Beni y Maksi aminoraron el paso. El desconocido señaló la sala donde se bailaba y dijo algo en un idioma que a Beni le

pareció francés. Se encogieron de hombros, dándole a entender que no le comprendían, y siguieron su camino.

—Creo que ha dicho que es periodista francés —comentó Maksi cuando se hubieron alejado un poco.

—¿Quién sabe? Seguro que todos los espías dicen lo mismo.

Maksi se cambió el magnetófono de mano.

—Perdona que te lo diga, pero no me gustan nada esas amistades tuyas.

Beni permaneció callado un rato.

—Lo suponía.

—No sé cómo decirlo, con esa pinta de burgueses —continuó Maksi—. Sobre todo ése, cómo le llaman... Vanceslav.

—No creas que me gustan más a mí —contestó Beni—. Dudó un momento y prosiguió.— Incluso, uno de ellos, Tori, me ha quitado la chica.

Maksi lanzó un silbido.

—¿Y no le has partido las costillas?

Beni movió la cabeza.

—Un día se las romperé. —Hizo una pausa—. Me parece que mi amistad con ellos se ha terminado.

—¿Tomamos un café?

Aunque era tarde, Beni no rehusó. Apreciaba a Maksi y, además, necesitaba sincerarse con alguien.

El bar Krimea estaba lleno de gente y humo de tabaco. Se oía música procedente de la radio situada junto a la barra. Pidieron café y coñac.

—La chica esa que te decía, la conocí en septiembre —dijo Beni, trazando rayas con el dedo en el hule de la? mesa.

—Mira, otra vez el extranjero —le interrumpió Maksi, señalando con la cabeza hacia la calle. Afuera estaba la cara del desconocido que se había detenido y miraba el bar a través de los cristales—. Cuando caiga el capitalismo, me gustaría ver una vez occidente. Mi madre ha estado varias veces.

Beni no sabía qué decir. No estaba acostumbrado a beber y el coñac se le subía a la cabeza. A Maksi le empezaban a brillar los ojos.

—Sería bonito, ¿verdad? Los obreros toman Londres, París, en las radios atruenan las marchas.

—Ahora me parece que es diferente. Dicen que se puede llegar al socialismo con elecciones.

Maksi arrugó los labios contrariado.

—Lo he oído. Es verdaderamente soso, levantar la mano y contar los

votos. Los que estén a favor, compañeros; los que estén en contra; abstenciones, no hay. Ha ganado el socialismo.

—Absolutamente soso —apoyó Beni el razonamiento.

—No, sería mejor decir que se levante el capitalismo y se autocritique. Querido socialismo, he cometido algunos pequeños errores como explotar a la clase obrera, etc., etc., por eso te cedo el puesto.

—Deja, deja.

Era la primera vez que reían en toda la tarde. Luego hablaron de otras cosas. Beni quiso hablarle en dos o tres ocasiones de un día de septiembre, de un sábado, pero no lograba que Maksi se concentrara. El cabello de Maksi, con esos reflejos cobrizos, le caía, pesado por la lluvia, sobre la frente.

—Humm —dijo sonriendo—. El cruce del erizo con la serpiente, qué idioteces decía ese amigo tuyo.

—Déjalo, para qué acordarse.

En la radio se oyó la voz del locutor. Os habla Tirana. Transmitimos ahora el último boletín de noticias.

—Tengo que irme, se ha hecho tarde.

Maksi le miró como preguntándole: qué prisa tienes. El locutor hablaba de un colectivo de trabajadores de una fábrica que se había comprometido a realizar el plan antes del plazo.

—Se ha hecho tarde —repitió Beni—. Mañana parte mi hermano para Moscú.

—Espera un poco.

La realización del plan antes del plazo... uuu... brrr... crahhh... ah, mon amour, mon amour, mon amour... ssss... brrr... la fábrica Friedrich Engels... uuuuuuu... el viejo obrero comunista, fundidor del acero... fiuuu... gsssgsss...

Me vas a dejar sorda, gruñó la vieja Nurihan, apartando la cabeza de la radio. En el oído tenía un zumbido insoportable. Durante una hora entera había tenido la oreja pegada a ese ronroneo desquiciado, a ese guirigay, a esa disputa estéril de decenas de emisoras, sin lograr entender nada.

Quizá estoy desacostumbrada a escuchar la radio, pensó. Llevaba tiempo sin encenderla. Las ciudades cuyos nombres aparecían ordenados en el dial de la radio hace tiempo que murieron para ella. Como para la mayoría de sus amigos y amigas. París, Viena, Luxemburgo, Madrid, a todas les había cubierto la ceniza. No quería mencionar sus nombres siquiera, igual que los nombres de las personas amadas que ya no viven. Pero, dos

días antes, un viejo amigo de la familia, Musabelliu, fue a su casa para contarle algo anormal. Con voz temblorosa, narró cómo la noche anterior, buscando una emisora extranjera, por casualidad, por pura casualidad, entre todo el batiburrillo de palabras, había encontrado una perla. Se trataba de una pequeña información, aparentemente sin importancia: Albania, el país más pequeño del bloque comunista, había comprado trigo a Francia.

Una perla. Nurihan no quitaba ojo al rostro alargado de Musabelliu, en cuyas sienes se dibujaban venas azuladas bajo la piel. Continuó explicando con qué esfuerzo iba siguiendo la voz del desconocido locutor. Un picador de las minas de diamantes no sufriría tanto. El asunto era ahora descubrir si se trata de una perla verdadera o falsa. Por lo que había entendido Musabelliu (agitaba las manos como si aún quisiera apartar el caos de ruidos para captar las palabras de la noticia), por lo que él había podido entender, pues, esto, tan simple en apariencia, era la señal de un acontecimiento importantísimo, o sencillamente cuestión de clima, como dijeron voces no autorizadas de un país comunista. Eso dijo: *question de climat*, estas palabras las recuerdo bien, puntualizó Musabelliu.

Nurihan le escuchó petrificada, sin interrumpirle una sola vez, sin hacerle una sola pregunta; sólo al final, de manera repentina y en cierto modo antinatural, soltó un suspiro.

Dos noches seguidas estuvo pegada a la radio en balde intentando captar algo. Los locutores enloquecidos por el fútbol, los artistas de cine y otras vergüenzas, parecían haber olvidado la noticia. Entre sus voces se mezclaban las emisiones de Radio Tirana, plagadas de términos y palabras especiales: banderas de emulación del Congreso de las Uniones Profesionales, propiedad socialista, entusiasmo, Pleno del Comité Central, encuentro nacional de jóvenes obreras y cooperativistas.

Cuantas veces la escuchaba, en la memoria de Nurihan se desplegaba el bulevar Mussolini en aquel inolvidable noviembre de 1944. El viejo Poder acababa de ser derrocado. En la capital recién ocupada por los comunistas estaban ocurriendo cosas sorprendentes. Hava Fortuzi llegó en un suspiro a su casa. Nurihan, le dijo tartamudeando del susto, ven y verás, todo el bulevar Mussolini... ¿Bañado en sangre?, le interrumpió, algo así se esperaba. Oh, no, no, gruñó Hava Fortuzi, es otra cosa, quizá peor. Y las dos fueron a verlo. El bulevar Mussolini no estaba enrojecido, sino blanqueado, cubierto de cuartillas que caían de arriba. Por las ventanas sin cristales de la Radio Estatal, los guerrilleros vaciaban las cajas de noticias del archivo. Miles, decenas de miles de noticias viejas volaban, caían sobre los árboles desnudos, en las aceras. Algunos transeúntes se habían detenido a mirar. Se

oían risas. Tira las noticias de los burgueses, tíralas, repetía una voz. Ellas lo contemplaban con los ojos desorbitados. En aquellas hojas, en la crónica mundana, a buen seguro estaban sus nombres, Hava Fortuzi cogió una, pero le ardían los ojos y la dejó sin leerla. El bulevar Mussolini se vestía de blanco. Justo la mortaja, murmuró para sí Nurihan. Tira, hermano, tira, decía uno desde la acera. La mortaja, repitió Nurihan.

Aquellas palabras murieron de verdad aquel noviembre. Los comunistas las sustituyeron con sus propias palabras, colectivo, emulación socialista, uh... Nurihan volvió a manipular en el dial. Cuestión de clima, se dijo. Pero se trataba justo de un cambio de clima. Y aquellas noticias que caían eran justo copos de nieve. Dónde están las damas de otros tiempos, dónde la nieve del año que pasó, repitió dos versos cuyo autor no recordaba. *Question de climat*. Todo cambia sobre la faz de la tierra. Y llega un invierno y cae una nevada que la cubre. Y vacían las cajas de palabras por las ventanas de la Radio Estatal, colectivo de trabajadores, revolución, fábrica Friedrich Engels... Oh, me parece imposible, gruñó. Soy demasiado vieja para tales cambios. Y apagó la radio.

—Ahora sí que me voy, ya han terminado las noticias.

—Sí —le respondió Maksi—, ahora sí que se te ha hecho tarde.

Pagaron y salieron del café.

Cuando Beni estuvo cerca de casa, observó que había luz en todas las habitaciones. Subió la oscura escalera, repasando de memoria las pequeñas placas de bronce pegadas en las puertas de las viviendas con el nombre de los inquilinos. Permaneció unos instantes ante la puerta, luego alargó la mano y tocó el timbre. El momento más difícil eran los dos primeros minutos. Beni, cómo te has mojado tanto. Beni, dónde has estado. Tu hermano está a punto de emprender un largo viaje y tú callejeando.

Fue Mira quien abrió la puerta. En una mano tenía, como de costumbre, el auricular del teléfono.

—Sí, ¿y la última pregunta? ¿Cómo, las características del realismo socialista?

Beni la cogió el brazo.

—Oye ¿quién ha venido?

—Mucha gente. Pero ¿dónde te has mojado así?

—¡Calla y dame una toalla, que me seque!

—¡Uuuh, cómo te has puesto!

—¡Dame una toalla, te he dicho!

—Espera.

De la sala de estar llegaban voces. Alguien abrió la puerta. Beni se metió en el dormitorio de Mira y su tía. Mira buscaba una toalla seca en uno de los cajones.

Mientras se secaba, su hermana le miraba atentamente, casi con envidia.

—¿Dónde has estado? —preguntó con dulzura—¿con alguna chica?
Sus ojos denotaban cariño y curiosidad.

Él dijo algo entre dientes, tiró la toalla sobre la cama y salió al pasillo. Cuanto antes, mejor. Respiró hondo y empujó la puerta. El ruidoso ser multicéfalo estaba allí, esparcido sobre el diván, los viejos sillones, las sillas, delante de las copas de *raki* o de licor, de bombones y dulces, vestido con una niebla de humo de tabaco. Daba la impresión de que no hacía más que esperarle. Sus manos se alargaron. ¿Dónde te has mojado así? ¿Cómo? ¿El cumpleaños? Qué es eso de ir de cumpleaños cuando tu hermano se va tan lejos. Ven, siéntate aquí. Aquí hay sitio.

Cuando pasó el primer vendaval, Beni se serenó un poco. Encontró refugio en un rincón del sofá y se acurrucó para pasar desapercibido.

—¿Cómo estás, Beni? —una voz cálida le hablaba casi al oído. Sólo entonces reparó en que se había sentado al lado de Zana. Ladeó la cabeza y esbozó una de esas sonrisas que más o menos quieren decir «vaya». Ahora se apercibió de todo. Además de Zana, Kristaq y Liria, había llegado de Vlora su prima Zelka con el niño pequeño. Estaba casada en Vlora con un oficial de la marina y venía siempre que sucedía algo importante en la familia de los Struga. Por toda la habitación se podían encontrar las conchas que llevaba su hijo, que no paraba de enredar entre las piernas de los mayores.

Struga y Kristaq tomaban *raki* junto a una pequeñísima mesita. Besnik iba y venía de la sala de estar a su dormitorio, donde seguramente todavía no había cerrado las maletas. Raboja y Mira hacían un ruido continuo de platos detrás de la cortina que separaba la salita de la cocina. Este ruido, la música de la radio y los balbuceos del hijo pequeño de Zelka, contribuían a crear un zumbido monótono. Beni suspiró aliviado, había pasado el peligro de convertirse en el centro de la conversación.

El teléfono sonaba sin cesar. Todas las llamadas eran para Besnik, para desearle buen viaje, a excepción de dos veces, que sus compañeras llamaban a Mira para aclarar alguna cosa sobre las características de la figura de lady Macbeth.

La cena se sirvió tarde. Zana y Zelka ayudaban a Raboja a poner en la

mesa platos, vino, cerveza, cucharas, tenedores y cuchillos.

—¡A vuestra salud y bienvenidos! —brindó Struga.

—¡Bienhallados! Besnik, ¡que te vaya bien y regreses bien!

—¡Gracias, gracias!

El tilín tilín de los vasos inundó la mesa de punta a punta. A tu salud, Liria; a tu salud, camarada Kristaq; salud, papá; Zana, por ti; Beni, coge tú también un vaso. ¿Y Zelka, no bebes? Sólo para desear buen viaje al muchacho. ¡Ale, Raboja, por ti y que nos vuelva con salud! ¡Gracias, que os lo podamos recompensar con alegrías! ¡A tu salud!, Besnik, buen viaje! ¡Por ti, Zana, y por tu boda! ¡Gracias!

Tras el suave, poético y lleno de resonancia golpear del cristal, empezó el ruido distendido, machacón y pesado de los cubiertos. La cena, como un potro salvaje con las crines al viento, ora se serenaba, ora estallaba en brindis, risas, golpear de vidrio.

Después de brindar dos o tres veces por Besnik y Zana, por su boda, por su futuro y su felicidad, por sus futuros hijos, los ojos, algo turbios ya por el *raki*, rodaban por la mesa buscando motivos para nuevos brindis.

Al camarada Kristaq le desearon éxitos en su trabajo por el bien del país, a Struga que se recuperara de las últimas molestias, a Mira buenos resultados en los estudios, a Zelka salud, a su marido, que defiende la frontera allí, en la base de Vlora, también la desearon salud. Y, como era de suponer, las miradas se posaron en Beni.

—Bebamos esta copa por Beni —dijo Kristaq—, por la joven generación, por quienes recogerán la antorcha. ¡De un trago!

—Bebe, Beni, ¡de un trago!

—Ya dices bien, démosles el relevo —intervino Struga—. Pero...

—No hay pero que valga —cortó Kristaq—, ellos tomarán el relevo, ¿o no, Beni?

—No digo que no, porque si no lo toman ellos, ¿quién ha de tomarlo, Raboja? Pero tengo la impresión que estos no se preocupan mucho por ello. Prefieren los cumpleaños, las fiestas.

Ya empiezan, se dijo Beni. La copa de *raki*, que apuró de un trago, se le subía a la cabeza. Si empiezan a hablar de las fiestas... Bonita fiesta había pasado...

—Ah, en nuestra época, a su edad éramos guerrilleros —suspiró Liria—. ¿Cuántos años tenías tú, Kristaq, cuando te hicieron vicecomisario? Más o menos como Beni...

A Beni se le subió la sangre a la cabeza. No era la primera vez que escuchaba esta comparación. ¿Por qué no le dejaban tranquilo? ¿Por qué

tenía que sentirse culpable de tener veinte años y no cuarenta?

—Ya no vuelve aquel tiempo, no —prosiguió Liria—, el relevo...

Beni sintió que se le formaba un nudo en la garganta. El relevo era uno de los temas preferidos de Liria para provocarle.

—¿El relevo? —saltó Beni con voz pastosa—. ¿Qué queréis decir con esto? —Paseó la vista por todos lados, buscando ayuda, y la detuvo en los ojos de Liria—. ¿Quién te ha pedido a ti el relevo? —gritó, sin retirar la mirada—. Quedaos con él, ya que le tenéis tanto apego.

—Beni, qué son esas tonterías —intervino Besnik.

—Compórtate —le reprendió secamente Struga.

—¿Qué tenéis contra mí? —gritó Beni casi entre sollozos de rabia. Se arrepintió cuando se le habían escapado estas palabras, pero ya no podía volverse atrás. Sintió que no podía controlarse e intentó levantarse de la mesa, pero Zana, sentada junto a él, le echó el bazo por el hombro.

—No te preocupes —le susurró con voz dulce al oído—, hay ocasiones en que mamá no sabe lo que dice.

Todo su ser despedía un aroma sedante.

—¿Por qué os metéis con el chico? —salió Raboja en su defensa—. Cómo sabéis vosotros lo que harían ellos si fueran guerrilleros. Quizá hicieran más que vosotros.

—Raboja tiene razón —dijo Kristaq.

—Si estalla una guerra ¿quién pondrá el pecho? —retomó Raboja su discurso—. Estos hombros soportarán la guerra.

—Raboja tiene razón —repitió Kristaq y, para cambiar de conversación, se dirigió a Besnik—. Imagino que vuestra delegación se quedará en Moscú después de las fiestas.

—Eso creo. Me parece que habrá una reunión internacional. De todas formas, no lo sé.

—Algo he oído.

Raboja, Zelka y Mira sirvieron el segundo plato: asado con patatas. La mesa volvió a la fase en que se habla de dos en dos. Sólo el ruido de los tenedores y los balbuceos del hijo pequeño de Zelka, que ya había tirado dos veces el plato, les incumbían a todos.

Struga había bebido bastante. Un día muy agitado para él. Notaba cómo en su cerebro todo se había puesto en movimiento. Una mezcla de alarma, alegría, tristeza y nostalgia. Contemplaba con admiración a Besnik, que hablaba de cuestiones de alta política con Kristaq. Se estaba haciendo un Struga de verdad. Se sentía orgulloso de él. Entornaba los ojos y escuchaba retazos de su conversación. Han mencionado por tercera vez las

palabras «reunión internacional» seguidas de «internacional». Se sentía orgulloso de que su hijo pudiera afrontar una conversación bis a bis con un viceministro. Las declaraciones de la reunión internacional. la Internacional. Tú has traicionado a la Internacional. Estas palabras llegaron con rapidez a la revuelta superficie de su memoria. Y con ellas, como un suelo en el que debían permanecer, atronar, retumbar, llegó una explanada desolada abrasada por el sol de mediodía, llena de cantos sobre los cuales la sombra de un hombre se reducía, se reducía continuamente igual que las horas de su vida. ¡Anastas Lulo, has traicionado a la Internacional! Permanecía ante ellos pálido, con los ojos vacíos antes de tiempo, que dirigía ora a uno ora a otro. El tribunal guerrillero... Un momento, muchachos, esperad. No os precipitéis. Qué sabéis vosotros qué es la Internacional. Todavía sois jóvenes. No os precipitéis, llamad a un camarada competente. Que discuta con él desde el punto de vista de los principios. Uzo del centro que conozca la teoría. Escucharon durante un rato su voz suplicante que cada vez pronunciaba más palabras extrañas, altisonantes, que cada vez sonaban más absurdas en aquella explanada reseca. Este camarada, aquí, conoce la teoría, le interrumpió por fin el comandante de la compañía señalando con la mano a un guerrillero de la aldea Brataj, un muchacho joven, de pelo pajizo y nariz un poco aplastada. El guerrillero bajó los ojos. Ve, Çoçol, explícale la cuestión desde el punto de vista teórico, dijo el comandante de la compañía. Ve tú también, Myqerem, ayuda a Çoçol.

El hombre acusado de traición abrió los ojos, torció los labios y en lugar de pronunciar palabras extrañas, sólo dijo «no, no». Le llevaron a unos cincuenta pasos de allí y le fusilaron.

Struga llenó la copa. Alguien brindó por su salud. Bebió. Sobre la mesa, entre los platos, se veían las conchas del hijo de Zelka que andaba por todas partes. Todo alrededor hacía un ruido agradable, pausado. Zelka explicaba algo en voz baja. Zana y Liria escuchaban con interés. A Struga le llegaban las palabras a medias. Zelka hablaba de la base de Vlora.

—...hace días que no viene a casa... Todas las noches alarma, cómo le llaman... alerta número dos... si viérais los cañones... sus siluetas negras en todas partes... todas las noches... los largos cañones, da miedo... la base militar, lo que hay allí, lo que hay allí... alarma continua.

Struga sonrió. No hay quien le quite al hombre la guerra, no, pensó con alegría casi trágica.

Kristaq y Besnik seguían su conversación bis a bis sobre la reunión internacional. En el grupo de las mujeres, Zelka había terminado por fin de hablar y Liria comentaba que alguien no se llevaba bien con la suegra.

Luego Zelka preguntó en qué quedó el asunto del noviazgo de los Bermema. Se acabó, dijo Liria, haciendo un gesto cortante con la mano. Zana añadió algo. Así es, comentó Struga para sí sin saber bien por qué. Captó unos instantes los ojos de Mira que le miraban de reojo y creyó ver en ellos una tristeza enorme. Hija mía, dijo sin querer, ¿en qué piensas? Quiso sonreír, pero ella giró la cabeza hacia un lado, ignorando que así se notaba más la tristeza en sus mejillas.

Era tarde. Uno de ellos mencionó las palabras «medianoche» y «salida del avión» y, de repente, todo aquel complejo de platos, vasos, botellas, servilletas y bandejas, cuya degradación se había desarrollado lentamente durante el tiempo que duró la cena, se destruyó en dos minutos bajo el ruido ensordecedor de las sillas.

Se pusieron abrigos y gabardinas en el pasillo. Luego, en las escaleras, se despidieron uno tras otro abrazándose y deseando una vez más buen viaje a Besnik.

—Entonces te mando el coche a las siete —dijo Kristaq, mientras se ponía el sombrero.

—¡Buenas noches, Besnik!

—¡Buenas noches a todos!

—¡Hasta mañana por la mañana! —se despidió Zana besándole suavemente en el cuello.

Cuando sus pasos se hubieran alejado, Besnik se volvió y cerró la puerta.

—Dejaros ahora de fregar. Vamos a dormir —decía Struga en el pasillo.

Mira y Raboja acomodaron a Zelka y su hijo en su alcoba. Besnik entró en el comedor, miró el montón de platos sobre la mesa y olvidó lo que buscaba. Un cigarrillo mal apagado en un plato todavía echaba humo.

El apartamento se iba sosegando. Besnik cerró la puerta de su habitación y se acercó a la ventana. Afuera continuaba lloviendo. Las luces de las calles eran ajenas y tenues. Había pasado la medianoche. Mientras se acostaba, le llegó de la calle una voz solitaria. Un hombre cantaba. Besnik aguzó la oreja. Casi no se distinguía la letra.

*No te cases con una rubia.
que son mujeres turbias.*

El hombre solitario se alejaba en dirección a correos. Besnik recordó el cabello denso y castaño de Zana y sonrió.

segunda parte

Huéspedes en el castillo

Capítulo sexto

Aunque todavía no se veía el aeropuerto, se sentía su proximidad. Tras el cristal del automóvil, Zana distinguió la punta de una antena, algunas señales somnolientas difundidas por la fría llanura, los cristales de la torre de control y, por fin, un trozo de pista y el ala de un avión, que aparecieron furtivamente en la lejanía. Todas estas señales y símbolos, que tenían algo de metal y de pájaro, demostraban que el acuerdo entre la tierra y el cielo se había firmado precisamente en este lugar. Zana suspiró. La larga pista húmeda, la torre meteorológica, las antenas, las señales somnolientas, tenían en su totalidad gris algo inalcanzable. Sin dejar de mirar fuera, pasó la mano alrededor del cuello de Besnik, como queriendo asegurarse de que aún estaba allí. Luego pensó si podrían existir aeropuertos sin despedidas y esta idea se deshizo en su mente como se deshacen durante el día cientos de pensamientos parecidos, cuya absurdidad le resultaba simpática. Como la mayoría de la gente de fantasía normal, a Zana le gustaba sentirse dominadora del mundo, creando en su mente relaciones diferentes, irreales y caprichosas entre los seres y los objetos. No se daba cuenta que este trono de soberana no era más que una herencia de su infancia, Ahora, las señales del aeropuerto se le antojaban menesterosos muertos de frío que maldecían a todos los aviones y pasajeros del mundo. Los árboles y el verdor del entorno seguían con la sangre helada las locas evoluciones de los aparatos, la larga pista se lo tomaba todo en serio y quería que todo saliera bien, pero, mira por dónde, no todos los aviones eran inteligentes, incluso algunos eran tontos de verdad, y sólo por casualidad y en raras ocasiones llegaban a su destino.

El coche se detuvo. Descendieron en la plaza asfaltada frente a la terminal. El conductor sacó la maleta y los tres se apresuraron bajo la lluvia para entrar cuanto antes en las oficinas de la aduana. Tras ellos frenaron otros autos. En la aduana no había mucha gente. Besnik entregó el billete y el pasaporte. Las formalidades fueron breves.

El conductor regresó al coche. Ellos dos entraron en la sala de espera,

por cuyas puertas acristaladas pasaba continuamente la gente.

—¿Qué vas a tomar? —preguntó Besnik cuando se hubieron sentado en una de las mesas libres. Ella le miró a los ojos como si no comprendiera en qué idioma hablaba. Bajo sus ojos él vio esas dos pequeñas sombras malva que, según dicen, se forman de hacer el amor y, de repente, las dos líneas, como enfocadas inesperadamente, le parecieron un testimonio emotivo, el único testimonio real de su relación, toda una crónica de las horas pasadas juntos, una especie de borrachera y sufrimiento, ahogado todo ello en esa ternura que crea la idea de que todo esto sucede en el cuerpo de la hembra amada, que ella lo sufre, que se inicia con dolor y finaliza con dolor, al dar a luz el primer hijo, y que en este mundo no puede haber nada grande sin dolor.

—¿Qué? —dijo Zana.

Que si tomamos algo —respondió él.

—Sí.

—¿Café?

Ella asintió con un movimiento de cabeza. Contemplaba el enorme avión, con las alas extendidas y la cola en alto, que se mojaba bajo la lluvia y recordó cómo pelaba su madre las aves en la cocina.

Besnik pidió los cafés.

A la sala continuaba llegando gente. Besnik reconoció a dos ministros y a un miembro del Comité Central. También ellos pidieron café.

—Mal tiempo —dijo alguien a su lado.

—Para un avión que despega, el tiempo no tiene ninguna importancia —explicaba otro—, Sobre todo para los aparatos modernos.

—¿Sí?

Zana no quitaba ojo al avión gigante. las despedidas sólo pueden ser grises, pensó. Estaba ahora con un hombre al que llamaban Besnik, sentados en sendas sillas, en un punto del globo y alrededor no había ni sala ni paredes con cuadros y puertas y horarios de líneas aéreas, sino campos interminables, mesetas abiertas a los vientos invernales, y él se trasladaría hacia el nordeste para volver de nuevo a este punto, a la tierra pelada.

—Zana, tómate el café, que se enfría.

Ella sonrió.

—¿En qué piensas?

Volvió a sonreír y no respondió. De la puerta de cristal que se abría y cerraba sin parar llegaba a intervalos una corriente de aire frío. La sala del aeropuerto estaba llena. Besnik reconoció entre el gentío al albanólogo Schneider. Varios geólogos checos tomaban coñac. Miró el reloj. En ese

preciso momento, por los invisibles altavoces se oyó, al principio con muchas interferencias y después más clara, la voz de la locutora: «El vuelo Tirana—Moscú parte dentro de quince minutos. Los pasajeros deben salir a la pista».

En la sala sonó un ruido de sillas, pasos, maletas que se levantaban del suelo, de los sillones, de las sillas, que pasaban de mano en mano, rumor de voces y suspiros. Todos se agruparon en la puerta acristalada por la que, quién sabe por qué razón, no se podía pasar. Alargaban la cabeza, se ponían de puntillas, preguntaban por qué no pasaban los de delante y, al no obtener respuesta alguna, volvieron a dejar las maletas en el suelo, buscando paquetes de tabaco en los bolsillos.

Fuera seguía lloviendo. Zana, pegada al cristal, miraba distraída el camión cisterna que se alejaba del avión. Después escuchó un cuchicheo general «el camarada Enver, el camarada Enver» y vio cómo las cabezas de todos se acercaban al húmedo cristal. Ciertamente era él. Con un gran abrigo negro, muy alto, con sombrero también grande, avanzaba bajo la lluvia hacia el avión seguido de un pequeño grupo.

—¿Viene el camarada Enver, o está despidiendo a la delegación? — preguntó una voz al oído de Besnik.

Besnik encogió los hombros.

—No lo sé.

—Me parece que está subiendo.

En efecto, estaba subiendo. Sujetándose a la barandilla, subía hacia la portezuela del avión. Al llegar a lo alto de la escalerilla, se giró un segundo y saludó con la mano, agachó la cabeza y entró. Tras él, entraron los demás.

La escalerilla permaneció vacía un momento bajo la lluvia. Luego el resto de los pasajeros empezó a caminar hacia ella con premura. En la puerta de cristal, dos empleados hojeaban deprisa los pasaportes y la gente, después de saludar a sus parientes, caminaba con rapidez por la explanada de asfalto.

Con la mano que tenía libre Besnik abrazó a Zana y ella le besó.

—¡Buen viaje! —le dijo en voz baja.

Caminaba por la mojada explanada y quiso volver la cabeza en dos o tres ocasiones, pero, de repente, la escalerilla metálica del avión se le apareció muy cerca y empezó a ascender. La escalerilla temblaba entre el fuerte viento y las pequeñas gotas de lluvia. Mientras se dirigía al avión, pensó en volverse y saludar con la mano a Zana cuando estuviera subiendo los peldaños, pero, cuando estuvo arriba, la puerta del avión, negra, ovalada, se alargó hacia él como una boca y se metió dentro.

En el avión reinaba un relativo silencio, un sinfín de ruidos leves, voces, diálogos en voz baja. Ocupó un asiento junto a la ventana, se dio cuenta que la terminal estaba al otro lado y se levantó. Por el redondo cristal, vio saludar con la mano a algunas personas, como en una película muda.

En los asientos contiguos se sentaron dos de los geólogos checos, pero les llamaron sus compañeros, que al parecer le habían encontrado mejor sitio, y se levantaron. Pasó el albanólogo Schneider y detrás dos o tres mujeres rusas con niños de la mano. Luego Besnik notó que alguien se dejaba caer con fuerza en uno de los asientos que habían abandonado los checos. Volvió la cabeza. Un hombre de espaldas anchas, pelo corto y con una maleta grandísima en la mano le miraba amablemente.

—Maravilloso —dijo el hombre para sí, intentando colocar la maleta bajo las piernas. Hizo ademán de decir algo a Besnik cuando se encendieron los motores y el movimiento de manos de quienes habían acudido a despedir a los viajeros se hizo más denso. Todos los pasajeros del avión se acercaron a las ventanillas. El avión se puso en movimiento y, vibrando por entero, se dirigía despacio hacia la pista. La terminal del aeropuerto, la torre, las antenas, todo giró como respondiendo a una orden y desapareció de su vista. Cuando el avión se detuvo en la cabecera de la pista, apareció de nuevo el edificio de la terminal, pero la gente, empequeñecida por la distancia y borrosa por lo sombrío del día, casi no se distinguía.

Los motores rugieron con mayor potencia. Su estruendo se transformó en quejido, pero cuando parecía llegar al cúlmén, de los pulmones metálicos surgió, dentro del quejido originario un nuevo quejido, salvaje y desgarrador. Daba la impresión de que la máquina voladora no podía elevarse al cielo sin experimentar en el último momento un dolor cruel. Y en realidad, nada más iniciar el rodaje sobre la pista, la fuerza del quejido decayó. Se sintió cómo las ruedas se separaban del *cemento*, el descomunal cuerpo del avión se alivió, como liberado del esfuerzo y, momentos después, entre el aparato y la tierra se creó un abismo que crecía a una velocidad increíble. El avión se metió entre las nubes. El ruido de los motores se iba haciendo sordo. Después las nubes quedaron abajo y los motores parecían adormecerse.

Besnik contemplaba el desierto de nubes. Todo su ser estaba relajado. Este relajo continuó un rato. Estaba medio adormilado, cuando le despertó la voz del vecino.

—Usted deber ser de la delegación, ¿no?

—Sí —dijo Besnik.

—¿Trabaja en alguna institución central?

—Soy periodista.

—¡Ah, sí! —dijo el otro algo sorprendido.

—Al parecer me ocuparé de la traducción.

El otro meneó la cabeza. Tenía ojos claros, cálidos.

—¿Y usted? —preguntó Besnik.

—Yo también voy con la delegación. Trabajo en el Consejo Económico de los Países del Pacto de Varsovia.

Besnik le miró con cierta extrañeza. No había en él nada que recordara un pacto entre Estados. Y, como queriendo disipar sus dudas, Besnik le hizo una pregunta que nunca se hubiera permitido en otras circunstancias.

—¿Cómo está el asunto del trigo soviético?

—¿El trigo soviético? — El hombre del pacto abrió los ojos. La pregunta era inesperada. Miró a Besnik a los ojos, ensombreció el rostro, luego miró por el cristal, como queriendo asegurarse una vez más de que estaban demasiado lejos del suelo y de repente, en contra de lo que era normal en él, le respondió.

—Hemos comprado trigo a Francia.

—Algo he oído —dijo Besnik. Sí que había oído algo. El otro, más aliviado por la intervención de Besnik, prosiguió:

—Con oro.

Se miraron de nuevo.

—¿No se esconde nada tras el trigo? —preguntó Besnik sin dejar de mirarle. Era tarde. El hombre del pacto había logrado controlarse.

—No sería de extrañar —dijo—. Detrás del trigo pueden amagarse muchas cosas. ¿Ha paseado alguna vez entre los trigales en el mes de junio?

—No bromeo. Estoy hablando en serio. ¿Sabe lo que dijo él sobre las ratas?

—¿Ratas? —exclamó. Sus párpados, hombros y cejas, cogidos por sorpresa minutos antes, ahora se movían, manifestando una extrañeza absoluta. —¿Qué dice de ratas? No sé nada. Perdone, algo, sí sé. Sé que las ratas aparecen en casos de peste. ¿No se referirá a algo así? No he oído nada. Hace tiempo que no sabemos de casos de peste. No obstante, todo es posible. Tengo un amigo médico en el Centro Sanitario de la República, me ha dicho...

—¿Se está burlando de mí? —le cortó Besnik ofendido.

—No, ni mucho menos —dijo—. Usted me preguntó por las ratas y yo le respondo. Quizá usted sepa algo.

—Yo le digo lo que sé. Y me da miedo decírselo añadió al poco.

El otro no le quitaba ojo. En su mirada no había ninguna curiosidad.

—Quería preguntarle cuánto trigo hemos tenido que comprar a Francia y me acordé de algo que dijo el camarada Jruschov sobre las ratas —dijo Besnik—. Lo he escuchado con mis propios oídos cuando estuvo el camarada Jruschov en Albania. Dijo que Albania produce tanto trigo como devoran las ratas en los graneros de la Unión Soviética.

—¡Extraño, extraño! —exclamó el otro—. ¡Extraño! —repitió tras una pausa, pero no era difícil comprender que en sus ojos no había ni chispa de extrañeza.

Permanecieron callados durante un rato. Besnik miraba por la ventanilla.

—Ah, ahora almorzaremos —dijo el otro, frotándose las manos con alegría.

Las azafatas servían el almuerzo. En realidad ni siquiera lo probó, aunque repetía continuamente «maravilloso».

—¿Dónde estamos? —preguntó al cabo.

Besnik se encogió de hombros. Entre el abismo de nubes aparecían algunos contornos difusos. Podía ser la tierra, si no se trataba de otra capa de nubes.

—En algún lugar entre Rusia y Ucrania —dijo Besnik.

—Una tierra enorme, infinita —dijo el otro. Miró un buen rato por la ventanilla, después respiró hondo.

El sueño volvía a adueñarse de Besnik.

—Usted me hablaba antes de la peste —dijo el otro. Besnik se despertó de inmediato.

—Yo no he hablado de la peste. Sólo mencioné las ratas.

—Ratas, peste, es lo mismo —proseguió el otro—. Da igual, no tiene importancia, quizá empezara yo. Me refería a otra cosa. Recuerdo un libro que leí hace tiempo. Para ser sincero, no recuerdo ni el título, ni el autor. En realidad el libro no estaba entero. O, para ser más exacto, no era más que una hoja arrancada de un libro en la que cierto día me envolvió cerezas un campesino. Cuando me las comí y me disponía a tirar el papel, leí sin querer un par de renglones y me quedé perplejo. Aquel papel hablaba de una epidemia de peste.

—Hay muchos libros sobre la peste —dijo Besnik con indiferencia.

—Sí, pero ésta era diferente. Se trataba de una peste equina. —Cargó

todo su cuerpo en el hombro de Beshnik, señalando la tierra con el dedo. — Allá abajo, en algún lugar allá abajo, en la linde entre Europa y Asia, sobrevino la peste equina.

Beshnik miró hacia abajo sin mover el cuello.

—Los mongoles habían reunido hordas interminables y se preparaban para conquistar Europa. Todo el continente temblaba. Todo quedaría arrasado. Pero, de repente, en el último momento, sobrevino la peste. Los jefes de los mongoles, a las puertas de sus tiendas, contemplaban con tristeza el lejano horizonte nebuloso al que no lograrían llegar nunca. Eso ponía en aquella hoja.

Beshnik seguía mirando abajo. La superficie de nubes resultaba monótona. Por los altavoces se oyó una voz femenina.

—Nos acercamos al aeropuerto Vnukovo de Moscú. Se ruega a los pasajeros se coloquen el cinturón de seguridad.

El descenso duró bastante. El avión vibraba cada vez más. Sobre las alas relucieron de nuevo gotas de lluvia. Las nubes pasaban veloces por ambos lados. Daba la impresión de que un gigante soplara furioso en los cristales de las ventanillas. Después, por una grieta entre las nubes, apareció una de las pistas, las señales verdes y lilas, que se acercaban con rapidez y, antes de lo que se esperaba, el enorme cuerpo del avión tocó tierra. Bajo los pies de los pasajeros se sentía decaer la furia de los motores y el aparato, sereno, se acercaba al edificio de la terminal.

—Por fin llegarnos —dijo el hombre del pacto—. ¡Cuántas veces he hecho este viaje! —añadió después.

Beshnik quiso decir algo pero su cerebro funcionaba con lentitud y prefirió ocuparse de la cartera.

Habían arrimado la escalerilla metálica al cuerpo del avión. Beshnik acercó la cabeza al cristal y vio bajar a Enver Hoxha seguido de los otros tres miembros de la delegación y un pequeño grupo de colaboradores. Entre tanto, Beshnik sentía que el aparato se iba quedando vacío y, caminando por el pasillo, se apresuró hacia la salida. En la escalerilla le esperaba el viento. Un frío amargo. Se alzó el cuello del abrigo y, apoyándose en la barandilla, bajó aprisa. A uno y otro lado había grandes aviones: Air France, Air of India, KLM. El cielo parecía estar repartido entre las compañías internacionales. Si no hiciera tanto frío, Beshnik hubiera sonreído. No había cosa más absurda que pensar que ese cielo infinito, por el que acababan de cruzar, pudiera soportar semejantes nombres, que parecían anuncios de almacenes. Hubiera sonreído, además, por otra cosa: empezaba pronto a ejercer el papel de traductor, ya que había comenzado por traducir cosas que

normalmente nadie traduce, como son los nombres de las compañías aéreas.

Apretando el paso, Besnik alcanzó al grupo de la delegación, que se dirigía al edificio del aeropuerto. Todos llevaban los cuellos de los abrigos levantados y en sus manos las carteras parecían extraordinariamente grandes, negras, pesadas. Era un caminar silencioso. Hacía mucho frío. Inesperadamente dijo para sí: ¡Qué clase de llegada es ésta a la capital de la gran amistad...! Ni reporteros, ni cámaras, ni banderolas ni pioneros con ramos de flores. Sólo carteras negras y un rumor ahogado de pasos.

La caravana de coches dejó Moscú a un lado y se dirigió a la periferia. El día iba muriendo con rapidez. Los montones de nieve que flanqueaban la carretera intentaban alargarle aunque fuera un poco la vida, pero era tarde. Todo se tornaba gris. Sobre los pinos solitarios, sobre las estaciones periféricas de ferrocarril, sobre las lagunas y hondonadas, ya había caído la tarde. Cuando entraron en el jardín de la villa de dos plantas donde residiría parte de la delegación, la nieve que cubría la gran extensión que rodeaba el edificio rezumaba un extraño silencio. Los escasos y dispersos árboles habían aceptado tiempo atrás la más absoluta soledad en medio de aquella nieve.

Las puertas de los dos pisos, las escaleras de madera y las puertas de los pasillos rechinaban continuamente. Dejaron las carteras sobre las mesas, a los pies de las camas, en los alféizares de las ventanas mientras esperaban que todo estuviera dispuesto. Una parte del personal técnico partió para el hotel Moscú. Los cristales dobles de las ventanas estaban cubiertos de hielo.

Del primer piso, donde se instalaron los miembros de la delegación, bajó uno de ellos. Miró afuera a través de los helados cristales y entró en una de las salas pequeñas.

—Reunámonos un momento, camaradas —dijo al primero que vio.

Se reunieron. Algunos ocuparon las sillas que rodeaban una mesa alargada, otros permanecieron de pie junto a las ventanas. Se hizo un silencio tan profundo, que el hombre que se disponía a hablar alzó la cabeza algo sorprendido.

—Así pues —dijo en tono descuidado, como para romper la solemnidad de aquel silencio, y esbozó una sonrisa. Pero el silencio seguía siendo el mismo de antes, profundo, despiadado. Resultaba evidente que estaban esperando. Sus ojos chocaron con las miradas fijas, serias, de todos. Respiró hondo.— Así pues, camaradas —prosiguió—, como vosotros mismos habéis visto hoy —calló de nuevo, golpeando la mesa con los dedos

como si esperara que salieran de allí las palabras que buscaba—, como habéis comprobado vosotros mismos por el recibimiento que nos han dispensado, con los soviéticos... —el golpear de los dedos sobre la mesa se tornó más fuerte, nervioso. Luego levantó la mano como si se hubiera liberado la fatiga de buscar las palabras adecuadas.— Así pues, como habéis visto, nuestras relaciones con los soviéticos se han enfriado.

Volvió a pasar la mirada por todos y no había ningún movimiento en sus ojos. Quizá ya lo sabían y pensó que era natural, ya que la frialdad es una de las cosas que más fácilmente se notan en este mundo. Percibió que debía decir algo más. Pero era difícil, muy difícil. Se encontraban ante una enemistad nueva, que todavía parecía tan absurda e irreal que aún no se había formado una reserva de palabras suficiente para ella. Hasta ahora, todas las palabras habían servido a lo contrario. Las palabras, cogidas por sorpresa, estaban paralizadas y, por un momento, pensó que le sería más fácil hablarles en un idioma extranjero, y lo hubiese hecho si no fuera porque sonarían a poco serio.

Por fin, llenó los pulmones de aire y dijo:

—Debéis saber una cosa, camaradas. Hoy no somos invitados en casa de amigos. Pero tenemos la conciencia tranquila ante la historia. Han empezado ellos.

Señaló las ventanas con la mano como si «ellos» estuvieran detrás de los cristales.

Fuera caía la noche. En el desierto recinto daba la impresión que los árboles se hubieran movido acercándose a la villa. Era un lugar desolado. Besnik recordó unos árboles parecidos en un camino de algún lugar del norte de Albania. Formaba parte de un equipo y uno de sus compañeros, alargando la mano hacia la ventanilla del coche, le había dicho: ¿ves aquellas hierbas de allí? Se llama eléboro y tiene la propiedad, según dicen, de curar la locura.

—Debéis estar cansados. Cenad y acostaos —dijo el miembro de la delegación, levantándose de la silla—. Mañana tendremos trabajo.

Empezó a subir las escaleras de madera y, llegando a la mitad, dijo:

—¡Buenas noches a todos!

—¡Buenas noches! —respondieron.

Cenaron con premura. La cocina estaba en el sótano y allí servían dos camareras viejas.

Se dispersaron por las alcobas con intención de dormir. Las tablas del pasillo aún crujieron un rato por efecto de los pasos.

—¡Buenas noches!

—¡Buenas noches!

Las puertas chirriaban una tras otra.

Uno de los guardias de Enver Hoxha bajó las escaleras y las subió de nuevo. Tenía una expresión sombría.

En la habitación donde dormía Besnik, en la cama situada junto a la pared, alguien se disponía a acostarse. Era el hombre del pacto. Besnik comenzó a desnudarse.

—¡Buenas noches!

—¡Buenas noches, camarada!

Parecía bastante tranquilo. Arreglaba continuamente la colcha. Por fin apagó la luz y se acostó.

Pasaba el tiempo y Besnik no dormía. En el pasillo, alguien caminaba sin parar con pasos suaves. Las escaleras se lamentaban crujiendo. Le vino a la mente, sin ningún motivo, un hombre con los ojos desviados en el mostrador de una estafeta de correos de una pequeña ciudad. Cuando el hombre estaba escribiendo la dirección en el sobre, sus ojos, bastante desviados de por sí, se desencajaron aún más a causa de una gran tristeza.

En la cama de al lado se sentía dar vueltas al hombre del pacto. Dos o tres veces suspiró en un duermevela. Besnik quiso recordar algo tranquilizador, pero no era posible. Sólo recordó un periódico amarillento que había visto en una empresa.

El otro seguía dando vueltas en la cama. Respiraba con dificultad.

—¿Y ese búho? —gritó angustiado de repente—. ¿Qué le pasa a ese búho que no para?

—Es el teléfono —dijo Besnik en voz baja—. En el sótano o en la cocina.

—¡Ah, el teléfono!

Ciertamente, en el sótano o en la cocina sonaba una y otra vez un teléfono.

Besnik aplastó una de las orejas contra la mullida almohada y tapó la otra con las mantas, pero el sonido del timbre seguía oyéndose, lejano. Así estuvo sufriendo un buen rato. Qué pasa, qué pasa, se repetía sin cesar. El timbre—gemido del teléfono—búho se repetía con mayor frecuencia.

Toda la noche estuvo gimiendo el quejumbroso teléfono.

Besnik sacudió la cabeza. ¿A quién le contaré esto? dijo para sí. ¿A quién?

Capítulo séptimo

El desfile en la Plaza Roja duraba ya una hora. Hacía un frío terrible. Besnik tenía a veces la impresión de que aquella interminable masa humana que lo inundaba todo, el griterío, las pancartas, el flamear de las banderas, los retratos que portaban los manifestantes, incluso la música festiva, deberían producir en la plaza cierto calor. Mas no era así. Por el contrario, Besnik sentía cada vez más frío, especialmente en los pies. Bajo los cientos de miles de personas, el granito secular irradiaba una gelidez insoportable.

A la derecha, desde la tribuna del mausoleo de Lenin, ocupada por los invitados, la mirada de Besnik pasaba de las banderas y pancartas de los manifestantes a las cúpulas de la iglesia de San Basilio. Se veían cúpulas de iglesia por todas partes, sobre la misma plaza y más allá, en la profundidad del recinto del Kremlin. Besnik no alcanzaba a verlas todas, pero imaginaba el fulgor asiático, pálidamente derramado sobre ellas, como una sonrisa irónica.

Entre las aclamaciones y la música se alzaban aquí y allá globos multicolores, asombrosamente parecidos a las cúpulas. Viva la unidad invencible del campo socialista. Un gran retrato de Jruschov que apareció al fondo, junto al Museo Histórico, inmóvil sobre la riada humana, se acercaba a la tribuna. Los sonos de las marchas no cesaban.

La idea de encontrarse en el corazón mismo del campo socialista merodeaba por la conciencia de Besnik, como si esperase el instante propicio para clavarse definitivamente en ella. Es el centro de un mundo, se dijo para autoconvencerse de ello. Junto al Museo Histórico aparecieron nuevos retratos inmóviles. Eran los miembros del Buró Político del Comité Central del PC de la Unión Soviética. La tercera Roma, pensó. En todas las escuelas soviéticas, los alumnos aprendían la teoría medieval de las tres Romas, profetizada por el monje ruso Fillofei: las dos primeras se hundieron, la tercera se mantiene en pie, no habrá una cuarta. La tercera Roma, a decir del monje, era Moscú.

Le dolía la cabeza. Todas aquellas cúpulas de iglesia que le rodeaban

oscilaron en una danza lenta. La tercera Roma. Moscurroma. Romamoscú. Y el antiguo lugar donde se cortaban las cabezas permanecía allí, en la plaza, bastaba apartar un poco las estatuas de bronce de Miñine y Poyarsky, que ocupaban provisionalmente la plataforma circular.

Sentía que sus pies se iban transformando en leños. El desfile no parecía tener fin. Se alzó de puntillas con la vana esperanza de divisar el final de la marea de manifestantes y calculó que aún permanecerían allí una hora, incluso más. Sobre la multitud de cabezas, por encima de las banderas y las pancartas, continuaban flotando los globos multicolores. Sin apercibirse de ello, Besnik había comenzado a seguirles con la vista. Uno amarillo parecía navegar justo sobre el retrato de Jruschov. Otro, azul celeste, se inclinaba ligeramente hacia un lado. Muchos de ellos estallaban a causa del frío, pero con el griterío de la fiesta nadie reparaba en el hecho. Uno de color naranja. El color de moda, diría... Zana. Cómo es posible, estuvo a punto de gritar. Pensó que la había olvidado. Durante todos aquellos días no había tenido un momento para pensar en ella. No puedes imaginarte este océano humano, le dijo para sus adentros, este inmenso tumulto. Echó una mirada en torno como si observara lo que después debería contarle y sintió que en el flotar de los globos, en los retratos y las pancartas, pero sobre todo en el fulgor de las cúpulas, había algo mudo e imposible de contar.

Tras el desfile, todos regresaron a la villa. Era el cuarto día de su estancia allí. En torno, el mismo paisaje raso, levemente ondulado, blanqueado por la nieve. Las villas, de dos pisos, se alzaban casi equidistantes. Al poco rato oscurecería. Una hora en que no se podía trabajar. Besnik contemplaba la caída del crepúsculo. Otros días, a esa misma hora, había visto esquidores a lo lejos que regresaban a la ciudad. Por allí debía de haber una estación de trenes eléctricos. En el horizonte, los esquidores parecían haber sido lanzados con onda desde otro mundo.

—¿Yes los coches?

Besnik volvió la cabeza. Era Jordan, el hombre del pacto, que señalaba hacia fuera con la mano.

—*Çajka y Zima*. Todas las villas de por aquí son del Partido.

Besnik asintió con la cabeza.

—Intercambian visitas —dijo Jordan—. Toman el té. Conversan.

Besnik le miró sin alcanzar a comprender lo que pretendía decirle.

—Conversan —repitió Jordan—. Ya no es ningún secreto.

—Naturalmente. Para algunas personas ya no puede serlo —dijo Besnik.

—Para algunos no lo ha sido nunca.

Besnik sonrió.

—Una vez, en una recepción de los mongoles, su embajador contó algo sobre la muerte de Gengis Khan —dijo Jordan—. Murió en algún lugar de la frontera china. Sus generales pretendieron mantener la noticia en secreto, al menos hasta haber trasladado los restos mortales a la capital del imperio, donde debían ser inhumados. Mil guardias viajaron día y noche acompañando el cadáver en dirección a Mongolia. Para impedir que se propagara la noticia, daban muerte en el camino a cuantas personas les salían al paso y presenciaban por casualidad el cortejo fúnebre. No sólo mataban a la gente, sino a cualquier vivo que encontraban: aves, fieras, serpientes. Y, sin embargo, no se logró mantener el secreto. La caravana se encontraba aún a bastante distancia de la estepa mongol y la noticia ya se había extendido por todo el Imperio de la Horda Dorada.

Besnik no sabía qué decir.

—Tiene usted cara de cansado —dijo el otro—. Al parecer ha trabajado mucho.

—Sí —respondió—, hemos tenido mucho material que traducir.

—Pues cuando comience la conferencia habrá mucho más. Para todos.

—Claro.

Fuera, la luz de los faros de un automóvil resbaló suavemente sobre la nieve. Luego, las luces de otro atraparon por sorpresa un tronco adormecido.

—Llegan los camaradas del hotel Moscú —dijo Jordan—. ¿A qué hora es la cena?

—A las ocho.

—Por lo que se ve, iremos todos juntos.

Los del hotel Moscú entraron uno tras otro, despojándose de los enormes abrigo y los sombreros. En el salón se creó de inmediato una atmósfera cordial. Salieron todos de sus habitaciones y se reunieron allí. Parecía que no se hubieran visto en mucho tiempo.

—¡Me alegro de que hayáis venido! ¡Me alegro de que hayáis venido! —repetía constantemente una estenógrafa, ofreciendo cigarrillos a todos.

Hablaban todos a la vez, se interrumpían.

—Camaradas, hablad más bajo —dijo uno de ellos—. El camarada Enver está trabajando arriba.

A las siete y veinte, los automóviles partieron en dirección a Moscú. La nieve amontonada en las cunetas cortaba constantemente los haces de luz

de los faros. En todas direcciones resplandecían pálidos fuegos.

Moscú, envuelto en nieve, brillaba. Los haces de luz sobre el Museo Histórico, sobre el alto edificio del GUM, y más allá, sobre las cúpulas de San Basilio, componían un diagrama sorprendente. Los automóviles entraron en el recinto del Kremlin por la Alejandrovski Sad.

La cena proseguía. Se había pronunciado ya el breve discurso de bienvenida y se había brindado. Lámparas gigantescas emitían millares de destellos sobre las largas mesas a las que se sentaban, uno junto a otro, ministros, generales, embajadores, secretarios de partido, mariscales, primeros ministros, diputados, escritores notables, bailarinas, representantes de las nacionalidades, héroes del trabajo socialista, miembros de las delegaciones extranjeras de los partidos, diversos jefes, almirantes, contralmirantes, rapsodas del Asia Central, cineastas, representantes religiosos, académicos, presidentes de organizaciones sociales, viejos que no se sabía o se había olvidado ya por qué eran invitados a las recepciones, presidentes de las repúblicas, ministros sin cartera, cuentistas de los desiertos del sur, esquimales, héroes ciegos, científicos nucleares, diplomáticos, teóricos del marxismo.

Botellas, vasos, joyas femeninas, tenedores, decorados, cucharas, bandejas, entorchados, botones, todos los objetos esparcían el brillo de las lámparas en decenas de millares de pequeños destellos salpicando todas las salas de un polvo dorado.

—Nosotros les queremos y les tenemos mucho respeto, especialmente a usted, camarada Enver —le dijo Kossiguin en la mesa presidencial. Se miraron a los ojos y Enver Hoxha creyó leer en los de su interlocutor: «Mi más sentido pésame».

Kossiguin esbozó una sonrisa contenida, esperando la sonrisa del otro. Mas los ojos del invitado permanecieron impasibles. ¡Qué invierno es ese que veo en tus ojos!, le había dicho Jruschov dos semanas antes a uno de los representantes albaneses.

Enver Hoxha tenía la cabeza medio vuelta hacia Kossiguin. Pensó que aquel era el miembro del Buró Político soviético con el que había tenido más relación en los últimos años. El ojo derecho de Hoxha captaba pasivamente la fracción de panorama que le permitía el hombro de Kossiguin. Unas sillas más allá, Jruschov chocaba la copa con Ulbrich. Tras ellos, se distinguían las cabezas de Ho Chi Min e Ibárruri. Un poco más allá, Breznev. Los chinos permanecían en silencio, los rostros petrificados.

—Les queremos —repitió Kossiguin, y su mano, en un movimiento mecánico, con gesto lánguido e indefinido, señaló la sala, como queriendo decir que toda aquella luz, aquel fulgor, no podían ser más que destellos de amor y esperanza.

La mano de Kossiguin aún pendía en dirección a la sala cuando Enver Hoxha volvió la cabeza hacia allá.

Sobre la gente se había creado una nube azulada. Eran muchas las mesas y no vio a ninguno de los suyos.

El vecino de Besnik volvió a llenar la copa y murmuró algo. Luego, bruscamente, se giró hacia el albanés. El alcohol había operado en su rostro ciertas transformaciones, de modo particular en sus ojos cenicientos. Besnik distinguió la pequeña estrella roja que le identificaba como héroe de la Unión Soviética.

—¿Es usted piloto?

Besnik sonrió y se disponía a decir no, pero el otro prosiguió con extraordinaria vivacidad.

—Estaba seguro. Se nota enseguida, aunque vaya vestido de civil. Sólo el cielo da ese color a los ojos. Yo he sido oficial de aviación durante veinte años. Lo dejé hace dos. —Lanzó un suspiro y acto seguido se encaró con Besnik, mirándole a las niñas de los ojos—. ¿Por qué quieren enfrentarse a nosotros?

Besnik frunció el ceño.

—¿Quién ha dicho eso?

—Perdone, ¡ojalá me equivoque! Algo ha llegado a mis oídos. No lo tome a mal.

Sirvió vodka en la copa de Besnik.

—Beba y discúlpeme si he dicho alguna inconveniencia.

Besnik alzó la copa.

—Escuche —dijo al poco el aviador en tono familiar—, los dos somos pilotos y nosotros nos entendemos. No lo tome a mal. ¿De acuerdo? ¡ojalá me equivoque!, pero yo pienso que en este mundo están repartidos los papeles. Unos tienen que volar, otros tienen que andar a pie.

—¿Qué quiere decir?

—Por favor, no me mire de ese modo. No tenía ninguna intención de ofenderle. Yo respeto a los pueblos pequeños. Se les ve el ala del avión, menudos y breves como niños. No obstante, existe una división del trabajo. Por sí sola existe una división. Una fatalidad, diría yo.

—¿Qué fatalidad?

El aviador suspiró nuevamente.

—Ya sé que no me expreso con claridad. Eso me ha violentado siempre. Pero bueno, consideremos el asunto del vuelo. En esta mesa sólo nosotros dos podemos volar, ¿no es así?

Besnik se encogió de hombros.

—No quería ofenderle. Todo lo contrario. Me gusta su país. Tienen ustedes un ave en su bandera, ¿no? Algo extraordinario, poético. La hoz y el martillo son un buen símbolo, pero, como aviador, me es más entrañable el ave. Expresa una aspiración de vuelo. Pero, para volar, hace falta mucho trigo y mucho hierro. Es decir, esa hoz y ese martillo que a ustedes les resultan irritantes...

—Yo no he dicho tal cosa.

—No lo ha dicho, pero seguro que lo ha pensado. Un aviador no puede evitarlo. Perdome, estoy confuso, pero, créame, no oculto nada en el corazón. Digo todo esto porque lo siento por ustedes.

—No tiene por qué sentirlo —respondió Besnik.

—No se ofenda. Yo les quiero. Hablemos francamente. Hay que ser realistas. Usted quiere el comunismo igual que yo, ¿no? Para que llegue el comunismo hay que luchar, ¿o no es así? Y la lucha requiere orden. Usted es militar y lo sabe tan bien como yo. Cuando vuela una escuadrilla, cada uno debe mantener su lugar. De lo contrario todo es un caos. Lo mismo sucede en todas partes. Me refería al campo socialista. Formamos un campo grande, poderoso, el terror del imperialismo. Bien, pero en este campo debe haber un orden, si no, aparece la confusión. Y eso precisamente es lo que espera el enemigo. A esto me refería cuando dije que unos tienen que ir a pie y otros volar.

—¿Y no hará falta que alguien se arrastre?

—Ah, no, no. No y mil veces no —dijo el otro—. Yo odio la sumisión. Soy aviador. Aunque... ¡vaya aviador estoy hecho! Hace dos años que no vuelo. Soy un expulsado del cielo. Ahora me convocan a recepciones y banquetes. Pero usted mismo es aviador. Usted sabe lo que es sentir nostalgia del cielo. En estas salas repletas de botellas, manjares, burócratas, me invade su recuerdo como una pesadilla. He sido expulsado del cielo igual que Satanás. ¿También te han expulsado a ti? Lo leo en tus ojos. ¿Te han dado grados y honores y te han quitado el cielo? Bebe, hermano Satanás. Los dos estamos perdidos.

Bebió, sacudió la cabeza y entornó los párpados.

—Estábamos hablando de arrastrarse —dijo al poco—. Soy

decididamente contrario a ello, no obstante, en el campo debe haber orden. —Mordió un trozo de queso—. U—ni—dad —añadió enfatizando cada sílaba.

Besnik le miró fijamente.

—¿Por qué me miras con esos ojos? —dijo el aviador—. ¿He dicho algo malo?

—Vosotros nos habéis dejado sin pan —respondió Besnik con voz sorda.

—¿Eh? —le espetó asombrado el otro—. ¿Sin pan?

—Una vez que osamos contestaros y nos amenazáis con el hambre. ¿Es eso unidad?

—No lo creo —dijo el aviador moviendo la cabeza—. No lo puedo creer.

—Cuando os contradijimos en Bucarest, interrumpisteis el suministro de trigo.

—No es posible. Le damos trigo a la India, ¿cómo no os lo vamos a dar a vosotros? Estás en un error.

—Es tal como te lo estoy diciendo —dijo Besnik. Al haber traducido documentos esos días, ahora sabía muchas cosas—. Y, sin embargo, no es un problema de trigo —prosiguió—, el trigo no es más que un símbolo. Tras él se esconde...

—Querido colega, me asombra usted —le interrumpió el otro y quiso extender los brazos, pero el tenedor que aguantaba en una mano tocó al parecer el hombro del vecino, uno calvo y bajito. El calvo murmuró algo en tono de protesta y miró con desdén al molesto compañero de mesa.

Besnik temió haber sido indiscreto al mencionar Bucarest, pero enseguida se tranquilizó. Recordó los mil guardias que acompañaban el cadáver de Gengis Khan.

—Escucha —le dijo el aviador, cogiéndole del codo—, yo no sé nada de ese asunto del trigo. Si es como tú dices, desde luego es una bajeza. Hay mucho burócrata y funcionario sin corazón en puestos estatales. —Sonrió con amargura—. La paz es el tiempo de los tecnócratas, pero nosotros no hablamos de ellos. Estamos hablando del bien general, del comunismo. El bien general del campo reclama que vosotros no alzéis la cabeza. ¿O me equivoco?

—Desde luego, habla usted en balde.

—Me ofende —dijo con gesto corrido—, me ofende gravemente. — Su mano cayó inerte sobre la mesa.

—Perdóneme —dijo Besnik.

—Así comienza el declive de un hombre —dijo el aviador con la mirada perdida sobre la mesa—. Primero te invitan a recepciones y después te ofenden.

—Lo siento. No era mi intención.

El otro llenó su copa y la apuró de un trago.

—Satanás —murmuró para sí—, hermano Satanás, ¿por qué me ofendes?

La gente continuaba comiendo y bebiendo inmersa en un bullicio uniforme de roces, entrechocar de vidrios y piezas de metal. Sonaba la música.

—Yo les aprecio —dijo tras un largo silencio el aviador—. Si le he hablado de ese modo es porque no deseo que les suceda nada malo. Están ustedes allí, entre bestias imperialistas que acechan el momento en que se separen del rebaño. Además, no sólo se trata del peligro imperialista... ¿Entiende lo que quiero decir?

—¿Se refiere usted a su propio peligro? —dijo Besnik sin apartar la mirada.

—Ah, ¡cómo malinterpreta mis palabras! Pero, está bien, hablemos con toda franqueza. No es bueno que se produzcan tragedias en el seno del campo. A veces, de las pasiones excesivas surgen grandes dramas. Cómo explicárselo mejor... Antes hablábamos de volar. —Se volvió de frente hacia Besnik y desorbitando los ojos continuó—. ¿Usted puede creer que yo haya matado a un hombre?

Besnik se encogió de hombros.

—Claro que sí —dijo—. Es usted un piloto militar. Puede matar hasta una ciudad entera.

—Ah, no, no. En guerra no —dijo el otro agitando la mano con arrebató—. He matado a un hombre en tiempo de paz. Hace dos años. Yo, el piloto Sergei Romanchevski, héroe de la Unión Soviética, invitado hoy a la cena del aniversario de la Revolución de Octubre; yo, un veterano cuadro del Partido y del Estado, hace dos años, precisamente el diecisiete de octubre, a las 16 horas 20 minutos, di la orden de matar a un hombre.

Atrajo hacia sí a Besnik por los hombros, como temiendo que no lo creyera.

—Y era un hombre maravilloso —continuó—, uno de los hombres más brillantes que he conocido en este mundo. Su delito consistió únicamente en el noble deseo de volar. Sí, de volar. Yo le maté porque quiso

volar.

Besnik escuchaba asombrado.

—¿Me mira con incredulidad? Desgraciadamente no es un invento. Es una historia que no consigo arrancar de mi mente. Da vueltas sin cesar. — Señaló con la mano en torno y su vecino, el gordo, se apartó, mirándole con miedo y desprecio a un tiempo—. Da vueltas por doquier, sobre las mesas, por las salas iluminadas, por las calles y plazas; intenta posarse, pero no lo hace, no consigue detenerse.

Besnik no entendía nada. Creyó que el otro estaba delirando.

—No estoy borracho —dijo el aviador—, ni tengo los nervios desquiciados. He bombardeado grandes ciudades. Tengo sus ruinas ante mis ojos. Allí abajo agitaban sus pañuelos de humo negro, como si exclamaran: «¡Por qué nos haces esto, Serguei!». Y yo volaba sobre ellas volviendo a sembrar la muerte. Tú eres joven, aún no has podido bombardear ciudades. No sabes todavía lo que son sus pañuelos acusadores. Y sin embargo, créeme, no he conocido remordimientos de conciencia. Combatía por el comunismo. Pero él, él era diferente. No puedo olvidar cómo sobrevolaba el aeródromo. Parecía un espíritu.

—¿Tuvo alguna avería? —preguntó Besnik para ayudar al otro a terminar de contar lo que le rondaba por la cabeza.

—No, no fue ninguna avería —respondió esbozando una sonrisa amarga—. Era el mejor técnico del aeródromo. Yo era el comandante del aeropuerto militar. El era un mecánico perfecto. Conocía los aparatos mejor que sus constructores. Le queríamos y respetábamos mucho. Era joven. Tenía por delante un porvenir brillante. Todos se lo decíamos. Pero de pronto se tomó triste. No comprendíamos por qué estaba cada día más irascible. Pensamos que se trataba de un problema personal. Tenía novia. Se enfadaba a todas horas. Todo se supo después, cuando se encontró un pequeño cuaderno de notas. Un buen día nació en él la pasión de volar. Era un mecánico extraordinario, pero no aviador. Más quería volar. Aunque sólo fuera una vez. Conocía los aviones mejor que nosotros, pero no le estaba permitido volar. Él lo deseaba. Sólo una vez. Y aquella tarde del 17 de octubre, tras acabar la revisión de un aparato, saltó de improviso sobre él, como si montara el caballo de la muerte, y se elevó. Recuerdo que era un día oscuro. Las nubes permanecían inmóviles en el cielo. Todos nosotros, alarmados por el imprevisto, seguíamos sus evoluciones con la mirada. Su estilo era sorprendente, correcto, sin embargo... no sé cómo decirlo... frío, como la lectura de un texto en latín... no sé cómo explicarlo. Yo mismo tomé la radio y me puse en comunicación con él. No le hice ningún

reproche, ni siquiera manifesté asombro por el hecho de que estuviera volando. Estaba como borracho. Lanzaba gritos de alegría, pedía disculpas. Parecía que todo marchaba bien. Y así era en realidad. Y, por fin, dijo que iba a aterrizar. Como quieras, le respondí en tono suave. Trazó un amplio círculo en torno al aeródromo, pero no aterrizó. En la segunda pasada percibí mayor desasosiego en su voz. Le hablé de nuevo con voz suave, tranquilizadora. Volvió a intentarlo. El avión pasó como un proyectil sobre nuestras cabezas. El asunto se prolongó. Una verdadera danza de la muerte. Resultaba evidente que ya no era dueño de sí. Decía cosas sin sentido. Todos teníamos el rostro desencajado. Era una pesadilla. Un sudor frío envolvió mi cuerpo. Allí cerca había otros aviones, cisternas, aparatos de radar. En cualquier momento podía caer sobre ellos. Su vuelo se tornaba cada vez más alocado. Lentamente se iba transformando en un monstruo volador. Había que hacer algo. Había que hacer algo rápido, implacable, terrible. Yo era el comandante y me correspondía a mí hacerlo. A nadie más que a mí. Comunicqué por radio con la defensa antiaérea y di la orden que debía dar. Pasó una vez más sobre nuestras cabezas. Fue la última. Los demás volvieron la cara para no verlo. Yo sí lo vi. Le alcanzaron en cuanto rebasó el aeródromo. El humo envolvió el aparato como una mortaja negra y cayó. Cayó. Se acabó.

Besnik miraba fijamente un punto sobre la mesa. De todas partes llegaban oleadas de aquel bullicio incesante de la cena. Una voz, una carcajada se elevaba de vez en cuando sobre la superficie, como la espuma sobre las olas. Después, la algazara se uniformaba de nuevo.

El ex aviador cabeceó durante un rato.

—Esta es su historia —dijo lentamente—, y al mismo tiempo la mía —añadió poco después—. Era bueno en la tierra. Pero, de pronto, se enamoró del cielo. Y el cielo le mató. Su tumba está allí, saliendo del aeródromo...

Besnik permanecía serio. En sus ojos se distinguía un brillo frío.

—¿Nos amenaza con derribarnos? —dijo, clavando sus ojos húmedos en el aviador.

El otro acercó su cara pálida por efecto del alcohol. —Con dolor, hermano, con dolor. —Su voz era ahora ronca.

Besnik le lanzó una mirada de odio.

—Yo no —añadió el piloto—. Jamás haría algo así por segunda vez. Pero otros pueden hacerlo...

Estaba completamente borracho.

En la mesa presidencial, Nikita Jruschov brindó a la salud de los primeros secretarios de los partidos de los países socialistas. La banda, situada en una balconada, acometió brevemente el motivo de una marcha. Todos entrechocaron las copas con él, tras lo cual se sentó. Estaban todos alrededor, y él en medio de todos. Gomulka, Dezhi, Ulbrich, Novotni. Un poco más allá, los demás, reunidos, como siempre, en torno a la mesa común.

Jruschov había bebido un poco y tenía la cabeza algo turbia. Una confusión placentera, una neblina generosa que consentía toda clase de asociación de ideas bajo su manto. Aquella era la última cena de Cristo y ellos, rodeándole, los apóstoles. ¿Quién me traicionará pasado mañana en la conferencia? Su mirada se deslizó hacia la derecha entre platos y botellas, se detuvo un instante en las manos de Kossiguin y se elevó estrábica hasta el rostro de Enver Hoxha. Era el único en la mesa que ostentaba continuamente una mirada sombría. Treinta monedas, dijo Jruschov para sí. (¿Cuántos rublos serán?). Puede hacerse una frase bonita y efectista: Y se vendieron al imperialismo por treinta monedas.

Continuaba observando a Hoxha por el rabillo del ojo. Durante toda la cena su cara había mantenido la misma expresión inalterable de disgusto. Su gesto se derramaba sobre la mesa, resbalaba hacia Jruschov y le amargaba la cena. ¿Qué voy a hacer con él? Hoy estaba casi mudo. Sólo de vez en cuando intercambiaba alguna palabra con Thorez. Hablaban en francés. Él era el único, entre los primeros secretarios de los países socialistas, que no sabía ruso. Decía que no podía acostumbrarse a los caracteres cirílicos.

Cuidado con los primeros secretarios a quienes no han llevado ustedes al poder, le había dicho un año antes un filósofo comunista de Ceilán. Con ellos hace falta otro tacto. ¿Qué voy a hacer con él?, se preguntó por tercera vez. ¿Qué voy a hacer para que pasado mañana no me levante la voz? Los ojos de Jruschov se detuvieron unos segundos en los dedos sin uñas de Janos Kadar, que alzaba su copa. Y se vendieron al imperialismo por treinta monedas... De todos modos, hay que hacer algo antes de que sea tarde, pensó.

La recepción proseguía. Los comensales se habían levantado de sus sillas e iban de un lado a otro recorriendo las salas, comían fruta, tomaban café de pie, formaban corros de dimensiones inestables, que se disolvían y recreaban, como las plantas fantásticas de los cuentos. Continuamente se

escuchaba la música.

Besnik se acababa de separar del aviador y buscaba entre la multitud a la gente de su delegación, cuando le volvió a salir al paso. Iba del brazo de un general.

—¿Dónde estabas, hermano?, te andaba buscando —dijo el aviador en un arrebato de alegría—. Quiero presentarte a un amigo mío, el glorioso comandante Yeleznov.

El general inclinó la cabeza. En las mejillas de su alargado rostro, típicamente ruso, había un rubor gozoso. Era una especie de púrpura especial, diferente al sonrojo de la ira o la vergüenza, un púrpura solemne que sólo podía manifestarse en las cenas solemnes.

—Este es como nosotros, hermano —dijo el ex aviador—. Su gloria ha quedado atrás, en algún lugar de los campos de Alemania. ¿Has oído hablar de las colinas de Zeel? El ha atravesado ese desierto. Ahora le invitan a las recepciones. —El aviador comenzó a cantar en voz baja: «Dónde están las colinas de Zeel...».

El general sonrió. Por el extremo de los párpados discurría un sudor solemne, tan solemne como el púrpura de sus mejillas. Condecoraciones y señas de medallas cubrían su estrecho pecho. Destacaba entre ellas la estrella de héroe.

El aviador seguía cantando con los ojos cerrados. Besnik aprovechó la ocasión para dar la mano a Yeleznov y desaparecer entre los invitados.

Al cabo de unos minutos encontró a varios de los suyos. Se trataba de uno de los miembros de la delegación rodeado por Jordan, los taquígrafos y dos funcionarios del Comité Central. Estaban de pie. Besnik se unió al grupo sin decir nada.

—¿Dónde están los demás? —preguntó poco después en voz baja a uno de los taquígrafos.

—Andan por ahí.

Parecía que acababan de dejar un tema de conversación y fueran todos ahora de la misma opinión.

—Mirad, ahí están otra vez —dijo uno.

—No mostréis ningún interés —dijo el miembro de la delegación. Se colocó un cigarrillo entre los labios y sacó el mechero.

Cerca de su pequeño grupo, a la derecha, se detuvo el mariscal Jruschov con tres o cuatro generales. Les miraban. Chuikov dijo algo y los demás rieron. Después volvieron a mirarles. En ese momento, Chuikov llamó a otro mariscal que pasaba cerca. Se saludaron todos y Chuikov volvió a decir algo. Todos volvieron la cabeza hacia el pequeño grupo de

extranjeros.

—¿Te has enterado? Resulta que ha aparecido una nueva gran potencia —dijo Chuikov al otro mariscal señalando a los albaneses con la cabeza. Dijo *viel ikodierjavive** de manera especial y, o bien a causa de su cara sebosa o bien por la abundancia del sonido «ye», a Besnik le pareció que el término estaba untado de grasa.

Mariscales y generales rieron.

El miembro de la delegación les miró con desprecio y murmuró algo entre dientes. Más allá divisaron otro grupo de su delegación y se dirigieron lentamente hacia ellos.

—Presión psicológica —dijo Jordan a Besnik. Ambos iban algo rezagados del resto.

—Presionan por todos lados —añadió Besnik—, sobre todo los militares.

—Es natural. ¿Estás nervioso?

—Un poco.

Jordan sonrió.

—Normal, es la primera vez.

Caminaban entre los invitados. A sus oídos llegaban fragmentos de conversaciones como chorros de una fuente... Corea es bonita en primavera. Venga, le esperamos... Durante todo el otoño no me he encontrado bien de salud, tengo una úlcera... No, no, no. No y mil veces no... (Palabras en una lengua extraña, posiblemente hindú). Claro que puede usted venir en verano, pero la primavera es más hermosa... (Palabras en español)... El pueblo soviético se alegra enormemente de sus éxitos. Del COMECON, sí, sí, en la reunión del COME-CON... Así que puede internarse de nuevo en la clínica del Kremlin... (Idioma monosilábico)... Porque, según dicen, es preferible un final terrible que un terror sin fin, ¿o no? Ja, ja, ja.

—Vorochilov —dijo Jordan con voz queda, señalando con la cabeza a un hombre menudo y de rostro absolutamente corriente. Vieron luego al escritor Ehrenburg mientras hablaba a una mujer tan sólo con la mitad de la boca, pues con la otra mitad succionaba la pipa.

—Se distingue a los que asisten por primera vez a una recepción gubernamental —dijo Jordan—. Mira_ esos, cómo disfrutan.

—Yo también es la primera vez que asisto.

—Nosotros somos extranjeros. Somos otra cosa.

* En ruso, gran potencia.

Besnik observaba a quienes, según Jordan, asistían por primera vez. Sus caras rebosaban júbilo y saltaba a la vista que tenían desequilibrados los nervios que regulan el movimiento de los párpados, el riego sanguíneo del rostro y el habla.

—Del mismo modo que se nota quienes vienen por última vez —prosiguió Jordan. Esta vez no señaló a nadie.

—Yo también vengo por última vez.

—Ya te lo he dicho, nosotros somos extranjeros —insistió Jordan—. En una recepción vi a Fadeyev poco antes de que se suicidara.

Besnik escuchaba con atención. Regresaban al lugar de donde habían partido. La banda de música anunciaba un brindis en algún lugar.

—Brindis con fanfarria —comentó Jordan—. Como en cualquier castillo.

Besnik no sabía qué decir.

—Un castillo —murmuró Jordan—. Decenas de miles de personas sueñan con asistir a esta cena.

El monje Fillofei, dijo Besnik para sí sin saber por qué.

—Pero los que entran ya no pueden volver a salir. Como en todos los castillos.

Dva Rima padosha, recordó Besnik el principio de la profecía del monje en ruso antiguo, *a trjetij stoit, a cetvjortomu nje bisti**. Se acercó a Jordan y se lo dijo al oído. El otro le miró con cara de asombro.

—¿Conoces la lengua staroeslava?

Besnik asintió con un movimiento de cabeza.

Alrededor, los chorros de conversaciones no cesaban. Una sensualidad enmascarada recorría la fiesta. Pasaron los rapsodas del Asia Central con sus trajes nacionales.

—¿Ha visto usted alguna representación de teatro del absurdo? —preguntaba un hombre diminuto a una mujer rubia. Ella le miró con tristeza en los ojos.

—No esperaba esa pregunta de usted —dijo.

El hombrecillo se enfadó.

—Todo lo que le pregunto le sorprende.

Besnik sintió que alguien le cogía del brazo. Se volvió bruscamente. Era el aviador. Estaba pálido. —Le buscaba. ¿Dónde se había metido?

Besnik dijo algo entre dientes. Jordan le contemplaba tranquilo.

* En ruso antiguo: Dos Romas han caído, la tercera se mantiene en pie, no habrá jamás una cuarta.

—No te conté lo de su tumba —dijo el aviador.

—Me lo contó —respondió Besnik—, me contó que le enterraron a la salida del aeródromo.

—¿Y lo de su novia? De su novia no te he dicho nada. Estaban prometidos. Ella venía y traía flores dos veces al año. ¡Qué mujer!

Besnik siguió adelante para desembarazarse de él. El aviador le seguía balbuciendo.

—Tumbas, flores. Igual que en la ópera.

Continuaban abriéndose paso despacio entre la marea de gente. La música sonaba sin descanso. Muchos invitados ya entrados en años, sobre todo mujeres, se habían ido acomodando en los sillones y divanes colocados por los laterales y observaban el deambular de la gente.

Al cabo, se encontraron con otro grupo de su delegación, que había dado lugar a una de las decenas de islas que abarrotaban los salones. Eran dos miembros de la delegación y varios especialistas.

—¿Cómo estáis, camaradas? —preguntó uno de los dirigentes.

Jordan sonrió vagamente.

—¿Os provocan? —preguntó el otro.

—Sí —respondió Besnik.

Se pusieron a hablar con las cabezas juntas, mientras en torno suyo flotaban lentamente, como ahogados, cabezas, cuellos, charreteras, adornos femeninos, hombros, rabillos de ojos.

Besnik sintió que alguien les miraba con insistencia. Volvió la cabeza despacio y chocó con la mirada de Yeleznov. Sus ojos eran grandes y gélidos. Parecía que en medio de ellos hubiera un vacío o un núcleo inmóvil. No reconoció a Besnik, aunque no quitaba ojo al grupo.

Parecía una advertencia. Cuando Besnik volvió la cabeza por segunda vez para comprobar si Yeleznov continuaba allí, observó que se habían detenido junto a él cuatro militares más, que también les miraban. Eran los almirantes Tatarov y Krasnopolski, el comandante de paracaidistas Starorosiski y el mariscal Jakubovski.

El grupo crecía sin cesar. Murmuraban, miraban, reían, se decían unos a otros «¿qué? ¿qué?» y de nuevo clavaban sus ojos en ellos. Se fueron incorporando los mariscales Terekhan, Grechko y Starozimni, los siguieron el contralmirante Kallmukov, el comandante de artillería Ivanov, el comandante de misiles Korolevki y los mariscales Orilov, Trojanuvski, Svjatosllavov y Kuchum.

Ellos mismos comprendieron que se habían concentrado demasiados y una parte se desplazó a un lado. Entre tanto, por el otro flanco aparecieron los almirantes de la flota del Mar Negro Benedikov y Sllavski. Poco después se les unieron el comandante de la 53 División Acorazada, el teniente general Krestonovstev y el contralmirante del norte Znamjenski. Tras ellos se movieron como un torbellino los generales Pobjedonoscev, Pilnij y r— Silamun, seguidos de los mariscales Carki, Ko um, Konjev y Podmogilni.

—El imperio enseña los dientes —dijo alguien en el pequeño grupo.

Besnik se puso de puntillas para ver mejor en la dirección que, al decir de uno de ellos, debía encontrarse Enver Hoxha. Buscó un rato con la mirada entre el cúmulo de cabezas, pero no le vio.

El barullo proseguía. Ellos aparecían por el horizonte, se deslizaban, giraban. Sus ojos irradiaban cierta luz interior. Sus evoluciones eran armónicas, como un éxtasis. Durante sus desplazamientos, los sufijos «ov» e «iski» flotaban sobre ellos como raspas de pescado.

Los rapsodas del Asia Central se dirigían a la plataforma de la orquesta.

—*Shah-Name, Shah-Name* —repetía un borracho.

Besnik sintió hablar en lengua staroeslava a sus espaldas. Volvió la cabeza pero no vio a nadie. En realidad le hubiera gustado poder hablar con alguien en ese idioma. No lo había hecho nunca.

Un individuo bajito, que masticaba la melodía de la Internacional como si de chicle se tratara, chocó contra su codo.

Alguien habló un idioma incomprensible.

—¿Y éstos? ¿adónde van éstos? —dijo otro casi aterrorizado, señalando con la mano a los cuentistas de los desiertos del sur que se abrían paso entre el gentío con las caras pálidas por la bebida.

Hacia el amanecer, Besnik todavía experimentaba un sueño turbulento. La cena del Kremlin había sido fatigosa y había soñado dos o tres variantes de lo mismo. Unas ratas comían trigo en un descampado. Un descampado polvoriento, cubierto a trozos de parquet, y las ratas salían de entre los desgarrones de la madera. Cerca, unos militares, más que nada generales, miraban un punto lejano, más allá del fin del descampado. Con templan tanques y cisternas negros que formaban una larga columna en un extremo. Los tanques, las cisternas y los armones de artillería se deformaban por efecto de la peste y los ojos de los militares estaban tristes.

La mañana derramaba sobre el sueño una sucia luz caliza.

Capítulo octavo

El día era frío. Los esquiadores aparecieron y se esfumaron en el horizonte como meteoros. En la villa había quietud. Acababa de llegar una copia del documento que los soviéticos habían entregado a los chinos la noche anterior, ya tarde. Se esperaba una reunión de Enver Hoxha con Jruschov. El personal auxiliar de la delegación, retirado a diferentes rincones, trabajaba en silencio. El personal técnico también.

El cielo derramaba sobre la tierra una luz oblicua. Una mirada de soslayo.

Un automóvil grande y negro penetró en el recinto de la villa. Besnik no oyó el ruido del motor. Levantó la cabeza sólo cuando uno de los taquígrafos entró en el salón.

—Un coche —dijo el taquígrafo—, un Zim.

Besnik alargó la cabeza hacia la ventana y vio el automóvil. Un hombre envuelto en un abrigo de piel descendía de él. Entre tanto, alguien subió apresuradamente las escaleras.

El hombre del abrigo de piel entró pisando con energía sobre el suelo de madera del salón.

—¡Buenos días! —dijo en ruso.

—¡Buenos días —respondió Besnik. Había visto a ese hombre en la cena del Kremlin, en la mesa principal.

—Soy Andropov, quiero ver al camarada Enver.

Besnik se desconcertó un poco. El nombre le resultaba conocido, pero no tanto como para proporcionar la seguridad con que lo pronunciaba el recién llegado.

—Voy a avisar —dijo Besnik con torpeza. Se dio cuenta enseguida de que debía mostrarse más desenvuelto. Sus ojos se detuvieron en el diván del rincón.

—Siéntese, por favor —le dijo, señalando con la mano en aquella dirección.

El otro permanecía de pie. Besnik subió las escaleras y, en el pasillo

del piso superior, encontró a uno de los miembros de la delegación.

—Abajo, en el salón, está Andropov.

—Lo sé. Dile que el camarada Enver baja ahora. Que espere en la sala de reuniones.

Besnik asintió con la cabeza y bajó las escaleras. El hombre alto del abrigo de piel estaba de pie ante una reproducción del cuadro de Rembrandt *El retorno del hijo pródigo*.

—El camarada Enver bajará enseguida —dijo Besnik en voz baja sin darse cuenta—. Puede esperar en esta otra habitación.

—Gracias, esperaré aquí —dijo Andropov. Y continuó contemplando el cuadro.

Al oír el crujido de las escaleras, se volvió inmediatamente. Enver Hoxha bajaba solo. Andropov sonrió e hizo ademán de caminar hacia él, pero la expresión de Hoxha era fría.

—Disculpe que me presente sin avisar —comenzó Andropov, pero Hoxha no le permitió continuar.

—Esta mañana me comunicaron que el camarada Jruschov, ha expresado el deseo de entrevistarse conmigo mañana a las once —dijo antes de bajar el último peldaño. Su mirada se fijó en un punto entre Andropov y Besnik. Mientras Besnik traducía, la sonrisa, que había desaparecido unos instantes, cubrió de nuevo el rostro del recién llegado. Sin embargo, el de Hoxha era demasiado sombrío. El enojo pendía de la comisura de sus labios. Había decidido responder afirmativamente a la invitación, pero acabo de leer el documento en el que ustedes calumnian a Albania y donde Albania no figura como país socialista —prosiguió.

Andropov quedó unos instantes paralizado, después abrió las manos.

—¿Qué documento es ese? —dijo sorprendido.

—¿Por qué finge no saberlo? —dijo Enver Hoxha con desprecio manifiesto hacia su sorpresa—, es un documento del Partido Comunista Soviético contra el Partido Comunista Chino.

Andropov dejó caer los brazos. La sorpresa dejaba su lugar en partes del rostro del ruso a una apatía triste.

—Su afirmación es muy seria —dijo con voz queda.

—Sí, muy seria. Diga de mi parte al camarada Jruschov que no es él quien decide si Albania es o no un país socialista —dijo Hoxha frunciendo el ceño—. Eso lo ha decidido el pueblo albanés con su propia sangre —continuó, volviéndole la espalda y disponiéndose a subir las escaleras.

Andropov dio un paso y alargó el brazo, como si cogiera algo en el aire.

—Camarada Enver.

Enver Hoxha volvió la cabeza. En sus ojos había un brillo que Andropov juzgó peligroso.

—Pasado mañana tenemos la reunión general de los partidos —dijo Hoxha mientras ascendía los escalones—. Nuestro Partido dirá allí lo que piensa. De modo que ¡hasta la vista!

Andropov quedó inmóvil con la mirada clavada en la escalera de madera.

—¿Qué puedo hacer? —dijo en voz baja. Al percibir la presencia de Besnik y comprender que le había oído, se volvió bruscamente hacia la puerta y salió.

Besnik se acercó a la ventana. Aún estaba conmocionado. El hombre que acababa de salir y que ahora caminaba con paso irregular hacia su automóvil, el chófer que le abrió la portezuela, el humo que despidió el tubo de escape y el propio Zim grande y negro que arrancaba, todo ello, separado de él por el doble cristal de la ventana (y el vaho que hacía las veces de tercer vidrio) y privado de sonido, parecía escapar del mundo real y convertirse en imágenes proyectadas sobre una pantalla que se reducía progresivamente.

La casa estaba en calma. El chirrido esporádico de alguna puerta hacía más palpable el silencio. En la sala de reuniones del primer piso se escuchaba el traqueteo monótono de una máquina de escribir. Las alfombras rojas, extendidas por todas partes, despedían un reflejo adormecedor.

Así transcurrió toda la tarde. Por la noche, los crujidos de la madera, amortiguados por las alfombras, se fueron apagando uno tras otro.

A esas horas penetraron en el recinto de la villa tres automóviles grandes y negros. Besnik estaba cenando cuando el taquígrafo entró en el comedor y le comunicó que le llamaban con urgencia. En el salón, Mikoyan, Suslov, Kozlov y Andropov se despojaban de sus abrigos.

Dos de los miembros de la delegación bajaban por la escalera.

—Disculpen que vengamos sin avisar —dijo Mikoyan dándoles la mano—. ¿Está aquí el camarada Enver?

—Sí.

—Hemos venido a dialogar —dijo Kozlov. Sonrió e hizo un movimiento con la mano como diciendo «¿qué hay de malo en que hablemos?».

—Pasen por aquí —les indicó uno de los miembros de la delegación.

Entraron a la sala de reuniones donde un mecanógrafo recogía

apurado sus papeles.

Se sentaron alrededor de la mesa. Llegó el tercer miembro de la delegación. Las dimensiones y la forma de la mesa hacían más tenso el silencio. También la espera. Se miraban las manos, o algo próximo a ellas. Por fin entró Enver Hoxha. Se pusieron todos en pie y le saludaron.

—Perdone que nos presentemos así, sin avisar —dijo Mikoyan.

Hoxha hizo un gesto con la cabeza y tomó asiento. Él también se miró las manos. La mirada de Besnik se detuvo involuntaria durante unos segundos en uno de los gemelos que brillaba en el puño de su camisa. En aquella mesa de conversaciones, el gemelo resultaba ajeno, como el rostro de Zana, que apareció sin causa alguna para volver a sumirse en su memoria con la velocidad de un rayo.

Enver Hoxha alzó la vista.

—Les escucho —dijo, dirigiéndose a Besnik. Sus ojos chocaron con la mirada atenta de Mikoyan y con la confusa, plurifocal a causa de las gruesas lentes, de Suslov.

Mikoyan habló en primer lugar. Dijo que si un año antes hubiera hablado alguien de desacuerdos entre Albania y la Unión Soviética, hubiese sonado al mayor de los absurdos. Esperó a que Besnik tradujera la frase y prosiguió. Dijo que ellos, es decir, él y el resto de la dirección soviética, soñaban con ver a Albania convertida en un país floreciente, en un ejemplo para los demás países del Mediterráneo. Para ellos tenía una importancia enorme el demostrar que un país atrasado podía avanzar con la ayuda de la Unión Soviética. En una palabra, el asunto adquiriría dimensiones teóricas.

Enver Hoxha frunció el ceño.

—Así pues, nos hubiéramos sorprendido si hace un año... —repitió Mikoyan, pero no pudo continuar porque Hoxha le interrumpió.

—Es una suposición acertada. No obstante, no es el momento de discutir sobre nuestros hipotéticos asombros de hace un año.

Enver Hoxha esperó a que Besnik tradujera la frase y añadió que sería bueno no extenderse más en sueños. Podía hablarse más en concreto.

La intervención era severa. Kozlov se sonrojó. Por los ojos envejecidos y profundos de Mikoyan cruzó una ola casi imperceptible de ira. Una ira tan vieja y consumida como su cara.

—Sí —replicó Mikoyan—, podemos hablar más concretamente. —Enseñó las palmas de las manos y, clavando la mirada de Hoxha, prosiguió—. No logramos comprender a qué se debe su frialdad hacia nosotros.

Hoxha esbozó el mismo gesto.

—Nosotros tampoco entendemos la suya.

Mikoyan miró a ambos lados, a Suslov y a Kozlov.

—Su gente ha comenzado a portarse mal con los nuestros en Albania —dijo Kozlov.

—En la base militar conjunta de Vlora, sus oficiales se portan mal con nuestros hombres —añadió Mikoyan—. Ambas partes están armadas. Puede haber incidentes.

—Ya que han empezado por Vlora, quiero decirles que su contralmirante en la base puede ser cualquier cosa menos contralmirante —dijo Enver Hoxha. No esperaba que las conversaciones pudieran comenzar por el asunto de Vlora, aunque la experiencia le había enseñado en repetidas ocasiones que, en casos como éste, las cuestiones esenciales suelen aparecer veladas por un cúmulo de asuntos de tercer orden.

—Ustedes saben que, en base al contrato entre nuestros dos Estados, ha llegado el momento de que se nos entreguen los submarinos —señaló uno de los miembros de la delegación—. Sin embargo, su contralmirante dice que como se ha echado encima el invierno y hay mucho oleaje no puede entregárnoslos.

Enver Hoxha sonrió.

—¿Por qué se ríe? —dijo Suslov—. Hemos venido aquí para hablar en serio, de partido a partido.

—Sí, en serio —dijo Hoxha—. Entonces hablemos con más seriedad. Ustedes nos han amenazado con expulsarnos del Pacto de Varsovia.

—¿Quién? —preguntó Mikoyan.

—Grechko.

Se miraron y encogieron los hombros.

—No sabemos nada de eso.

—Últimamente no cesan ustedes de encogerse de hombros. Naturalmente es la manera más fácil de explicarse.

—No sabemos nada —insistió Mikoyan.

—Después de 16 de Bucarest, su posición hacia nosotros ha cambiado de modo radical —dijo Hoxha. El ovillo comenzaba a deshacerse.

—En Bucarest, su representante atacó inopinadamente a nuestro Partido.

Suslov dirigió los cristales de sus gafas hacia quien ellos llamaban «el hombre de Bucarest» sin dar crédito a sus ojos al verle allí, en calidad de miembro de la delegación albanesa.

—Bastó que osaramos contradecirles una vez en Bucarest para que se

pusieran como fieras —dijo Enver Hoxha.

—Es preciso que conversemos en otro tono —intervino Suslov.

—En primer lugar, debemos hablar con franqueza —dijo uno de los albaneses.

—Después de Bucarest todo cambió bruscamente —dijo Hoxha—. Su embajador...

—Cambiaremos al embajador —le interrumpió Mikoyan.

—Su embajador preguntó hace unos días a nuestros generales con quién estaría el ejército —dijo un miembro de la delegación.

—Ese está loco —dijeron a un tiempo Mikoyan y Kozlov.

—El embajador está loco, Grechko dice lo que le da la gana. No comprendo qué es lo que pasa en su Estado —dijo Enver Hoxha.

Mikoyan cruzó las manos.

—Podremos ser malos, pero no tontos —dijo—. ¿Por qué querríamos romper con ustedes?

Enver Hoxha hizo un lento movimiento de cabeza. Eran palabras de un hombre avezado en conversaciones difíciles. Era uno de esos momentos en que parece que, en nombre de la sinceridad, el interlocutor baja voluntariamente la guardia, esperando el ataque. En las conversaciones previas de octubre, refiriéndose en dos o tres ocasiones a quién podría interesar la ruptura de relaciones entre Albania y la Unión Soviética, habían dado a entender que quizá podía interesar a la parte albanesa, que buscaba motivos para la pelea. En dos o tres ocasiones habían mencionado indirectamente al imperialismo y sus intentos de escindir el campo socialista.

—Que a ustedes no les interesa romper con nosotros, lo creo —dijo Hoxha—, pero no es argumento que demuestre que tienen razón. Además, no entiendo cómo, en conversaciones entre dos partidos, pueden hacerse estos razonamientos de feriante.

—Hemos probado todo tipo de razonamientos —intervino Kozlov.

—Nunca aceptaría hablar como feriantes —dijo Enver Hoxha.

Mikoyan miró a Kozlov con el rabillo del ojo. Lo mismo hizo Suslov. Su cara alargada, tras aquellos gruesos cristales, donde sus ojos parecían estar atrapados en interminables elipses, tenía una tristeza glacial.

Mikoyan clavó tranquilamente sus ojos en Enver Hoxha.

—Les hemos invitado a dialogar tres o cuatro veces, pero ustedes no han aceptado —dijo.

Se esperaba esta frase. Los ojos de Mikoyan quedaron inmóviles, como incrustados en sendos agujeros donde no llega el viento. Cuatro años

antes, cuando estuvo en Moscú invitado a la fiesta de la Revolución, a Enver Hoxha le causó impresión la expresión especial de aquellos ojos, que parecían la fosa común de cierto cansancio, desprecio y tristeza de nuestro siglo. Tomaban algo en el bar adjunto a la sala Georgievskaja, cuando Mikoyan dijo sin dirigirse a nadie: Dentro de unos días iré a Austria. Molotov soltó una carcajada. Ve, ve, le dijo, ve a crear confusión como en Hungría. Enver Hoxha preguntó entonces entre sonrisas a Molotov: ¿Por qué, provocó él los desórdenes en Hungría? Sí, claro, respondió Molotov. Para que haya desórdenes alguien tiene que mover el cotarro. Mikoyan volvió la cabeza hacia ellos en un gesto sereno y, en ese momento, a Enver Hoxha le extrañó no haberse fijado antes en sus ojos.

—Les hemos invitado —repitió Mikoyan—, ustedes en cambio...

—Nosotros no teníamos pan —dijo Enver Hoxha pensativo, como retomando una conversación dejada a medias—. Sólo teníamos pan para quince días. Les pedimos cincuenta toneladas de trigo. Esperamos su respuesta durante veinticinco días, pero ustedes no respondieron. Nos vimos obligados a comprárselo a Francia. El comerciante francés llegó sin demora para tomar el pulso. En cuanto descendió del avión, preguntó por qué no nos lo vendía la Unión Soviética. La Unión Soviética vende trigo a todo el mundo. Por nuestra parte, para preservar la autoridad de los soviéticos, ocultamos la verdad. Así han actuado ustedes. Se han atrevido a amenazarnos por el hambre. La amenaza del hambre es aún más intolerable que la de las armas.

—En el Ministerio de Comercio hay mucho tecnócrata que no entiende de política —dijo Mikoyan.

—Y entonces recordé las palabras que el camarada Jruschov me dijo en Albania —prosiguió Enver Hoxha—. No siembren trigo, me sugirió entonces el camarada Jruschov. Cultiven hortalizas, viñedos. El trigo se lo damos nosotros. ¿Cuánto trigo produce Albania anualmente?, me preguntó. Cuando le dije la cantidad, soltó una carcajada y me aseguró: Ese es el trigo que las ratas se comen en un año en los silos de la Unión Soviética. —El rostro de Hoxha denotaba irritación. Una sacudida se agitaba en sus ojos, en sus pómulos—. Y cuando llegó el momento de pedirles una parte del trigo que se comen las ratas...

—Creo que no fue más que una broma —intervino Mikoyan.

—Fue una broma hasta que les pedimos el trigo. Después, dejó de serlo. Se trataba del peor de los cinismos.

—Hablemos en otro tono —dijo Suslov.

—Al cinismo sólo se le puede llamar cinismo —aseveró uno de los

miembros de la delegación.

—No hay ningún cinismo —cortó Mikoyan—. Si el camarada Jruschov ha dicho que el trigo que produce Albania es el que se comen las ratas en la Unión Soviética, debe entenderse sencillamente así, sin segundas intenciones. Somos un país grande. Tenemos lo bueno y lo malo en abundancia. Tenemos muchas ratas, y tenemos mucho trigo.

—Y muchos generales —le interrumpió Enver Hoxha—. Los hemos visto en la cena del 7 de Noviembre.

—¿Qué quiere decir con eso? —inquirió Kozlov.

—Quiero decir que hemos visto muchos generales en la cena del 7 de Noviembre —replicó Hoxha.

—Podemos hablar en otro tono —repitió Suslov.

Mikoyan suspiró.

—Dejemos a un lado estas nimiedades —dijo—, se trata de pequeños malentendidos que generan grandes problemas. La broma del trigo, la broma de los álamos... Si no me equivoco, el camarada Jruschov también ha bromeado con los álamos.

Enver Hoxha recordó que, efectivamente, había dicho algo de los álamos, pero no recordaba qué. Los álamos están ahora desnudos. Esta idea merodeó machacona por su mente. ¿Es posible que todo haya empezado de forma tan natural e imperceptible, como se producen los cambios de estación? Álamos, trigo. Ahora, el trigo está en la tierra y los álamos desnudos. En aquellas conversaciones había algo del amarilleo y la caída de las hojas. Todo caía, se tornaba yermo. Se sentía la proximidad de la helada. ¿Es posible que el enfriamiento entre dos Estados se asemeje al cambio de estaciones? ¿Podría ser que esta mesa, con estos papeles y anotaciones, se encontrara en algún punto entre el verano y el invierno? Y no obstante, la ruptura no se había acercado como una fatalidad. Detrás del trigo había cuestiones más importantes.

Mikoyan puso las manos sobre la mesa y volvió a respirar hondo.

—Les hemos ayudado con toda sinceridad —dijo—, queríamos que Albania fuese un ejemplo para los países árabes del Mediterráneo. Esto, para nosotros y como dije al principio, era importante desde el punto de vista teórico.

—Antes no le interrumpí, pero, ya que lo repite, le vuelvo a decir que no entiendo esta forma de razonar —dijo Enver Hoxha—. No comprendo cómo puede hablarse de un país como si se tratara de un pabellón en una feria internacional. Y no entiendo que los destinos de algunos países representen tan poca cosa como para utilizarlos para ilustrar teorías.

—Creo que no me ha entendido bien —dijo Mikoyan, clavando sus ojos en Besnik.

—Le he comprendido perfectamente —repuso En-ver Hoxha—. Pero creo que sabrá mejor que yo que la suerte de algunos pueblos pequeños, a causa de sus dramas, tiene importancia y peso, y no se puede manejar con la ligereza con que se pasan las páginas de un álbum. Sobre todo usted, camarada Mikoyan, creo que comprende bien esto.

Los ojos tristes de armenio de Mikoyan permanecieron inmóviles. Kozlov hizo un ademán nervioso.

—No hagamos filosofía.

—Hablábamos de teoría —replicó Enver Hoxha sin mirar a Kozlov—. Hablábamos de que los países y los pueblos no son escaparates de ferias universales. Las bromas del camarada Jruschov en Albania recuerdan los consejos del señor que visita su hacienda una vez al "año.

—El camarada Nikita Jruschov no es ningún señor, es el primer secretario del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética —adujo Kozlov.

Hoxha le miró con desprecio.

—En cuanto a la filosofía, la conozco mejor que usted.

Kozlov se ruborizó.

La mirada de Hoxha chocó con la de Andropov.

—Usted dijo en el encuentro con los embajadores que bastaba una bomba para reducir Albania a cenizas —añadió, dirigiéndose a Andropov. Lo había recordado por casualidad.

—Porque ustedes no estaban satisfechos con la cuestión de Berlín —dijo Andropov.

—No he manifestado descontento alguno al respecto. Cuando su embajador me preguntó qué pensaba sobre Berlín, le di mi opinión personal.

—Uno de sus generales ha ofendido a nuestros soldados, diciéndoles que se acobardaron en Berlín —intervino Mikoyan.

Enver Hoxha encendió un cigarrillo. Uno de los miembros de la delegación albanesa respondió a Mikoyan. Ambos continuaron replicándose un rato. Algo atrajo la mirada de Hoxha. Volvió los ojos hacia la ventana y quedó sorprendido: había empezado a nevar. Ninguno de los que ahora hablaban se había dado cuenta. Era una nieve suave, como si la acabaran de despertar allá arriba, en las celestes nubes, y, tal como estaba, medio dormida todavía, con los ojos somnolientos, la arrojaran a la tierra fría. Era una nieve extraordinariamente bella.

Continuaban replicándose. Sentía lejanas sus palabras, los pálidos

reflejos de las gafas de Suslov, la voz del traductor. El camarada Jruschov ha declarado ante los chinos que ustedes han perdido Albania y la han ganado ellos, decía uno de la delegación. Andropov intentaba dar explicaciones al respecto. Estaba presente cuando el camarada Jruschov había pronunciado la frase en cuestión y lo había hecho sin mala intención. Hoxha seguía contemplando la nieve. Uno había perdido Albania y otro la había ganado. Hablaban voces lejanas. Sonrió para sí. Eso que en circunstancias normales le parecería absurdo, ahora, contemplando la nieve, le parecía mil veces más absurdo. A un Estado lo puede envolver el invierno, la nieve, o la peste, o la guerra, pero cómo podrían dos estados ganar o perder un tercero estando tan lejos y sin contacto con él en ningún punto. Qué eran esa mesa irreal y esas voces difusas. Los copos de nieve formaron una esfera de mariposas, parecidas a la sota de la baraja que se disponía a descolgarse de la nivea altura para intervenir en la conversación, cuando un miembro de la delegación expresó lo que pensaba sin dejarse una coma: ¿Con permiso de quién hablaban ustedes así de nuestro país? ¿Qué es eso de ganar o perder Albania, como si estuvieran jugando a las cartas? Andropov volvió a intentar explicarlo. El había estado allí. El...

Seguía nevando. Nevaba en las montañas de Çermenika, en Albania Central, durante la Ofensiva Alemana de Invierno en 1944. Los alemanes pretendían capturar al Estado Mayor guerrillero. Sus miembros avanzaban despacio por las empinadas laderas bajo un incesante ladrar de perros. El tambor de los ballistas retumbaba sin cesar, como en una pesadilla. Los buscaba como si fueran espectros. Defendidos por fuerzas voluntarias, pasaron de una aldea a otra por la comarca cubierta de guerra, nieve, perros y tambores. ¿Con quién se iría Albania? Esta pregunta fue formulada allí, en Çermenika, en lengua inglesa, en una choza de aldea, ante una mesa larga de madera. El representante de Inglaterra adjunto al Estado Mayor General, con una pierna congelada y gangrenada, repitió la pregunta, volviendo hacia Enver Hoxha la cara desfigurada por el dolor.

El mismo lenguaje, pensó Enver Hoxha. Esta pregunta flotaba en el ambiente como una maldición.

Aún tenía presente la imagen de las mesetas de Albania de días atrás, mientras el avión las sobrevolaba. Bajo las nieblas, las montañas parecían preguntar: adónde vas con este frío.

Tras fuertes réplicas, se apreciaba ahora cierta distensión. Ellos aceptaban algunas cosas, o fingían aceptarlas. Incluso Kozlov, que había permanecido un rato en silencio por sentirse ofendido, hablaba algo. Quizá nuestra ayuda no haya sido tanta como debiera. Quizá haya que volver a

discutir algunas cosas. Sí, sí, hablemos. Hablemos.

Era ésta, puede decirse, una palabra mágica recién descubierta, una palabra providencial que todos gustaban pronunciar como si fuera la panacea. Andropov repitió que había estado presente en el lugar donde se dijo algo que no significaba lo que parecía a primera vista. Además, dijo, cabría revisar la cuestión de los traductores. Si, sí, repitieron los demás, los traductores tienen un papel en todo esto. Naturalmente, naturalmente, el traductor... existe incluso un dicho español o hindú que confirma la traición de los traductores. Se trataba de un nuevo descubrimiento, es más, fue precisamente cuando se hablaba de los traductores, cuando apareció la primera sonrisa en la mesa de conversaciones. Tímida, como un temeroso cielo de invierno, cayó primero sobre las pétreas mejillas, luego en los extremos de los ojos, sobre la superficie helada de las gafas de Suslov, como una vieja conocida a la que llevaran tiempo sin ver y que ahora parecía decirles: «¿Dónde andáis? ¿qué os pasa?». Durante años había estado presente en todas las mesas de conversaciones; sin ella no podía concebirse una reunión, un encuentro, la firma de un acuerdo, nada. Pero esta vez había faltado y la atmósfera había sido tan fría y tan tensa. Sin embargo, ahora que había reaparecido, era tan débil que todos sentían la necesidad de hacer esfuerzos sobrehumanos para mantenerla sobre sus arrugas, ojos y labios, sabían que si se apagaba ya no sería posible reanimarla. Era el fuego primitivo que debían conservar a costa de penosos esfuerzos. Las partes carnosas de la cara les dolían ya como si estuvieran sometidas a una opresión férrea. No obstante, estaban dispuestos a sufrir. Estaban dispuestos a mostrar con orgullo sus rostros masacrados en aras de la causa.

La ilusión, empero, fue breve. Bastó que alguien pronunciara la primera mitad de la palabra «Bucarest» para que se ahogara la sonrisa. Volvió a imperar el frío y el gris. Se mencionó Yugoslavia, Beria y Koçi Xoxe. Las réplicas eran fuertes por ambas partes. Curiosamente, Mikoyan había empezado a situarse al margen de la conversación. Alguien ofendió a Kozlov. Mikoyan seguía sin intervenir. Suslov repitió lo del tono. Estaban cansados.

—¿Tienes algo más que plantear? —dijo Hoxha para finalizar.

—No —respondió Mikoyan—, por hoy hemos terminado. Esperamos encontrarnos de nuevo muy pronto.

—A lo mejor —dijo Enver Hoxha.

A lo mejor, pensó. Casi no habían hablado nada de las cuestiones cardinales de la doctrina.

Se levantaron y salieron de la sala uno tras otro. Recogían los abrigos

en el guardarropa. Un miembro de la delegación hizo una seña a Besnik para que cogiera el abrigo de Mikoyan.

—Gracias —dijo Mikoyan, metiendo un brazo en una de las mangas—. A Stalin no le gustaba que le aguantaran el abrigo —añadió sin dirigirse a nadie en concreto.

—¿Por modestia?

Mikoyan sonrió.

No —dijo—, no quería parecer viejo.

Se puso el gorro de piel y se abrochó el abrigo.

—Yo, sin embargo, acepto la vejez —añadió con cierta alegría.

Cuando se acercaban a la puerta, Mikoyan cogió suavemente por el brazo a Enver Hoxha y le dijo algo. Hoxha buscó con la mirada a Besnik.

—Quizá sería mejor que tuviera otra reunión con el camarada Jruschov. El me pidió que le transmitiera personalmente este deseo.

Hoxha quedó inmóvil unos instantes. Sus miradas se encontraron serenas. En los ojos de Mikoyan había una solemnidad frágil. Hoxha inclinó levemente la cabeza.

—Mañana, en el descanso de la reunión les daré una respuesta.

—¡Gracias! —exclamó Mikoyan y, saliendo, volvió a levantar la mano. ¡Hasta la vista, camaradas!

Cuando se abrió la puerta se escuchó el ruido de los motores de los automóviles. Se marcharon uno tras otro por la nieve.

Anohecía. Una vez marcharon los rusos, se quedaron en el salón, sentados en los sillones y el diván, bajo la reproducción del cuadro de Rembrand. Además del taquígrafo y de Besnik, que se sentían aturridos por el esfuerzo de las conversaciones, estaban allí Jordan, el mecanógrafo, uno de los guardias de Enver Hoxha y dos especialistas del grupo que se alojaba en el hotel Moscú. Habían llegado durante la reunión.

Fuera, la nevada arreciaba. A lo lejos, más allá de la llanura, una especie de débiles silbidos resbalaron como un gemido contenido. El crepúsculo moteado por los copos de nieve borraba toda relación entre los objetos. Era una fusión tranquila, somnolienta. El gemido contenido del viento volvió a sentirse al extremo de la llanura. Besnik contemplaba atónito esa nada que había al otro lado de los cristales. En su memoria, entre la nieve medio negra y medio azul, intentaba salir la loba.

En ese momento, a su espalda sintió un movimiento, una torsión. Se volvió e irguió el cuerpo. Por las escaleras, apoyándose en la barandilla

bajaba despacio Enver Hoxha. Todos se pusieron de pie. Hoxha bajó el último escalón.

—Sentaos —dijo señalando el diván con la mano—, quedaos —y se dirigió a uno de los sillones.

Alguien le acercó el cenicero y sacudió la ceniza del cigarrillo que tenía en la mano.

—¿Cómo estáis, camaradas? —dijo mirándolos uno a uno—. A éste le conozco —dijo señalando a Besnik—, y a éste —el taquígrafo se ruborizó—. Los demás, perdonadme, pero no he tenido oportunidad de conocerlos, ¿eh?

—Así es, camarada Enver —dijo uno de los especialistas.

—Bueno, nos conoceremos ahora —dijo Hoxha—. Tendremos trabajo difícil estos días, y nos conoceremos mejor. Tomemos ahora un café, ¿qué os parece?

—Con mucho gusto, camarada Enver.

—Dile a los de ahí abajo que nos traigan café —se dirigió Enver Hoxha a su guardia.

Volvió a mirarlos a todos uno por uno. Su mirada, por el reflejo de una sonrisa que afloraba desde dentro, parecía algo lejana.

—Pareces cansado —le dijo a Besnik.

—No, camarada Enver.

—No digas que no. Hoy te ha tocado a ti el trabajo más difícil.

Besnik se ruborizó.

—No, camarada Enver.

—Es difícil traducir el diálogo de este drama —prosiguió Hoxha—, más difícil que traducir a Esquilo. —El reflejo de la sonrisa interior se apagó inmediatamente en sus ojos y Besnik creyó entender que decía para sí: no creáis que yo lo tengo fácil.

Se hizo un silencio frágil como un enorme cristal. Enver Hoxha mantuvo durante un rato la mirada baja, en dirección al cenicero donde había sacudido el cigarrillo. Fuera se sentían los esfuerzos del viento por aullar.

—Mañana comienza la reunión —dijo Enver Hoxha como si hablara para sí. Ninguno de ellos podía decir nada; sus cerebros, a la espera, habían cesado de crear palabras—. Recuerdo que, cuando estudiaba en Gjirokastra, el viento silbaba así en invierno y otro compañero y yo nos apoyábamos en una pared, para que no nos llevara, y hablábamos del comunismo —aspiró el humo del cigarrillo—. Aquel compañero ya ha muerto. Yo estoy vivo y vengo a tomar parte en el drama del comunismo. No se me hubiera ocurrido

nunca.

—Usted, camarada Enver, usted que nos ha dirigido... —empezó a hablar uno de los especialistas.

—Déjate de grandes palabras —le interrumpió Hoxha con suavidad—, y tomemos el café en paz.

Una de las mujeres rusas que trabajaba abajo, en la cocina, servía el café.

—No fue casualidad que recordara a Esquilo —dijo Enver Hoxha tomando una taza—. Aquel camarada que os decía amaba a Esquilo. Cada vez que el profesor de literatura griega antigua mencionaba sus tragedias perdidas, él suspiraba. Anhelaba que aparecieran las tragedias perdidas. Todos sabían de su pasión y se metían con él. Y para qué hay que encontrar todas esas tragedias, le decía un compañero, ya es bastante trágico el mundo sin ellas. Quizá su pérdida no sea una casualidad, señalaba otro. A lo mejor hay necesidad de olvidar. Después de tantos años no he olvidado estas palabras. Es cierto que el mundo ésta lleno de tragedias, pero nosotros creíamos que el comunismo no las conocería. Mas no ha sido así.

Apuró el café de un trago.

Quienes estaban con él permanecían en silencio, esperando que retomara la palabra.

Enver Hoxha encendió un cigarrillo. Cuando apagó la cerilla, se hizo de nuevo el silencio.

—No ha sido así —repitió. El aullido del viento se oía sorprendentemente cerca. Besnik volvió mecánicamente la cabeza hacia la ventana y, en la profundidad del recinto, entre el crepúsculo y la nieve, que giraban sin cesar, vio a la loba grande y negra resbalar sigilosa. Sus ojos ardientes tocaron por un instante la tapia y los árboles solitarios.

Por la puerta entró uno de los guardias.

—Un Zim —dijo.

Salió uno de los especialistas. Cuando sintió que la puerta se abría de nuevo, Enver Hoxha, sin volver la cabeza, preguntó quién era.

—Thorez —respondió el especialista—. Solo.

Al poco entró Maurice Thorez. Estaba ciertamente solo. Dijo buenas tardes, dio la mano a Hoxha y permaneció unos segundos de pie ante él. Parecía nervioso.

—Quería hablar con usted —dijo por fin—. Disculpe que no pudiera avisarle.

Enver Hoxha señaló con la mano la entreabierta puerta de la sala de reuniones por la que ellos habían salido una hora antes.

Thorez caminó con rapidez hacia ella. Hoxha entró tras él y la cerró.

Fue la noche de los Zim negros. Las luces de los faros giraban sobre el recinto de la villa, se encaramaban a los árboles, que parecían despertarse cegados de un sueño helado, buscaban algo más, quizá la cancela, quizá la puerta y luego, una vez encontrado lo que buscaban, se apagaban de repente. Después de Thorez, llegó Ho Chi Min, después un africano y después un escandinavo. Por la noche, ya tarde, llegó Kossiguin y más tarde aún, hacia la media noche, alguien al que Hoxha ya no recibió. Este último Zim, con el desconocido en su interior, dio la vuelta entre los árboles como una fiera, y se fue a toda velocidad por la negra calzada.

Capítulo noveno

Una vez dejaban los largos abrigos en el guardarropa, los miembros de las delegaciones iban entrando en grupos en la sala Georgievskaja. Casi sin excepción llevaban en las manos grandes carteras, la mayoría negras, las cuales, alineadas en la extraordinariamente larga mesa de conferencias, contrastaban tristemente con las cabezas blancas o calvas de la mayor parte de los delegados. Muchos de ellos habían comenzado ya a abrirlas, a extraer cosas de ellas y a volver a guardar una parte de lo que sacaban. Tras cada movimiento, la posición de las carteras variaba sobre la mesa. Semejaban cuerpos inmóviles, a la espera de encontrar por fin un lugar donde situarse. Pero manos nerviosas se alargaban de nuevo hacia ellas y brutalmente, de manera casi ciega, rasgaban sus vientres tirando de las cremalleras sin piedad, buscaban impaciente y temerosamente algo que, al parecer, no conseguían hallar del todo, pues incluso cuando las manos salían por fin del interior de las carteras abiertas (cabría esperar que salieran ensangrentadas), no lograban por ello sosegar y apenas alcanzaban a contenerse antes de provocar una nueva masacre.

Ya habían llegado prácticamente todos. Los micrófonos, las cabinas de los traductores, los bajorrelieves de los muros llenos de escudos, fechas y viejas órdenes militares, las puertas que conducían a la cafetería y las ventanas blancas, todo parecía inclinarse hacia la mesa de conferencias. Se esperaba la entrada de los soviéticos.

Una parte de los asistentes se dedicaba a probar los auriculares, algunos se los habían puesto ya y sus rostros adoptaban prematuramente un aspecto anormal.

Finalmente entraron. Jruschov, con paso corto, se dirigió el primero al lugar vacío situado en el centro de la mesa. La mayor parte de los delegados se puso en pie y comenzó a aplaudir. Otros sonreían sin levantarse. Y otros permanecían de pie sin aplaudir. Unos sonreían henchidos de gozo. Otros no sonreían, sin mostrarse, no obstante, sombríos. Un miembro de una delegación que aplaudía hizo un ademán tímido de levantarse, pero el

camarada que estaba a su lado le tiró de la chaqueta. Por último, llamaba la atención un pequeño grupo de delegados que ni se había levantado ni aplaudía.

La escena duró menos de medio minuto. Por fin, todos los que habían aplaudido de pie y quienes lo habían hecho sentados, los que se habían levantado sin aplaudir y los que no habían hecho ni una cosa ni la otra, los sombríos, los gozosos y los neutrales, los que se habían quitado los auriculares y quienes ahora se los ponían, ocuparon sus asientos. Ante ellos, las carteras negras brillaban como en un convite extraño, absurdo y eterno.

La conferencia de los ochenta y un partidos comunistas y obreros de todo el mundo había iniciado sus labores.

El viejo encargado del guardarropa permanecía sentado en una pequeña banqueta, delante de la hilera de abrigos colgados. Era uno de los más antiguos del Kremlin. Llevaba cuarenta años sirviendo en el mismo lugar y sus dedos habían rozado miles de veces el metal de las perchas donde en otro tiempo colgaba los abrigos de Lenin, de Sverdlov, de Trotski, de los comisarios del pueblo, la mayoría de los cuales ya no vivían.

A lo largo de su vida, más que personas había visto abrigos. Colgados en hilera, sin los cuerpos, los abrigos adquirían un aspecto extraño. En las hombreras caídas, en las mangas flácidas, de las que escapaba el calor humano después de que sus dueños se los quitaran, había algo de soledad, incluso de muerte.

De la sala Georgievskaja, donde se encontraban ahora los dueños de los abrigos, no llegaba sonido alguno. Ni aplausos, ni aclamaciones, ni entusiasmo. De modo que algo debía estar sucediendo. Miraba pensativo las mangas frías como si leyendo en ellas pudiera comprender por qué no se movían los brazos, por qué no aplaudían las manos allí dentro, en la sala.

Algo debía haber ocurrido. Hasta en sus caras, cuando iban entrando uno tras otro al terminar el descanso, había percibido cierta desorientación. Los cuellos de los abrigos, las bufandas, las pieles, los bolsillos vacíos, y sobre todo los botones, guardaban un secreto.

Se habían celebrado congresos y plenos, toda clase de reuniones solemnes y mundiales como ésta, y sin embargo nunca se había producido un silencio parecido. Al contrario. Hubo ocasiones incluso en que el entusiasmo había sido tal que los delegados salían al descanso con las manos enrojecidas por los aplausos y la voz ronca por las ovaciones. Llegaron a darse dos casos en que se le hincharon las manos a la gente, el último de

ellos (no era capaz de recordar a ciencia cierta con motivo de qué reunión) durante el descanso llevaron junto al guardarropa una palangana de agua con sal en la que los delegados, con los rostros encendidos, ponían en remojo sus inflamadas manos mirándose las, unos con alegría, con cierta irritación otros, llegando alguno a evidenciar en el rostro tanta exaltación que el guardarropa pensó que en cuanto volviera a entrar en la sala, comenzaría otra vez a aplaudir hasta que le reventaran las manos y le saltara la sangre.

Hoy, en cambio, imperaba el silencio.

En realidad, algo había llegado a sus oídos por las conversaciones de sus compañeros, quienes, a su vez, habían escuchado medias palabras mientras ayudaban a los asistentes a despojarse de los abrigos. Pero él no había querido oír nada más. Él era el jefe del guardarropa, el que se ocupaba exclusivamente de los abrigos de los miembros del Buró Político y de los primeros secretarios de los partidos comunistas, cuando éstos llegaban invitados al Kremlin. Por eso él no tenía por qué preguntar ni tomar parte en murmuraciones. A los encargados del guardarropa de los miembros del Comité Central, naturalmente, les estaba permitido algo más, y al resto, a los de los embajadores, por ejemplo, ni qué decir tiene. Estos podían chismorrear de todo.

A menudo, sobre todo durante las reuniones de carácter mundial como ésta, al mirar los abrigos apretados uno contra otro, él, como cualquier viejo revolucionario que había recibido siete heridas durante la guerra civil, había soñado con la revolución mundial. Había imaginado que quizá sobre aquellos abrigos que ahora colgaban inmóviles de las perchas, pronto soplaría el viento de la guerra y silbarían las balas. Pero no sucedía así. Los años pasaban y los abrigos envejecían lenta e imperceptiblemente, al igual que los hombres. Eran raros los que mostraban huellas de haber sido atravesados por las balas en atentados o enfrentamientos (en los últimos años los atentados ya no se producían), y, en cuanto al humo y las llamas de la revolución, no se divisaban por parte alguna. A veces se apoderaba de él la melancolía y se preguntaba si era así como debían envejecer los abrigos de los gloriosos comisarios. Envejecían y envejecían, hasta que un día, de pronto, en un congreso o en un pleno, el miembro del Buró llegaba con un abrigo nuevo. Las manos del viejo guardarropa lo tocaban incrédulas; ya no era aquel peso, aquel paño, aquellos botones y bolsillos que él conocía tan bien. Algo había cambiado. Y colgaba el abrigo nuevo junto a los demás y parecía sentir un vacío en el corazón.

Pero los miembros del Buró Político cambiaban de abrigo muy de

tarde en tarde. La moda no existía prácticamente para ellos. Los del Comité Central cambiaban con mayor frecuencia, sin mencionar ya a los embajadores y a los demás funcionarios, que parecían no tener otra cosa que hacer que ponerse y quitarse abrigos. Cuando por alguna razón pasaba junto al guardarropa donde se colgaban sus abrigos, ni siquiera se dignaba volver la cabeza. Igual que si pasara ante mujeres medio desnudas.

No llegaba voz alguna de la gran sala. Al menos que no haya frialdad, pensó. Nunca el brillo pálido de los botones le había resultado tan incomprensible y lejano como hoy. Miró el viejo reloj colgando de la pared. La una y diez. Pronto harían un segundo descanso. Al menos que mis ojos lleguen a ver frialdad, se repitió. Antes la muerte.

En una sala baja, alfombrada de gris, detrás de la plaza de Correos, en la calle de Gorki, los periodistas fumaban de pie o sentados en pequeños asientos parecidos a los sillines de algunos coches. Eran ya la una y cuarto y no había nada. Ahora debían estar en el segundo descanso y, no obstante, no llegaba nada. Sus rostros resultaban pálidos bajo la fría luz de neón. Allí estaban los corresponsales de Associatet Press, AFP, United Press, Reuter, Mena, Tanjug, Ansa, DPA, Japón, Oriente Medio, Latinoamérica.

Las cabinas estaban vacías, con las puertas entreabiertas. Sólo en una de ellas, un corresponsal árabe transmitía, al parecer el último y con retraso, el ambiente moscovita el día de la apertura de la reunión comunista internacional.

El corresponsal de AFP permanecía apartado en el pequeño reservado del fondo de la sala. Estaba cansado. Enfriamiento... Escisión... La trágica ruptura que se esperaba... Increíble... El primer resquicio... Grieta... Dentelladas entre titanes... Falla... Ruptura... Crisis... Animosidad... Réquiem por la unidad... Todas estas palabras flotaban lenta, torpemente, como cuerpos sin vida, en su conciencia. No le preocupaba. Sabía que bastaba un sólo dato para que se precipitaran, se ordenaran con rapidez en frases concisas, breves. Bastaba que se confirmara algo nuevo sobre el enfriamiento. Para él había sido una suerte que justo después de su viaje a Tirana le enviaran a Moscú precisamente en ese momento. Sólo faltaba que se confirmara un hecho concreto acerca del enfriamiento. Que llegara ese momento tan anhelado últimamente, el momento de entrar en la cabina, coger el auricular y comunicar: Enfriamiento... Ruptura... Pelea entre titanes... Las palabras empezaron de nuevo a flotar a su antojo por su cerebro. Sabía que en París, como en Londres, Nueva York, Berlín, Tokio,

Tel-Aviv, cientos de personas esperaban horas y horas junto a los teletipos ansiando precisamente esas palabras... ruptura... enfriamiento..., y otros tantos cientos las esperaban en los despachos de los jefes de redacción, las emisoras de radio y televisión... Enfriamiento..., enfriamiento. Parecía que el mundo estuviera al rojo vivo, como un aparato a punto de quemarse, cuya única salvación estribara en un enfriamiento urgente. Pensó que jamás se había invocado de aquel modo a los glaciares al Polo Norte, al grado cero de temperatura.

Basta con que se confirme el enfriamiento, volvió a pensar el corresponsal francés, encendiendo un nuevo cigarrillo a pesar de que el anterior se consumía aún en el cenicero. Sería verdaderamente un golpe de suerte para él. Unas semanas antes, mientras se encontraba en Tirana, cubriendo un servicio urgente, creyó que la ruptura de la unidad comunista no era más que producto de la fantasía de los kremlinólogos. Recordó su última noche en Albania, su largo deambular por las calles semidesiertas de Tirana bajo una lluvia fina. Se oía música en todos los bares y restaurantes. Se celebraban las últimas fiestas del mes de la amistad albanó-soviética. Se detenía una y otra vez ante los empañados cristales tras los cuales la gente que bailaba, la música, los retratos de Enver Hoxha y Jruschov, juntos y sonrientes, la orquesta, las luces, todo ese mundo titilaba lejano como la Vía Láctea. No hay ruptura, dijo entonces para sí siguiendo su camino, ni la habrá. Tan sólo habrá una música tan interminable como ésta, tras los cristales empañados, tras las cortinas, las lucubraciones y las tinieblas perennes que envolvían el universo comunista.

Así le había parecido entonces en Tirana. La gente salía en grupos de las fiestas, corrían entre la lluvia, se escuchaban aquí y allá risas de muchachas. Y se dirigió a la oficina de correos para transmitir la última información telefónica. Casi no se oía. No se oye bien, se quejó dos o tres veces a la telefonista. No se entiende nada. No puedo hacer nada, señor, le dijo la muchacha, en Italia hace mal tiempo, espere, lo intentaré por la línea de Yugoslavia. La línea yugoslava iba aún peor. Se llevó el auricular al oído y habló casi por hablar: aló, aló, nada nuevo de aquello, como dije al principio, cosas del clima, entre comillas, ¿me oye?, problemas de clima, pero entre comillas, ¿eh? ¿cómo?, entre comillas, ya se lo he dicho, problemas de clima entre comillas, no olvide las comillas. Repitió la palabras «comillas» muchas veces, como si temiera que las avechillas, que necesariamente debían acompañar las palabras «problemas de clima», murieran por el camino, a través de aquel guirigay.

Problemas de clima. Este término había comenzado a usarse por todas

partes. Klimaproblem. Pero él era su creador o, más exactamente, su difusor. No se apartaba de su memoria aquella cena en la embajada alemana en Tirana, donde escuchó estas palabras por primera vez. Aquella cena sin perspectivas y luego el deambular por las calles desiertas después de medianoche y el barrendero nocturno con quien rió de tú a tú, como dos locos en un absurdo drama. Pero incluso el barrendero frunció el ceño de repente y le volvió la espalda.

Ahora todo era diferente. Ahora había esperanzas. No se trataba de un leve rumor. Era algo más.

Salió a la puerta y echó un vistazo a la calle. Precisamente en aquella dirección, a unos cincuenta pasos, al final de la escalinata de Correos, en la acera, junto al quiosco que vendía *Pravda* e *Izvestia*, entre la gente que esperaba o permanecía allí sin objeto, había una joven peinada a la moda. Era la una y media y él no llegaba. Era la segunda vez que el estudiante albanés le hacía esperar. Hacía ya unos minutos que la calle, los coches, los transeúntes, los autobuses, el mundo entero se había evaporado ante sus ojos. Se habrá enfriado, pensó. Esta idea se reflejó débilmente en algún punto delante de ella, quizá en los cristales de los coches que pasaban y pasaban sin cesar. Mas era un recurso vano. En realidad creía conocer la razón de su retraso, o quizá de su no asistencia. Era la típica presión de los chicos cuando pretenden algo más. Siempre exigen, exigen. Quizá tengan razón. Pasó por su mente esa forma suya tan peculiar de llamar por teléfono. Aló, ¿es el D 1.22.29? ¿Sí? ¿Está Lida, por favor? Por el acento se notaba enseguida que era extranjero.

Los transeúntes no cesaban de comprar el periódico en el quiosco. Dio dos pasos en dirección a él y, sin pensar en ello, detuvo la mirada en el ejemplar que el vendedor había colgado con pinzas en el exterior. Las letras del título del editorial eran extraordinariamente grandes, y no pudo por menos de leer: «Brillante expresión de la unidad inquebrantable de los partidos comunistas y obreros»... Más abajo, las famosas torres del Kremlin se alzaban serenas en una fotografía grande.

La gente seguía comprando periódicos. Un borracho sostuvo el diario durante un rato ante la cara, forzando la vista como si intentara descifrar un texto difícil.

—¿Hay unidad? —murmuró al fin, separando las sílabas—. Hay. Es decir que estamos en regla. ¡Hastala-vista!

Se marchó tambaleándose y ella se apartó un poco. Por qué la radio, la prensa y la televisión, hablaban tanto de unidad estos días, se preguntó. Allí, en el Kremlin se celebraba una reunión. También hablaban mucho de la

reunión. Hacía tiempo que todo esto le resultaba aburrido. Quería escuchar música. Quería escuchar su voz: ¡Aló!, ¿es el D 1.22.29? ¿Está Lida, por favor? Sabía que estaba tomando una decisión. Haría lo que él quisiera. Exactamente lo que él quisiera. No quería separarse. No quería separarse de ninguna manera.

Miraba los autobuses, las bandas a cuadros de los taxis, los dos carriles de la calle Gorki, uno de los cuales desembocaba en la Plaza Roja, y el otro llevaba a la plaza de Pushkin y al cine Central, allí donde la calle de Gorki era atajada por el Bulevar Tverskoi tan querido para ella. Las lágrimas anegaron sus ojos. La calle, los automóviles, los transeúntes, todo se cuarteaba alegremente tras ellas. Sentía que acababa de confiar su decisión deslumbrante, tímida aún, frágil, a los cristales de los coches y éstos, portándola con delicadeza sobre su superficie, distribuían sus reflejos a los escaparates, las puertas de los cafés, los cristales de otros coches que encontraban en los cruces, al mundo entero.

En el segundo descenso del primer día de la asamblea, hacia la una y cuarto, se logró concertar un encuentro entre Nikita Jruschov y Enver Hoxha. La entrevista tendría lugar en el despacho de Jruschov.

Era por la tarde. Moscú se extendía interminable bajo un cielo yermo, sin contornos de nubes ni horizonte. Los coches de la delegación se detuvieron en la plaza de Noguín, ante el edificio del Comité Central del PCUS.

En el enorme despacho estaban además de Jruschov, Mikoyan, Kozlov y Andropov. El rostro de Jruschov tenía una expresión entre seria y sombría. Él mismo era consciente de que semejante expresión no le iba, y eso le ponía nervioso.

—Puede usted tomar la palabra, le escuchamos —dijo. Enver Hoxha hizo un suave movimiento con las manos.

—Usted nos ha invitado —dijo sin mirarle—, es el anfitrión quien debe hablar primero. Una expresión popular dice que el dueño de la casa debe comer aún cuarenta bocados una vez que ha acabado el invitado y mientras él tiene la palabra.

—Aceptamos sus condiciones —dijo Jruschov. Permaneció inmóvil unos segundos, con los ojos fijos en el centro de la mesa. Luego alzó la cabeza—. No comprendo qué ha ocurrido después de mi visita a Albania la primavera pasada. Si ya entonces estaban descontentos de nosotros, una de dos: o soy tonto o demasiado inocente, pero no me di cuenta de nada. Creo

recordar que no tuvimos ningún desacuerdo, al margen de las bromas con el trigo y los álamos.

—Si se trata de una especie de introducción a la conversación, es otra cosa; pero no creo que haya por qué mencionar los álamos —dijo Hoxha—. Hemos venido por otro asunto.

Jruschov quiso hablarle del asunto de los cuarenta bocados de pan, que también a él le había parecido sin sentido, pero cambió al instante de idea.

—¿Entonces por qué han cambiado de actitud? —preguntó.

—Somos nosotros quienes preguntamos eso —dijo Hoxha.

—En cualquier tono —repuso uno de los miembros de la delegación. Jruschov no dio importancia a las réplicas.

—Si ustedes no quieren que seamos amigos, díganlo abiertamente —dijo—; nosotros sí queremos, pero nuestro pueblo tiene un refrán que afirma que la amistad no se gana por la fuerza.

—Los pueblos tienen muchos refranes sobre la amistad —respondió Hoxha—. Al parecer les ha preocupado mucho. Si por amistad ustedes entienden sumisión, nosotros no queremos tal amistad.

—Por amistad no entendemos sumisión —dijo Jruschov—. Sería una gran desgracia para nosotros.

—Ustedes son los causantes del distanciamiento tras los hechos de Bucarest —replicó Hoxha—. Anteayer les expusimos muchos hechos a sus camaradas.

—¡Ah, Bucarest! —dijo Jruschov—. Ustedes nos acusan a nosotros, nosotros a ustedes. Veamos quién tiene razón.

—Veamos.

Se miraron a los ojos. Era previsible que volverían muchas veces a este punto. Sería como el tormento de Sísifo.

—En Bucarest —dijo Jruschov pensativo—, allí, al parecer, empezó...

—En su voz había cierto malestar.

—Podía haber empezado en Praga.

—Sí, podía haber empezado en Praga, en Tirana...

—Es posible.

Jruschov clavó los ojos en quien a lo largo de las conversaciones, había sido varias veces calificado como «el hombre de Bucarest» y cuya mirada, siempre que le llamaban así, parecía sorprenderse de que le colgaran de repente esta etiqueta, semejante a los arcaicos títulos de los condes de antaño.

Jruschov recordó aquella noche bucarestiana de bochorno en que aquel hombre le había replicado. En nombre de nuestro Comité Central, declaro, camarada Jruschov, que no estamos de acuerdo... ¿Es posible? balbuceó entonces para sí. ¿Es posible que haya llegado este día? Fue una noche oscura, inolvidable. Regresó muy tarde, hecho un manojo de nervios, a su alojamiento y, después de intentar en vano conciliar el sueño, se acercó al ventanal desde donde se divisaban las luces de la ciudad. Nunca le gustó esa ciudad, pero aquella noche había algo premonitorio en el vibrar asmático de sus luces.

—En Bucarest ustedes nos atacaron primero —dijo Jruschov en voz baja, casi con tristeza.

—No —dijo Hoxha—, nosotros no atacamos a nadie. Al contrario, fuimos tachados de herejes por no obedecer su orden de atacar a un partido hermano. Y ésta es una de las contradicciones que tenemos con ustedes. Saben que desde hace tiempo no estamos de acuerdo con ustedes en una serie de cuestiones. No nos gusta su paternalismo, no hemos estado de acuerdo con que intervinieran en Hungría sin consultarnos, no nos gusta el tratamiento que han dado a la cuestión de Stalin. Además tampoco compartimos su actitud hacia Yugoslavia, no nos gusta su humillación —quiso añadir «provinciana», pero cambió de idea—, su humillación ante occidente. Tampoco estamos de acuerdo en otras cuestiones de principios. No somos tan optimistas como ustedes. No tenemos mucha confianza en la vía parlamentaria del triunfo del comunismo.

—Ustedes no están de acuerdo con la doctrina —repuso Jruschov.

—Con ustedes, no con la doctrina. Y lo principal es que no aceptamos la sumisión en nombre de la unidad —Enver Hoxha agitó el índice—. Jamás.

Por unos momentos imperó el silencio. La palabra «jamás» flotaba todavía sobre él, como un ave invernal. De repente, los ojos de Hoxha descubrieron sobre la mesa de Jruschov un pequeño busto. Era el busto de Gandi. Semejaba un indigente que se hubiera acercado sigiloso para asistir a una riña.

—No —dijo Jruschov. Era un «no» aislado, desligado de cualquier idea. Fue una interjección repentina, una autodefensa momentánea. El mismo no estaba en situación de explicar el significado de aquel «no». Lo olvidó, respiró hondo y comenzó un discurso lento. Hoxha y todos los demás escuchaban atentos. Habló Jruschov primero de Hungría, luego de Tito y de China. Después empezó a hablar de Stalin. Más o menos, cosas ya

sabidas. El mismo se daba cuenta de que lo eran, porque pronunciaba las palabras desapasionadamente. El tono iba decayendo cada vez más, como los pasos que descienden a la profundidad de un sótano. Así descendieron una noche las escaleras del mausoleo, pensó Enver Hoxha, abrieron el féretro, subieron el cuerpo rígido del muerto (¿cómo le habrán subido?, ¿a hombros, en un saco, en una caja?) y lentamente, con pasos de ladrón, se alejaron. Recordó su primer encuentro con Stalin. Entonces era joven. Fue en invierno. Había volado todo el día en un avión militar para llegar a Moscú. La primera vez que veía Rusia. La nieve lo cubría todo. Los poblados se aparecían aquí y allá sobre inmensas extensiones desérticas. Stalin le recibió al atardecer. La charla fue breve. Sé que están en dificultades, pero nosotros estamos aún peor. No tenemos pan. Stalin escuchaba. Le invitó a cenar. Estaba solo. Alguien había colocado sobre una mesa de madera unos tazones tapados. Era la comida. Stalin se sentó y le dijo: «Siéntate y comamos». Los tazones cubiertos con sendas tapaderas parecían enigmas. Stalin destapó uno. «Come», repitió. Enver Hoxha no tenía apetito, no obstante destapó uno de los enigmas. Los demás permanecían allí, al lado. Os lo pagaremos todo a su precio, dijo Hoxha, aunque de momento... El otro le miró. Cuando podáis, dijo.

Ahora Jruschov hablaba de la ayuda económica de la Unión Soviética. Veamos si ha sido insuficiente, dijo. Por ejemplo, la cuestión del trigo de que me hablaron los camaradas.

—No se trata del trigo —intervino Hoxha—, queremos saber en primer lugar la razón política de su negativa.

—Veamos —repitió Jruschov—, veamos de dónde viene el enfriamiento. Con sangre fría. Sin nervios. ¿No habrán puesto ustedes, los albaneses, los intereses estrechos, las pasiones nacionales por encima de los intereses del comunismo?

Enver Hoxha meneó la cabeza un rato sin quitar ojo a Jruschov.

—No, camarada Jruschov —dijo—. Nosotros nos hicimos amigos de la Unión Soviética sin sentirnos obligados por las fronteras, ni por el ejército soviético, ni por ningún otro factor externo. En nuestra amistad con ustedes había algo de Lenin, del año 1920, del comunismo genuino. Quizá hemos sido fantasiosos, idealistas, algunas veces, incluso inocentes, porque éramos jóvenes, inexpertos, pero hemos sido sinceros. Ustedes, empero, parece que no aprecian demasiado este tipo de fidelidad. Para ustedes es más comprensible la fidelidad impuesta por las fronteras, por las armas, por el dinero. No somos nosotros, sino ustedes quienes han arrojado, como una losa fúnebre, la materia del Estado sobre el espíritu de la revolución. Por eso

no nos entendemos.

—No nos entendemos, es cierto. ¡Vaya! —exclamó Jruschov.

La mirada de Hoxha se detuvo de nuevo, involuntariamente, en el busto de Gandi, como si le extrañara que estuviera todavía allí.

—Ustedes nos dicen ahora que en la Unión Soviética han llegado al poder hombres jóvenes, inexpertos —dijo Jruschov—. Uno de sus camaradas le ha dicho a nuestra gente que Jruschov ha quitado del Buró Político a Malenkov, Molotov, Bulganin, Kaganovich y a otros. Saben ustedes de sobra que no son más viejos que yo. Aquí hay una carta que me envió Bulganin hace tres días. Si lo desean, se la leo.

—No hay necesidad, eso es una cuestión interna suya —dijeron casi al unísono dos de los miembros de la delegación. Enver Hoxha no habló. Recordaba la cara de mongol de Malenkov. Fue unos años atrás. No recordaba por qué se había sonrojado Malenkov. Sólo recordaba que siempre había dudado que aquella cara imberbe, medio amarilla, medio café, pudiera sonrojarse alguna vez. Habían transcurrido sólo unos meses de la muerte de Stalin. Hoxha se encontraba en el Kremlin. Acababa de anunciarse a los soviéticos que había dimitido del cargo de primer ministro, permaneciendo sólo como primer secretario del partido. Ah, ahora recordaba por qué se ruborizó Malenkov. Empezaron a discutir entre ellos en torno a su decisión. Discutían qué puesto era más importante, el de primer ministro o el de primer secretario del partido. Jruschov glorificaba el puesto de primer secretario (aquí se sonrojó Malenkov); Voroschilov, en cambio, ensalzaba el de primer ministro. Al apreciar el rubor de Malenkov, Enver Hoxha sintió por primera vez que algo había ocurrido entre ellos. La tristeza se apoderó de él.

Entre tanto, Andropov había empezado a leer la carta de Bulganin; «...con ocasión de la fiesta de la gran Revolución de Octubre... los grandes logros alcanzados... bajo la dirección del CC del PCUS con usted a la cabeza. Les deseo salud a usted y a su familia. Bulganin. Moscú.»

—No nos interesa —intervino Hoxha.

Jruschov se ruborizó.

—No comprendo ¿qué les interesa a ustedes? Si han venido para romper nuestra amistad, dígnannoslo.

—No piense que puede hablar con nosotros como si fuera Zeus —replicó Hoxha.

—No tengo ningún parecido con Zeus —repuso Jruschov llevándose una mano a la cabeza—. Por lo menos en el aspecto externo.

Por el aspecto externo ciertamente no se parecía a Zeus. Hoxha

revivió como un fogonazo su visita a las ruinas de la ciudad antigua de Butrinto, cuando Jruschov y Malinovski, mientras admiraban las estatuas de los dioses griegos, habían cuchicheado entre ellos: si construyéramos una base de submarinos cerca de Butrinto, Grecia sería nuestra. Enver Hoxha se quedó atónito. Aunque las relaciones entre Albania y Grecia habían sido tensas desde 1940, al escuchar «Grecia sería nuestra», un escalofrío recorrió su cuerpo. Los antiguos dioses contemplaban serenos a dos hombres bajos y gordos que caminaban alegres ante ellos. Enver Hoxha sintió correr el sudor por su frente.

—Usted dice camarada primer secretario y piensa «camarada primer vasallo». Deben apartar ese sueño de su cabeza.

—Yo hablo, ustedes cuatro me interrumpen —dijo Jruschov—. En 1957 yo le dejé hablar dos horas, en cambio ustedes me interrumpen a los cinco primeros minutos. Un proverbio popular dice que...

Besnik no pudo traducir el proverbio. Estaba cansado. Aquel día, para su sorpresa, ambas partes recurrían a los refranes. Nunca hubiera pensado que tuvieran tanta utilidad en conversaciones oficiales. En cuanto alguien decía «el pueblo tiene un refrán que dice...», le entraban sudores fríos.

Mientras se traducía el proverbio en dos o tres variantes, totalmente diferentes, alguien mencionó la base de Vlora.

—Si la base ocasiona discordia, la quitamos —dijo Jruschov.

—Como quieran —respondió Hoxha—. La existencia de Pashaliman supone que, en caso de guerra, Vlora ardería antes que Sebastopol.

—¿Qué significa eso de Pashaliman? —preguntó Jruschov.

—La base también se llama así —le explicó Mikoyan en voz baja.

—¡Hum! —exclamó Jruschov—. Qué nombre más horrible. Si lo desean, podemos retirar los submarinos. Son nuestros.

—La base es conjunta —aseveró Hoxha.

—La idea de construir la base se le ocurrió primero al camarada Jruschov —dijo Mikoyan.

—Eso no tiene importancia —intervino uno de los miembros de la delegación albanesa. Sus ojos, velados por una neblina glacial, se clavaron en los de Jruschov. Este le miró sin hablar. Normalmente intentaba no responder a las intervenciones de los colaboradores de Enver Hoxha. Tenía la impresión de que Hoxha hacía lo mismo con los suyos. Miró a ambos lados, pero en ese instante recordó que el otro era el primer ministro de Albania, del mismo modo que él era, entre otras cosas, primer ministro de la Unión Soviética. Entre otras cosas, se repitió y dijo en voz alta:

—Entonces ¿qué cosas tienen importancia para usted?

—La base tiene importancia —replicó el otro, aún más cortante.

Vaya, se dijo Jruschov. La idea de que el otro pudiera hablarle de primer ministro a primer ministro le irritó. Olvidas que el primer ministro no es más que la mitad de mi persona. Incluso la mitad menos importante.

Sintió en lo hondo de su ser una risa oculta. Pero resultaba amarga, como un ardor de estómago. Los volvió a mirar uno por uno. Antes del encuentro había pedido información sobre las biografías y el temperamento de los tres integrantes de la delegación albanesa que acompañarían a Enver Hoxha en las conversaciones. Podía resultarle útil en su desarrollo. El hombre con el que acababa de intercambiar varias réplicas había combatido en España. España, se dijo. Ese detalle de la vida del otro no proporcionaba ninguna oportunidad de ventaja en la discusión. En aquella época yo estaba construyendo el metro de Moscú, se le ocurrió.

Hablaron largo rato sobre la base. Sin embargo, no utilizaron ningún proverbio. Según parece, no había. Los pueblos no hablan de las bases. Esta idea cruzó la mente de Besnik.

Jruschov hizo un gesto de cansancio.

—Ya que no nos entendemos en general, por lo menos, pongámonos de acuerdo en algunas cosas. No provoquemos peleas en la asamblea.

—Pero ustedes ya las han provocado —intervino Hoxha—. Lo que plantean en el documento dirigido a los chinos es monstruoso.

—¿Qué lenguaje es ese? —inquirió Kozlov.

—Si descubren nuestras contradicciones en la reunión, se quedarán solos —dijo Jruschov.

Enver Hoxha movió la cabeza en ademán de negación.

—Y no sólo en la reunión —prosiguió Jruschov—. Se quedarán solos para siempre.

Sus ojos, por primera vez, se detuvieron de un modo especial en los de Hoxha.

Hoxha repitió el movimiento de cabeza. Aquel hombre de rostro bonachón que tenía enfrente, no hacía mucho le había amenazado con el hambre y ahora le amenazaba con el aislamiento. ¿Quién era este brujo enano de cuento que pretendía aislar a un pueblo? ¿Será esto posible?, gritó para sus adentros, intentando con dificultad ahogar el acceso de cólera, y volvió a negar por tercera vez con la cabeza.

—Absolutamente solos —reiteró Jruschov sin dejar de mirarle—. Los estados socialistas les volverán la espalda uno tras otro, todos los acuerdos, créditos, pactos y alianzas serán anulados. —Sus ojos persistían clavados en los de Hoxha—. Todo se anulará —pronunció la última palabra de forma

especial, separando las sílabas, casi acariciándolas—, hasta que ustedes...

—No volveremos a ustedes como el hijo pródigo. Puede estar seguro —gritó Enver Hoxha.

—Se está irritando, con ustedes no se puede discutir.

—Ah, ustedes no tienen nervios.

—Me han escupido. Ya les he aguantado bastante.

—Ustedes son los que están nerviosos.

—Nada de nervios.

—¿Cómo?

—...escupido.

—¿Quién está nervioso?

—Usted tergiversa mis palabras —dijo Jruschov—. ¿Domina el ruso el traductor?

Silencio. Todos volvieron la cabeza hacia Besnik. Este palidecía. Estaba extremadamente cansado. Sus miradas se habían anclado en él. En realidad había cometido un minúsculo error un poco antes, cuando se hablaba de nervios, pero no era culpa suya. Las réplicas habían sido demasiado rápidas. Ahora sus miradas se negaban a abandonarle. ¿Qué significaban aquellas miradas? ¿Podían realmente creer que él se estaba convirtiendo en causa de la ruptura definitiva? Todo se precipitaba. Todo parecía absurdo. Ellos podían consultar diccionarios, enciclopedias. Podían escudriñar gramáticas históricas, papiros, y gritar: ¡error, error! Por fin hemos descubierto el fallo. La causa del desacuerdo. El obstáculo. Este hombre ha originado la discordia. Este hombre no traduce bien a Esquilo. Este traductor es un traidor. Esperad.

Besnik se llevó la mano a la frente.

—La traducción ha sido correcta —dijo Enver Hoxha en francés.

Nadie tradujo.

—Esto no es serio —dijo Jruschov, creyendo que el otro había dicho algo en su contra en esa lengua incomprensible.

De nuevo nadie tradujo. Durante un rato, cada una de las partes habló en su propio idioma. Cuando Besnik se disponía a traducir, Andropov susurró algo al oído de Jruschov. Este movió la cabeza como diciendo «hasta eso hacen».

—Hace poco, su intérprete nos ha traducido una frase suya en ruso antiguo —dijo sin retirar la mirada de Hoxha—. ¿Cómo debemos entender esto?

—¿El qué?

—Precisamente la frase...

—Perdón —intervino Besnik—, es cierto. Fue sin intención.

Enseguida comprendió que había hecho algo infrecuente e intolerable, al intervenir en la conversación, cuando su misión consistía únicamente en traducir.

—Les he pedido disculpas por haber traducido sin querer una frase en ruso antiguo —dijo Besnik con la cara vuelta hacia Hoxha.

Enver Hoxha hizo como si no le hubiera oído.

—En ellos todo es viejo —dijo—. No tienen por qué ofenderse.

Besnik no sabía qué hacer, si traducirles o no esa frase, que en realidad iba dirigida a él.

—Vamos a seguir hablando o no —intervino Jruschov de improviso—. Pongan fin a esta... a esta...

—Jamás aceptaré hablar con usted como un vasallo con su señor —dijo Hoxha, dando un puñetazo en la mesa. El busto de Gandi se tambaleó.

—Hasta hoy —dijo Jruschov—, sólo MacMillan había pretendido hablar en ese tono conmigo.

—El camarada Enver no es MacMillan —saltaron al unísono dos miembros de la delegación—. Retire eso. Jruschov les lanzó una mirada de absoluta incompreensión. Parecía invadido por cierta torpeza.

—¿Cómo puede decir que el camarada habla como MacMillan —dijo uno de los miembros de la delegación.

—Habla peor que MacMillan —repuso Mikoyan.

Los tres miembros de la delegación albanesa se pusieron en pie.

Mikoyan, Kozlov y Andropov también se levantaron. Jruschov miró a Hoxha como diciendo «¿qué hacen esos muchachos?». Hoxha se levantó.

Salieron todos en absoluto silencio, sin saludar a nadie. Descendieron las escaleras y montaron en los coches.

Era mediodía. Un cielo plomizo pendía por todas partes. Los coches avanzaban por la calle de Gorki. Besnik miraba por la ventanilla. A la derecha, la estatua de un jinete parecía dispuesta a cortar la calle en dos. A la izquierda, ante el edificio de Correos, la gente compraba periódicos en un quiosco. Más allá, un grupo de jóvenes permanecían de pie, mirando pasar los coches. Recordó a Beni en la calle de Dibra. Atravesaron la plaza de Pushkin, después la de Mayakovski. Los jeroglíficos encendidos en el decimotercer piso del hotel Pekín destacaban amenazantes como arañas verdes sobre el fondo desértico del cielo. Los automóviles se apresuraban en dirección a la estatua de Gorki, que tras el montón de taxis (ésta debía ser la mayor parada de taxis de todo Moscú), resultaba en cierto modo grotesca, con el bastón en la mano como diciendo: no cojáis taxis, id a pie, como lo

hacía yo, el amo de esta calle.

Los edificios iban escaseando progresivamente, las aceras se perdían, todo se espaciaba, se disolvía. Los coches se encaminaban ahora hacia la periferia, por la carretera liberada de los cables del tranvía y las señales de los cruces. La imagen de los montones de nieve a ambos lados de la calzada era deprimente. Era evidente que aquella nieve llevaba tiempo sin derretirse, sin respirar. Exactamente nieve muerta.

Habían pasado dos días.

—Está anocheciendo —dijo Jordan. Besnik alzó la cabeza del discurso de Enver Hoxha, en el cual estaba trabajando.

—Ya casi he acabado. Son las últimas correcciones. Creo que las ha hecho esta misma tarde.

—Ayer trabajó hasta medianoche.

—Hoy también. Hoy también lo hará, en cuanto termine la sesión.

—¿Es seguro que hablará mañana?

—Seguro.

—Mañana —dijo Jordan como si hablara solo. Besnik no dijo nada.

—Dice que todo debe ser bethoveniano y que en la intervención de nuestro Partido nada debe sonar a serenata nocturna.

—Sí —dijo Besnik sin levantar la cabeza—, eso dijo anoche.

Afuera caía el crepúsculo.

—¿Estás impresionado?

—Sí, naturalmente.

El otro le miró con ternura.

—Ahora debes descansar. Mañana vas a tener un día ajetreado.

—Ya estoy terminando.

Los ojos de Besnik permanecían atrapados sobre una frase que le atormentaba desde hacía rato. Usted, camarada Jruschov, les dijo a los camaradas chinos que han perdido una Albania y que ustedes han ganado una Albania. Era imposible poner en ruso con exactitud la expresión «una Albania». Besnik repitió entre dientes varias posibilidades de traducción. No, dijo finalmente y respiró hondo. Se restregó los ojos con la mano como queriendo alejar de ellos el cansancio y su mirada se volvió a clavar en la misma frase. Se trataba de una frase añadida a mano en el texto mecanografiado. La mitad estaba escrita apretadamente entre dos renglones, la otra mitad, por falta de espacio, hacía un codo repentino por el margen,

como un río que rebasa de improviso la estrechez de su cauce. En el discurrir violento de las letras, como en las letras mismas, en la H., la A, la E, creyó descubrir la cólera de la mano autora.

No apartaba la vista de ellas. No era sólo cólera. Era una mezcla de cólera, revuelta, dolor. A la que era única, irrepetible en el mundo, le habían puesto un numeral delante. Una Albania...Odna *Albaniya*. *Kakaya to Albaniya* *.

¿El traductor domina el ruso? Las palabras retumbaron desnudas en su conciencia, como en el altar de una iglesia.

Es una historia vieja, se dijo como en sueños. La frente pesada como el plomo por la falta de sueño reclamaba apoyarse en algún sitio. Las paredes de la habitación, las cortinas, el crepúsculo que caía, todo le parecía flotar vaporoso en derredor. ¿El traductor domina el latín? Esta historia había comenzado mucho tiempo antes. Los delegados del senado romano seguro que habían pronunciado estas palabras antes de que estallara la guerra. Y él había sido traductor desde entonces, traductor de todas las épocas. Traducía y traducía y traducía sin parar los vocablos extranjeros. Robert Guiscard, rey de los normandos, recién llegado a Durrés. ¿El traductor domina el celta? La misma historia y, después, el humo y los tambores de la guerra. Skënderbeg. El sultán Murat I. El sultán Mohamet II. Frente a frente. ¿El terdjiuman domina el turco?

Besnik se frotó de nuevo los ojos. Jordan estaba junto a la ventana. Desde allí se veía la parte posterior del recinto de la villa. Besnik notó, al acercarse Jordan a la ventana, que la estancia se oscurecía y se disponía a encender la lámpara cuando su compañero se volvió hacia él y le hizo una seña con la mano.

—¿Qué pasa? —preguntó Besnik.

—¡Ven aquí! —dijo Jordan casi en un susurro. Besnik llegó hasta la ventana.

Fuera, en el jardín de la villa, Enver Hoxha caminaba solo por la nieve. El abrigo negro hacía más esbelta su figura. El sombrero de ala ancha, negro también, bien calado en la cabeza, con dramática dejadez, como bajo la presión de una grave inquietud. Su paso, ni rápido ni lento. No paseaba. Era un caminar totalmente descuidado, un movimiento de piernas irregular, pesado, pendular, quizá por el relieve ligeramente accidentado del jardín.

La nieve regalaba desde abajo una luz fría, la última. Los árboles

* En ruso: Una Albania. Cierta Albania.

helados parecían obeliscos de piedra con todo tipo de señales, premoniciones e inscripciones misteriosas. Besnik creyó saber por un instante lo que en ese momento hervía en la cabeza del hombre que deambulaba por la nieve. Todo el día había tenido en sus manos las hojas mecanografiadas de su discurso, llenas de notas al margen, con renglones enteros tachados, correcciones y los últimos retoques. Nuestro único crimen es ser un partido pequeño, el partido de un pueblo pequeño, de un pueblo pobre. Presiones continuas, amenazas con armas, ejércitos, flotas, paracaidistas que bajan del cielo como una pesadilla, visiones apocalípticas: Bulgaria con cabeza de ruso, Checoslovaquia hablando húngaro, alarma, cerco por hambre, calumnias, calumnias semejantes a enormes arañas, colas en la panadería.

El sombrero grande, negro, estaba bien calado sobre todo aquello como una pesada bóveda. Fuera había caído la noche y ya no se distinguía la verja del jardín.

Capítulo décimo

Tras el cristal de la cabina de traducción sintió la presencia de alguien. Miró un segundo, luego volvió a clavar la vista en el texto mecanografiado. Fuera esperaba el otro traductor. Besnik leía las últimas frases que le quedaban para llegar a la nota que con tinta roja indicaba «hasta aquí». A través de los auriculares llegaba grave y pausada la voz de Enver Hoxha. Nuestro único crimen es ser un partido pequeño, el partido de un pueblo pequeño, de un pueblo pobre que, en opinión del camarada Jruschov, sólo debe aplaudir, asentir y callar. Besnik se había puesto de pie y, al pronunciar la última palabra, abrió la puerta de cristal. El otro traductor entró veloz y se acercó al micrófono. Besnik salió. Tenía la frente empapada en sudor. Miró de pasada las otras cabinas donde los intérpretes, con los auriculares en los oídos, movían la cabeza preocupados, al parecer, por la interrupción de unos segundos de la traducción al ruso, de la cual traducían ellos.

Besnik, con paso ligero, fue a su puesto. Uno de los miembros de la delegación le miró con una sonrisa neutra que se apagó de inmediato en su rostro. Un silencio espeso dominaba la sala. Las carteras negras sobre la mesa semejaban pequeñas fieras. El rubor coloreaba el semblante de buena parte de los presentes. Los ojos irritados por la ira. Las manos se movían nerviosas tras las carteras. Algunos se aguantaban la barbilla con el puño. Jruschov mantenía la cabeza erguida. Miraba una y otra vez a los lados. Frente a él, los chinos escuchaban con el rostro impasible. Jruschov se llevó la mano a la frente. Desde atrás, alguien puso una carpeta ante él. Jruschov consultó algo, luego volvió a levantar la cabeza de manera nada natural. Los búlgaros no le quitaban ojo. La barba cónica de Ulbricht era la imagen de la cólera. Por la espalda de Jruschov volvieron a pasar una carpeta. La carpeta de Bucarest, pensó Besnik. La cara de Ho Chi Min, de barba fina, rala, y ojos perdidos en una lejanía entristecedora, parecía transparente. Un negro contemplaba los bajorrelieves de las paredes. Los chinos continuaban escuchando absolutamente inmóviles. Una mano volvió a cambiar la carpeta delante de Jruschov, pero ahora Besnik no lograba imaginar de qué carpeta

se trataba.

Una parte de los semblantes iban adquiriendo una expresión cada vez más nerviosa. En frentes, caras y cuellos se dibujaban de continuo manchas y rayas rojas. Los pequeños auriculares con sus hilos negros colgando a ambos lados semejaban ahora tentáculos de un animal marino, algo entre cangrejo y pulpo, al que hubieran sujetado la cabeza por las sienes, le provocaran dolor, le torturaran. Esta escena duró un buen rato. Por fin, Hoxha pronunció las últimas palabras y, después de mirar unos segundos hacia la sala petrificada, abandonó la tribuna y caminó con paso largo hacia su asiento mientras ellos apartaban de sus sienes los dolorosos tentáculos que dejaban, con toda seguridad, arañazos y heridas terribles en el lugar donde habían estado aferrados.

La sala callaba. Jruschov alzó la cabeza sin fijar la mirada en ningún sitio. Soy el dirigente del Estado más poderoso del mundo, pensó; pero esta idea rodó por la periferia de su conciencia sin lograr penetrar en ella. Echó una mirada a la sala y gritó para sus adentros: ¡Ayudadme! Con urgencia, alarmado, quiso llevar su mente a algo tranquilizador, pero no pudo recordar más que las estepas de Kazakistan. La sala continuaba petrificada. Yo derroqué a Stalin, dijo para sí. El silencio de la sala le pareció extraordinariamente largo. En realidad sólo habían pasado cinco segundos. Al cumplirse el sexto segundo, alguien, situado por el centro, levantó la mano.

—La palabra —dijo el hombre que levantó la mano—. Pido la palabra.

Avanzó precipitado hacia el micrófono, se apoyó en la tribuna, abrió la boca (abría la boca más de lo necesario para crear palabras) y habló con rapidez:

—Protesto enérgicamente contra el discurso que acaba de pronunciar aquí el camarada Enver Hoxha, rechazo absolutamente sus calumnias contra nuestro Partido padre, el Partido Comunista Soviético, estoy profundamente indignado...

Construyó a continuación otras frases, utilizando en cada una de ellas adverbios terminados en *mente* y agitando sin cesar la mano derecha.

Los ojos de la mayor parte de los presentes irradiaban un brillo vengativo. Sus cabezas asentían balanceándose. Gomulka tomaba notas rápidas en un papel. Los flecos de la enorme pañoleta de Dolores Ibárruri, una de cuyas puntas estaba caída sobre los papeles que tenía delante, parecían garras negras.

Tras el primer orador, pidió la palabra otro. Este no utilizaba

adverbios terminados en *mente*, pero estaba todavía más indignado. Llamó varias veces a rechazarlo todo. Pronunció con abuso las palabras «siempre», «toda la vida» y otras relacionadas con el tiempo. Concluyó su cólera con las palabras «nunca, nunca».

Luego se levantó Ibárruri. Hoy he escuchado el discurso más vergonzoso del movimiento comunista desde los tiempos de Trotski, dijo. Intervino sin quitarse la pañoleta. Las canas sobresalían bajo los flecos mientras agitaba los brazos. ¿Qué pretendéis, camaradas albaneses?, gritó dos o tres veces dirigiéndose al lugar donde estaban ellos. ¿Cómo osáis tocar...?

Sus palabras eran amargas. Señor Enver Hoxha. ¿Qué pretende usted, señor Enver Hoxha? ¿La guerra? Las arrugas, las canas, el pañuelo enlutado y todo lo que poseía de madre y viuda al mismo tiempo, esa tristeza de España, ibérica, sorprendentemente semejante al luto de los balcánicos, dolor infinito de penínsulas que se sumergen en lo hondo del mar como en la muerte, todo ello se esforzaba por auxiliar a sus palabras. Era toda una reserva que ella utilizaba sin escatimar nada, hasta el punto de que al acabar su intervención parecía ya no tener ni canas, ni arrugas, ni luto.

—Pobre vieja, sin patria —murmuró Enver Hoxha, quitándose los auriculares. Junto a él, el miembro de la delegación que había estado en España miraba a Ibárruri como si tuviera delante a un fantasma. Su frente estaba repleta de pequeñas gotas de sudor. Un cielo abrasador y un altavoz, bajo un cielo descolorido por el bochorno, pendían aún sobre su memoria. Por aquel altavoz, en una larga trinchera junto al río Ebro había escuchado su voz por vez primera. Cien veces había estado dispuesto entonces a arrojarse a la muerte por ella. Ahora, la voz que escuchaba no era más que el cadáver de la voz de antaño.

Mientras Ibárruri se dirigía a su asiento, Gomulka levantó la mano. Pedía la palabra. Caminó pesadamente hacia la tribuna y, en cuanto se volvió al auditorio, demostró que su palabra preferida, apresada entre los dientes, era «unidad». Érase una vez una unidad inquebrantable, pensó Besnik. Se han atrevido a atentar contra la unidad, ustedes... Pronunció en una retahíla las palabras «quinta columna», «puñalada por la espalda», «Judas».

Las miradas amenazantes pululaban, chocaban, se fundían unas con otras, creando una única masa gelatinosa. Esta reunión no es más que ojos, pensó Besnik. Parecían decir: jamás imaginamos que el asunto llegara hasta aquí, que afectara a la... unidad, nuestro bien más preciado, nuestra esperanza, nuestro orgullo, nuestra gloria. ¿Qué nos queda ya? ¿Qué

podemos esperar? ¡Oh calamidad!

Tras la intervención de Gomulka se hizo un descanso. Los delegados abandonaron ruidosos las sillas y salieron, una parte hacia el bar y otra al salón. Al salir, hablaban entre ellos, sacudían la cabeza, los hombros, abrían los brazos.

Besnik y el otro traductor andaban detrás del pequeño grupo de la delegación.

—Es duro cuando te atacan —dijo Enver Hoxha cuando se detuvieron junto a la barra del bar, mirando las etiquetas multicolores de las botellas de refrescos.

Sentían las miradas feroces de la gente desde todos los rincones. Iban y venían en grupos a su alrededor, discutían apasionadamente, pensaban, prometían, se garantizaban unos a otros que harían algo, que intervendrían, les provocarían, amedrentarían, demostrarían su fuerza, como entonces, como entonces, como entonces, en tiempos de Lenin, de Trotski, de St... de Bujarin, incluso más, de Marx, de Kautski, de Bernstein, más allá incluso, de la cuarta encíclica, del segundo cisma, de la gran ruptura de la iglesia, de Roma, de Bizancio, más lejos aún, del matriarcado...

Jruschov pasó entre los grupos. Las miradas de todos ellos seguían cada gesto suyo. Le rodearon como una muralla defensiva. Dijo algo señalando con la cabeza a Enver Hoxha. ¿Qué, qué?, se preguntaban unos a otros los que estaban un poco más lejos y no habían oído bien. El camarada Jruschov ha dicho que Enver Hoxha ha arrojado barro sobre todos nosotros, explicó alguien en un ruso macarrónico. ¿Barro? No dijo barro, sino *gavno**. ¿Y qué significa *gavno*? No conozco esa palabra. Debe ser un vocablo popular. Dos o tres intérpretes hojeaban con premura sus pequeños diccionarios de bolsillo. G, G, G, murmuraba uno. Luego se volvió hacia otro. En mi diccionario no viene. El otro seguía buscando. G, G, G. No os molestéis en buscar, creo que es una palabra ordinaria, intervino un tercero. No creo que venga en ningún diccionario de bolsillo.

Al parecer, aquello a lo que más temía en este mundo había sucedido. Diez minutos antes, cuando ellos salieron al salón tras una sesión extraordinariamente larga, lo había comprendido inmediatamente todo por sus semblantes descompuestos. Parecía que allí dentro, sus ojos y sus cejas se hubieran agitado tanto de ira, que se habían descolgado por completo y

* En ruso: Excrementos.

luego habían vuelto a colocarse de cualquier manera en los rostros con extrema dificultad. El corredor se vació de nuevo, las puertas se acababan de cerrar y al otro lado continuaba sin duda la desdicha. Nunca había sido curioso. Su conciencia nunca le había permitido escuchar palabras sueltas ni retazos de conversaciones en los descansos entre sesiones. No obstante, hoy, por primera vez, aceptaría enterarse de algo. Se había quebrado algo muy grande, también él podía quebrantar algo en su conciencia. Pero no había oído nada durante el descanso. Y ahora que se había arrepentido, ya era tarde. El corredor estaba vacío por completo. Los botones de los abrigos parecían ojos apagados. El guardarropa apoyó el mentón en el puño. Un poco más allá, los demás compañeros se habían reunido a comentar. Seguro que habían oído algo. Los guardarropas de los miembros del Comité Central quizá habían oído detalles, incluso detalles importantes, por no mencionar ya a los que se encargan del guardarropa de los embajadores y demás, que seguro sabían todo con pelos y señales.

Contempló unos momentos al pequeño grupo al fondo del corredor. Antes les reprochaba con desprecio este tipo de conversaciones. Durante años se sintió orgulloso de su soledad. Pero hoy estaba cansado. Hoy, para su sorpresa, sentía cierta envidia. Hizo frente a la tentación por unos instantes, luego hizo lo que durante años había considerado no sólo indigno, sino humillante: despacio, con paso largo, se acercó y pidió un cigarrillo. Extrañados, le alargaron con rapidez sus paquetes y él, al momento, sin siquiera encender un pitillo, como si temiera volver en sí y arrepentirse, les preguntó a bocajarro (no sabía andarse con rodeos) por aquello que le estaba torturando. Abrieron los ojos, sorprendidos y contentos al mismo tiempo, y se apresuraron a responder, interrumpiéndose unos a otros:

—Me parece que han estallado las disputas.

—Disputas serias.

—Lo nunca visto.

—Despacio —dijo el viejo empleado—, ¿tú de qué te ríes?

—No me río. ¿No ves que he bebido de desesperación? ¡Tómame el aliento!

—No es necesario.

—He bebido. He estado en el bar. Sergei Ignatiev, me dije, aunque estás de servicio, echa un trago, de desesperación. ¿Se ha roto la unidad? Se ha roto. ¿A qué esperas? ¡Al diablo todo!

—No puedo seguir escuchando —dijo el viejo empleado—, me dan náuseas.

—Toda la vida unidos. Estábamos habituados —dijo el borracho y suspiró—. A pesar de todo —continuó—, no se sabe. A lo mejor ahora, sin unidad, puede que la vida sea más alegre. Como dijo Marx, la unidad es provisional, lo eterno son las querellas.

—No puedo seguir escuchándote —dijo el viejo—, ¡desgraciado! Se fue a grandes zancadas, diciéndose «¡pobre de mí!».

Ellos continuaron hablando uno tras otro, con rabia, gesticulando, ofendidos, indignados, violentados profundamente, completamente, condenando, desenmascarando, destrozando, enterrando a los escisionistas, fraccionalistas, oportunistas, dogmáticos, nacionalistas, chovinistas, provocadores, agresores, belicistas. Nuestro único crimen... Por turno, Ulbricht, Ali Yata, Thorez, después Zhivkov, que inició el ataque con las palabras «ingratitude y cinismo», tras él, Dej que dijo: tuvimos la impresión de que desde esta tribuna hablaba «la Europa libre». Luego los demás, cada cual asiéndose a su epíteto favorito, estimulados por los anteriores, alzaban la voz cada vez más, abrían trágicamente los brazos, se golpeaban el pecho, decían «no» y «jamás».

Una parte de los europeos y latinoamericanos utilizaban cada vez más símbolos bíblicos, los otros, sobre todo musulmanes y asiáticos, leían antiguos proverbios, otros, principalmente africanos, ante la imposibilidad de traducir sus simbolismos y proverbios, se conformaban con frases generales.

Alguien se levantó en defensa de los albaneses. La sala se heló de nuevo.

—Nosotros los comunistas no conocíamos esta situación —dijo—, de lo contrario hubiéramos dado nuestras cuotas de partido para comprar trigo para Albania.

Después de éste habló otro. De nuevo en su defensa. La cabeza de Jruschov se movió amenazadora. La sala se encrespó. Inmediatamente fueron atacados los dos. Se recompuso la situación. Se esperaba con desasosiego el discurso de los chinos. Pidió la palabra Luigi Longo. Los largos adverbios en italiano empezaron a salir como trallas silbantes de su boca.

La primera Roma, dijo para sí Besnik.

Tras el italiano, subió a la tribuna uno que utilizaba palabras entrecortadas, mutiladas. Le siguieron otros. De los micrófonos salían gritos dramáticos. Besnik recordó haber leído algo sobre los trágicos chillidos de

los últimos dinosaurios. En algún calendario, o en una revista científica, o en la escuela, en la clase de zoología, había oído hablar de una manada de dinosaurios. Eran unos mil, la última manada de fantasmas, en trance de desaparición, que caminaban por el desierto australiano. Marchaban continuamente hacia el norte, buscando un lugar más tranquilo para sus cuerpos, para sus miembros entumecidos y para respirar, que cada vez se les tornaba más difícil. Y, caminando sin descanso, se encontraron en medio de un llano pantanoso y, cuanto más se esforzaban por evitarle, más se hundían en la ciénaga. Se hundían. Llovía. Sus trágicos aullidos se esparcían por el horizonte. El mundo ya no tenía lugar para los monstruos que le habían dominado tanto tiempo. Les ahogaba su propio peso. El quejido fantasmagórico, doloroso hasta la desesperación, se extendía bajo la indiferencia del cielo. Duró varios días y varias noches. Uno tras otro, los bramidos se apagaron hasta que en el pantano perdido se hizo el silencio.

—¿Cómo han osado atacar al gran partido padre? ¿Cómo han osado levantar la mano contra el partido padre? Levántense que no es tarde, camaradas albaneses, arrodíllense ante él, como el hijo que ha levantado la mano a su padre, y pídanle perdón.

El orador terminó su intervención con voz temblorosa.

Subió a la tribuna el representante del Partido Comunista Checoslovaco. Antes de pronunciar las primeras palabras, abrió los brazos, una vez, dos veces, luego meneó la cabeza. Camaradas. La Unión Soviética, nuestro hermano mayor, nuestro padre, el más humano de los Estados, el que nos defiende de los lobos, ha sido monstruosamente acusado aquí de chovinismo de gran Estado, de colonialismo e ingerencia... camaradas, disculpen, no puedo más, no puedo.

Ocupó la tribuna un delegado de Latinoamérica.

—¿Qué está ocurriendo ante nuestros ojos? ¿Se ataca al Partido de Lenin! Y ¿dónde? En su propia fortaleza, en el viejo Kremlin. ¿Qué está ocurriendo, camaradas, qué está ocurriendo? En nuestras propias narices se arroja barro sobre nuestro glorioso padre. Aquí, junto al mausoleo de Lenin —el orador se deshacía en llanto. Sacó un pañuelo del bolsillo. Muchos delegados se llevaron las manos a la cabeza. Había que hacer algo, había que hacer algo.

Teatro antiguo, pensó Besnik. Con coro de Euménides. Notó que se le revolvía el estómago, como aquel día en Butrinto, cuando vio las culebras colgadas de los hombros de las estatuas. Los delegados seguían pidiendo la palabra uno tras otro... camaradas, deidades, estatuas de los clásicos del marxismo, sienten cómo la tierra tiembla, fulmina... El CORO de los

primeros secretarios: atruena, fulmina. Besnik tenía la impresión de que a la mayoría de ellos les colgaban serpientes de los hombros. Todo este veneno tenía que salir un día, pensó.

—Levantar hoy la mano contra el partido padre, atentar contra la sacrosanta unidad, eso significa, ¡oh!, eso...

Enver Hoxha se había colocado de nuevo los auriculares. En realidad no escuchaba palabras, sólo el sonido de las frases. Incluso, había dejado de oír la traducción al francés y movía el sintonizador por todos los idiomas. Los idiomas del mundo. Allí mismo, muy cerca, a menos de dos milímetros, lenguas separadas por océanos y por siglos. Ahora en la mayor parte de ellos se insultaba a Albania.

Continuó moviendo el sintonizador. Al hacerlo durante un rato y casi mecánicamente, fue rompiendo poco a poco sus vínculos con la sala. Quizá fuera un momento de fatiga, una especie de sopor. La realidad ante él comenzó a tornarse alba, a inmaterializarse y, de repente, sin motivo ni asociación de ideas, con una claridad sorprendente, vio ante sí una hilera de viejas gjirokastritas enlutadas, sentadas en un banco largo, que lloraban con serenidad de manera totalmente monótona, con una mano en la ceja derecha, conforme a la costumbre. Había muerto Tare Sherifi. Era invierno. Desde los grandes ventanales se veía el puente de Zerzebil y a la gente que pasaba por él con el cuello de la chaqueta levantado. Entraba de súbito en la gran habitación donde lloraban las mujeres y se quedó clavado en la puerta. Era la primera vez que veía un plañido colectivo de tales proporciones. Llanto «con todo el alma», así se le llama. Todas parecían embriagadas. Era más que un rito, una suerte de arte. A su lado, una mujer mojó un paño en agua fría y lo puso en la frente de otra, y ésta, en lugar de agradecerse, abrió los ojos turbados y la recriminó: «¿Por qué me haces volver en mí?».

—Además, significa, se quiera o no, ponerse al servicio del imperialismo. Sí, camaradas. El imperialismo sueña desde hace tiempo con este día negro para el movimiento...

Alguien hablaba un idioma entre griego y turco. La segunda Roma, dijo Besnik para sí y desconectó los auriculares. Al ver que buena parte del auditorio hacía lo mismo, por un momento tuvo la impresión de que no eran auriculares, sino viejas coronas de espinas que se quitaban y ponían sin cesar en sus torturadas cabezas. Ahora mencionará el orador las treinta monedas de Judas, pensó Jruschov. Se sentía eufórico. La cruz, la tierra de Judea, los días de pascua, cubiertos por el polvo de décadas, mezclados extrañamente con congresos de partidos, plenos en los que se habían derrotado fracciones, y fiestas del Primero de Mayo afluían a oleadas a su

cerebro. Miró de reojo a los albaneses. Enver Hoxha estaba recostado en el respaldo de la silla. Después de toda esta tormenta se arrodillará, pensó Jruschov. No recordaba bien el final de Judas en la Biblia. A lo mejor debo mostrarme misericordioso con él, pensó de nuevo. No volveré a usted como el hijo pródigo, le había dicho Hoxha. Jruschov sonrió en su fuero interno. Volverás, se dijo, en una noche de invierno, entre la nieve, llamarás a las puertas del Kremlin hasta el alba. Y detrás de ti volverán los demás, pensó al poco, mirando a los tres auxiliares que le flanqueaban. Con uno le ligaba el recuerdo amargo de Bucarest; con otro había intercambiado réplicas llenas de ironía y de hiel en Nueva York, en la reunión de jefes de gobierno en la ONU, cuando... cuando se quitó... el zapato. El tercero, el más joven, había participado en la comisión preparatoria de la conferencia. Pertenece a la nueva generación de dirigentes y había estudiado en Moscú, pero sus ojos eran tan ajenos como los de los demás. Jruschov recordó que, polemizando con ellos, había sentido siempre que en algún punto del horizonte, tras las nubes, le esperaba el choque con Hoxha. Ya se ha producido, dijo para sí. El huracán se ha desencadenado sobre él. Volvió la cabeza en aquella dirección y vio que continuaba recostado en el respaldo del asiento, ajustando con una mano los auriculares. Volverás, repitió Jruschov fatigado. En invierno, de noche. Y si abro o no la puerta, es asunto mío.

Había subido a la tribuna uno de los delegados escandinavos. ¡Dale!, dijo Jruschov para sí, ¡ataca! Pero el delegado se extendía en otros problemas. Jruschov intentó concentrarse.

Llegó por fin el momento del ataque en el discurso del escandinavo. Jruschov se removió en el asiento, como hacía cada vez que un discurso llegaba a este punto. En cuanto a la intervención del camarada Enver Hoxha, a nuestro juicio es inoportuna, dijo el orador. Otro problema, prosiguió... ¿Nada más?, estuvo a punto de gritar Jruschov. ¿Eso es todo, figurín sin sangre? Inoportuna. ¡Vaya descubrimiento de eunuco!

Era la enésima vez que Jruschov montaba en cólera aquella mañana extraordinaria. Tampoco olvidaría fácilmente a los húngaros. Demasiado moderados en el ataque. Yo sé lo que queréis vosotros, murmuró. Queréis la cabeza de Mikoyan, él sabe cómo apretaros las tuercas.

Los chinos, dijo para sí. Todo el mundo conoce su cantinela.

Cuando subió el chino a la tribuna, el silencio de la sala se hizo más profundo.

El único que no seguía su discurso era uno de los delegados escandinavos, que llevaba un rato moviendo por todas las lenguas el sintonizador de sus auriculares, sin escuchar nada. El globo y el comunismo,

pensaba. El globo y el comunismo. Cómo podría explicar a una persona de otro mundo, de otro planeta, por ejemplo, la cuestión del comunismo. Llevaba horas rumiando este supuesto. Cómo explicarle que la atmósfera que rodea nuestro planeta, los océanos, los continentes, los desiertos, la vegetación, la vida de los seres vivos tienen relación con algunas frases sencillas, escritas en papeles, con unos signos inventados por los hombres. «La materia es lo primario, la conciencia lo secundario». «Propiedad privada o propiedad social». El extraño visitante podría carcajearse. Cómo podía creer que una leve mutación en esta frase, por ejemplo, la conciencia es lo primario, la materia lo secundario, puede provocar terribles tempestades sobre el planeta, que ardan continentes enteros, se enrarezca la atmósfera, se embravezcan los mares. ¿No será todo esto una supina banalidad? ¿No serán frases y sólo frases, impotentes en realidad, con un falso poder, sólo en los sueños, y basta con que se despierte el hombre, se restriegue los ojos y diga: «¡qué tontos hemos sido!»?

Era la primera vez que se tambaleaba en tal grado su convicción en el comunismo. Parecía un hombre que a fuerza de visitar un cementerio y ver lápidas, epitafios y cruces, pierde la confianza en la vida. Esta reunión era para él una enorme tumba.

Tras el chino, subió a la tribuna un delegado moreno que hablaba un español curiosamente parecido al siseo de una escoba.

—La posición frente al glorioso partido padre soviético es piedra de toque para cualquier comunista del mundo.

Esta es mi prueba, pensó Besnik en otra cosa. Esta es mi prueba. Le dolía la cabeza, pero notaba que su cerebro funcionaba, a pesar de todo, con extraordinaria lucidez. La densidad de los pensamientos era insoportable. No había sabido antes que se hallaba tan estrechamente ligado a la causa de la revolución. Incluso si alguien hubiera dicho antes en público que el camarada Besnik Struga está unido al Partido y al Poder popular, quizá se hubiera ruborizado por un curioso sentimiento entre la modestia y la vergüenza. En varias ocasiones se había preguntado: ¿soy un militante? Y le había parecido que no era exactamente un militante. Sabía que no había razón para no serlo. Toda su familia había estado con la lucha, su padre era un viejo comunista, él mismo era candidato al partido; no obstante, se sentía aún un poco ajeno.

Varias veces intentó averiguar el porqué de ese estado de ánimo. No existían razones de índole subjetiva. No había tenido nunca ninguna reserva hacia el partido. En varias ocasiones tuvo la impresión de que todo se había clarificado en su conciencia, de estar a punto de descubrir la verdadera

razón, pero no era más que una luz efímera tras la que todo volvía a ensombrecerse. Entonces se esforzaba por autoconvencerse de que era un comunista como los demás, pero esto no duraba mucho. Enseguida comprendía que le faltaba entusiasmo. Sentía que no estaba entre los comunistas más entregados. No tenía sentido engañarse. Los demás eran otros. Otros... Algunos rasgos conocidos, que llevaban tiempo agitándose en su memoria, la curva de una nariz, determinado trazado de las cejas que recordaba la letra Z, acabaron por definirse en su mente. Raqi, el jefe de personal. Él era uno de los otros. En el cerebro cansado de Besnik fulguró una idea, después otra, se cruzaron ambas y de repente creyó comprender la razón real de por qué no era como los otros... Eran precisamente ellos quienes, durante años, le habían llevado a la posición del extraño, del indiferente. Eran ellos quienes se habían autodefinido como los más íntimos del Partido, más que los demás, los de mayor confianza, los de casa. A los demás, en cambio, los consideraban extraños, gente menos segura. Ellos eran «nosotros» mientras que los demás eran «ellos». Raqi se autoincluía en «nosotros». Besnik entraba en «ellos». Apoyó la mano en la frente. ¿De dónde ha salido esta negra fuerza usurpadora?, pensó. Se presentan donde menos te los esperas, se dijo al poco. En el barrio, en el trabajo, en las organizaciones de la juventud, del partido, en situaciones diversas, en reuniones, mítines, incluso en simples cenas o fiestas de cumpleaños, brotaban inesperadamente, se autotitulaban, se autoproclamaban. Raqi era uno de ellos. Raqi le había amargado varias veces la vida con aquella mirada, con el sobreentendido de ese «nosotros» que llevaba impreso en la cara. Besnik se había sublevado en varias ocasiones. De dónde saca él el derecho a ser «nosotros». Quién se lo ha dado, de dónde lo ha cogido. De qué ley, de qué párrafo, de qué instancia. Pero la rebeldía de Besnik era efímera, a veces por cansancio, a veces por indiferencia. Porque su presión era tan persistente y montaraz, que los demás, por cansancio o por falta de voluntad, acababan cediendo, dejándose sugestionar, sometiéndose a la hipnosis.

Esto es terrible, pensó Besnik. Así se fabrican los indiferentes, los ajenos. Cientos de personas se alejan de la revolución, gradualmente, sin darse cuenta. No es que se vayan, son expulsados tranquilamente. Se les desclasa. Seguro que cada cual tiene algún momento de lucidez y sale del aturdimiento, mas estos casos son raros. Pierden la confianza en sí mismos. Poco a poco se resignan a no ser más «nosotros». Es triste para ellos, pero es una realidad. Quizá llega incluso un día en que olvidan lo que fueron. Hace falta una fuerte sacudida para volver en sí, pensó. Una sacudida como esta

reunión. Cada uno tiene su prueba. Pensó que cada uno tiene su prueba y que no podía haber pruebas generales, porque la prueba recalificadora general sería, por ejemplo, la guerra, pero su precio es demasiado elevado.

Esta reunión es mi prueba, se repitió. Esta ha sido mi suerte. Ya no me alienaré más. Vuelvo a ser «nosotros». Estoy salvado.

Se le habían inundado los ojos. En la tribuna hablaba alguien con voz aguda.

—Nosotros, los comunistas mongoles, denunciarnos con la mayor energía... nosotros...

Besnik miró el reloj. La una y veinte. Nosotros, pensó distraído. ¿Y por qué vosotros?

¿Qué le pasará? ¿Por qué no viene? Esto era demasiado. Lida, frente a las escaleras de Correos, a duras penas se contuvo para no mirar el reloj. No obstante, sabía que los minutos habían pasado y que seguían pasando con rapidez, con lentitud. Debía ser la una y veinte. Esto ya era demasiado, demasiado, demasiado, gritó para sí. Estaba como paralizada, aunque en su fuero interno se agarró de los pelos, cayó en la acera, rodó bajo los pies de los transeúntes y, aún más, bajo las ruedas de los coches. Nunca en su vida había experimentado semejante desazón. No era un corte profundo, un pinchazo de cuchillo. Era peor. Se sentía aplastada por una losa.

La gente seguía comprando periódicos en el quiosco. La gente era absurda y los periódicos que compraban todavía más absurdos.

Esta vez se ha pasado de verdad, se dijo mecánicamente, con una suerte de sangre fría que era peor que cualquier nerviosismo. Todas las angustias de las demás esperas no eran nada comparadas con esta angustia nueva. Días antes, por fin, se habían reconciliado. El estudiante albanés le había llamado por teléfono como solía: ¿Es el D 1-22-29? Ella corrió a la cita, por qué, por qué, por qué, le hubo preguntado aunque no quería oír nada, nada. Él no dio ninguna explicación de por qué no había ido a la cita anterior. Dijo algo vago, parecía cansado, su frente estaba húmeda. Perdóname, Lida, ni yo mismo sé por qué pasó, pero no dependía de mí, no... de mí. ¿No me volverás a atormentar?, preguntaba ella, nunca, nunca, respondía él. Y después caminaron abrazados por la calle de Gorki, luego por el bulevar Tverskoi, junto a los bancos de hierro, hasta salir a la plaza Arbat y de allí, en metro, hasta la casa del muchacho, donde ocurrió lo que en su imaginación siempre había sido más temible y más hermoso, más terrible y más fácil; lo que hasta ahora había dejado en su rostro una laxitud

misteriosa, una especie de claroscuro que ningún cosmético puede dibujar sobre la cara de una mujer. Habían retirado entre los dos el único obstáculo que quedaba entre ellos. A pesar de ello, no venía. Después de haberse consumado todo entre ellos, seguía sin acudir. No venía. ¿Por qué? Los cristales de los coches, que habían brillado como seres vivos unos días antes, cuando ella les hizo saber su decisión, ahora eran opacos, ciegos. Los números en los carteles de los horarios en las puertas de los cafés habían muerto. En el quiosco seguían vendiéndose diarios desde el inicio del mundo.

Ahora ya puede continuar la reunión como quiera, pensaba cincuenta pasos más allá, saliendo por detrás del edificio de Correos, el corresponsal de AFP. Esta ha sido mi prueba. Mi suerte.

Escisión. Todos estos últimos días, en las fachadas de las casas, en los cristales de su coche, en las puertas, en los mapas, en el rostro de los transeúntes, en todas partes, no había visto más que grietas. Todo se cuarteaba, al principio suavemente, luego cada vez con mayor vigor, como producto de un terremoto. Ahora todo estaba confirmado. Había escisión. Los gigantes se habían enfriado. El campo había perdido... el sueño... la unidad. Ya no dormirá más... Recordó su primer viaje sobre el cielo comunista, aquel deambular por el vacío, aquel crepúsculo, aquella ceguera, cuando iba en busca de la grieta, la lagartija por el desierto, cuando no creía nada, cuando se sentía perdido. Ahora la escisión correteaba vivaz por la superficie del globo, atravesaba penínsulas, continentes, se distinguía desde lejos, desde los polos, desde el ecuador. Su noticia volaba ya por el éter. En todas partes, en innumerables oficinas ministeriales, especialistas de todas clases, consejeros secretos, ministros, embajadores, generales y mariscales, presidentes de gobierno, millonarios, presidentes de Estados seculares y presidentes de Estados recientes, todos, sin excepción, como una señal celestial, como la aparición de un corneta o un eclipse solar, contemplaban ahora la escisión.

Acababa de transmitir la noticia y se dirigía con prisas a un café.

El mundo, como quiera que sea, es bello, se dijo al pasar junto al quiosco de los periódicos, donde, entre la gente que esperaba de pie, vio de refilón a una bella muchacha con los ojos anegados de lágrimas. Sonrió para sus adentros, como si viera la cosa más increíble.

Caminó un rato por la calle Gorki, atravesó el cruce ante el hotel Moscú y, marchando sin rumbo por la acera de la derecha, entre el gentío

que afluía hacia el GUM, se encontró en la Plaza Roja. El mausoleo de Lenin, cerrado durante las fiestas, estaba abierto de nuevo. Miró un momento los muros rojizos del Kremlin y pensó que detrás se alzaban las torres y las cúpulas bajo las cuales se están peleando. No, no eran torres ni cúpulas. Eran las antiguas tiendas de los sitiadores a los pies de las murallas de Troya... Y ellos se pelean allí... en los muros del Occidente asediado. Canta, oh musa, la cólera de Aquiles, hijo de Peleo... Anuncia, AFP, la cólera de Jruschov, hijo de Serguei...

La idea de que estaba asistiendo a la *Iliada del Comunismo* recorrió todo su ser. De todas formas, bueno será que tome un café, se dijo, aunque incluso sin café su cerebro trabajaba con una densidad excesiva. Al entrar por una de las puertas del GUM, volvió otra vez la cabeza hacia la derecha. El mausoleo de Lenin, con esa interminable hilera de gente, corneta de cola negra sobre el gélido universo comunista, retuvo su mirada unos segundos.

El orador alzó el brazo y lo bajó señalando a la delegación albanesa.

—La historia les estigmatizará con el nombre de «escisionistas» —gritó.

La escisión no la traje yo, la hallé entre vosotros, dijo para sí Besnik, medio adormilado. El sueño, que tanto tiempo había rechazado, había regresado y le apresaba en su suave regazo. Ahora eres mío, parecía susurarle. Ahora todo ha terminado.

De los micrófonos llegaban palabras lejanas y frías como auroras boreales. La historia. La historia.

—Se cierra la sesión —declaró el presidente de la reunión.

La sala comenzó a vaciarse. Las espaldas de los delegados se alejaban y alejaban continuamente. Aquella asamblea se había iniciado con ojos y terminaba con espaldas. Salían en orden por la puerta principal. Las espaldas de los checos. De los polacos. De los franceses. De la tribu acu—acu. *Shpineri**, dijo Besnik para sí. La lengua albanesa debía tener una palabra así.

Fuera esperaban los coches con el motor en marcha. Las portezuelas se cerraban una tras otra con golpes secos. Se anulará todo, se reprodujo en la mente de Besnik una frase dicha en la reunión. Los acuerdos, los créditos.

El negro cortejo de vehículos salía por la Alexandrovski Sad. Por el cristal trasero del coche, las torres del Museo Histórico giraron en loca evolución. A la mente de Besnik, al margen de su voluntad, acudían frases

* Nombre genérico formado a partir de *shpinë*, espalda, como *Shqipëri* (Albania) a partir de *shqipë*.

del último discurso, mas sin hilazón alguna: la historia... ustedes... nosotros...

Cuando salieron a la carretera de Leningrado, observó que los demás automóviles habían desaparecido. Sólo quedaban su coche y otro, que rodaban veloces hacia la periferia.

—¿Dónde están los otros? —preguntó.

—Han ido a la embajada —respondió Jordan—. Creo que todos amaneceremos allí.

—¿Por qué?

Jordan esbozó una sonrisa. Besnik miraba los montones de nieve.

Las puertas de hierro de la villa estaban abiertas. El recinto, desierto, como siempre. En el interior de la villa se sentía el abandono. Las maletas, cerradas, estaban alineadas en el corredor. El gerente de la villa, a quien sólo habían visto una vez, permanecía de pie.

—¿No van a comer? —preguntó.

—No —respondió Jordan.

—No —repitió Besnik.

Una de las cocineras subió, al parecer, de la cocina. Miró interrogante al gerente.

—No van a comer —le dijo éste.

Ella permaneció de pie viendo cómo ellos, sin mirar a nadie, cogían las maletas y las llevaban al coche. Entre tanto había subido la limpiadora y, tras ella, otra cocinera.

—¿Se van?

No respondió nadie. Estaban sacando las dos últimas maletas. Las dejaron en el coche y volvieron para despedirse. En los ojos de dos gruesas mujeres había una especie de desconcierto.

Los automóviles partieron.

En la embajada se habían reunido todos. Las conversaciones discurrían tranquilas. En los ojos de todos había cierta humedad. A veces se sentía una oleada de tristeza. Todo se manifestaba de manera contenida, suave. Incluso las voces.

Besnik oyó las palabras «mañana», «tren» y comprendió que partirían al día siguiente.

Uno de los trabajadores de la embajada servía café continuamente.

—Ayer volví a reunir a los estudiantes —comentaba el embajador a otro—, les recomendé que tuvieran cuidado con las provocaciones.

El otro asentía con la cabeza.

—Sobre todo les recomendé cuidado con las amigas —añadió el embajador.

—Será mejor que no las vean.

—Sí —dijo el embajador—. Creo que no las verán más.

—¿Tan rápido? —preguntó el otro con una sonrisa amarga.

—Creo que las están dejando.

El otro respiró hondo.

Este tipo de conversaciones se desarrollaban en voz baja por toda la embajada. Sentado en un canapé alargado, Enver Hoxha miraba a la gente que conversaba y tomaba café. Terminó el suyo y dejó la taza en una mesita baja. Besnik no quitaba ojo a la taza. Todas las viejas de Albania extenderían sus ajadas manos para volcar esa taza, para leer en ella los destinos del país. ¡Ah, en qué cosas pienso!, se dijo.

—Sí, creo que se están separando de ellas —repitió el embajador.

El empleado de la embajada continuaba sirviendo café a los que no lo habían tomado todavía. Alzaban las tazas y, antes de acercárselas a los labios, se miraban a los ojos, como se hace antes de brindar.

Al día siguiente, las delegaciones entraron una tras otra como de costumbre. Después, la pesada puerta de la sala Georgievskaya se cerró. El viejo encargado del guardarropa sintió una fuerte inquietud. ¿Era posible que estuviera equivocado? Volvió lentamente hacia el guardarropa y vio el sitio vacío. No se había equivocado. El abrigo largo y negro de Enver Hoxha, faltaba. Se fue la primera cigüeña, se dijo. Voló. Su cerebro estaba medio paralizado. ¿No se irán yendo lejos uno tras otro? Vio cómo dos de los encargados del guardarropa de los embajadores fingían pasar por allí por casualidad. Simulaban conversar, pero sus ojos estaban fijos allí, en la percha vacía. Quiso levantarse inmediatamente, para cubrir con su cuerpo la imagen de la percha vacía, pero después creyó que no tenía sentido. Desgraciado, desgraciado, se dijo a sí mismo. Estuvo un rato sin pensar en nada. Luego se repitió: se ha ido un pájaro. Y un poco después: ¿no estará llegando el gran invierno?

En ese momento, en uno de los vagones del tren Moscú—Varsovia que atravesaba con rapidez las estepas cubiertas de nieve, Enver Hoxha hablaba con el personal de la delegación.

—Por fin regresamos. —Contempló durante bastante tiempo la huida de las llanuras blanquecinas, después añadió— ¿Se os ha ocurrido pensar de

quién hemos sido huéspedes?

Besnik recordó la primera noche en la villa, los gaznidos del teléfono-búho. De Macbeth, dijo para sí y apoyó la frente en el cristal cubierto de escarcha.

Capítulo undécimo

Cada vez que tronaba, todos volvían la cabeza hacia los cristales como si esperaran algún aviso. Fuera seguía lloviendo. El estruendo del trueno se extendía amenazante durante unos segundos sobre el aeropuerto. Después se sentía más fuerte la lluvia.

—Hace mal tiempo, no creo que aterrice el avión —dijo por tercera vez un hombre bajito en la mesa de enfrente. Por tercera vez miró Zana a su alrededor y vio que nadie se levantaba para abandonar la sala. Esto quería decir que todos tenían esperanzas. La gente continuaba pidiendo café, refrescos y coñac. A veces parecía escampar, llovía menos, casi nada, cuando, de alguna dirección inesperada, llegaba el estruendo de un trueno prolongado. Rodaba pesado por el cielo, como un carro fúnebre sobre el empedrado de nubes, hasta que se apagaba en la lejanía. Su última huella permanecía en los ojos rasgados de Mira. Cuánto se parece a Besnik, pensó Zana. Sobre todo cuando está así, pensativa.

—Mira, ¿quieres algo más? —le preguntó.

—No, no, no me apetece.

—Toma un cacao.

—No.

—Me parece que amaina de nuevo —dijo Zana.

Mira echó un vistazo por la ventana. Sus pómulos algo levantados acentuaban la forma de sus ojos.

La lluvia amainaba de verdad. La sala de espera era un rumor de voces. Se escuchó otro trueno, pero ahora dio la impresión de que pasaba por un costado, a sus asuntos.

A Zana le molestaba un tipo que llevaba ya rato mirándola con insistencia y volvió a mover la silla. Los ojos del hombre, iluminados interiormente, medio excitados, medio sufrientes, parecían decirle: Sé que esperas a tu prometido, seguro que le has echado de menos, hace días que deseas acostarte con él.

Zana se estaba poniendo nerviosa. Había movido varias veces la silla

y, no obstante, lentamente, sin darse cuenta, aquel tipo también había cambiado de posición y volvía a contemplarla tranquilamente, sin signos de agresividad, pero con una humildad obstinada. No pretendo nada, decía su mirada, sólo quiero que aceptes que lo sé todo. ¡Uf!, exclamó Zana para sí. En realidad, aquel tipo asqueroso debía saber algo. Se desprendía de su mirada. Zana tuvo la impresión de estar en camión ante él. ¿Por qué permitían a estos tipos en lugares públicos?

Le dijo a Mira que se levantaran. Dieron vueltas por las salas del aeropuerto, llegaron hasta la aduana y regresaron. Empezó a llover como antes. Vio una gran melancolía en algunas miradas. Algunas caras demudadas. Zana sintió desasosiego interior. ¿Por qué tan sombríos? También ella se enfadaría mucho si el avión no llegara hoy, pero sus caras tenían una sombra de malos augurios. Retiró su mirada de ellos e intentó pensar en cosas más alegres. El viaje de la delegación con seguridad había sido agradable. Más aún siendo una delegación del más alto rango. Además, habían ido a Moscú a las fiestas. Después de las fiestas se había celebrado una reunión importante, solemne, internacional. Seguro que Besnik tenía muchas cosas que contar. Ciertamente la vida sería feliz este invierno. Cinco semanas más tarde, como mucho seis, se casarían. No movía la cabeza para nada por temor a encontrarse la mirada de aquel maníaco. Se casarían. Harían el amor a todas horas, libremente, a medianoche, bajo el rumor de la lluvia, al amanecer, medio adormilados, por las tardes. En su ausencia, le había preparado algunas sorpresas agradables. A lo mejor también se le había ocurrido a él alguna sorpresa, aunque no era fácil. Le echaba de menos.

La lluvia proseguía. Mira, con la nariz en la cristalera, miraba pensativa afuera. Zana la miró cariñosamente. Acercó la cabeza a su nuca y le preguntó en voz baja:

—¿Sales con algún chico?

Mira se ruborizó, se mordió los labios y dirigió la vista en todas direcciones, excepto en la de Zana.

—No —dijo con voz apagada.

Zana la abrazó por la espalda y la besó suave en el cuello. Exhalaba un agradable aroma juvenil.

—¿Por qué te pones colorada?

—¿Por qué me preguntas esas cosas? —respondió con voz queda. Por fin miró a Zana. Sus ojos conservaban la humedad de la breve tormenta.

Niña, pensó Zana. Ojos de niña.

En ese momento resonó sobre sus cabezas el altavoz.

—¡Atención, atención!

Zana sintió una tenaza que le oprimía el corazón. Toda la sala se paralizó como si esperara la caída del rayo.

—...el avión de la línea Budapest—Tirana aterrizará dentro de diez minutos. ¡Atención, atención!, el avión...

Zana mostraba una expresión de sorpresa en la mirada. La vitalidad y la alegría de una parte de las personas que esperaban, y precisamente de las que hasta entonces habían ostentado en sus rostros la preocupación, era tan grande, que pensó atemorizada que quizá el avión corría peligro y ellos lo sabían, esperaban algo, y ella no se había enterado.

Un enorme gentío salió fuera, a pesar de la lluvia. Otros miraban al cielo a través de los cristales.

—¡Qué ilusión! —dijo Mira—, ya llega —y aplaudió. Este sencillo gesto de niña pareció sacar a Zana del ensimismamiento. Sintió la alegría soplar como el aire en sus pulmones, haciéndola ligera, ligera.

—¡Ya viene! ¡Ya viene!

—¡Ya!

Los que estaban fuera señalaban con la mano. Una nueva avalancha se precipitó a la puerta para salir bajo la lluvia.

Los ojos de Zana chocaron de pronto con los de aquel horrible tipo. No obstante no retiró la mirada, sino que le miró desafiante, como diciéndole: Sí, sí, es cierto que le espero, que le echo de menos, que ansío abrazarle, acostarme con él; es cierto que me he puesto la blusa más bonita, todo es cierto. Era empujada hacia la puerta, con la turba. Sus ojos le miraban tiernos, y de improviso se dio cuenta que cojeaba, que tenía una pierna pesada, como de madera. Lo sintió, lo sintió mucho, y volvió a mirarle, casi con tristeza, como si le pidiera perdón por todo; en cambio, sus ojos seguían observándola cariñosos, como diciéndole: no importa, no importa, ha sido un malentendido, un malentendido.

Ella sintió las gotas de lluvia en la cara.

—¡Allí, allí! —dijo Mira.

El enorme avión, con vuelo pesado, rígido, descendía hacia la pista.

—Ciudadanos, por favor, no empujen —decía un policía.

Alguien empujaba la escalerilla metálica con rapidez en dirección a la pista. Un grupo de personas, varios pioneros con flores y otro grupo un poco más numeroso caminaban hacia el aparato que acababa de detenerse. Sus alas todavía vibraban.

—El camarada Enver —dijo una voz.

Salió el primero a la escalerilla y saludó con el sombrero.

Soplaba el viento. Una persona ascendía la escalerilla con un paraguas en la mano. Tras Enver Hoxha descendieron los demás.

—¡Besnik! —dijo Mira y se puso a aplaudir. Zana le saludó con la mano, aunque la distancia era bastante grande. Besnik no distinguía a nadie. Se acercaban. Seguía lloviendo. Comenzaron los primeros abrazos. Zana agitó el brazo de nuevo, pero Besnik no la vio.

—¡Besnik!

Alzó la cabeza como si no esperara ese grito. De repente a ella le pareció más delgado. Él sonrió. Había adelgazado mucho. Ella le echó los brazos al cuello y le besó. Estaba pálido. Mira también le besó.

—¿Estás enfermo? —preguntó Zana.

—No, no —respondió.

Sentía un extraño aturdimiento. Ella le secó unas gotas de lluvia de la frente y le sonrió. Él respondió a su sonrisa, pero de un modo rígido. Más que delgado, estaba demacrado. Extraordinariamente demacrado.

—¿Ha sido cansado el viaje?

La miró fijamente.

—¿El viaje? —respondió sorprendido—. Quizá, sí, claro.

También había cambiado su voz.

—Pareces muy cansado —dijo Mira. Las dos se miraron. ¿Por qué no hacía ninguna pregunta?

Se sentaron en una mesa de la sala de espera que se iba llenando con rapidez.

—¿Quieres un café? —preguntó Zana.

—Sí.

No le quitaban ojo.

—¿Cómo estáis? —preguntó por fin—. ¿Cómo están los demás?

—Bien, bien —dijo Zana—. Y a ti, ¿cómo te ha ido? Abrió los ojos. Parecía realmente cansado.

—B... bien —susurró.

—Las dos volvieron a mirarse a los ojos. Algo había pasado.

—¿Es bonito Moscú? —preguntó Mira.

La miró fijamente, como si le hubiera hecho la pregunta más anormal del mundo.

—¡¿Moscú?!

Una voz de mujer anunció algo por el altavoz. Sólo se entendió la

palabra «aduana». Algunas personas pasaban con las maletas en la mano.

—Hay que recoger las maletas —dijo Besnik. Se incorporó y se dirigió a la aduana.

—Está... —dijo Mira.

Zana la miró fijamente.

—¿Cómo?

—No sé —dijo Mira—. Le encuentro raro, ¿y tú?

—Yo también. Quizá está cansado del viaje.

Zana volvió la cabeza hacia los cristales. Fuera, el avión, ya frío, se mojaba bajo la lluvia.

Besnik llegó con la maleta.

—¿Nos vamos? —dijo Zana—. Fuera está el coche de papá.

Salieron los tres. Fuera esperaban bastantes automóviles. Algunas personas subían a los autobuses.

—Allí está —dijo Mira, señalando con la mano. Corrió entre la lluvia. El conductor, en cuanto les vio, salió del coche para coger la maleta de Besnik.

El vehículo arrancó.

—¿Qué tal por allí, camarada Besnik?

—Bien.

—¡Eh! —exclamó el conductor—. La Unión Soviética debe ser un país maravilloso. ¡Dichoso usted, que lo ha visto!

En la periferia de Tirana se veían por todas partes banderas, carteles y pancartas rojas, en la mayoría de las cuales se leía: «Vivan las fiestas del 28-29 de Noviembre», «Gloria al PTA». Cuanto más se acercaban a la ciudad, más densa era la presencia de banderas y pancartas. Se respiraba ambiente festivo por doquier. A pesar de la lluvia, las calles estaban llenas de gente. De un altavoz salía música.

Cuando llegaron, Mira subió corriendo las escaleras para avisar. El chófer cogió la maleta. Raboja se echó al cuello de Besnik. Después le saludaron uno tras otro, el padre, Liria y por último Beni, para quien, resultaba evidente, este tipo de situaciones eran de lo más difíciles.

Raboja miró cariñosa a Besnik. Saltaba a la vista que pensaba preguntarle si estaba enfermo, pero no lo hizo. Dijo algo menos concreto, alegre. Luego, sus ojos se posaron inquisitivos en los de Zana. Esta se encogió de hombros. Raboja movió la cabeza como diciendo: fingís no daros cuenta.

—Y bien, yerno, ¿qué te cuentas? —dijo Liria en tono jocoso. Zana se

mordió los labios. Pensó que si había una palabra que no debiera pronunciarse en esos momentos, era precisamente «yerno». Qué palabra más tonta, dijo para sí.

Varios vecinos asomaron la cabeza por la puerta.

—¡Me alegro que regresara bien! —dijeron.

—Pasad a tomar un dulce —dijo Raboja.

—No, no, ya volveremos cuando estéis más tranquilos. Ahora nos vamos.

—¿Qué te ha traído? —preguntó una niña a Mira en el corredor.

—No lo sé.

La mesa estaba puesta. Oscurecía. Alguien encendió la luz. Besnik miraba los platos de tal forma que parecía que en ellos no hubiera alimentos, sino quién sabe qué.

—Me alegro que hayas vuelto bien de salud —dijo Struga y tomó la cuchara.

—Yo también me alegro de veros —dijo Besnik.

Era el primer momento, el momento difícil de cualquier comida, cuando el sonido de las cucharas y los vasos no ha llenado todavía el vacío que dejan las palabras.

—Ponnos algo de música, Beni —dijo Liria.

Beni, feliz de poder hacer algo, se abalanzó sobre la radio. Todos comían. Zana sentía el cuchillo y el tenedor pesados como el plomo. No le apetecía comer. Todo, platos, cubiertos, hasta la fina blusa pegada al cuerpo, la más bonita, que se había puesto para él, se había convertido en algo gélido. Besnik no levantaba la vista del plato. Sólo levantaba la cabeza cuando hablaban los demás, pero parecía no escuchar nada. La sonrió una vez, mas fue una sonrisa lejana. Ella mantuvo fruncido el entrecejo, de manera que, cuando volviera a mirarla, se diera cuenta y le preguntara «¿qué te pasa, lana?». De pronto, esto se transformó en un deseo irreprimible. Deseaba a toda costa que se diera cuenta de su disgusto. Deseaba a toda costa que se preocupara y le preguntara por qué, por qué...

—¿Qué te pasa, Zana?

Era la voz de Liria. Por segunda vez Zana se mordió los labios. ¡Qué te pasa hoy, te has quedado mudo!, gritó para sí. La voz de Liria quebró el dulce sufrimiento de la espera. Lanzó una mirada de rabia a su madre. Precisamente en ese instante Besnik volvió a dedicarle una sonrisa tranquila. Una sonrisa casi maquinal, un reflejo que se repetiría rítmicamente durante toda la comida. Qué ha ocurrido, qué ha ocurrido, se repetía Zana. Su

cerebro intentaba funcionar con la máxima rapidez. A lo mejor no ha pasado nada, se apresuraba a contestar una parte de su ser. A lo mejor no es más que el cansancio del viaje.

En el pasillo sonó el teléfono. Era para Mira. Al poco sonó de nuevo.

—Un desconocido —dijo Mira—, pregunta por Besnik.

—Estoy cansado. Dile que estoy muy cansado y no tengo ganas de hablar con nadie.

Mira se acercó el auricular.

—Mi hermano acaba de llegar del extranjero y está muy cansado.

Mira arqueó las cejas. Luego llamó con la mano a Besnik.

—Insiste —dijo en voz baja, tapando el micrófono con la palma de la mano—. Es del Comité Central.

Besnik se levantó.

—Sí, soy Besnik Struga, le escucho —dijo. Repitió varias veces «sí» mientras miraba el reloj. Por fin colgó.

—¿Qué pasa? —preguntó Raboja.

—Debo asistir a una recepción oficial en el Palacio de las Brigadas.

—¿Estás invitado? —gritó Liria—. ¡Qué bien! Kristaq se estaba preparando para ir.

Besnik miró el reloj.

—Tengo que salir enseguida —dijo y se levantó de la mesa—. Mira, abre la maleta y sácame una camisa blanca.

Raboja enchufó la plancha. Zana miraba triste.

Era la primera vez que Besnik asistía a una cena en el Palacio de las Brigadas. Bajó del autobús y caminó con paso tímido hacia la puerta del recinto. Los centinelas, cubiertos con capotes empapados, permanecían inmóviles. Besnik contuvo el paso. Del interior del jardín salía una luz fría de neón. En la puerta, dos personas, quizá de la Seguridad del Estado. Alzaron la cabeza.

—¡Buenas noches! —saludó Besnik.

—¡Buenas noches! ¿Invitación?

—No tengo. Me han avisado por teléfono.

—¡Ah! ¿Usted es de los de Moscú?

—Sí.

—¿Nombre?

—Besnik Struga —respondió. Uno de ellos sacó unas invitaciones del

bolsillo. Besnik Struga. Besnik Struga, murmuraba.

—Aquí tiene su invitación.

Alargó la mano y la cogió.

—¿Ha comenzado la cena?

—Sí —respondió el de la Seguridad. Luego, al ver que Besnik se apresuraba, añadió—. Casi todos los de Moscú han llegado con retraso. Al parecer les han avisado tarde.

—Sí, muy tarde.

—Pase, no se darán cuenta. Está en la sala D.

Besnik caminaba por el espléndido jardín. A ambos lados de la calzada asfaltada se alineaban los coches. Besnik caminaba en busca del palacio. Tenía algo de fábula. La calzada se encorvaba a la derecha y ascendía suavemente hasta la entrada del palacio. Bajo faroles metálicos permanecían dos hombres. Desde el interior, a través de los gruesos cristales de las puertas, llegaba una luz cálida y el rumor humano. Besnik mostró la invitación. Quiso decir «soy de los de Moscú», pero no dijo nada.

—Pase, por favor. Entró. Tras la primera puerta de cristal había una segunda. Desde dentro llegaba un rumor quedo. Pisó sobre una alfombra gruesa, roja, y se detuvo.

—El guardarropa está abajo a la izquierda —le dijo alguien que permanecía de pie.

Besnik descendió por la escalera. Los encargados del guardarropa fumaban.

—¿Es usted de los de Moscú? —preguntó uno de ellos.

—Sí, por eso me he retrasado —respondió quitándose el abrigo. Tomó el número—. Me da reparo entrar.

—¿A qué sala va?

—A la D.

—No se preocupe, otra cosa sería que fuera a la sala principal.

Besnik subió las escaleras. El vestíbulo era grande, cubierto por una alfombra roja. Se le acercó una persona. Enseñó su invitación.

—Sala D —dijo el otro—, allí —y señaló con la mano una de las puertas que daban al vestíbulo.

Besnik se recobró enseguida, una vez en la alargada mesa. Todo era más fácil de lo que había pensado. Nadie se fijó en él. Era el principio de la cena y, al parecer, todos eran desconocidos todavía. Cogió un tenedor y lo clavó en algo, sin fijarse en qué. Después vio que se trataba de entremeses. No le apetecía. Frente a él, alguien decía continuamente camarada ministro a otro. Al cabo, levantó la mirada para ver al ministro. Un hombre grueso,

bastante serio. El otro era flaco, con una sonrisa de subordinado. Camarada ministro, dijo de nuevo uno de ellos, y Besnik se sorprendió. El ministro era el flaco.

—El pescado está bueno, pruébelo, camarada —le dijo a Besnik su vecino. Besnik movió la cabeza. El vecino tenía unos ojos pequeños, vivarachos, que buscaban entablar amistad—. La sala D está bien —dijo el otro, guiñando un ojo como muestra de confianza—. La primera vez que vine a este palacio estuve en la sala del final, la H o la I, no recuerdo bien. A decir verdad, no me hizo mucha gracia. Sobre todo después de ver a un conocido que entraba en la sala B. ¿Este en la sala B?, me dije. ¿Este, que no ha disparado ni cuatro tiros? No sé cómo me contuve y no me largué. No lo sé. —Fijó sus pequeños ojos en Besnik y, cuando observó su indiferencia, le miró con cierta sospecha—. ¿Y tú, hiciste la guerra?

—No —respondió Besnik.

—Decía... Aunque pareces muy joven y no puedes haber estado en la guerra. Seguro que has hecho algún invento relacionado con el petróleo o el cromo.

—No —repitió Besnik.

—¿Eres director?

—No, no soy director.

El otro le miraba casi con rabia, como si le preguntara: ¿entonces qué haces en esta sala? Hubiera repetido la pregunta en voz alta, pero un susurro, «silencio, silencio», recorrió la mesa en ese momento. Por los altavoces salía una voz que Besnik creyó reconocer. Las palabras llegaban cada vez con mayor nitidez «...porque la República Popular de Albania ha nacido en medio del oleaje y vive en medio del oleaje. La historia ha lanzado muchos vendavales sobre el pueblo albanés, pero él los ha superado sin agachar la cabeza, por el contrario, ha salido de ellos más altivo».

Una oleada de aplausos, multiplicados por los micrófonos, recorrió todas las salas.

—El Primer Ministro —dijo una voz—, esa es su voz.

El Primer Ministro habló poco. Al final del discurso propuso un brindis. Todos levantaron y entrechocaron las copas. Los cristales relucían, mas Besnik tuvo la impresión de que se trataba de una alegría contenida. Otro reflejo electrizante atravesaba la cena. ¿Es posible que ya se sepa algo?, dijo para sí.

—¡Por qué no me habré muerto yo, por qué! —oyó Besnik una voz baja a su derecha. Volvió la cabeza y vio a una vieja menuda, de cara consumida, toda vestida de negro, que movía los labios sin parar. La copa

de *raki* temblaba levemente en su débil mano. No miraba a ningún sitio, sólo susurraba y movía constantemente la cabeza. ¡Por qué no me habré muerto yo, por qué! ¡Vendría él a disfrutar de todas estas cosas buenas! ¡Y no está! Vengo yo en su lugar. ¡Siniestro placer el mío! ¡Cada año, cada año! ¡Por qué no se me secarán las piernas!

Besnik quiso decirle algo, pero se sintió incapaz. Los flecos de su pañuelo negro parecían chorrear amargura sobre la mesa. Se acordó del pañuelo de Ibárruri, con sus garras negras.

Ya se había hecho el brindis. Los camareros distribuían nuevas fuentes de viandas y botellas. Algunos ya pedían agua de seltz. Otros ya no comían, sólo fumaban. Por los altavoces se oía música. Besnik no tenía apetito. Así continuó un buen rato. De pronto, se dio cuenta que en las mesas escaseaban los comensales. Habían empezado a salir al vestíbulo. Se limpió la boca con una servilleta y, andando de costado, salió. El vestíbulo rebosaba vitalidad. No cesaba de salir gente de todas las puertas. Las escaleras que llevaban al piso alto estaban llenas. Bajaban los de las salas de arriba y los que habían subido para ver el palacio. Las rojas alfombras estaban felices bajo los cientos de pasos de los invitados. Se oía música. Besnik se sentía a gusto. El palacio era muy bonito. El Palacio de las Brigadas, pensó, hermoso nombre. Antes fue palacio real, pero en noviembre de 1944, durante varias noches, durmieron en sus salas, parte de los guerrilleros que liberaron Tirana. Desde entonces, sin saberse muy bien cómo, empezó a llamársele Palacio de la Brigadas. Hermoso nombre, pensó de nuevo. Imaginó cómo habrían dormido los guerrilleros, directamente sobre el parquet barnizado, en los sillones, los divanes, y las alfombras, sobre el mármol de las escaleras, bajo los angelotes y figuras mitológicas pintadas en los techos, bajo las lámparas y bajorrelieves, bajo los emblemas imperiales y los símbolos de la Roma antigua. Uno de los guerrilleros durmió arriba, en el primer piso, en la cama imperial de Víctor Manuel III. Se habló mucho de aquel guerrillero. Algunos decían que se llamaba Meke, otros Mete, mas nadie recordaba bien su nombre. Se hizo famoso aquella mañana de invierno en el palacio, no tanto por el hecho de haber dormido en la cama del emperador, sino por otra razón, absolutamente extraña: el guerrillero Meke no pudo conciliar el sueño. Todos habían dormido a pierna suelta, y no sólo los que se acostaron en las alfombras o en el parquet, sino incluso quienes lo hicieron en las escaleras de mármol con la cabeza más alta o más baja que los pies. Sin embargo, el guerrillero Meke, en una de las camas más imponentes de toda Albania, Italia y Etiopía juntas, cuyo emperador era Víctor Manuel III, no pudo dormir. Se levantó por la mañana

con la cara amarillenta, como si despertara de una pesadilla. A todo el mundo le extrañó. Unos reían, otros hacían bromas, otros, como Meke, permanecían mudos. Se han escrito muchas cosas sobre el guerrillero Meke, recuerdos, versos, poemas, pero su insomnio quedó sin explicación. Se utilizaron expresiones como sueños de reyes, viejos fantasmas, angustias del pasado, mas sin conclusión alguna. Se llegó a hacer una suposición más concreta basada en la cortedad del lecho (sabido es que Víctor Manuel III tenía el cuerpo extraordinariamente pequeño) y la estatura del guerrillero Meke, que tuvo que dormir con las piernas fuera. Esta hipótesis no se tenía en pie. El guerrillero Meke había dormido durante los tres años de guerra en barrancos, agujeros y terrenos escarpados, no había razón para que se preocupara por la longitud de una cama. Así que la incógnita había quedado sin resolver. El invierno pasado, durante varios servicios por las regiones del sur, había intentado sin resultado seguir las huellas del guerrillero que había dormido en la cama del emperador.

Besnik contemplaba a los invitados que bajaban de la segunda planta. ¿Estará abierta esa alcoba?, pensó. Tenía sueño. La última semana no había dormido más de tres horas diarias. Acostarse en la cama imperial, encoger las piernas, encogerse todo, hasta llegar al tamaño del emperador, y dormir... Subía las escaleras como un sonámbulo. Enfrente, esculpida en mármol, la loba de Roma. Sus aullidos se sentían ahogados. De sus ubres colgaban Rómulo y Remo. No, de sus ubres colgaban ellos dos, Besnik y Beni. Bebe leche de loba, pensó. Bebe aullidos... En ese momento alguien le cogió del brazo.

—Besnik.

Era Kristaq.

—¡Oh! —exclamó Besnik.

—¡Bienvenido! —dijo Kristaq, sin quitarle la mano del hombro—. ¿Cómo te fue? ¿Cansado?

Besnik movió la cabeza hacia los lados y sonrió.

—¿Y usted, qué tal?

—Bien, bien.

Kristaq no dejaba de mirarle. Su mirada denotaba alegría. Saltaba a la vista su satisfacción de encontrar a Besnik en el Palacio de las Brigadas. Descendieron las escaleras y pasaron un rato por el vestíbulo. Seguía cogiéndole por el hombro. Había en ello un abrazo de padre cariñoso. Se sentía orgulloso de su yerno, tan joven y... en Moscú... en el Palacio de las Brigadas.

—Zana está en casa, en mi casa —dijo Besnik, que no sabía de qué hablar.

—Sí, sí.

Nunca se habían encontrado los dos en una atmósfera tan íntima, tan cálida. Besnik observó que Kristaq saludaba a numerosos conocidos a derecha e izquierda. Estaba como en su casa. Luego le llamaron de un grupo. Quiso llevar consigo a Besnik, pero éste arguyó que deseaba visitar el palacio.

—Cuando acabe la cena, nos vamos juntos —dijo Kristaq—. Tengo el coche fuera.

Besnik volvió a quedarse solo. Las salas estaban ya casi vacías y la mayoría de los invitados deambulaban por el vestíbulo, por los salones laterales, donde habían comenzado a servir café, y en un gran salón frente a la sala principal, donde estaba comenzando un concierto. En uno de sus rincones, sentado en un canapé, tomaba café Enver Hoxha. Al lado, también sentados, el Primer Ministro y varios miembros del Buró Político. Besnik se quedó junto a la puerta contemplando a los invitados que se desplazaban despacio, conversaban de dos en dos, de tres en tres, formaban pequeños grupos, unos paseaban solos, otros buscaban un lugar donde dejar la taza vacía de café. Daban vueltas y vueltas y no sabían nada. Entre ellos había ministros, embajadores extranjeros, miembros del Comité Central, generales, secretarios del Partido. Aunque supieran algo de lo ocurrido en Moscú, sería muy poco en comparación con lo que sabía él. La directriz había sido tajante: hay que guardar el secreto, sobre todo hasta que empiece la información en el interior del partido. Seguro que uno de estos días, pensó, se reunirá el Comité Central. Luego empezará a informarse a las organizaciones del partido y después a todo el pueblo. Pero aun cuando se enteren los demás, nunca sabrán tanto como yo, se repitió. Era un simple periodista, pero lo sabía todo. La idea le produjo cierta satisfacción. Era diferente a los demás, era de confianza. Ciertamente esto resultaba atrayente... Estoy pensando tonterías, se dijo. Por su mente pasó el jefe de personal. Más que él mismo, eran algunos elementos suyos externos, deformados, una especie de Z garabateada descuidadamente, como la haría un niño. Se esfumó la satisfacción. En ese instante vio al jefe de la redacción.

—¿Cómo estás, Besnik? —dijo estrechándole la mano—. ¿Cómo te ha ido? Bueno, bueno. Un viaje interesante.

—¿Y usted, cómo está?

—Trabajando, ya sabes. Hay trabajo, hay problemas.

Este debe saber algo, pensó Besnik. Miembro del Comité Central y, además, en el sector de propaganda.

—La asamblea continuó —dijo Besnik sin saber porqué.

—¿Asamblea? ¿Qué asamblea?

—Aquella, en la que estábamos nosotros... la de Moscú.

—Ah, esa. Sí, sí, claro. —El jefe de la redacción alzó la cabeza—. Por más que nos calumnien los enemigos, nuestra unidad es inquebrantable —dijo y esbozó una sonrisa.

¿A quién le cuento esto?, pensó Besnik.

—¡Adiós! —dijo el otro y le dio la mano.

Besnik se quedó solo, de pie. Me ha estado bien, pensó. Frente a él pasó el embajador francés hablando con otra persona. Poco antes había visto al embajador yugoslavo. Esos se deben haber oído algo. Un grupo de invitados de las regiones, seguramente cooperativistas destacados, miraban admirados a todas partes. Pasó un borracho hipando. Entre el gentío paseante, distinguió al embajador soviético. Conversaba con su colega checo y con un negro. Le entraron ganas de reír. Tuvo la impresión de que el embajador estuviera envuelto en proverbios. (Si nuestro embajador ha dicho eso, demuestra que es un memo, había dicho Jruschov. Una memez política, le interrumpió Enver Hoxha. Es un tipo de memez, continuó Jruschov. La memez de un memo puede perdonarse, pero cuando se repite deja de ser una memez para convertirse en una línea, dijo Enver Hoxha). Después citaron proverbios acerca de la memez y los memos y el nombre del embajador no se volvió a mencionar. Este todavía no sabe lo que se ha dicho de él, pensó Besnik. Quizá no lo sepa nunca.

Pasó un pequeño grupo de chinos. Vio a Jordan, pero le perdió de vista enseguida. Ante un espejo, Skënder Bermema dialogaba vivamente con una mujer alta, muy bella. Los invitados aflúan de todos lados. Las amplias escaleras de mármol estaban a rebosar. Continuamente se escuchaba «feliz fiesta, por muchos arios». Están contentos, pensó, no saben nada. Había ocurrido algo trascendental, se habían cuarteado los fundamentos del campo socialista, pero la gente aún no sabía nada. Paseaban bajo los fuegos artificiales de la fiesta. Algo había cambiado. Había estallado una guerra imperceptible. Las trincheras y barricadas se abrían y levantaban por doquier entre días de paz aparente, en las calles llenas de coches y transeúntes. Las calles de Dibra y de las Barricadas, el bulevar; había algo diferente en los escaparates, en los anuncios de los almacenes; aunque las cifras de los horarios fueran las mismas, les había ocurrido algo a los

domingos, a los planes de boda, a las tiendas de muebles, a los autobuses urbanos, a cada cosa, por todas partes, a todos, a todos, a todos. Era justo una guerra. Se ha dicho que para nosotros, los comunistas albaneses, no haya tranquilidad, había observado Enver Hoxha cuando el avión cruzaba la frontera. Y abajo, entre la bruma, apareció un trozo de tierra invernal con un relieve atormentado, como engendrado en una noche de insomnio.

Están contentos, pensó Besnik como entumecido. Sin embargo, cada vez iba descubriendo en los ojos de más personas esa suerte de luminosidad que la sola alegría es incapaz de provocar. Era un fulgor no natural, una especie de grito reprimido por una fuerte impresión. Parecía que sobre toda aquella masa de invitados, gran parte de los cuales eran viejos cuadros del partido y del Estado, se hubiera quebrado una sonrisa grande, la sonrisa triste de la separación. Separación de la paz, pensó. Las partículas de esa sonrisa centelleaban por todas partes. Adiós, madre, me voy de guerrillero, escuchó a su lado a alguien que cantaba una conocida canción de los años de la guerra. No, dijo para sí Besnik, no es un fulgor normal de fiesta. Se tienen que haber enterado de algo. Se aprecia claro en sus pómulos levemente sonrojados por un brillo de inmolación. Si no regreso, madre, no llores luto por mí, continuó mecánicamente para sus adentros la canción que acababa de escuchar. Está claro que saben algo, se dijo al poco y se le hizo un nudo en la garganta.

En una de las puertas que dan al vestíbulo, un grupo de invitados miraba en silencio en dirección a Enver Hoxha. Junto a él, sentada, una vieja vestida de negro. Seguramente la madre de un mártir, pensó Besnik. Ella le hablaba continuamente y él escuchaba con la cabeza algo inclinada hacia adelante. Un poco más allá, de pie, el Primer Ministro explicaba algo, agitando el dedo, al embajador rumano. El rumano reía y abría los brazos sin parar. Al volverse, vio al embajador yugoslavo que miraba fijamente, con los brazos cruzados, a Enver Hoxha y al Primer Ministro.

Besnik caminó despacio sobre la formidable alfombra del vestíbulo y, por un momento, creyó que sus pies estaban muy lejos de su tronco. En una de las paredes del vestíbulo, una bandera de tamaño considerable. El águila negra bicéfala aparecía serena sobre el fondo rojo sangre. No me interpretes mal, le dijo entonces aquel aviador ebrio en la cena del Kremlin cuando se encontró con él por tercera vez entre la marea de comensales. No digo que quitéis ese pájaro de la bandera y pongáis un reptil en su lugar. No y mil veces no. Sólo que tengáis cuidado con las alas. Que no le crezcan más de lo debido. Y después, qué, le increpó Besnik, ¿no debemos acaso cortárselas? Y recordó que en algunas comarcas, sobre todo meridionales, les cortaban

los cabellos a las mujeres que cometían actos deshonorosos. Imaginó las alas cortadas del águila y le repugno al punto de estremecerse. ¡Desgraciada de mí, pelos–cortados!, plañían las mujeres de su comarca cuando eran objeto de vergüenza. Cómo podríamos llorar bajo una bandera ultrajada. ¡Desgraciados de nosotros, bandera–de–alas–cortadas! se dijo aterrizado.

Vio un sillón vacío en una de las salas laterales y se sentó. Frente a él se sentaban otros invitados, la mayoría de edad avanzada. Algunos tomaban café. Se oía música. Distinguió de nuevo a Jordan, pero estaba lejos y no le dijo nada. Pasaron dos escritores. A uno de ellos, el autor del drama *Felicidad radiante*, le conocía. Conversaban vivamente. Parece que no saben nada, pensó Besnik. ¿Qué harán ahora algunos de ellos sin los modelos soviéticos? A lo mejor la cosa no llega a tanto. Quizá se evite la ruptura total. Vio al agregado militar soviético y recordó a los generales y mariscales de la cena del Kremlin. La venganza del gran Estado, pensó. El sueño le vencía. Kristaq pasó cerca, pero le pareció distante. El insomnio del guerrillero Meke flotaba por todas partes, en las lámparas, los bajorrelieves. La vieja de negro, madre de un mártir, pasó murmurando. Con certeza decía: «¡Por qué no habré muerto yo!». El insomnio del guerrillero Meke, pensó. Las alfombras rojas emitían desde abajo reflejos vivos, no naturales. Vio un hombre que se acercaba pisándola. ¿Qué buscas aquí *Kockë e Zezë*^{*}? , dijo para sí Besnik. Era igual que él, bajo, grueso, tal como le había visto en las crónicas cinematográficas del año 1947. Mientras andaba alzaba la cabeza y se empinaba sobre las puntas de los pies, como si buscara algo. Sus miradas se encontraron relajadas.

«Yo lo sé todo», dijo.

Besnik al principio no quiso hablarle, luego le dijo:

«No es posible».

El otro seguía empinándose sobre las puntas de los pies.

«Tú has traducido contra mí, allí... en Moscú».

Besnik no habló.

«Has traducido en rumano, inglés, incluso en griego antiguo».

«Yo no sé tantas lenguas» dijo Besnik. «Es cierto que allí se le mencionó, pero...».

«¡Ah, sí! Tú has dicho que Koçi Xoxe ha sido el Yejev albanés y has contado que me fusilaron en 1948, pero Yejev fue fusilado en 1938, y el otro, Rankovich, con quien también me has comparado, vive y reina todavía en Yugoslavia».

* Literalmente en albanés: *hueso negro*. Alusión a Koçi Xoxe.

Besnik vio las señales de las balas bajo la chaqueta. Eran perfectas, como abiertas con un aparato de precisión.

«¿Cuál es mi sitio? No sólo he sido ministro del Interior, he sido miembro del Buró Político y secretario de organización del Partido, el número dos en el Partido».

Se empinó sobre las puntas de los pies y buscaba el sitio, repitiendo a media voz: aquí, allá, en la sala principal, en la sala Q, en la sala X. Luego se volvió hacia Besnik.

«Cometí crímenes, porque lo exigía el momento».

Besnik movió la cabeza para decir «no».

«Hay años de crímenes en la vida de cualquier país», continuó. «Alguien tiene que cometerlos».

«El año mil novecientos cuarenta y siete pudo ser un año de alegría», dijo Besnik, «pero tú lo convertiste en un año de terror».

«No, no. Lo que dices no es justo. Más no te lo tomaré en cuenta.

Podía haberte llamado al Comité Interministerial».

«El Comité Interministerial no existe ya».

«No importa. Se puede volver a crear. Ha comenzado otra época. Tú mismo dijiste que ha empezado una guerra invisible. Me llamasteis y he venido».

«¿Te hemos llamado? Hace un momento te quejabas de...», Besnik quiso decir «que te hemos fusilado», pero dijo «que te hemos apodado *Kockë e Zezë*».

A pesar de todo, el otro ocultó las heridas.

«No importa, si no me habéis llamado vosotros, me ha llamado el momento. Y aquí estoy. El momento es difícil. Si no tomáis medidas, el vendaval os borrarán del mapa. Ahora utilizaréis mi terror. Vuelve el año mil novecientos cuarenta y siete».

«¡No, nunca!», le espetó Besnik.

«Hay gente que me quiere, que me espera», dijo el otro, empinándose de nuevo sobre las puntas de los pies como si buscara a alguien.

«Es posible, es posible. Pero son muy pocos. Por ejemplo...».

«¿Por ejemplo quién? ¿Quién?».

«No lo diré».

«¿Qué dices?, ¿qué dices?, ¿qué dices?».

—Este camarada se ha dormido —dijo una voz exterior que resonó en su cabeza como un trueno.

Besnik volvió en sí.

—Habrán bebido más de la cuenta —señaló otro.

—¡Estamos de fiesta, alegría!

—No importa, camarada, no importa —le tranquilizó alguien—. Estamos de fiesta.

Besnik se levantó del sillón. Le dolía la cabeza. En el vestíbulo ya no había la alegría de antes. Entre los invitados se veía gente con el abrigo en la mano. Al parecer, la cena terminaba. Besnik miró el reloj. Ciertamente era tarde. Las escaleras que llevaban al guardarropa estaban repletas.

En casa le esperaban.

—¿Cómo lo has pasado? —le preguntó Raboja.

—Bien.

El ambiente era algo frío. Vio su maleta abierta, vacía. La lavadora hacía un ruido suave.

Liria se había marchado. Los ojos de Besnik chocaron con los de Zana. Estaba aburrída en el canapé. El padre fumaba un cigarrillo. Beni se lanzó a la radio como a un refugio seguro. Incluso los ojos rasgados de Mira denotaban cierta alarma.

Zana se levantó.

—Me voy. ¿Me acompañas? —preguntó a Besnik.

—Sí.

—¡Buenas noches, papá! ¡Buenas noches a todos!

—¡Buenas noches, nena! —dijo Struga.

Bajaron las escaleras y salieron a la calle. Hacía frío. Zana le cogió del brazo, como solía.

—En el palacio me encontré con tu padre —dijo Besnik.

—¿Sí?

Hicieron una parte del camino en silencio.

—Besnik —preguntó Zana—, ¿te ha pasado algo? No sé, pareces cambiado.

—No, no me ha ocurrido nada.

—Tenía esa impresión.

—¿De verdad?

—¿Tanto te ha cansado ese viaje en avión?

—Sí.

Habían llegado al Gran Bulevar. Caminaban bajo los árboles deshojados. No sabe nada, pensó Algunas hojas grandes se movían ruidosas por la acera. Yo no puedo decirte nada, se dijo. Esto es una tortura.

La besó los cabellos.

—¿Eran guapas las moscovitas? —preguntó ella con cierta malicia.

—¿Las moscovitas? —exclamó como cogido por sorpresa—. Si te digo la verdad... creo que ni las vi.

—Mira por dónde sale!

Su brazo, levemente rígido cuando él le besó los cabellos, se relajó de nuevo. Sus pasos reencontraron la insoportable regularidad anterior. El bulevar estaba desierto. Otra vez las hojas grandes, feas, duras como leños, se movían aquí y allá, delante de sus pasos, detrás, a los lados, como si los acompañaran.

—Besnik, tengo que decirte algo, pero, por favor, no lo interpretes mal.

—Dime.

—Escucha, sabes que yo no soy mezquina, por lo menos eso me has dicho tú mismo, incluso muchas veces, y bien sabes la poca importancia que concedo a algunas cosas pequeñas que para otros son casi sagradas, sin embargo, no te oculto que me desconcerté un poco cuando..., entiéndeme, me es muy difícil decírtelo, me dio vergüenza, mucha vergüenza, por los demás, cuando..., entiéndeme bien, por favor, cuando se abrió tu maleta y no había nada, absolutamente nada, ni siquiera el más pequeño recuerdo, sin valor, incluso ridículo, para demostrar, aun formalmente, que te has acordado de mí. Compréndeme, Besnik, me duele hablar de algo tan mezquino, pero hace unas horas me sentí muy mal ante todos ellos. Un descuido así... Ya hemos hablado de ello, recuerdas, yo te he dicho más de una vez que desprecio a quienes, cuando viajan al extranjero, no piensan más que en comprar trastos, y sabes de sobra que yo no te encargué nada, a pesar de todo... por lo menos para demostrar que te has acordado de mí. Mamá se enfadó, por eso se fue. Yo no. Te juro que no. Solo que me encontré en una posición difícil. Todos me miraban... Dentro de cuatro o cinco semanas nos casaremos. No quiero ser hipócrita, me dolió. Quizá no me hubiera dado cuenta, seguro que no me hubiera dado cuenta, tú sabes lo poco que me influyen las tonterías de mi madre, pero, por desgracia, se ha juntado con tu inexplicable comportamiento, en cierto modo extraño, no sé cómo decirlo... frío.

Calló. Habían dejado el Gran Bulevar y caminaban hacia su casa, que todavía estaba lejos. Los álamos desnudos se elevaban a ambos lados de la calle. Los álamos, pensó él. Ella esperaba una explicación, cualquier explicación, aunque fuera formal. En cambio, esto es una tortura, pensaba él. Sabía que debía hablar, pero no podía. Era una pesadilla. Eran los últimos minutos de que disponía para aclararlo todo. Habían llegado a la

casa. Se despidieron.

Esperaba que ella se enfadara, esta vez en serio, pero, para su sorpresa, le preguntó con voz profunda, intranquila:

—¿De verdad estás muy cansado, Besnik?

—Sí, Zana, sí.

Era más que nada un lamento. Ella le estrechó el brazo. Créeme, dijo Besnik para sí, y la besó. Ella permaneció inmóvil, paralizada. Él sintió el suave aroma del desodorante que Kristaq le había traído del extranjero e inesperadamente, como un fantasma recién despertado que bufa y se levanta desde la profundidad de las aguas en que ha dormitado durante mucho tiempo, se le despertó el deseo de poseerla. La abrazó y la besó de nuevo, pero ella, fría, cuidadosa de no hacer movimientos bruscos, se separó con un sollozo contenido y subió las escaleras corriendo.

—¡Buenas noches!

Regresaba. Le vencía el sueño. Estaba entre los álamos. Era medianoche. No se apartan de mí estos álamos, pensó. Caminaba como borracho. Quejaos, quejaos de que no os he traducido bien, dijo para sí. En el bulevar, donde empieza la calle de Dibra, distinguió una figura, un esbozo humano dibujado por una mano descuidada. ¡Ataca, ataca!, pensó. Los edificios proyectaban su negra sombra a ambos lados de la calle. Escuchó una voz familiar:

*No te cases con una rubia
que son mujeres turbias.*

Casarse, pensó. Y además rubia... ¿Por qué?, ¿por qué?

Subió las oscuras escaleras. Todos dormían. Cayó en la cama sin desnudarse, como en una sombra anhelada tras una larga marcha por el desierto, y se quedó dormido.

tercera parte

El Estado en invierno

Capítulo duodécimo

Había entrado el invierno. Tras haber cubierto de viento y nieve otros Estados, iba descendiendo con la pretensión de alcanzar los límites de los antiguos glaciares, como todo nuevo invasor que pretende alcanzar las fronteras imperiales de los conquistadores de antaño. El invierno extremadamente crudo provocó que, como siempre, en casi todos los países hubiera quien pensara que había variado la inclinación del eje terrestre. Era un viejo rumor conocido que se extendía entre los pueblos siempre que las estaciones se salían de lo normal, o a cada comienzo o final de siglo y, sobre todo, de milenio. Aunque desmentido centenares de veces, como cualquier rumor viejo, seguía conservando una sorprendente credibilidad y esto era algo totalmente comprensible para la gente inclinada a creer que el equilibrio de la tierra cambiaba cada vez que ella misma experimentaba una alteración interna. Ciertamente había alteraciones en su seno, por no decir tormenta.

Todo esto tenía lugar bajo un cielo decembrino de una profundidad que provocaba el grito, impregnado de esa suerte de tristeza de proporciones oceánicas que evoca siempre algo infinito, desértico, sin el soplido del trueno a miles de millas a la redonda.

Ya en la segunda mitad de diciembre, cuando los vendedores comienzan a pegar los primeros algodones en los escaparates emulando la nieve del Año Nuevo, la calle de Dibra tiene una animación extraordinaria. Todos los años, al ver los primeros algodones en los escaparates, un transeúnte desconocido, en una acera o un cruce, es el primero en preguntar, ¿dónde vais a pasar la Noche Vieja? Y como si no se tratara de una pregunta normal que se hace a un conocido que encuentras por casualidad, sino de un llamamiento esperado, comienza a ser repetida y repetida continuamente por miles y miles de personas que día y noche pasan por las calles alfombradas de escarcha.

Es el tiempo en que se pegan a los pies de los transeúntes los últimos restos del otoño, hojas escasas pesadas por el barro, que a pesar de todo son recordadas por los jóvenes literatos en sus poemas.

Contribuyen a vitalizar la calle, de modo especial los tenderetes que, en la última semana de diciembre, se levantan expresamente para el Año Nuevo. Por lo general se construyen con materiales de fibra y todo en ellos es alegre, empezando por los toldos multicolores que, para regocijo de paseantes, hace flotar el viento, hasta las pirámides de naranjas, las postales y juguetes relucientes que llenan los escaparates.

Habían dado las tres.

—Te invito a un café —decía el técnico de urbanismo del Comité Ejecutivo de la capital al reportero gráfico de la revista literaria—. No me digas que no, por favor, hoy es un día importante para mí.

El técnico estaba realmente contento. Acababan de aprobar su proyecto de remodelación de la calle de Dibra. El reportero había decidido entrevistarle en la misma calle. Había encontrado en el archivo de ATA algunas fotos viejas de la calle en cuestión y pensaba publicar un montaje titulado *El destino de una calle*, en el que utilizaría las fotos de las casuchas tomadas treinta años antes, las tomadas ahora y un boceto de la calle de los años por venir.

—¡Cuántos destinos se cruzan aquí! —dijo el técnico.

Extendiendo sus largos brazos, mostraba al reportero los lugares donde se levantarían grandes edificios, el nuevo hotel y las zonas que ocuparían las aceras. El periodista ya pensaba en los pies de foto.

—¿Aceptas el café?

—Con mucho gusto, en cuanto te haga un par de fotos —respondió el reportero sin quitar el ojo del objetivo.

Mientras hacía la última fotografía, creyó reconocer a Besnik Struga entre las cabezas de los transeúntes, pero cuando apartó el ojo de la cámara ya había desaparecido. Quizá no fuera él, pensó al mismo tiempo que Besnik decía para sí: menos mal que no me ha visto. Apretó el paso para salir cuanto antes al Gran Bulevar, como si temiera que el reportero le siguiera. Los de la revista literaria llevaban varios días pidiéndole insistentemente que escribiera algo sobre sus impresiones de la Unión Soviética. Les había contestado que no tenía tiempo, mas ellos, obstinados como todos los periodistas, seguían pidiéndole algo que él no haría jamás.

Besnik se había subido el cuello del abrigo aunque el frío era agradable. Todos aquellos días los vecinos de la capital habían esperado la nieve en vano. Dio leves pinceladas blancas en los alrededores de Tirana,

llegó incluso hasta sus barrios más occidentales, pero reculó de nuevo blanqueando durante la noche el monte Dajti, desde donde, al derretirse, lanzaba sobre la ciudad un aroma azulado.

Mientras caminaba junto a las vallas de madera que rodeaban el inacabado Palacio de Cultura, completamente cubiertas de carteles anunciadores de conciertos, Besnik vio al escultor Mujo Gabrani, a quien había conocido en la playa durante el verano. Caminaba dos metros delante de él de forma poco normal, como si pretendiera pasar desapercibido.

—¿Cómo estás? —preguntó Besnik, cogiéndole con suavidad del brazo.

El otro volvió bruscamente la cabeza.

—¡Besnik!, ¿qué tal?

Intercambiaron algunas frases de cortesía y Besnik observó que el escultor tenía el pensamiento en otra raparte. Fue a decirle hasta otra, cuando el escultor, agarrándole de la manga, le dijo en voz baja:

—Mira aquel montañés de allí.

—¿Aquel del pañuelo atado a la cabeza?

—Sí —confirmó el escultor—. Una cabeza majestuosa, ¿no crees?

Besnik asintió con la cabeza. El otro continuaba asiéndole de la manga. Parecía totalmente absorto en la visión del montañés. Era un viejo alto, vestido con el típico calzón de paño color hueso cuyas bandas negras hacían más estilizadas sus piernas, dando a su paso una dinámica especial.

—Una imagen rara, ¿eh? Hace un rato preguntó por el Comité Central del Partido. ¿A qué crees tú que va al Comité Central?

—¿Quién sabe qué problemas tendrá?

—Sin embargo, estoy convencido que no va por lo mismo que podemos ir tú y yo —dijo el escultor—. A no ser que vaya a quejarse por los rayos y las avalanchas.

Besnik sonrió. Ciertamente los ojos del montañés tenían en su interior esa falta de atención o ese vacío que origina la edad en las personas, matando en ellos las pequeñas cosas, como mata la helada la vegetación menuda, dejando sólo los problemas importantes, los de carácter general.

—¡Una maravilla! —exclamó el escultor—. Debe ser de Bjeshkët e Nemuna*. Sólo en esa zona los hombres se envuelven la cabeza de tal manera que recuerda el vendaje de los huesos rotos.

—Sorprendente —dijo Besnik.

* e *Nemuna*. Las Cumbres Malditas, zona montañosa al norte de Albania.

—Es algo sabido —prosiguió el escultor, sin quitarle ojo al viejo—. De hecho, los estudiosos opinan que esta manera de liarse el pañuelo tiene su origen precisamente en esa zona, donde los hombres se herían con tanta frecuencia en la cabeza que resultaba más normal una cabeza vendada que tocada con cualquier tipo de gorro —añadió sonriendo—. Así que, poco a poco, los gorros han ido cayendo en desuso, dejando este tipo de vendaje como única manera de cubrirse la cabeza.

Besnik miró al otro con cierta incredulidad frívola.

—Le vengo siguiendo desde el principio del bulevar —adujo el escultor—. ¡Qué no daría por que posara para mí un par de horas! Mil leks. Dos mil. Pero son demasiado orgullosos.

El escultor sacó la pipa del bolsillo y empezó a llenarla mientras caminaba.

—Demasiado orgullosos —repitió—.

El montañés seguía caminando por el bulevar a grandes zancadas. Las medias mangas de su *xhoké** pendían como dos brazos quebrados.

—Seguro que toca la *lahuta*** —dijo—, y canta las canciones de nuestros valientes, si es que no compone baladas.

—Pasearía de buena gana contigo —dijo Besnik—, pero tengo que regresar al Ministerio de Hacienda por un artículo que debo escribir.

—Yo, en cambio, persigo la leyenda —dijo el escultor entre risas.

Siguió al montañés a corta distancia. El viejo se acercó al edificio del Comité Central, no por la fachada septentrional, donde está la portería, sino por los soportales, donde los centinelas, con los capotes mojados por la lluvia de la mañana, montan guardia.

—¿Es éste el Comité Central? —preguntó el viejo.

Ciertamente era de Bjeshkét e Nemuna. Tenía ochenta y ocho años y se llamaba Nikë Ukcama.

Uno de los centinelas, después de mirarle unos segundos, asintió con un movimiento de cabeza. Se disponía a sacar el brazo de debajo del capote para indicarle que la entrada estaba al otro lado, mas, como los tonos grises del viejo irradiaban un halo cautivador, contrariamente a lo habitual, le preguntó:

—¿Por qué?

El viejo observó unos instantes al centinela.

* Especie de chaquetilla corta de paño cuyas mangas tienen sólo función decorativa.

** Instrumento monocorde de arco, construido en madera y con la caja cubierta con piel.

—Quiero ver a Enver Hoxha.

El semblante del centinela permanecía inmóvil bajo la capucha. El montañés miraba fijamente el empapado capote que reducía la figura humana a una mancha ovalada, dejando ver tan sólo una metralleta. Seguro que viene a quejarse de la pensión, pensó el centinela. Al ver la metralleta, el viejo imaginó que junto a las faldas de las mujeres, año tras año, se van acortando también las armas, pensamiento que le provocó contrariedad. Además decían que estas armas disparan a barullo, treinta o cuarenta balas a la vez, como las mujeres cuando hablan; en cambio, un hombre que se precie dispara las balas de una en una. El hombre, tras apretar el gatillo, escucha el silbido del proyectil, luego espera la respuesta del adversario y sólo entonces vuelve a disparar. Sin embargo estas metralletas... El viejo intentó apartar de sí estos pensamientos. La persona que tenía delante, independientemente del arma que portara, era hombre de guerra y, como el montañés creyó entender que esperaba una explicación, añadió:

—Quiero preguntarle si habrá guerra.

Los ojos del centinela brillaron de alegría bajo la capucha.

—¿Dónde has oído eso?

El viejo dio un paso hacia él.

—Dicen que van a cultivar Lugjet e Zeza —dijo casi chillando e, inmediatamente, clavó la mirada en el centinela como esperando ver el efecto de la noticia. Pero el hombre del capote ni se inmutó. Cómo es posible, pensó el viejo. Quiso darle más explicaciones. Decirle, por ejemplo, que la aparición del abono en Lugjet e Zeza es señal segura de que la guerra está ahí mismo. Explicarle que así había sucedido toda la vida, desde los más antiguos desembarcos. En víspera de guerra, en su comarca se abandonaban las tierras bajas y se sustituían por el laboreo en Lugjet e Zeza. Pero para semejante explicación hacían falta muchas palabras, cosa que su dignidad de hombre no le permitía. Sólo una mujer podía lanzarse a tal explicación.

Se acercó otro centinela con mirada inquisitiva.

—Quiere entrar al Comité Central —dijo el primer centinela. El otro señaló la puerta de entrada con la mano.

—Nadie suelta prenda —dijo el viejo más para sí que a los centinelas—. Sin embargo, la juventud marcha a Lugjet e Zeza.

Una semana antes, al ver las columnas de jóvenes, les salió al camino. ¿Adónde vais?, les preguntó. A Lugjet e Zeza, le respondieron. El viejo bajó inmediatamente a la capital de la comarca para preguntar con quién era la guerra. No, abuelo, le dijeron sonriendo, no hay ninguna guerra. Ante su

insistencia, le recomendaron que leyera los periódicos y escuchara la radio, que en ningún sitio se hablaba de ninguna guerra. El viejo, terriblemente indignado, les dijo: hay guerra, pero vosotros estáis ciegos y sordos. Mis periódicos y mi radio son Lugjet e Zeza. Y se fue murmurando: ciegos, sordos. Estaba convencido, generación tras generación se había transmitido que, en cuanto veas abono en Lugjet e Zeza, no esperes más, coge el arma y sal corriendo: en una u otra dirección encontraras al enemigo. El viejo lo había vivido. La última vez en 1939, cuando tenía cerca de 70 años. El abono en Lugjet e Zeza jamás se había equivocado. Pero esta vez todo el mundo fingía no saber nada. Iré a Tirana a preguntarle a Enver Hoxha, pensó entonces Nikë Ukcama.

En la mente de Nikë Ukcama se iba simplificando la imagen del Estado a medida que pasaban los años, como suele ocurrir con los viejos de la montaña. Para ellos, el funcionamiento del Estado y los mecanismos estatales se reducían a leyenda hasta tal punto que toda la actividad estatal en política interior y exterior podían expresarla con palabras cotidianas: salió, dijo, les respondió no y no, espera a que lleguen las nieves, etc. Hacía tiempo que Nikë Ukcama no se dedicaba a nimiedades e ir a ver a Enver Hoxha para preguntarle personalmente por la guerra, era para él lo más normal del mundo. Tenía todavía 88 años, pero había viejos centenarios que considerarían normal ir a ver a Enver Hoxha, no ya para hacerle una pregunta, sino sencillamente para tomar café con él. Si sus piernas no estuvieran tan pesadas por todo un siglo y los Bjeshket e Nemuna no estuvieran tan lejos de Tirana, lo harían con toda seguridad.

Mientras duró el viaje de Nikë Ukcama hasta Tirana, primero a caballo, luego en el camión de una cooperativa, después en autobús y al final en tren, no había visto señales de guerra por ningún lado. Qué guerra es ésta, que ni se ve ni se oye, pensó entonces. Su aturdimiento fue total cuando llegó a la capital. Al ver las calles ruidosas, los escaparates con trozos de algodón emulando la nieve de Año Nuevo, las entradas de los cines y los cafés con grupos de muchachos y muchachas, llegó a pensar si esta guerra no sería diferente a las demás y tras ello a preguntarse si no estaría equivocado. Pero enseguida volvió en sí y dijo: no, los Lugjet e Zeza no me han engañado nunca. Guerra, hay; pero ellos no la ven.

—La entrada es por allí —repitió el centinela, alargando el brazo por debajo del capote.

Nikë Ukcama volvió la cabeza en la misma dirección, luego dio varios pasos por la acera. Por lo menos que me digan qué enemigo nos ha salido, pensó y se volvió hacia los centinelas.

—¿Qué nuevo *Kral** tenemos? —gritó.

Al chocar la voz del viejo en las columnas, a los centinelas no les llegó más que un «crua-crua».

Qué maravilla, repitió para sí el escultor en la portería del Comité Central mientras seguía con la vista al viejo montañés que rellenaba la solicitud con ayuda de una joven. Por qué quiere ver al camarada Enver, preguntaba la chica. Qué quejas tiene. No tengo ninguna queja, respondía el viejo, sólo quiero preguntarle si habrá guerra.

Qué maravilla, se repitió el escultor. Sería una gran suerte poder esculpir esa cabeza. Cuando salió de la portería, continuó la persecución del viejo por el bulevar. Le habían dicho que debía presentarse al día siguiente para recibir respuesta y ahora preguntaba por una pensión donde alojarse.

Una secreta esperanza animaba al escultor. En esta época del año normalmente no se encuentra sitio en los hoteles de Tirana... Iba siguiendo todavía al montañés, cuando, de repente, se sintió invadido por una sorda inquietud: ¿no será esto signo de algo importante?

El viejo caminaba unos pasos delante de él, con ese andar despreocupado típico de los montañeses, que la edad era incapaz de arrebatarles. El escultor le seguía como atado con un hilo invisible a su *xhok* negra, mientras se preguntaba: ¿por qué se mueve la leyenda?

Beni caminaba con rapidez por la calle de Dibra. Varias veces chocaron sus rodillas con las bolsas de naranjas que llevaban los transeúntes. Desde lejos vio que en el lugar de costumbre sólo estaba Sala. A su espalda, en la cristalera de la farmacia, como una vieja conocida, la serpiente intentaba meterse en la copa.

—¡Eh! —le soltó Sala al verle—. ¿Dónde te has metido?

Ciertamente Beni llevaba mucho tiempo sin aparecer por la calle de Dibra. Desde aquella tarde fracasada en casa de Tori había empezado a salir cada vez más con Maks Bermema, que había logrado aficionarle al magnetófono. Día tras día iban a casa de uno u otro y se entretenían con un magnetófono que la mayor parte del tiempo estaba estropeado. A Beni le agradaba cada vez más su nuevo amigo. Posiblemente no hubiera vuelto a la

* En albanés antiguo, rey y reino enemigo.

calle de Dibra de no suceder aquel día algo extraordinario. Te ha telefoneado una chica, le había dicho Mira con una sonrisa traviesa cuando regresó a casa a mediodía. Saltaba a la vista que estaba esperando a que llegara Beni para contárselo, mas éste no se mostró muy interesado. La única que sabía su número era «Crisis».

—Buenos días, ¿es la casa de Struga? —murmuraba Mira mientras colocaba los platos sobre la mesa—. ¿Se puede poner Arben?

—Ya está bien —gruñó Beni en voz baja para que no le oyera su padre.

Entonces sonó de nuevo el teléfono. ¡Hola!, dijo una voz de muchacha. ¿Arben? Soy Iris. ¿Te acuerdas? Nos conocimos en septiembre. Beni no sabía qué decir. A lo mejor no te acuerdas, continuó la joven. Ha pasado tanto tiempo... Perdona si te he molestado. No, reaccionó Beni. Había perdido tu número de teléfono, por eso no te he llamado. Beni quiso preguntarle dónde lo había encontrado, pero no pudo. ¿Te vuelvo a llamar? Sí, respondió Beni en un grito ahogado. Sí, claro.

En cuanto colgó, pensó que lo que debía hacer era salir de la estrechez del pasillo. Entró en la alcoba donde dormía, se acercó a la ventana y estuvo un rato mirando fuera. Lejos, semimalva, semiblanco de nieve, se extendía indiferente frente a la capital el monte Dajti. Te ha telefoneado una chica... No dejaba de mirar al Dajti. Cuando eran pequeños, Raboja les solía decir: cuando tengáis algún sueño, antes que a nadie, contárselo a las montañas. Lo hemos hecho toda la vida. Beni estuvo varios minutos junto a los fríos cristales. Luego, de repente, su pensamiento perdió transparencia, se redujo, se encogió como un ovillo: Tori.

Yo no soy Tori, dijo para sí y, de improviso, turbado como estaba todavía por su llamada, decidió que lo primero que debía hacer era contarle todo a Tori. La decisión le satisfizo y, nada más comer, marchó a la calle de Dibra.

—Mira ese girasol —dijo Sala, señalando con la cabeza a la enfermera del oncológico que pasaba sin saludar—. ¡Pecosa inmundada!

Entre la gente apareció «Crisis general del capitalismo».

—¡Hola Beni! ¿Dónde vas a pasar la Noche Vieja? —dijo sin detenerse. Sus hombros puntiagudos se perdieron entre el gentío.

—Es verdad, ¿dónde vamos a pasar la Noche Vieja? —dijo Sala—. O tú...

Beni no habló. Miraba a un hombre alto que movía los brazos cómicamente, mostrando algo a su compañero mientras éste le fotografiaba sobre el fondo de la calle.

—Están locos —dijo Sala—. En esta calle se ve todo tipo de sonados. ¿Sabes?, dicen que van a crear unas brigadas de control de la juventud...

—¿Para qué?

Sala escupió.

—No lo sé, quizá para fotografiar a los que andan holgazaneando por las calles, como nosotros.

Beni miraba bien la calle, bien la fachada de mármol negro desconchado en algunos puntos de la tienda de cosas viejas, tras cuyo mostrador, entre las demás antiguallas, pasaba su dueño horas enteras sin menearse.

En estas apareció Tori. Venía con Çlirim y ambos pusieron los ojos como platos, como si vieran la imagen más increíble.

—¿Cómo estás, Beni? Pensaba que ya no volverías.

Beni evitó la respuesta.

—Tengo que decirte algo —se dirigió a Tori en voz baja, para que no le oyeran los otros.

—¿Sí?

Beni le contó lo ocurrido. Curiosamente Tori le escuchó tranquilo.

—Como puedes ver, no soy como tú —dijo Beni sin retirarle la mirada—. Podía habértelo ocultado, ¿o no?

Tori esbozó una sonrisa un tanto triste.

—Si te ha telefoneado significa que tú le gustas más —dijo—. ¡Que la disfrutes!

Beni no le quitaba ojo.

—Tampoco yo soy como tú —dijo Tori—. Ni me enfado, como hiciste tú entonces, ni te maldigo.

—Yo no he maldecido a nadie —le espetó Beni—. Ni siquiera sé maldecir.

—Es igual.

Çlirim les miraba fijamente.

—Nosotros en Vanceslav...

—Deja ya tu Vanceslav.

Tori le dijo por segunda vez «que la disfrutes» como si Iris fuera una gabardina o un jersey, mientras Beni se repetía «¿por qué no se enfada?»

—Escucha. Tori. No he dicho que piense salir con ella. No vuelvas a decirme «que la disfrutes».

—¿Por qué?

—Porque no me gustan las chicas que hoy llaman a uno y mañana a

otro.

—No hay nada entre nosotros. Un par de paseos, alguna película...

Beni recordó que entonces le dijo casi lo mismo a Tori. Desde cuándo es tan noble, pensó.

—¿De dónde ha sacado ella mi teléfono? —inquirió inesperadamente.

—Se lo di yo —respondió Tori—, me preguntó por ti y se lo di. A lo mejor hice mal.

Beni no supo qué decir. De repente, una sombra de duda se precipitó sobre todo.

—Escucha —dijo Beni con gesto sombrío—, si se te ocurre pensar que me conformo con las sobras, que sepas que no soy de esos.

Hizo ademán de volver la espalda para irse, pero Tori le cogió suavemente por el codo.

—No te pongas así, Beni. Escucha.

Çlirim quiso intervenir, pero Beni le cortó:

—Dinos ahora que en la plaza Vanceslav os pasábais las chicas unos a otros —dijo irónicamente.

En ese instante, en la puerta de la tienda de cosas viejas, apareció la cabeza del dueño.

Beni repitió el ademán de marcharse, incluso dio dos pasos, pero se detuvo y volvió la cabeza.

—Y escucha —se dirigió a Tori—, si aquí hay alguna trampa...

Rrok Simonjaku, el dueño de la tienda de cosas viejas a comisión, una de las pocas tiendas privadas que no desaparecieron con la ola de estatalizaciones, nunca había tenido la costumbre de salir a la puerta como solían hacer los tenderos para reclamar silencio, aunque se estuviera produciendo el mayor de los escándalos. Y mucho menos por aquellos muchachos cuyas caras conocía de tiempo. Pero, esta vez, creyó entender que el cliente que acababa de entrar lo exigía. Delgado y de piel brillante, pulcro, con su traje negro pegado al cuerpo, y con una cartera también negra que le daba aspecto de funcionario de ministerio, después de echar una ojeada a los objetos expuestos en las estanterías, había abierto la boca dos veces como para pedir algo que no veía y las dos veces la cerró sin hablar. Parece que algo se lo impedía. Si se te ocurre pensar que me conformo con las sobras, que sepas que no soy de esos. Rrok pensó que eran precisamente las voces nerviosas de los de enfrente (así los llamaba él), lo que no dejaba hablar a su cliente. Salió a la puerta y les miró no con ojos de reprobación

sino casi de sumisión. Entró de nuevo en la tienda, ocupó su lugar habitual detrás del mostrador y, sin saber por qué, medio asustado, con una especie de agotamiento interno, levantó la vista hacia el desconocido. Los ojos de Rrok Simonjaku, dos ojos mezquinamente untuosos, que parecían estirados a ambos lados con un pinzas, con un ligero desgarrón que les daba un aspecto lloroso que inspiraba piedad y repulsión al mismo tiempo, se clavaron en los ojos enérgicos del desconocido.

—¿Qué desea? —dijo no con la voz, sino con todos sus rasgos. El desconocido se quedó enganchado a su penetrante mirada dos segundos, tres, luego, con voz sorda, abriendo lo mínimo los labios, tan poco que las palabras tenían que salir a rastras de ellos, dijo:

—¿Tiene alguna estola de sacerdote?

Rrok Simonjaku sintió cómo se le secaba la saliva en el paladar. Ninguno de los dos bajaba la vista, como si sus ojos fueran cañones de fusil. Por fin Rrok Simonjaku, casi silbando, preguntó:

—¿Ha pedido una...

—Una estola de sacerdote —repitió el desconocido.

Había oído bien. Bajó la mirada hasta el mostrador, vio las manos que permanecían allí con las palmas abiertas, y, sin mirar al cliente, dijo como si hablara consigo mismo:

—Debo tener alguna, pero venga mejor otro día, pasado mañana o la semana entrante.

—¡Gracias! —dijo el desconocido y saludó con un movimiento brusco de cabeza—.

—¡Adiós! —respondió Rrok Simonjaku.

Al otro lado de los cristales vio sus estrechos hombros abrirse paso entre la multitud bajo un fondo de escaparates llenos de alegres trozos de algodón.

Adiós... señor, dijo para sí Rrok Simonjaku. ¡Vaya, por fin!, pensó un instante después. Una estola de sacerdote. O sea, que algo de verdad había en las lucubraciones de su cuñado. No sé nada, le había jurado, nada concreto, sólo que algo ha llegado a mis oídos, así, de pasada, como entre nubes, quizá no haya ni un ápice de verdad. Rrok le había escuchado sereno y se había dicho: si hay o no algo de verdad, se confirmará en mi tienda.

Durante más de quince años, desde octubre de 1944, aquel mes inolvidable anterior a la gran subversión, cuando él, Rrok Simonjaku, hasta entonces simple funcionario que escribía libros de geometría para las escuelas primarias del reino, creyó llegado el momento de dejar el funcionariado y abrir una tienda de objetos usados; desde 1944, pues, su

tienda había sido un sismógrafo infalible de todos los pronósticos políticos del país. Se confirmará en mi tienda, había dicho y no se había equivocado. Tres días de espera, cuatro días de espera y, por fin, el cliente de traje negro, con cartera de funcionario de ministerio en la mano, se presentó. ¿Tiene alguna estola de sacerdote?

Tenía esa estola. Estaba en el tercer estante, en la parte trasera de la tienda, con otras prendas religiosas, turbantes de derviches, piedras verdosas de las que llevaban en el cinturón los priores de las *teqe*^{*}, hábitos de franciscano, evangelios y coranes con encuadernaciones preciosas y otros objetos ornamentales eclesiásticos; todos con un palmo de polvo encima. Abajo, en un gran cofre, colocados unos encima de otros, uniformes oficiales y semioficiales, trajes de embajadores, capas con emblemas reales, con las armas de bajá, ropas de gerentes, chaquetas con el distintivo del viejo parlamento, vestimentas ceremoniales con todo tipo de bordados, adornos y galones.

Todo esto se lo habían empezado a vender aquel inolvidable octubre, la gran víspera. Vendían en cantidades, con prisas, febrilmente, todo lo que creían que ya no les serviría en la época que se avecinaba, desde trajes de baile hasta candelabros y cuberterías carísimas con las iniciales de importantes familias grabadas.

Volveremos a comprarlos, parecían decir sus ojos. Vendrá el día en que los compraremos de nuevo. Luego venía el momento insoportable de desprenderse de los objetos, el globo ocular terriblemente fijo en las órbitas, temblor en las manos, pérdida de la voz. Chamarilero, oh chamarilero... parecían decir sus miradas con acentos de maldición.

Tras el derrocamiento, bajo la presión de la revolución, las ventas se realizaban muy discretamente, medio a escondidas, pero en los ojos persistía la misma pesadumbre demencial: lo compraremos de nuevo. Llegará el momento en que nos hagan falta...

Y así era. Cada vez que se despertaba en ellos la esperanza de regresar al poder, volvían para comprar lo que habían vendido. Ocurrió en 1948, cuando se produjo la ruptura con Yugoslavia, y luego en 1953, nada más morir Stalin. Mas en ambos casos la ilusión fue efímera. No pasaron dos meses y ya estaban allí para revender lo comprado, aceptando nuevos precios, bastante más bajos. Entre tanto, había comenzado a vender, cada vez con mayor frecuencia, ropas y objetos a los teatros y a los recién

* Monasterio de la secta musulmana de los *Bektachies*.

creados estudios cinematográficos *Shqipëria e Re*. En octubre de 1956, justo tras la contrarrevolución en Hungría, volvieron a aparecer por el mostrador de la tienda viejas caras. Ésta fue la última vez. Desde entonces había reinado la quietud.

Rrok Simonjaku contemplaba los alegres escaparates de la acera de enfrente, las espaldas de la gente que se inclinaban levemente hacia ellos en ese mar de algodones blancos y anaranjados.

Han pedido una estola de sacerdote, dijo para sí, en cambio ellos no saben nada. Un presentimiento le decía que ahora no era como en 1947, en 1953 o en 1956. Ahora debía tratarse de algo gordo. La señal estaba dada. Mañana o pasado mañana vendrán uno tras otro, en fila, como nunca, a buscar su vieja indumentaria. Mi capa con los distintivos... mi bastón de ceremonias... Después escucharía sus balbuceos amenazantes: Estos no son nuestros trajes, nos quedan mal. Tú nos los has cambiado. Despertad, decía desde ahora Rrok Simonjaku, son vuestras ropas, pero habéis adelgazado, la revolución os ha dejado en los huesos, cómo puede sentarle bien el traje de una persona... a su sombra.

Rrok Simonjaku seguía mirando la calle. Esos muchachos todavía están allí y, al parecer, se pelean por una chica. Esbozó una sonrisa irónica, luego, como si saliera de un vacío anímico, se dio cuenta que desde que marchara el cliente había permanecido de pie, a la espera.

—Como sea una trampa, te rompo las costillas —gruñó Beni por segunda vez y, como si temiera no poder soportar una palabra más de Tori, se volvió bruscamente y se alejó excitado.

Caminaba en este estado frente a la Biblioteca Nacional, cuando alguien le llamó por su nombre. Volvió la cabeza y vio a Diana Bermema, la hermana de Maks. Ella también parecía excitada, pero por razones totalmente diferentes. Caminaba muy despacio, como encantada, y su cara estaba cubierta de una especie de polvillo de felicidad mezclado con el resto de una sonrisa, esbozada quizá un poco antes, en el cruce anterior...

—¿Qué tal, Beni? ¿No has visto a Maks?

Saltaba a la vista que tenía la cabeza en otra cosa y que le daba igual la respuesta. A Beni le pareció que estaba embarazada, pero no recordaba si estaba casada o no.

Algo le pasa, pensó ella cuando Beni se marchó, e inmediatamente lo olvidó. Diez minutos antes, mientras miraba los escaparates de unos almacenes, había sentido por primera vez el movimiento de la criatura en el

vientre. Eran golpes débiles, muy débiles, pero que la hicieron detenerse entre los transeúntes. Sintió que se le cortaba la respiración, por un instante creyó que todos sus órganos se paralizaban al sentir esa lejana señal y se apoyó en el grueso cristal del escaparate. Esperó un momento, mas no se repitió el golpecito. En la cristalera había trozos de algodón pegados, todo un cielo de nieve que se extendía misteriosamente, y ella creyó por un momento que el centro de su cuerpo y el centro de aquel universo eran la misma cosa y que la señal había llegado de allí, atravesando penosamente aquel caos. El deseo de comunicar la noticia a todo el mundo se transformó de inmediato en lo contrario, ocultársela a todo el mundo. El reloj grande de la ciudad sonó cuatro veces. Completamente turbada por la excitación, Diana comenzó a caminar sin rumbo fijo. Al despedirse de Be-ni frente a la Biblioteca Nacional, recordó que allí trabajaba una amiga suya y decidió entrar para descansar un poco. No le diré nada, pensaba mientras subía las escaleras. Su amiga trabajaba en una de las salas reservadas a los colaboradores científicos del Instituto de Historia. Era una sala cálida y desde su enorme cristalera se distinguía una parte de calle, la silueta de la cabeza de una estatua y algo más allá, quizá en la plaza de la Alianza, el letrero luminoso «Asegurad vuestra vida en ISIS» encendido tan temprano quién sabe por qué. En las mesas había gente trabajando. Algunos habían dejado libros abiertos y hojas sobre la mesa para, quizá, ir a tomar un café en el tercer piso. A Diana le gustaba ver estas mesas en las bibliotecas, sobre las que los hombres ausentes parecían dejar una parte de sí mismos.

Las dos amigas cuchichearon alegres durante un rato. No le diré nada, pensó Diana. El timbre del teléfono sonó como si estuviera agonizando.

—Me llaman de la dirección —dijo la bibliotecaria, colgando el auricular—. Espérame aquí, Diana. No te importa, ¿verdad?

—No.

La bibliotecaria salió de la sala.

Desde fuera llegaba la última luz del día que terminaba, una luz sorprendentemente cálida para un día de invierno. Tras la llovizna que había empapado la ciudad a lo largo de la mañana, las nubes habían alcanzado su máxima altura en el cielo.

Diana observaba el movimiento de la calle. Aquí y allá se habían encendido algunos letreros que a esta hora, cuando aún quedaba luz solar, parecían irreales, seres de sangre blanca. Sin darse cuenta, se acercó a la enorme estantería de nogal llena de libros, la mayoría de ellos

voluminosos, pesados, encuadernados en piel marrón. Sus ojos resbalaron sobre la vetustez de títulos, escritos en viejos estilos, la mayor parte en letra gótica, que más que títulos de libros semejaban emblemas o sellos grabados en escudos medievales, o adornos de paredes y techos antiguos. Se acercó más, casi con miedo, y leyó: Marin Barleti, *El sitio de Shkodra*. Luego continuó. *Crónica de la peste de los años 1701-1705. Anales diplomáticos: Las fronteras estatales del norte. La guerra de Vlora. Expediciones punitivas del cónsul romano Gaius Flavius. Los llantos de las mujeres durante la guerra*. Detallada clasificación de llantos según el tipo de muerte: en la refriega, durante el ataque, durante la retirada, después de la guerra como resultado de las heridas, la muerte de los presos, la muerte de los desertores. ¿Qué es esto?, dijo Diana para sí. Quiso interrumpir la lectura y regresar a la cristalera, pero no pudo. La estantería era una trampa en la que estaban atrapados sus ojos. Continuó leyendo. *Anales diplomáticos. Ruptura de relaciones diplomáticas con Roma en el s. I de nuestra era. Anales diplomáticos. Ultimátums. La masacre de Manastir: Testimonios y hechos recogidos de verdugos y víctimas. Tratamiento popular de las heridas de guerra. Primera parte: heridas por arma blanca. Segunda parte: heridas por arma de fuego. Los vehículos de la peste de 1304. Hipótesis. La batalla de Albulene. Cuarenta años de hambre. Testimonios y hechos sobre casos de muerte, desviaciones psíquicas y canibalismo durante el hambre de los años 1831-1871. Quinta edición*. Basta, se dijo Diana. De la estantería soplaban un viento de muerte e instintivamente se llevó las manos al vientre en ademán de protegerle. Vertical ante ella, amenazante, no era una estantería, sino una hilera de escudos, de escamas de dragón. De nuevo quiso volver la espalda y no pudo. Por el contrario, alargó la mano y despacio, llena de miedo, arrancó una de las escamas. *Anales diplomáticos. Ultimátums*. Descubrió la primera página y leyó. *Compendio comentado de los ultimátums enviados al Estado albanés desde sus orígenes hasta nuestros días. Primer ultimátum del senado romano. Segundo ultimátum de Roma. Ultimátum de Bizancio. Petición de desembarco (en forma de ultimátum) de Robert Guiscard, rey de los normandos. Primer ultimátum turco. Ultimátum del sultán Murat I. Ultimátum del sultán Mehmet II. Ultimátum de la Sublime Puerta dirigido a Alí bajá de Tepelena. Ultimátum montenegrino de 1913. Petición de tránsito (en forma de ultimátum) del ejército austriaco para acceder al Adriático. Petición de acantonamiento (en forma de ultimátum) del ejército francés en Korça. Ultimátum del rey de Servia, 1915. Ultimátum italiano de 1920. Ultimátum de Mussolini de 1936. Petición de desembarco (en forma de ultimátum) de la flota inglesa en*

1944. Dejó el libro en el estante. Quiso volver la espalda pero seguía siendo imposible. Sus ojos prosiguieron la lectura. *Expedición punitiva de Sert Aksham Durgut bajá. La insurrección de 1911. Sobre la rapidez de la difusión de noticias en tiempos de guerra.* Edición corregida. *Las tierras en tiempo de guerra. Estudio sobre el cultivo de las zonas montañosas en tiempos de guerra.* Volumen IV. *Ordenamiento de terrazas en la planicie septentrional y en Lugjet e Zeza. Anales diplomáticos: la cuestión de la base naval de Pashaliman y la isla de Sazan desde sus orígenes hasta nuestros días. La ofensiva alemana del invierno de 1944. Las ceremonias y la guerra. Estudio sobre la simplificación o la modificación de las ceremonias en tiempos de guerra: ceremonias natalicias, nupciales, fúnebres, con un apéndice sobre las ceremonias oficiales. Quinta edición. La sangrienta masacre alemana de Borova de 1943. Testimonios y hechos. Actae diplomaticae. Pashaliman (antigua Orikum). Veinte siglos de conflictos.*

Diana sufrió un mareo. La estantería se nubló, se agitó como si estuviera viva. Una muralla humana. De nuevo se había llevado las manos al vientre. La idea de que él formaría parte de este pueblo se perfiló difusa en lo más profundo de sus entrañas.

En ese momento entraba la bibliotecaria.

—¿Qué te pasa, Diana? ¿No te encuentras bien?

—No, me he mareado un poco.

Le acercó una silla y Diana se sentó. Después del primer movimiento, no había vuelto a sentir a la criatura. Ella sabía que, al principio, se mueven muy poco. Tuvo un repentino deseo de contárselo a su amiga, pero de inmediato cambió de idea. Toda esa pared pesará sobre él, pensó sin quitar los ojos de la estantería.

—¿Quieres un vaso de agua? —preguntó la amiga.

—No, ya estoy bien.

Allí estaba el destino de su hijo. Tendría toda aquella pared en el espíritu, en los ojos, incluso en las arrugas de la frente.

Diana se levantó.

—Me voy —dijo—, ¡hasta la vista!

Había empezado a oscurecer. Mientras caminaba hacia casa, recordó que debía llamar a Zana para preguntarle dónde pensaban pasar la Nochevieja. Ni siquiera había visto a Besnik desde su regreso de Moscú. Quizá pasemos juntos la Nochevieja, se dijo y la idea le causó alegría.

Después de deambular una hora por la calle de Durrës, Beni volvió al

centro. Desde lejos observó que Sala estaba solo junto a la farmacia. Cruzó la calle y le cogió por el hombro.

—Ven un momento conmigo.

—Despacio. Me has asustado —dijo Sala.

—Escucha —le dijo Beni cuando entraron en el callejón—, tú debes saber algo.

—¡Qué! —exclamó Sala.

Beni le agarró del codo.

—Dime la verdad, ¿por qué le dio Tori mi número de teléfono a Iris?

Sala miraba con ojos atónitos.

—No lo sé.

—Mientes —dijo Beni—, tú lo sabes.

—No sé nada —dijo Sala, bajando la vista.

Beni le agarró por el cuello de la camisa.

—Te voy a partir las costillas.

—¡Quítame las manos de encima! —dijo Sala—. Yo no traiciono a los compañeros.

—¿Y por qué me traicionas a mí?

Sala le miró a los ojos.

—¿A ti?

—A mí.

—Tampoco te traiciono a ti —respondió Sala.

—Claro que me traicionas. Jura por tu madre que no...

—No.

—Eres un canalla.

—No.

Se hizo un silencio de varios segundos. Se les oía tragar saliva con dificultad.

—Pensaba contártelo —Sala rompió el silencio—, pero te me echaste encima como un loco. Dame un cigarrillo.

Encendieron sendos cigarrillos y se apartaron a una puerta vieja.

—Tori tiene miedo —dijo Sala con voz pausada.

—¿Miedo? ¿De quién?

—Espera, no seas tan impaciente. Teme al tío de Iris. Los ha visto juntos y no se despega de Tori. Ha cogido su dirección, información sobre su familia y su comportamiento, y qué sé yo cuántas cosas más. ¡Jo, qué tío! Tori teme que vaya a quejarse al trabajo de su padre o al barrio. Tú sabes que ha tenido problemas en otras ocasiones, y ahora se le ha metido el

miedo en el cuerpo, sobre todo desde que oyó hablar de las brigadas juveniles de control.

—Vaya, ahora entiendo —dijo Beni—. O sea que si salgo yo con Iris, su tío vendrá detrás de mí.

—Claro —afirmó Sala—. Y dejará tranquilo a Tori.

—Sois unos canallas.

—Yo no.

Durante un rato fumaron en silencio. Beni quiso preguntarle si había habido algo entre Tori e Iris, pero no se atrevió.

—Tú también tienes miedo —dijo Sala—. Estás empezando a cambiar de idea.

—No tengo miedo de nada, ya lo verás.

Salieron del callejón y caminaron por la calle de Dibra. Daba la impresión de que la calle estuviera a punto de deformarse por el incesante ir y venir de la gente. Luces encendidas por todas partes. En los tenderetes colocados en la acera para las fiestas de Año Nuevo, se compraba frutas y bebidas. Beni distinguió a Zana y Liria entre la multitud. Al parecer acababan de salir de los grandes almacenes. Liria llevaba en la mano una bolsa grande y Zana parecía enfadada. Qué diablo de calle, dijo para sí, con sólo pasar por ella una vez encuentras a media Tirana. La luz de los escaparates daba a los rostros un enigmático tono blanquecino. Beni lo había observado muchas veces. El enigma parecía crecer con la proximidad del Año Nuevo. No era casual que repitieran y repitieran sin cesar la pregunta: ¿dónde vais a pasar la Nochevieja? Todos querían descubrir el feliz enigma de los demás. Todos preguntaban dónde, dónde, pero nadie quería ser el primero en desvelar su secreto.

Viendo el algodón pegado en los cristales de los escaparates, Zana sufrió un ligero vahído. Liria caminaba a un paso de ella con la bolsa en la mano.

—¡Uf, qué gente! —exclamó.

En el gran bulevar, la afluencia de gente era menor. Estaban colocando bombillas de colores y enormes trozos de algodón en las ramas de los abetos de la plaza de Skénderbeg.

—¿No dijo nada de la boda? —preguntó Liria.

—No.

—Tú no le digas nada.

—Mamá, tú conoces más o menos mi carácter. ¿Cómo se te ocurre

pensar que pueda recordárselo yo? —dijo Zana.

—No te pongas nerviosa, Zana; no creo que te moleste que te dé un consejo.

Zana respondió.

—Lámparas azules —gritaba un electricista desde lo alto de un abeto—, azules, no verdes.

—De todas formas, soy tu madre y tengo derecho a preocuparme. ¿Qué significa esa frialdad repentina?

—Ya no quedan azules. Si quieres amarillas...

—¿Esa frialdad? Frialdad —dijo Zana.

—¿Y a ti te parece normal?

—No, en absoluto.

—¿Y entonces?

—No te comprendo, mamá. Me hablas como si yo...

—Ya sé que no tienes culpa, sin embargo no entiendo tu tranquilidad.

—Según tú ¿qué debería hacer? ¿Ponerme a gritar?

—Mira otra vez, no tengas alguna azul —gritó el electricista.

—Intenta encontrar los motivos.

—Lo he intentado —dijo Zana.

—Ya te he dicho que no hay azules.

—Contigo no se puede hablar —dijo Liria—. Cuando te dije, la noche que regresó de Moscú, lo recuerdas, que el hecho de no traerte el más pequeño recuerdo no era algo sin importancia, cuando te dije que su indiferencia tenía un significado más profundo, te me echaste encima, no aceptaste nada y le defendiste de una manera que parecía como si yo, tu madre, quisiera meter cizaña entre vosotros. Pero, mira por dónde, se confirman mis sospechas. Dentro de una semana debéis casaros y él hace como que lo ha olvidado. Ayer olvidó traerte un recuerdo, hoy olvida la fecha de la boda y mañana seguro que olvida que eres su novia. ¿No llamarás mezquindad también a esto? Habéis aprendido dos palabras «mezquindad» y «pequeñoburgués» y las utilizáis a la primera de cambio.

—Mamá, por favor, ya está bien.

—Por extraño que pareciera, Liria se calló. Ahora caminaban por su calle. El chasquido de las hojas secas se sentía bajo los pies.

—Vamos un momento a la caja de ahorros —dijo Liria—. Quiero sacar dinero.

Empezó a pedir parecer a Zana sobre la sala de estar. Kristaq no se preocupaba de estas cosas y ella debía decidirlo todo. De momento no sabía

si comprar un tresillo completo y vender el viejo, que ya estaba pasado de moda, o comprar sólo el sofá. Últimamente habían tenido muchos gastos y, además, tenían por delante la Nochevieja. Se va el dinero sin darse cuenta, comentó. Zana le escuchaba sin interés.

Ya en casa, Zana se sentó en el sofá y encendió un cigarrillo. Liria andaba por la cocina.

—Zana —gritó desde la cocina—, si quieres puedes bañarte, el agua está caliente.

—Bien, mamá.

Zana contemplaba los tirabuzones de humo cuyas sombras, decuplicadas por la luz eléctrica, se proyectaban en las paredes como el humo de una explosión. Extraño, se dijo pensando en Besnik. Cambiado.

Sonó el teléfono. Era Diana Bermema. ¿Dónde vais a pasar la Nochevieja? preguntó. ¿Cómo es posible que esté ocurriendo todo ante sus narices y ella permanezca de brazos cruzados sin hacer nada por evitar la catástrofe? ¿Zana? Ah, perdona, ¿la Nochevieja? No sé, todavía no hemos decidido nada. En realidad no estaba enfadada con él, sólo sentía apatía, una apatía que él le había contagiado las últimas semanas. Lo celebraremos en casa, si es que Andrea no tiene guardia en el hospital, proseguía la voz al otro lado del teléfono. Maks tiene grabaciones nuevas. ¡Qué bien! Y todo ocurría sin ruido, como un corrimiento insensible de tierra. De cara al exterior todo era normal. Salían juntos, se reunían con los amigos, pasado mañana irían al teatro, y no obstante ella sentía el corrimiento subrepticio de tierra. Entonces, buenas noches, dijo la voz del teléfono. ¡Hasta otra!

Zana se sentó de nuevo en el sofá. Se oyó lejana la sirena de los bomberos. A ella le gustaba, a él no. A ella le gustaba la carrera alocada llena de reflejos rojos del camión, totalmente opuesta a las caras tensas, como pegadas a los cascos, de los bomberos. La idea de que acudían en ayuda de alguien la produjo escalofríos. Que corra alguien hacia ti, en un momento difícil, con ese magnífico quejido que rasga el cielo abierto...

La puerta de la salita chirrió quejumbrosa y en su umbral apareció Liria.

—Escucha —dijo—, no quería decírtelo, pero sospecho algo.

La cabeza de Zana, apoyada en el respaldo del sofá, no se movió.

—Ese aire distraído, esa sensación de ausencia permanente, no puede tener más que una razón —prosiguió Liria—. Temo no vaya a haber en todo esto alguna chica rusa —Liria esperó unos segundos a que Zana dijera: mamá, no digas tonterías, pero no dijo nada—. Dicen que las moscovitas son muy dulces y fáciles y ahora está de moda casarse con extrajeras. ¿Qué

dices?

Zana apagó el cigarrillo en el cenicero.

—No lo sé. No lo creo.

Liria quería preguntarle algo, pero no se atrevía. Fue hasta la librería, abrió un cajón, lo volvió a cerrar.

—Y en vuestras relaciones... íntimas... ¿no has captado nada? —dijo por fin.

—Mamá, por favor, no me gusta hablar de esas cosas.

Zana se levantó bruscamente y salió de la habitación. Caminó por el pasillo sin saber dónde meterse, hasta que se le presentó como una salvación la puerta del cuarto de baño. Los grifos niquelados relucían.

Alargó la mano hacia ellos e inesperadamente se echó a llorar.

Esto no son hojas, sino alpargatas, dijo para sí Rrema el barrendero a las dos y media de la madrugada. Las hojas mutiladas y pesadas se arrastraban a trompicones ante su escoba. Su nieto no paraba de aprender en la escuela versos sobre esas hojas. Si por él fuera, echaría todos esos versos al camión de la basura. Las hojas de otoño eran el enemigo común de todos los barrenderos. En octubre y noviembre, cuando es su época, aún se soporta, pero ahora, a finales de año, no. En octubre y noviembre, las hojas eran consideradas una dificultad añadida al trabajo, y por ello se les subía la paga diaria. Este otoño, Rrema había sacado cuatro mil trescientos veinte leks viejos de más. Mas ahora ya no se las tenía en cuenta, porque había pasado la temporada. Solteronas, las insultó Rrema en voz alta, empujándolas. Estaba dispuesto a barrer gratis la nieve, pero no soportaba estas solteronas. La idea de la nieve suavizó algo su mal humor. Amaba la nieve, pero, qué quieres, nevaba tan poco... La nieve embellecía las calles, y él, antes de empezar a barrer su sector, contemplaba cómo los mágicos destellos bajo la luz del neón herían sus ojos. En cambio, estas solteronas...

En ese momento escuchó un ruido y volvió la cabeza. Veinte pasos más allá, en la parada del autobús, había un hombre. El hombre parecía paralizado. Me lo habré imaginado, dijo y siguió barriendo. El ruido se repitió. Volvió la cabeza. El hombre intentaba mover el letrero de la parada, parece que para leerlo mejor.

—¡Eh! —gritó Rrema—, no hay autobuses a estas horas. No esperes en balde.

El hombre bajó los brazos y quedó firme. Rrema estaba acostumbrado a todo tipo de elementos noctámbulos y no le causó la menor impresión.

Continuó barriendo. Sin embargo, la curiosidad le movió a volver de nuevo la cabeza. Esta vez se quedó de una pieza. El desconocido estaba literalmente colgado de la parada e intentaba arrancarla como fuera. Rrema se dirigió hacia él, al principio andando deprisa y luego corriendo. El desconocido estaba arrancando el letrero de la parada. Emitía leves gemidos. Rrema le cogió por los hombros. El desconocido se agitaba bruscamente, sin retirar las manos del letrero. Intentó golpear al barrendero con las rodillas. Entre ambos se inició una pelea extraña, grotesca. La escena se prolongó bastante. Todo se desarrollaba en silencio. Rrema tenía la impresión de estar viviendo un sueño.

—¡Eh! ¿qué hacéis? —dijo alguien que pasaba en bicicleta—. Habéis encontrado el momento oportuno para pegaros.

—Escucha —dijo Rrema entre hipos, sin soltar al adversario—, he cogido a un saboteador. En el segundo cruce hay una comisaría. Avisa.

El hombre de la bicicleta desapareció con rapidez. Al poco regresaba. La misma escena. Rrema y el desconocido se habían convertido ahora en un único ser hiposo.

—Ya viene la policía —dijo el hombre de la bicicleta.

El policía se acercaba corriendo. Sus pasos resonaban sobre el asfalto. El hombre que pretendía arrancar el letrero hizo un intento desesperado para zafarse, pero Rrema le tenía asido con fuerza. El policía se abalanzó sobre el ser de dos cabezas y cuatro manos que se movía sin cesar.

—A mí no, no me cojas a mí —gritó Rrema.

—No entiendo nada —dijo el policía.

Por fin, logró separar al desconocido de Rrema, le cogió fuertemente por el codo y le obligó a caminar. El hombre del letrero dio dócil unos pasos, luego, inesperadamente, se detuvo y gritó aterrorizado:

—El letrero, quitad el letrero. Que vienen.

Era una voz fuera de lo corriente, una voz no utilizada en mucho tiempo.

—El letrero de tu madre —maldijo Rrema.

El pequeño grupo de tres personas, seguido por el hombre de la bicicleta que, al parecer, no tenía ganas de ir a casa, se dirigía a la comisaría del distrito número tres. A la luz de los escaparates, Rrema vio su camisa rota y balanceó la cabeza. No querías dificultades de trabajo, toma dificultades, se dijo. Anda, cualquiera escucha ahora a la vieja.

—¡Eh, Rrema! ¿qué ha pasado? —preguntó uno de los barrenderos de la calle Comuna de París.

—Llevamos a este amigo a la policía.

—¿Ha roto algún escaparate?

—No —respondió Rrema—. Mucho peor.

—¿Qué? —preguntó el otro bajando la voz.

—Los letreros —contestó Rrema también en voz baja—. Ha intentado arrancar el letrero de la parada.

El barrendero de la calle Comuna de París silbó.

—Parece político.

—Claro, ¿qué te pensabas? —dijo Rrema.

El policía continuaba asiendo con fuerza el brazo del desconocido. Este caminaba con la cabeza gacha. Tenía los hombros encogidos y el cabello corto realzaba el color enfermizo de su cara.

En la comisaría había luz. El policía de guardia, después de hacer varias preguntas al desconocido, tomó el teléfono y llamó al hospital psiquiátrico.

—¿El enfermero de guardia? Aquí la comisaría número tres. ¿No se os ha escapado ningún interno? ¿Cómo? Espero.

Con la cabeza inclinada sobre el auricular, el oficial miraba la camisa rota de Rrema. De la habitación de al lado llegaba la voz conocida de un borracho:

*No te cases con una pelirroja,
Que son más peligrosas.*

—Si, ¿las señas? —gritó el oficial por teléfono—. Le escucho. Sí, sí —miraba al desconocido—. Exacto, exacto. Es él. ¿Envían su coche? Como quieran. ¿Cómo? ¿Inofensivo? —volvió a mirar la camisa de Rrema—. De acuerdo, de acuerdo.

El oficial colgó el teléfono. Rrema miró los ojos perdidos del hombre enfermo y sintió lástima.

La ambulancia del psiquiátrico llegó a los veinte minutos. El enfermo, en cuanto vio al enfermero, fue dócil tras él hasta el automóvil. La ambulancia, con su cruz de un rojo encendido, atravesaba veloz las calles desiertas. Eran las cuatro y cuarenta y cinco.

El médico de guardia del hospital, Andrea Janura, fuerte, diplomado en 1958, aficionado al teatro clásico, casado en 1959 con Diana Bermema, con solicitud de apartamento en la oficina de la vivienda, miró el reloj. Debe estar al llegar, se dijo. Al cabo de un minuto, las luces de la ambulancia

resbalaban por el patio del hospital, descubriendo árboles, bancos de hierro, trozos de asfalto mojado. El médico respiró aliviado. Bajo el brazo, llevaba el libro del hospital abierto por la página 374. Allí, la mano cuidadosa de una enfermera había escrito: Fan Kolonja. Alucinaciones reactivas. Inofensivo. Seguía la descripción del caso. En 1943, el primer día de la ocupación alemana, en la aldea fronteriza de Boro-va... El médico leyó por segunda vez los renglones llenos de densa escritura. Luego apagó la luz y se acostó en la cama plegable. De la ventana colgaba un cuadrado de luz invernal. Amanecía. Cerró los ojos e intentó imaginar la marcha de la primera columna alemana que entraba en Albania por la frontera del sur, en el verano de 1943. La columna se acercaba a Borova. Era larga y polvorienta. A la entrada de la aldea fue atacada por fuerzas guerrilleras. Los alemanes se echaron a tierra desde los camiones y vehículos blindados y tras un breve enfrentamiento montaron de nuevo para proseguir camino hacia el centro de Albania. En el último momento, un alemán escribió aprisa en una tabla, con pintura negra, unas palabras en su idioma: «Aquí nos atacaron. Masacrarlos». Ató la tabla a una estaca y la clavó a un lado de la carretera. Partieron. Junto a la calzada quedó la extraña tabla. Un campesino que echó una ojeada a la carretera una vez callaron los disparos, vio la tabla, se acercó, miró un rato las palabras desconocidas y, al parecer, tuvo un mal presentimiento, porque instantáneamente la arrancó, la tiró a la maleza y salió corriendo. Pero, a los diez minutos, pasó por allí Fan Kolonja. Vio la tabla tirada, se acercó y contempló las letras negras, desconocidas, asombrándose de la habilidad de la mano que las había escrito. Fan Kolonja era un campesino sencillo. Sentía respeto por las cosas escritas, letreros, horarios, bandos. Cogió la tabla de entre los matorrales y la volvió a clavar en la carretera, en un lugar aún más visible que antes. Otra columna alemana apareció en la carretera al cabo de media hora. Se detuvo al llegar a la tabla. Los alemanes la leyeron, después rodearon la aldea con rapidez. La masacre fue terrible. Cuerpos de mujeres, viejos y niños de pecho se extendían por todas partes, por las calles, las fuentes, las puertas de las casas. La mayoría carbonizados por los lanzallamas. Una vez concluida la matanza, la columna prosiguió viaje. Fue el primer día de la ocupación alemana. Camiones y vehículos blindados marchaban sin cesar hacia Korça. Fan Kolonja miraba con los ojos vidriosos ora los masacrados, ora la tabla fatal, y sus labios, sin voz, susurraban una y otra vez «yo», «yo», «yo». Dos años más tarde, una noche de verano en 1945, Fan Kolonja arrancaba los primeros letreros en el mercado de Erseka. Inicialmente le internaron en el psiquiátrico de Vlora, después la trajeron a Tirana. Era incurable e inofensivo.

El médico se envolvió en la manta. Si no llama nadie más por teléfono, podrá dormir un poco, pensó. El turbio cuadrado de luz se tornaba cada vez más lejano. Un trozo de carretera y la tabla con las palabras en alemán: «*Hier bat man uns überfallen! Massakriert!*» flotaban lentamente en su conciencia. Un nuevo letrero, un nuevo destino. La venganza del más fuerte. La venganza del gran Estado. Algo había oído... algo difuso. Fuera amanecía. Fuera estaba la gran ciudad, gris, llena de signos y señales. Innumerables letreros, paradas de autobús, estaciones de tren, taxis, horarios, siglas, indicadores del aeropuerto, playas, cuarteles. Peticiones, avisos, órdenes. A la izquierda. Derecha. Adelante. Atrás. Stop. Todo el mundo con la espalda agujereada por los letreros. Incomprensible. Verdaderas muecas de esfinge. El médico daba vueltas en la cama sin poder dormir. Mañana mismo debía preguntar a su suegra, la madre de Diana. Jamás se había producido un acontecimiento sin que se supiera antes en casa de los Bermema. *Hier bat man uns überfallen*, repitió para sí. Tenía que prepoliticoguntar sin falta.

Capítulo decimotercero

Por el largo pasillo de la redacción, pasaba Bedrija con un retrato de Jruschov en la mano. Ilir, que se encontraba en la puerta de la administración, desorbitó los ojos.

—Bedrija, ¿de dónde has quitado ese retrato?

—De la sala de reuniones —respondió sin volver la cabeza.

Ilir subió corriendo al cuarto piso, donde se hallaba la sala de reuniones. Las sillas alineadas, la mesa alargada cubierta con una tela roja, las cortinas de las ventanas, todo estaba inmerso en un silencio púrpura. Dirigió la mirada a la pared de enfrente y, junto a la foto de Enver Hoxha, vio un cuadrado descolorido, el espacio vacío del retrato recién retirado. La luz tenue que penetraba por la ventana caía sobre él. Los ojos pequeños e inquietos de Ilir rezumaban curiosidad. Descendió los escalones de cuatro en cuatro y entró como un huracán en una de las oficinas.

—Bedrija ha retirado el retrato de Jruschov de la sala de reuniones —dijo en un suspiro—, lo he visto con mis propios ojos.

Todos levantaron la cabeza.

—¿Lo dices en serio? —preguntó el jefe del laboratorio.

En el silencio se oía la respiración acelerada de Ilir.

—Lo he visto con mis propios ojos —repitió.

—Qué raro —dijo uno de los periodistas.

Tras un breve silencio, comenzaron a hablar todos a la vez.

—Hay que ir a la sección de exterior —dijo alguien—. Allí deben saber algo.

—Ellos leen el boletín amarillo.

—Dicen que pronto se informará de todo a todo el Partido.

—Si es de verdad hay algo.

—Naturalmente.

—Yo no lo creo.

En estas, entró Besnik.

—¿Dónde está Nikolla? —preguntó.

—Debe estar al llegar.

—Éste sabe más que cien boletines amarillos —comentó uno de los periodistas cuando salió Besnik.

—No cuenta nada —dijo Ilir—. Varias veces he intentado sonsacarle, pero es imposible.

—Desde que volvió del extranjero parece bastante cambiado.

—Yo también lo he observado. Se ha vuelto huraño.

—Quizá tenga problemas familiares.

—El viaje a Moscú ni siquiera lo menciona. Ni una palabra, ni un comentario. Como si no hubiera estado allí.

—Si de verdad hay algo en todo esto, espero que pronto se informará a todo el Partido.

—Eso digo yo.

Entró el secretario del comité de redacción y cortaron la conversación. El secretario buscaba el plan semanal. En la puerta apareció el administrador pelirrojo.

—Llaman al redactor jefe, del Control del Estado —dijo, dirigiéndose al secretario del comité de redacción.

—Está en el Comité Central.

El secretario tomó una copia del plan semanal y salió.

—Vamos a la sección de exterior —dijo Ilir al poco.

Las puertas se abrían y cerraban en el pasillo. Se acercaba la hora del café. Los periodistas casi chocaban unos con otros en la puerta de la copistería. Los dedos de las mecanógrafas se movían a un ritmo demencial. Era la peor hora para ellas. Antes de tomar café, todos querían entregar algo para mecanografiar o recoger los materiales entregados anteriormente.

A la puerta del secretario del comité de redacción lloraba una de las correctoras. Dentro se le oía hablar por teléfono: El redactor jefe está en el Comité Central, ya se lo he dicho. ¿Que cuándo vuelve? No lo sabemos, camarada. No sabemos nada.

El administrador pelirrojo pasó como un golpe de viento por el corredor. Alguien preguntaba: ¿dónde vais a pasar la Noche Vieja?

La reunión extraordinaria del Comité Central, dedicada a informar sobre la actividad de la delegación del Partido en la reunión de los 81 partidos comunistas y obreros celebrada en Moscú, continuaba. Había comenzado el día anterior por la tarde, prolongándose hasta casi la medianoche, y se reinició por la mañana.

Era un día gris. Su escasa luz apenas llegaba a las columnas laterales de la sala, iluminada en su mayor parte por lámparas.

Las columnas estaban pintadas de blanco. Enver Hoxha se dio cuenta entonces de que, en su ausencia, habían pintado toda la sala.

—Nosotros, camaradas, estábamos con vosotros cada día, cada hora, porque imaginábamos que no lo tendríais nada fácil en la gélida Siberia. Lo imaginábamos; sin embargo, lo que habéis explicado rebasa todo lo que hubiéramos podido imaginar.

Era el undécimo miembro del Comité Central que intervenía después de la lectura del informe. Hasta ese momento, todos habían aprobado sin reservas la actividad de la delegación. La lista de quienes habían pedido la palabra era extensa.

El Comité Central de su Partido se sentirá contrariado cuando sepa lo que han hecho y dicho aquí, en Moscú. Enver Hoxha no recordaba bien quién le había dicho estas palabras. Acudieron a su mente cuando el avión en que regresaban había atravesado la frontera de Albania y bajo sus alas aparecieron las montañas cubiertas de invierno. Los picachos negros y las laderas escarpadas, tachonados de nieve, se extendían en hilera. Las aldeas heladas parecían encogidas bajo la axilas de las montañas. Conoció la mayoría de ellas durante la guerra. Y mientras el avión reducía velocidad, descendiendo cada vez más sobre las montañas, tuvo la impresión de que pronto encontraría a casi todos los miembros del Comité Central allí abajo, uno aquí, otro allá, como entonces, dispersos por la nieve, con los largos capotes guerrilleros hinchados por el viento, con la cara pálida por las heridas y demacrada por el hambre. El que intervenía ahora tenía la cabeza vendada cuando le conoció. Durante tres meses asistió a las reuniones del Comité Central con la cabeza vendada y una mancha rojo pálido que asomaba por la venda. Cuando por fin sanó la herida, y Enver Hoxha se encontró con él sin vendaje, casi no le conocía. Vio entonces por primera vez el color de su pelo y descubrió que era más joven de lo que creía.

Cada vez que uno de los miembros del Comité Central pedía la palabra, Hoxha intentaba recordar qué había sido durante la guerra. Nunca los años de la guerra habían afluido a su memoria de modo tan incontenible.

Todo había comenzado unos meses antes, aquel atardecer estival en que sintió por vez primera que aquel enfriamiento lento, cuyo inicio se remontaba a varios años, avanzaba rápido hacia la congelación. Aquella tarde se encontraba en su despacho. Del gran bulevar le llegaban las alegres voces de los estudiantes. Entre el crepúsculo anaranjado de los días de estío, las orquestinas de los parques cercanos afinaban los instrumentos de viento.

Acababa de redactar el primer radiograma que sería enviado una hora después al representante del Comité Central en la reunión de Bucarest y, mientras apretaba el timbre para llamar al secretario, se dio cuenta de que no había firmado el texto. Tomó la pluma y acercó la hoja para firmar, pero en el último momento dudó. La palma de su mano permaneció un rato apoyada en el papel escrito. Luego, más despacio que de costumbre, estrechó la estilográfica entre los dedos y en el lugar donde normalmente escribía «Enver», escribió «Shpati». Apartó un poco la cabeza y miró con cierta sorpresa y con nostalgia, como a un viejo conocido que no se ve desde hace tiempo, su pseudónimo de los años de la guerra. Llevaba quince años sin utilizarlo.

Situaciones difíciles las había atravesado otras veces, incluso muy difíciles; había recordado el pseudónimo en otras ocasiones, como un recuerdo más de la guerra y la clandestinidad, mas nunca había imaginado que llegaría el día, quince años después de acabada la guerra, en que firmaría con ese pseudónimo un documento oficial.

Shpati. He esperado tanto tiempo, parecía decir aquella palabra escrita al final del radiograma.

Todos los radiogramas enviados al representante del Partido en Bucarest y, más tarde, al Primer Ministro de la República que encabezaba la delegación albanesa en New York, los firmó con este pseudónimo. Ellos, a su vez, respondían firmando los radiogramas con su nombre de guerra. Lo habían comprendido.

Cuando envió el primer radiograma a Bucarest, aquella tarde estival, imaginó que, mientras los mensajes cifrados volaban por los cielos de oriente para llevar aquel texto parco hasta la capital rumana, los potentes aparatos del KGB y de todos los países satélites hacían lo imposible para atraparlos en el aire, hacerlos descender y desentrañarlos sin compasión.

Conocía la existencia de todo tipo de aparatos modernos para enviar y recibir radiogramas, pero hubiera querido enviar el radiograma a Bucarest con un sencillo correo guerrillero. Cualquier sistema de claves secretas o supersecretas no tenía la seguridad de los correos de la guerra, de aquellos sencillos guerrilleros que, una vez aprendido de memoria el mensaje, partían para el lugar fijado. A veces eran detenidos o muertos, su sangre salía a borbotones de sus cuerpos, pero el secreto quedaba allí, se enfriaba con sus cuerpos mientras morían.

Los miembros del Comité Central proseguían pidiendo la palabra.

En la tercera fila tomaba notas con la cabeza baja la miembro del Buró Político que se esperaba interviniera en contra. Junto a ella se sentaba un

miembro de la Comisión de Revisión. Una reunión del Buró Político, donde se la pediría que revisase su actitud, iba a celebrarse a mediodía, entre dos sesiones del Pleno. Por la tarde proseguiría la reunión del Comité Central y allí se decidiría todo.

Tras el revuelo de la mañana, en los pasillos de la redacción se hizo cierto silencio. El jefe de personal, Raqi, asomó la cabeza por la puerta de su despacho. El pasillo estaba vacío. De la copistería llegaba el traqueteo amortiguado de las máquinas de escribir. Bedrija limpiaba la puerta acristalada del salón.

Iilir y Zef, el de ATA, salían de la sección de exterior. Pasó Bedrija con un trapo para limpiar los cristales.

—Bedrija —dijo Raqi—, ¿quieres venir un momento?

La mujer se acercó con el trapo en la mano y Raqi cerró la puerta.

—Bedrija —dijo con voz suave—, ¿te ha dicho alguien que quitaras el retrato de Jruschov de la sala de reuniones?

—¡Toma, claro! ¿Por mi cuenta lo iba a quitar? —respondió—. Me lo mandó el redactor jefe.

—Ah, sí, sí... —murmuró Raqi—. ¿Te dijeron algo, o sea, los compañeros, cuando te vieron por el corredor con el retrato en la mano?

—No oí nada.

—Intenta recordarlo.

—No me enredes con estas cosas —dijo Bedrija—, yo no me meto en eso. Tengo un montón de hijos.

—Espacio, Bedrija. Espera un poco.

—No tengo nada que esperar. Tú, chaval, preocúpate de tus cosas. No me mezcles a mí con *Cruchof*. Yo tengo hijos.

—Bueno, bueno... era una broma —dijo el jefe de personal.

—No se bromea con los grandes, chaval. Los grandes tienen sus cosas y los pequeños las suyas. A Bedrija le dicen: quita la foto y ella la quita. Que le dicen que la ponga, pues la pone. Que le dicen que la limpie, pues la limpia. Bedrija no se dedica a lo que tú te imaginas, ¿te enteras?

¡Maldita sea!, exclamó para sí Raqi cuando salió la mujer. ¿Qué está ocurriendo? Se acercó a la ventana y miró fuera. Por el bulevar, con los cuellos de los abrigos levantados para protegerse las orejas del frío cortante de diciembre, caminaban apresuradamente los transeúntes. Algo había llegado a sus oídos. Algo le decía su olfato. Mas no había nada seguro. Un

sentimiento amargo recorría todo su cuerpo. ¿De qué se trataba? Ah, sí. La idea de que Besnik sabía mucho más que él, le resultaba insoportable. Besnik no había estado nunca tan serio. Incluso le habían invitado a la cena gubernamental del Palacio de las Brigadas, donde él, Raqi, no había estado desde hacía tiempo, muchísimo tiempo, desde cuando... Le había preguntado a Besnik: ¿cómo te ha ido en Moscú? y le contestó muy frío: como de costumbre, como todas las delegaciones. Frío. Seguro que ahora se consideraba de la casa. Se vengaba. Raqi suspiró. De la estación del ferrocarril fluía hacia el centro una masa compacta. El tren de las once y media, pensó.

Aranit también había escuchado algo. Había estado con él anteanoche. Estaba triste. Allí en Moscú... ha pasado algo, le dijo. Dicen que Beria era bueno, pero se lo cargaron los escritores. Si es así, se dijo Raqi, entonces... Pero ni siquiera tuvo valor para pensarlo. Tenía miedo de Aranit. En una ocasión, en 1956, por la época de la Conferencia de Tirana, cuando había esperanzas de rehabilitación, salió a colación Koçi Xoxe y los ojos de Aranit se turbaron tan siniestramente que Raqi cambió de conversación al instante. Se había prometido a sí mismo evocar únicamente en la soledad aquel inolvidable año 1947, cuando trabajaba en el Comité Interministerial. Fueron quizá los meses más hermosos de su vida. Siempre eufórico, con una música que no parecía acabar nunca. El tiempo acompañaba. En todas las terrazas y bares de Tirana, las orquestinas tocaban hasta medianoche. Él y sus compañeros, sentados a una mesa con la jarra de cerveza en la mano, miraban de reojo al hombre que habían de arrestar a medianoche. ¿De dónde procedía aquella inmensa alegría que provocaba en ellos la idea de pender sobre la vida del otro, ignorante de lo que le esperaba? Bebía cerveza como ellos, sonreía a la mujer o la novia, era feliz y, sin embargo, en ese mismo momento ya estaba defenestrado. Se cernían sobre él como un rayo celestial, bajo sus pies como un terremoto. Eran seres todopoderosos que tenían su suerte en la mano. Tan desgraciado e infantil parecía en su alegría nocturna el hombre que sería arrestado, como omnipotentes se sentían ellos. Era la embriaguez que proporcionaba el sentirse dueño de la suerte de otros. De alguna forma esto llenaba las carencias en sus vidas, esa música que siempre sonaba ajena y esas lucecillas que titilaban lejos, en la vida de los demás. Se mezclaba con un sentimiento agotador que fluía de los cabellos, las voces y las rodillas de las mujeres y las jóvenes que acompañaban en la mesa a quienes serían arrestados. Llamarían a la puerta a medianoche: ¡Abran!, somos de la Seguridad del Estado, y esas mujeres, que en la terraza del bar parecían tan desdeñosas e inaccesibles, los mirarían con el pelo revuelto, en

camisón, aún ardientes de amor, gritando acongojadas: no, no. Era el culmen del éxtasis. Zeus había descendido sobre Dánae transformado en lluvia de oro. Raqi y sus colegas descendían sobre ellas convertidos en golpes nocturnos en la puerta.

Aquel otoño... Mientras tanto, otros compañeros del ministerio pasaban semanas y meses enteros en servicios inacabables, en persecución de bandas armadas, de los que regresaban con heridas horribles, a veces sin una mano o sin un ojo, a veces ni siquiera regresaban. Y por todo ello no obtenían más que el epíteto de «héroes anónimos» en los versos de los poetas o en el epitafio de sus tumbas. Visitándolos en los hospitales o volviendo de su entierro, Raqi, invadido por un sentimiento de superioridad, bendecía al destino por haber reservado para él el poder de los despachos, que creía terrible, y cada día se convencía más de que esta suerte era eterna. Mas, como ocurre con frecuencia, precisamente cuando se sentía más seguro que nunca, todo empezó a venirse abajo. La catástrofe se presentó repentina. Al principio, una sacudida, la disolución del Comité Interministerial, luego nuevas sacudidas, como en un terremoto, e inmediatamente después el hundimiento. Un torbellino tremendo, un arrasamiento sin límites ni fin, el ministro del Interior expulsado del Buró Político, del Comité Central, días de reuniones interminables, críticas y autocríticas continuas, días de angustia y espera en los pasillos del Comité del Partido, degradación de militante del Partido a candidato, más tarde un nuevo hundimiento, el exministro del Interior arrestado, todo giraba hacia atrás, ahora era Raqi quien esperaba la llamada nocturna a su puerta con un sentimiento perverso (otros experimentarían el sentimiento de posesión respecto a él), acto seguido otra sacudida, agarrarse como a un clavo ardiendo a la autocrítica, autocrítica, autocrítica, hasta que por fin amainó el vendaval, destinándole a un trabajo totalmente extraño para él, en el periódico.

¿Qué está pasando?, se preguntó de nuevo el jefe de personal. Imaginó a una parte de los periodistas tomando café en el *Riviera* o en el bar de enfrente, entre conversaciones y bromas que siempre juzgó sin sentido. Seguramente estaban hablando, comentando lo que habían leído en el boletín amarillo, haciendo pronósticos. Sin embargo, nadie le contaba nada. Se sentía aislado. Seguro que, si de verdad hay algo, se informará pronto a las organizaciones del partido. Y entonces él, junto con los demás, se enteraría de todo... A la vez que los demás... Esto era tan amargo. Tal vez no lo fuera tanto si Besnik no existiera. Pero Besnik lo sabía todo y él no sabía nada. Él, el jefe de personal, sería informado con los demás. Ya no era de casa. Ni siquiera Bedrija se le sometía ya.

Raqi sintió una de esas melancolias que no se sabe dónde desahogar. Había experimentado un sentimiento semejante unos meses atrás, una tarde de septiembre, en la terraza de un bar en la periferia de Tirana. Se oía música, como entonces, había parejas por doquier, y además un flujo amarillo de luna se derramaba sin cesar sobre el paisaje plano hasta el extremo de hacer pensar que fueran a formarse charcos por todas partes. Se le ocurrió que el exministro del Interior debía haber sido fusilado y enterrado en algún lugar de las colinas de Tirana y de súbito, al ver la inundación lunar, le invadió una añoranza punzante... mi ministro, mi ministro... Era una luna insufrible, un sentimiento de ruina absoluta, un deseo de unirse a una carnada de perros que aúllan con el hocico cónico dirigido al cielo (seguramente el drama de los perros había tenido lugar en los tiempos primitivos en una noche de luna).

Se sintió ruido en el pasillo. Volvían. No sólo su humor, sino su forma de hablar, de reír, incluso su forma de vestir, le resultaban extraños. Tenía razón Aranit.

—Reunión en el despacho del redactor jefe —gritaba una voz en el pasillo—. Los jefes de sección y toda la sección de economía a la reunión.

—¿Ya ha vuelto el redactor jefe del Comité Central?

—Sí. Acaba de llegar.

Iban entrando en orden al amplio despacho y ocupando las sillas alrededor de la mesa en forma de T. Uno de los tres teléfonos sonaba continuamente. El redactor jefe levantó el auricular. Estamos en una reunión, dijo y colgó.

—¿Han llegado todos los camaradas? Entonces empezamos —dijo. Tenía delante un pequeño bloc de notas—. Acabo de llegar del Comité Central donde, entre otras cosas, ha habido una breve rueda de prensa —consultó algunas páginas de su bloc. Se hizo un profundo silencio—. Uno de estos días, pasado mañana precisamente, se lanzará en todo el país una gran campaña de ahorro.

Empezó, dijo Besnik para sí. Varios pares de ojos buscaron vehementemente los suyos, mas él esquivó el encuentro.

—Os he convocado para analizar juntos la mejor manera de ilustrar esta gran acción de masas en nuestro periódico.

Imposible que no empezara, pensó Besnik. Un día u otro tenía que empezar. Durante las últimas tres semanas, varias veces había pensado que no sucedería nada, que todo había sido un mal sueño. Pasó la primera semana, pensaba, pasó la segunda. Pasaban los días, llegaban los sábados, incluso los domingos (a punto estaba de preguntarse si todavía existían los

domingos, sorprendido como cualquier persona al ver una flor lozana a finales de otoño, cuando las demás están marchitas). Pero eran domingos domingos, con excursiones organizadas por los sindicatos al monte Dajti, jóvenes de los últimos cursos de la escuela media que discuten siempre con los cobradores del autobús de la línea Banco—Estudios Cinematográficos, que no quieren dejarles meter los esquíes en el autobús, y con todo lo habitual del fin de semana, sobre todo en vísperas de Año Nuevo.

Hacia finales de la tercera semana, había momentos en que Besnik no creía que nada fuera a cambiar. Mas no fue así. Esa magnífica calma que sigue a la tempestad, ese discurrir ordinario de las horas, los días, no era más que una ilusión. Sólo eran los días de incubación de la enfermedad.

El redactor jefe seguía hablando, mirando de vez en cuando el bloc de notas, pero Besnik ya no le escuchaba. Los ojos molestos que intentaban en vano encontrarse con los suyos ya no le preocupaban.

La batalla había comenzado. El bloqueo económico. Pronto, como presagios de mal tiempo, se pegarían por las paredes, las paradas de los autobuses, de los taxis, por doquier, carteles con las frases: «Campaña de ahorro» y nadie comprendería al principio lo que se escondía tras esas palabras de uso cotidiano: «¡Ahorremos cada gota de petróleo!», «¡Ahorremos pan!».

El redactor jefe seguía hablando. Todos tomaban notas, unos en pequeños papeles, otros en cuadernos. Un silencio anormal en medio del crujir de lápices, otros en cuadernos. Un silencio anormal en medio del crujir de lápices... ratas que comen trigo... Su venganza, pensó Besnik. No podía por menos de llegar. No podía por menos de sentirse. Con dolor, hermano, con dolor... ¿Nos derribaréis? Con dolor, hermano, con... ¿Nos derr... Con dol... En el pensamiento de Besnik, una enorme grúa bajaba y alzaba cruelmente su cuchara vacía en un puerto desierto donde no había más que un aullido de locomotora y un cartel empapado.

Beni merodeaba con las manos en los bolsillos por el bulevar esperando que pasara Iris. Ella le había llamado por teléfono el día antes y, cuando Beni preguntó dónde podía verla, le dijo que, si quería, podía esperarla en el primer puente del bulevar, que pasaba todos los días por allí al salir de la escuela.

Beni no había visto calle más vacía en Tirana que el tramo de este bulevar que va del hotel Dajti a la calle de Elbasan. Casi no pasaba nadie.

Sólo grandes furgones con los rótulos CARNE o VERDURAS escritos en el todo. Allí cerca había un parque de juegos infantiles que cerraba en invierno. En la taquilla, junto a las verjas, en los columpios metálicos, por todas partes había hojas muertas.

En un quiosco de la acera de enfrente, alguien pegaba carteles de la olimpiada teatral. Beni intentó en vano leer los títulos de las piezas que se representarían.

Vio a Iris desde lejos. ¿Qué idioma estará estudiando con toda esa cartera?, se dijo. Iris le había contado que estudiaba en la escuela de idiomas. Como no estudie chino, pensó. Ella le sonreía. No había cambiado desde septiembre, sólo estaba algo más blanca.

—Buenos días —dijo ella con la respiración levemente acelerada, ya que sus últimos pasos fueron más rápidos—. ¿Cómo está, Arben?

Beni se quedó atónito. ¿A qué viene ese tratamiento de usted? Le dio la mano y comenzaron a caminar en dirección al gran bulevar. Ella volvió a decir algo utilizando el usted y Beni se sintió muy embarazado. ¿A qué viene eso de hablar de usted? Entonces, en septiembre, nos habíamos entendido más fácilmente.

Durante todo el camino Beni intentó, sin lograrlo, encontrar algo interesante que decirle. De qué me sirve tanta literatura como he estudiado en la escuela, pensó. No recordaba nada de Homero, de *Ana Karenina* o del realismo de los años treinta.

Al pasar junto al parque, lo único que produjo su cerebro fue la propuesta de quedarse un rato allí. Ella aceptó. Se sentaron en uno de los bancos de madera, junto al estanque. El parque era pardo. A un lado de la pista de baile habían quedado unas cajas de cerveza apiladas, quizá desde el verano.

—¿Cómo pasa el tiempo! —exclamó ella, acercándose—. Aquí estuvimos entonces, en septiembre, ¿recuerdas?

Beni sacó el paquete de cigarrillos. Por fin le hablaba de tú. Cuando ella volvía la cabeza, miraba atónito sus ojos. Había conocido a varias chicas, mas tenían los ojos diferentes, comprensibles, planos, sin embargo, ojos como estos sólo los tenían las muchachas que él creía inalcanzables. Estas salían con otro tipo de muchachos, con muchachos que trabajaban, por ejemplo, en los estudios de cine o en la radio, o que iban a especializarse al extranjero. A lo mejor sus ojos se hacían tan misteriosos de salir con esos muchachos. Siempre le había gustado contemplar esos ojos. De momento tienes la impresión de estar satisfecho de su mirada y crees haberlo recibido todo de ellos, pero al poco tiempo te das cuenta de que has recibido muy

poco, que allí hay más, mucho más, para tomar. Son como esos manantiales que no se agotan nunca. Sacas un cubo, dos, y crees haberlo estropeado, secado. Cuando vuelves a pasar, empero, observas que de nuevo está lleno de agua transparente.

Soplaba un viento frío. Ella se subió el cuello del abrigo. De alguna parte, de la calle que rodea el parque, llegaba la voz monótona: «Se corta leña». El reloj grande de la ciudad sonó dos veces.

—Ahora me voy —dijo ella.

El rostro de Beni se tornó sombrío.

—Es la hora de comer —dijo queriendo justificarse y sonrió—. ¡Qué raro es usted!

Otra vez el maldito usted. Ella se levantó y sólo entonces Beni se dio cuenta de que casi no habían hablado.

—¿Cómo no nos hemos encontrado nunca por la calle? Ese amigo suyo...

Beni sintió que algo se le rompía junto al diafragma.

—¿Qué?

—Le veía diariamente.

—¿Ah, sí?

Iris se agachó para coger la cartera, que había dejado sobre el banco y que a Beni le parecía un tormento.

—Le he preguntado varias veces por ti, pero no sé qué murmuraba entre dientes. Me dio el teléfono hace unos días.

Beni sentía cómo se le secaba la boca.

—Pero tú, con él...

—¿Qué?

Los ojos de la muchacha se tornaron serios de súbito.

—Quiero decir... si has salido con él.

—No de la manera que tú piensas —respondió y cogió la cartera con tanta rabia que daba la impresión de querer arrojar sobre Beni todo aquel francés, ruso o japonés que podía llevar dentro.

¡Vaya!, exclamó Beni para sí. Quería decir algo. Por lo menos no separarse así, medio enfadados. No se le ocurría nada.

En ese momento, un coche grande y negro se detuvo en la calle que bordea el parque y descendió de él una mujer. Se adentró en el parque, pasó junto a ellos, lanzando a Iris una mirada nerviosa, y se sentó en un banco.

—Me resulta conocida —dijo Beni. Había visto esa cara en alguna parte, en los periódicos, en alguna foto.

—Es una dirigente —dijo Iris—. Es miembro del Buró Político. La

camarada...

—Calla, que se vuelve.

Iris se mordió los labios y, agarrando con dos dedos el cuello de la cazadora de Beni, le dijo en voz baja:

—Yo llevaba su foto en la manifestación del 1 de Mayo. ¿Te acuerdas cómo empezó a llover? ¡Cómo me puse ese día!

Beni, ya que no se le ocurría nada que decir, sonrió.

—Bueno, me voy —dijo ella y le tendió la mano.

—Te acompaño un rato —dijo Beni. Caminaba callado a su lado. Lejos, de fuera del parque, llegaba la voz del leñador «se corta leña».

Podía haber dicho algo para salir del paso, pensó Beni. Iba dándole vueltas al asunto cuando sus ojos se detuvieron en una placa de mármol.

—Mira, el árbol de la amistad albanó—soviética que plantó Jruschov —dijo satisfecho de haber encontrado algo que decir—. ¿Has oído hablar de él?

—He leído un poema en el periódico. ¿Este de aquí?

—Sí.

Ella se agachó para leer la inscripción de la placa.

—Árbol de la amistad —dijo—. Sorprendente. ¿Y si...

—¿Y si qué?

—Si plantáramos árboles por la amistad entre dos personas. —Volvió a sonreír—. ¿Ves qué fantasías?

Por ti plantaría un bosque entero, dijo Beni para sí. Sintió que no era capaz de decir cosas semejantes en voz alta.

Un poco más allá, al final del parque, ella le dio la mano y dijo: hasta otra.

Cuando volvía para salir del parque, Beni notó que la mujer que había descendido del coche negro le seguía con una mirada turbia.

Era la primera vez que se sentaba, sola, en un banco del parque. La reunión del Buró Político había terminado a las dos y media y, cuando el chófer conducía deprisa el automóvil en dirección a su casa, casi sorprendida de su propia voz, le había dicho: a casa no, al parque.

Era evidente que sería expulsada del Buró Político. Podía suceder muy pronto, quizá en la sesión de hoy del Comité Central, por la tarde, o, a lo sumo, al cabo de unos días, antes de comenzar la información sobre la escisión a todo el partido. Imaginó por un momento que decenas de miles de comunistas serían informados, entre otras cosas, de su actitud frente a la

escisión. Sintió un orgullo embriagador al imaginar esas decenas de miles de caras atónitas en el momento de oír que ella había tenido el valor de condenar toda la actividad de la delegación del Partido en Moscú. Sabía que la tormenta se desencadenaría sobre ella y, no obstante, lo había dicho todo. En realidad, prefería una tormenta, por terrible que fuera, a la mirada despectiva de Hoxha y sus hirientes palabras: Hay algunas mari... (parece que quiso decir mariposas, pero juzgó inadecuada la palabra y la sustituyó por insectos). Hay unos insectos que viven sólo tres cuartos de hora, nacen hacia las cinco y mueren sobre las seis de la tarde. Para estos insectos no existen la mañana, el mediodía ni la tarde, para ellos sólo existe el crepúsculo, cuando nacen y mueren. Hay personas incapaces de imaginar nuestra existencia si no es a la sombra de una gran potencia. Ella se sonrojó, protestó por la ofensa, aunque no había pronunciado su nombre. La había comparado con un insecto. En el momento en que ella decía: «nuestra existencia sin la Unión Soviética es absurda», él la había interrumpido y ofendido.

El parque estaba desnudo. Una capa de musgo cubría los bordes del estanque. En alguna parte se oía el grito «se corta leña». Pronto se verá quién tiene razón, si él o yo, pensó. Pronto... Se cortarán los créditos, empezará el bloqueo económico. Sintió una feroz alegría al cruzar por su mente la palabra bloqueo. Era una palabra en la que cabía confiar. Bloqueo. Tenía algo de hormigón, de tanque. Se verían obligados a pedir perdón a los soviéticos. Luego, se sobreentiende, también a ella.

El monótono grito «se corta leña» se sintió más cerca. Sabía que lo iría perdiendo todo: guardias, chófer, coche. Quitarían su retrato de todas partes. A su marido también le cesarían de su cargo de ministro. Durante meses su vida no sería más que una pendiente por la que resbalaría, resbalaría, resbalaría. Hasta... hasta... ¿Hasta cuándo?, se preguntó angustiada.

El respaldo del bando estaba helado. Se levantó y, caminando deprisa, se acercó al automóvil.

—Da vueltas por la ciudad —dijo al chófer.

Por el cristal del coche veía a la gente disponerse a cruzar las calles, paseando por las aceras, los escaparates adornados para el Año Nuevo. Todo le resultaba lejano, como de otro mundo. En la cerca de madera que rodeaba las obras del Palacio de Cultura alguien pegaba carteles inacabables. Olimpiada teatral. Olimpiada teatral. Olimpiada teatral. Alcanzó a leer el título del drama «*El carrillón del Kremlin*» y por unos instantes la embargó la tristeza.

La cabeza de un pavo, que alguien sostenía por las patas, tocó el cristal del coche en un cruce. Adónde van con tanta prisa, pensó. A la caja de ahorros a sacar dinero para la Noche Vieja, de tiendas, al médico, y seguro que no saben nada de todo esto.

El asfalto estaba empapado por la niebla. Tras los cristales del auto apareció el escaparate alargado de una perfumería.

—Para aquí —dijo de improviso.

Varios transeúntes la miraron curiosos cuando descendió del coche. Volvieron la cabeza con ojos atónitos cuando entraba en la perfumería.

Era la primera vez, después de muchos, muchos años, que entraba en una perfumería. Dentro había ese aroma, esa quietud especiales de las tiendas que venden cosas que no son de absoluta necesidad para la gente. La dependienta, quizá por haberla reconocido, se turbó. Uno de los clientes susurró algo al oído a su mujer.

—¿Qué desea? —dijo la dependienta en voz baja.

Ella comenzó a mirar vitrinas en las que se exponían todo tipo de pequeños frascos de perfume, tubos de crema, champú, laca de uñas, barras de labios; todo un mundo refinado que ella casi desconocía y que le despertaba una especie de envidia creciente, cubierta con una pesadumbre de cristal. La idea de que, al perder sus puestos, podía acceder más fácilmente a aquellos frascos destelleantes cruzó fría su cabeza.

Salió de la tienda sin mirar a nadie y entró en el coche.

Ya en casa, su marido, que al parecer había oído el ruido del coche, la esperaba en el pasillo.

—¿Qué? —preguntó.

Ella hizo un gesto como queriendo decir que todo ha terminado. La cara del hombre se puso pálida como la cera.

—Creí que se pospondría unos días.

—Así es mejor.

El daba vueltas entre ella y el ropero.

—¿Cuándo?

—Puede que hoy, en la sesión de la tarde. ¿Hay alguien en la sala de estar?

El hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

Entró en la sala de estar con un aire distante. El hombre de la Comisión de Revisión se puso en pie de un brinco y su cara enjuta estuvo a punto de pegarse a la de ella. En su mirada, la misma pregunta. ¿Cómo ha ido? Mas ella fingió no comprender. Dio la mano a los demás: un militar que también parecía preocupado, un amigo de su esposo y dos primos,

marido y mujer. Pronto os apartaréis de mí como de la peste, dijo para sí refiriéndose a los primos. Todos permanecían en silencio. Parece que habían oído algo.

El hombre de la Comisión de Revisión no le quitaba ojo. Días antes, los soviéticos le habían dado garantías de que todo se arreglaría. Al fin y al cabo, Albania forma parte del Pacto de Varsovia. Y, como todos los miembros, tiene obligaciones. Yo saldré en defensa de Jruschov, le había dicho a ella, usted haga lo que quiera. Hoy, sin embargo, sus ojos preguntaban alarmados: ¿qué ocurrirá ahora? ¿cómo discurrirá todo este asunto? Aparta esa mirada de viejo decrepito, pensó, ¿cómo puedo saber qué ocurrirá? ¿Soy acaso adivina?

Los radiadores emitían un calor insoportable.

—Tendrán que disculparme, estoy ocupada —dijo dirigiéndose a los visitantes.

El hombre de la Comisión de Revisión no le quitaba ojo.

—Tiene que prepararse para esta tarde —dijo el marido en voz baja.

—Claro, claro.

Afuera oscurecía.

Poco después, el ministro se levantó y, procurando no hacer ruido con las puertas, fue a ver qué hacía ella. La puerta del despacho estaba entreabierta y acercó la cabeza. La imagen resultaba extraña: en lugar de estar sentada en la mesa de trabajo, como la había visto decenas de veces, inclinada sobre informes, carpetas o la intervención de la próxima reunión, estaba de pie junto a la chimenea y se miraba al espejo con la última luz del día.

Cuando se despidió de Iris, Beni caminó un rato por el bulvar. Tras los árboles desnudos, los edificios grises de siete plantas parecían mucho más grandes. He aquí, por fin, el «cortaleña» con el hacha al hombro. Beni estaba dispuesto a creer que se pasaba el día gritando «se corta leña» no porque quisiera hacerlo, sino para poner nerviosa a la gente.

Sabía que le esperaban en el lugar de costumbre, por eso fue aminorando el paso cada vez más. No obstante, por muy lento que fuera, sus pasos le conducían a la calle de Dibra. Le había contado a Tori que iría a ver a Iris. No quería esconder nada. Le dolía un poco la cabeza. El imaginario encuentro de boxeo en que él, Arben Struga, se golpeaba y se golpeaba continuamente con un negro en un extraño ring, bajo las cámaras de televisión; ese encuentro, pues, que había dejado a medias tantas veces para

retomarlo al día siguiente, sobre todo caminando solo por las calles, había comenzado de nuevo en su imaginación. Era el cuarto o quinto asalto. Beni tiene un ojo tumefacto, el otro un labio partido. Se golpean salvajemente entre el silencio rugiente de los espectadores. A Beni se le doblan las piernas, se sujeta en las cuerda. K.O. Uno, dos, tres, cuatro... Su ojo hinchado descubre la mirada de Iris entre los espectadores. Ella se muerde los dedos. Se reinicia el combate. El negro se lanza como un loco. Beni, empero, le golpea... Murió de pie, comentan después los periódicos, la radio, la TV. El negro (su cara es ahora la de Tori) está tumbado sin sentido. Los médicos se lanzan al ring.

Por la calle atravesó ruidosa una ambulancia. La calle de Dibra, pensó Beni. Había llegado antes de lo que creía. Allí estaban todos, recostados en las lunas del escaparate. El escaparate blanqueaba con los trozos de algodón de Año Nuevo. El algodón lo cubría todo, el horario de la farmacia, la copa con la serpiente.

Antes de dirigirse a ellos, Beni se detuvo frente a los carteles de la Olimpiada Nacional de Teatro, leyendo los títulos de las obras sin concentrarse. En una de las fotografías de las representaciones, reconoció a Tori que, al parecer, hacía de comparsa. *Radiante felicidad*, leyó como entre sueños, drama en cuatro asaltos.

—¡Eh! —dijo Tori cuando Beni atravesó el cruce—. ¿La viste?

Beni asintió con la cabeza.

—¿Qué tal?

—Bien.

—¡Enhorabuena!

Beni pidió un cigarrillo a Sala.

La afluencia de transeúntes era densa. La mayoría llevaban en la mano mallas llenas de naranjas y bebidas.

—¿Eh, qué tal? —repitió Tori la pregunta. Beni hizo un gesto como queriendo decir «más o menos bien». Luego inició sin interés una conversación con Sala.

—Dicen que pronto empezarán a roturar nuevas tierras —dijo Sala.

—¿Y qué es eso de nuevas tierras? —preguntó Beni.

—Tierras en las montañas.

—¿Y para qué?

—No lo sé —respondió Sala—. Al parecer no nos basta la tierra que tenemos.

Tori miraba a Beni de una forma especial. Esperaba que terminaran esa aburrida conversación sobre la tierra para volver a preguntarle por Iris.

Beni había observado que, desde el día en que «se la regaló», le costaba reprimir los celos.

Espera que le cuente detalles, pensó Beni. Esperaba que Beni dijera algo de ella. Pero éste callaba, como había callado él todas aquellas tardes, cuando fingía que hacía el amor con Iris. Ahora, Beni se vengaba. Tenía la sensación de que Tori se estaba enfureciendo. Le brillaban los ojos. En ellos había celos mezclados con un sentimiento de superioridad y de burla. Beni le miraba a hurtadillas y pensaba: con cuánta felicidad puede surgir el odio entre dos personas. No cabía ninguna duda que aquella noche se odiarían a muerte. Mañana o pasado mañana, cuando Beni faltara, el otro le odiaría más. Beni también a él. Se había apercebido que la ausencia acrecienta el odio. El odio, en su mente, semejaba una camisa sucia, que cuando te la quitas y la dejas varios días en el cesto empieza a apestar terriblemente.

Se encendían las luces de los escaparates. Pasó «Crisis General» con dos amigas. Llevaba una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Sabes? —dijo Sala en voz baja al oído de Beni—. Dicen que volveremos a ser un país capitalista.

—Idiota —dijo Beni—. ¿Dónde has oído esas tonterías?

—Algún reaccionario, seguro.

—Se lo dijo a mi viejo un compañero.

—¿Te piensas que me alegra? —dijo Sala con rabia.

—Ya está bien —cortó Beni—. No sabía que pudieras ser tan idiota.

Al cabo de un cuarto de hora, mientras caminaba hacia casa, Beni recordó las palabras de Sala. Por primera vez en su vida intentó imaginar cómo podría volver un país al capitalismo, pero la eventualidad le pareció tan odiosa y que superaba tanto los límites de su imaginación, que acabó irritándose. Volvió con la mente a la callejuela por donde ahora caminaba Sala, le alcanzó, le agarró por el cuello y le golpeó la cara con el puño, una, dos, tres veces, gritando sin cesar «idiota, idiota, idiota» y este pensamiento le alivió un poco. A pesar de ello, a medida que se acercaba a su casa sentía menos ganas de encerrarnos allí dentro. Se le ocurrió llamar a Maks. Cerca de la esquina de su casa hay una estafeta de correos. Se metió en la cabina que olía a tabaco y telefoneó. Maks estaba en casa. Ven, le dijo, te espero.

Por la calle paralela pasa el autobús que para junto a la casa de Maks. Beni, reanimado repentinamente, recorrió casi corriendo el callejón que enlaza ambas calles.

Maks se alegró al verle. Pasaron al cuarto de estar, donde la estufa de cerámica emitía el último calor. Como en casa de los Bermema siempre solía haber visitas, pocas veces había tenido ocasión de entrar en aquel

cuarto. Allí parecía que nada cambiaba nunca: los sillones de piel colocados de la misma manera, el reloj de bronce con una figura ecuestre de Skënderbeg y las fotos de la pared, de entre las cuales Beni prefería la de las exequias del padre Maks, cuyo féretro estaba colocado sobre un armón de artillería.

Maks salió de la habitación para buscar el magnetófono. Beni abrió uno de los dos álbumes de fotografías que había sobre el diván. Era un álbum familiar, pesado y con pastas de piel. Mientras lo ojeaba, Beni advirtió que ese brillo de cobre batido, que atrajo su atención cuando conoció a Maks, estaba por todas partes, como sembrado a mano, por las cabezas de tan numerosa familia.

Maks regresó, pero en ese momento le llamaron por teléfono y Beni prosiguió con el álbum. Maks le había contado algunas cosas de su familia, sobre todo de su padre. Pero ahora estaba viendo qué gran familia de comunistas era. Viejos militantes del Partido, muertos en las cárceles del fascismo, muertos en la guerra, altos funcionarios del recién creado Estado, dos viceministros, un embajador, secretarios de comités del Partido y, por último, un joven aviador, muy parecido a Maks, muerto seis meses antes al ejecutar un descenso en picado con su avión a reacción. Por su cabeza pasó vagamente la idea de que quizá hubieran tenido la misma impresión sus compañeros de clase, de familias más o menos pequeñoburguesas, cuando por casualidad habían ido a su casa, al ver las paredes fotos de sus familiares, comunistas y guerrilleros. Pero en la familia de Maks las proporciones cambiaban. Todo era más grande, más imponente.

En una de las fotos, Beni reconoció al escritor Skënder Bermema. Entre las fotografías de grupos, distinguió algunas pequeñas manchas de tinta. Cuando las miró detenidamente, vio que se trataba de cabezas borradas.

—¿Quiénes son estos? —preguntó al volver Maks.

—¡Ah!, son... gente que ha cometido errores —inclinó la cabeza para ver mejor—. Este, por ejemplo, es un primo segundo. Fue candidato al Comité Central, pero fue expulsado del Partido tras los sucesos de Hungría.

—¿Vosotros no le habláis?

—Naturalmente que no —repuso Maks. Sonrió como si hubiera escuchado una simpleza—. Fue expulsado por el Pleno del Comité Central, ¿comprendes? ¿Cómo podríamos hablarle?

—Claro, claro... —dijo Beni.

Continuaban mirando el álbum.

—Este otro fue expulsado por el XI Pleno. Está casado por segunda

vez y ahora se dedica a escribir dramas pésimos, que se representan a veces en los teatros de las regiones.

El cuerpo al que se acababa de referir Maks tenía una boquilla en la mano. Después de borrada la cabeza, había quedado junto al borrón la boquilla con un cigarrillo encendido. Beni experimentó un sentimiento entre el gozo y el horror.

—Maks —dijo Beni, alzando la cabeza hacia el álbum—, ¿sabes lo que me dijo esta tarde ese tonto, ya sabes, Sala?

—¿Aún andas con ellos?

—Los encontré por casualidad.

—¿Qué te dijo?

—Una idiotez inaudita. que había oído que volveremos a ser un país capitalista.

Beni esperaba una carcajada de Maks, pero su rostro permaneció tranquilo, incluso algo hosco.

—Efectivamente, lo que ha dicho es una idiotez, pero, sin embargo, hay algo que no va. Yo no sé nada, pero me he dado cuenta que en mi familia hay últimamente cierta agitación.

—¿Sí?

—No lo comentes con nadie —dijo Maks—. No son cosas para ir comentándolas por ahí.

—Por descontado —confirmó Beni, dejando el álbum sobre el diván.

Maks permaneció así, con los labios prestos a la palabra, por un momento, con los ojos fijos en los tiradores de bronce de la consola.

—Eso no sucederá nunca —dijo.

—¿A qué te refieres?

—Pues a eso, a la vuelta al capitalismo.

—¡Ah!

—Se podrá liar una gorda, pero eso no sucederá nunca —insistió Maks.

—Por supuesto.

Sonó el timbre de la puerta.

La familia, pensó Beni. La imponente familia de cabellos cobrizos.

En efecto, eran visitas. Unos hombres con abrigo largo y sombrero empapados. Beni distinguió en su frente y pómulos cierta seriedad, diferente a lo habitual, con un brillo áspero.

En el momento en que los recién llegados dejaban sus abrigos en el pasillo, Maks y Beni salieron del cuarto de estar. Beni quería irse, pero

Maks insistió en pasar a la cocina.

Allí se estaba caliente. En una butaca, Diana, la hermana de Maks, en pijama, bordaba.

—¡Buenas tardes! —dijo sin levantar la vista del bordado—. ¿Cómo estás, Beni?

La madre de Maks entraba y salía de la cocina para preparar copas o café. Agradable como siempre, entre el trajinar de tazas, encontraba el momento para decir algo a Diana. Preparó un café a los chicos y éstos, para no estorbar, tomaron las tazas y se dirigieron al alféizar de la ventana. Allí empezaron a sorber el café de pie. Mientras seguía los movimientos de la madre de Maks, Beni pensó, quizá por enésima vez, cómo habría sido su madre. Una añoranza especial le invadió. Y quizá por primera vez comprendió que, sin saber porqué, había anhelado que Raboja fuera más joven y no vistiera de negro.

Cuando, al cabo de media hora, Beni salía de la casa, casi se chocó con otros dos visitantes.

—¿Sabes? —dijo Maks que le acompañaba por la escalera—. Es nuestro primo, Skënder Bermema, con su mujer, la tía de Zana. Tú debes conocerlos, ¿no?

—Los conozco, pero él seguro que no me recuerda.

Mientras caminaba a su casa, merodeaban por su cabeza los pequeños borrones en las páginas del álbum. Por algunos libros y algunas películas que había visto sobre Occidente, se había creado una idea de lo que allí se denominaban grandes familias tradicionales y que eran los pilares del orden burgués. Ahora estaba descubriendo que en el mundo comunista también había familias de raigambre, pero de un tipo totalmente opuesto. En las películas que había visto sobre grandes familias burguesas siempre se hablaba de dramas relacionados indefectiblemente con el reparto de la propiedad, juicios interminables, herencias y quiebras tremendas. En cambio, en la familia de Maks todo se relacionaba con los congresos del Partido, con los plenos del Comité Central y con los grandes giros políticos dentro y fuera del país. El VIII Pleno del Comité Central, conocido como el pleno negro, en 1948; el suicidio, poco antes, de un miembro del Buró Político; la declaración del Kominform acerca de la traición yugoslava; la muerte de Stalin; la Conferencia de Tirana del Partido... Y tras cada uno de estos hechos afloraba algún pequeño borrón en las fotografías de los álbumes.

Y ahora, ¿de dónde vendría la tormenta? Eso no sucederá, repitió las palabras de Maks. Se podrá liar una gorda, pero eso no sucederá jamás.

Quien sabe por qué Beni recordó el periódico con el decreto real que condenaba a muerte a su padre. El periódico era viejo, las frases del decreto estaban redactadas en un albanés viejo y quizá por esta razón Beni creyó siempre que la ejecución de su padre a manos de refugiados políticos sólo se podría llevar a cabo con armas viejas, recogidas por los museos.

Como siempre que le asaltaba este pensamiento indeseable, intentó alejarlo de sí, pensando en otras cosas. Mientras caminaba se le aparecían los cabellos de la familia Bermema, ese castaño esparcido por todos ellos. Una gorda, repitió. Ante el viento de la contrarrevolución, esas cabezas cobrizas, junto a otros miles de cabezas de comunistas, se encresparían y se tornarían incandescentes.

Beni sintió latir su corazón con fuerza.

Los trozos de algodón de los escaparates de los almacenes emitían un mar de indiferencia blanquecina. Al pasar ante la tienda de objetos usados, se repitió en su mente, rápido como una ráfaga, la frase de Sala: dicen que volveremos a ser un país capitalista.

Tonterías, dijo para sí. Nada de eso sucederá nunca. Intentó apartar aquello de su cabeza, pero al entrar en casa debía tener todavía un aspecto sombrío, ya que Mira, cuando le abrió la puerta, le dijo: ¡Buenas noches, caballero de la triste figura!

La reunión del Comité Central proseguía. Las agujas del reloj de pared se acercaban a la medianoche. Tras la turbia intervención del hombre de la Comisión de Revisión, interrumpida en múltiples ocasiones por voces como: no utilice rusismos, hable en albanés (se sospechaba que su intervención la habían redactado los soviéticos), quienes subían a la tribuna expresaban su opinión acerca de la actividad desplegada por la delegación en Moscú y rechazaban el «discurso mal traducido», como alguien lo calificó, del hombre de la Comisión de Revisión.

En la tribuna, hacía uso de la palabra uno de los nuevos miembros del Comité Central.

—Jruschov ha hecho las cuentas al revés —decía—, Jruschov...

Aquella noche, en el extrarradio de Moscú, aquella noche negra que uno de los taquígrafos había llamado Noche de los Zim Negros, en la villa en que se alojaban, uno de los que habían acudido para interceder en la conciliación entre el «Partido hijo», que había sacado la cabeza, y el «Partido padre», que se sentía ofendido, le había dicho a Enver Hoxha: ¡Qué le vamos a hacer, camarada Enver! ¿Cree que no entendemos estas cosas?

Las vemos, pero cerramos los ojos. Al fin y al cabo somos pueblos pequeños, ustedes y nosotros. Por ejemplo, ¿qué superficie tiene Albania, o el país que yo represento?, muy pequeña. Las nuevas tierras que roturaron el año pasado en Kazakistán son mucho mayores que nuestros países. Sólo las tierras roturadas el año pasado. Es bien triste.

Hoxha miraba inmóvil a aquel hombre. Quería decirle que con tractores y bulldozers se pueden roturar tierras, pero nunca crear una patria. Que la patria no se crea con abonos ni canales de riego, sino con ríos de sangre. Que, aun cuando se logre sembrar trigo en ella, ¿con qué se sembrará las canciones nupciales, las baladas, las tumbas de los mártires?, ¿con estaciones de maquinaria y tractores? Lo pensó, mas no dijo nada al hombre de aspecto humilde. Sólo le dio las buenas noches.

Enver Hoxha miró el reloj de pared. Había pasado la medianoche. Tras la última intervención, propuso un pequeño descanso. La miembro del Buró Político había dado su nombre para intervenir. En una sala aneja, los participantes en la reunión tomaban refrescos de pie. Se percibía el aroma de café cargado.

Después del descanso se concedió la palabra a la miembro del Buró Político. Habló con voz sonora, haciendo esfuerzos sobrehumanos para ocultar su agitación. Pero era imposible. Tras tres o cuatro frases dichas con firmeza, venía otra cuyo tono caía inesperadamente al final. Esto fue más frecuente cuando recordaba la amistad con la Unión Soviética. Su voz se atiplaba por la emoción. Poco después, sin embargo, cuando habló del negro futuro que esperaba a la pequeña Albania expulsada del paraíso del campo socialista, su voz se fortaleció, haciéndose más segura. Estaba proponiendo al Comité Central pedir perdón a los soviéticos, cuando en la sala la interrumpieron gritos de ¡basta! ¡es una vergüenza! ¡quítadle la palabra!

Los que hablaron luego rechazaron su intervención y solicitaron su expulsión del Comité Central y del Partido.

Eran cerca de las dos de la madrugada. A esa hora, allí en Moscú, aquella Noche secular de los Zim Negros, llegaba el hombre a quien ya no recibió. Desde el primer piso de la villa había contemplado los focos amarillos del coche que lamían con un lamento contenido la lejanía de la estepa. Quién eres tú, había dicho para sí. Qué mensaje nos traías y por qué.

Las intervenciones ya eran breves, limitándose a aprobar la actividad de la delegación en Moscú o para opinar sobre las medidas de condena del grupo adversario.

A las dos se levantó Enver Hoxha para pronunciar el discurso de clausura. Quiero decir desde el principio que el mérito de nuestra

actividad en Moscú no es un mérito personal mío ni tampoco de la delegación, sino vuestro, camaradas, y en primer lugar de todo el Partido. Nosotros éramos simples representantes suyos.

Habló de los sueños de los jruschovistas, que alentaban la esperanza de que el Comité Central no aprobara la actividad de la delegación en cuanto la conociera. Pero vosotros, camaradas, prosiguió, no sólo sois de nuestra misma opinión, sino que nos habéis alentado para continuar la lucha.

Ahora, esos de allí seguro que siguen soñando, dijo Hoxha. Confían en que el Partido no esté de acuerdo con el Comité Central cuando conozca la verdad. Hoxha sonrió. Cuando se desengañen de ello, quizá esperen que el pueblo no esté de acuerdo con el Partido.

Prosiguió diciendo que el Partido debía ser informado de todo con rapidez. El Partido debe ser consciente de lo que ha ocurrido, señaló. Jruschov y los jruschovistas no olvidarán nunca lo que hicimos en Moscú. De ellos no esperamos ni paz, ni flores. De ellos, de ahora en adelante, no vendrá más que venganza.

Cuando terminó de hablar, la sala aplaudió. El aplauso fue sostenido y prolongado. Cuando parecía apagarse, se reanimaba. Esto ocurrió varias veces. En ver Hoxha levantó la mano para saludar, antes de que los miembros de la mesa bajaran del estrado y, en ese momento, la mano, que sola se había convertido en un puño cerrado, se retiró hacia la sien derecha como atraída por un imán. Entonces, cuando vio que los miembros del Comité Central hacían el mismo gesto, se dio cuenta de que había hecho el viejo saludo guerrillero.

Desde el centro de la sala, una voz incierta al principio y firme después, empezó una canción guerrillera.

Enseguida toda la sala empezó a cantar. De pie, los puños en las sienes, algunos con los ojos anegados de lágrimas, cantaron la canción hasta el final y, sólo entonces, comenzaron a salir en grupos.

Capítulo decimocuarto

Jornada invernal. La vieja Nurihan estaba sentada en un diván junto a la ventana, desgranando el rosario. Fuera había niebla. El cielo estaba bajo. Podía empezar a llover o quizá a nevar. El suelo, ya mojado, parecía esperar indiferente lo uno o lo otro. El cartel que unos días antes habían colocado en el cruce estaba desgarrado por el viento en dos o tres puntos.

Llamaron a la puerta. Ya voy, ya voy, dijo la vieja Nurihan y se incorporó lentamente. Era Hava, su vieja amiga. Cómo estás, Hava, has hecho bien en venir. Me aburro sola.

Hace tiempo que la vieja Nurihan no distingue entre lo que piensa y lo que dice. Los demás lo saben y tratan de llenar como pueden las lagunas de su discurso.

Durante un rato se interrogaron mutuamente por la salud.

—¿Dónde están Emilia y Mark?

—Han salido —respondió Nurihan—. Han ido a comprar un poco de vino.

—Otro año que se va.

—Se va.

Haya miró en torno, luego acercó la cabeza al hombro de la otra. Sus ojos se redujeron en una expresión de atención concentrada.

—¿Has oído algo? —preguntó en voz baja.

—¡Oh, dios!, o sea que es cierto —dijo Nurihan. —O sea que ha ocurrido algo, allá lejos, en los desiertos.

—Dicen que han visto a la vidente Hançe Hajdje Pezë e Madhe en un coche del Gobierno —dijo Haya, bajando aún más la voz.

—No me lo creo.

—Eso dije yo, Nurihan, pero están pasando cosas muy raras.

Nurihan llevaba días esperando la visita de Musabelliu, su viejo amigo, el único que le traía noticias precisas y lógicas. A Nurihan no le gustaban las habladurías de mujeres. Pero Musabelliu llevaba retenido toda una semana en casa por un resfriado.

—Este nuevo año se presenta próspero —dijo Hava—. Se han peleado, y dicen que en serio. Ha estallado entre ellos una disputa que no tiene solución.

—Que se devoren cuanto antes —dijo Nurihan, levantando la voz.

—¡Oh gran dios!, se acerca el día. Bendita pelea, justo cuando habíamos perdido las esperanzas.

—Ya estábamos cansados —dijo Nurihan—. Nos estábamos muriendo.

Fuera se oyó el ruido de un automóvil. Hava la miró inquisitiva.

—Es el de arriba. Últimamente he visto a su hija muy preocupada.

—Je, je!, y lo que se preocuparán todavía —añadió Haya.

—Su novio ha estado allí... en Moscú.

—¿Ah, sí?

—Ha estado allí en todo el fregado. Ella sube y baja las escaleras hecha un veneno.

—¡Ah, Nurihan, cómo nos han envenenado la vida, cómo nos han envenenado!

—Veneno —repitió Nurihan—. Noche y veneno.

—Decía el pobre Hamdi, que en paz descanse, cuando le pusieron el primer impuesto extraordinario...

—Oh, los impuestos... —dijo Nurihan. Todas sus arrugas, sus canas, las bolsas de sus ojos, estaban directamente relacionadas con aquellas cifras, largas como un cortejo fúnebre. Impuesto extraordinario: 200.000 francos. Impuesto: 55.000 francos. Impuesto extraordinario: 90.000 francos. Los impuestos se sucedían, en cadena. Uno tras otro. ¿Cuándo acabaría esa pesadilla? Sus ojos redondos, petrificados como ceros tras las cifras, se miraban unos a otros. Antes la vida que el dinero. Luego vinieron los suicidios, también en cadena. Bajo un golpe seco de viento (¿era de verdad viento, o se trataba del zumbido de la época en sus oídos?), unos se colgaban con las correas de las maletas, otros se envenenaban con carbón o con gas, otros se ahogaban en el río o en sus propios depósitos de aceite, se envenenaban con matarratas o aspirinas, se arrojaban desde las tenazas, se cortaban las venas. De repente Nurihan se preguntó: ¿por qué nadie con arma de fuego? ¿por qué todos en silencio, como sombras?

—¡Ah! —suspiró Hava sumida en sus pensamientos.

Llamaron a la puerta.

—Voy, voy —dijo Nurihan—. ¡Oh, oh, oh —exclamó en la puerta—, qué sorpresa tan agradable! ¡Bienvenido, señor Ekrem! ¡Bienvenida, Haya!

—*Bonjour, cheri!* —dijo Hava Fortuzi y la abrazó. —Dentro tienes otra Hava —dijo Nurihan—. ¡Qué alegría veros! ¡Pasad, pasad!

Hava Fortuzi no se había abandonado. Se emperejilaba, se teñía todavía el pelo y usaba grandes pendientes. Tenía las piernas largas, bronceadas durante cuarenta años en las playas, como le gustaba repetir. Tú nos levantas la moral a todos, solía decirle Nurihan. Y en verdad, los ojos de Hava Fortuzi nunca parecieron ceros detrás de los números, aunque su marido, Ekrem, había pagado, una tras otra, sumas tremendas en impuestos. Sus ojos habían sido durante mucho tiempo dos elipses rebosantes de sexo, con un crepúsculo en su interior como la caída del sol en sus cuarenta playas.

Hablaron un rato del invierno y del Año Nuevo, evitando la ola de viejos recuerdos que aflucía por todas partes. Súbitamente, Hava Fortuzi dijo:

—¿Habéis escuchado algo?

Nurihan y Hava se miraron. El señor Ekrem permanecía al margen.

—No tengo bien los oídos —dijo Nurihan—. No puedo escuchar bien la radio. ¿Tú has oído algo?

—Se pegan —respondió Hava Fortuzi—. Londres y París hace noches que lo dicen. Un periodista de AFP ha estado allí. Ha escrito un reportaje largo sobre ese... Moscú, cuando se pelearon. Describía una calle importante, he olvidado el nombre, una calle del centro, vaya, sus Champs Elysées. ¡Qué bien lo describía! La gente compraba periódicos, los periódicos no decían nada, la gente no sabía nada; en cambio, a mil metros de allí, tras los muros del castillo medieval del Kremlin, tenían lugar las intrigas, los ágapes, los crímenes. ¡Ah, qué bonito!

—¿También ha habido asesinatos? —preguntó Ha-va.

—¿Y por qué no? —dijo Hava Fortuzi—. Una pelea tan grande...

—¿Y ahora qué pasará? —dijo Hava—. ¿Qué pasará con nosotros?

—Algo sucederá —intervino Ekrem.

—¿Nos acercaremos a Occidente?

La frente de Nurihan se contrajo.

—Creo que sí —dijo Ekrem Fortuzi.

—¡Bendita sea tu boca! —exclamó su esposa—. Ah, cuarenta años de playa...

Sus ojos consumidos por el uso prolongado, por la infinidad de miradas captadas y lanzadas, de fulgor interno que se debilita, de tristeza que se derrama, de fugaces destellos y de clausura, clausura, clausura, permanecieron unos momentos fijos en un punto del suelo. Cuarenta años de playa, pensó. Cuarenta veranos consecutivos sin faltar nunca. Y después, el

verano de 1945. Sus villas a orillas del mar nacionalizadas, con las cancelas cerradas y sellos rojos de lacre en las puertas, como heridas.

—¿De verdad es posible que suceda algo? —preguntó la otra Haya.

—En estos casos siempre ocurre algo —sentenció Ekrem Fortuzi.

—También a nosotros nos sonreía la suerte.

Nurihan, acercando la cabeza a la ventana, miraba algo a través del cristal. Hava alargó la cabeza. Alguien entraba en el patio con el cuello del abrigo levantado.

—¿Es ese el novio de la de arriba? —preguntó Hava.

Nurihan afirmó con un movimiento de cabeza.

—¿Qué? —preguntó Hava Fortuzi.

—El novio de la de arriba ha estado en Moscú —dijo Hava—. Tendrías que verle, tiene un aspecto horrible.

Se acercaron a la ventana, pero ya había pasado.

—Ha sido intérprete en la disputa —dijo Nurihan.

—¿De verdad? Qué chocante —dijo Hava Fortuzi.

—Más chocante será cuando le llamen para traducir otras conversaciones, ¡je, je! —comentó Ekrem Foruzi.

—¿Conversaciones con Occidente?

—¿Por qué no? Los gobiernos son como las personas, no pueden estar con la boca cerrada. Con alguien tendrán que hablar.

—¡Ojalá llegue ese día! —suspiró Hava Fortuzi.

Todos se animaron.

—Tú sabes francés y no me has dicho *Bonjour** —sonrió Ekrem Fortuzi.

Chirrió la puerta de la calle y todos volvieron la cabeza.

—Es Mark —dijo Nurihan.

Mark no entró a saludarlos. Fue derecho a la cocina, dejando el violonchelo en el pasillo.

—Está cansado. Casi todas las noches tiene concierto.

—Si vieras qué gente va a los conciertos —dijo Hava Fortuzi—, de lo más bajo. Es para echarse a llorar.

Mark escuchaba sus voces. Hace años que escucha lo mismo: suspiros, maldiciones a media voz, palabras en francés, en italiano, quejas de los precios, del trabajo voluntario, del consejo popular del barrio, burlas de la palabra «compañero» y sobre todo «compañera», y luego miedo,

* Alusión a una vieja canción albanesa: «Tú sabes griego y no me has dicho buenos días».

miedo, miedo. Os suplico que no lo habléis con nadie. No se me olvida la cárcel de Burrel. El artículo setenta y tres. Lo sé, lo sé, he estado en esa cárcel antes de que me trasladaran a la de Gjirokastra. Te acuerdas en Lushnja, donde nos juntaron a todos, escogidos grano a grano, como decía el pobre Qeramudin. No lo comentéis, por favor. Dad gracias que nos salvamos. Es fácil decir no habléis, pero ¿se puede estar quieta la sin hueso? Tienes razón, no puede estarse quieta. ¿Has oído la radio? Sí. Baja la voz. Bájala más. Después todo se derrumbaba, se hacía polvo, se transformaba en murmuraciones, hasta que volvían a hablar de otra cosa. Recordaban las alfombras escondidas, las perlas, vestidos, candelabros, cristalerías, cuberterías de plata, sortijas, lámparas. Lloraban: quien le había guardado la alfombra no quería devolvérsela. Lo negaba, el sinvergüenza, cínicamente, o le decía: yo la he guardado tantos años, me he arriesgado, ahora es mía. ¿A quién te quejas, cómo te quejas, con qué lo demuestras? ¡Ay, ay, ay, cómo nos hemos hundido! Ya lo dijo un antiguo: Albania se hará para desgracia de los albaneses. ¡Chsss!, baja la voz. No quiero, demasiado la he bajado, no aguanto más, me muero, me vuelvo loco. No la bajes, querido, no la bajes, ¿has olvidado el artículo setenta y tres?, agitación y propaganda contra el Poder popular. ¡Uf! De nuevo la conversación de las alfombras, la tienda a comisión, la tienda de objetos usados de Rrok Simonjaku, la visita a Hançe Hajdija Pezë e Madhe para que les lea la buenaventura, la dama de picas junto al as de trébol, esperas dos malas noticias, luego tendrás una alegría, porcentajes, devaluación del oro. A veces afloraba la envidia: fulano ha comprometido a su hija con un comunista, mengano ha encontrado un buen trabajo. Tras la envidia venían las calumnias, los cotilleos, después vuelta a los suspiros, un ápice de esperanza, decaimiento, tinieblas, desesperación.

La clase derrocada, pensó Mark. Formaba parte de ella. Una larga mesa de banquete que se da la vuelta de repente. Se vienen abajo la comida, las bandejas, los candelabros, los vasos de vino, y abajo, en la alfombra, están la sangre y la ceniza y las manos de los caídos con heridas en la cabeza que intentan aferrarse al pesado mantel de terciopelo púrpura.

Hoy sus voces en la habitación contigua son más vivas que de costumbre. Seguro que han oído algo. Anoche Nurihan no se apartaba de la radio. Allí... en Moscú, había pasado algo. El no quería participar de sus conversaciones. Hace tiempo que está harto de esas discusiones inacabables. Cansado. Aburrido. No obstante, lo que había ocurrido debía ser muy interesante.

Mark se levantó y fue al pasillo. Cuantas veces quería apartar la mente de algo peligroso, cogía el violonchelo y se iba al lugar más retirado de la

casa. El violonchelo era el gancho con el que se había agarrado a la vida con fuerza. Era su trabajo seguro en la ópera, el sueldo, la seguridad social, la futura pensión, en una palabra: todo. El violonchelo le separaba en cierto modo de la gente de su círculo que, después de recorrer todas las tiendas a comisión y hacerse caras conocidas en ellas, iban de un lado para otro en busca de un trabajo provisional en agencias de traducción y oficinas de mecanografía o a la busca de clientes de clases particulares de lenguas extranjeras. Suerte que tienes a Mark trabajando para el Estado, solían decir las visitas sin ocultar la envidia. Siempre habéis tenido suerte, siempre os ha ido bien. Y todos lamentaban que aquel huésped desconocido, el huésped que había llevado la suerte a casa de los Kryekurti, no llamara a su propia puerta aquella tarde de noviembre. En realidad no llamó. Mark lo recordaba bien. En realidad, el desconocido cayó cerca de la puerta y luego se arrastró a duras penas hasta la ventana del sótano. Fuera continuaban los combates. Los guerrilleros avanzaban despacio hacia el centro de Tirana. Era el final. Ellos llevaban varios días escondidos en el sótano, entre bultos, trastos, súplicas, murmuraciones y lamentos por no haber huido al extranjero, como el marido de Emilia. Era por la tarde. La única ventana del sótano se oscureció de repente. Alzaron la cabeza y el terror les invadió. Había allí una espalda humana. A buen seguro que el hombre se volvería, metería el cañón de su arma entre los hierros de la ventana y dispararía sobre ellos. El pánico duró un buen rato. Más tarde, sus ojos, desorbitados por el miedo, observaron que el hombre no se movía. Seguro que está muerto. ¿Por qué ha tenido que venir a morir a nuestra ventana?, dijo Emilia. Dirán que le hemos matado nosotros. Todavía no sabían si era alemán, guerrillero, ballista o un transeúnte temerario. Inesperadamente el hombre lanzó un gemido. Escucharon con atención, pedía agua. Decía «camaradas, agua». Es guerrillero, dijo alguien. Pensaron qué hacer con él durante un buen rato. Si no le metemos dentro, después lo pasaremos mal, dijo Emilia. Si ganan, vendrá una mañana, señalará nuestra casa con el dedo y dirá: aquí no me dieron agua cuando me estaba muriendo. Y reclamará venganza por el agua. Sin embargo, si le ayudamos... Por la noche, Mark y Emilia recogieron al herido. Era un guerrillero joven, con la cara amarilla y el pelo hecho una pasta pegajosa por la sangre y el polvo. Tuvieron cuatro días al herido en el sótano. El guerrillero no volvió en sí. Al quinto día, 17 de noviembre, Tirana estaba tranquila. Los combates habían cesado. Mark y Emilia corrían por las calles preguntando dónde estaba el Mando de los guerrilleros. Por las calles había muchos cadáveres. Mark sentía continuas náuseas. Al guerrillero le recogieron sus compañeros con una camilla. Mark, Emilia y

un vecino suyo acompañaron al pequeño grupo hasta el hospital. Por el camino, explicaron varias veces lo ocurrido. En el hospital también lo contaron. Lo repitieron en el Mando. Cuando regresaron, Nurihan los esperaba con el alma en vilo. Los ojos de Emilia relucían. ¿Te lo han dado? Sí, sí, sí, aquí está. Se trataba de un pequeño papel, escrito a lápiz, con mala caligrafía y lleno de faltas. Nurihan se puso las gafas y leyó: « Muerte al fascismo. Libertad al pueblo. Certificado. Se certifica, para que se tenga en cuenta, que la familia burguesa Kryekurti ha cobijado durante la batalla de Tirana a nuestro camarada herido, el guerrillero del tercer batallón, primera compañía, Lulëzim Shero. ¡Abajo la burguesía internacional! El Estado Mayor de la primera compañía, tercer batallón, de la heroica III Brigada de choque». Nurihan comprendió que nunca había tenido en sus manos un documento tan importante. Lo cierto es que había permanecido al margen de este sentimiento, como lo llamaba ella, pero enseguida apreció el documento. Todos aquellos días fueron en grupo al hospital con comida, con flores. El guerrillero no volvía en sí. Qué unidos estamos a él, decía Emilia por el pasillo del hospital. Le considerábamos como de la familia, como el niño de la casa. En cuanto se cure, oh, en cuanto se cure. En cuanto vuelva en sí. Oiremos de nuevo su voz. Le hemos oído delirar tantas noches. Eso decía Emilia. Pero el guerrillero murió. Ellos se hundieron en la desesperación. Emilia lloraba. Verdaderamente esperaban que se recuperara, que fuera a su casa, que le vieran llegar todos, como una estrella solitaria en su cielo negro, su última esperanza. Pero muerto resultó más fuerte que vivo. Entonces, una vez desaparecido el guerrillero, la muerte confería al certificado escrito a lápiz su verdadero valor. Era un documento de valor incalculable, un título, un testamento, un poder, un cheque. Gracias a él, lograron conservar la planta baja de la casa, se libraron de una tercera parte de los impuestos, metieron a Mark en la escuela de música y después a trabajar en la ópera. Gracias a él podían anotar al pie de fichas, historiales, cuestionarios, etc., las palabras: «Nuestra familia, a pesar de pertenecer a la gran burguesía y haber explotado a las masas del pueblo, ha ayudado a la Lucha de Liberación Nacional».

Mark, de pie junto a la ventana, apoyó la barbilla en la cruz del violonchelo. Recordaba bien los cabellos pringosos de sangre y polvo del guerrillero. A veces, cuando estaba cansado, cuando la sala de conciertos flotaba lenta, levemente desfigurada ante sus ojos, el rojo del terciopelo de los palcos le recordaba los cabellos ensangrentados del desconocido, como si tuviera la frente apoyada en un palco y le colgara el cabello. Él había sido su suerte, su música. Su recuerdo era un suplicio continuo. Se diría que

fuera a levantar la cabeza de un momento a otro y decirle: te estás aprovechando, ¿eh?

Mark apoyó el violonchelo contra la pared. Fuera anocheecía. Era justo tiempo de nieve. Por las escaleras exteriores de la casa descendía Zana con su novio. Siguió con la vista sus oscuras espaldas durante un rato. Seguro que iban al teatro o al café. El último año siempre los había visto así, bajando las escaleras. La espalda de él más ancha y la de ella inclinada de manera especial hacia él, encuadrados ambos en un marco de seriedad y sexo, un cuadro martirizante que se alejaba continuamente. Eran los peores momentos de la soledad de Mark. Tenía veintiocho años, pero su vida con las mujeres había sido bastante pobre hasta la fecha. Era tímido. Los cabellos ensangrentados del guerrillero únicamente le habían proporcionado seguridad para encontrar trabajo, mas su poder no pasaba de ahí. Notaba que no podía superar el temor a la vida pública. Se había ido fraguando lentamente, como resultado de años enteros de murmuraciones en la habitación contigua, quejas en voz baja, a veces maldiciones, y tras las maldiciones el miedo, miedo de cualquier *Gaz* que frena en la esquina, de todo.

Serio y correcto, saludaba a Zana con la cabeza cada vez que la encontraba casualmente en la puerta o cuando ella bajaba, muy de tarde en tarde, dos o tres veces al año, en primavera, a encargar a Emilia un traje de baño para la temporada de playa. Era una muchacha digna. Y eso era bastante para que la tuviera miedo. En verano, cuando la veía en el balcón con un vestido liviano, descuidada, tostada por el sol, padecía cierto complejo de culpabilidad. Se creía en la obligación de decirle que nunca, nunca pensaba en ella. Mas secretamente la deseaba. Últimamente parecía triste. La tristeza la favorecía. Triste la deseaba mucho más. Le recordaba los primeros tonos malvas que había descubierto en sus ojos, poco antes del compromiso. Precisamente entonces se estremeció por vez primera al verla. Era primavera. Ella había bajado varias veces a probarse un traje de baño nuevo que le estaba haciendo Emilia. Las pruebas suponían una verdadera convulsión para su imaginación. En cierta ocasión, al ver que salían las dos, entró en la habitación donde tenían la máquina de coser. El traje de baño estaba allí, dejado de cualquier manera, casi terminado, tras la última prueba. Se acercó y lo tomó en sus manos, sintió que aún retenía el calor de su cuerpo y, sin pensarlo, instintivamente, lo estrechó con fuerza. Sabía que lo que hacía era envilecedor, pero estaba acostumbrado a la vileza y a veces, incluso, le producía cierta satisfacción.

Ahora hacía varias semanas, desde que su prometido regresara de

Moscú, que parecía triste. Quizá le haya contado lo que ha pasado allí. A lo mejor es algo muy grave para ellos, pensó Mark.

En la estancia contigua, los amigos de Nurihan proseguían la conversación. Ellos pensaban en lo mismo. Mark conocía bien las fases de tales conversaciones. Seguro que ya habían llegado a la fase de los golpes de pecho, de las fantasías sobre el derrumbamiento. El mismo había soñado a veces con el derrocamiento del Estado, pero sin apasionamiento ninguno y, lo más curioso, sin alegrarse de ello. No podía imaginarse corriendo armado por las calles de Tirana, por las puertas de las casas, para buscar, arrestar y matar sobre el terreno a secretarios del partido, ministros, activistas sociales, miembros del consejo popular del barrio, oficiales. No, seguro que no sería capaz. En caso de disturbios, se escondería de nuevo en el sótano, esperando la llamada del destino ciego. Al parecer, espiritualmente era un desclasado. La única cosa que quizá podría hacer en medio de la confusión general, sería una carrera corta, subir las escaleras hasta el piso de arriba para buscar a Zana. Desclasado, pensó. Absolutamente.

El teatro estaba lleno. Tenían entradas de platea. Al pasar por el pasillo entre las filas de butacas tapizadas de terciopelo rojo, Zana observó que había muchas mujeres de todas las edades bien vestidas. Estaban allí con esa despreocupación que experimenta la gente en el teatro, siguiendo con una mirada neutra, algo fatigada, a los que entraban los últimos.

A excepción de esa marcha al descubierto hacia sus asientos, cuando la única defensa era mirar las entradas una y otra vez, Zana disfrutaba del ambiente que se creaba durante las olimpiadas nacionales de teatro. Le gustaban los carteles que se pegaban por toda la ciudad, el gentío que abarrotaba la plaza del teatro, la gente que te para a cada paso para preguntarte si tienes alguna entrada de más. Le gustaban sobre todo el ambiente del vestíbulo y la sala, donde se apreciaba la presencia del jurado y cierta extravagancia contenida de los estudiantes de la Escuela Superior de Artes, que entraban gratis a todas las representaciones.

Una vez ocuparon sus localidades, Zana miró tranquila a su alrededor. Las cabezas femeninas, toda una jerarquía de peinados, de matices de rubio oxigenado, horquillas y pendientes, sobresalía de los respaldos de los asientos sobre los cuellos erguidos y dignos.

El telón se había levantado. Zana oía sin demasiada atención lo que se decía en el escenario. Tenía la impresión de que se trataba de algo aburrido. Normalmente no prestaba atención a los diálogos en el teatro. No le

interesaba lo que pasaba en la escena. A pesar de ello, precisamente en el teatro se animaba como en ningún otro sitio. Bajo la influencia del escenario, cambiaba su relación con el mundo y las personas, muchos sentimientos lejanos y borrosos aparecían de súbito claramente definidos, otros, en cambio, se difuminaban. La pieza que se representaba podía ser insulsa, aburrida, pero eso no impedía que Zana creara en su cabeza, con plena libertad, una interminable gama de dramas donde ella moría, resucitaba, era traicionada, amada, enterrada, inmortalizada, sin interrupción, sin lógica, en el más absoluto caos, durante las dos o tres horas que duraba el espectáculo. Justo por este éxtasis, que ninguna otra cosa era capaz de proporcionarle, adoraba el teatro.

En el descanso, se levantaron para ir al bar. La gente se movía con lentitud por los pasillos en dirección a la salida. Delante de ellos caminaban dos hombres visiblemente contrariados.

—¿Crees que tiene errores ideológicos? —preguntó uno de ellos, fijando la mirada en el compañero.

El otro ladeó levemente la cabeza.

—Quizá. Hay que verla hasta el final. De todas formas, no puedo hablar, ya sabes que soy miembro del jurado.

—¿Qué errores ideológicos? —susurró Zana al oído de Besnik—. Es aburrida.

Besnik sonrió.

—Son críticos literarios —dijo, también en voz baja—. El rubio suele ir por la redacción.

En el vestíbulo se encontraron con algunos conocidos comunes.

—¿Cuándo os casáis? —preguntó uno de ellos, dando muestras de alegría. Los ojos de Zana pasaron fugaces sobre el rostro de Besnik.

—¿Qué os ha parecido la obra? —preguntó Besnik tranquilamente.

—Así, así.

—¿Qué tomas? —preguntó Besnik a Zana.

—Nada —respondió.

La segunda parte de la representación le pareció más aburrida. Su mente estuvo un buen rato ocupada en la mención de la boda durante el breve descanso y la reacción de Besnik. Lo esperaba. Ya no le sorprendía el silencio de Besnik, ni su irritación mal contenida cada vez que se mencionaba el asunto. Le sorprendía otra cosa: Besnik no sólo no tenía intención de dar ninguna explicación por el aplazamiento *sine die* de la boda, sino que, al parecer, no tardaría en pedirle ayuda para afrontar la presión de los demás. Zana había observado algunos síntomas. El fugaz

intercambio de miradas durante el descanso había sido uno de ellos. Y lo más extraño de todo era que ella, sin darse cuenta, estaba entrando en el papel de cómplice. Como si ambos guardaran un secreto común. Quizá dentro de poco me irrite tanto como él cuando se mencione lo de la fecha de la boda, pensó. Sabía que eso sería su derrota. En el fondo también sabía que jamás llegaría a ello.

Por el rabillo del ojo, Zana observó su perfil en la semioscuridad. En el pómulo, allí donde acaba el ojo, creyó ver un abismo. Parecía que él tampoco escuchaba nada. Ajeno, dijo Zana para sí con un sentimiento de dolor. Mas, curiosamente, no era un dolor amargo.

Por fin terminó la obra. La gente avanzaba hacia la salida. Delante de ellos caminaban de nuevo los dos críticos con cara de preocupación.

—No puedo decir nada —dijo uno—, tú sabes que soy del jurado.

Al salir, todo el mundo intercambiaba opiniones. Se pierde la tensión dramática, decía uno. Otro mencionaba el teatro de Brecht.

Tensión dramática, dijo Besnik para sí... En el vestíbulo habían colocado carteles y fotografías del espectáculo. Drama en tres actos. Los dramas perdidos de Esquilo...

Traducir los diálogos de esta reunión es más difícil que traducir a Esquilo...

Besnik estrechó con fuerza el brazo de Zana. —Hablan de tensión dramática, ¿los oyes? —le susurró al oído.

—Era tan aburrida... —dijo Zana.

—Hay dramas de tales dimensiones que no puedes llegar a concebir —prosiguió en voz baja—. He deseado contarte algo... He querido... Un drama, ante el cual cualquier mezquindad...

Ella también le estrechó el brazo. Él quería decir algo. Se acercaba a ella como a un espacio infinito. La concha se abría. Sintió sus dedos apretados en el brazo. Avanzaban entre la muchedumbre hacia la salida. Ella esperaba. De la puerta llegó un rumor. Algo había ocurrido o estaba ocurriendo. No parecía tratarse de un escándalo. La gente alzaba la cabeza. Parecía algo ajeno a lo humano. Alguien gritó «nieve, nieve». Besnik levantó la cabeza asimismo. Ya estaban en la puerta.

—¡Oh! —exclamó Zana. Fuera nevaba en verdad.

Ligera, aturdida, amedrentada por la visión negra, mojada, del suelo, como una visitante lejana a quien la noche había sorprendido en aquel rincón del mundo, flotaba sobre la tierra, se apartaba, no, no, no; parecía querer volver atrás, hacia el cielo, mas no era posible, no era posible. Los hombres alzaban la cabeza, emitían pequeños gritos de felicidad.

—¡Oh, mira, qué bonito! —dijo Zana. Como el resto de la gente, se olvidó de todo. Los copos de nieve flotaban en derredor, pálidos, irreales, pasajeros celestes atónitos, entre los carteles y las luces del teatro.

Pasearon por el Bulevar de la Independencia hasta que sintieron empaparse sus cabellos. Entonces se dirigieron a casa de Zana.

Al acercarse a la puerta, se cruzaron con un grupo de gente que les miró fijamente y Besnik captó la frase *c'est lui**. Se volvió con un movimiento brusco, como si le hubieran llamado. Zana le tiró del brazo.

—¿Qué te pasa?

—¿Quiénes son, qué decían de mí? —preguntó nervioso Besnik.

Zana se quedó boquiabierta. Nunca había tenido una reacción así.

—Son antiguos burgueses, suelen venir a visitar a los de abajo —le explicó mientras subían las escaleras. Él no hablaba.

Varias veces había emprendido el ataque al búnquer y de nuevo se había retirado. Ahora estaba tendido a varios pasos, en la tierra quemada por los rayos abrasadores.

Los demás van al café, al teatro, en cambio yo me he quedado aquí, en este búnquer, amarrado a la guerra, como los insectos de la colección de Mira. A la guerra, pensó Struga con serenidad. En el vientre, en los riñones, sentía el contacto de las pesadas placas de plomo que protegían parte de su cuerpo de los rayos. Era un caballero vestido de hierro, un cocodrilo, con el cuerpo envuelto por fuertes escamas, que se arrastraba para protegerse. El búnquer disparaba continuamente. El retorció el cuerpo bajo sus balas. ¿Qué significa esa voz?

*Me quedé en este infierno, camaradas,
día y noche junto a la casamata,
la tronera y las palabras alemanas.*

¿Dónde están algunos de los viejos guerrilleros? Encerrados en clínicas, abandonando su cuerpo en manos de médicos y enfermeras (las cicatrices semejabán cada vez más viejos grabados), recibiendo inyecciones, rayos, el bisturí del cirujano. No te hagas mala sangre, se dijo Struga. No me la hago, se respondió, pero tengo un pequeño pesar. El causante de su pesar era Besnik. Últimamente había ocurrido algo. La gente y las emisoras

* En francés en el original: es él.

extranjeras hablaban. Sin embargo, él no sabía nada. El, cuyo hijo había estado allí, en Moscú, donde había tenido lugar la desgracia, no sabía nada. Besnik no le había contado nada. Su hijo había considerado innecesario hablar a su padre, un viejo comunista, de lo que estaba ocurriendo. Struga sintió una opresión en el pecho.

—Compañero Struga, la sesión ha terminado.

El médico le ayudó a incorporarse. La enfermera, con la cabeza levemente inclinada hacia un lado como un girasol, miró el reloj. Struga era el último paciente. Mientras él se abrochaba la camisa, ella sacó del bolso un espejuelo y comenzó a mirarse. Struga recordó que en todas partes se estaban celebrando fiestas con motivo del Año Nuevo. También Mira había pedido permiso para salir por la noche.

Mientras salía, sintió que en el aire flotaba un elemento nuevo. ¡Ah! exclamó sin querer al salir. Fuera se deshilaba la nieve. Permaneció un rato a la puerta de la clínica, contemplando los copos. Caían uno tras otro, como cumpliendo una obligación, desconocidos, anónimos, sobre la tierra oscura. Caminó hacia la parada del autobús.

Monja, un día te arrepentirás. Mira fingió no escuchar. Martín bailaba frente a ella con una muchacha del decimosegundo A y de vez en cuando le tiraba una indirecta que la orquesta no le dejaba oír bien. Martín aprovechaba la mitad del texto de la obra que estaban preparando para decir a Mira cosas con doble sentido. Hoy estaba enfadado, porque mientras les había tocado el turno y las chicas Mira no le había sacado a bailar. Ni pienso sacarle nunca, pensó Mira. Que baile con esa tonta del decimosegundo A, con la que lleva cuchicheando toda la velada.

Era el último baile. Al acabar la fiesta, el barullo fue breve. Todos se abalanzaron sobre los abrigos. El movimiento de los brazos al meterse en las mangas daba al grupo el aspecto de un montón de locos. De fuera llegaban gritos de alegría. Los primeros en salir volvían a la puerta para informar a sus compañeros de lo que ocurría fuera. Un acontecimiento feliz: estaba nevando. Tras probar la calzada, las aceras, los postes telefónicos, toda la superficie del suelo, la nieve había elegido como base más adecuada para establecerse los tejados, los parterres y la parte superior de los vehículos. Aún tímida, con un brillo lívido, fina, silenciosa, blanqueaba aquí y allá sin saber todavía cómo sería acogida por la gente.

Los chicos fueron los primeros en lanzarse a ella. Sus manos se alargaban alocadas a los parterres, a los cristales de los automóviles, a los

toldos de los puestos de fruta, aferraban febriles millones de cristales y corrían hacia las chicas, echándose los por los cabellos y el cuello. Las muchachas corrían, gritaban, pero ninguna se iba. Decían no, no, pero eran unos no es peculiares, demasiado semejantes al no del amor.

Mira se había alzado el cuello del chaquetón y correteaba entre sus compañeras. Alguien gritaba «Mira Struga. ¿Dónde está Mira Struga?». Entre la jauría de muchachos distinguió a Martin, con las insaciables manos sobre la capota de un coche.

—Se cree que es la más guapa —dijo alguien.

—Mira Struga, la chica más guapa del campo socialista —gritó una voz aguda.

Alguien lanzaba furiosos silbidos.

Martin se había separado del coche y se dirigía a las muchachas con las manos cargadas de nieve. Huyendo hacia la calzada, Mira sintió tras de sí sus zancadas. Se detuvo en un portal y, escondiendo la cara entre las solapas del chaquetón, con los ojos medio cerrados, esperó. Las delgadas manos del muchacho, sorprendentemente inseguras y heladas, le metían nieve en el pelo y el cuello.

—No, no —dijo Mira casi hipando. Imaginaba que aquellas manos estaban a punto de perder la vida. Y de verdad estaban heladas. Levantó la cabeza con el cabello empapado. Le pareció pálido. Detrás de sus hombros, en la puerta, leyó una placa sin sentido: «Dr. Filip Treska. Patólogo». Él tenía aún las manos sobre la cabellera de la chica y ella tocó sus dedos gélidos, quizá para apartarlos del pelo. Entonces él le acercó la cara y la besó en los labios. Mira no se opuso. La besó varias veces y sólo después de un minuto Mira dijo tranquila:

—Despacio, que me ahogas.

A lo lejos, una de las chicas gritaba: Mira Struga, la buscan.

—Beni —dijo Mira y corrió hacia los estudiantes. Él se mantenía apartado, con el cigarrillo en la boca, sombrío, amargo, romántico, Childe Harold, Lermontov, demonio. Le cogió del brazo y, sin decir nada, emprendieron juntos el camino a casa. Continuaba nevando. La plaza de Skénderbeg, salpicada de luz y color, parecía inmensa.

Besada, pensó Mira. Todo se precipitaba ante sus ojos. Besada. Una palabra sin color, un fósil seco resto de generaciones muertas. Sólo en el sonido «s» vibraba algo vivo.

A su alrededor había una confusión titilante. Se había roto el equilibrio del mundo. Galileo Galilei. Había obtenido un aprobado en física, en el capítulo dedicado a él. No era difícil descubrir que el mundo gira.

Basta un beso. Seguro que Galileo, cuando descubrió la ley de la rotación de la tierra, acababa de recibir el primer beso. Seguro que entonces era un muchacho joven, como Martin, quizá algo mayor, a pesar de que en el libro aparece viejo y con barba.

En cuanto llegaron a casa, fue al cuarto de baño y permaneció un rato ante el espejo. Durante el camino, tuvo la impresión de que los labios le habían cambiado o le estaban cambiando. Sacó un poco el labio inferior. Ninguna señal, ninguna huella. Allí, sobre una superficie pequeña, suave, rosa, había tenido lugar aquello, «el beso». Todo el mundo giraba a causa de ello, mas los labios no habían sufrido cambios.

Mira no tenía apetito. Se dirigió a la alcoba. La chica más guapa del campo socialista. Estas palabras acudieron a su mente mientras se ponía el camisón. Sonrió aturdida. Como si realmente fuera la más guapa. Eso es imposible. El campo socialista es extenso, muy extenso. Polonia, una parte de Alemania, Unión Soviética, Siberia, China, el Mar Báltico, Checoslovaquia, varios Estados más y Mongolia. Quién sabe cuántas muchachas bonitas albergará. Alzó al camisón y se miró las piernas. Extraño, se dijo. Por su cabeza merodeaban pensamientos turbios, penetrados de un sentimiento tibio. Un solo abrazo era la causa de tanta agitación. Ahora, de forma confusa, comprendía que la existencia de una muchacha es un espacio infinito para la felicidad. De la calle llegaban voces de gente que parecía salir de alguna fiesta. Estaba tumbada en la cama con los ojos cerrados. Se dormía. Ahora sí era un espacio infinito. La más guapa del campo. Checoslovaquia, Hungría, estaban en algún lugar cercano, eran, quizá, sus brazos, y más allá, Polonia, después la extensa Ucrania con sus fértiles estepas, y las piernas, las arterias, las venas, el Drin, el Volga, la depresión del bajo vientre y en el centro de todo la fortaleza medieval del Kremlin, tan vieja como el mundo. ¡Ah!, exclamó Mira, casi con dolor, entre sueños.

De la calle llegaban voces, risas, canturreos fragmentarios. La vieja Nurihan vertió la manzanilla en el vaso, después dejó el cacillo en su sitio.

Se divierten, dijo para sí, regresan de las fiestas, juegan con la nieve por la calle.

Fuera, los copos de nieve flotaban silenciosos como espíritus. La manzanilla estaba fría.

Se divierten, se repitió. Así había sido siempre. Al pie de la muralla de Tebas había aparecido la esfinge y la gente bailaba, iba al teatro, se

entretenían con juegos o con música. Toda la vida la misma historia. Cuanto más cercano está el peligro, más se entregan a la diversión. Celebran años nuevos, días santos, aniversarios de fundación de reinos o repúblicas, en momentos en que monjes desconocidos caminan hacia ellos con anuncios de peste, declaraciones de guerra, sitios, hambre, apariciones de esfinges. Oh dios, tú que me has mantenido viva hasta este día, déjame permanecer este invierno sobre la tierra para ser testigo de su fin. Déjame. La casa, que se había convertido en una ruina, se reanimaba, la sangre de sus habitantes volvía a ponerse en movimiento, volvían las palabras, los nervios. ¿Dónde comenzó esta bendita pelea, este viento que nos resucita a todos? Lejos. Lejos. El desierto de Siberia. El desierto de Gobi. El oasis de Nurihan.

Todas aquellas tardes y noches de finales del año que acababa y los primeros días y noches del nuevo año, incrementaron sus visitas a casa de unos y otros. Sentían una alegría rayana con el miedo cuando llamaban a las puertas, cuando se encontraban y, sobre todo, luego, cuando, una vez sentados unos frente a otros, se preguntaban por primera vez: ¿habéis escuchado algo?

Olvidaban las riñas y las envidias y, con mayor frecuencia, al dirigirse a otro, como ante un ensayo general, utilizaban títulos dejados tiempo atrás en el olvido: Su Excelencia, Bey, Su Ilustrísima, Señor Embajador, Señor Regente. Algunos recordaban los viejos testamentos, el oro, los títulos de propiedad, los créditos, las herencias; otros hablaban de la crónica genealógica de sus familias, ramas enteras de las cuales habían sido calcinadas por la furia de la época; otros, en cambio, más atrevidos, se encorvaban por la noche sobre trozos de papel y, con una exactitud sorprendente, esbozaban los límites de sus antiguas haciendas, cercas o lindes, desaparecidas tiempo atrás bajo las tierras de las cooperativas

Fueron noches de un frío glacial, con una luna pérfida, inmutable en el cielo de enero. Por las mañanas, la escarcha lo cubría todo, y las ventanas, los cristales de los autobuses y las gafas de la gente, empañados, parecían ciegos.

Capítulo decimoquinto

El 3 de enero, desde las nueve de la mañana hasta las cuatro y media de la tarde, casi sin descanso, estuvo reunido el Buró Político. Caía una lluvia menuda, fría. Dos días después volvía a reunirse el Comité Central. En la misma fecha, por la tarde, se celebró una reunión del Gobierno, que se prolongó hasta medianoche. Hacia las cinco de la mañana, en un avión especial, que a causa de la niebla aterrizó con dificultad en el aeropuerto de Tirana, llegaron los dos representantes de Albania que habían participado en la reunión extraordinaria del COMECON, en Varsovia. Pidieron, en el aeropuerto, que se les condujera directamente ante el Primer Ministro, donde quiera que se hallara, porque debían comunicarle algo importante. Al día siguiente, el Secretariado del Comité Central, el Gobierno, la Comisión del Plan del Estado, el Estado Mayor del Ejército y el Presidium de la Asamblea Popular se encontraban en reunión permanente. La máquina del Estado se había puesto en movimiento. Todos sus componentes, mecanismos motrices, estáticos, fuerzas estabilizantes, engranajes ligeros, pesados, a veces ciegos, experimentaban una actividad incesante. Pero la sacudida violenta rítmica de la máquina del Estado, no consiguió llegar hasta sus fundamentos.

Nada más finalizar la reunión del Presidium, a las 22 horas, la radio emitió la convocatoria de la sesión extraordinaria de la Asamblea Popular. De todas partes comenzaron a llegar, uno tras otro, los embajadores de la República. El 9 de enero, con una lluvia sesgada y gélida, se empezó a informar sobre la reunión de Moscú y la ruptura ideológica a las primeras organizaciones del Partido en las fábricas de la capital. El día 11, todos los periódicos publicaban los telegramas de felicitación, con motivo de la fiesta de la República, de presidentes, primeros ministros, reyes, emperadores, parlamentos, gobiernos y regencias de otros países. Bajo un frío amargo, todo el mundo, al dirigirse a las paradas de los autobuses, abría con avidez el periódico y leía atentamente los textos de los telegramas, intentando leer entre líneas. Sobre la capital permanecía suspenso un cielo enorme de

mediados de invierno. El Gobierno se hallaba de nuevo en reunión permanente y por la noche, a eso de las diez y cinco, en la barra de un bar de Tirana, un obrero de una de las fábricas del extrarradio, al pedir al camarero otra copa de coñac, le dijo con voz ronca:

—Dicen que el campo socialista nos ha cortado todos los créditos.

El viento, con un rumor suave, lanzaba la lluvia contra los cristales y en ese momento todo el paisaje exterior: el cruce, el caqui del patio del vecino, las luces del almacén de instrumentos eléctricos, se mezclaron para después aclararse poco a poco y reencontrar su perfil y su lugar. En el diván estaban los periódicos del día anterior tirados de cualquier manera. El ojo de Zana leía automáticamente una y otra vez las letras y líneas de los telegramas de felicitación por la fiesta de la República. Charles De Gaulle. Ulbricht. Vladislav Gomulka. El rey Gustavo Adolfo. Jruschov.

Volvió a mirar por la ventana. Ahora llevarían casados casi dos semanas. Y recibiría telegrama de felicitación de todas partes. Los primeros serían, con toda seguridad, de tío Sandri y tía Urania, de Fier. Tomaría café con Besnik en la tarde invernal, algo cansados después de la boda, y leerían los telegramas. Tío Sandri, ¿no te dije que tío Sandri sería el primero? Y después el de tía Urania. Luego, los telegramas de los demás. Después... Pero no sólo no se habían casado hace dos semanas (esto era la mitad del mal), sino que él telefoneaba cada vez menos, y el teléfono que había amado siempre, era ahora para Zana una gata negra, casi odiosa.

De fuera llegó otra vez el grito monótono «se corta leña». Cada año, por estas fechas, aparecen los «se corta leña», pero ninguno de ellos había deambulado tanto tiempo en un barrio tan pequeño. ¿No comprende que quien tuviera leña para cortar ya la ha cortado hace tiempo?, pensó Zana con los nervios a flor de piel.

En el teatro quiso decirle algo, seguro que quería decirle algo, al menos una explicación, una aclaración, por pequeña, superficial y falsa que fuera. Pero cerró la boca enseguida. Sólo el orgullo le había impedido decirle abiertamente: Besnik, a ti te pasa algo, ¿qué me querías decir?, al fin y al cabo tienes la obligación de decirme, explicarme sin tapujos, francamente lo que piensas, lo que te preocupa, lo que quizá te... tortura. Pero esperó. Lo cierto es que ella esperó con dignidad. Zana esbozó una amarga sonrisa. Durante el noviazgo, a pesar de las continuas ingerencias de Liri, no sólo no le había presionado lo más mínimo, sino que se había negado a hablar de boda. Ni siquiera lo había mencionado en los primeros

días de relaciones íntimas (Besnik era el primer hombre en su vida) ni tampoco después, hasta que una tarde, una tarde fría, con unas estúpidas nubes en el cielo y una lluvia nerviosa, él le dijo: Zana, quiero casarme contigo, ¿qué dices? Y ella, con un movimiento de cabeza, un leve brillo en los ojos, simplemente y en voz baja (más que voz fue un golpe de aliento cálido), dijo: sí.

De la cocina llegaba el ruido de fregar de los cacharros. Fuera, en el patio, se oyó chirriar la puerta del garaje al abrirse. Su padre salía de nuevo. A una reunión, seguro. Día y noche de reuniones, pensó. En el deshojado árbol del patio colindante habían quedado dos caquis de un color encendido. Parecían pintados. Sobre el diván, los pediódicos en desorden. Era la hora en que se podían leer con verdadera satisfacción los telegramas de felicitación. ¡Enhorabuena! Los compañeros de la facultad, de prácticas en una obra en el norte. Por el bienestar del pueblo albanés y vuestra felicidad personal. Tía Urania y Charles De Gaulle. Halle Selasi I. Se corta leña.

Qué me sucede, dijo para sí y se levantó, moviendo los hombros. Había dormido mal y ahora tenía sueño. Pensó ir a la cocina para ayudar a Liri, pero imaginó que podría sacar de nuevo a relucir el tedioso tema de la boda.

Sobre la mesita del cuarto de estar reposaba el álbum de fotos familiar. Hacía tiempo que no le abría. No le gustaba hacerlo, como tampoco le gustaban las películas viejas. De todas formas, como no sabía qué hacer, comenzó a hojearlo. El modo de pegar las fotos tenía algo de pasado de moda, de provinciano. El abuelo con dos hombres, tocados con ridículos sombreros. Su padre, vestido de guerrillero. Kristaq y Liri, el día de la boda. Ella, de pequeña, en brazos de una atractiva rubia, su tía. Ella, el primer año de la escuela primaria. Kristaq, Liri y unas caras desconocidas en una excursión, con unas cervezas. La abuela, muy vieja. Zana con el equipo de baloncesto, de gira. En medio, aquel deportista, el hombre que la besó por primera vez. Fue en un hotel de largos pasillos, manchas de humedad y las puertas del WC que golpeaban sin cesar. Zana hizo una mueca. Kristaq, Liri, la tía y Skénder Bermema ante el busto de De Rada. Kristaq y Liri en el campo de vacaciones. Zana con un grupo de compañeros en su primer año de universidad. Kristaq en la presidencia de una reunión. Los abuelos ya no salen más. Murieron uno tras del otro en el cincuenta y seis. Zana en la playa, en bañador. Besnik, solo. Después, con Zana. Los dos. En todas partes.

Sonó el timbre de la puerta. Era Diana Bermema. Zana cerró el álbum y corrió a abrazarla. No la veía desde aquella mañana que, paseando con

Besnik, se encontraron en la calle. A pesar de sus dilatadas caderas, Zana la encontró más bella. Hablaron un rato del niño.

—¡Qué egoísta soy! —exclamó de repente Diana—. ¿Qué hace Besnik? No le he visto después de que regresara de Moscú.

—Está bien.

—Zana, perdona que no haya venido, y dile a Besnik que me perdone también, pero ¿sabes qué pasa? Esperaba venir con Andrea, pero mi marido se pasa el día y la noche en el hospital.

Zana escuchaba con una sonrisa apenas esbozada.

—He tenido demasiadas preocupaciones estos días —prosiguió Diana, bajando un poco la voz—. Dicen que se ha ido parte de los especialistas extranjeros, sobre todo soviéticos.

—¿Es verdad?

—Sí, ha ocurrido algo muy serio.

—¿Te lo ha dicho Andrea?

—Oh, no. Casi no habla de las cosas de su trabajo.

Zana movió la cabeza pensativa.

—No hablan fácilmente —dijo en voz baja.

—¡Oh! —exclamó Diana—. ¡Vaya un problema!

—Con Besnik pasa lo mismo —añadió Zana—. Aquí y allá se murmura que en Moscú sucedió algo, sin embargo yo, la novia de alguien que ha estado presente en todo, no sé nada. A excepción del hecho, que ya sabe todo el mundo, del enfriamiento con la Unión Soviética, no me ha contado nada —la voz de Zana denotaba un enorme pesar—. Me han preguntado algunas personas y, al tener que decirles que no sé nada, me he sentido ofendida.

—No te preocupes —dijo Diana—, son así de raros.

—Y luego dicen que las raras somos nosotras.

Diana quiso cambiar de tema.

—¿Cuándo os casáis? —preguntó mostrando su alegría.

Zana se encogió de hombros. Fue un encogerse de hombros especial, un llanto silencioso que, a pesar de sus esfuerzos, fue incapaz de ocultar. Ahora era ella la que quería cambiar de conversación y preguntó algo sobre el niño. Era un tema del que Diana no se cansaba nunca. Habló durante un buen rato de cómo lo había sentido moverse por primera vez y cómo se movía ahora en sus entrañas, que le daba puñetazos, quizá patadas, donde se le ocurría, y cuando se le ocurría. Sus ojos eran todo luz, empero interrumpió inesperadamente la riada de palabras.

—Zana —le dijo, cogiéndole la mano con dulzura—. Si entre Besnik

y tú hay... algún malentendido, estoy dispuesta a ayudarte... como aquella vez... Ya sabes que me resulta fácil hablar con él.

—No, Diana, no —dijo Zana, abrazándola—. Gracias, pero no hay necesidad.

Un año antes, Diana había intercedido en una disputa sin sentido de la pareja.

—Como quieras. Sabes que puedes contar con mi ayuda en cualquier momento.

Tu ayuda, dijo Zana para sí, mirando a su amiga con ojos tristes. Eran los últimos días en que Diana podía hacer algo en el mundo real. Provisionalmente, rompía los lazos con él. Poco a poco, el niño la iba absorbiendo totalmente.

Volvieron a hablar del niño.

Cuando marchó Diana, Zana se acercó a la ventana. Quién sabe por qué recordó un día en la playa. Alguien había sacado una medusa a la orilla. La medusa relucía al sol mientras iba muriendo. La gente se apiñaba. Todos estos días, Zana recordaba cosas inconexas. La lluvia había cesado. Entró en el patio un grupo de hombres y mujeres. Otra vez visitas, pensó. Hace dos semanas que los vecinos del piso de abajo no hacen más que recibir visitas. Se trataba de mujeres pasadas de moda, que aún gastaban sombrero y chaquetón de piel, y hombres con sombreros años treinta, sorprendentemente parecidos a las fotos de los álbumes. A lo mejor preparan una boda, pensó. Quizá la de Mark. Le veía todos los días empujar con cuidado la puerta del patio con el violonchelo al hombro, que, en el crepúsculo de invierno, parecía un animal negro, domesticado, que llevaba a casa a la espalda. Era atento y en sus ojos, además de respeto y cierta timidez, había distinguido una y otra vez un deseo oculto, naturalmente controlado y debilitado hasta la mínima expresión. La semana anterior, Zana le había preguntado si la daría clases particulares de francés. El se mostró dispuesto. Empezaré cuanto antes, se dijo. Encontraré el modo de quitarme este tedio.

Escuchó a Liri salir de la cocina. Se apresuró hacia allí, abrió la nevera, tomó una botella de coñac y bebió medio vasito. El coñac estaba bueno y se dispuso a echar otro trago, pero en ese momento apareció su madre en la puerta.

—¿Con que bebes?

Zana esbozó una sonrisa de compromiso.

—Por hacer algo —dijo, encogiéndose de hombros.

Liri suspiró.

—Escucha, Zana, escucha y no arrugues el morro. A fin de cuentas,

soy tu madre y tienes la obligación de escucharme.

—Claro que eres mi madre, no vas a ser la de Máximo Gorki.

—¿No te da vergüenza? ¿Qué son esas tonterías?

Zana se dio cuenta de que lo que decía no tenía ninguna lógica.

—Perdona, mamá.

Liri se secó las manos con un paño.

—Esto hay que solucionarlo —dijo—. No soporto ver cómo sufres.

—No sufro.

—A mí no puedes engañarme —dijo Liri—. Tienes que tener más confianza en mí. Siempre has hecho lo que has querido. Escúchame al menos esta vez.

—¿Qué? —preguntó Zana, fijando en ella la mirada.

Liri respiró hondo.

—A su trabajo, hay que ir a su trabajo, a la organización del Partido, que explique allí cómo están sus relaciones contigo.

—Eso nunca —gritó Zana.

—Escucha, Zana.

—Nunca, nunca, nunca —gritó de nuevo. Sus ojos se anegaron de lágrimas—. No te lo permitiré nunca.

—¿Zana!

—No me casaré nunca.

—¡Basta! —gritó también Liri—, escúchame.

—No quiero escucharte. Lo que te propones hacer es una canallada.

—¡Bravo!, así le hablas a tu madre —su voz se ahogó en un llanto contenido.

Zana abrió el frigorífico bruscamente, llenó la copa de coñac y la apuró de un trago.

—Perdona, mamá —dijo en voz baja.

Liri se llevó las manos a la cabeza.

—Ya no conozco a mi propia hija.

Zana sentía la cabeza turbia por efecto de la bebida.

—Escucha, mamá, ¿por qué lo pones tan trágico? —dijo con voz serena—. De todos modos, hay que tener paciencia, hay que saber qué pasa. Quizá está atormentado por la enfermedad de su padre. Tú sabes que se cree que es cáncer. Tú sabes...

—Siempre has sido altruista —dijo su madre con dulzura.

Zana le abrazó.

—Uf, hueles a coñac como un borracho —dijo Liri, volviendo la cara

hacia el otro lado.

Permanecieron un rato en silencio.

—Mamá, voy a salir un momento. Quiero pasar por la modista. Me han dicho que ha recibido una tela muy bonita para abrigo.

—¿Quieres que vayamos juntas?

—No, mamá, quiero ir sola.

—Como quieras.

Zana fue al cuarto de baño y se refrescó la cara. Su humor cambió tan rápido, que su madre le siguió con una expresión de sospecha cuando bajaba la escalera.

Había cesado la lluvia. El aire tenía un aroma especial. El cielo gris entrañaba una posibilidad de nieve. Se sentían sus mórbidas garras que parecían dudar si presentarse o no.

Ya por la calle, frente a ella, venía Mark. El violonchelo parecía formar un sólo cuerpo con él.

—¡Hola!

—¡Hola, Mark!

Zana tuvo la impresión de ver en sus ojos que ese deseo oculto había ganado terreno al respeto y la timidez. De todas formas, dijo para sí, tengo que empezar cuanto antes a estudiar francés.

Sin tener conciencia de ello, se dirigía hacia el centro. Poco a poco se iba metiendo en la dinámica de la calle. La gente, los autobuses, el plástico de las motocicletas, absorbían ávidos la última luz del día. No tardarían en encenderse las luces de los escaparates, los focos de los monumentos, los fluorescentes y las lámparas de mercurio, y todo ello, junto, daría un matiz peculiar a seres y objetos, haciéndolos lejanos, extraños, confiriéndoles un doble sentido. Mas, de momento, todo era natural y franco bajo la agradable amenaza nívea.

—¡Guapa! —murmuró alguien a su lado, pero ella no volvió la cabeza. Caminaba por las calles céntricas con la satisfacción de la mujer que se sabe atractiva, que siempre se ha llevado bien con la calle. Amaba la calle y la perdonaba ciertas chanzas, y la calle, agradecida, nunca se mostraba indiferente. Confusamente, Zana presentía que cuando su compenetración con la calle terminara, sería para ella un día de luto.

Pasó una moto con sidecar haciendo un ruido ensordecedor. En el centro esperaban los puestos levantados en vísperas del Año Nuevo.

A ti te gusta la calle, le había dicho en cierta ocasión Besnik, y sé por qué te gusta, pero no me pongo celoso, habría que ser tonto para ello.

Había observado que últimamente recordaba hechos, frases, palabras o

simples gestos que tenían alguna relación con Besnik. Había oído decir que eso era una especie de premonición. La separación se iba introduciendo entre ellos lenta, pero persistente, como un virus. Ambos eran portadores del virus desde unas semanas antes. Había gente con gripe, con sífilis... (por un rincón de su consciencia pasó la palabra sífilis a escondidas, como un ratón), con cáncer, y ella, Zana, llevaba unas semanas con *separación*. En todo su ser de mujer, en los ojos, las manos, el pelo, los pechos, en las zonas más íntimas de su cuerpo, sentía su influencia transformadora. Lo extraño era que, mientras en casa le provocaba decaimiento espiritual, en la calle se convertía en un peso agradable, dulcemente triste, casi en riqueza (algo triste en realidad), pero riqueza al fin y al cabo. Ya no era la Zana de antes, sonriente, saludable, amada por alguien, sin embargo se sentía sencilla y totalmente suave en su felicidad. Sobre su existencia caían ahora luces y sombras misteriosas. Era una mujer con drama.

Caminaba deprisa. Olvidó por completo la modista. Estaba embrujada por la calle. De nuevo pasó una motocicleta con sidecar con un estruendo insoportable. Ante ella, varios carpinteros clavaban unas tablas. Construían, al parecer, un lugar para pegar carteles de teatro, o instalar un gran rótulo. La calle estaba ciertamente llena de magia. En comparación con su casa, era una especie de sueño donde podía jugar plácidamente con bestias terribles como cocodrilos, gatos salvajes e, incluso, con la separación.

Proseguía la información a los obreros comunistas de las fábricas de la capital. El 14 de enero se inició la información a los comunistas de los ministerios ubicados en Tirana y ese mismo día casi todos los miembros del Comité Central del Partido partieron en todas direcciones para participar en las reuniones de información de las grandes organizaciones del Partido en las fábricas de todo el país.

El Secretariado del Comité Central era informado cada noche de todo lo que se decía o se planteaba en las intervenciones de miles de comunistas, que exponían su opinión sobre lo ocurrido.

La prensa, la radio y la TV ofrecían continuamente noticias de asambleas que se celebraban por todo el país y los compromisos que los obreros iban adquiriendo. Obreros del petróleo. Mineros del carbón. Trabajadores de las fábricas de cobre. Mineros del cromo. Ferroviarios.

Los periódicos solían dedicar la sección de internacional a noticias relacionadas con la URSS. La noticia de la llegada del nuevo embajador soviético, Chishkin, fue publicada por todos los órganos centrales, como era

habitual, en primera página.

La gran campaña de ahorro ocupaba amplio espacio tanto en la prensa escrita como en radio y TV. Por la mañana, mientras abrían ávidos los periódicos, la gente miraba de reojo la sección de deportes, las curiosidades de la ciencia y el boletín meteorológico como si les sorprendiera que aún estuviesen allí.

Nueva reunión del Gobierno. En uno de los descansos, uno de los secretarios del Primer Ministro tomó para imprimir y distribuir una orden breve: *«Urgente. Secreto. A las direcciones generales de todas las instituciones centrales y grandes empresas. En relación a la nueva situación creada, debe hacerse lo imposible para conservar la sangre fría. Se debe tener particular cuidado de no causar nerviosismo ni provocaciones con respecto a los especialistas extranjeros, sean del país que sean. Independientemente de la situación creada, nuestras relaciones estatales se mantienen dentro de la normalidad. El Primer Ministro».*

Los correos de la Presidencia del Gobierno, en motocicletas con sidecar, atravesaban con un ruido ensordecedor las calles de Tirana y sus alrededores.

Beni había quedado con Iris en «aquel banco» del parque a las cuatro. En un cruce estuvo a punto de que le atropellara una de las motocicletas que circulaba a una velocidad endiablada. Beni se echó a un lado. La moto también. Alguien gritó ¿dónde tienes los ojos?

En lugar de estar contento por la cita, Beni sentía una especie de abatimiento en todo su cuerpo. En su cerebro martilleaba el ritmo de una danza, de una fiesta del año pasado, en que esperaba sacar a bailar a una chica que no llegaba nunca.

Los autobuses pasaban llenos hasta los topes. Tras los cristales, ojos, orejas, cabelleras, manos, que parecían metidos en una lata de conserva. ¿Qué hace esa gente, pensó Beni, con todas esas manos? El reloj avanzaba lentamente y se le ocurrió telefonar a Maks para consumir, al menos, unos minutos. Hacía una semana que no se veían. ¡Hola, Maks!, dijo en voz baja, soy Be-ni, ¿qué haces? Del otro lado del hilo, más dinámica de lo normal, llegaba la voz de Maks. Le decía que mañana, por la mañana, la mitad de los jóvenes de la empresa donde estaba de prácticas se iban a roturar nuevas tierras durante dos o tres semanas. Maks también partía. ¿A dónde?,

preguntó Beni. Al norte, a las zonas más apartadas. Nuevas tierras, dijo para sí tras colgar el auricular. Era la segunda vez que escuchaba esa expresión. Algo estaba ocurriendo y él no sabía nada. No había querido preguntar a Sala, porque sus tonterías le revolvían la sangre. La última vez había fantaseado sobre la supuesta posibilidad de reforzar la amistad con Turquía. Ya está bien, idiota, le dijo Beni. Seguro que se trataba de murmuraciones que escuchaba el viejo de Sala en algún café donde se reunían antiguos musulmanes.

Eran las tres y media. Se dirigió despacio hacia el parque. Casi no tenía tabaco. «Aquel banco» estaba frío. Habían vaciado el agua del estanque y su fondo estaba lleno de verdín. Beni se subió el cuello de la cazadora. De repente pensó: mejor que no venga. Eran las cuatro menos cinco. No tenía claro por qué, mas deseaba que no viniera. Sala le había dicho que, en la calle de Dibra, Tori se burla de Beni a sus espaldas, dando a entender que éste sale con las chicas que él le deja. Aunque sabía que mentía, la sombra de Tori entre él e Iris le sacaba de quicio. Creía que primero debía ajustar cuentas con Tori, después ya podría salir libremente con Iris.

Junto al estanque, paseaba del brazo una pareja de ancianos. Lo que más preocupaba a Beni era que sus amigos se enteraran de lo que sentía por Iris. En realidad ni él mismo sabía qué sentía por la muchacha. Que sea lo que quiera, pensaba, sólo que no sea amor. En su pandilla, todos tenían vergüenza del amor. El amor era cosa de chicas, de niños de mamá y de esos atolondrados jóvenes literatos; su pandilla, en cambio, tenía otro estilo. Ellos no decían nunca amo a fulanita, sino voy con fulanita, o tengo a manganita en el bote.

Por el bulevar pasó otra motocicleta con un estruendo insoportable.

Beni recordó que, cuando se habla de amor, se mencionan flechas y agujas que atraviesan los corazones por el centro. Se diría que el amor es cosa de jenizaros o sastres. Incluso en el autobús que le había llevado hasta el parque, alguien había dibujado con el dedo sobre el polvo de la carrocería un corazón atravesado de esos. Lo que había experimentado Beni esos días no tenía nada de punzante ni hiriente, al contrario, todo había sido holgado, suave y sorprendentemente caótico. Había tenido la sensación de que sus costillas apenas aguantaban el espacio que entre ellas crecía y crecía sin parar. O sea que, si no hay ni flechas ni cuchillos, no hay amor, había concluido. Mas los últimos días, como Sala le había dicho que Tori se burlaba a sus espaldas, esa esponja mórbida entre las costillas se había roto. Ahí tienes las agujas en las que tanto piensas, se dijo.

Pasaban ya de las cuatro. Mejor que no venga, pensó y encendió el último cigarrillo. Pero a las cuatro y cinco distinguió a lo lejos, entre los árboles, su jersey. Caminaba deprisa, arreglándose el pelo una y otra vez con la mano.

—¡Hola! ¿Llego tarde? —dijo y se sentó en el banco, junto a él—. ¿Qué te pasa?, te veo apagado.

—No me pasa nada —respondió Beni. Pensó que una cita no puede tener peor comienzo que el que te pregunten ¿qué te pasa? Porque, aunque no te pase nada, parece que de verdad te pasa algo. No sabía qué decir.

—A usted le pasa algo — dijo ella fría, utilizando ese maldito usted.

—No —repuso Beni. Se daba cuenta de que, de durar el silencio unos segundos más, ella se iría.

—Mi padre está enfermo —dijo—, creen que puede ser cáncer.

—¿Sí?, perdona. Perdóname, por favor.

—No tiene importancia.

—¿Está en tratamiento?

—Sí. Le dan sesiones de cobalto.

Ella le acarició la mano y Beni acercó la cara a su cara. Su piel dulce y fresca. Ganando arrumacos a costa de mi padre, pensó.

Sus cabellos exhalaban un aroma agradable, discreto. El cuello de su jersey tenía un pureza insoportable. Ella le preguntaba y él respondía, procurando hablar con el máximo esmero. Poco a poco, la conversación se fue extendiendo. Ella le habló de dos compañeras de clase y de un concurso. Luego, al enterarse de que Beni tenía una hermana, se interesó por ella, queriendo conocer detalles, si era guapa, si tenía el pelo largo. Ninguna de las chicas que conocía le había preguntado por Mira. Beni sintió que la saliva se le secaba en la boca. El recuerdo de Tori y sobre todo la intuición de sus burlas lo emponzoñaba todo. No tenía que haber venido a esta cita.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella—. ¡Qué mirada tan feroz!

Lo que faltaba. Beni se puso de pie de un brinco.

—Me voy.

—¡¿Cómo?!

Ella se había puesto asimismo de pie. Sus ojos brillaban con una luz violácea que parecía brotar de la catástrofe. Se sentía profundamente ofendida. Beni había escuchado que los enfados de las chicas son terribles, pero nunca lo habría imaginado así. (Más tarde lo recordaría todo envuelto en una horrenda tinta lila). Ella movió los labios, como si fuera a decir algo, pero en el último momento, como el que repentinamente agarra algo y se

marcha, volvió la espalda y se fue corriendo, llevándose su pesar.

Beni la siguió con una mirada atónita. Luego, cuando ella desapareció detrás del estanque, se dio media vuelta. Frente a él, por el camino cubierto de hojarasca, caminaba silbando un hombre con gorra.

—Dame un cigarrillo —le dijo Beni.

El otro se detuvo, sacó el paquete y se lo ofreció.

—¿Qué te ha pasado, hermano? —dijo al ver la cara descompuesta de Beni. Este hizo un gesto con la mano y se marchó sin dar las gracias. Cerillas, tenía él.

Estaba oscureciendo. Después de varios días de lluvia, se reunían de nuevo en el lugar de costumbre y el que llegaba el último preguntaba: ¿ha habido algún numerito? En cuanto a Tori, seguro que le estaba esperando. No volveré allí, se dijo Beni, pero las piernas le llevaban en aquella dirección. No era la primera vez que las piernas no le obedecían. Iba hacia allí. Lo único que podía hacer era entretenerse lo más posible ante los letreros de colores: Café Riviera. Tabaco. REPARACION DE APARATOS ELÉCTRICOS. Discos. TAXI. Hotel República. Bar. MEJILLONES. CANGREJOS. SOJERGNAC. Empezó a leer los letreros al revés, pero era muy poco tiempo el que ganaba. RAB. EFAC. Depositen su dinero en la Caja de Ahorros.

Allí estaban. Sala se había puesto gafas oscuras. Los demás fumaban.

—¡Buenas tardes, Beni!

—...tar...

—¿Cómo te ha ido? —preguntó Çlirim.

Silencio.

Tori no le quitaba ojo.

—Dame un cigarrillo —le dijo Beni a Sala. Encendió el pitillo y se apoyó en el saliente de la pared.

—¿Qué te pasa? —preguntó Sala en voz baja.

Beni no respondió. Sentía la boca amarga.

—Los amigos son felices —dijo Çirim.

Beni le miraba fijamente.

—¿Qué miras así?

—Nada —contestó Beni—, me gusta mirar.

Sala se quitó las gafas oscuras y miró a uno y a otro con aire distraído. La calle, tras quedar desierta por unos días, volvía a estar repleta. El autobús de la línea Banco—Estudios Cinematográficos, ahogado en luces, tomaba la curva lentamente. En el cerebro de Beni sonaba como lluvia el ritmo de aquella orquesta lejana de cuando esperaba a aquella muchacha que no

llegaba nunca.

Tori y Çlirim comentaron algo. Después se echaron a reír con su risa habitual, entrecortada, con el cuello doblado hacia atrás. Luego Tori se volvió hacia Beni.

—Escucha, chaval. Si te has enamorado, es decir, si te lo has tomado en serio, nosotros podemos ayudarte, como es natural. ¿O no, Çlirim?

—¡Claro!

—Los amigos están para lo que sea... —prosiguió Tori.

—No —le cortó Beni con una voz rara y se revolvió de repente. Tori no pudo esquivar el puñetazo, aunque logró devolverle el golpe. En unos segundos, intercambiaron una serie de golpes rápidos. Uno de ellos dio un codazo a la luna del escaparate. Se oyó el estruendo del cristal al romperse, las voces de la gente que se apiñaba y el silbato del policía. En los oídos de Beni retumbaba aquella orquesta que tocaba alocadamente en una sala lejana. Una mano fuerte y después otra le cogieron por los brazos. El autobús tomaba lentamente la curva, cuajado de señales rojas. En medio del barullo flotaban todo tipo de palabras, preguntas huera, aburridas, ridículas, livianas como plumas. ¿Qué? ¿Qué? Una riña. ¿Con cuchillos? Seguro. ¿Por qué no? no les falta de nada. Escándalo. ¡Ah! La policía. Por fin todo quedó al otro lado de los cristales del coche policial como un chapotear de agua. Les habían metido en un coche de policía.

El edificio de la policía no estaba lejos.

—¿Nombre? —dijo con voz ruda el suboficial que, al parecer, iba a encargarse del atestado.

—Arben.

—¿Arben, qué?

—Arben Struga.

—¿Profesión?

—No tengo.

El suboficial levantó la vista y parpadeó.

—Escucha, aquí no está tu madre para mimarte. ¿Entendido?

En la estancia entraron Sala, Çlirim y varios desconocidos, entre ellos una mujer gorda.

—Ahí están —gritó la mujer—. Ellos son. ¡Qué destrozo!

—Ciudadana —le dijo el suboficial—, siéntese y espere su turno, por favor.

La elaboración del atestado se prolongó. Testificaron, por orden, Sala, Çlirim, la mujer gorda y dos de los desconocidos. El tercero, un hombre con gafas y sombrero, de nombre Ekrem Fortuzi, dijo que no estaba en

condiciones de ofrecer un testimonio preciso, pues no había distinguido bien quién de los dos había empezado, ya que sus ojos habían empeorado en los últimos tiempos y, aunque había cambiado de lentes varias veces, por consejo de unos amigos, no había experimentado aún ninguna mejoría apreciable, así que...

—Está claro —le interrumpió el suboficial—, puede irse.

Los testigos firmaron el atestado y se marcharon. Beni y Tori fueron puestos en libertad a eso de las nueve y media, en cuanto verificaron sus respectivas direcciones.

En la calle, la temperatura había bajado sensiblemente. Escaseaban los transeúntes. Beni caminaba rápido, con la cabeza baja para no encontrarse con ningún conocido. Sentía transformaciones en la cara. Le dolían los labios.

Mira le abrió la puerta de casa.

—¡Hala! —exclamó asustada.

—¡Calla! —dijo Beni y la cogió del brazo—. No digas nada.

—¿Qué te ha sucedido?

—¡Calla! Me he caído.

Del cuarto de estar llegaban voces.

—¿Quién ha venido?

—Zelka y su marido, de Vlora.

Beni entró en el cuarto de baño y se miró al espejo. El ojo derecho estaba completamente amoratado. El labio, partido.

—Te has peleado —le dijo Mira a su espalda.

—¿Quién es? —se oyó la voz de Zelka.

—Beni.

Beni clavó en ella un ojo. El otro parecía permanecer al margen inmerso en su amoratamiento. Se ha peleado por una chica, pensó Mira. La ternura la embargaba. Le puso la mano en el hombro.

¿Por qué? —le preguntó con dulzura.

Beni no respondió. Aquel ojo amoratado le pareció a Mira el más bonito del mundo. Y si Martin..., pensó, y si él... Era una idea que ella rechazaba, pero, no obstante, se iba perfilando difusa en su mente. Y si él... se peleara así... por mí.

—Cariño —dijo ella. Beni la miró sorprendido. No solían mostrarse tan cariñosos entre ellos.

—¿Qué hacéis ahí? —gritó Struga desde el cuarto de estar.

—Ya voy, papá.

Mira volvió aprisa.

—¿Por qué no viene? —dijo Struga—. No le basta con no haber venido a cenar.

Mira se encogió de hombros.

—Ahora viene.

Besnik y el marido de Zelka estaban enfrascados en una larga charla. Struga fumaba. Raboja y Zelka recogían la mesa.

—¿El general Zheleznov? —dijo Besnik—. ¿No es uno de cara alargada, típicamente rusa?

—Precisamente, ¿le conoces?

—Le conocí en el Kremlin, en la cena de la fiesta.

Struga le miró de reojo. También has conocido a ese, dijo para sí. Y lo dices tan tranquilo, como si hablaras del vecino de enfrente. La satisfacción de que Besnik estuviera tomando parte en importantes asuntos de gobierno se mezclaba con el disgusto por no haber oído de sus labios nada de lo ocurrido en Moscú. Cuando se reunía con sus compañeros (últimamente, los viejos comunistas, la mayoría de los cuales se conocían desde los tiempos de clandestinidad, se telefoneaban con mayor frecuencia), cuando se reunía, pues, con los compañeros, Struga se sentía algo apurado cada vez que hablan de los acontecimientos. Todos sabían que su hijo había participado en ellos, y sin embargo, él, su padre, no era capaz de decir nada que disipara la niebla que lo envolvía todo.

Nosotros nunca hemos tenido tantos secretos, pensó. Recordaba con frecuencia que, a finales de 1944, cuando regresó de la guerra, Besnik, que entonces tenía nueve años, le preguntaba por todo. Y él le contaba todo, incluso cuando se trataba del Estado Mayor Central guerrillero, donde Struga había servido durante un tiempo, o de cosas delicadas como la cuestión de las fronteras con Yugoslavia. No, no teníamos tantos secretos, se repitió Struga. Nunca hubiera imaginado que podría llegar el día en que el pequeño Besnik de piernas largas y flacas tuviera secretos para su padre. ¡Eh! suspiró para su adentros.

De todo lo que les había contado de la guerra, primero a Besnik y más tarde a Beni, quién sabe por qué, lo que más se les había quedado grabado era la voladura con dinamita de la tumba de la madre del rey Zog. Le preguntaban una y otra vez cómo puso la dinamita, cómo encendió la mecha, si se vieron las joyas de la reina cuando todo saltó por los aires. Struga les contaba todo.

Luego, más adelante, observó que no era sólo su hijo pequeño, sino que a todo el mundo le había impresionado este hecho. Su nombre empezó a aparecer con creciente frecuencia vinculado al mausoleo. Siempre que

alguien mencionaba a Struga, los demás decían: Ah, Xhemal Struga, el que hizo saltar por los aires a la vieja reina.

A veces, Struga se enfadaba consigo mismo: ¿no he hecho más que eso en toda mi vida, para que lo mencionen tanto? El siempre había considerado la voladura de la tumba como un juego, en comparación con los cientos de días difíciles de la guerra. Mas el tiempo tiene su propia lógica.

—Así que has conocido a Zheleznov —dijo el marido de Zelka.

—¿Qué te parece? —le preguntó Besnik.

El otro encogió los hombros.

—No sé qué decirte. Las peleas y las pequeñas provocaciones han desaparecido desde que llegó, pero en general...

—¿Y aquella situación tan grave?

El oficial asintió con la cabeza.

—Ah, si supiérais lo que está pasando allí —dijo Zelka suspirando—. En cualquier momento puede reventar.

Struga escuchaba taciturno. Parece que todos, menos yo, tienen derecho a saber, hasta Zelka, se dijo. Yo no tengo que saber nada de lo que pasa en este Estado. La rabia, la melancolía y el humo del cigarrillo le ahogaban.

—¿Pero qué hace Beni allí? —gritó—. ¿Por qué no viene a saludar a los amigos?

Besnik y el oficial interrumpieron la conversación y volvieron la cabeza. Raboja salió al pasillo. Tras ella, salió Mira, pero ni una ni otra regresaban. En la estancia se hizo el silencio. Del pasillo llegaba un murmullo prolongado.

—Algo ha pasado —dijo Besnik y se levantó.

Volvió al cabo de un rato con el semblante sombrío.

—Beni se ha peleado con alguien. Me parece que le ha traído la policía.

Zelka y su marido emitieron un grito contenido de sorpresa. Entró Mira.

—¡Vaya! —exclamó Struga entre suspiros.

—Como si no supiérais nada —dijo Besnik—. Voy a hablar con él en mi cuarto.

Salió al pasillo, cogió a Beni por el hombro y le llevó a su alcoba. Beni no solía entrar en aquella habitación, sobre todo desde que se había comprometido su hermano. La conversación era difícil para los dos. Besnik nunca había tenido la costumbre de dar consejos a su hermano menor, pero en los últimos meses se habían convertido en unos perfectos extraños. Miró

unos instantes el ojo tumefacto de Beni y le preguntó con serenidad.

—¿Te has peleado por alguna muchacha?

—¿Y qué? —respondió Beni sin levantar la cabeza.

—Nada. Puedes pelearte por una muchacha, naturalmente. Es una cosa frecuente, demasiado frecuente, incluso. Pero escucha. Beni, quiero decirte algo.

Dudó por unos instantes. Le pareció que no sería capaz de decirle nada, pero entonces su mirada se detuvo en el labio partido de Beni.

—Hay veces —prosiguió— en que una persona debe renunciar a algunas cosas.

—No te entiendo.

Besnik tragó saliva. ¿Cómo decírselo?, pensó.

—Imagino que sabes lo que significa sacrificio. Hay momentos en que hay que olvidarse un poco de uno mismo. ¿Me comprendes ahora?

Beni hizo un ademán de negación. Besnik hizo un movimiento brusco.

—¿Cómo que no entiendes? —gritó—. Quiero decir que hay momentos en la vida de un país en que esa forma tuya de vida, ese ir de aquí para allá, la música, las peleas por mujeres —se calló para buscar las palabras precisas—. En una palabra, esa vida vacía que llevas, inaceptable siempre por otra parte, hay momentos en la vida de un país que se hace absolutamente intolerable.

Beni escuchaba con la cabeza ladeada.

—O sea... ahora nos encontramos ante una difícil prueba... qué es lo que no se entiende, ¡diablos!

—¡Ah!, ya te entiendo —dijo Beni—. ¿Te refieres a la Unión Soviética? Y lo sé.

—¿Qué sabes tú?

—Dicen que vamos a separarnos de la Unión Soviética. Pero, a decir verdad, no me parece que sea una desgracia tan grande.

—¿Ah, sí? —exclamó Besnik sorprendido.

—Si quieres que te diga la verdad, hace tiempo que estoy harto de los libros de física y de química, donde todos los inventores son rusos.

Besnik le miraba con curiosidad.

—A veces, mis compañeros y yo nos burlábamos de ello y sabíamos que un día acabaríamos cansándonos todos.

Beni nunca hablaba tanto y Besnik comprendió que lo hacía para evitar que se hablara de él.

—Además, la paga de los especialistas soviéticos es demasiado alta —prosiguió Beni—. Todo el mundo habla de ello. Sin hablar ya del ruso, con

esos dyeyepritchastye que nos llevan de cabeza.

En cualquier otro momento, Besnik hubiera reído a carcajada limpia.

—Escucha, Beni —le cortó—, no se trata de eso. En cuanto a los inventores rusos y lo de la paga, quizás tengas razón, pero eso son nimiedades en comparación con...

—¿Qué?

—Se trata de un desacuerdo —Besnik no quería utilizar la palabra ruptura.

Se miraron a los ojos (o mejor dicho, los ojos de Besnik se encontraron con el único ojo de Beni, ya que el otro se iba cerrando lentamente y no tomaba parte en nada).

—El país se prepara para soportar una pesada carga —Besnik hablaba despacio—. Se requiere el sacrificio de todos.

Sacrificios, pensó Beni. Horas antes había perdido a Iris. ¿Qué más podía sacrificar? Ahora ya podía acudir a reuniones interminables, a roturar tierras, donde quieran...

—De todos —repitió Besnik—, porque la prueba es para cada uno de nosotros —respiró hondo—. A lo mejor has escuchado rumores sobre un miembro del Buró Político.

—Sí, están quitando sus fotos de las empresas.

Besnik le observaba atónito, como diciendo no eres tan inocente como pensaba. Se miró las manos como para encontrar el hilo de lo que estaba diciendo.

—Por ejemplo, creo que sabes —dijo arrastrando las palabras— que Zana y yo debíamos habernos casado a principios de enero. Pero... pasan los días y me parece... No sé cómo explicártelo.

Beni le miró fijamente.

—Zana está distante conmigo —continuó Besniky su familia también. Lo malo es que, por ahora, no puedo darles ninguna explicación. O sea que Zana y yo atravesamos un momento de crisis —(Beni se acordó de «Crisis general del capitalismo»). Besnik hizo un gesto exculpatorio—. Ya sé que ella no tiene la culpa, quizá debería encontrar la manera de explicarle; de todas formas, la boda en estos momentos... me parece... una mezquindad.

Beni no decía nada. Una mañana había oído que su padre y Raboja comentaban algo sobre el aplazamiento de la boda de Besnik, pero, como era una cosa que no le interesaba, lo olvidó.

—Estamos justo ante una tempestad —dijo Besnik—. A alguien que no sepa nada se le puede permitir. A mí, no —hablaba casi a gritos—. Yo lo sé todo.

—¿Qué sabes tú? —preguntó Beni con voz suave. Su único ojo se había dilatado extraordinariamente.

Besnik se mordió los labios. El continuo deseo de abrirse a alguien se había convertido en una tortura.

—Tú eres mi hermano —dijo entre dientes—. Te contaré algo de la tragedia de Moscú. Pero tú...

—Te doy mi palabra —dijo Beni—. Nunca. Nunca.

Al llegar al 141, Rrema solía descansar un poco, dejaba el palo de la escoba apoyado en el hombro y encendía un cigarrillo. La mayor parte del trabajo ya estaba hecho. Le quedaban los dos cruces principales, uno de los cuales le daba bastante que hacer, sobre todo en verano, cuando las niñas tiran al suelo los envoltorios de los helados. En la acera de la derecha blanqueaban aquí y allá, no muy pisoteados aún, las entradas de la última sesión del Cine de Invierno. Acabó el cigarrillo, tiró la colilla delante de la escoba y la empujó hacia el montón de cientos de colillas de gente desconocida. Hacía mucho frío. Rrema se inclinó en la acera de la derecha, recogió una entrada del suelo y, girándola a la luz de un escaparate, intentaba descifrar el horario de la sesión. En la entrada, estaba escrito 21.15 y Rrema leyó en voz alta dos mil ciento quince. ¡Bah!, exclamó, nunca aprenderé este nuevo modo de escribir las horas. La noche pasada había gritado a su hija por llegar tarde a casa. Ella le dijo que había ido al cine, pero no la creyó. Yo me sé todos los horarios de cine y de teatro, aunque no haya teatros en mi calle, le dijo a voces. En realidad, no sabía ningún horario, ni de día ni de noche. Para él, el día era algo pálido, lejano y sin interés. Le resultaba tan desconocido como la cara oculta de la luna. A veces, muy de tanto en tanto, cuando tenía que salir de día por la ciudad, se sentía un perfecto extranjero, como en el exilio. Se adueñaba de él una profunda apatía y se iba derecho a casa. Estaba convencido de que la verdadera cara de una ciudad sólo se descubre de noche, por los testimonios y los innumerables hechos que deja en sus calles y plazas.

Rrema le dio fuerte a la escoba. Se acercaba a la acera de la izquierda. Desde lejos distinguió un brillo de cristales. Ya han roto la luna de la farmacia, se dijo al acercarse. Empezó a empujar con la escoba los trozos de cristal. Se ha muerto también la serpiente, dijo en voz alta al ver un trozo del cristal roto con la cabeza de la serpiente en la copa. Aquella serpiente en la luna de la farmacia siempre le pareció no sólo una locura de la gente diurna, sino un signo de mal agüero para toda la calle.

Si Haxhirja y Lym tuvieran serpientes en su calle, quién sabe cómo gritarían en las reuniones, pensó. Se han quejado tantas veces por esa... esa... cómo diablos le dicen, Olimbia teatral. ¿Y qué era a fin de cuentas esa Olimbia de teatro? Una semana de trabajo extra. Rrema no se preocupa de Olimbias ni de Amelias. Rrema tiene grandes acontecimientos: llegada de primeros ministros, presidentes, delegaciones gubernamentales. Rrema barre flores, restos de pancartas y banderolas, arrojadas por la multitud después del recibimiento. Cuando ha venido, por ejemplo, Ho Chi Min, o aquel negro, aquel negro que derrocaron hace unos meses, o el propio Jruschov, Rrema siempre ha salido por la noche a la calle, con lluvia o con nieve y nunca se ha quejado.

El gran reloj de la ciudad sonó cinco veces. Amanece, se dijo Rrema y empujó la escoba.

Rabojá contó las campanadas del gran reloj de la ciudad. Cinco, se dijo, amanece. Llevaba ya rato despierta. Se levantó sin hacer ruido, echó un vistazo a Mira, por si estaba destapada (su mano tocó sin querer el cabello suave de la muchacha) y salió de la alcoba. La cocina estaba fría y casi a oscuras. Encendió el hornillo eléctrico y puso el cacillo del café. Permaneció un rato de brazos cruzados. Luego, lentamente, salió de la cocina y, tras dudar un momento ante la puerta del dormitorio de Struga y Beni, la abrió con cuidado. La puerta chirrió. La cama de Beni estaba vacía. Cerró y se quedó allí un buen rato. La alcoba de Besnik estaba enfrente. Apoyó la mano en el picaporte y empujó hacia abajo. Entornó los ojos para ver mejor en la semioscuridad del cuarto. En el diván donde a Besnik le gustaba leer por las tardes, medio tumbado en una posición poco natural, con la cazadora sobre los hombros, dormía Beni. El otro, en su cama, tenía la cabeza apoyada en el brazo. Raboja cerró la puerta y fue a la cocina. El cacillo del café estaba hirviendo con un rumor de paz. Tras los vidrios de la ventana clareaba la mañana. Sobre los tejados mojados, estaban clavadas como lanzas cientos de antenas de televisión. Presiento guerra, dijo Raboja para sí. Últimamente, los hierros de las antenas sobre los tejados se multiplicaban y multiplicaban febrilmente. Besnik y el marido de Zelka habían estado hablando toda la tarde de cosas siniestras. Y luego, como si eso no fuera suficiente, apareció el ojo amoratado de Beni como un mal presagio. Cuánto le había asustado ese ojo rígido, incomprensible. Hace tiempo que no comprende bien muchas cosas. Esos hierros sobre los tejados han hecho el mundo difícil. Y luego... Beni con un ojo. Evocó un viejo recuerdo, tenue,

difuso como la niebla por el paso del tiempo. Era un ojo igual, en su boda. Un músico que tocaba el clarinete con un ojo cerrado. Ella, vestida de blanco, de novia, sin carne, sin miembros, sin peso, un soplo de aire entre los ruidosos invitados, entre el sudor y los zapatos claveteados, y frente a ella, a varios pasos, el clarinetista con un ojo cerrado. El otro ojo, abierto, empañado, fijo, inmóvil, como un sol que se apaga sobre la tierra, lo miraba todo fijamente, desde una lejanía fatal. Aquel ojo tuvo atemorizada a Raboja por mucho tiempo. Era como el ojo del mundo.

Vertió el café en la taza. Tras los cristales, las nubes rezumaban luz y oscuridad. Estaba amaneciendo. La posición de las lanzas en los tejados grisáceos se iba haciendo más amenazante. De repente pensó que se iría de este mundo sin comprenderle. Dejaría tras de sí tirabuzones de nubes con un aullido de loba perdido entre ellos y un sol frío e incomprensible en la orilla del cielo.

Capítulo decimosexto

Todos aquellos días de mediados de invierno, los antiguos camaradas, viejos militantes del Partido, ex-guerrilleros, ahora en cargos importantes o no del Partido o el Estado, intercambiaban visitas con mayor frecuencia. En sus voces, por teléfono, había cierta nostalgia, fogosidad y una especie de sentimiento de culpa por el distanciamiento casual que los años, los problemas o los diversos sectores de trabajo habían creado entre ellos.

Reunidos de nuevo en casa de uno u otro, tras comentar los últimos acontecimientos (aún fluidos como las nieblas de aquel invierno), recordaban la guerra, las cárceles, los camaradas muertos, las conferencias o plenos del Partido en los que habían participado como delegados o hecho la guardia fuera. Y, como en el ensayo general de un estreno, se dirigían unos a otros, con creciente frecuencia, utilizando los viejos títulos o nombres de guerra de la época de la clandestinidad: Subcomisario, Rayo, intendente del batallón, camarada delegado del Comité Central.

El invierno, al igual que los acontecimientos, estaba en su punto medio y nadie podía prever si la mitad que faltaba sería más áspera o más suave que la mitad ya pasada.

Justo a la mitad del invierno se observó que a los pies de todas las estatuas, ante las placas conmemorativas y las tumbas de los caídos en la guerra, o de militantes muertos después de la Liberación, habían aumentado las coronas y ramos de flores.

Pero, para asombro de propios y extraños, aparecieron también flores en las tumbas de burgueses y curas conocidos, tumbas que nadie había visitado en muchos años. Una corona, como tirada al azar, apareció a las afueras de Tirana, justo en el lugar donde había estado la tumba de la reina madre.

Parecía que, como en la vigilia de cualquier enfrentamiento, cada parte buscaba, entre otras cosas, el apoyo de la tradición: una parte, de los

mártires; la otra, de sus propios muertos.

Besnik atravesaba por segunda vez el amplio patio de la fábrica Friedrich Engels. Dudó unos momentos ante la puerta de un taller; luego, se dirigió al comedor. Hacía casi una hora que buscaba al secretario o al vicesecretario del partido o, al menos, a uno de los miembros del comité, pero no había manera. Debía hacer la semblanza de varios obreros, más que semblanza, debía entrevistar a varios obreros comunistas. El jefe de redacción no lo había dejado muy claro. Se necesita algo entre la semblanza y la entrevista, había dicho, y, sin dejar que Besnik pidiera aclaraciones, había proseguido: creo que entiendes lo que pretendo. Quiero algo con fuerza sobre la voz de los obreros, me comprendes, pase lo que pase, en cualquier situación, la clase obrera está resuelta a afrontarlo todo. Todo, ¿me comprendes? Hoy por la tarde, nuestra organización de partido será informada por primera vez de la ruptura ideológica; tú has estado allí, tú lo sabes todo, por eso he pensado en ti para este trabajo. En el escrito no debe salir nada abiertamente. Por lo menos de momento. O quizá no salga nunca. Pero tiene que tener fuerza.

Por el altavoz instalado en una columna se oía una conocida canción:

*En pie se alzan millones,
la hora del combate ha sonado,
los obreros, en batallones,
se unen como hermanos.*

Pase lo que pase, se repetía Besnik, en cualquier situación, la clase obrera... Empujó la puerta del comedor.

Sobre las numerosas mesas de fibra, donde almorzaban decenas de obreros, flotaba en suspenso un incesante murmullo. Besnik permaneció un momento de pie sin saber si preguntar o no por las personas que buscaba. Por la gran cristalera del comedor se veía una parte del cuerpo principal de la fundición. Miró las chimeneas, que emitían humo negro, y por un momento pensó que los obreros que entrevistara debían ser de la fundición. Empujó de nuevo la puerta de cristal y salió. El altavoz atronaba:

*¡A las barricadas, proletarios,
el mundo cruel destruyamos!*

El patio de la fábrica estaba lleno de charcos de la lluvia de la mañana. Caminaba deprisa hacia la fundición, cuando escuchó que alguien le llamaba. Volvió la cabeza y vio a Viktor Hila, un antiguo compañero. Era un muchacho alto, medio rubio, con las grandes botas llenas de barro.

—¿Desde cuándo por aquí? —preguntó Besnik.

—Hace casi un mes. Me trasladaron de repente —señaló con la mano a su derecha—. ¿Ya sabes que se está ampliando la fábrica por esa parte?

—Lo sé, he estado aquí otra vez.

—El ingeniero soviético que dirigía el montaje de la nave nueva no regresó después de vacaciones y yo le sustituyo.

Sus miradas se encontraron un segundo.

—¿Vamos a tomar un coñac? —dijo Viktor.

—Encantado, pero necesito ir a la fundición para entrevistar a algunos obreros.

—Hay tiempo. No me digas que no.

Volvieron al comedor. Por el camino, a Besnik se le ocurrió preguntarle si su hermano menor, Beni, podría entrar a trabajar en la fábrica. Viktor dijo que era muy fácil. Que venga mañana, añadió. Besnik le dio las gracias.

—Ahí están los soviéticos —dijo Viktor cuando salían, señalando con la cabeza a un grupo que salía del edificio de la administración—. Una parte se ha largado.

—¿Sí?

—Ayer, a causa de su ausencia, se nos mató un obrero.

Besnik miraba los pequeños charcos.

—¿Cómo se ha llegado a esto? —preguntó Viktor.

Besnik guardó silencio.

—¿Os han informado a vosotros?

—Creo que lo harán hoy —respondió Besnik.

Viktor respiró hondo.

—Esto es demasiado.

Besnik seguía sin saber qué decir.

—Es perverso por su parte —añadió Viktor en voz alta. Al parecer, no sabía que Besnik había estado en Moscú—. Pero ya basta. También nosotros debemos espabilarnos.

—Nosotros no tenemos ninguna culpa —dijo Besnik.

—Lo sé, pero ahora debemos espabilarnos. Ellos se han comportado con nosotros pérfidamente, como verdaderos bizantinos. No tenemos por qué comportarnos mejor. ¡Mundo repugnante!

Besnik encogió los hombros.

—No comprendo.

—Estos días he sufrido un gran desengaño —dijo Viktor—. Para mí, de ahora en adelante, las grandes potencias son monstruos y nada más. Hemos creído en ellas como en nosotros mismos, y mira ahora...

Viktor siempre había sido así, arrebatado, peleón. Habían hecho juntos la escuela media y, aunque se veían muy de cuando en cuando, conservaban cierta amistad.

—Pero, si ellos han renunciado al comunismo, nosotros no tenemos por qué hacer mucho caso de los principios. Miremos nuestro propio interés y nada más. No me mires así. Un pueblo pequeño, en los huesos, pobre, extenuado, engañado continuamente y, no obstante, fiel como un tonto en medio de la perfidia general. Ya está bien. Seamos pérfidos y astutos como todo el mundo. Ya basta de sacrificios por la revolución mundial... Ya no creo en ella. Estoy cansado.

Besnik miraba los pequeños charcos de agua en los que se reflejaba la soledad del cielo. Tenía que llegar, pensó. Alguien tenía que decirlo. Era natural. Viktor hablaba ahora de sacrificios y repetía ¿es necesario?, ¿es necesario?, y Besnik pensó en Zana. ¿Era necesario este distanciamiento mudo? ¿No tendría acaso que haber hablado más claro? Le había contado algo de Moscú, mas demasiado confuso. No le había explicado por qué pensaba posponer la boda. Era preciso que Zana supiera toda la verdad, para que pudiera comprender que no era momento de bodas. Ella tendría que saber mucho más que los demás, tanto como él, de lo contrario, su comportamiento podría parecerle una pose romántica. A pesar de todo, pensó luego, ¿por qué hay que explicar al detalle una cosa así? Ella misma debía haber comprendido algo. Mira Beni, por ejemplo, aun siendo despreocupado por naturaleza, algo ha comprendido: ella, sin embargo, nada. A ella no se le puede consentir una ceguera semejante ante cuestiones generales. A fin de cuentas se trata de cierto egocentrismo. Besnik sentía que se iba alterando. Mientras que la despreocupación de cada cual podía tomarse como despreocupación hacia la causa común, la de Zana era doble, hacia esa causa y hacia él mismo, a quien el destino había llevado a mezclarse en este asunto. Pero, deja, se dijo invadido de súbito por un sentimiento de ternura. Ahora, poco a poco, todo se va sabiendo. Ahora podía hablarle abiertamente. Sí, sí, le hablaré hoy mismo, esta misma tarde, en cuanto la vea, nada más acabar la reunión del Partido.

—Míralos —dijo Viktor, señalando a un grupo de obreros que salía del comedor—, sobre sus espaldas recaerá todo el peso. Esto será una

tragedia.

—Sea como fuere, las tragedias tienen su grandeza —dijo Besnik. Qué estoy diciendo, pensó.

—¿Qué! —exclamó Viktor y se detuvo—. ¿Qué estás diciendo?

En Moscú, Enver Hoxha había dicho que no era el momento de llorar al comunismo. El comunismo es algo grande, había dicho en una ocasión después de cenar, así que es natural que las heridas que recibe, como las que infiere, sean importantes. Pero ahora era imposible explicar nada a Viktor.

—Escucha —le dijo Besnik—. Entiendo tu rebeldía, pero quiero decirte que la cosa no es como tú la planteas.

—¿Cómo es entonces? —preguntó Viktor casi gritando. Unos obreros que caminaban por el patio de la fábrica volvieron la cabeza.

—Viktor, yo estuve allí, cuando ocurrió todo —dijo Besnik en voz baja.

Viktor le cogió del codo sin dejarle continuar.

—¿Tú estuviste en Moscú?

—Sí.

—¿Con el camarada Enver?

—Sí.

—¿De verdad, Besnik?

—Claro.

—¿Y qué pasó allí? ¿Cómo estaba aquello? Cuéntame algo, por favor —sus ojos se desorbitaron.

Besnik se mordió los labios.

—Perdona, Viktor, pero no puedo contarte más de lo que os han dicho en la organización. Te considero un amigo, pero tú comprendes, son cosas...

—Entiendo, entiendo —se apresuró a decir—. Lo entiendo de sobra, pero, por favor, dime al menos una cosa: ¿se las cantamos, como se debe, a esos bizantinos? ¿Fue... fue..., cómo te diría yo..., majestuoso?

—Sí que lo fue, y mucho.

—O sea que no ha sido en balde —Viktor parecía hablar solo—. ¿Sabes? —dijo tras una pausa, volviendo a coger a Besnik del codo—, anteayer, después de la reunión de la organización, me puse como loco. Lo que te he dicho a ti no es nada. ¿Sabes qué burrada le dije a Shpresa? Al diablo la política... Mejor hacernos un Estado neutral, como Suiza. Y ella me repetía: vergüenza debía darte.

El mismo de siempre, pensaba Besnik. Hace un año, a Viktor le hicieron una amonestación grave, con advertencia de expulsión del Partido, a causa de una intervención muy desafortunada en una reunión. Besnik

volvió a pensar en la reunión del partido que se celebraría por la tarde. Era posible que, tras informar a la organización de la reunión de Moscú, se analizara su petición de pasar de candidato a militante. En realidad, la petición debería haberse tomado en cuenta dos meses antes, pero estaba fuera del país.

Por el altavoz, una voz de mujer anunciaba continuamente una reunión amplia en la sala del club. Los tablones de anuncios estaban vacíos. ¿Qué pondrán en ellos?, pensó Besnik. Grupos de obreros salían del comedor y se dispersaban en diferentes direcciones.

—Allí está la máquina donde se nos mató el compañero —Viktor señaló con la mano la puerta de un taller.

Entraron a verla. En la máquina no trabajaba nadie. Más alta que un hombre, pintada de un color chillón, parecía un ídolo pagano sanguinario.

Salieron en silencio.

—Ahí tienes la fundición —dijo Viktor.

Al tiempo que Besnik hizo ademán de darle la mano, Viktor le dijo:

—¿Puedo acompañarte? Me gustaría ver cómo haces la entrevista. Espero no molestarte.

—En absoluto.

Entraron a la fundición por la enorme puerta sin batientes. Dentro todo era negro, salpicado de cegadoras manchas de fuego, descuidado y con corrientes de aire. Así era el reino del fuego. Su jadeo semejaba a veces el rugido del león, a veces el estruendo del trueno. Ante las gargantas de los hornos, los fundidores, con los largos ganchos metálicos, parecían guardianes armados de lanza. El bloqueo intentará apagar los hornos, rondaba por la mente de Besnik. Era el fuego robado a los dioses. Habláis como Zeus. ¿Quiénes sois? ¿no pretenderéis robar el fuego? Todo atronaba en derredor. Los rayos de Prometeo, pensó. El bloqueo intentará convertir todo en ceniza negra, fría. Pero... pase lo que pase... en cualquier situación... la clase obrera... Besnik caminaba hacia los hombres de las lanzas en la mano. Cuando se hubo acercado, volvieron la cabeza hacia él. Sus miradas parecían inquirir ¿no pretenderás apagar el fuego?

Se acercó más. Por las puertas de los hornos eléctricos se veía la superficie cegadora del metal fundido. Dos electrodos tocaban una y otra vez el hirviente caldo, provocando latigazos relampagueantes.

Viktor habló con los obreros. Uno de los fundidores se quitó las gafas negras de protección y se las tendió a Besnik. Este se las puso y dio un paso al frente para ver mejor. La visión era de una belleza fascinante. Era una de esas imágenes que dan a la mente humana la posibilidad de saltar hacia

adelante, lejos, como un tigre acosado, hacia el máximo límite de sus dominios. Besnik no podía apartar la vista de aquella lava viva, roja, oscura, vinculada a los orígenes del mundo. Era la misma superficie líquida del planeta que hervía y rugía como hace diez millones de años. Quién dominará este planeta, pensó Besnik, la burguesía o los obreros. Por eso se peleaba. Esa era la esencia de todo. Lo demás eran pequeñeces. Apartó los ojos del horno y observó que se habían agrupado otros obreros. El combate sería a vida o muerte, no menos terrible que la antigua guerra entre el agua y el fuego, los hielos y la tierra, el hombre y el mamut.

Besnik se quitó por fin las gafas protectoras y, dándoselas a su dueño, le preguntó si era comunista.

—Comunista —respondió el fundidor—, desde el cuarenta y tres.

Entonces Besnik se dio cuenta de que el otro era un hombre mayor, cosa que acentuaba más su escaso pelo, muy fino y descolorido. Tengo que empezar, se dijo. Jamás le había tocado hacer una entrevista tan difícil, en la que los límites de lo que se dice y lo que se deja entrever no estaban muy claros. Después de preguntar por los tipos de acero que vertían, Besnik llevó cuidadosamente la conversación a la relación entre la industria pesada y la independencia del país. Observó que los obreros le miraban con una mezcla de asombro y respeto, mas, curiosamente, no entraban en la conversación. Parecían esperar algo de él. Durante un rato se miraron entre ellos. Viktor dio un paso hacia adelante.

—Cuéntales algo, diablos —gritó—. Les he dicho que estuviste en Moscú.

Besnik le miró fijamente. Viktor hizo un gesto de disculpa.

—Todos son comunistas. Su organización está informada, pero tú les puedes contar algo más personal.

El grupo de obreros no le quitaba ojo. Besnik sintió que se le secaba la saliva. Nunca se había visto en tamaño aprieto. Esto era casi un mitin.

—Camarada periodista —dijo el viejo fundidor con voz dulce—, nunca nos hemos sentido tan cerca del Partido. Si es posible...

Tengo que decir algo, se dijo Besnik. Es preciso. En un esfuerzo febril, su cerebro intentó desgajar algo de la enorme montaña de recuerdos, mas no era fácil. No había imaginado que tuviera que hablar de aquello ante los obreros. A veces, ardiendo en deseos de abrirse a alguien, había repetido para sí historias enteras, pero estaban pensadas para Zana. Y un mitin como aquel exigía un tono más solemne. Pensó decirles que los soviéticos pretendían hacernos doblar la cerviz con objeto de ponernos el yugo, como se suele hacer con las cabezas que se humillan, pero le pareció algo

demasiado general y cambió de idea. Justo en ese momento se acordó del aviador de la cena del Kremlin. Les contaré esto, resolvió. Le pareció algo que tenía derecho a explicar, puesto que le había ocurrido precisamente a él. El círculo de obreros se estrechó en torno suyo. Comenzó a narrar, al principio con excesiva lentitud. Sentía presión en la frente. Era la primera vez que se proponía echar fuera, mediante palabras, aquel hecho, que hasta entonces yacía en su interior como un barco hundido. Los ojos de los oyentes refulgían febriles. A sus espaldas, los hornos del acero esparcían por doquier su queja de león. Besnik notó que el navío hundido comenzaba a emerger. Iba encontrando las palabras con mayor facilidad. Un poco más y el hecho se descubriría ante sus ojos en toda su dimensión. Contó la muerte del mecánico de aviación, después, despacio, para no olvidar nada, reprodujo el final de la conversación con el aviador. ¿Nos amenazan con derribarnos? Con pesar, hermano, con pesar.

Besnik calló un momento. Los obreros no apartaban sus miradas de él. Viktor se mordía los dedos. Besnik recordó el último encuentro con el aviador borracho y la conversación sobre el águila de la bandera y se la contó.

—Ah —exclamó Viktor—, o sea, no voléis, o sea, arrastraos.

—Arrastraos —repitió Besnik—, esta palabra estaba detrás de todas sus sonrisas.

—Han olvidado que este país se llama Shqipëria y no *ni Krimbëria* * —dijo el viejo fundidor.

Empezaron a hablar todos. El círculo se había ampliado aún más y los que se habían incorporado tarde preguntaban a los otros por la muerte del mecánico de aviación. Besnik pensó varias veces si no habría cometido un error al hablar, pero enseguida se tranquilizó al recordar que, al fin al cabo, no había contado más que un hecho que le había sucedido a él personalmente.

Cuando se fue, Viktor le acompañó por el patio de la fábrica. Mientras estuvo hablando Besnik, le había mirado con admiración. Ahora le acompañaba como si fuera un ministro, caminando siempre a su derecha, sin saber qué hacer para demostrarle su respeto. O sea, poned una rana en la bandera, gruñía una y otra vez. O sea, arrastraos, suspiraba y se mordía los dedos murmurando.

* *Shqipëri Breshkëria* —país de águilas— (Albania), sustantivo formado a partir de *shqipe* (águila); del mismo modo se formarían *Breshkeria* y *Krimberia*, a partir de *breshké* (rana) y *krimb* (gusano).

Ya solo en el autobús, Besnik sintió cansancio y, al mismo tiempo, alivio. Su pensamiento voló hasta Zana. Por la tarde, en cuanto termine la reunión del partido la llamaré por teléfono. Iremos a un café. Zana, escucha, tengo que decirte algo muy serio... A ambos lados de la carretera, la tierra cubierta con placas de escarcha parecía ajena en su letargo. Krimberia, dijo para sí. ¿Acaso podía llamarse así el territorio de un Estado? Los árboles desnudos flanqueando la carretera hacían más patente la presencia del invierno. Zana, escucha... comenzó para sus adentros el proyecto de conversación que había dejado a medias en su mente decenas de veces.

Caminando por la calle principal, Liri repetía en su mente lo que le diría al redactor jefe. Cuanto más convincentes le parecían los argumentos, más apretaba el paso. Dos horas antes, cuando le pidió la cita para un asunto familiar, por la voz le juzgó sorprendido. No obstante, eso no mermaba la decisión de Liri. Su único temor era encontrarse a Besnik o algún compañero suyo en el despacho del redactor jefe.

Los pasillos de la redacción le parecieron bastante ruidosos. Además, no paraban de sonar los teléfonos y tuvo la impresión de que nadie pensaba responder. No es de muy buena educación. Le habían dicho que el despacho del redactor jefe estaba en el tercer piso. Mientras subía las escaleras, bajaba corriendo hacia ella un periodista joven de cara alargada.

—¿La directora de la fábrica de pastas alimenticias? —preguntó—. Pase por aquí, por favor.

Liri le miró con rabia.

—No soy directora de macarrones —respondió con sorna.

—Oh, disculpe, por favor.

Liri siguió subiendo escaleras. ¿Parezco una directora de macarrones?, pensó visiblemente afectada. Lo cierto es que Zana le había dicho varias veces, medio en serio medio en broma, que no estaría mal que hiciera régimen. Pero todavía no he llegado a ese extremo, se dijo.

Enfadada como estaba, llamó a la puerta rotulada «Redactor jefe». Un hombre con aspecto de prisionero entre tres teléfonos (dos sobre la mesa y uno a la espalda), le indicó con un gesto que se sentara en el sofá.

—El redactor jefe está ocupado, espere un momento. ¿Diga? ¿Tropoja? no me interrumpa, por favor.

Liri olvidó todas las frases que había preparado en el camino. Ahora sólo pensaba en una cosa: que no entrara Besnik y la encontrara allí. Que la insultaran llamándole directora de macarrones, no le importaba, como si

querían llamarle directora de panaderías. Estaba dispuesta a aguantarlo. Pero que Besnik no la encontrara allí.

El redactor jefe quedó libre al cabo de diez minutos. Liri estaba algo alterada. La recibió bien, y le dijo que conocía al camarada Kristaq, que incluso habían estado juntos en un equipo del Comité Central destacado a las zonas del norte. Esto la alivió en cierto modo. Abordó el tema dando rodeos, abriendo todo tipo de paréntesis, utilizando sin ninguna consideración toda suerte de muletillas (naturalmente que, usted ya comprende, porque a fin de cuentas, pero no obstante, etc.) y sólo cuando se dio cuenta de que los paréntesis, en lugar de llevarla al meollo del asunto, la alejaban cada vez más de él, inesperadamente dio un giro brusco a su discurso y le dijo a bocajarro:

—Uno de sus trabajadores, Besnik Struga, tiene intención de dejar a mi hija.

El asombro en el rostro del redactor jefe era bien patente.

—¿Cómo es posible? —dijo como si en verdad fuera la cosa más increíble del mundo. En realidad nunca había sabido nada de la vida privada de Besnik Struga y ahora se enteraba de que estaba prometido. La sorpresa satisfizo a Liri. Eso quería decir que no consentía tales cosas, que haría algo.

—¿Cómo es posible? —repetió.

—Pues, sí, quién lo iba a pensar —comentó y empezó a darle explicaciones, abriendo de nuevo interminables paréntesis, como se abren las innumerables puertas de los pasillos de un laberinto.

—Podemos plantearlo en la organización —intervino por fin el redactor jefe—. La organización del Partido también analiza el comportamiento moral de los comunistas. Es una cosa normal.

Liri le miraba agradecida. Él consultó el calendario que tenía delante.

—Incluso ha llegado justo a tiempo —dijo con indolencia sin retirar la vista del calendario—. Precisamente esta tarde tenemos una reunión del Partido. Sin embargo...

—¡Ah! —exclamó sorprendida, sin conceder importancia a ese «sin embargo...».

Cinco minutos después, cuando Liri descendía por la escalera, el redactor jefe buscaba a alguno de los miembros del comité del partido. Sólo uno de ellos, Raqi, se hallaba en la redacción.

—Tengo una queja sobre la actitud moral de Besnik Struga —dijo sin mirar un solo instante al jefe de personal. Mientras hablaba, buscaba algo en la carpeta de artículos de reserva.

Cuando el redactor jefe terminó, el jefe de personal frunció el ceño.

—Esto es bastante serio.

—Habladlo en el comité.

—Esto es serio —repitió el jefe de personal—. Creo que debemos plantearlo en la reunión de la organización.

—Yo creo que en la reunión de hoy tenemos problemas más importantes que tratar. Además, estas cosas se suelen ver primero en el comité.

—Entiendo —dijo Raqi—, pero pienso que hoy es justo el momento, porque, por lo que yo sé, precisamente hoy, en la segunda parte de la reunión, se abordará la solicitud de militancia de Struga, que habíamos aplazado.

—¿Sí?, ¿no lo hemos tratado ya?

—No —dijo el jefe de personal—, entonces estaba en Moscú y lo aplazamos.

—Ah, sí, algo recuerdo —dijo el redactor jefe, que, al parecer, encontró el material que buscaba en la carpeta—. Vale, pues —añadió sin levantar la cabeza—, háblelo entonces con los camaradas del comité.

—Sí —asintió Raqi y salió deprisa. Pocas veces había salido en tal estado de ánimo del despacho del redactor jefe. Era una felicidad serena, pero segura. Por fin, pensó sin saber él mismo la causa. Ciertamente suponía un alivio. Aquel cuadro cruel bajo el crepúsculo: Besnik con su novia, en aquella calle plagada de hojas secas, dramáticamente abrazados, se desvanecía con rapidez. La manzana tenía un gusano dentro, pensó. No había sido más que un fantasma que se esfuma con la luz de la mañana. Y él lo había sufrido durante meses. Ahora su poder había terminado. Aquel ser abrazado, que entonces le había parecido tan lejano e incomprensible, ahora se le acercaba veloz, desposeído de misterio, empobrecido, mísero, casi un despojo esquelético; y precisamente a esa ruina se disponía a preguntarle: Camarada Besnik Struga, ¿cómo están las relaciones con su novia? Esta sería la fórmula fatal. Después, la magia fenecería.

Raqi miró el reloj. Las dos y veinticinco. No quedaba mucho tiempo hasta la hora de la reunión. Pensó no ir a casa. Llamaría a Aranit y tomarían unas cervezas en alguno de los pequeños bares de la calle de Dibra.

Entraron en un local ruidoso con un agradable olor a albóndigas. Allí solían comer deprisa y de pie todo tipo de transeúntes, desde taxistas a jóvenes escritores que recibían sus primeros honorarios en algún periódico central. Había cerveza de barril, con un aroma especial, que servían en jarras extraordinariamente gruesas, y queso tierno, salchichas y carne a la brasa que preparaban a la vista de los clientes. Un pequeño aparato de radio

llenaba de música los vacíos casuales que permitían el ruido de las jarras y las voces de los clientes.

—¡Salud! —dijo Aranit.

—¡Salud!

Resultaba difícil determinar el verdadero color de la tez de Aranit. Era algo entre rojizo y moreno. Raqi siempre recordaba ese color. Un color que no modificaban ni las estaciones ni el clima, pero tampoco las pasiones, la ira o la enfermedad. Sólo la muerte puede alterarlo, había pensado Raqi en una ocasión.

—¿Qué dicen las noticias?

—Ruptura —contestó Raqi—. Ruptura por todas partes.

El jefe de personal sonreía.

—Qué significa por todas partes.

—Pues, hombre, ruptura entre estados, ruptura de familias. En nuestra oficina, un compañero se dispone a dejar a su mujer.

—A mí qué me importa lo que pasa en tu oficina. Te pregunto por la ruptura importante.

—Hoy tenemos reunión de la organización del partido —dijo el jefe de personal—. Creo que hoy nos lo dirán.

—¡Hmm, se pone feo el asunto! —exclamó Aranit con gesto triste. Sus ojos, hundidos en los pómulos, miraban la calle a través del cristal empañado—. Sin embargo, esos no quieren saber nada.

—¿Quiénes son esos? —preguntó Raqi.

Aranit señaló la calle con la cabeza.

—¿No los ves? Los chicos y chicas de la calle, esas con la falda por encima de la rodilla que sólo piensan en amoríos.

—¡Qué le vamos a hacer! Juventud.

—Juventud —murmuró Aranit—, se les mima demasiado. Ya estaría bien que sufrieran alguna vez como nosotros.

Raqi se encogió de hombros.

—La joven generación.

—La joven generación, la joven generación —gritó Aranit, dejando bruscamente la jarra sobre el hule que cubría la mesa—. ¿Y nosotros, qué somos nosotros, una generación para atar calzones?

El jefe de personal sonrió.

—Algunos así lo creen.

Aranit chasqueó los dientes.

—Yo sé bien lo que necesitan algunos, pero ¡ah!, no está en mi mano.

Apuró la cerveza y pidió otra. Durante un rato hablaron tranquilos, sin nervios. Aranit encendió un cigarrillo.

—Se están moviendo los escritores —dijo pensativo—, debemos abrir los ojos.

Raqi también encendió un cigarrillo.

—Debemos abrir los ojos —repitió Aranit—. Es un momento difícil para el Estado. El momento exige sacrificios. Es cierto que nos expulsaron del Partido, pero no dejaremos de cumplir con nuestro deber, le defendéremos.

Al jefe de personal no le sentó nada bien que Aranit le metiera en el saco de los expulsados del Partido, pero qué le iba a hacer.

—Alguna vez se dará cuenta el Partido de quiénes son fieles de verdad y quiénes tienen dos caras —prosiguió Aranit con voz grave, en la que sorprendentemente afloró un deje de tristeza—. Quizá sea tarde, pero no importa. Nosotros haremos lo que tenemos que hacer. Venga, de un trago.

Raqi le miraba fijamente. Así le recordaba siempre, con ese abrigo largo, que, a pesar de los arreglos del sastre, seguía conservando las trazas del uniforme militar, y un continuo pesar en el corazón. Le había conocido el invierno de 1953, durante un servicio en Tepelena. Nunca había tomado parte en una misión tan fastidiosa. Todo el día llovía, humedad y las mesas frías de los bares con alguna copa de coñac o una taza de café. Hacia las seis de tarde, atravesaba la pequeña ciudad invernal el autobús de la línea Tirana—Gjirokastra. El coche paraba unos minutos para entregar el correo. Los escasos transeúntes se detenían frente a él en la acera y miraban silenciosos aquellos metros cúbicos de aire caliente, luces y caras extrañas, rodeados de cristal. Entre los que se paraban en la acera se encontraba casi siempre Aranit. Contemplaba el extraño acuario con el ceño fruncido. Tras los cristales cubiertos de vaho se veían como en sueños mujeres bien peinadas, con la cara algo empalidecida a causa del largo viaje, con un limón en la mano que se llevaban una y otra vez a la nariz; hombres con chaquetas a la moda, gente de ministerios o de los estudios de cine, toda suerte de tipos con los cuellos subidos, sin que hubiera necesidad de ello, con pañuelos o constipados que sabían explotar para hacerse más interesantes. Todo esto significaba para Aranit un mundo extraño y sospechoso, y extraños y sospechosos eran para él no sólo las gentes dentro del autobús, sino también los cristales, las luces, las señales rojas, verdes, que juzgaba no ya excesivas, sino creadas con un fin siniestro.

«Muchos se desplazan en los autobuses», murmuraba en voz alta. «Demasiado mima Tirana a la gente. Yo sé bien lo que hay que hacer con

ellos».

Era una rabia ciega, sin sentido ni objeto definido y, por ello, inmutable.

Una noche, Raqi escuchó precisamente uno de esos comentarios de Aranit, estando a su lado, en la acera, cuando el coche de línea se alejaba por la oscura carretera en dirección a Gjirokastra. Aquella noche se conocieron.

Aranit apuró la segunda jarra de cerveza. Raqi miró el reloj.

—El momento exige sacrificios —volvió a decir Aranit, moviendo la cabeza—. Hay que apretar las tuercas a la gente. Ahora o nunca. He observado algunas cosas. Tengo algunas ideas —se tocó la frente con la mano—. Llevo varios días pensando algo.

—¿Qué?

Aranit le clavó sus ojos hundidos, cavernarios. Cuando hablaban, raramente se miraban a los ojos.

—Escribir una carta a Enver Hoxha. ¿Tú qué dices? El jefe de personal se encogió de hombros. ¡Vaya una ocurrencia!, pensó.

—Eh, civil, civil... —dijo Aranit con una sonrisa amarga.

—¿Qué dices?

—No, nada —respondió Aranit, haciendo un gesto con la mano.

—Me parece que estás borracho.

—Soy un hueso duro de roer —miraba sonriente las migas de pan sobre la mesa—. Aranit no cae fácilmente, no.

El jefe de personal presentía que su charla no acabaría bien. Lo peor es que no tenía tiempo de arreglar nada. El reloj se acercaba a las cuatro. Aranit observó su desasosiego y le dijo:

—¿No es tarde para la reunión? ¡Allá, vamos!

Se separaron al principio de la calle. Después de dar unos pasos, Raqi volvió la cabeza y le vio alejarse con su grotesco abrigo largo entre la multitud, en la cual no confiaba (los años y las causas se habían olvidado) hacía largo tiempo.

Hasta llegar al edificio del periódico, pensó varias veces en Besnik. Antes de la reunión, les comentó el asunto a los demás camaradas del comité, mas estos no le prestaron mucha atención ni le dieron ninguna idea. En la sala de reuniones, los ojos de Besnik y los del jefe de personal chocaron por dos veces y, precisamente cuando ambos trataban de evitarse, sus miradas se cruzaron por tercera vez.

En la mesa cubierta de paño rojo de la presidencia, junto al secretario del partido se sentó alguien a quien veían por primera vez. Era un hombre

de baja estatura, tez blanca y poco pelo. Ninguna reunión del partido había comenzado con semejante silencio, que se hacía más denso a medida que transcurrían los segundos. Besnik recordó el día de su partida hacia Moscú, el rugido de los motores del avión antes de despegar y el estruendo que salía del interior del viejo rugido en el momento en que el avión perdió contacto con la pista. Lo mismo ocurría con el silencio de aquella reunión. Se profundizaba continuamente. Mas, justo cuando parecía que la quietud era plena, sintieron que en ella se abría una isla de nueva quietud.

El secretario de la organización comunicó, con voz débil, que un delegado del Comité Central informaría a los comunistas (aquí le temblaron los labios) acerca de algo muy importante.

El hombre de cara blanca se puso en pie. Hablaba con voz pausada y melódica. Besnik escuchaba sin ningún interés. Escuchándole, pensaba que los acontecimientos que convulsionan al mundo, esos acontecimientos que rezuman sangre y dolor como la carne recién cortada, con el paso del tiempo, en el depósito de cadáveres de la historia, se reducen, se contraen, se secan y resecan sin cesar en las páginas de los libros, las memorias, las crónicas, hasta transformarse en hechos—fósiles, blancos. Por ejemplo, no había pasado más que mes y medio, el cuerpo de la reunión de Moscú estaba aún caliente, y la historia ya había echado sus garras sobre él. El cuerpo se empezaba a enfriar.

Los demás escuchaban con enorme atención. El delegado hablaba ahora de la primera reacción del campo socialista contra Albania. Sólo habían pasado unas semanas y la venganza había comenzado. Se habían cortado algunos de los créditos a largo plazo, se habían ido (o mejor dicho, no habían regresado de las vacaciones estivales) cierto número de especialistas soviéticos y checos, los incidentes en la base de Vlora se habían reiniciado, se había aludido a la exclusión de Albania del Pacto de Varsovia; ya se iban delimitando los contornos de un bloqueo económico, sin embargo, nada se decía en su prensa oficial, nada, nada. En cuanto a la actitud de la Unión Soviética y del campo socialista, existen dos posibilidades. Primero: escalada de la reacción hasta la ruptura total. Segundo: estabilización de la situación, mantenimiento de relaciones estatales frías, pero normales. Por nuestra parte, nunca daremos un paso hacia la ruptura.

—De todos modos, nos hemos preparado para todo —dijo el delegado con voz pausada—. Pase lo que pase, sean cuales sean las tormentas que descargue sobre nosotros el invierno de este año, resistiremos. La responsabilidad y la vergüenza pesan sobre ellos.

Tras pronunciar estas palabras, se sentó. Se produjo un prolongado

silencio. Luego, haciendo un esfuerzo sobrehumano para hablar con serenidad, el secretario de la organización dijo:

—¿Quién quiere la palabra?

Eran las cinco. Fuera había oscurecido. Fuera, en una amplitud infinita, enrojecían débilmente, como embaladas en niebla, las luces de la ciudad.

—¿Quién quiere la palabra? —repitió el secretario.

La mayoría de las miradas se dirigieron hacia Besnik. Debo intervenir, dijo para sí y levantó la mano.

—Camaradas, como sabéis, yo... —iba a decir tuvo la suerte, pero cambió de parecer—, como sabéis, estuve allí cuando se produjo esa tremenda confrontación, de que nos acaba de informar el delegado del Comité Central.

Besnik sintió que después de la intervención del delegado le resultaba fácil intervenir, ya que el discurso de éste le servía de orientación para no decir nada que no debiera. Mientras hablaba, como ocurriera por la mañana con los obreros, se sentía flotar entre miradas titilantes, entre un puñado de estrellas. Un día verdaderamente extraordinario para él.

Tras la intervención de Besnik tomó la palabra Ilir. Luego, otro. Dijeron que apoyaban plenamente la actitud del Comité Central. Que en esa grave situación, ellos, soldados del partido, estaban dispuestos, al primer llamamiento, a cualquier sacrificio, a...

Zana, pensó Besnik. Esta noche tú sabrás más que éstos. La añoraba. Tú tienes derecho a saber más que los demás, se dijo. Quizá no le dijera más de lo debido, pero le contaría cosas más profundas, más íntimas, algo que no se encuentra en ningún documento ni acta. Quizá le hablara de la Noche de los Zim Negros o de la Noche en el Castillo del Crimen Posible, donde el teléfono chillaba hasta el amanecer y él se había sentido tan extraño. Si supieras cuánto te necesité aquella noche, en mitad de aquel medievo.

—Camarada delegado —decía alguien—, transmita al Comité Central que respaldamos plenamente su actitud y que estamos dispuestos a soportar lo que la situación descargue sobre nuestras espaldas.

—El siguiente —dijo el secretario.

Alguien levantó la mano.

Quizá le hablara del paseo de Enver Hoxha por la nieve la noche anterior a su intervención, de la estación Bieloruski la mañana de la partida de Moscú, de los proverbios y del grito de Jruschov: ¿domina el ruso el traductor? Luego, volvería a los faros de los Zim Negros, que se apagaban y encendían amenazantes, a veces cerca, a veces lejos, en aquel infierno

estepario.

Tras las intervenciones, se hizo un largo descanso. La sala y el pasillo se llenaron de un humo denso de tabaco. Nunca había ocurrido algo parecido. Las lámparas, los retratos de la pared, todo desapareció, se enfrió, se desvaneció como en una avería eléctrica. Y nadie se acordó de abrir las ventanas.

Comenzó la segunda parte de la reunión, que a todos les parecía innecesaria y anormal. El hombre de la tez blanca ya no estaba. Las bombillas se habían puesto rojas, casi incandescentes. Las palabras parecían llegar de lejos, con algo de eco, como entre sombras. Se analizaba la solicitud de militancia de Besnik. La lectura del historial. La declaración de los garantes. Conozco al camarada Struga desde... Familia de guerrilleros... Conozco al camarada Struga... Siguió la intervención de varios miembros de la organización. Conocí al camarada Struga hace dos años... Le conozco...

Todo discurría normalmente, nadie se oponía. Y era natural, y más aún cuando él, Besnik Struga, había estado allí, acababa de llegar de la prueba, de la primera línea de combate, de la lava, del cráter... como él mismo había dicho momentos antes. Así que era obvio que había que terminar cuanto antes, lo contrario sería ridículo, vano... Pero, inesperadamente una voz dijo:

—Camarada Besnik Struga, ¿cómo le van las cosas con su novia?

La pregunta fulguró como el filo de un cuchillo. Hacía tiempo que la reunión parecía un cuerpo paralizado, no obstante, sintió el arañazo. El sopor se disipaba.

—¿Qué? —dijo Besnik.

—¿Cómo le van las cosas con su novia?

La pregunta la había hecho y repetido el jefe de personal.

—¿Qué significa esto? —inquirió Besnik.

—¿Qué significa esto? —repitió Ilir.

—Significa lo que he dicho —dijo el jefe de personal.

—No comprendo —replicó Besnik.

Se necesitó un tiempo para que, uno tras otro, se recobraran por completo.

—No comprendo —repitió Besnik.

Raqi reiteró la pregunta. Besnik le miraba fijamente, como quien intenta recordar dónde ha visto antes esa cara.

—Eso no es cierto.

—¿Qué no es cierto? —dijo el jefe de personal—. Mi pregunta es concreta la he hecho tres veces.

—No es cierto —insistía Besnik.

—Su pregunta es cierta —intervino el redactor jefe—. La hemos oído todos.

El rostro de Besnik ensombreció. El hecho de que le exigieran una aclaración semejante justo aquel día le parecía un insulto grave.

—No es cierto que me vayan mal las cosas con mi prometida —dijo con voz sorda.

—Yo no he dicho tal cosa —intervino Raqi—, me he limitado a preguntar.

—Opino que, sin ningún motivo, nadie tiene derecho a hacer a nadie semejantes preguntas, ni siquiera en una reunión del partido —dijo Ilir—. Suena a provocación.

—Así es —dijo Nikolla.

—Silencio —pidió el secretario del partido.

—¿De dónde saca ese derecho? —dijo Besnik con la misma voz sorda.

El jefe de personal pidió de nuevo la palabra.

—Ya basta —gritó Ilir—. Esto es odioso.

—Silencio —repitió el secretario.

—He hecho una pregunta y no sin motivos —dijo el jefe de personal—. Yo sé algunas cosas.

—Miente —replicó Besnik.

—Camarada Struga —intervino el secretario.

El jefe de personal palideció. Cruzó una mirada rauda con el redactor jefe.

—No miente —dijo el redactor jefe—. Le han dicho algo al respecto.

—¿Quién? —preguntó Besnik sin levantar la cabeza.

—Yo —respondió el redactor jefe.

De nuevo silencio.

—¿Y a usted quién se lo ha dicho? —Besnik levantó la cabeza. Le brillaban los ojos.

—Lo sé por tu prometida —dijo el redactor jefe. Quiso corregir diciendo «lo sé por la familia de tu prometida», pero consideró innecesario extenderse más.

Besnik dejó caer la cabeza. Zana. No es posible, pensó. Sus mandíbulas se movieron para abrir la boca, pero la boca no se abrió.

—Camarada Besnik, puedes dar una explicación a la organización — dijo el secretario.

Besnik movió la cabeza.

—Nunca.

Sintió a su alrededor un murmullo ahogado, sintió que Iilir le tiraba del codo continuamente, repitiéndole algo, pero no lograba recobrarle. El golpe le había cogido por sorpresa. Escuchaba palabras y frases a su alrededor: Qué significa esta actitud... un comunista no puede ocultar nada a la organización... a pesar de todo, existe un límite... no existe límite... cuestiones íntimas... para un comunista no existen cuestiones íntimas y no íntimas... Sea como fuere. Ha dicho Lenin. No lo creo... y precisamente en momentos en que se necesita unidad...

—Silencio, camaradas —el secretario golpeó la mesa con la punta del lápiz—. O sea que rehusa dar una explicación de sus relaciones con su prometida a la organización.

—Sí, me niego, más que decir estas palabras, las silbó. No esperaba esto de ti, Zana, pensó.

De nuevo el murmullo ahogado alrededor. El cerebro de Besnik, exceptuando algunos minúsculos detalles, no funcionaba. Esto es absurdo, pensaba. Debía ser al contrario. En cierto modo, la organización debería comprender su estado anímico al regreso de Moscú. Aprobar el aplazamiento de la boda. Debía ocurrir lo contrario, estuvo a punto de gritar. Sin embargo querían boda. Hablan de la tempestad que se acerca, dicen «resistiremos» y, no obstante, quieren boda. Cierra la ventana, que viene la tormenta, decían. Enciértrate en el caparazón. Esto es inaceptable.

—¡Abrid la ventana! —repitió una voz por tercera vez—. Hay mucho humo.

Alguien había pedido la palabra. Esto se ha terminado, pensó Besnik. En realidad, eso es lo que ocurría. Varios comunistas pidieron que se suspendiera el análisis de la solicitud de Besnik y se aplazara sine die. Esta era la propuesta más favorable a Besnik. Dos personas, entre ellas Raqi, pidieron la expulsión de Besnik del partido. Otros dijeron que debía hacerse una profunda autocrítica. La mayoría le defendió. Por fin, se decidió analizar la cuestión en una reunión especial.

La reunión se dio por finalizada. Besnik bajó las escaleras el primero y salió a la calle. Como consecuencia del descontrol del cerebro, sus extremidades habían adquirido cierta independencia. Sobre todo las piernas. Ante los escaparates iluminados pasaban, produciendo manchas de sombras, gentes con paraguas. Un teléfono, pensó. Necesitaba un teléfono. Tiritaba

todo él. A la izquierda, sobre el fondo del cielo, sobre un edificio de cinco pisos, se recortaban en grandes letras rojas las siglas PTT*. Besnik se dirigió hacia allá. Las abinas estaban alineadas. Estaba hablando un soldado con el auricular pegado a la cara. Más allá, dos muchachas rellenitas. El soldado movía la punta del zapato y la seguía con la vista. Una de las chicas decía a su compañera: llama tú. Besnik cogió el auricular del tercer teléfono. No emitía señal alguna.

—Está estropeado —dijo con voz tímida una de las muchachas. Tenía los ojos preciosos, claros.

Las baldosas de la sala estaban mojadas.

—Llame usted —dijo una de las chicas, apartándose.

Besnik cogió el auricular, metió la moneda y marcó. No pensaba en nada. La moneda cayó con un ruido seco. Se oyó la voz de Liri. «Diga».

—Zana —dijo Besnik de un modo cortante.

Un instante de silencio. Luego la voz de Liri. «Besnik, ¿eres tú?».

—Zana —gritó Besnik.

Las dos chicas le miraban con miedo.

Se oyó dejar el auricular sobre la mesa y la voz lejana de Liri por la casa. Zana.

—Diga. ¿Eres tú, Besnik? —su voz era sorprendentemente cálida— Tenía el presentimiento de que llamarías.

—Escucha —dijo Besnik—. Tú crees que me puedes obligar... —no podía encontrar las palabras precisas.

—¿Qué? —se escuchó la voz lejana.

—Crees que me puedes obligar con trucos...

—¿A qué te obligo? —dijo la voz.

—No te hagas la inocente. Escucha, tú, naturalmente, puedes quejarte. Puedes ir a quejarte de mí... del plazo de la boda, incluso al consejo del barrio —su voz era una mezcla de cólera, ironía y sarcasmo que él mismo odiaba—, pero debes saber que no sacarás nada.

Se oyó el ruido seco del teléfono al colgar. Aquel sarcasmo odioso en la cara de Besnik se iba desvaneciendo lentamente. Sólo entonces se dio cuenta de que las dos chicas, que se habían apartado un poco, le miraban con ojos nebulosos. Colgó el auricular de un golpe y se alejó a grandes zancadas. Las baldosas mojadas reflejaban difusos colores y formas de objetos. Los ojos de las muchachas quedaron clavados en la puerta de cristal por la que salió el desconocido que acababa de telefonar. A dos pasos de

* PTT, siglas correspondientes a Correos, Telégrafos y Teléfonos.

ellas había ocurrido algo mágico. Había ocurrido algo que tenía relación con los libros, las revistas, las películas que habían visto los sábados en el único cine de su pequeña ciudad, de donde habían partido dos semanas antes para hacer un cursillo en la capital. Se habían roto los límites de lo imposible, se habían pronunciado palabras inauditas, «no te hagas la inocente», «trucos», etc. Los largos dedos del desconocido habían hecho girar violentamente el horizonte de la vida con el disco del teléfono. Ambas salieron a la calle y caminaron junto a los cristales empañados tras los cuales gente de la capital, del mismo tipo que el hombre que acababa de telefonar, tomaban café o permanecían pensativos, con los codos apoyados sobre el plástico de las mesas. La calle mojada, a ronchas de reflejos inestables (como si seres con herraduras de color azul, rojo y amarillo hubieran dejado allí sus huellas) parecía interminable. Una de las chicas se apoyó en su compañera y empezó a sollozar. La otra, sin sorprenderse en lo más mínimo, le acariciaba suavemente el cabello. Qué hermoso, pensó. Lloro, llora.

Entre tanto, las piernas de Besnik, felices al haberse hecho cargo de todo el cuerpo, mostraban un celo excesivo, como ocurre a veces en una casa cuando se produce una desgracia y ciertas personas, apartadas hasta ayer, se reaniman de repente tomando la situación en sus manos. Atravesó la estrecha calle de Lord Byron con sorprendente rapidez, salió a la calle 28 de Noviembre, entró en el bar Crimea, donde tomó un coñac, cruzó por el centro de la plaza de la Alianza de la Clase Obrera y el Campesinado, y salió a las de las Barricadas. Todos los bares de esta calle estaban llenos y, sin saber cómo, se encontró en la calle de Dibra. Entró a un bar pequeño donde se tomaba café exprés de pie. Apoyado en la barra, un hombre con los brazos extraordinariamente largos volvió su cara alargada y murmuró: bebe, querido, bebe. Era un rostro conocido, mas Besnik no respondió.

Apuró la copa de coñac, tomo el café de dos o tres sorbos y salió.

—Nadie te hace caso —dijo el urbanista.

El camarero le miró con lástima.

—¿Qué día es hoy?

—Catorce de enero —respondió el camarero.

—Hoy es un día negro para mí —dijo el urbanista—. Acuérdate, hoy, catorce de enero, esta calle... fue... fue... bombardeada salvajemente.

El camarero soltó una carcajada. Un cliente que tomaba café en un rincón rió también.

—Reíd —dijo el urbanista—. ¿No veis las ruinas? Yo sí las veo.

Continuaron riendo. El urbanista tiró el dinero en la barra y se marchó. Sentía mareos. Le habían notificado la anulación de su proyecto de remodelación de la calle de Dibra. Las veo, pensó. Había construido previamente los edificios en su imaginación, en soledad, y ahora los lloraba en soledad. Las reconozco, se dijo. Son como las ruinas de Vietnam. Aún más horribles.

Caminaba por la calle alzando la cabeza como si viera fantasmas. Créditos cortados, pensó. Cor-ta-dos.

Llevaban más de dos horas dando vueltas borracho por la calle de Dibra. Fijaba la mirada en el aire húmedo de la noche e imaginaba a qué altura se encontrarían los habitantes del piso noveno o duodécimo del edificio futuro que acababa de morir. Siempre le había gustado imaginar los movimientos y las posiciones de las personas dentro de un edificio, eliminando en su mente las paredes, suelos, escaleras y cualquier otro material. El cuadro era surrealista: gente que camina por el aire, que sube, baja, permanece sentada en sillas, sillones, sofás, retréteres; que duermen, se agitan en sueños, se miran a los ojos bajo las lámparas color naranja.

En su cabeza, el urbanista había poblado tiempo atrás el vacío. Y ahora, toda aquella gente volaba, huía presa del pánico, como fantasmas.

—Desgraciados vosotros que no veis —dijo en voz alta. Dos transeúntes volvieron la cabeza. El urbanista agitó un dedo amenazante. Un poco más allá olvidó el enfado—. Dichosos vosotros —gritó. Unos pasos más allá comenzó a consolarse, pensando que la chica que se tiraría desde el séptimo piso (siempre había creído que en cada edificio existe una persona que se tira desde el séptimo piso), esa chica, pues, no se tiraría, pero era un consuelo escaso.

Un urbanista borracho, dijo para sí el escritor Skénder Bermema que en ese momento pasaba por la calle y reconoció al urbanista. Debe tratarse de algo terrible. Regresaba de una fiesta de cumpleaños, del apartamento número 141 de la calle Friedrich Engels. La velada hubiera sido realmente agradable de no estar repleta de canciones soviéticas, de nostalgia por el extrarradio de Moscú, de palabras, expresiones e incluso suspiros en ruso. Esta había sido la verdadera razón de que Skénder Bermema la abandonara antes de tiempo. Cómo es posible, se dijo. Cómo es posible que cuando las desavenencias con las URSS se van haciendo de dominio público, suspiren por ella. Intentó alejarlo de su pensamiento. Un urbanista borracho, se repitió. Debía tratarse de un desastre sin precedentes. Un delirio de arquitecturas, un forcejeo de edificios y aceras, pánico de cruces, vagabundeo de columnas y plazas.

Skënder Bermema se alzó el cuello del abrigo. Hacía frío. Mediados de enero, pensó. Ha sido el último octubre de la amistad albanesa-soviética. Había pensado esta frase allí, en aquel repugnante cumpleaños, cuando su oído captó retazos de una conversación sobre créditos cortados. Era una de esas frases sencillas, pero capaces de iniciar una novela. Todo lo que escuchaba o veía aquellos días se dividía en dos: cosas que servían y cosas que no servían para su novela. Era sólo una masa nebulosa salpicada aquí y allá de lucecitas, y nada más. Tenía el extrarradio de la novela, un extrarradio incluso lejano, pero no el meollo.

En el cumpleaños, mientras los otros cantaban tristes canciones rusas, él pensaba que a partir de entonces la URSS oprimiría a los pueblos. Pero es sabido que cuando pisas a un pueblo, éste se introduce en tu cuerpo, como un espíritu. En adelante, la URSS llevaría en su conciencia, como una pesadilla continua, la memoria de los pueblos oprimidos.

Pensaba que todos esos pensamientos que afluían día y noche a su cerebro, resultarían inútiles si no lograba diseñar la estructura de una obra en la que pudieran ser vertidos.

Nunca le pareció tan difícil el diseño de una obra. En principio creyó que la razón era la proximidad de los hechos. Permanecían ante sus ojos, a un palmo, sin darle la posibilidad de observarlos desde cierta distancia. Mas luego pensó que la causa principal de sus dificultades no era esa. Lo importante era que todo resultaba demasiado amplio, demasiado extenso y que todos formaban parte de esa extensión. Todos hablaban del suceso, aunque nadie supiera con exactitud lo que había ocurrido. La novela estaba esparcida por el aire, como el polen, como las hojas de otoño y él debía recogerla por todo el país.

No era el propio acontecimiento. Había tenido lugar lejos. Era lo que de él se rumoreaba. El murmullo del pueblo. Era... sólo el eco... lo que le envuelve... que le mantiene vivo... El iso*... lo encontré. Su iso. Una novela con iso. Así la titularía. Parecería algo extraordinario, aunque no tenía nada de extraordinario. Estaba simplemente en la tradición épica popular. Uno inicia el canto, los demás están a su alrededor y, de la misma manera que se sopla el fuego para mantenerlo vivo, llevan el iso de la canción.

Skënder Bermema aceleró el paso como solía hacer cada vez que en su cerebro surgía una idea nueva. Delante de él, una pareja de jóvenes caminaba abrazada. La cabellera de la muchacha era larga. En su mente le

* En las baladas y canciones polifónicas albanesas, murmullo colectivo prolongado, semejante a los coros antiguos, que sirve de base a la melodía.

rozaban los cabellos de Ana Krasniqi, pero entonces recordó los créditos cortados. Buscó por los bolsillos el paquete, sacó un cigarrillo y necesitó rascar varias cerillas para encender.

Capítulo decimoséptimo

Continuaba la noche del catorce de enero. Eran las once menos cuarto. La temperatura se acercaba a los cero grados. Las calles y plazas de Tirana estaban casi vacías. En la quinta planta del edificio de ATA, Xani, el fotógrafo, revelaba las últimas fotos. Caras curtidas de obreros con una fábrica al fondo, la tribuna de un mitin, transeúntes en un cruce, todo se balanceaba como un pez muerto en la solución semiturbia.

Por fin desapareció su preocupación, dijo Xani para sí. Apoyó una mano en la cubeta de porcelana mientras con la otra agitaba la solución. Por unos instantes, su mirada quedó fija en los rizos provocados por su mano en la superficie del líquido. Sus ojos parecían decir: lo que tenías que sacar, ya lo has sacado, turbio líquido.

Desde aquella tarde de octubre, cuando descubrió lo que dio en llamar «la preocupación de Enver Hoxha», no había dudado una sola vez de su presentimiento.

Con un movimiento suave, como si la solución fuera un ser vivo al que quisiera tranquilizar, la mano de Xani pasó sobre sus crestas. No apartaba los ojos de ella. ¿Qué más quieres sacar?, pensó.

El secreto que allí descubriera, lo había guardado meses enteros. Los demás corrían a las bodas, a reuniones entusiastas. Las mañanas y los días eran iguales. Él mismo pensaba a veces que había olvidado aquella tarde de octubre, empero, en algún sitio, persistía la preocupación. Semejaba la nieve, que nadie ve cuando se acumula en las alturas celestes, hasta que una mañana cubre el suelo hasta donde abarca la vista.

Tres horas antes, en la reunión de la organización del partido, cuando el delegado del Comité Central pronunció las primeras palabras sobre la ruptura del campo socialista, estuvo a punto de gritar: esa era su preocupación.

—Sólo que no haya qué ahorrar —decía en ese momento Ana

Krasniqi a sus amigos en el apartamento número 62, escalera cuarta, del edificio 215 de la calle Tres Héroes, donde había ido de visita con su marido—. Creedme, lo que más odio en el mundo es tener que ahorrar.

Viktor Hila, el anfitrión, sonrió. Es sincera, pensó. Por unos momentos contempló el cabello, los ojos, el cuello de ámbar, todo su cuerpo etéreo, esbelto, casi transparente de amor, según decían, y se repitió: es sincera. Viktor era uno de los pocos que no creía en las habladurías que corrían sobre Ana.

El marido de Ana, Frederik, contemplaba pensativo los vasos medio llenos de Riesling blanco. De cara ruda, pelo corto, se le podía tomar más por deportista que por asistente de la Facultad de Historia y Filología. La tormenta estallaba una y otra vez entre los dos, más a causa de la ligereza de ella que de los celos de él. La última pelea había tenido lugar unos días antes de Año Nuevo, cuando Frederik encontró en la mesita de noche de Ana, entre la ropa interior, el último libro de Skénder Bermema que éste le había regalado con una dedicatoria bastante confusa. La pelea no fue muy distinta de las demás (ya te he aguantado bastante, como quieras, Frederik, tus celos me están acortando la vida, basta, Ana, ahora todo ha terminado), y ambos sabían de sobra que nada había terminado ni terminaría nunca. Mientras duró el disgusto, Ana perdió algo de su transparencia. Parecía como si la grasa, la carne excesiva, alguna fibra o venilla que aparecía a través de su piel, estuvieran esperando ese momento para atacarla. Su ser se hacía opaco, como si regresara veloz del mundo etéreo a una realidad de carne y sangre. Precisamente a esta transformación le temía más que a la muerte. Mas, antes de dos semanas, amainaba la tormenta y volvía a ser la misma Ana de siempre, una humareda de vidrio, como la había calificado Skénder Bermema cuando se conocieron.

En realidad, la opinión que se había ido formando sobre ella, como mujer que traiciona a su marido, había sido resultado precisamente de su amistad con Skénder Bermema, y sus relaciones con él, de las que nadie sabía nada concreto.

—Ahorro, qué palabra más horrible —dijo Ana, sacudiendo los hombros.

—Si empieza el bloqueo, habrá que ahorrar —dijo Viktor—. Es inevitable.

—Pasado mañana se reúne la Asamblea Popular. ¿No es por los presupuestos? —preguntó Frederik. —Eso creo —respondió Viktor.

—Se rumorea que han cesado al ministro de Agricultura —comentó la esposa de Viktor.

Ana encogió los hombros.

—No sé nada.

—¿Hay especialistas extranjeros en tu trabajo? —preguntó Frederik a Viktor.

—Hay checos y soviéticos. Algunos de los soviéticos ya no han vuelto de las vacaciones de invierno.

—O sea, es verdad que los especialistas extranjeros se están yendo —dijo Ana.

—Que se vayan al diablo —dijo Viktor—. Que se vayan cuanto antes, antes de que empiecen con los sabotajes.

El marido de Ana soltó una carcajada.

—Qué cosas se te ocurren.

—¿Por qué te sorprendes? —repuso Viktor—. De ellos se puede esperar cualquier cosa. Un compañero que estuvo con nuestra delegación en Moscú me ha contado cosas terribles.

—¿Ha estado ahora en Moscú? —preguntó Ana—. Qué interesante.

—Sí.

—Y ¿quién es?

—No le conocéis, se llama Besnik Struga.

—Me gustaría conocerle —dijo Ana.

Su marido, que pelaba una naranja, bajó los ojos. Sus manos empezaron a quitar la piel de la fruta con visible nerviosismo.

—He oído que se van a reducir las pagas altas —dijo, mirando de reojo a su esposa.

Ella fingió no haberle escuchado. En los ojos de Frederik se había encendido una luz vengativa.

—Eso puede ser cierto —dijo Viktor.

—A mí me la bajarán seguramente —prosiguió Frederik, sin dejar de mirar a su mujer. Esa mirada parecía decir: me gustaría mucho que me rebajaran la paga, sólo para que tú sufras. Mas ella, para molestarle, seguía sin entrar en la conversación.

—Habrà muchas cosas nuevas —dijo Viktor—. Esto es una prueba para todos.

Miró el reloj, se levantó y conectó el televisor.

—Ya es casi la hora de las noticias.

En la pantalla se distinguía el barullo de una sala, después aparecieron unas cuerdas y hombres en su interior.

—¡Hay boxeo! —dijo Viktor—. Se retrasarán las noticias.

El ring estaba lleno de fotógrafos. Los púgiles, cubiertos con una bata,

tenían las manos extendidas para colocarse los guantes.

—¡Uf —exclamó la mujer de Viktor—, qué deporte!

—A mí tampoco me gusta —comentó Frederik.

—Parece que es por el título mundial —dijo Viktor—. Se van a sacudir como locos.

El ring se iba vaciando. Los púgiles, hasta entonces en medio del tumulto, las luces de los flashes y los entrenadores, se quedaron absolutamente solos, los dos, frente a frente. Sonó en gong y se lanzaron al encuentro.

—Coged naranjas —dijo la mujer de Viktor—. ¿Queréis café?

—Yo sí —respondió Ana.

—Viktor, es mejor que apagues la tele —le dijo su esposa—. No nos deja hablar.

—Shpresa tiene razón —añadió Frederik.

Viktor se levantó y, tras mirar unos segundos lo que sucedía en la pantalla, desconectó. Sirvió vino en los vasos.

—¡Salud! —brindó Ana.

Frederik permanecía pensativo.

—¿Habrás de verdad bloqueo? —preguntó al poco. Viktor movió la cabeza.

—Yo creo que sí.

—Maldita sea —dijo Frederik—. No hay forma de acertar con los amigos. Lo mismo nos pasó con los yugoslavos... Quizá debiéramos ser más pacientes. Los soviéticos, de todas formas...

—¿No te da vergüenza, Fredi? —le interrumpió Ana—. ¿Cómo puedes tener tan poco carácter?

Él lanzó a su esposa una mirada de reprobación, pero ella no le hizo caso.

—Hasta ayer, no hacías más que quejarte de los soviéticos —prosiguió Ana—. Los soviéticos nos explotan, sus especialistas tienen pagas muy altas, nos asfixia su literatura; y ahora que te has enterado de que entre nosotros y ellos se ha producido una falla, empiezas a ser espiritualmente prorruso.

—No es cierto. ¿Quién ha dicho que sea prorruso? Ana sonrió irónicamente.

—¿A mí me lo cuentas?

—Eres irritante.

—Soy sincera. No sé ocultar lo que pienso. Nunca he tenido rabia a los soviéticos, sin embargo, en cuanto supe lo que ocurría, me dije, que se

vayan al diablo.

—A ti tanto te da —dijo Frederik.

—Mira, el listo —replicó Ana.

—Eres insoportable.

—Al menos, no soy llorona. Y debes saber que un hombre, menos que nadie...

—Ya está bien —intervino Viktor en tono jocoso, sacando otra botella de vino del frigorífico—. ¿Qué os pasa? —pero, para sí, pensaba: quizá sea ésta una de las razones por las que ella le traiciona.

Esa misma noche. Las veintitrés y cinco. Casi una tercera parte de la población de Tirana dormía. La temperatura había descendido dos grados. El crítico literario C.V., de 31 años, casado, con una úlcera crónica de estómago, autor de dos volúmenes de poesía recibidos con total indiferencia por los lectores y el mundo literario, encendió de nuevo la estufa eléctrica. Trabajaba mucho aquellas semanas, sobre todo por la noche. Pensaba publicar una serie de artículos sobre algunas tendencias recientes en literatura. Sobre la mesa tenía un montón de libros publicados en los tres últimos años. Estaban todos repletos de subrayados.

Después de fracasar en la creación literaria genuina, C.V. se había lanzado a la esfera de la crítica. Pero aquí tampoco le iba muy bien. Se decía que sus artículos eran meras adaptaciones de aburridos estudios soviéticos sobre el realismo socialista. Tras un largo período de abatimiento, C.V. se había reanimado en las últimas semanas, nada más empezar los rumores sobre la reunión de Moscú. Cuando aparecieron en la prensa los primeros artículos teóricos sobre el revisionismo mundial, C.V. pensó inmediatamente que había llegado un momento propicio para él. Podía armar revuelo sobre algunas tendencias erróneas, podía hojear con impaciencia cientos de páginas de prosa y poesía a la caza de errores calificados de ideológicos y luego, en el momento que creyera oportuno, dar la voz de alarma. C.V. lo había calculado todo. Cuantas más sospechas recayeran sobre los demás escritores, más firme sería su posición como detector de errores y abanderado de la lucha contra ellos. Todo estribaba en encontrar el máximo de ejemplos, mas resultaba difícil. La literatura, en general, gozaba de un marcado espíritu militante y era una tarea ardua encontrar en los libros los errores que buscaba C.V. A pesar de todo, se aplicaba a ello. Había encontrado dos publicaciones extranjeras con artículos sobre literatura y los estudiaba meticulosamente. No resultaba difícil atacar a un escritor como el

autor de *Radiante felicidad*, conocido por imitar a los soviéticos. El quid estaba en otros autores, cuya sola existencia le quitaba las ganas de vivir. C.V. suspiró. Sentía las culebras de la envidia que recorrían despiadadas todo su ser. Latían como si estuvieran vivas. A veces se sumían en el sopor, mas se trataba de un letargo efímero. Cualquier sala solemne o paño rojo de una mesa de presidencia, el humo de tabaco que permanecía suspenso en el Club de Escritores, el telón color violeta de los teatros, los aplausos, los bellos peinados de las muchachas, las pequeñas cascadas que inundan el mundo con dulzura, todo esto sacaba del letargo a las serpientes de su envidia.

Encendió un cigarrillo. Con aquella confusión, el tiempo, más que nunca, trabajaba para él. Durante las pausas que se concedía en su trabajo, descendían volando a su imaginación esbozos de sueños: creciente mención de su nombre en la prensa, en los debates literarios, viajes con delegaciones al extranjero y quizá..., porqué no, quizá... en el próximo congreso, candidato al Comité Central.

Un piso más abajo, otro hombre permanecía sentado a la misma hora ante la mesa de trabajo. El hombre ha apoyado la cabeza en el codo, envuelto en una nube de humo. Esparcidas por la mesa, hojas llenas de una escritura desordenada en las que sólo se podía leer el primer renglón, subrayado y repetido en todas las páginas: *crónica de cobalto*, *crónica de cobalto*.

El médico estaba disgustado. Ahora que había terminado la primera parte, la novela le parecía demasiado sombría. Además, estaba saturada de cifras, fórmulas, fechas, nombres, registro de frases de enfermos antes, durante y después de las sesiones de rayos, frases de sus parientes, preguntas alarmantes por teléfono, averías continuas del aparato, resultados de tratamientos, muerte. Esto último es lo que más preocupaba al médico. Se preguntaba si en una obra podían morir el sesenta y cinco por ciento de los personajes. Lo que estás haciendo es una obra decadente, le había dicho su esposa. A decir verdad, él no entendía mucho de esas cosas, pero no tenía el menor deseo de que le tomaran por pesimista, ni mucho menos por decadente. Había resuelto publicar la primera parte de la novela, pero, antes de entregarla a la revista *Nëntori*, pensaba enseñársela a su vecino, el del piso de arriba, el crítico literario C.V. El médico pensaba que el crítico, como quiera que fuera, era un hombre de vasta cultura y, por tanto, no interpretaría mal que él, como diletante en literatura, hubiera escrito una novela con errores ideológicos.

—¿Qué asalto es éste? —preguntó uno de los invitados, acercándose al rincón donde cinco o seis personas seguían el boxeo.

—El cuarto.

Las tres habitaciones, el corredor y la cocina del apartamento número 141 del edificio 1 de la calle Friedrich Engels estaban llenas de voces, sonidos de magnetófono y pasos de gente que bailaba. En los sillones desplazados hacia los rincones, conversaban en voz baja algunos invitados cuyas mujeres cantaban ahora con voz débil la canción *Atardecer en las afueras de Moscú*. Uno todavía bebía en la mesa, movía la cabeza, como lo suelen hacer los rusos, y le decía a otro que quizá se llamaba Petrit: *Davaj, Petja*.

Parte de ellos había estudiado en la Unión Soviética, algunos se habían casado con rusas, habían adoptado el modo de vida de los soviéticos y, cuando se reunían después de cenar, disfrutaban recordando soyouz, como entre ellos llamaban a Rusia.

—¿Habrá ruptura completa? —preguntó uno de los hombres al compañero sentado en el sillón contiguo. El otro bajó la vista y contempló largo tiempo sus uñas.

Todas aquellas noches habían ido, con motivo o sin él, a casa de uno u otro y en todas, sentados en sillas, sillones o sofás, se habían hecho más o menos las mismas preguntas: ¿Habrá ruptura total? ¿Habrá separación? Yo digo que no, afirmaba uno. Lo mismo pienso yo. No podemos vivir un sólo día sin la Unión Soviética. Ni una hora. Seguían interminables recuerdos sobre Moscú, Leningrado, Kiev. Suspiros, reflexiones filosóficas. El espíritu ruso. Ana Karenina. Polémica sobre si *Natas-ha Rostova* o *Eugène Oneguín* pueden degustarse en otro idioma. Luego, canciones rusas y soviéticas, miradas perdidas, y, de súbito, como despertando del éxtasis, el interrogante: ¿Y si continuamos oponiéndonos? ¿Y si...? No es posible. Nos vencerán por el bloqueo. ¿Por el bloqueo? Los soviéticos no harán eso nunca. Creo que los estás confundiendo con los ingleses. Jruschov no es Churchill. ¿Y los créditos? Ah, los créditos, el trigo, eso son cuestiones económicas que se pueden resolver. No podemos romper por unos quintales de trigo. Ahí estoy de acuerdo contigo, pero yo creo que el meollo de la cuestión no está en el trigo. En todo esto hay razones más profundas. El trigo ha acelerado la división, pero habría llegado incluso sin trigo. Sea como fuere, el espíritu ruso... Y de nuevo discusiones interminables acerca del gran espíritu ruso, canciones dedicadas a la estepa, al Volga, incluso al Bajkal. Renacían las esperanzas. A lo mejor no sucede nada. Seguro que nos entenderemos. Sin ir más lejos, en la prensa todavía no ha salido nada. Sólo

algunos artículos teóricos. ¿Podemos romper acaso por unas cuantas tesis teóricas? Podéis estar seguros de que pasará, pasará. De repente, alguien recordaba haber escuchado que habían vuelto muchos estudiantes de Moscú y de Praga. ¿Estudiantes que regresan? ¿De qué te extrañas? Han regresado unas doscientas personas. Se esperan más. No es posible. Los he visto con mis propios ojos. Han venido a pasar las vacaciones de invierno. ¿Qué son esas vacaciones de invierno? Nunca hemos oído hablar de vacaciones de invierno. Además, ¿deja uno el invierno ruso? Ah, no me recuerdes el invierno ruso. La troika en la nieve... Los cascabeles, eh... Luego, alguien decía haber oído que nos uniríamos a los chinos. ¿Con los chinos? Ja, ja, ja, no me hagas reír.

¿Y por qué te ríes? Si esos están en el fin del mundo. Escucha, los pueblos pequeños escogen sus amigos lo más lejos posible de sus fronteras. ¿Qué teoría es esa? Es la primera vez que la oigo. No es ninguna teoría, es una cuestión práctica. Qué más, continúa, por favor, que me tienes en ascuas. Es como yo digo: el buen amigo, lejos. Cuanto más avanza la técnica, más cortas se hacen las distancias. Por eso hay que elegir a los amigos lo más lejos posible, lo más lejos... Tonterías, todo eso no son más que tonterías. No nos separamos de la Unión Soviética, no. No nos podemos pasar sin ella, ¿me oyes? Ni un día, ni una hora. De nuevo las esperanzas, ánimos, movimientos afirmativos de cabeza: claro, claro, no puede ser de otra forma. Además, los estudiantes han regresado sin los gruesos abrigos de invierno. Eso quiere decir que se irán otra vez. Naturalmente, naturalmente... Y así continuaban hasta que uno recordaba que el ingeniero de diques Llaptjev y tres ayudantes suyos no habían regresado de Moscú. Es verdad que tenían que haber regresado hace tiempo pero quién sabe lo que podía haber ocurrido... Es lo que decíamos, el invierno ruso te cautiva, no habrán tenido fuerzas para abandonarle. Y de nuevo, como un círculo vicioso, suspiros por el invierno ruso, Pushkin, las heladas, tras lo cual volvían la tristeza, las preguntas tontas, las suposiciones, el miedo, el pánico, que desembocaban en un fluir de canciones lánguidas.

—Esta es la tensión que debería tener un drama —le decía uno de los que seguían el combate en el televisor al autor de *Radiante felicidad*, que presenciaba el boxeo por primera vez en su vida.

La señal de la pantalla le debilitó unos instantes y los dos púgiles parecían envueltos en una neblina tenue, enormemente solos. Se golpeaban alternativa, lenta y salvajemente. El campeón del mundo tenía una herida en la ceja derecha, pero, a pesar de ello, atacaba sin cesar durante todo el asalto.

—Le pega en los costados —decía uno— para dejarle sin resuello.

Cierto, el aspirante respiraba con dificultad. Abría una y otra vez la boca y entre sus labios blanqueaba el plástico protector. Una tensión así, pensó con tristeza el autor de *Radiante felicidad*. Su rostro enjuto se había hecho más afilado últimamente. Dos semanas antes, en una fuerte polémica en el Club de Escritores, defendía la teoría de la ausencia de conflicto. Había conocido esta teoría durante una visita, unos años atrás, a la Unión Soviética y había hecho lo imposible para difundirla en Albania. Ahora, si la ruptura se tornaba inevitable, esta teoría y parte de su obra podían echar a volar.

—Que le derriba, que le derriba, ah —gritó con voz aguda la única mujer que se había acercado a ver la pelea.

El aspirante estaba contra las cuerdas. Se había agachado para protegerse los costados, pero un puño del campeón, como en un vuelo extraño desde abajo, había vuelto a llegar a su mandíbula. El aspirante dobló las rodillas, pero logró sostenerse sobre las cuerdas. El árbitro se metió en medio y levantó el brazo para cortar.

—Qué lástima —comentó la muchacha casi llorando.

El árbitro contaba uno, dos, tres, cuatro...

El tiempo de un knock out, pensó el escritor Skénder Bermema, que presenciaba el boxeo en soledad. Sería un título maravilloso si la expresión knock out fuera más conocida para la masa de lectores.

El árbitro contaba cuatro, cinco, seis.

El aspirante había apoyado un brazo en las cuerdas. Los ojos en blanco, vacíos, como si se encontrara allí por casualidad.

El tiempo de un knock out, repitió para sí Skénder Bermema. En el mundo todo es golpe y contragolpe, golpe y contragolpe y entre ambos un breve período, un brevísimo período de pausa, el *tiempo del knock out*.

Terminó. El árbitro hizo el gesto de reiniciar el combate y el campeón, de un salto, se encontró de nuevo frente al aspirante que se cubría la cara con los guantes. En el rostro del campeón afloró un gesto de ironía. Golpeó una, dos veces, como quien no quiere la cosa, en los guantes del adversario, luego, repentinamente, los golpes se aceleraron, transformándose en una verdadera andanada. Ahora sí que le derriba, se dijo el escritor. El aspirante estaba acorralado y, salvo algún movimiento instintivo, ora a la derecha, ora a la izquierda, para esquivar al menos una parte de los golpes, no oponía la menor resistencia. El campeón comenzó a abrir los brazos cada vez más, al

parecer para asestar el golpe definitivo, pero precisamente en una de esas aberturas, el aspirante se descubrió inesperadamente y golpeó la ceja derecha del contrincante, justo en la herida. El rostro del campeón hizo una mueca de dolor. El aspirante salió de las cuerdas y dio varios brincos. Increíble, gritaba el locutor, que llevaba tiempo callado. La señal se debilitó de nuevo, esta vez junto con la voz, y a causa del silencio imperante en la sala, las figuras de los púgiles parecían hallarse lejos, en un plano flotante, donde peleaban aislados y olvidados por todos.

Tiempo de un knock out. Skënder Bermema pensaba continuamente en su novela. *Iso* en la primera parte. *Iso* en la segunda. Inicio de la canción. Vosotros, maestros que construís la Fortaleza de Rozafat, dejad un momento los martillos; tú, Konstandin el de la balada, que te has alzado de la tumba, frena el caballo; deteneos bailes, *krushq*^{*}, clamor majestuoso del pueblo, ayudadme a iniciar la canción. Y de nuevo *iso*. *Iso* en la tercera parte, en la cuarta. *Iso* en todas las partes.

Skënder Bermema se levantó y comenzó a caminar a zancadas en dirección a su estudio. El cenicero estaba lleno de colillas. El hallazgo era ciertamente maravilloso y, como cualquier hallazgo, iba acompañado de una interminable nube de humo de tabaco. Se sentía feliz e inquieto. Había encontrado una forma extraordinaria, pero le faltaba el cuerpo de la obra. ¿Dónde hallar el cuerpo, dónde?

Se detuvo y entornó los ojos. Besnik Struga, se dijo. La novela la tenía él.

Skënder Bermema abrió la puerta del estudio y salió al pasillo. Sólo él, pensó. Procurando no hacer ruido, tomó el abrigo del perchero, se lo puso y salió.

Fuera hacía mucho frío. Hizo el camino hasta el apartamento de los Struga con una rapidez increíble.

Besnik, que abrió la puerta, pensó si no vendría para interceder, después de la riña con Zana, y se sintió muy molesto. Con él, precisamente con él, no quería hablar de ello.

El rostro de Skënder Bermema, con el cabello aplastado por la humedad de la noche, parecía enfurecido, y también, en cierto modo, extraño. A qué viene inmiscuirse en las desavenencias familiares, pensó Besnik.

—¿Qué pasa? —preguntó.

* En la tradición albanesa, personas próximas al novio que van a recoger a la novia para conducirla a casa del esposo.

El otro no pidió disculpas por presentarse a esas horas tan intempestivas. Entró directo al dormitorio de Besnik y se quedó de pie con las manos en los bolsillos. Besnik nunca le había visto en semejante estado. Todos están locos, pensó en la familia de Zana, incluyendo, quién sabe porqué, a Skénder Bermema en ella.

La severa mandíbula de Bermema se movió al fin.

—Besnik Struga, escucha un momento.

Besnik sintió que una ola de rabia le subía a las sienes. Quién le da derecho a hablarme en ese tono de cosas privadas entre mi novia y yo, y más aún a estas horas.

—Lo primero...

—No me interrumpas —dijo Skénder Bermema. Sus ojos ardían febriles—. Tú, Besnik, ya no eres el que eras.

Asquerosa rutina, pensó Besnik.

—Tú, aunque quisieras, ya no puedes ser quien eras, porque no tienes derecho a serlo —prosiguió.

Besnik miraba fijamente.

—Tú has estado allí, en Moscú, o sea que, quieras o no quieras, estás obligado a afrontar en tu interior una tensión catastrófica, una luz y una grieta enorme. No puedes afrontarlo en la forma actual, entonces transfórmate. Conviértete en lo que quieras, pero no mates lo que el tiempo te ha confiado. De ti esperamos todos que nos narres la batalla en la que no participamos. El destino te eligió para que fueras el guerrero de Maratón, el cronista, el rapsoda, el correo que trae desde el medievo la noticia de la peste, pero también de la salvación.

Besnik le escuchaba atónito.

—Este acontecimiento lo cambiará todo en Albania —prosiguió el escritor—. Todos nosotros, toda la historia, hasta los muertos. ¿Qué eras tú frente a ese hecho? Te lo diré yo: un *dhëndër** —hizo un gesto incomprensible con la mano derecha—. Sin embargo, ahora... Dejémoslo, otro día hablaremos con más detalle. ¡Buenas noches!

Con el mismo empuje que entró, se dio la vuelta para salir.

—¡Buenas noches! —dijo Besnik.

Se oyeron sus pasos por la escalera y el ruido de la puerta al cerrarse.

Dhëndër, se dijo Besnik y esbozó una sonrisa amarga. Había hecho todo lo posible para no ser un simple *dhëndër*, pero Zana no lo comprendía. No a mí, sino a ella, a la sobrina de tu mujer, ve y dile que se ha quedado

* Yerno. Por extensión, joven prometido, joven casado, en este caso hombre joven.

reducida a una simple *nuse* **, pensó.

Apagó la lámpara y se tumbó en la cama, aunque no tenía ni pizca de sueño. Una *nuse* que sueña día y noche con los *krushq*, pensó. Y no ve ni oye nada de lo que sucede alrededor.

Mientras Skënder Bermema devoraba con pasos largos y rápidos las calles nocturnas, desde la terraza de la embajada de un país socialista, la antena emitía radiogramas cifrados. Como todo texto en cifra, una vez transcrito parecía el balbuceo de un loco encolerizado. X00-28 blz krah 191uhh 1031 krm 33 1gor. Sobre todo el continente reinaba el mal tiempo, tormenta y lluvia, mas las cifras hallaban vías certeras en medio del caos.

Cuando Skënder Bermema se acercaba a su casa, el gran reloj de la ciudad anunciaba la medianoche. Más de las dos terceras partes de la población de la capital dormía. En el primer piso del número 4 de la Plaza de la Independencia, uno de los durmientes soñaba con algo equidistante entre una sala de cine y una de conciertos, en cuyo escenario no se representaba nada. El aforo estaba completo. Él se hallaba allí con una joven y ambos se acariciaban las manos con más sensación de tormento que de placer. De repente, la chica gritó: me has roto el vestido. Se levantaron y salieron de la sala a toda prisa. La plaza de la ciudad estaba oscura y desierta. Ella permanecía de pie, con el vestido rasgado, casi desnuda. Su grito, al parecer, se escuchó en todos los rincones de la plaza. Algo se movía. Alguien se despertaba. No, era el presidente de la Liga de Músicos que regresaba de un concierto en un viejo coche de caballos. Al pasar por el centro de la plaza, encendió las luces. Vamos, dijo a la chica. Desaparezcamos de aquí. Luego clamó: ¡Apagad las luces de la plaza!

—Las luces las ha encendido el camarada B —dijo un desconocido.

Se quedó petrificado. La plaza cobraba vida. Aparecía gente por todas partes. Se mezcló con la gente adormecida, todavía escasa. ¿Sabían que era él quien había provocado el alarido de la muchacha del vestido roto?

Varias de las ventanas altas del edificio del Ministerio en que trabajaba, que se elevaba sobre la plaza, se iluminaron.

—El camarada B está examinando este caso sobre el terreno —dijeron unas voces.

** Nuera. La acepción más extendida es la de prometida o joven esposa.

Alzó la cabeza. Las ventanas se habían iluminado de verdad. ¿Sabían que era él? La multitud en la plaza se balanceaba suavemente. Podía haber escogido un momento mejor, decían mientras meneaban la cabeza enojados. Precisamente ahora, en pleno bloqueo.

El combate continuaba. Una espesa niebla, un viento helado que a veces traía el rugido de la sala oscura, se había adueñado de la pantalla. En medio del caos, se movían, ora lentos, ora enfurecidos, los brazos fatigados por la pelea. Los rostros de los púgiles estaban tumefactos, con los ojos semicerrados, llenos de cortes en los labios y las cejas.

—Qué combate más salvaje —comentó uno de los invitados del apartamento 141 de la calle Friedrich Engels.

En la sala de estar, las mujeres y dos o tres hombres que se habían acercado cantaban, quizá por décima vez, *Atardecer a las afueras de Moscú*. El éxtasis había llegado a su punto culminante. Se habían olvidado de sí mismos. No había voces diferenciadas, no había vestidos, ni pechos ni carne; todo era común, una corriente fluvial, en la que flotaban junto a manchas de grasa retazos de nostalgia, recuerdos, fracasos amorosos, sedimentos de frases y palabras, raíces de dolor. De todo ello podrían hacerse historias enteras, repetidas e innecesarias.

¿Es posible acaso que toda esta historia, que ha comenzado con canciones, termine con canciones?, se preguntó uno de los invitados que permanecía de pie en la puerta del halcón. Sus ojos miraban una y otra vez a uno de los hombres que cantaban.

¿Sabes lo que eres tú?, se dijo, iniciando un monólogo que llevaba tiempo elaborando en su cerebro y que hasta ahora nunca había llegado a pronunciar. ¿Sabéis lo que sois vosotros?

El hombre que cantaba, moreno, de ojos lánguidos, era colega suyo en la cátedra de la Facultad de Filología. Tres meses atrás, cuando le mostró su último estudio, el hombre que cantaba le había dicho: Es un buen estudio, pero ya sabes que en nuestro país estas cosas no se publican. Ya me entiendes, en nuestro país... ¿Y por qué?, le preguntó. ¿Por qué en nuestro país no? ¿Qué somos nosotros? Ah, querido, le respondió el otro y dio por terminada la conversación.

Ahora que le veía cantando, sentía un profundo desprecio.

¿Sabéis qué sois vosotros?, prosiguió su monólogo. Sois presos de espíritu. ¿No veis los grilletes? Yo los veo, os cuelgan de las orejas, de los labios, de todos los órganos del cuerpo. Tintinean quejumbrosos, resuenan,

retumban, nos vuelven sordos, nos vuelven sordos. Hemos peleado por una gran libertad, hemos sufrido muerte, mutilación, la hemos conquistado, pero vosotros no la veis. ¿Dónde está?, preguntáis, ¿dónde está? Ciegos. Está en todas partes, mas vosotros sois ciegos. Habéis conseguido algunos privilegios y ahora tembláis por temor a perderlos. A cambio entregáis vuestra libertad. Pero ese es el menor de los males, a cambio de esos privilegios estáis dispuestos a entregar la libertad de todos. Sois incapaces de concebir nuestra existencia si no es a la sombra de un país grande... Oh, vasta tierra, oh estepa rusa, soy tuyo... de la historia de la troika que corre, de la copia de los textos de estética de Timofejev... los cinco puntos del realismo socialista conforme a su código, del koljoz *Novij Put...* Novi m...*

Yo quiero al pueblo soviético de Pushkin y Mayakovski, quizá más que vosotros, pero vuestro filorusismo me repugna. Sois una raza vieja. Tenéis el cuerpo cubierto de escamas de los sufijos rusos *ov, ich*, como vuestros antepasados lo estaban de *W, S* y *T*. Sois emisarios de invasiones espirituales y militares. Estáis dispuestos a legitimar no sólo las invasiones de las superpotencias, que creéis inevitables, sino hasta la ocupación por parte de Liechtenstein, si pudiera producirse. En nuestro país esto no se puede hacer, en nuestro país no es posible; allí, sí, en nuestro país... ah... en nuestro país, no. ¿Y por qué no? ¿por qué no?, os digo. ¿Qué somos nosotros? ¿Acaso merecemos menos que ellos? Vosotros creéis que sí, porque no creéis que en nuestro país haya libertad. Creéis en vuestra prisión. Ciegos. La libertad de la revolución es deslumbrante, pero vosotros sois incapaces de percibirla. Para vosotros es una dimensión ignota, un sexto sentido, tan inasible como el infinito, siempre molesta, y por eso la aborrecéis en el fondo de vuestra conciencia. Esclavos. La situación es grave, cualquier día puede desencadenarse la tormenta, y vosotros ¿qué hacéis? Cantáis. Cantáis para no hablar. Tenéis miedo. Pensáis que llegará el día en que os pregunten con tono inquisitivo: ¿Qué hacíais vosotros cuando se estaban rompiendo las relaciones? ¿Dónde estábais? Y responderéis: No sabíamos nada, nosotros cantábamos.

Esa misma noche. Calle de los Pinos número 57. Un hombre recordaba el cruce de las calles de Correos y Lord Byron, la plaza del Guerrillero Desconocido, la plaza de la Independencia, las aceras de la calle Friedrich Engels, la plaza de la Alianza de la Clase Obrera con el

* Letra inicial de mierda. En albanés, mut.

Campesinado. Todo desierto a esas horas de la noche. A lo largo del día, en estos lugares se habían repetido centenares de buenos días, buenas tardes, buenas noches, pensó el hombre en posición horizontal sobre un diván, con las manos en la nuca, en una habitación fría, en el piso bajo del número 57. Los bucles rojizos y los pómulos escasamente salpicados de pecas acentuaban lo afilado de su rostro. Ellos dicen sin cesar buenos días, buenas noches, etc., como si supieran que las tardes, las mañanas, las noches y los días no fueran buenos y pretendieran suavizar el duro destino, se dijo.

En el techo, durante largo tiempo sin pintar, la cal estaba absolutamente cuarteada.

La plaza de la Alianza es la más adecuada para comenzar la masacre, pensó. La disposición de los edificios de las esquinas, el empedrado y los bordillos de las aceras donde golpearían las cabezas de los arrastrados, los escaparates cuyas lunas saltarían hechas añicos a las primeras ráfagas, daban la impresión de estar construidas allí expresamente para la masacre. Seguro que el arquitecto que diseñó la plaza, allá por el año 1947, lo había tenido en cuenta. fue, con toda seguridad, un desclasado como yo, pensó el hombre tendido en el diván.

Desde hace tiempo, ha venido dándole vueltas a la masacre de la venganza en su cabeza. Hasta ahora, sin embargo, lo había imaginado de una forma demasiado vaga, como una nebulosa, sin proporciones, ni nombres, números, cifras, cálculos. Había sido, más que nada, un sueño pasivo, semejante a sus sueños eróticos. Pero dos meses antes, cuando escuchó hablar por primera vez de escisión en el campo socialista, la idea de la subversión del régimen se había aproximado de forma repentina. Desde entonces, galopaban hacia su sueño cifras y nombres, como corren las hormigas hacia un insecto muerto.

El empezaría el arrastre de los cuerpos medio vivos en la plaza de la Alianza. Toda la masacre tenía como leitmotiv el arrastre. Esta idea se le había ocurrido posiblemente ya en las primeras semanas, cuando empezó a trabajar en la Empresa de Abastecimiento de Carne de la capital. Hijo de una de las más poderosas familias de comerciantes de Tirana, de padre expropiado y fusilado como colaboracionista por los guerrilleros durante la Batalla de Tirana, después de probar todo tipo de trabajos penosos, había acabado, desde hacía dos años, como conductor. Transportando carne día y noche con el furgón rojo matrícula TR 17-55, echándosela a la espalda para cargar y descargar, tirándola al sueño, arrastrándola y llenándose de sangre, había surgido en él la idea de arrastrar cuerpos humanos. Todas las noches, después de escuchar las últimas noticias, enriquecía y perfeccionaba el

proyecto de la masacre.

Tras ininterrumpidas llamadas (cientos y cientos y cientos de llamadas) a las puertas de funcionarios de los comités del Partido, activistas de las organizaciones sociales, miembros del Comité Central, periodistas, oficiales de policía y del Ministerio del Interior, de héroes del Trabajo Socialista, etc., etc., empezaría a arrastrar cuerpos fusilados, mutilados, masacrados, medio muertos o incluso vivos. Realizaría el arrastre siguiendo cálculos detallados, con un itinerario predeterminado con arreglo al rango de la persona en el Partido, el Estado y la vida social. No permitiría, por ejemplo, que una vulgar trabajadora de la Unión de Mujeres fuera arrastrada por el gran bulevar, o que un personaje relevante del Estado lo fuera por una calle de segundo orden, como la de Lord Byron. Todo estaría calculado meticulosamente, la masacre debía ser ordenada, sin celo excesivo, pero sin falta de celo, sin explosiones espontáneas, pero al mismo tiempo despiadada. En los itinerarios del arrastre, naturalmente, podría haber excepciones. Se podría, por diferentes razones, prolongar, reducir o variar el itinerario de alguien en particular. Por ejemplo, tendrían prolongación de itinerario todos los funcionarios de policía, del Ministerio del Interior y del Tribunal Supremo, en una palabra, todos los que constituyen lo que se denomina dictadura del proletariado. Al escritor Skénder Bermema, autor de una furibunda narración sobre el fusilamiento de su padre, se le aplicaría un itinerario suplementario. Después de arrastrarle por los pelos por la calle Lord Byron, que le corresponde en razón de su rango y por la que serían arrastrados los escritores y artistas, independientemente de las contradicciones que hayan tenido entre ellos, o sea, después de la calle Lord Byron, su cuerpo, con las páginas arrancadas de sus novelas clavadas al pecho con agujas, sería arrastrado por el gran bulevar.

En el gran bulevar tocaría el violín Mark Kryekurti. (A todas las calles se les asignaría una persona que tocara el violín después de la masacre. Quienes rehusaran serían fusilados.) Mark tocaría el violín dos turnos seguidos. Cada 5 de Mayo, día de los mártires, él y su familia llevan hipócritamente una corona de flores a la tumba de un guerrillero, Mark podría pagar más caro esas flores. El guerrillero en cuestión bien pudiera ser uno de los que fusilaron a su padre. Seguro que en el cementerio de los mártires había dos o tres guerrilleros del pelotón que le fusiló. No sabía quiénes fueron. Por eso, abriría todas las tumbas, sacaría los restos y los ataría con cables, arrastrándolos con un siniestro ruido por el bulevar. Existía una variante: hacer una ristra con cuerpos recién muertos y restos del cementerio. Ya que no cesan de afirmar que tienen siempre presentes a los

mártires, él les daría esta satisfacción. Había otra variante de reserva: hacer ristas con restos, cuerpos y estatuas derribadas. Así se materializaría el nexo con la tradición, que tanto evocan en las conferencias. Esta variante planteaba varias dificultades técnicas a causa del peso tan dispar de restos y cuerpos, por una parte, y estatuas por otra. Podían soltarse durante el arrastre. Podían soltarse no sólo las cabelleras de las mujeres, que harían la función de cuerda, sino que cabía la posibilidad de que se desgajaran brazos y piernas. De todas formas se trataba de una variante de reserva.

Quitó el brazo casi dormido de debajo de la nuca y miró el reloj. Acababa de pasar la medianoche. Aunque se levantaba a las tres para iniciar el reparto de carne, no lograba conciliar el sueño sin haber escuchado el último boletín de noticias. En la habitación tenía tan sólo un televisor, ningún otro objeto más. Apreté el botón y esperó a que se iluminara la pantalla. Continuaba el combate de boxeo.

Se tumbó en el diván, en la posición de antes, las manos bajo la nuca, a esperar.

Nul 0137 frex eh 1752 qoe bytin shnez shnez 31 + 8 zi, se repetía el texto, qor bytin shnez shnez 31 + 8 zi all har ah all nul.

Había pasado la media noche. Casi toda la población dormía cuando el tren de mercancías 743 AZ 09 se acercaba a la estación. La locomotora emitió un silbido que más parecía el graznido de un ave que la presión del vapor. Aúlla, dijo para sí el maquinista, como si no hubiera sido él quien había apretado el botón del silbato.

El tren regresaba vacío de Durrés. Era el primer tren que regresaba vacío de Durrés. Un tren que vuelve vacío de Durrés, pensó el maquinista al ritmo del ruido de las ruedas. Un tren que vuelve vacío. Un tren que vuelve. Un tren vacío. Un tren muerto. Tren vacío. Tren muerto. Tren vacío. Tren muerto.

Vuelve atrás. No hay nada que cargar. El maquinista no podía quitarse de la cabeza el rostro rudo, a la luz de una cegadora bombilla desnuda, que le había dirigido estas palabras. Había mostrado su hoja de carga, pero el hombre tétricamente iluminado le gritó en un tono más feroz: ¡Atrás! Un trabajador de la estación que pasaba por el andén azotado por el viento con un farol en la mano, le dijo: Vete, hermano, dicen que todos los barcos de los países socialistas se han dado media vuelta.

El tren entraba en la estación de Tirana. En una ventana del sexto piso de un edificio, un hombre llevaba tiempo con los ojos clavados en el vasto

espacio de la estación de mercancías. Filas interminables de vagones junto a los húmedos andenes, señales rojas como ojos heridos por el insomnio, locomotoras invernales que se desplazan hacia adelante o hacia atrás, como cangrejos, chillidos incesantes de los silbatos; en todo ello había un tormento mórbido.

¿Por qué no siento ninguna alegría?, se dijo. Trabajador científico de la Biblioteca Nacional, intelectual de la vieja escuela, casado tarde con una colega, sin hijos, siempre había creído que acogería la idea del derrocamiento del poder, si no con entusiasmo, al menos no sin alegría. Durante años había estado descontento con el Poder, aunque era un descontento demasiado confuso. Más que insatisfacción, se trataba de una ausencia pertinaz de entusiasmo y cierta reserva hacia todo lo que ocurría a su alrededor. Esta reserva, cuyos orígenes se remontaban a la propaganda anticomunista que estaba de moda en los círculos intelectuales de su juventud, alimentada durante los años del Poder popular por pequeñas insatisfacciones cotidianas (trabajo voluntario, reuniones, etc.), por la lectura de revistas y la escucha de emisoras extranjeras, descolorida por el paso del tiempo, había pasado a formar parte de su propia naturaleza. Siempre había creído que si perdía esa reserva, perdería parte de su dignidad. Adversario pasivo del Poder, había pensado que la posibilidad de la subversión sería, al menos, un suceso refrescante en su vida. Mas todas estas noches, al contemplar desde la ventana aquella angustia de hierros negros, anunciando que el bloqueo estrangularía al país, no sólo no sentía ninguna satisfacción, sino que, para su sorpresa, experimentaba una creciente tristeza.

Se abrirán de nuevo los conventos de monjas, se oirán las campanas, pensó. Volverán los obispos y comerciantes. Creyendo que sentía cierta nostalgia, no se había apercebido de que, el día en que la posibilidad de su regreso se tornara real, se acobardaría ante ellos como ante el fantasma de personas antaño próximas y ahora muertas tiempo atrás.

Miraba el penoso movimiento negro de las locomotoras e intentaba averiguar de qué forma el tiempo había destilado humedad sobre su espíritu. Había llegado a creer que había cerrado para siempre las puertas a esta época, mas ahora que la veía en serias dificultades, comprendía que, si bien no la amaba, al menos la apreciaba. De la estación llegó el silbido de una locomotora como un graznido de pájaro. Volverán las monjas, los comerciantes, repetía como paralizado y apoyaba la frente en el frío cristal.

—Brr, qué frío —exclamó Ana Krasniqi, ahogando un bostezo—.

¡Buenas noches, Viktor! ¡Buenas noches, Shpresa!

—¡Buenas noches! —respondieron los anfitriones. Cogió del brazo a su marido y comenzaron a caminar deprisa por las calles desiertas.

—No debíamos habernos quedado hasta tan tarde —dijo él.

Ella no respondió. Los grandes edificios a ambos lados de la calle negreaban. Ella alzó la cabeza y miró el cielo, ni luna ni estrellas por ninguna parte. Qué oscuridad, pensó, qué vacío. A estas horas de la noche, hablaría de buena gana con alguien del vacío del cielo o de algo por el estilo.

Pero el cielo no estaba vacío. Las antenas de radio de la terraza de la embajada continuaban emitiendo las últimas cifras: hur 777 krah h 2 ah 2767 hx zi kra kra 15 stop.

15 de enero. Crepúsculo de la mañana. Parecía no ir a amanecer. No obstante, en el cuerpo de la noche, como en el cuerpo pesado de una mujer embarazada, se sentía una convulsión confusa, ahogada, un tormento, casi un llanto. El nuevo día de escasas horas era todavía una criatura débil, una masa amorfa, turbia, sin lógica. Entre la niebla y la semioscuridad se oían pasos de gente que, quién sabe por qué razón, regresaban tan tarde a casa o salían de ella. Parecían sonámbulos.

En el cruce de las calles Vrana Konti y Comuna de París, una voz le decía a alguien: Por fin nos quedamos solos. Lo sé, respondía el otro, es la cuarta vez que me lo dices esta noche.

Cuatrocientos metros más allá, en la acera derecha de la calle de las Barricadas, frente al número 38, cuya fachada se perfilaba débilmente en la semioscuridad, otra voz decía: cae la noche sobre el mundo. Su compañero, moviendo la cabeza al ritmo de la melodía, cantaba sumamente bajo: qué es ese farol que brilla en la niebla. Al final, terminaremos otra vez de guerrilleros, decía el primero. Somos viejos comunistas, ¿o no? Como decía esta noche Struga, nuestras raíces están en la guerra. Adiós, madre, me voy a la guerrilla, cantaba el otro. Míralos, los burgueses, dijo el primero. Por la plaza de la Alianza venía de frente un grupo bullanguero de hombres y mujeres con sombreros y chaquetones de piel a la moda antigua. Suspensos en el aire dejaron risas y el aroma de un perfume, también olvidado hace tiempo. Han resucitado, dijo la primera voz. El otro seguía cantando. Esos también se reúnen, prosiguió el primero. Igual que nos reunimos nosotros, añadió al poco. El otro interrumpió la canción. Todos se reúnen, dijo. Todos estamos al acecho. Puede ocurrir cualquier cosa, dijo la primera voz, pero

esos no volverán jamás. ¿Piensas que sueñan con la guerra civil? Llámalo como quieras, guerra civil o guerra atómica, yo soy comunista y voy a la guerra sin preguntar cómo se llama, venzo o no regreso. Si no volviera, madre, no lleves luto por mí, empezó a cantar el otro.

Un kilómetro a la derecha, en la zona noroeste, un hombre se disponía a cruzar la plaza de la República. Estaba casi dormido, y la plaza le parecía a veces una enorme ameba a la que se disponía a pisar, otras el siglo XV, que quién sabe por qué razón se había desplegado ante él.

Por una de las calles paralelas, pasaron varios camiones en hilera, cubiertos con sendos toldos. Entre ellos circulaba un furgón rojo, cuya matrícula, por la semioscuridad y por las salpicaduras de barro, no podía distinguirse.

Capítulo decimoctavo

Llovió durante cuatro días consecutivos. Una lluvia uniforme, extraordinariamente monótona, que goteaba de un cielo cubierto que había descendido tanto sobre la tierra que las puntas de las chimeneas, de las cúpulas y las antenas parecían inclinarse hacia un lado para no ser aplastadas.

Durante cien horas cayó la lluvia ante la indiferencia de los demás elementos de la naturaleza. No hubo descargas eléctricas ni truenos por ningún sitio. Sólo el cuarto día, como una rama roja de enebro, ahogado en medio de aquel océano de nubes, apareció un relámpago.

Proseguía la información al Partido sobre la escisión en el seno del movimiento comunista mundial, en general, y sobre el conflicto albanosoviético, en particular. Por decisión especial del Secretariado del CC, las actas de todas las reuniones de las organizaciones del partido eran enviadas al Comité Central.

Desde los Comités del Partido de todo el país llegaban diariamente, por correo especial, decenas de actas en las cuales se hallaban registradas las opiniones de todos los comunistas acerca de este hecho. Miles y miles de intervenciones, opiniones, apoyos sin reserva al Comité Central, alguna voz aislada en contra, expresiones de disposición a cualquier sacrificio, de entusiasmo y exaltación por las dimensiones de la contienda, raramente de tristeza o desorientación, escritas en hojas de papel, llegaban al enorme edificio del Comité Central, sito en el bulevar de los Mártires de la Nación.

En la segunda planta del edificio, en el ala sur, se encontraba el Archivo del Partido. Caminando sobre la alfombra roja, entre las pesadas puertas de roble, Besnik pensaba que el artículo para el cual debía recoger datos en el archivo era demasiado difícil. El sujeto debía ser el pensamiento colectivo del Partido como único juez de los grandes acontecimientos históricos, su carácter monumental, pero sin mencionar la escisión. Ve al

Archivo del Partido, le había dicho el redactor jefe, lee las actas de las reuniones de los comunistas y te inspirarás.

En el archivo reinaba la quietud. La persona que le acompañaba, le introdujo en una pequeña sala cuyas paredes estaban cubiertas del techo al suelo por estantes.

El encargado del archivo bajó varias carpetas de la estantería. Era un hombre de cara alargada, y sonrosada que Besnik creyó haber visto en casa de los Bermema. Comenzó a hojear los documentos. De ellos se alzaba un rumor interminable. De vez en cuando, Besnik levantaba los ojos cansados y miraba los estantes... Todos estaban igualmente llenos de voces. Algunas debían ser incluso viejas carpetas, quizá de la época de la ocupación, en las que se conservaban seguramente las actas, que podían haber quedado por los sótanos, de las reuniones de las primeras células comunistas en las que se discutía sobre los alemanes, los atentados... En otras salas silenciosas como ésta, con toda certeza estaban los carnets de los comunistas fallecidos, que se guardaban como en un sarcófago y que los poetas solían comparar con pequeños fuegos que centellean en la eternidad.

Besnik hojeó las actas durante un buen rato, tomando notas. La idea de que en alguna parte, entre aquel rumor, se encontraban sus propias palabras, le rondaba confusa. Esta idea engarzaba con la sensación de encontrarse en la sal del Partido, donde, como en una pirámide común, más grande que las pirámides de los faraones, se conserva la parte inmortal de los comunistas.

Trabajó tres horas con las carpetas. El artículo ya no le parecía tan difícil como al principio. Se levantó, saludó al hombre del archivo y salió de la sala.

En la calle hacía frío. Caminaba por la ancha acera del bulevar con mil cosas en la cabeza. El edificio de cinco alturas del Comité Central iba quedando tras los árboles desnudos. De repente, mientras se alejaba, pensó que quizá un día viniera su mujer por este bulevar para depositar su carnet en el Archivo del Partido.

Un sonido de cuerda de violín rota se agitó en su interior. Esbozó para sí una sonrisa amarga. Había pensado «mujer» y no «Zana».

Durante el trayecto hasta la redacción intentó no pensar en ella. Al llegar, antes de subir a su despacho, entró en la planta baja, donde se encuentra la imprenta. El ruido de las linotipias era adormecedor. Sobre los alargados bancos metálicos, los tipógrafos habían concluido la maqueta de la primera página y de las páginas centrales. Besnik conocía los títulos aproximadamente: Sesión extraordinaria de la Asamblea Popular. Ley sobre

los cambios imprevistos en el Presupuesto del Estado. Un reportaje sobre la roturación de nuevas tierras en la montaña. Reportaje gráfico de las principales fábricas de Tirana. Alargó la mano hacia las planchas de cinc donde estaban estampadas las fotos y comenzó a mirirlas detenidamente. Mítines y reuniones de obreros, caras rudas, serias, de mirada fija. Hace dos días que los obreros de todas las fábricas de la capital son informados de la reducción de las inversiones de la empresa, de la posibilidad de aprovechar las reservas internas y continuar con las propias fuerzas los trabajos que habían quedado suspendidos por la prolongada ausencia de los especialistas soviéticos.

Besnik pensó que, tres meses antes, mítines con una atmósfera tan sombría hubieran sido la cosa más increíble. Miró la página tres aún inacabada. El plomo despedía un reflejo frío. Tiempo crudo, pensó. La página tres semejava una placa conmemorativa. El cajista colocaba los bajorrelieves de bronce entre las líneas de la placa. La clase obrera, pensó. Ella sostendrá al Estado, asumirá la carga de estos momentos difíciles, del bloqueo. Los intelectuales lo habían olfateado rápido. Habían hablado mucho, habían discutido, dudado, se habían estremecido, entristecido, se habían puesto nerviosos, habían hecho pronósticos, unas veces optimistas, otras siniestros. En cambio ella, como una pesada mesa de plomo, taciturna, entraba inmediatamente en escena, despacio pero segura, resuelta a soportar el peso y la responsabilidad principales. Besnik sintió frente a él una presencia. Era Ilir.

—¿Estás de guardia? —le preguntó.

Ilir asintió con la cabeza. Tenía la mirada clavada en la primera página.

—¿Cómo van las cosas?

—No van mal —respondió Ilir, sin retirar la vista de la superficie plúmbea—. Me acaban de avisar de que hay que abrir un espacio de cuarenta líneas en la primera página.

Un espacio libre en la primera página. Besnik miró a su compañero, mas éste encogió los hombros.

—No sé nada.

Besnik permaneció un rato de pie, sin apartar la vista de la mesa de composición.

Llamaron por teléfono a Ilir.

Cuarenta líneas, pensó Besnik. ¿De qué se tratará? ¿Una noticia? ¿Un comunicado importante? Al principio le parecieron pocas líneas, luego suficientes, más tarde demasiadas. En cuarenta líneas se puede declarar la

guerra.

Besnik fue a la sala contigua, donde tras los cristales de las pequeñas cabinas trabajaban las correctoras. Encendió un cigarrillo. Una de las chicas levantó la cabeza, se restregó los ojos cansados y le sonrió.

Cuando regresó a la mesa de composición, el tipógrafo había comenzado a hacer sitio en la primera página. El oscuro rectángulo de plomo empezó de nuevo a atormentar a Besnik. De qué se tratará, pensó. ¿El segundo grupo de cuatrocientos estudiantes que regresó ayer de la Unión Soviética y Checoslovaquia? No es posible. Del primer grupo no se ha dado ninguna noticia.

Iilir volvió. El tipógrafo había dejado ya un hueco. Parecía un socabón producido por un hundimiento del terreno. Besnik había visto esos socabones en las llanuras durante sus servicios. Contenían agua negra en el fondo.

—Me subo a trabajar —dijo a Iilir.

La oficina estaba tranquila. Los radiadores emitían un calor sofocante. Sacó las notas y las miraba pensativo. El artículo empezaba a parecerle difícil otra vez.

Aún no había comenzado a escribir, cuando entró Iilir.

—El espacio de la primera página era para una inundación.

—¿Qué?

—Se ha roto el dique de una central hidroeléctrica en Albania Central. Hay un comunicado del Gobierno.

Besnik dejó el lápiz sobre la mesa.

—Lo que nos faltaba —dijo Iilir.

Se acercó al teléfono y marcó un número.

—Diga, el espacio de la primera página debe ser no de cuarenta, sino de setenta líneas. ¿Comprendido? Setenta.

Besnik miraba a través de los vidrios de la ventana. Se acercaba el crepúsculo. Imaginaba cómo el tipógrafo se inclinaba sobre el hueco de la primera página. El socabón se ampliaba.

Había pasado la medianoche cuando Besnik regresaba a casa. Desde lejos vio los ventanales del bar Krimea. Era el único bar abierto a esta hora en la calle 28 Nëntori. Los cristales estaban recubiertos de vaho. Besnik detuvo sus pasos, dudó unos instantes, después entró. Había mucha gente que tomaba café o coñac de pie, con los codos apoyados en la superficie negra de las mesas o en la barra. La cafetera parecía un gato blanco que

resoplaba una y otra vez, emitía quejidos o silbidos dependiendo de la manipulación a que la sometiera la mano de uno de los camareros. Besnik fue derecho al mostrador de cristal tras el que la cajera, con una expresión pensativa en los ojos, contemplaba el bar. Separada de la sala por un muro de vidrio, desde su media altura fría, sombría, casi azulada por el reflejo de los cristales, evocaba la imagen del comentarista de una obra de teatro que se limita a emitir juicios sobre lo que ocurre ante sus ojos. Besnik sintió indirectamente su mirada, arqueó sin querer la ceja derecha y, con un sentimiento de culpa, sin mirarla, dijo:

—Un coñac.

La registradora hizo un ruido seco. En su pequeña ventanilla saltaron curiosas las cabezas de las cifras. Besnik sabía que bebía inútilmente, sin el menor deseo. Bebía sólo por respetar la existencia del bar de la noche a lo largo de la calle. Pero no era ésta la única razón. Desde el día en que riñó con Zana, sentía que entre él y todos los bares de Tirana se había creado una relación nueva. Más que una necesidad interna, el hecho de frecuentar bares era una especie de obligación, cierto respeto a la tradición. No podía hacer otra cosa. No podía beber leche. Sería una falta de respeto a sí mismo.

Empujó la puerta y salió. Se sentía tranquilo. El aire era húmedo. La estatua del Guerrillero Desconocido parecía estar bajo la lluvia. Recordó la inundación.

Una vez en casa, abrió el frigorífico y contempló un momento el quieto letargo de los pequeños paquetes de mantequilla, los huevos, los limones y un trozo de carne fresca en el interior limpio, color hielo de la nevera. Lo cerró y se dirigió a su alcoba. El sueño le venció enseguida.

Se despertó al sentir un suave toque en el hombro.

—Besnik —le decía Mira, inclinándose sobre él. Notó entre sueños el aroma agradable del dentífrico y seguía sin entender nada—. Besnik, te llaman por teléfono, del periódico.

—Hoy tengo descanso, déjame en paz.

—Pero dicen que debes ir sin falta, que es urgente —reiteró Mira levantando levemente la voz.

—No, no —dijo y se volvió a dormir.

Mira cogió el teléfono.

—Hoy tiene descanso —dijo con timidez. Pero, al parecer, al otro lado del hilo le debieron decir algo fuerte, porque frunció el ceño. Corrió hacia Besnik y empezó a zarandearle con fuerza—. ¡Levanta, hombre, levántate! —le dijo con insistencia hasta que Besnik apartó el edredón y la miró fijamente, aunque sus ojos aún estaban sin vida.

—Tú estás loca.

—Te envían un coche —dijo ella.

—¿Un coche? ¿Por qué? ¿Quién?

—Según han dicho, una catástrofe, una inundación.

Ya no dijo más. Se levantó, salió al pasillo y cogió el teléfono. Su cerebro se iba despejando. Debía partir de servicio. A la zona del desastre. Con Ilir. Inmediatamente.

En la cocina, Raboja y Struga tomaban el segundo café de la mañana. Beni había salido, seguramente a la fábrica. Desde que empezó a trabajar se ha vuelto más serio. Cada vez que salía temprano para la fábrica, a Raboja se le humedecían los ojos. No quería que Beni trabajara allí.

Struga terminó el café y dejó la taza sobre la mesa. Besnik había observado que su padre adelgazaba cada día más. Debe ser el efecto de los rayos, pensó.

—¿Te hago café? —le preguntó Raboja.

Besnik asintió con la cabeza.

Querría que le preguntaran por qué Zana llevaba semanas sin aparecer por allí y no llamaba por teléfono. Pero no le preguntaban nada. Eso quería decir que sospechaban algo. Sólo Mira le había preguntado un día, sin ninguna intención: ¿Dónde está Zana? Mira estaba últimamente más guapa. Además, esa luz resbaladiza que siempre había tenido en los ojos se vertía ahora sobre los pómulos con mayor suavidad, haciéndolos más blancos. Cuando chocaba con la mirada de Besnik, bajaba los ojos. Quizá esté enamorada, pensó Besnik.

Abajo se oyó la bocina del *Gaz*.

—¿Te acerco a la escuela en el coche?

—Sí —respondió Mira.

Ya en el automóvil, permanecieron sin hablar un rato, pero se notaba que pensaban el uno en el otro.

—¿Cuándo haréis esa obra de teatro? —preguntó por fin Besnik para decir algo.

Mira se sonrojó.

—En marzo.

—Tú haces el papel de monja, ¿no?

—Sí —asintió, sonrojándose aún más.

Cuando ella bajó, Besnik la siguió con la mirada unos segundos mientras cruzaba la calle con ese caminar erguido de muchacha, con la cartera en la mano y en pantalones. Todo ello le causaba un pesar especial. Notaba que su hermana se iba haciendo más extraña, pero era inevitable y

no podía ser de otra manera, no debía ser de otra manera. Seguro que está enamorada, pensó y la apartó de su mente.

El cielo gris, inmóvil, tenía algo de cuarentón. En la lejanía se divisaban grandes depósitos exagonales de petróleo, cisternas negras y, a veces, las vías del tren cubiertas de polvo de carbón. Sobre ellas vigilaban dos semáforos de un rojo agreste.

—En el comunicado del Gobierno no se mencionan las causas de la inundación —comentó Ilir.

—¿Estás pensando en ellos? —dijo Besnik sin dejar de mirar por la ventanilla.

—¿Por qué no? Por lo que yo sé, en el dique de Zabzun trabajaban sus especialistas.

¡Qué lleguen las cosas hasta aquí!, pensó Besnik. Tan rápido.

—A lo mejor no ha sido intencionado —prosiguió Ilir—, pero, de todas formas, como no regresaban los especialistas extranjeros, las obras en el dique están suspendidas desde diciembre.

Besnik recordó que en Moscú, aquella noche inolvidable de la víspera de la reunión, Kosiguin, que llegó de los últimos a la villa, mencionó el dique entre las ayudas que la Unión Soviética había concedido a Albania. Decía dique de Sapsun, en lugar de Zabzun.

Quizá ya se filtraba el agua entonces, pensó Besnik. No apartaba la vista de la ventanilla. Las cisternas y los depósitos de petróleo parecían alejarse en su danza. Ahora, en el paisaje llano aparecían las luces de las cooperativas y de vez en cuando se alzaba una casa de estilo antiguo, con postigos y tejados redondeados, de esas en las que solía instalarse la dirección de las granjas.

Cuanto más se acercaban al lugar de la inundación, tanto más difícil era avanzar. La carretera cubierta de barro estaba saturada de camiones bloqueados. En algunos tramos, la calzada se había hundido, dando la impresión de haber sido mordida. Una furgoneta había derrapado y caído a la cuneta. Por todas partes se veían remolques abandonados.

—Lo mismo que en la guerra —comentó Ilir.

La policía de tráfico avanzaba a duras penas con sus motocicletas entre la caravana. A ambos lados de la carretera se extendían marrones, los campos anegados. Desde los postes telefónicos o los troncos huecos de los árboles, aves zancudas contemplaban absortas la carretera.

Por fin, tras detenerse varias veces, llegaron a una pequeña ciudad, convertida en un barrizal, a partir de la cual comenzaba la verdadera inundación. Al entrar en un bar para comprar tabaco, se encontraron con

Viktor Hile.

—¿Ya habéis llegado, hienas? —dijo riendo.

Él mismo había llegado dos horas antes con doscientos obreros de la fábrica Friedrich Engels.

¿Sabéis que han aparecido algunos cadáveres? —les dijo, cogiéndoles por el codo.

—No nos cuentes cosas macabras —replicó Ilir.

—Lo digo en serio. Ayer, las aguas arrastraron un cementerio entero. Era realmente macabro. ¿Adónde vais?

—Allí —dijo Ilir—, al centro de la inundación.

—Llevamos el mismo camino.

El coche dejó atrás la pequeña ciudad. La circulación era cada vez más dificultosa. Casi no se distinguía la calzada.

Contemplaban estupefactos el rojizo paisaje.

—Una aldea inundada —dijo Besnik.

Los postes del teléfono, inclinados en las posiciones más extrañas, con los cables colgando o rotos, parecían agonizar.

—Incluso esto hacen los malvados —dijo Viktor.

—¿Te refieres a ellos? —preguntó Besnik.

—Claro, ¿a quién si no?

—¡Te lo dije! —exclamó Ilir—. La presa de Zabzun.

El dique de Sapsun, repitió para sí Besnik.

—Un hijo de puta, un tal Llaptiev, se ha llevado el proyecto del dique y todavía no ha vuelto.

—¿Está destruida la presa?

—Se ha abierto en dos puntos. Están haciendo lo imposible para salvarla. Nuestros obreros trabajan allí desde la amanecida.

—Otra aldea —dijo Ilir.

—Miles de campesinos sin techo —comentó Viktor—. Más adelante veréis sus carpas y sus fuegos.

Entre las aguas marrones que se extendían tranquilas como si llevaran allí siglos enteros, las puntas de los juncos miraban de reojo al visitante no invitado. El ataque y el enfrentamiento se había producido lejos, en la presa; en cambio aquí, en el lecho del río, todo se había hecho alevosa, calladamente. Durante toda la noche, con un susurro continuo, el agua lo había inundado todo y por la mañana el campo amaneció cubierto.

Se acercaban al río. No se distinguía. Desmesuradamente desbordado, como después de un enorme ágape, destructor, borracho, autosatisfecho, tendido en brazos de las zalameras aguas auxiliares, se había deformado por

completo.

Un helicóptero solitario volaba muy bajo sobre las aguas.

—Esto parece el principio del mundo —dijo Ilir.

—¿Qué es aquello? —gritó Besnik—. Mirad allí, sobre las aguas.

—Una oveja ahogada —dijo Viktor—. ¡Y lo que veréis después! Allí está el puente, pronto pasaremos por él.

El puente no se veía. Sólo se veían los automóviles deslizándose en hilera, como si flotaran. El helicóptero desapareció un momento para mostrarse de nuevo.

Tardaron un cuarto de hora en cruzar el puente. Sobre la superficie del agua, como movidos por una violenta fiebre, aparecían todo tipo de animales y objetos: ganado muerto, vigas, cartillas escolares, sillas, cruces de tumbas, una pancarta en la que se podía leer «festival regional de aficionados», maíz, hilos telefónicos, pavos, un cartel: *Presidencia de la cooperativa. Visitas de 12 a 2, excepto miércoles*, zapatos de niño, trigo (con pesar, hermano, con pesar).

Una vez cruzado el puente, viajaron una hora hasta llegar al «comité número 4 de la lucha contra la inundación». Entre las carpas recién levantadas, deambulaba la multitud de voluntarios llegados para las tareas de socorro.

El cuartel general, una barraca acabada de construir en una zona no cultivada, atronaba por las voces y una radio con el volumen al máximo. Unos estudiantes de la Facultad de Ingeniería Eléctrica instalaban una línea telefónica.

Entraron en el cuartel general cuando una voz ronca gritaba:

—¡Desgraciados, me habéis helado la sangre!

—Es el responsable del comité número 4 —dijo Viktor en voz baja—. Están reunidos.

En un bidón transformado en estufa crepitaba el fuego. Viktor logró colarse entre las espaldas y le dijo algo al responsable. Se hizo un silencio inmediato.

—Idiotas, esta vez os habéis librado —gruñó en voz baja—. Iros.

Los miembros del comité empezaron a salir de la barraca uno tras otro y sólo entonces Besnik e Ilir pudieron ver al responsable. Era un hombre alto, de cara rubicunda y flácida en la que dos ojos de mirada tierna, inocente, parecían encontrarse por azar.

—Siéntense, camaradas periodistas —dijo con voz cansada—. Perdonen. A veces chillamos, aullamos, qué le vamos a hacer —sonrió. Los pelos del rostro y las cejas adquirieron de repente un brillo rojizo. Toda su

cara evocaba ahora una lamparilla de noche.

Se han ido todos, pensó Zana. Eran las tres. A las cuatro, solía haber gente en casa, por eso se notaba más que se habían ido. Liri estaba en una reunión del Partido, Kristaq había marchado al lugar de la inundación. Hace dos días que todos parten hacia allá, a la zona de la inundación. Seguro que él también está allí. De un tiempo a esta parte, Zana había sustituido en su memoria el nombre de Besnik por el pronombre él. La sombra iba sustituyendo al hombre.

Mark no tardaría en llegar para la lección de francés. La radio emitía música ligera. Se acercó al frigorífico, lo abrió y, con un movimiento como de sonámbulo, sacó la botella de coñac.

Dentro hacía calor. Tras las ventanas, el día invernal había envuelto el mundo de un gris infinito. Era un cielo árido, saturado de una gran ausencia. Al marcharse, él se había llevado una parte del universo.

Zana vertió coñac en una pequeña copa. Por un momento la mantuvo en la mano, clavando los ojos en la ventana. Luego bajó la vista a la copa, como extrañada de encontrarse con aquel trozo de vidrio entre sus dedos.

¿Qué haría, dónde estaría? Desde la tarde que la insultó y ella le colgó el teléfono, ni se habían visto, ni habían hablado. Termina de una vez, le había dicho Liri, si él no te quiere, tampoco le quieras tú. No le quieras... Zana había preguntado varias veces a Liri si no habría hecho alguna tontería en su trabajo, mas ésta lo negaba categóricamente. Entonces, ¿por qué razón me insultó de aquel modo? No existe ninguna razón, le respondió Liri. Busca un pretexto para separarse. No será que se ha enamorado de otra, pensaba una y otra vez Zana. Las chicas le gustan. Sentía que, hurgando siempre en la misma herida, su juicio se trastornaba y ella, que siempre se había distinguido por su lucidez, creía ahora con suma facilidad en las suposiciones más disparatadas.

Se acercó la copa a los labios. El coñac le supo amargo.

Dos noches antes había soñado con él. No, ni siquiera apareció en el sueño. Sólo había oído su voz por teléfono. Cerca había una mesa de billar con las patas extraordinariamente gruesas, en la que jugaban varios hombres muy bajos, y ella preguntaba y preguntaba continuamente: Besnik, ¿por qué me has ofendido tanto?, él se esforzaba en darle explicaciones al otro lado del hilo, pero no hacía más que insistir en que estaba enfadado a causa de un jueves, de un segundo jueves, justo el segundo jueves de la semana anterior; y cuando ella le interrumpió para decirle que hablaba sin ninguna lógica, él

respondió con toda tranquilidad, claro que no tengo lógica, ya no estoy. ¿No estás? No, respondió él, te llamo desde aquí, desde la inexistencia. Sólo entonces se dio cuenta de que en su voz había una enorme lejanía y pensó que no se trataba sino del polvo de su voz que caía lentamente sobre la superficie del mundo. Se despertó envuelta en un llanto que la arrastraba, igual que las aguas, durante la noche arrastran inadvertidamente los materiales dejados delante de una casa en construcción. Se aferró con los ojos a los objetos reales que se dibujaban confusos en la semioscuridad de la habitación y, cuando, aún mojada por el llanto, miró la oscuridad más allá del rectángulo de la ventana, como un pequeño consuelo, se le ocurrió que, al menos, él y ella vivían en el mismo planeta.

Llamaron al timbre. Zana apuró de un trago la mitad de la copa y la escondió en el aparador.

—¡Buenas tardes! —dijo Mark al entrar.

—¡Buenas tardes, Mark!

Él entró al cuarto de estar con paso tímido. Cuando se sentó en el sofá, Zana se apercibió de que lo que confería ese aire medio solemne, medio de novio, era la blanquísima camisa de cuello almidonado. Mientras observaba su rostro, pensaba con indolencia, ¿tendrá este hombre alguna amante?

Se sentó junto a él en el sofá y, mientras él habría el libro, observó con sorpresa la posición de sus hombros. Se le ocurrió que cuando dos personas leen el mismo texto sentados en un sofá, sus hombros adquieren una postura más íntima de lo debido.

—¿Empezamos? —dijo ella casi con alegría.

Al parecer, él sintió el olor a coñac y miró sonriente al suelo.

—¿Quieres un coñac? —preguntó ella, con cierto tono culpable y, sin esperar respuesta, se levantó. El contacto de sus dedos con la botella y las copas era inseguro. Llevó dos copas y ambos bebieron. ¿Qué estoy haciendo?, pensó. Del fondo de su ser no llegó ninguna respuesta.

—Empecemos —dijo él—. *Il fait froid*.

¿Cómo puede vivir este hombre sin nadie?, pensó Zana inconscientemente. Ella sólo llevaba unas semanas sin él y sentía muchísimo su ausencia. *Il fait froid*, repitió mecánicamente. Naturalmente, frío Invierno. *L'hiver*. ¿Qué invierno haría allí en Moscú para que él se hubiera distanciado tanto? Ahora estaba lejano, extraño, comunicativo. Sus ciudades eran desconocidas, las calles por las que caminaba, las casas a las que llamaba, todo ello pertenecía a otra arquitectura.

—Aquí —dijo Mark—, léalo otra vez.

Ella volvió a leer. ¿Qué lengua era ésta? ¿Por qué la aprendía? *Il fait*

froid. Él está ahora allí, en la inundación, en la catástrofe. La catástrofe se está produciendo aquí, en mí, susurró para sus adentros.

La radio continuaba emitiendo música ligera. Mark levantó la cabeza del libro, ¿Qué...

—Zana ¿qué le sucede?

Tenía lágrimas en los ojos, iluminados por una luz oblicua. No estaba allí. Eran sólo ojos, como los cristales de una casa abandonada, en los que apenas quedaba rastro del vaho de las personas que acababan de marchar. Acababan de marchar.

Como no sabía qué hacer, Mark comenzó a leer el texto. Inscripciones etruscas. Prosiguió pertinaz la lectura, casi con pánico, como si fuera a encontrar la salvación en aquellos renglones. La situación se prolongó un buen rato. El sollozo que ella había estado ahogando todo aquel tiempo, tras recorrer su ser como una sacudida subterránea, encontró el punto más débil para salir al exterior. Sus hombros se estremecieron.

Él interrumpió la lectura. Alargó la mano despacio, como para tranquilizarla, hacia su cabellera, que era como una noche pesada sobre aquella cabeza, y todo su cuerpo tembló ante lo desconocido.

Lo que sucedió entre sus cuerpos fue sordo y ciego, como en el fondo de un abismo. Después, los ruidos de la vida les devolvieron a la realidad. Ya no eran sonidos, eran palabras desgajadas, al principio inconexas, luego cada vez más comprensibles. La radio daba las noticias. Ella la miraba como si escuchara con los ojos. La inundación.

Él, algo pálido, con la camisa blanca y la corbata en desorden, miraba una de las rodillas de Zana, sin alcanzar a entender por qué ella no se apresuraba a taparla, a borrar cada hecho, cada huella, cada recuerdo.

—¿Tú crees que todo se viene abajo? —dijo ella de repente con toda tranquilidad—. ¿Lo mismo que yo? —añadió dos segundos después.

Él movió la cabeza en señal de negación.

—No.

Ella no dejaba de mirarle.

—No —repitió—. Se lo juro, Zana, jamás.

Tenía la frente cubierta de arrugas. Zana le miraba fijamente.

—Seguro que ahí abajo habláis, tenéis esperanzas —dijo ella, sorprendida de poder hablar.

El alzó la vista. En su rostro, entre la frente, las cejas y los ojos se produjo un esfuerzo breve, agobiante, lo suficiente para que ella hubiera lamentado la pregunta de encontrarse en una situación normal.

—Sí —dijo él—. Tienen sueños, esperanzas disparatadas.

—Esperanzas disparatadas —repitió Zana con aire ausente.

—Yo nunca —dijo él y de nuevo alzó la cabeza. —¿Nunca, que?

—Nunca.

Silencio. Ella se tapo la rodilla. Se incorporó y abrió el frigorífico.

—Zana —dijo Mark con voz débil. Luego, sin ningún nexo, pronunció las palabras usted, quizá, yo, de todas formas.

Zana cerró el frigorífico.

—No quiero oírle. Váyase —dijo con frialdad.

Sumiso, se levantó y caminó hacia la puerta. En la cabeza de Zana daban vueltas las palabras: de todas formas... beneficio, o sea, Mark... de esta ruptura... la burguesía... este beneficio... el único beneficio... mas se sentía incapaz de hilarlo todo en una frase y, además, pensó que quizá fuera una frase demasiado cínica para decírsela a él.

La puerta se cerró. Ella se dirigió al cuarto de baño, se desnudó de prisa y, mientras abría el grifo del agua caliente, comprobó que, afortunadamente no quedaba en su cuerpo ninguna seña de lo ocurrido. Qué asco, dijo para sí.

En ese momento, Mark, al entrar en su alcoba, oyó voces procedentes de la habitación de Nurihan. Seguro que ahí abajo habláis, tenéis esperanzas. Se tumbó sobre la colcha de la cama e intentó recordarlo todo. El tiempo había sido demasiado denso. Los días, las fases naturales del acercamiento humano, las caricias en las manos, los besos, habían sido superadas con una rapidez loca, rompiendo todo el ritual, y todo se había condensado en un punto tan ardiente, cegador, explosivo, caótico, que resultaba imposible extraer el recuerdo más que medias imágenes semejantes a cadáveres.

La tradición se había desplomado y con este desplome, Zana, en lugar de parecerle más próxima, se había tornado más distante que nunca. Todo se había desarrollado al revés. No había estado preparado para afrontar tal rapidez. Le dolía la cabeza.

La puerta de la alcoba se abrió y entró Emilia.

—Mark, tenemos visita, ¿no vas a saludarlos?

—No. Me duele la cabeza.

Sabía de qué se estaba hablando en la habitación contigua. Todas estas semanas, yendo y viniendo a casa de unos y otros por las tardes o por las noches, clavaban en la mirada y en los labios las mismas preguntas: ¿Por qué no sucede nada? ¿Por qué no hay ningún movimiento? ¿Acaso hemos cantado victoria antes de tiempo? ¿No sería una simple pelea doctrinal que corría el riesgo de limitarse a la esfera teórica? Ellos esperaban, cada semana, cada día, sin pensar concretamente qué se podía hacer. Esperaban

que alguien iniciara algo, mas ellos no. Ellos, nunca. Ellos, de ninguna manera.

Se levantó, abrió la puerta despacio y salió al pasillo. La voz del locutor que daba las noticias había enmudecido y ahora se escuchaban las suyas desde la habitación.

—Después de esto, digo yo que pasará algo —decía Hava Fortuzi.

—¡Ojalá! —se oía la voz de Nurihan—. Ahora sólo le pido a Dios una cosa, que me dé aliento hasta la primavera. Tengo el presentimiento de que esto no llega a la primavera. Pero quiero estar viva. Si me muero ahora, la tierra rechazará mis huesos.

—No digas eso, mamá —decía Emilia.

—Se han inundado todas las cooperativas. Ahora, quieran o no, tendrán que extender la mano a Occidente, porque el Este les ha cortado el trigo —aseveraba Ekrem Fortuzi.

—Ah, que se abran de una vez los caminos de Occidente —suspiraba Haya.

Mark había observado que cuanto mayores eran las esperanzas, mayor era también el miedo. A veces tenía la impresión de que ese miedo hacía temblar incesantemente los cristales de las ventanas, los techos, el suelo, todo el universo. Si supieran lo que he hecho hace media hora, pensó. Sólo de pensarlo, sintió escalofríos. Había tocado a una de sus muchachas. Tabú. Y precisamente ahora, cuando ellos están tan exasperados. Si los de la habitación de al lado se enteraran, se le tirarían al cuello, le despedazarían con las uñas; qué has hecho, maldito, nos has arruinado, nos has enterrado.

Volvió a prestar atención.

—Pues en la base de Vlora también lo tienen negro —decía Ekrem Fortuzi.

—¿En la base militar?

—Exacto, en Pashaliman.

—Pashaliman —exclamó Hava—. Durante años, ese nombre me ha puesto carne de gallina. Cada vez que soñaba con el desembarco de los ingleses o los americanos, se me aparecía como un fantasma ese nombre espantoso.

—Era como el perro guardián —comentaba Ekrem Fortuzi—. Pero, ahora, al viejo Pashaliman se le están cayendo los dientes. Dicen que están desmontando la base. La están dejando hecha migas.

Hubiera querido taparse los oídos. Paseó un rato por la alcoba pero, contra su voluntad, se detuvo nuevamente a escuchar. De la base de Vlora habían vuelto a la inundación.

—Todo inundado —decía Nurihan—. hace dos días que escucho todos los noticiarios. Inundadas las tierras de Ymer bey y de Jahja bey, las de los Katroshe, los Turhana, los Rroka, las de la *teqe** de Beun y las de Metrópolis e Madhe. Ahogados mujeres y niños. Les ha llegado la maldición a los expropiadores.

—Dicen que han salido los muertos de sus tumbas —comentaba Hava Fortuzi—. Dicen que han visto a Ymer bey, al prior de la *teqe* de Beun y a otra persona subidos a un árbol, mirando las tierras inundadas y riendo, riendo.

—¡Que dios nos libre! —exclamó Emilia. —Desgraciados —dijo Nurihan—, la tierra no quiere saber nada de ellos.

Hablaron largo tiempo de sus conocidos, muertos hace años. Recordaron sus dichos, sus costumbres y manías, siguieron con el reuma y otras enfermedades, incluso hablaron de capuchas y mantones y todo tipo de objetos relacionados de algún modo con la lluvia.

En el comité número 4 de la lucha contra la inundación, el bidón transformado en estufa temblaba por la fuerza del fuego.

—Hijo de perra, trotskista, como se te ha ocurrido casarte en plena inundación —gritaba el responsable a un muchacho joven de cabellos despeinados. Este atónito, como si acabara de descender de otro mundo sin agua ni desbordamiento, llevaba de la mano a una chica muy joven con coletas, que mantenía el rostro gacho, rojo como el fuego por la vergüenza y la proximidad del bidón.

—Camarada responsable —balbuceó por tercera vez.

—¡Qué pretendes decir! No quiero ni verte. La gente se ahoga, se mata, hace actos heroicos y tú aprovechas el revuelo para robar una moza. Trotskista, me sacas de quicio.

Al muchacho le centelleaban los ojos, pero logró contenerse. Un día antes, en pleno revuelo, había secuestrado a la chica cuyos padres le negaron durante un año entero. Tras las últimas palabras del responsable, volvió la espalda con brusquedad, sin soltar a la muchacha que, debido al repentino movimiento, apenas logró mantener el equilibrio.

Con la mirada pensativa, Besnik observó el paso poco natural de la joven campesina. Él e Ilir estaban sentados en un jergón cubierto con una manta y miraban a la gente que entraba y salía sin cesar.

* Especie de monasterio musulmán.

—¿Dónde andáis? Me habéis dejado en la estacada —gritó el responsable a dos miembros del comité que entraban a toda prisa—. Me vais a volver loco. Todo me lo dejáis a mí. Yo mismo iré a cargar las vigas —se miró las manos escasas de fuerza, de dedos extraordinariamente largos, y su rostro grande se distendió de tristeza. Me habéis engañado.

Uno de los que entraron, que al parecer no soportaba semejante escena, dio un furioso puñetazo en la mesa.

—Ya está bien, tú si que nos estás volviendo locos, insaciable, vampiro, lo tendrás todo en dos horas, te lo traeré con mis propias manos, el cemento, las tejas, las vigas, todo, todo...

—¿De verdad? ¿No me mientes?...

—No miento, no; ya me las apañaré, me romperé la cabeza, me destrozaré las manos, sólo para que te quedes satisfecho de una vez, vampiro.

El responsable del comité escuchaba petrificado.

—Espera, espera.

Mas los dos miembros del comité salieron en un vuelo. Él se quedó boquiabierto, respirando ruidosamente, con los ojos clavados en la puerta. Iir le alargó el paquete de tabaco.

Entró un chófer con ojos de sueño y una factura en la mano.

—Una firma, aquí.

—¿Descansarás un rato? —le preguntó el responsable con voz suave.

El chófer no respondió. Otro, que entró tras él, se acercó a calentarse. Su furgón rojo, matrícula TR 1755, se veía a través del cristal de la ventana.

—¿Qué nos traes, hermano? —preguntó el responsable.

—Carne —respondió el chófer sonriendo—. De Tirana.

Se trataba de un hombre con la cara llena de pecas que, al reirse, danzaban como granos de alpiste. Los rizos rojizos del pelo acentuaban lo anguloso de su cara.

—Eh, pelirrojo, ¿te estás calentando? —le dijo un chófer alto que, como todos, entraba con una factura en la mano.

El pecoso sonrió echando la cabeza hacia un lado.

Todos los que entraban o salían le llamaban Pelirrojo, y a todos sonreía, repartiendo las pecas por su afilado rostro.

—Descansa un poco —le dijo el responsable con dulzura, en un tono casi paternal—, échate en aquel jergón de allí —y señaló con la mano otro camastro cubierto con una manta.

—Gracias —respondió educadamente el hombre del pelo rizado. Primero se sentó en el jergón, luego estiró las piernas y, cuando tendió todo

el cuerpo, con un movimiento brusco, carente de naturalidad, puso las manos bajo la nuca. En ese instante, desapareció de su cara la sonrisa permanente y las pecas se paralizaron.

—Mira qué cara —dijo Besnik en voz baja. Ilir llevaba unos segundos mirándole.

—¡Eh, Murat! ¡Murat! —gritó el responsable, golpeando el cristal con los nudillos. Quien respondía al nombre de Murat entró en la barraca—. ¿Por qué vas pegado a las paredes como los ladrones?

Murat forzó una sonrisa. El otro le acercó la cara. Sus ojos parecían querer devorarlo.

—Perro. Me has traicionado —rugió de súbito, como si hubiera descubierto lo que buscaba, y se apartó. Tenía la voz rasgada por el dolor.

—No —dijo Murat—, no y no.

—¡Las mantas! ¿Dónde tienes las mantas?

Murat miró a los lados. Sus ojos parecían los de un drogado.

—Trotskista.

Alguien, allí cerca, contuvo una carcajada.

—Indecente.

—Mira aquí —dijo Murat, remangándose la pernera derecha del pantalón. Mostraba una pierna tumefacta y con múltiples moratones.

El responsable se inclinó con una curiosidad casi infantil para ver la pierna herida, pero en ese momento entró impetuoso en la barraca un muchacho flaco y de pelo corto.

—Camarada responsable —gritó alarmado—, allí, en la plaza, en las barracas, está el corresponsal de *Pravda*. Acaba de bajar del coche.

El responsable se olvidó al instante de Murat.

—¿El corresponsal de *Pravda*? —emitió un silbido de sorpresa—. ¡Vaya! Así que ha venido el corresponsal de *Pravda*. Es decir, viene, o sea, mira... Creo que hoy nos hará alguna.

Entró un correo. Iba sin afeitarse.

—Adónde vas con esa barba. Asustas a la gente —gritó el responsable.

Entró un ruidoso grupo.

—Camarada responsable —vociferaba uno de ellos—, he pillado a este hijo de perra metiendo miedo a la gente. Dice que ha visto espíritus y fantasmas. ¡Habla, bastardo!

El otro, un hombre moreno de mandíbulas delgadísimas, levantaba las manos.

—Explico lo que he visto. Haxhi no sabe mentir. Haxhi dice claro lo

que ha visto.

—Abrevia, ¿qué has visto? —intervino el responsable.

—He visto espíritus sobre las aguas. Flotaban. Hacían señas con las manos y los pies. Reían.

—Habrá visto algún esqueleto del cementerio arrastrado por las aguas —dijo una voz.

—Haxhi no sabe nada de cementerios arrastrados ni de cementerios fijos. Aquello que ha visto, Haxhi lo dice...

—Calla, decadente, indecente fatalista —rugió el responsable—. Se te priva del derecho a la palabra.

Sacaron fuera al hombre moreno. El responsable comenzó a gritar a los miembros del comité. Parecía que en aquella cara alargada no pudiera dibujarse ni la menor seña de otro sentimiento que no fuera la rabia y la amargura. Parecía que la posición de su nariz, sus cejas y sus pómulos fuera definitiva. Pero cuando la ristra de insultos estaba en pleno apogeo, entró una persona y, acercándose a él, le dijo:

—Camarada responsable acaban de llegar a las barracas ciento y pico víctimas de la inundación. Creemos que debe decirles unas palabras para levantarles la moral. Es necesario.

El responsable calló y bajó la cabeza. Cuando la levantó, todos los rasgos de su cara habían cambiado. Después de sesenta horas sin dormir, su rostro reflejaba un enorme cansancio.

—Ahora voy —dijo con dulzura y se dirigió al clavo del que colgaba su abrigo. El grupo salió tras él.

—Vamos también nosotros —dijo Ilir.

Se pusieron el abrigo. Dentro no quedaba nadie, a excepción del hombre que estaba acostado como emparedado, con las manos en la nuca. Al salir, vieron sus ojos gélidos, ojos de muerto, clavados en el techo.

Fuera, la pequeña ciudad, levantada en sesenta horas en un terreno yermo salpicado de juncos, rebosaba vida. Un altavoz emitía música. En la barraca frente a la del comité, alguien escribía burlescamente con tiza, *Bar La Inundación*. Los estudiantes de ingeniería y medicina iban de un lado para otro.

—Parte de ellos acaban de llegar del extranjero —dijo Ilir.

Besnik no dejaba de mirarlos.

—¿Vosotros sois de los de Moscú? —preguntó a dos muchachos envueltos en sendas bufandas gruesas.

—Sí —respondieron, deteniéndose dispuestos a iniciar una conversación. Pero la mirada de Besnik se tornó distante. Quiso preguntarles si habían estado en la estación de Bieloruski la mañana en que la delegación del Partido abandonó Moscú, pero pensó que esa pregunta podía dar lugar a una conversación delicada y no dijo nada. Aquella última mañana en Moscú era para él inolvidable. Era el cielo habitual de noviembre, con ese gris continental que se extiende infinito sobre todo. Aunque eran ya las nueve, parecía que no había acabado de amanecer. Las bombillas iluminaban la sala de espera y el cúmulo de maletas con esa luz que por la mañana siempre se antoja insuficiente. Bajo semejante iluminación, dan ganas de hablar en voz baja y el café parece estar siempre frío. Ellos tomaban café sentados en pesados sillones de cuero. Mikoyan había salido a despedirlos. Todos consultaban una y otra vez el reloj. Era evidente que, para ambas partes, la cordialidad de la despedida constituía un verdadero suplicio. Cuando salieron al andén, se encontraron con lo inesperado. Una multitud de jóvenes se apretaba al otro lado del cordón de policías y trabajadores de la estación. Otras personas vestidas de civil, seguramente funcionarios de los organismos de Seguridad, se movían inquietos por el andén. La multitud era como un muro silencioso, mas cuando apareció Enver Hoxha, atronó súbitamente una ovación. Se trataba de una ovación diferente, grave, nada parecido a una ovación festiva. Enver Hoxha volvió la cabeza. Mikoyan se dio la vuelta bruscamente. ¿Qué pasa?, dijo. Son los estudiantes albaneses, explicó alguien. Enver Hoxha saludó con la mano. Más fuerte, dijo Besnik para sí. Quiso entornar los ojos. Después de tantos días de silencio y rencores, el sonido de los aplausos era música relajante. En aquellos momentos, no lo hubiera cambiado por ningún otro sonido. Los estudiantes comenzaron a corear «Enver Hoxha, Enver Hoxha». Las voces eran pesadas como los aplausos. Enver Hoxha saludó otra vez con la mano. Estaban tan lejos que no se distinguían sus caras, pero la forma de gritar denotaba que también ellos estaban serios. No saben bien lo que ha ocurrido, mas algo deben haber intuido, escuchó Besnik a su espalda la voz del embajador albanés. Seguro, pensó Besnik, esta despedida sin música, sin banderas. Vuelvan de nuevo, dijo Mikoyan en el momento en que Enver Hoxha le daba la mano para despedirse. De vacaciones, añadió al poco, cuando chocó con la mirada del otro. De vacaciones, tradujo Besnik. Enver Hoxha sonrió, mas la sonrisa apenas llegó de la comisura de los labios a los pómulos. Su mirada, en cambio, estaba ausente. Subieron todos al vagón. Mikoyan, el embajador albanés y otros acompañantes se quedaron abajo. Los estudiantes proseguían su ovación. Los cristales es-

taban ligeramente cubiertos de vaho y todo lo que había afuera, comenzaba ya a sumergirse con rapidez en la lejanía de los sueños. El tren arrancó. Las columnas de la estación, Mikoyan, el embajador, todo empezó a desplazarse suavemente hacia la derecha. El tren se acercaba a la zona del andén donde se encontraban los estudiantes. Cuando el vagón se encontraba a su altura, rompieron el cordón policial y se abalanzaron hacia él. La marcha del tren aún era lenta y los estudiantes, con las caras casi pegadas a los cristales de las ventanillas, le seguían a su ritmo. Sus grandes ojos estaban muy cerca. Parecían preguntar: ¿qué sucede, por qué no nos lo contáis todo a nosotros? El tren iba acelerando la marcha y ellos se iban despegando de los cristales, quedando dispersos por el largo andén.

Besnik no dejaba de mirarlos.

—¿Vosotros sois de los de Moscú? —preguntó a dos muchachos envueltos en sendas bufandas gruesas.

—Sí —respondieron, deteniéndose dispuestos a iniciar una conversación. Pero la mirada de Besnik se tornó distante. Quiso preguntarles si habían estado en la estación de Bieloruski la mañana en que la delegación del Partido abandonó Moscú, pero pensó que esa pregunta podía dar lugar a una conversación delicada y no dijo nada. Aquella última mañana en Moscú era para él inolvidable. Era el cielo habitual de noviembre, con ese gris continental que se extiende infinito sobre todo. Aunque eran ya las nueve, parecía que no había acabado de amanecer. Las bombillas iluminaban la sala de espera y el cúmulo de maletas con esa luz que por la mañana siempre se antoja insuficiente. Bajo semejante iluminación, dan ganas de hablar en voz baja y el café parece estar siempre frío. Ellos tomaban café sentados en pesados sillones de cuero. Mikoyan había salido a despedirlos. Todos consultaban una y otra vez el reloj. Era evidente que, para ambas partes, la cordialidad de la despedida constituía un verdadero suplicio. Cuando salieron al andén, se encontraron con lo inesperado. Una multitud de jóvenes se apretaba al otro lado del cordón de policías y trabajadores de la estación. Otras personas vestidas de civil, seguramente funcionarios de los organismos de Seguridad, se movían inquietos por el andén. La multitud era como un muro silencioso, mas cuando apareció Enver Hoxha, atronó súbitamente una ovación. Se trataba de una ovación diferente, grave, nada parecido a una ovación festiva. Enver Hoxha volvió la cabeza. Mikoyan se dio la vuelta bruscamente. ¿Qué pasa?, dijo. Son los estudiantes albaneses, explicó alguien. Enver Hoxha saludó con la mano. Más fuerte, dijo Besnik para sí. Quiso entornar los ojos. Después de tantos días de silencio y rencores, el sonido de los aplausos era

música relajante. En aquellos momentos, no lo hubiera cambiado por ningún otro sonido. Los estudiantes comenzaron a corear «Enver Hoxha, Enver Hoxha». Las voces eran pesadas como los aplausos. Enver Hoxha saludó otra vez con la mano. Estaban tan lejos que no se distinguían sus caras, pero la forma de gritar denotaba que también ellos estaban serios. No saben bien lo que ha ocurrido, mas algo deben haber intuido, escuchó Besnik a su espalda la voz del embajador albanés. Seguro, pensó Besnik, esta despedida sin música, sin banderas. Vuelvan de nuevo, dijo Mikoyan en el momento en que Enver Hoxha le daba la mano para despedirse. De vacaciones, añadió al poco, cuando chocó con la mirada del otro. De vacaciones, tradujo Besnik. Enver Hoxha sonrió, mas la sonrisa apenas llegó de la comisura de los labios a los pómulos. Su mirada, en cambio, estaba ausente. Subieron todos al vagón. Mikoyan, el embajador albanés y otros acompañantes se quedaron abajo. Los estudiantes proseguían su ovación. Los cristales estaban ligeramente cubiertos de vaho y todo lo que había afuera, comenzaba ya a sumergirse con rapidez en la lejanía de los sueños. El tren arrancó. Las columnas de la estación, Mikoyan, el embajador, todo empezó a desplazarse suavemente hacia la derecha. El tren se acercaba a la zona del andén donde se encontraban los estudiantes. Cuando el vagón se encontraba a su altura, rompieron el cordón policial y se abalanzaron hacia él. La marcha del tren aún era lenta y los estudiantes, con las caras casi pegadas a los cristales de las ventanillas, le seguían a su ritmo. Sus grandes ojos estaban muy cerca. Parecían preguntar: ¿qué sucede, por qué no nos lo contáis todo a nosotros? El tren iba acelerando la marcha y ellos se iban despegando de los cristales, quedando dispersos por el largo andén.

—Deben haber regresado justo después que nosotros —dijo Besnik sin dejar de mirar a los jóvenes.

—Quizá pensaban volver allí, porque no han traído los abrigo —comentó Iir.

Besnik tenía grabada la figura de uno de ellos, un chaval joven que persiguió al tren más trecho que los demás. En la carrera, sus rodillas se doblaban de una forma especial. Luego, también éste se perdió con la distancia. El tren iba dejando rápidamente atrás el extrarradio de Moscú, precipitándose sobre la enorme Rusia. Tras los helados cristales del vagón, la estepa cubierta de nieve se desplegaba en una infinitud mortificante. Besnik daba alguna que otra cabezada e intentaba dormir de verdad, mas no lo conseguía. El sueño, como una tela frágil, se rasgaba continuamente. Pasaban estaciones parecidas, con nombres acabados en «ovo» o «ovski». Caía el crepúsculo. ¿Qué es esto, Rusia o Bielcrusia? Las isbas renegridas

se apartaban a uno y otro lado y el tren seguía atravesando aquella llanura este paria, monótona hasta la exasperación. Los aullidos intermitentes de la locomotora parecían acelerar la plenitud del crepúsculo.

Toda la noche aulló la locomotora...

Una de las veces que despertó, Besnik vio el viejo emblema de la luna que iluminaba la estepa. Alguien había dicho que la palabra Anadoll* proviene del albanés *hëna del***. Pensaba que los pueblos que salían de lo más recóndito de la estepa, hombres de cara lunar, como espantados, erraban después a otras zonas. En la cena del Kremlin, había visto a los representantes del pueblo *Qutuqu*, a quienes paseaban de una mesa a otra, como sublime expresión del desarrollo de las naciones de la URSS. Había caído la noche. Los vagones traqueteaban sobre los raíles. Anadoll. Héna del. Anadoll. Hëna del. Sí, han estado una vez en nuestro país, dijo Besnik entre sueños. Calmucos. Kirguises. Uzbecos. Alistados en los tabores de los emperadores turcos. Existen algunas aves que transmiten el itinerario de su migración hereditariamente. Quizá también lo hagan los pueblos que tienen memoria de las viejas rutas. Qutuqu.

—Mira allí —le dijo Ilir, golpeándole en el codo.

En la letrina de madera alguien había escrito con pintura *WC Igor Llaptjev*.

Besnik sonrió. Sus ojos seguían al grupo de estudiantes que trabajaba en el tendido de la línea telefónica. Los negros cables se dibujaban fríamente en el final de la tarde. No dejó de mirarlos por un buen rato. A lo lejos se divisaba la multitud de damnificados, ante la cual pronunciaba su discurso el responsable del comité. Columnas interminables de camiones negreaban por la carretera cubierta de fango. ¿Y tú, eres de la costa?, preguntaba un hombre a otro a la entrada de una de las barracas. Pasaban ágiles muchachas con pantalones, la mayoría en parejas, hablando con cierto aire de misterio que les hacía bajar la cabeza, reprimirse la risa y corretear unos pasos de vez en cuando. Se pierde la tierra, decía un anciano campesino con gran pesar en la mirada, señalando con la cabeza las aguas. Por la invisible carretera, pasaban haciendo sonar la sirena cinco ambulancias blancas. Sus cruces erraron un tiempo sobre las aguas, rojas y cuajadas de alarma. Vienen de la presa, comentaba alguien. Son obreros de las fábricas de Tirana. Igual

* En albanés, Anatolia.

** En albanés, la luna sale.

que la guerra, pensó Besnik.

Los damnificados, con mantas de lana y cunas a cuestras, eran distribuidos por las barracas provisionales. En alguna parte sonaban los teléfonos. La instalación, al parecer, había terminado, Zana, pensó Besnik por pura inercia. La ciudadela hacía su vida al caer la tarde. Sus sesenta horas de existencia ya habían originado una tradición. Era la hora de ir de la barraca del comité a las barracas-dormitorio y luego al Bar Inundación.

Otras dos ambulancias, con sus sirenas, pasaron por la carretera.

—Se pierde la tierra —repitió el anciano cuando sus ojos se cruzaron con los de Ilir y Besnik. Al parecer decía estas palabras a todo aquel que llamaba su atención. Su cabeza y su rostro parecían cubiertos de hierba y paja—. Se pierde la tierra —repitió—, pero a vosotros, que estáis de paso, os da lo mismo.

Le miraron sorprendidos. Los claros ojos del viejo estaban casi anegados de lágrimas.

—Coches, ambulancias, cables —decía el viejo—. Mientras tanto, la tierra se muere. nadie se preocupa de ti. No hay hospitales para la tierra, no hay medicinas.

Ilir se encogió de hombros. Quiso decir algo sobre las personas, mas el viejo le cortó.

—Primero la tierra, después nosotros, las personas —dijo.

Besnik miraba hacia donde, según el viejo, se perdía la tierra.

Lejos, por la carretera, pasó una ambulancia solitaria. Su cruz ardía purpúrea entre la tierra inundada y el cielo.

Se encontraban ahora frente al Bar Inundación. Una joven en pantalones, con una rodilla en tierra, manipulaba un magnetófono que había colocado sobre una caja de macarrones.

—¿Se ha estropeado? —preguntó Ilir.

La muchacha volvió la cabeza. De sus ojos estaba a punto de rodar una lágrima.

—¿Me podéis ayudar? Soy reportera de la radio.

—Encantados —dijo Ilir—, también nosotros somos periodistas.

La joven sonrió. Sus ojos aún estaban húmedos.

—Besnik se inclinó sobre el pequeño aparato y, bajo la mirada atenta de la muchacha, manipuló varias veces las bobinas. De repente, comenzaron a girar.

—Gracias —dijo la joven.

—¿Qué has grabado ahí? —preguntó Besnik.

La muchacha le miró, ladeando la cabeza, como queriendo averiguar

si lo preguntaba en serio. En el lado izquierdo de su cabellera, brillaba una horquilla.

—Entrevistas. ¿Quieren oírlas?

—Sí —respondió Besnik.

—Pueden hacerme alguna sugerencia. Es la primera vez que salgo de servicio.

Besnik se colocó los auriculares. La joven no le quitaba ojo. Por la expresión de su cara, intentaba descubrir qué impresión le causaba la grabación. Le observaba atentamente. Algo de la forma oval de la horquilla se repetía en sus pómulos, ligeramente anchos, y, sobre todo, en sus labios. ¿Me puede decir, camarada responsable del comité... Su voz en el magnetófono era dulce, con una «r» suave, que a veces se hacía acariciante. La entrevista con el responsable del comité se había registrado sobre un fondo de ruido de camiones. Luego otra voz: llego ahora de la presa. Los obreros de la fábrica Friedrich Engels, de Tirana, durante cuarenta y ocho horas ininterrumpidas... Otra voz: los especialistas extranjeros nos han abandonado, pero nosotros... De nuevo voces... nosotros... Ustedes, camaradas albaneses, se arrepentirán muy pronto de esto... Por la noche, el dique se ha abierto en dos o tres puntos... Ustedes han levantado la bandera de la escisión. Les invitamos a revisar su actitud, aún no es tarde... El dique no tardará en reventarse por completo... Pidan perdón al partido padre... partido padre... partido padre... Allí murieron dos compañeros... Recapaciten, aún no es tarde... Con ustedes no se puede hablar. Están nerviosos... ¿Y ustedes?... sus nervios... sin nervios... ¿cómo?... ¿Domina el ruso su traductor?

Con un gesto brusco, Besnik se quitó los cascos de las orejas.

—¿Qué pasa? —exclamó la muchacha con un hilo de voz. Había observado con sorpresa el extraño ensombrecimiento de su rostro—. ¿Qué pasa? —repitió—. ¿No le gustan?

Besnik la miró paralizado unos segundos. —Perdona, me duele la cabeza.

La chica e Ilir intercambiaron una mirada rápida. Ilir movió la cabeza dándole a entender: no se lo tomes en cuenta.

—¡Qué prepotencia! —rezongó la chica, apagando el magnetófono.

—¿Vamos al bar? —preguntó Ilir a Besnik.

Entre los coches aparcados frente al bar, llamó su atención un microbús lleno de fango.

—Han llegado los geólogos —les dijo un muchacho, aunque no le habían preguntado—. Han hecho descubrimientos sensacionales.

—¿Qué descubrimientos? —preguntó Ilir.

—El agua ha descubierto unas losas con inscripciones antiguas. Las llevan en el coche.

Entraron al bar. Dentro había humo, murmullos y risas. En la barra había una barrera de cabezas y hombros. Un larguirucho discutía con el camarero.

—Llevo veinticuatro horas aquí, sin un respiro —atronó la voz fortísima del camarero.

Las voces a favor y en contra ahogaron momentáneamente los gritos de los contendientes.

Besnik e Ilir lograron por fin coger su café y buscaban un lugar donde situarse.

—¿Es usted arqueólogo? —preguntó Ilir a un hombre bajo que estaba entre dos mesas.

—No, hermano, soy ginecólogo.

—Nosotros somos arqueólogos —dijo un muchacho espigado que tomaba café junto a una mujer. En su cara, que parecía recién salida de una hepatitis, se abrían dos ojos apagados.

—Nosotros somos periodistas —dijo Ilir—. Tenemos curiosidad por saber qué han descubierto.

El muchacho miró a la mujer. El pelo recogido en un moño y el cuello excesivamente liso iban bien con su silencio.

—Dos tumbas muy antiguas con inscripciones —dijo el arqueólogo, sin dejar de mirar a su compañera, como si reclamara su aprobación—. Llevábamos dos meses de excavaciones en Pashaliman, en Vlora, cuando nos llamaron con urgencia por esas tumbas.

—¿De quién son las tumbas? —preguntó Ilir.

El arqueólogo sonrió mientras su colega seguía sorbiendo el café en silencio.

—Quizá os parezca un poco raro si os digo que son las tumbas de un general y un caballo.

—¡La tumba de un caballo! —exclamó maravillado el ginecólogo.

—Sí —afirmó el arqueólogo—. Según la inscripción, murieron durante el sitio a uno de nuestros castillos medievales. El general dirigió el sitio y el caballo descubrió las conducciones de agua del castillo. ¿O no, Silva? —se dirigió a su compañera.

—¡Oh —gruñó el médico—, cuándo terminarán con esas viejas inscripciones!

—¿Qué? —bramó el arqueólogo.

—Las inscripciones antiguas —dijo el médico—, tengo la impresión de que todos los males nos vienen de ellas.

—¿Con quién tengo la desgracia de hablar? —gruñó el arqueólogo.

Besnik e Ilir lograron encontrar un lugar donde apoyar los codos.

En una de las dos mesas, vieron al corresponsal de *Pravda*. Ambos le conocían e intentaron no dirigir la vista hacia donde se encontraba.

Por la puerta afluía gente de forma constante. Entre ella apareció un vendedor de periódicos.

—¿Habéis oído? Van a desaparecer los grados en el ejército —gritaba alguien detrás de ellos—. Ya no habrá generales. No es posible —respondía una voz—. Léelo, lo pone el periódico. Albania será el primer país de Europa sin generales.

—¿Qué dice éste? —exclamó Besnik.

—Aquí hay un artículo sobre los sueldos —comentó Ilir, agitando el periódico. Besnik leyó el título *El principio leninista de la remuneración en el socialismo*—. Creo que pronto se reducirán las pagas altas de los cuadros del partido y del Estado. En cuanto a los grados del ejército... Sí, mira, aquí está...

Echaron una rápida ojeada a ambos artículos.

—Interesante —dijo Ilir—. ¿Recuerdas que hemos hablado en una ocasión de las pagas?

Besnik asintió con la cabeza.

Por la puerta entraba un grupo bullanguero. Entre los reporteros de la Radio y la TV, vieron a la chica del magnetófono. Los ojos de la chica chocaron un instante con los de Besnik, pero ella los retiró de inmediato. A su alrededor, ahora todos hablaban con cierta euforia. Creo que habrá concierto, comentaba alguien. Acaba de llegar un grupo de artistas. Será por los damnificados. Ciegos, decía una voz conocida. La tierra se pierde y vosotros... ¿Quién canta así?... Deja al río que siga su rumbo, no le pongas diques ni trabas, que aguanta hasta que aguanta, después, un buen día los manda... ¿Dónde están los arqueólogos? ¿Habéis visto a los arqueólogos?... Basta, que nos volvéis sordos, la edad de piedra, la edad de hierro. Qué has hecho tú, Engels, que te las sabías todas... Despacio. Despacio... Lo he dicho y lo repito: Albania es el único país donde no se odia a los judíos—. Vaya, yo te digo sin generales y tú me saltas con los judíos... Tengo hechos: ni un solo judío cayó en manos de los alemanes durante la guerra. Retire ahora a sus agentes, camarada Jruschov, le dijo Dej durante una visita del primero a Bucarest. Dices que retire a mis agentes, ¿y cómo me entero yo de lo que

hacéis en Rumania?... Ningún judío... Sordos. La tierra se pierde. La tierra se pier... de...

Salieron. Afuera habían empezado a flotar como moscas diminutos copos de nieve. Anochecía. Los cables del teléfono resaltaban por doquier cubiertos de una capa blanca. En torno, el mismo paisaje invariable de la inundación. Dentro de poco, los faros de los automóviles trazarán sobre las aguas brillos caóticos, como antes de la formación del mundo. Besnik sintió la falta del calor del hogar. Había visto la vida arrancada de cuajo, arrastrada por fuerzas ciegas y, de repente, la causa de su pelea con Zana le pareció completamente absurda. A lo mejor se trata de un malentendido. Quizá ella no tuviera ninguna culpa y él había cometido el error de precipitarse ofendiéndola así aquella tarde por teléfono. Miraba los hilos telefónicos. Ayer, mientras los instalaban, se accidentó una persona. Se hirió por ti, se dijo.

Del bar llegaba un rumor ahogado. En el comité había luz. Desde lejos se oía la voz ronca del responsable: ¡Dónde andáis! Me habéis dejado en la estacada.

—Iir, quiero telefonar —dijo con voz apagada.

Iir no volvió la cabeza, ni preguntó a quién quería llamar.

—Naturalmente —se limitó a decir.

De entre todas las palabras, ésta era, tal vez, la única que necesitaba Besnik. Y sólo se la podía decir un amigo.

Recorrieron de punta a punta el poblado que la nieve se esforzaba pintar de blanco.

Todos los teléfonos estaban ocupados. A través de ellos se gritaba, se insultaba, se decían palabras dulces, feroces, esperanzadoras, se alababa, se suspiraba, se berreaba, se hacían advertencias, informes, amenazas, se transmitían datos, noticias, reportajes, órdenes. Caminaban uno tras del otro. Blanqueada aquí y allá por el maquillaje níveo, la tierra parecía irse alejando, haciéndose extraña y enigmática como una máscara japonesa. Buscaron un buen rato hasta que, por fin, hallaron lo que buscaban. Era un teléfono nuevo, instalado minutos antes. Su número, al parecer, aún no lo sabía nadie. Al acercarse, Besnik sintió que su corazón latía más despacio y que un aturdimiento general se apoderaba de él. Los números del aparato guardaban una sorprendente semejanza con los símbolos de las cartas de la baraja. Había oscurecido por completo. Marcó el número de Zana y esperó. Tuvo la sensación de que pasó mucho tiempo hasta oír la primera señal. Luego, la segunda. Los cables corrían sobre la llanura invernal, sobre la muerte. Sonó la tercera señal. ¿Por qué tardan tanto? Los hilos pendían

sobre las aguas aterradas por los faros de los camiones. ¿Qué ocurre? La cuarta señal, la quinta. Estaba a punto de colgar, cuando, al otro lado, como en otro mundo, contestaron.

—Diga.

Era ella.

—Diga —repitió la voz por segunda vez.

—Soy yo —dijo él en voz baja.

Silencio.

—Zana, soy yo, Besnik.

De nuevo silencio.

—Diga —y golpeó dos o tres veces el interruptor del aparato como si quisiera acabar con algo peligroso.

—¿Me oyes?

—Sí —respondió ella muy tranquila.

—Te llamó desde aquí, desde la zona de la inundación —dijo Besnik, liberado al fin de su emparedamiento—. Zana, quisiera que...

Sintió la respiración de Zana en el teléfono y luego su voz que le interrumpió suavemente.

—Es demasiado tarde, Besnik.

—¿Cómo?

No podía pensar en nada. En cualquier otra ocasión, estas palabras le hubieran parecido demasiado teatrales, de película, pero ahora no.

—¿Cómo? —repitió.

De nuevo la respiración de Zana y las mismas palabras «Es demasiado tarde, Besnik».

Es demasiado tarde, Besnik, se repetía. Las palabras eran realmente teatrales, pero en ellas había algo lúgubre. Un actor de teatro había matado a su novia dos años antes. Era un actor muy gesticulante, de frases pomposas y andares de hembra. Nadie podía creer que pudiera hacer algo semejante. Es demasiado tarde, Besnik. El actor, sin embargo... Es demasiado tarde, Besnik, se repitió por enésima vez. Por un segundo, creyó haber descubierto la razón de la alarma. Se trataba de la palabra «Besnik», pronunciada de un modo particular, sin teatro, sólo con dolor. Has perdido a Zana, le dijo una voz sorda en su interior. Ciegos, se pierde la tierra... se repitió automáticamente, sin lógica, vacío de todo pensamiento, y salió.

Capítulo decimonoveno

A las diez, Enver Hoxha se encontraba en su amplio despacho del tercer piso del edificio del Comité Central. Sobre la mesa, junto al montón de periódicos del día, en una carpeta abierta, un informe sobre la inundación. Durante largo tiempo, mantuvo la vista sobre las cifras. El número de víctimas. El número de muertos y heridos en la presa. Cifras de daños en explotaciones, casas destrozadas, hectáreas de tierra de labor arrasadas. Hizo una anotación al final del informe y le dio la vuelta.

El segundo material de la carpeta era una relación completa sobre el corte de créditos y la rescisión de todos los contratos por parte de los países del campo socialista y un informe del Banco Nacional sobre la situación de las arcas del Estado. Antes de comenzar la lectura, permaneció un rato con los ojos clavados en la ventana. Por los cristales altos entraba la luz invernal. El cielo estaba cubierto de una luminosidad uniforme, impenetrable. Había algo de monumental en su extensión gris hacia la lejanía, sobre el letargo de las montañas.

Empezó a leer despacio: Unión Soviética. Checoslovaquia. Polonia. Rublos. Florines. Coronas. Zlotys. Cifras, cifras con muchos ceros detrás. Cero. Cero. Cero.

El bloqueo había comenzado dos semanas antes. La descarga de mercancías en el puerto de Durrés se reducía de forma catastrófica. En cientos de fábricas importantes, la producción había caído. Se esperaba que cayera en todas las demás. En decenas de obras se puede decir que ya no se trabajaba. Otros tres diques corrían peligro de ser arrastradas por las aguas. La situación de las arcas del Estado era preocupante. Bulgaria y Hungría reclamaban una vieja deuda.

Se frotó los ojos con las manos y permaneció con los codos apoyados en la mesa. Rublos, zlotys. Su imaginación conectaba de alguna manera con el brillo de las cúpulas del Kremlin... Aquellos acontecimientos, aquella sala, eran ahora lejanos como si pertenecieran a otra época. No obstante, volvió allí con la mente. En los últimos días, había vuelto varias veces a

aquella sala. Todos ellos estaban allí, alrededor de las mesas, como dos meses antes, agitaban con rabia los puños, los papeles, las carteras, las citas de Lenin, de Marx; no, en realidad sus manos agitaban ahora documentos de créditos, dinero. Era una imagen vieja, como la de cualquier crimen.

Vuestro crimen común, pensó. Pasarían los años, sus cabellos blanquearían más, sus palabras, al correr del tiempo, se harían más apacibles, más solemnes, con un tono cada vez más perenne, filosófico, casi bíblico; aparecerían con mayor frecuencia en las mesas presidenciales, fiestas jubilares, crónicas cinematográficas, pantallas de televisión, en memorias, prólogos de libros, junto a los ramos de flores de los pioneros, rodeados de cierta nostalgia, de cierta admiración por sus canas, por la madurez, la cultura, la dignidad, el humanismo, la magnanimidad; por sus manos frágiles, transparentes como manos de santo que jamás han matado una mosca, que habían levantado en alto, a los lados, condenando la injusticia, la opresión de la clase obrera, la violencia, la ferocidad, y que ahora temblarían al recibir las flores; y a pesar de todo, a pesar de todo ese ritual, de esa puesta en escena, jamás limpiarían la afrenta que se habían hecho a sí mismos al dejar sin pan, en mitad del siglo XX, a un pueblo pequeño.

Sabía que volvería con la mente una y otra vez a aquella sala de la venganza. De ahora en adelante, todas las salas en las que hablara estarían vinculadas con aquella que llevaba el nombre de un tal George. Por la tarde se celebraría la reunión solemne del aniversario de la muerte de Lenin. El discurso lo pronunciaría él. De ahora en adelante, todos los discursos contendrían un esfuerzo: el esfuerzo de reprimirse y no proclamar públicamente la escisión. De todas formas, algo se filtraría. Se filtraría sin cesar hasta que se desbordara como un río.

Este invierno, pensó, esta estación de soledad. El invierno más difícil del Estado.

Hojeó el tercer material. Un informe sobre la situación en la base militar de Vlora. De nuevo tensiones. Subrayó la frase «existe la posibilidad de que se produzcan incidentes armados» y, con tinta roja, anotó al margen: «Que se desarme a todos los militares, de ambas partes, que no estén de servicio».

Tras el informe de Vlora, había un cúmulo de cartas que los secretarios, por una u otra razón, habían considerado necesario presentarle. Procedían de dentro y fuera del país y las remitían personas o grupos de personas. Un grupo de obreros de la planta de cobre de Rubik, mineros de Memaliaj, estudiantes, un grupo de montañeses de Lugjet e Zeza, cuatro

viejos comunistas checos, jóvenes de los países escandinavos, un filósofo de Nueva Zelanda (totalmente solos, había dicho entonces Jruschov), un grupo de obreros belgas, comunistas franceses. Leyó cuatro de las cartas del interior. Serían semejantes a cientos de ellas que había recibido los últimos años, de no estar impregnadas de un leitmotiv nuevo, expresado en unas más claro, en otras no tanto; pase lo que pase, se pongan como se pongan las cosas, nosotros permaneceremos junto al partido. Durante la lectura de la quinta, los dedos de su mano izquierda comenzaron a golpear rítmicamente sobre la mesa. Volvió la hoja y leyó el nombre al final del escrito: Aranit Çorraj, almacenista de la Empresa Estatal de Maderas, ex-funcionario del Ministerio del Interior. Las letras eran grandes, extraordinariamente grandes, y, por su tamaño, algunas de ellas, sobre todo las aes y las oes, parecían ciegas, como los ojos de las esculturas. Separó un poco el papel y prosiguió la lectura. Sus dedos seguían golpeando en la mesa. Golpea. Golpea. Así habían golpeado a medianoche en la puerta de su habitación en Varsovia o en Sofía. Encabezaba una delegación. Durante el día, celebraban conversaciones; por la tarde, iban a la ópera o al teatro. Y, a medianoche, llamaban a su puerta. Pensó entonces: por qué a medianoche, por qué como en las baladas medievales. Era justamente así, a medianoche, como en las baladas. Se levantó y abrió la puerta. En el umbral se hallaba el segundo de la delegación, Koçi Xoxe, de corta estatura, con la cara encendida. No tuve tiempo de hablarte durante el día, dijo. Tengo algo que comentar. Pasó. La conversación fue confusa, una perfecta conversación de medianoche en un país extranjero. Hablaron de Tito, luego de la intelectualidad. Era uno de los temas predilectos del ministro del Interior. Aquella noche estaba extraordinariamente alterado. Igual que el capitalismo crea su propio sepulturero, el proletariado, el socialismo crea el suyo: la intelectualidad, dijo. Polemizaron largo tiempo, casi se pelean. Toda la hiel de Albania, los despojos, el veneno secular, surgiendo de las profundidades en un salto siniestro, se había condensado en aquel hombrecillo, cuyo nombre evocaba el cruzarse de dos cuchillos: Koçi Xoxe. El primer ministro del Interior del Estado socialista, pensó Enver Hoxha. Ahora yace en algún lugar de la periferia de Tirana, sin tumba ni obelisco, un puñado de barro y los restos mezclados con la descarga del pelotón de fusilamiento. Habían pasado tantos años y, no obstante, su sombra se le aparecía una y otra vez. El hombre que había escrito la carta era una transfiguración suya, una variante suavizada, como lo es el lagarto del cocodrilo. En 1956, en la Conferencia de Tirana, se pidió su rehabilitación. En Belgrado hay una calle con su nombre. Jamás, pensó mientras sus dedos seguían golpeteando en la mesa.

Jamás.

Miles de veces se había manifestado en su mente el año mil novecientos cuarenta y siete, horas, días, semanas, trozos como trozos de serpiente que se agitan para volverse a unir. Fue un año negro. El hombrecillo aterrorizaba al país. Los jueces del Ministerio del Interior engullian las calles desiertas. Aullando. En el Comité Interministerial había luz hasta el amanecer. Una angustia permanente. Un trepar diario, nocturno, a los muros, a los ministerios, a los hombros, a los desvanes del Estado. Fue el penoso trepar del Ministerio del Interior, que pretendía situarse por encima del partido. El hombrecillo subía, subía. Se sentía su pesada respiración, su apestoso aliento, el hipo de la satisfacción. Las reuniones del Buró Político eran sombrías. En las del Gobierno sólo alumbraban las lámparas. En los sobres de su correspondencia se apreciaban las huellas del vapor, con ayuda del cual habían sido abiertos. Era de nuevo el aliento del hombrecillo que lo abría y controlaba todo. Era invierno. Los días se hacían más cortos. Como su cuerpo, pensaba. Después, caminando despacio detrás del cortejo fúnebre de un miembro del Buró Político que se había suicidado, se había hecho la pre ganta: ¿hasta cuándo? Sonaba una marcha fúnebre. Estaban enterrando al suicida. Todos se inclinaban para echar un puñado de tierra sobre el ataúd. ¿Cómo pasó aquella negra estación? pensó. El primer día del I Congreso del Partido. Cuando él, delgado y pálido como después de una enfermedad grave, subió a la tribuna, un rumor ahogado recorrió la sala. ¿Qué sucede? ¿Qué ocurre en el Comité Central, en el Buró Político, en el Consejo de Ministros? ¿Por qué no lo dicen?

Más tarde, mientras proseguía la depuración del Ministerio del Interior, se preguntó muchas veces por qué ocurría todo aquello. ¿Era la aparición del hombrecillo algo objetivo o una casualidad? A buen seguro, no era una casualidad. Esa amargura tenía que salir un día. El pasado había sido derrocado, mas los fantasmas subsistían. Sombras shakesperianas. Hechiceras de Macbeth. Salve, Koçi Xoxe, ministro del Interior; salve, Koçi, miembro del Buró; salve, Koçi Xoxe, mañana serás primer secretario. Las sombras pululaban por todas partes. Los dominantes derrocados, desde la profundidad de las tumbas donde yacían, como una maldición, como una venganza tardía, enviaban a la tierra su imagen, sus gestos, sus maneras, sus túnicas ensangrentadas por las heridas. Merodeaban, merodeaban por el aire buscando a los cuadros de la revolución. Dicen que el centauro muerto por Hércules se vengó del vencedor regalándole su túnica ensangrentada en el instante en que agonizaba. La leyenda, que contaba la trágica muerte de Hércules tras vestir la túnica del vencido, contenía una verdad universal. En

ocasiones, había ocurrido que algunos hijos de la revolución se dejaban fascinar por las túnicas púrpura. Estos caían después, dando oportunidad a que todas las propagandas negras repitieran la vieja cantinela: La revolución, al igual que Saturno, devora a sus hijos. Sus hijos pródigos, pensó. Desde el agujero donde yace, la contrarrevolución muerde todavía. Las sombras perviven. Ya no reconocía a muchos cuadros, que se abalanzaban rabiosos sobre la revolución y el Estado para apropiarse de ellos. La República Popular de Albania es el Estado de los obreros y de los campesinos, se dice en el primer artículo de la constitución. Ellos repetían estas palabras en reuniones, en mítines, pero para sus adentros decían: Eh, clase obrera, lo decimos para complacerte, pero, en realidad, somos nosotros, nosotros... en quienes confía el Estado, el partido. Los de mayor confianza... los más seguros... Por esto se luchaba. Al principio pretendían el monopolio de la fidelidad a la revolución, para pretender luego la propia revolución. Pretendían la apropiación de lo que había nacido como odio a la propiedad.

Enver Hoxha no levantaba los ojos de las grandes letras de la carta. Algunos de ellos, conociendo por razón de su profesión algún secreto íntimo de cuadros del partido o del Estado, creían estar objetivamente en posiciones dominantes frente a esos cuadros y, además, se creían en el derecho de reclamar del Estado una compensación por esas intimidaciones que descubrían en vidas ajenas, pero que faltaban en las suyas. Aquí comenzaba su rebelión, que les llevaba después a trabajar en canteras o almacenes como este... Aranit.

Escribía sobre ello. Mas esto no era lo principal. Lo más importante era grave, siniestro. Proponía los viejos métodos, el año 1947. Sólo así, escribía, se puede superar este difícil momento. Sin ser, quizá, consciente, añoraba aquel año. Había arrastrado tanto tiempo sobre sus espaldas el pesado ataúd, para descargarlo en 1960. Y, a pesar de todo, este almacenista era inofensivo porque, a fin de cuentas, era sincero. Los peligrosos eran los otros, los que se escondían tras las palabras ardientes... El partido... las enseñanzas del camaradas Enver... Plegó la carta. Las fuerzas lóbregas volvían a despertar. Tantos años aletargadas y ahora creían llegado su momento. Podían brotar inesperadamente una mañana en un rincón de la calle, en los ministerios, en el Comité Central.

Tocó el timbre y pidió un café. En los cristales de las ventanas persistía esa luz uniforme de un cielo alejado en sus vertiginosas alturas. Este invierno, pensó por tercera vez. Salir de esta estación de soledad. La porcelana de la taza estaba fría. Salir de semejante invierno. De este cerco.

Dos días antes, había leído una relación del Comité de Tirana del Partido sobre el estado de ánimo en la capital. Todas las capas de la población estaban electrizadas. Los antiguos burgueses y terratenientes, los clérigos, vivían una euforia permanente, aunque intentaban disimularla tras un velo de despreocupación. Por otra parte, los viejos militantes del partido, ex-guerrilleros, jóvenes comunistas entusiastas, se reunían por la tarde en casa de unos u otros y emprendían ardientes discusiones sobre la nueva situación, decían «hay que abrir bien los ojos». Entre estos dos polos, había grupos de espectadores, gentes a las que, por cualquier motivo, domina fácilmente el pánico, indiferentes, sentimentales, extremistas de derecha y de izquierda. Estos dos últimos eran particularmente peligrosos. Los derechistas interpretaban la ruptura con la Unión Soviética como una ruptura con el comunismo, los izquierdistas repetían su antiguo error: se confundían de enemigo, como este... Aranit.

Bebió el café despacio. No sólo se trataba de salir de esta situación. Había que salir sin sufrir daños graves. Las grandes calamidades te hacen rudo, seco. La lucha secular contra el mal puede envenenarte el espíritu. Un instructor del partido de las zonas del norte le había hablado sobre las primitivas torres de reclusión. Allí se encerraban años enteros los hombres amenazados por la venganza. En la semioscuridad, solos, conservaban la vida, pero en su ser penetraba poco a poco la noche, la angustia, la ferocidad y la frialdad del invierno. Cuando salían, no veían bien, no hablaban normalmente, ya no sabían reír. Sacar a un pueblo del bloqueo... No a un puñado de desamparados embrutecidos por el destino feroz, sino a todo un pueblo. Un Estado. Una revolución. Era difícil.

¿Qué pretenden ser ustedes, quijotes de la revolución? Esta frase se la dijo uno de los «neutrales» la noche antes de su intervención en la reunión de Moscú. Si ellos abandonan la revolución, ¿es acaso obligación nuestra, de los partidos pequeños, defenderla? Nosotros no dejamos a nadie en la estacada, le respondió. Ah, dijo el otro. Lo sé. Lo he oído. Ustedes se han matado hasta ahora individualmente, conforme a las reglas de unas leyes ancestrales, y ahora, al parecer, se disponen a morir juntos según las reglas del marxismo. A lo mejor, respondió Hoxha. Sólo que nosotros no dejamos a nadie en la estacada. El otro hizo un prolongado movimiento pendular con la cabeza. Luego, levantándose, le dijo: Son ustedes osados.

Enver Hoxha posó la vista en el dossier.

El siguiente material era una memoria sobre la anulación de los grados en el ejército y la reducción de los sueldos de los cuadros superiores del partido y del Estado. Lo había pedido el día anterior. Antes de terminar de

leerlo, se levantó y caminó varias veces de la mesa a la ventana y viceversa: Reducción de la diferencia entre sueldos, anulación de los grados en el ejército. La prensa llevaba varios días hablando de ello, pero aún no se había adoptado una decisión. Se trataba de los primeros pasos de una gran acción para conjurar el peligro de burocratización del Estado y el partido.

En su memoria, se balancearon despacio las cúpulas del Kremlin bajo aquel cielo helado de Moscú. El comunismo era más joven que la misma juventud, pero el Estado, si se quedaba viejo, le mataría, heriría su cuerpo como una camisa de hierro, arcaica. Hasta cierto punto, esto era natural. Miles de años separaban al hombre de su antecesor: el mono antropomorfo, y sin embargo, en su existencia aparecían una y otra vez atavismos monstruosos. En cambio, al Estado socialista no le separaban más que unos pocos años de sus antecesores. Su ferocidad, su ciega crispación, la horripilante pilosidad de sus extremidades, se manifestaban aterradoramente durante largo tiempo. Y durante largo tiempo, la clase obrera habría de luchar contra ellos a vida o muerte. Lucharía contra la burocracia estatal. Arrancaría cualquier manto señorial que pudiera aparecer sobre los hombros de sus altos funcionarios y, si fuera necesario, tras deshacerse de los mantos, derribaría a sus dueños. Allí, en Moscú, había visto por última vez, y no los había reconocido, a los viejos militantes de la revolución transformados en fríos burócratas. Su mutación había sido espantosa, mas no se había producido de la noche a la mañana. El proceso de degeneración había sido lento, penoso, había conocido en su desarrollo escrúpulos de conciencia, concesiones, trampas y privilegios, nomenclaturas, protocolos, arrogancia de las esposas y los hijos, envidias, murmuraciones sobre puestos, pagas y automóviles; fulano tiene un *Zim* y tú te has quedado en un *Volga*, se está produciendo un nuevo coche, para quién será, para qué rango, no sé bien cómo se llamará, pero creo que tendrá nombre de pájaro: gaviota, golondrina, cuervo. ¿Por qué no dices mejor vampiro? El coche Vampiro.

La epidemia soplaba como un viento pestilente sobre toda la extensión del campo socialista. La revolución estaba echando barriga. Sobre el cuerpo cuadragenario de la Unión Soviética estaban apareciendo las canas del imperio.

La creación de una casta había sido durante años su tentación común. Al principio despreocupación por la clase obrera, después desprecio, para acabar en odio manifiesto, tras lo cual no cabía esperar más que la matanza. En cierto modo, se trataba de algo bastante simple; pretendían robarle a la clase obrera lo que durante siglos todos sus opresores le habían estado atacando: la plusvalía. Por tanto no era más que la continuación de la

Sangrienta Epopeya de la Plusvalía

Continuaba midiendo el despacho con sus zancadas. Desde las ventanas se veía el gran bulevar. Las mimosas estaban secas. Los transeúntes llevaban levantado el cuello del abrigo. Al parecer, después de pasar por cientos de barricadas el destino había reservado a la clase obrera un último y terrible choque.

El cristal de la ventana se empañó levemente con su aliento. Hay que golpear sin ninguna compasión cualquier síntoma de aparición de una casta. Hay que hacer lo imposible para lograrlo. Es preciso desencadenar una tempestad de rotación de cuadros, lograr que se ejerza el derecho a criticar abierta y públicamente a cualquier autoridad, restablecer el control obrero leninista. Y si es necesario, ir más lejos; dejar claro ante la clase obrera, ante todo el pueblo, que el Partido no posee atribuciones ilimitadas. Durante un momento, quedó absorto en este pensamiento.

Regresó a la mesa y retomó la lectura de la memoria. Anular los grados. Limpiar el ejército del Estado de los obreros y campesinos de todos esos galones dorados y viejos entorchados. Que no queden más que soldados, comandantes y comisarios, como en la Comuna de París y en los años de la lucha guerrillera.

Eso no era tan sencillo. Caerían miles de distintivos como en una tormenta de meteoritos. Para algunos, sería motivo de gran pesar. El mundo les parecería insípido. Tanto mejor, pensó.

Mientras hojeaba por segunda vez la memoria, En-ver Hoxha iba haciendo anotaciones el margen con lápiz rojo. Escribió «pueden reducirse más» junto a las cifras de los ministros, viceministros, luego junto al sueldo del primer ministro y del presidente de la República y, por último, junto a su propio sueldo.

Los sueldos. Cuántos problemas le habían acarreado durante años. Rostros afectados, sonrojados, pálidos de vergüenza, de cólera, rostros con antiguas heridas de bala, de metralla de granadas y bombas de aviación. ¿Por esto he luchado, perdí medio brazo en el desfiladero de Këlcyra, estuve a punto de dejar la cabeza en Zall-Herr, en Mokra, en el Pérroi i Qenve, para que a Naum Kënetasi se le hagan más honores, a él que no era más que mi segundo? Espera, espera un poco; es cierto, naturalmente es cierto, pero Naum Kënetasi ahora es ministro, así que su sueldo... ¿Ministro? ¡Vaya, hombre! ¿Qué es eso de ministro? A los ministros los barrimos nosotros. Espera, es verdad que barrimos a sus ministros, pero ahora tenemos los nuestros, ahora tenemos nuestro Estado. Pero no le convencía. ¡Ministro! ¡Vaya, hombre! Pero si hasta ayer, mientras restallaba aún la metrallera, no

teníamos ministros. Y las cosas iban de maravilla. Ahora, sin embargo, nos aparecen los ministros.

Era de esperar. Fue una de las primeras amargas de los primeros días de la Liberación. Era un día frío de noviembre de 1944. Aún se sacaban cadáveres de entre las ruinas. Desde las ventanas altas de lo que hasta entonces había sido el ayuntamiento de la ciudad, contemplaba la plaza Skënderbeg con las ruinas del búnquer alemán en el centro y las gargantas de los cañones retorcidas. La plaza estaba abarrotada de guerrilleros. Andaban, se gritaban, daban vueltas, formaban grupos, pero atravesaba la plaza un viento de preocupación que agitaba brazos, hombros, manos. Llevaban dinero en las manos. Era la primera vez que la Banca del Estado distribuía el sueldo a los guerrilleros. Miraban atónitos los billetes verdes, marrones, cuya existencia ya habían olvidado. La mayoría de ellos creía que el dinero había muerto, como todo lo perteneciente a la monarquía. Pero el dinero permanecía vivo. Protegido en gruesas cajas fuertes, en los subterráneos del tesoro, no había sufrido el más leve rasguño por las bombas, los ataques y contraataques, y ahora que habían vuelto a salir a la luz, susurraban como borrachos en las manos torpes, negruzcas, mutiladas, descarnadas y, a veces, vendadas de los guerrilleros que se inclinaban intentando leer a duras penas sus letras y sus números (la mayor parte había aprendido a leer y a contar en los cursillos de la guerrilla) XC 031579, SR 040028, se enseñaban unos a otros los billetes, señalaban con el dedo, hacían comparaciones al parecer, luego se dirigían a otro grupo con un extraño fulgor en el rostro, una mezcla de enigma, alegría infantil y miedo.

De todas las calles afluían los guerrilleros a la plaza. Permaneció largo rato junto a la ventana y por primera vez pensó que allá abajo, en la ancha plaza, algo de la revolución estaba muriendo. Era triste, porque nada se podía hacer. Era inevitable. El dinero estaba allí, entre ellos. La única acción posible era intentar reducir al mínimo la parte mortal de la revolución. Había que hacer algo, había que hacerlo a toda costa, de lo contrario todo acabaría un buen día. Lo que no pueden hacer los cañones, lo harían tranquilamente aquellos pequeños papeles verdes y marrones.

Dos días antes había sucedido un pequeño episodio. Se encontraba en aquel mismo despacho del ayuntamiento. Los correos entraban y salían sin cesar. El único teléfono no paraba de sonar. Uno de los miembros del Gobierno Provisional entró en la oficina como un vendaval. Camarada Enver, conecta la radio, por favor. Escucha lo que están haciendo. Me vuelven loco. Conectó la radio. Se oían risas de muchachas. Después, una de ellas dijo: invitamos a bailar esta noche a los compañeros del tercer

batallón. Risas. Ruidos. Otra voz: escuchad ahora la marcha de la Primera Brigada. Que no tengan celos los de la XX Brigada. Me están volviendo loco, repitió el miembro del Gobierno mientras atronaba la marcha. Luego, se interrumpió de súbito la música y una de las chicas dijo: guerrillero Alush Beqari, que se presente en el mando de la Brigada. Han llegado sus padres de la aldea. De nuevo ruido ante el micrófono. Murmullos. Risas, unas más próximas que otras al micrófono. ¿Lo oyes? dijo el miembro del Gobierno. En-ver Hoxha asintió con la cabeza. La emisora era vigilada por los guerrilleros del segundo batallón. A sus puertas habían caído diecinueve de ellos. Ahora les parecía natural intervenir en la radio, interrumpir las emisiones para servirse del micrófono para sus propios asuntos (se habían instalado altavoces en la plaza Skénderbeg, la calle de Dibra y a lo largo del bulevar), contaban anécdotas y daban todo tipo de avisos. El personal de la radio temía oponerse. Unos días antes, los empleados y técnicos habían sido reunidos recorriendo todo la ciudad, los habían escoltado hasta el edificio desalojado durante los diecinueve días que duró la batalla de Tirana y, aún pálidos y amedrentados por los golpes a la puerta de sus casas antes del amanecer, habían abierto las puertas, conectado los aparatos, micrófonos y antenas y, a las cuatro de la tarde, la antigua locutora, temblando de frío y envuelta en un chal, bajo la desconfiada mirada de dos guerrilleros que permanecían de pie con el fusil en la mano junto al micrófono, dijo «Os habla Tirana». Zorra burguesa, dijo entre dientes uno de los guerrilleros. ¡Levanta la voz! Ella volvió aterrorizada sus grandes ojos pintados, pero, en ese instante, el guerrillero acercó bruscamente la cabeza al micrófono y emitió un estridente aullido ¡Os habla Tirana! Quienes oyeron la radio, dijeron que no habían sentido más que un «rau...rau...», como cuando sopla con fuerza el viento en la montaña. Enver Hoxha no sabía todo esto. Era la primera vez que escuchaba las risas de las guerrilleras en la emisora. El miembro del Gobierno esperaba en pie. Enver Hoxha se acercó al teléfono y llamó a la emisora. Se identificó y pidió que le pusieran con el estudio del locutor principal. Le pusieron. Cogió el teléfono una de las muchachas. Era aquella misma voz gozosa, con un resto de sonrisa, como polvo de cristal, la que dijo: ¿Dígame? Soy Enver Hoxha, dijo él. Las otras jóvenes seguían riendo e interrumpiéndose. No recordaba bien lo que le dijo a aquella guerrillera. Seguro que le llamó la atención. Seguro que le dijo que ahora somos un Estado serio y que la emisora estatal se escucha en todas partes, de modo que allí no se puede reír, hacer bromas, ni... Sí, recordaba que una tras otra, se fueron apagando las risas y, de repente, se hizo al otro lado del hilo un profundo silencio.

Y no obstante, éste fue un episodio trivial, impregnado de una tolerable tristeza de acuarela. El dinero era otra cosa. El dinero poseía algo de épico. Los guerrilleros armados que custodiaban el Banco Nacional, permanecían inmóviles frente a las columnas, como a los pies de una esfinge. Una exaltación arcaica soplabá barriendo la plaza. Y, de repente, por la entrada de la calle de Dibra, vio al primer guerrillero comprador. Caminaba hacia la plaza con paso furtivo, aguantando torpemente en sus brazos una especie de asiento, un híbrido, mediosilla–mediobutaca, tapizado de pana color cereza, con cantoneras de cobre y las patas pintadas de purpurina, algo prácticamente inútil, imitación estilo no se sabe qué Luis francés, uno de esos objetos que se venden en las tiendas de baratillo. El cuello, los brazos y las manos del guerrillero se veían distorsionados por el esfuerzo para transportar el asiento, cosa, al parecer, bastante difícil para él, a juzgar por lo deforme de todo su cuerpo. Una imagen grotesca y desagradable. Al verle, sintió una punzada en el corazón. Se trataba de un dolor nuevo, peculiar, despojado de la seriedad de la muerte. Era una pérdida fría, sin nostalgia, sin necesidad de memoria.

La plaza de Skënderbeg saturada de guerrilleros y números de billetes de banco, los centinelas con casco entre las columnas del Banco Nacional, bajo los enormes bajorrelieves, los altavoces y la grotesca figura del guerrillero con la sillabutaca, aquel panorama en su memoria un mosaico antiguo que los años habían intentado en balde erosionar y decolorar.

Sin embargo, eso no era nada ante lo que estaba sucediendo ahora. Lo que ocurría ahora era fantasmagórico; no eran ya las personas, sino los Estados socialistas quienes corrían furtivos con sendas sillas–butacas en brazos, agitaban títulos de crédito, billetes de banco, contratos; usureros viejos como el mundo, gesticulaban tras vetustos mostradores y mostraban los libros de cuentas con sus préstamos y sus tasas de interés.

Enver Hoxha miró el reloj. Sobre la una, llegaba el avión de la compañía alemana en que regresaban los delegados albaneses a la reunión del Pacto de Varsovia. Hacía veinticuatro horas que esperaban su regreso con impaciencia. La reunión había examinado la cuestión de la base de Vlora, fundamentalmente a propósito de los navíos bajo mando común. Ellos pretendían quedarse con la base. Como cualquier hombre armado, a quien se exige que entregue las armas antes de hacerle el último requerimiento a la rendición, en primer lugar intentaban arrebatarle a Albania su antigua y terrible arma, Pashaliman.

En asuntos de créditos y dinero, ciertamente sois más viejos vosotros, pensó Hoxha; en cambio, en asuntos de armas somos nosotros los veteranos.

Empezó a hojear los folios mecanografiados del discurso que pronunciaría por la tarde. Pueblo albanés, nuestros antiguos amigos nos vuelven la espalda. Nos hemos quedado solos. Como en 1460, como en 1860. Continuaba hojeando. Esas frases no figuraban en ninguna parte del discurso. ni podían figurar. De momento, no podía decir nada de eso. De momento, se limitaban a dar vueltas en su cabeza, día y noche, noche y día, con incontenibles deseos de llegar a los labios. Sabía de sobra que por la tarde, cuando pronunciara el discurso, cientos de miles de personas se preguntarían si habría bloqueo. Quienes estaban más al corriente, intentarían averiguar por el tono si el bloqueo sería total o no.

Sí, se dijo, habrá bloqueo. El cerco será total, despiadado, medieval (En la zona de la inundación, se había descubierto la tumba de un caballo. El caballo que había servido para cortar el abastecimiento de agua a un castillo medieval sitiado). No había ninguna duda respecto al bloqueo. Desde hacía dos semanas era ya un hecho. Ahora era otra cosa la que ocupaba su pensamiento. Era la imagen fragmentaria de unas tropas en marcha; los rayos de sol sobre las lanzas, las banderas, los emblemas de los países socialistas, sobre la enseña del Pacto de Varsovia. Avanzaba la cruzada con un fulgor lúgubre, mas ¿para liberar qué sepulcro? La tumba de Marx está hacia el norte, en Londres. No, se movían en dirección contraria, hacia el centro de Europa, hacia el sudeste. Allí se encontraba el sepulcro... de un caballo.

Hacía días que pasaban por su cabeza fragmentos de esta visión, pero sólo a esa hora del mediodía del 21 de enero, en su espacioso despacho de la tercera planta del edificio del Comité Central, surgió repentina la pregunta, cruelmente clara: ¿habría agresión?

Alrededor de las tres de la tarde, llegaban a la periferia de Tirana por la carretera del sur. La calzada estaba cubierta de lodo. El barrizal de la inundación, arrastrando cientos de kilómetros por miles de ruedas, atravesando ciudades desconocidas, se había acercado con osadía a la capital. El viaje había sido difícil.

Al ver los cables telefónicos tendidos fríamente sobre las tierras labradas de granjas y cooperativas, Besnik no se sorprendió de que estos hilos, que pasaban sobre tal extensión de esfuerzo humano, no fueran capaces de ennoblecer las conversaciones de la gente, sino se limitaran a transmitirlos cabalmente, tal como eran, vertidas en el aparato telefónico. A través de aquellos cables le había llegado ese «es tarde» de Zana. A veces había pensado que a Zana le sucedía algo irremediable, pero cuando esta

idea general se concretaba hasta la configuración de otro hombre que pudiera haber entrado en su vida, la desechaba como si viniera del reino de los idiotas.

A las tres y cuarto, Besnik llegó a casa. Allí estaban todos. Mira se abrazó a él. Raboja, como siempre, acompañó su alegría con un ruido de sartenes. Seguro que traes hambre, siéntate a comer. Beni, contrariamente a lo normal, estaba distendido. Incluso la voz parecía haberle cambiado desde que entró en la fábrica. Victor le había dicho que trabajaba bien. Su padre parecía contento. Todo se iba arreglando.

—¿Funciona el teléfono? —preguntó de improviso, sin saber siquiera por qué.

—Funciona —dijo Raboja. No añadió nada más. Otras veces decía: te han llamado de la oficina, o te llamó tu novia, o, simplemente, no te ha llamado nadie, pero en esta ocasión no dijo nada más. Seguro que se había dado cuenta de que Zana ya no llamaba.

Su padre preguntó de nuevo por la inundación. Raboja encendía el calentador.

—Haznos un café —dijo el padre a Mira. Le gustaba que Mira le hiciera el café. Besnik sintió el calor de la familia.

—Es posible que la presa haya reventado por culpa de los soviéticos —dijo Besnik—. Han comenzado el bloqueo contra nosotros. Allí, en Moscú...

Los ojos grises de Struga se enternecieron. Su rostro iba adquiriendo los tonos rojizos de la satisfacción. Era la primera vez que su hijo sacaba el tema. Volvió los ojos hacia Mira, que servía el café.

—Mira, tú no debes hablar de esto con nadie.

—No, papá.

Se sentó en el sofá, apoyó la barbilla en los puños escuchaba.

—Allí en Moscú nos hicieron varias amenazas indirectas, y algunas otras directas.

Sonó el teléfono. Le llamaban de la redacción. Tenía que ir a la conferencia solemne del aniversario de Lenin. Intervendría Enver Hoxha.

Pidió a Mira que le sacara el traje oscuro y una camisa blanca.

Volvió a sonar el teléfono. Era para Beni. Éste emitió un largo silbido de sorpresa, luego, colgando el auricular, sin dirigirse a nadie, dijo:

—Están repartiendo los abrigos de los estudiantes que han regresado de la Unión Soviética. ¡Vaya follón!

Se puso la cazadora y salió. Al oírle bajar las escaleras de cuatro en cuatro, Besnik pensó que su hermano tenía otro motivo para estar contento,

además de haber entrado a la fábrica.

—Mi niño —exclamó Raboja, con los ojos húmedos.

—¿Qué te pasa? —preguntó Besnik.

Struga movió la cabeza como diciendo: te preocupas por nada.

—El primer sueldo de Beni— dijo.

Raboja abrió el cajón donde guardaba los recibos del alquiler y de la luz y sacó un sobre con dinero.

—Me lo traje todo. Lo que me costó meterle en el bolsillo un billete de quinientos. No había manera.

Struga miraba a Besnik con un gesto significativo: ¡Quién iba a creerlo!

—Mi niño —exclamó de nuevo Raboja, devolviendo el sobre al cajón—. No pienso tocarlo —les dijo visiblemente enfadada. Los consideraba culpables por empujar al chico a trabajar a la fábrica. No le entraba en la cabeza que ya no era un niño.

Estas palabras provocaron la risa de Struga. Besnik contemplaba cómo Mira le planchaba una camisa.

Se vistió deprisa y salió a la calle. Después del paisaje de la inundación, siempre vibrante y provisional, las aceras y los edificios sólidos de la ciudad le causaron un sentimiento de seguridad. Cruzó la plaza de la Alianza y salió a la calle 28 Néntori. En la acera de la derecha, algo llamó su atención. Un grupo de transeúntes se había detenido y miraban hacia arriba. Alzó la cabeza y vio que habían quitado el gran letrero LIBRO SOVIETICO y que alzaban con unas cuerdas otro en el que se podía leer: LIBRO INTERNACIONAL. Cuidado con los cristales, gritaba un obrero desde lo alto. Unos pasos más allá, observó que también habían retirado el rótulo del bar Krimea, pero aún no lo habían sustituido.

Miró el reloj y aceleró el paso en dirección al gran bulevar. En el primer cruce, en el enorme bastidor construido días antes, había un cartel gigantesco con cuatro figuras: un obrero, un campesino, un soldado y un estudiante, cogidos de la mano, y un rótulo justo sobre su Pecho: *¡Nada logrará doblegarnos!*

Ante la entrada del edificio donde se celebraba la reunión solemne, la fila de vehículos era interminable. Mostró en la puerta el carnet de periodista y pasó. La gente se apresuraba por los corredores. Alguien gritaba: ¡rápido, rápido! Entró en la sala. Todos los asientos estaban ocupados. Chaquetas negras, camisas blancas; frente al paño rojo de la larga mesa de la presidenta, respaldos de sillas vacías y en el fondo dos ojos conocidos, llegados a la altura del horizonte de la sala desde quién sabe qué

profundidades, levemente entornados como por efecto de la luz, chocaban con los ojos de todo el mundo, Lenin.

Las lámparas fulguraban serenas sobre las cabezas de la gente. Luego, de repente, el silencio fue envuelto por los aplausos. Enver Hoxha llegaba a la presidencia, tras él, los miembros del Buró Político. Enver Hoxha tenía un aire sombrío. Sus pómulos y su labio inferior parecían de plomo. Hizo una seña con la mano para que cesaran los aplausos y se sentó. Después lo hicieron los miembros del Buró Político. Sólo faltaba uno. Una mujer. Tras los aplausos, en la sala se produjo un profundo silencio. En ningún mitin se había producido tanto silencio. Enver Hoxha comenzó su intervención. El timbre de voz era el mismo, sólo el silencio era distinto. Besnik notaba que, contra su voluntad, iba regresando a la sala Georgievskaya. Había vuelto varias veces a aquella sala. Sobre todo por la noche, en sueños. Todos ellos estaban allí, como entonces, deformes, intemporales, fuera de las proporciones humanas. ¿Qué esperaban allí, rígidos, como estatuas de piedra? Esperaban algo, naturalmente. Resultaba claro por la manera en que tenían clavados los ojos sin párpados sobre la tribuna. La tribuna llevaba tiempo vacía. Pero ellos esperaban. Llevaban así mucho tiempo. Quizá cuarenta años, quizá ciento cuarenta. Sobre la tribuna había brotado hierba, pero ellos continuaban esperando que Enver Hoxha volviera a subir a ella y les dijera con voz pro-funda: hermanos, compañeros de armas, he vuelto, os pido perdón.

La sala rompió en aplausos. Besnik comenzó a traducir mecánicamente frases y palabras sueltas. De súbito, se le ocurrió que corría peligro de que le expulsaran del Partido. Y ¿por qué?... por algo sin sentido. Él, que había traducido al primer secretario del Partido en los momentos más difíciles... Ciertamente que se había enredado un poco con aquel asunto del ruso antiguo, pero era tan difícil traducir allí... Más difícil que traducir tragedias antiguas... Si hubiera sucedido un año antes, cuando las relaciones eran normales, todo sería diferente. Acusado de haber traducido erróneamente las conversaciones, de haber creado desacuerdos donde no había la más mínima sombra de ellos, podrían expulsarle del Partido... Pero en esta ocasión, allí en Moscú, los mismos cimientos de todo se habían quebrado. Todo se había hundido. Sólo habían quedado lazos formales, algunas frases y palabras, como esos cables telefónicos que aún se balancean sobre los derrumbados bloques de hormigón armado, sobre los escombros. Y, sin embargo, corría peligro de ser expulsado. Por otra cosa. Absurda, pensó. Y cuanto más absurda, más irresoluble le parecía. En algún punto de los fundamentos se había quebrado algo que él no podía reparar.

Se pierde la tierra... Algo había ocurrido en las profundidades.

Volvían los aplausos a la sala. Los ojos de Enver Hoxha brillaban ahora de ira. Besnik comenzó de nuevo a traducir mecánicamente frases enteras. Su cerebro trabajaba febril... Mesas unidas formando un cuadrado. Los ojos gélidos, de dos en dos, de dos en dos, la barba en forma de W de Ulbricht, no sólo la barba, sino toda su cara. La barba rala, casi celestial, de Ho Chi Min, el pañolón negro con miles de flecos de la española... El deseo de traducir en voz alta se tornaba incontenible. Estoy enfermo, pensó. Le pareció tener fiebre. Quizá he cogido frío en la inundación, pensó. La inundación había comenzado con aquel espacio imprevisto en la primera página del periódico. Y el foso entre Zana y él, ¿dónde había comenzado? Ah, el foso entre ellos. Besnik, es demasiado tarde. Estuvo a punto de reír irónicamente. Al diablo, si Zana no comprende lo que está ocurriendo. Al diablo, si insiste en que es demasiado tarde. Otra vez los aplausos. Es tarde, dijo Enver Hoxha la Noche de los Zim Negros. Ya no recibo a nadie más. Es muy tarde. El resbalar de las luces del último Zim sobre la nieve. El chirriar de la puerta de hierro que se cerró tras su marcha. Cómo no podía entender ella que no se pueden repetir esas palabras para nimiedades... ¿Acaso no sabía nada? Arde toda la aldea... y ella... piensa en peinarse. No, no y no. No debía llamarla eso. Quizá también él tuviera la culpa. Debería haberla ayudado a comprender las proporciones del drama. Zana, escucha, yo vengo del... infierno. No me lo tomes en cuenta. Todavía estoy trastornado. Yo estaba allí, en el epicentro de la quiebra. ¿Me comprendes? En el epicentro. La tierra se hundía donde nadie lo esperaba. De repente se abrían grietas, simas, abismos. Estallaban gases sulfúricos. Faltaba el aire. Se nublaba la vista. Se sentía toda la sacudida del globo. Allí sí que era tarde de verdad. Sin embargo, tú dices que es tarde por bagatelas, por una ofensa por teléfono. Ridículo.

En esos momentos, en una de las salas de la Facultad de Ingeniería Eléctrica, proseguía la distribución de los abrigos a los estudiantes retornados de la Unión Soviética. Beni, Sala y Maks acababan de llegar. Por el camino, Maks, que acababa de llegar de la roturación de tierras, les había contado de un tirón lo que allí se hacía. Ardía en deseos de contarles más cosas, pero la sala bullía entre ruidos y risas. Grandes cajones de madera, abiertos por varios sitios, estaban alineados. Tres de ellos ya vacíos. Estaban vaciando el cuarto. Un representante de Albimport, con el rostro cansado, fumaba de pie. Otros dos, al parecer ayudantes suyos, iban sacando abrigos

y mostrándolos a la multitud. Los abrigos no tenían ningún nombre ni dirección cosido o pegado. Estaban todos en siete cajones y habían llegado al puerto de Dürres con un albarán en el que únicamente se señalaba su peso, 1.257 kg. Los dos ayudantes del representante de Albimport, al sacarlos, trataban de mostrarlos de forma que sus dueños los reconocieran cuanto antes. Mas en la sala no sólo se encontraban los estudiantes retornados, sino también multitud de jóvenes, unos acompañando a sus amigos, otros simplemente para curiosear. No hacían más que alborotar, aplaudían cada vez que se sacaba un abrigo, silbaban, reían, bromeaban, decían frases medio en albanés medio en ruso. Las ovaciones se producían tanto cuando salían dos o tres candidatos para el mismo abrigo, hasta que se aclarara de quién era, como al revés, cuando el dueño del abrigo tardaba en reconocerlo y el hombre de Albimport se veía obligado a repetir la pregunta, intentando mostrar el modelo del cuello o el color del forro. En estos casos, tras el silencio y la sorpresa efímeros, se oía una voz poco natural «mío, mío» y el gentío, que sólo esperaba eso, rugía entusiasmado. Algunos estudiantes, al recoger su abrigo, pasaban entre la multitud cabizbajos, otros con una sonrisa forzada, otros respondiendo de paso a las bromas, burlas o silbidos. Unos llevaban el abrigo recién recuperado de cualquier manera, otros se lo ponían allí mismo, otros, en cambio, miraban con ojos de sorpresa las arrugas como si descubrieran las de una cara conocida.

—¿No te dije que sería un follón tremendo? —comentó Sala frotándose las manos de satisfacción.

—¿De quién es este abrigo? —gritaba por segunda vez uno de los repartidores. El rumor se apagaba lentamente, como la gata que se encoge para tomar impulso y saltar después más alto—. ¿De quién es este abrigo? —gritó de nuevo. Era la primera vez que el dueño de un abrigo no aparecía después de la tercera pregunta. La sala entera estaba al acecho. Quien mostraba el abrigo lo giró para que se viera por todas partes. Los ojos de todos brillaban como en una borrachera colectiva. El repartidor movió la cabeza y dirigió una mirada al representante de Albimport.

—Espera —dijo el representante y, arrojando al suelo el cigarrillo, se acercó. Metió la mano en los bolsillos y sacó algo. Se trataba de un pañuelo normal y corriente. Volvió a meter las manos. Un murmullo contenido recorrió la sala. Extrajo de uno de los bolsillos un trozo de papel y se lo acercó a los ojos para leerlo. Se hizo un silencio absoluto.

—D1.22-29 —leyó con voz insegura.

—¡Oh, Lida! —gritó enseguida una voz que más parecía un grito ahogado. Un estudiante, con una bufanda roja, se golpeó la frente con la

mano como si despertara de un sueño y se dirigió hacia la tarima de la cátedra donde se encontraban los cajones—. Lida... en la central de correos—, dijo entre dientes, mirando con los ojos como platos al representante de Albimport, como si intentara convencerle de que realmente era ella.

—Uuuuu —rugió la multitud mientras pasaba por medio.

—No reconocía su propio abrigo, pero se lo recordó el teléfono de la chica —dijo una voz.

—Ah, *liubov, mon amour*.

—Lidochka —gritó otro.

—Se acabó Lida.

—Te han robado a Lidochka.

—Llora a Lida, hermano —le gritó uno de ellos justo en el oído, mientras el estudiante volvía con la cara pálida y la frente cubierta de diminutas gotas de sudor.

Los hombres de Albimport empezaron a abrir el quinto cajón.

Esto se prolongó hasta bastante tarde. Cuando regresaban por la calle 28 Néntori, observaron que el rótulo del bar Krimea, donde solían comprar cigarrillos, lo habían sustituido por otro nuevo. Bar Volga.

Estallaron en carcajadas. ¡Qué bobos! dijo Beni, ¡no han podido encontrar otro nombre!

Beni se sentía feliz. Trabajaba en la fábrica y, además, Iris había comenzado a telefonarle de nuevo.

—Hoy he cobrado mi primer sueldo. Venga, que os invito.

Sala le miraba con admiración. Entraron en un pequeño establecimiento y pidieron tres cervezas.

—Están distribuyendo armas a los obreros de mi fábrica —comentó Beni—. Ayer hubo un mitin.

—¿Por el asunto de la Unión Soviética? —preguntó Sala.

—No se dijo explícitamente, pero se sobreentendía. Se han instalado ametralladoras antiaéreas en los tejados de los talleres.

Sala chasqueó la lengua.

Al salir del bar, Maks reinició su relato sobre Lugjet e Zeza. Les contaba que los montañeses de aquellos lares se vendan la cabeza con un pañuelo, de tal manera, que al principio crees que acaban de salir todos del hospital.

Beni y Sala emitían silbidos de asombro. En la plaza de la Alianza soplaban un viento cortante.

—¡Jo, el invierno! —exclamó Beni.

—Dicen que se ha desplazado el eje de la tierra —dijo Sala.

Los tres se alzaron el cuello.

—En cambio, la segunda gran rebelión, la de los Bushati y Ali bajá, fracasó —le explicaba un hombre alto a su compañero.

Sala se llevó una mano a la boca para contener la risa.

—¿Habéis oído a esos locos? —dijo, cuando las voces graves de los dos hombres quedaron atrás—. Yo no me acuerdo de lo que comí ayer, y ellos todavía se acuerdan de Alí bajá.

—Me he dado cuenta de que la gente recuerda la historia sobre todo de noche —dijo Maks.

Cuando Beni entró en casa, lo primero que percibió fue un brillo anormal en los ojos de Raboja. Fingió no darse cuenta, pero ella le dijo despacio:

—Beni, te ha llegado el llamamiento a filas.

Beni vio la palabra «decreto» sobre el papel amarillo, con dos sellos y una firma larga, extraordinariamente larga, sobre ellos.

Mira daba vueltas por el piso. Beni continuaba mirando la cola de la rúbrica, mientras, en la cocina, Struga le decía a Raboja:

—Así es. Los hijos se hacen hombres. Uno se peleó con Jruschov en Moscú, el otro va a pelear a Pashaliman.

Fuera, el fuerte viento, después de haber rasgado las puntas de los carteles del teatro, mordía todavía sus extremos, como si quisiera arrancar los pedazos donde se anunciaba el horario de las funciones y, más aún, hasta los nombres de los autores e incluso el mismo título.

—O sea, que la segunda rebelión albanesa fracasó —seguía explicando el hombre alto a su compañero—. ¿Has pensado alguna vez por qué?

El otro le miraba con la vista tan sesgada que le hubiera resultado imposible ver a una persona que tuviera delante.

—En tiempos de Skénderbeg, Albania mantuvo la sublevación durante treinta y cinco años consecutivos contra la superpotencia turca, aunque entonces ese imperio se encontraba en el cénit de su gloria —proseguía el primero— ¿Cómo se explica entonces que trescientos años después, cuando el Imperio Otomano estaba en decadencia, fuera derrotada tan trágicamente la segunda rebelión, que fue dirigida por los gobernadores de los grandes bajalatos de Albania?

El viento había conseguido arrancar medio cartel y lo empujaba con prisa.

—¿Cómo? —preguntó el hombre alto.

El otro le miraba con ojos mansos.

—Sabes que las respuestas a estas preguntas debes darlas tú. Te escucho.

—Tienes razón —dijo el primero—. Hace tiempo que me dedico a ello y he llegado a la conclusión de que la segunda gran rebelión albanesa fracasó porque ni Kara Mahmut bajá Bushati, ni Alí bajá ni ningún otro bajá albanés era digno de dirigir Albania, y ésta los dejó solos.

—Eso es cierto —dijo el otro—. Eran, sobre todo, grandes solitarios.

La cabeza cortada de Ali bajá en la carroza del correo imperial, a mediados de febrero, pensó. Vinieron a su mente las frías salas saturadas de luz del Archivo Histórico, donde llevaba meses recopilando materiales para un libro sobre la filosofía de la rebelión del pueblo albanés. En innumerables legajos se describían todas las formas utilizadas por los turcos para arrancar de raíz de la conciencia nacional la idea misma de la rebelión. Se trataba de una técnica fría y macabra que iba desde el terror hasta el arrullo de las melodías, para llegar hasta la narcotización de la lengua: uno, dos, tres, cuatro lik, oh, cinco, ah, b, c, qué, qué, qué, abismo... Todo este proceso estaba codificado en el Archivo Imperial Otomano, en cambio, en el Archivo Histórico del Estado Albanés estaba registrado el proceso contrario, la técnica para afrontarlo.

Todo esto pasó lentamente por su cabeza, luego, bajando la voz, dijo:

—Y ahora, creo que Albania ha iniciado el más grande de los desafíos.

El otro no dejaba de mirarle.

—Hace un rato, en la reunión solemne, mientras hablaba Enver Hoxha, pensaba continuamente en ello.

—Él decía lo mismo —señaló el otro—, si bien con otras palabras.

Caminaron un rato sin hablar, luego dijo uno de ellos:

—¡Qué invierno! ¿Escuchaste a esos muchachos de antes? Decían que se ha movido el eje de la tierra.

—Algo más importante se ha desplazado —dijo el otro. El eje del comunismo, pensó, pero le pareció una frase demasiado rebuscada para decirla en voz alta—. Se ha movido algo más importante.

El viento silbaba en la calle de las Barricadas.

cuarta parte

Pashaliman

Capítulo vigésimo

El siete de febrero, a las 10 de la mañana, el grupo de arqueólogos que trabajaba en el descubrimiento del antiguo Orikum, recibió orden de suspender las labores y marcharse inmediatamente. La orden estaba mecanografiada en dos idiomas, ruso y albanés, y firmada por el comandante albanés de la base naval de Pashaliman y por el representante del Pacto de Varsovia, el general soviético Yeleznov.

Los arqueólogos recogían sus instrumentos y herramientas. Algunas de las losas con inscripciones antiguas eran cargadas en dos camionetas entoldadas. Las viejas inscripciones romanas, bizantinas y turcas casi no se distinguían, ya que aún no las habían limpiado bien el barro. Era posible que hubiera también inscripciones normandas, pero todavía no habían analizado los datos. La orden de partir había sido repentina y, además, en el preciso momento en que estaban descubriendo un anfiteatro.

—¡Qué desastre! —murmuraba el jefe del grupo, paseando arriba y abajo ante los automóviles. Su cabeza calva empapada, denotaba desesperación con una desnudez insoportable.

Una y otra vez se detenía como si se le hubiera ocurrido algo, pero por el modo en que reemprendía el paseo, se deducía que lo había rechazado. En realidad, después de probarlo todo para llegar a un acuerdo con el mando de la base, había hecho el último intento: envió dos telegramas a Tirana con la esperanza de que allí anularan la sorprendente decisión de la autoridad militar. Pero en lugar de la anulación, recibió una orden tajante del mando de la base: todo el grupo debía marcharse en cuatro horas. Por desgracia, el terreno de las excavaciones se encontraba en el recinto de la base naval y comprendieron que cualquier oposición sería inútil.

Lloviznaba. Una de las camionetas ya estaba cargada y el chófer cerraba la caja.

—¿Cogemos la losa de la segunda galería? —preguntó alguien.
No hubo ninguna respuesta.

Silva Krashiqi, la única mujer del grupo, miraba ora al jefe ora a los obreros que, cubiertos de barro, cargaban con dificultad pesados trozos de mármol.

Junto a las entoldadas camionetas se arremolinaron un montón de niños. Hablaban albanés y ruso. Seguramente eran hijos de los oficiales de la base. Silva recordó la orden bilingüe mecanografiada. Algo había oído sobre el distanciamiento de la Unión Soviética. Algo le había contado su hermana, Ana, la última vez que fue a Tirana, sin embargo no alcanzaba a entender qué relación podía tener todo aquello con las investigaciones arqueológicas.

Distanciamiento, pensó mientras su mirada se posaba por enésima vez sobre el arqueólogo delgado de cara pálida que daba vueltas entre los obreros, dando gritos. Está nervioso, pensó Silva. Espera a... la bella rusa.

Cuando estuvieron en la zona de la inundación, se le notaba a la legua que estaba impaciente por regresar aquí. Ahora manifiesta nerviosismo en todo, en la flexión de las rodillas, en la voz, en los ojos grises e, incluso, en los pantalones de pana, con mucho más barro que otras veces.

A las camionetas se habían acercado varias mujeres entradas en carnes, mas ella, Jelena Graçova, no aparecía. Seguro que vendrá en el último momento. A despedirse...

Silva contemplaba los sombríos pedregales que limitaban el paisaje en todas direcciones. La bahía, creada por una ancestral falla geológica, era tremendamente extensa. Parecía que las aguas se hubieran abalanzado desesperadas, causando una profunda herida a la tierra. El tajo había sido despiadado. La tierra se deformó, quiso cerrar la herida, pero no pudo. Ahora se extendía a ambos lados del agua, rocosa, rala de árboles a cuya sombra no brotaban más que algunas flores de otoño que, por desconocidas razones, en aquella zona llamaban hierba de viejas. Justo en el punto más profundo de la bahía se halla la base naval. La isla de Sazan permanece como un centinela entre ella y el mar abierto. En cambio, la ciénaga, que comienza inmediatamente detrás del anfiteatro, separa el recinto de la base de la tierra continental.

Silva había pensado más de una vez que allí se encontraba el fin del mundo. No en balde aquel lugar había sido base militar desde hacía dos mil trescientos años. Pashaliman, dijo para sí. Un nombre del todo extraño. Era como decir General-limán. Su jefe insistía en que se trataba de la base naval en servicio más antigua del mundo. Las de su época habían sido destruidas mucho tiempo atrás, mas Pashaliman permanecía. El jefe opinaba que el propio hecho de que los romanos hubieran construido en Orikum (como

ellos la llamaban) un anfiteatro para los oficiales de la base, muestra la importancia de la guarnición que en ella mantenían. Los emperadores de Bizancio tenían allí cerca sus playas privadas. En el medioevo, Pashaliman fue el puesto más avanzado del Imperio Otomano. Desde allí se preparaban los turcos para atacar Europa. Bajo la fría lluvia, el mar tenía una rugosidad de bronce.

—¿Cargamos la losa rota? —gritaba uno de los obreros desde las gradas del anfiteatro. Alguien respondía: no, no, aquella otra.

Dentro de dos horas habrá acabado esta historia. Silva seguía con la vista a los obreros que, caminando despacio para no resbalar en el barro, se acercaban a la camioneta llevando a cuestas media columna.

Dentro de dos horas, repitió para sí, sin sentir el más mínimo alivio. Dentro de dos horas ellos se irían y la rusa se quedaría allí, tras los alambres de espino, tras el cenagal del pantano y los centinelas... De todas formas, ¿qué importancia tiene?, pensó. Él la recordará.

¿Por qué te lo tomas todo tan en serio?, le solía decir Ana. En el amor, lo principal es saber evitar el drama. No entiendo por qué le gustan tanto los dramas a la gente. Yo los odio, como odio el ahorro. A fin de cuentas, los dramas no demuestran más que pobreza.

Silvia esbozó una sonrisa amarga. Sin dramas. Es fácil decirlo. Pero, ¿acaso hay anfiteatro sin drama? El drama estaba allí, ante sus pies. Había comenzado con el descubrimiento de la segunda grada. Entre la gente que se había acercado a verla, estaba ella, la bella rusa. Miraba sombría. Toda ella era una tristeza de cristal que contrastaba con el desnudo pedregal del entorno, con la ciénaga y la soledad de las alambradas que rodeaban el lugar.

Silva no recordaba quién fue el primero en hablar con ella. Pero mientras se descubría la tercera grada, él estaba desconcertado. En la cuarta, su desconcierto se tomó aturdimiento, con un residuo continuo de brillo en los ojos. La quinta grada, en cambio, fue nefasta para Silva.

De nuevo esbozó una sonrisa amarga. Sin dramas. Era fácil decirlo. Cuando preguntó a su hermana si eran verdad los rumores que circulaban sobre sus relaciones con el escritor Skënder Bermema, Ana hizo un gesto incomprensible con la mano, sin dar ninguna explicación.

Silva respiró hondo. La bruma que permanecía suspensa sobre la bahía gris acentuaba la sensación de abandono del entorno. Al pie de la ciénaga se levantaba la tumba del Bajá Viejo, como todos le llamaban, una antigua tumba turca cuya piedra de cabecera tenía esculpido un turbante en la parte superior. Silva no había visto nunca una tumba tan triste. Más que la

propia visión de la sepultura, esa sensación de tristeza la provocaba la tierra yerma y salada que la rodeaba y, sobre todo, la inscripción de la losa, grabada en turco antiguo: "En esta quinta perdida y maléfica, donde termina el espacio islámico; bajo la orfandad del cielo, frente al mar y las tierras malditas del *kaur*^{*}, reposa el siervo de alá y del padishá, almirante Mirahor Xhevdet Ogllu bajá, comandante de este eterno puerto de guerra. Descanse en paz."

Cuentan que, según la última voluntad de este viejo general, las guarniciones posteriores mantuvieron encendido un candil sobre su tumba durante trescientos y pico años. Creían que la llama santa del candil se divisaba desde lejos, desde las costas malditas de la tierra no islámica del continente europeo. El candil se apagó en enero de 1913, semanas después de que saliera de Vlora la última guarnición turca.

Silva había anotado todo esto para contárselo a sus amigos en Tirana. Mas ahora no quería pensar en ello.

Un camión cubierto con un toldo verdoso se detuvo frente a la entrada del cuartel. A lo largo de todo el día habían estado llegando camiones con jóvenes reclutas. En la base estaba ocurriendo algo.

Silva miró el reloj. Ya no quedaban más que diez minutos para que expirara el plazo límite fijado en la orden bilingüe.

En esos momentos, el camión con los reclutas de Tirana encaraba lento las curvas de la carretera de montaña. En una de ellas, le salió al paso un hombre envuelto en una zamarra con una capucha gris sobre la cabeza. Agitó los brazos y el chófer frenó.

—¿A Pasha? —preguntó el hombre de la zamarra. —A Pasha —respondió el chófer—, pero éste es un camión militar.

El viajero se puso la mano en la oreja para oír mejor.

—¿Militar? —repuso—. Ahora todos somos soldados.

El chófer sonrió y le indicó con la cabeza que subiera. El hombre de la zamarra puso un pie en la rueda trasera y se lanzó a la caja. Los reclutas volvieron la cabeza.

—¿Cómo estáis, muchachos? —saludó el recién llegado.

Le respondió un murmullo.

—Parece del Ku Klus Klan —dijo una voz al lado de Beni. Algunos reclutas rieron. Entonces, el viajero se quitó la capucha empapada. Era un

* *Kaur*. Infiel. Cristiano.

campesino entrado en años de cabello descolorido y ojos claros, límpidos, entre unas arrugas que, moviéndose como rabiosos *remolinos* sobre su ajada piel, daban a su rostro rojizo un aspecto de tierra tostada.

—¿Adónde váis, muchachos? —preguntó.

—A Pasha —respondió uno de los reclutas—, a la base militar.

Los miró a todos y suspiró.

—¿No lo crees?

El campesino encogió los hombros y sonrió. —¿Sois de Tirana?

—Sí.

Volvió a suspirar.

—Parece que no lo crees —dijo el recluta.

—Abuelo —intervino otro—, quiero preguntarte una cosa. ¿Qué sale de emparejar un erizo y una serpiente?

Beni alargó la cabeza desde su rincón. Lo había oído en alguna parte. El campesino fingió no escuchar.

—No lo sabes —dijo el recluta—. Te lo diré: dos metros de alambre de espino.

Los demás rieron.

—Escucha, chaval —dijo el campesino—, tú quizá hayas ido a la escuela y allí hayas aprendido cómo se cruzan el erizo y la serpiente. De eso no entiendo, pero los alambres de espino los conozco mejor que tú. Los he saltado con estas piernas y estas manos, echando encima la zamarra, ¿te enteras? Los he saltado cuando, con Selam Musai, echamos a Italia al mar en 1920, ¿te enteras? Las alambradas aún están allí, en Pashaliman, rodeando la base, ¿te enteras?

—Perdone, abuelo, no lo dije para molestarle —dijo el recluta.

—No, ya; pero bueno es que lo sepas —replicó el campesino encolerizado, rojo como un tomate.

—Tú también nos has ofendido —dijo otro recluta—. Desconfiabas descaradamente de nosotros.

El campesino miraba con ojos inquisidores.

—Nos has ofendido un poco —suavizó la acusación el recluta.

El campesino movió un hombro. Después el otro.

—Bueno, yo soy viejo, no lo toméis en serio —dijo. Al parecer, era uno de esos tipos que se enfadan por nada.

—Toma un cigarrillo —dijo el recluta conciliador, alargándole el paquete—. ¿Cómo te llamas?

—Belul Gjonmadhi —respondió.

El recluta sacó cerillas y le encendió el cigarrillo.

—Escucha, tío Belul —dijo el recluta—, seguro que estás pensando: ¿estos mocosos van a defender la base militar?

El campesino movió la cabeza. Beni se acordó de su padre. ¿Con esos pelos vas a defender tú la base?

—¡Qué malos sois! —exclamó el campesino, provocando la carcajada de los reclutas.

Ya habían hecho las paces. El campesino les confesó que no confiaba nada en los medios modernos de guerra. Sobre todo tenía manía a los radares, que había visto en un documental. Le habían parecido juguetes infantiles que dan vueltas en el aire.

—No se hace la guerra con la radio o el teléfono —dijo—. El teléfono es para el amor, no para la guerra.

Los reclutas reían a gusto.

—¿Sabéis algo de Selam Musai, el que agarró el cañón por la garganta?

—Sí, lo hemos estudiado —respondieron varias voces.

—Yo, Belul Gjonomadhi, lo he visto con estos ojos. No llamó a nadie por teléfono Selam Musai para preguntarle si agarraba o no el cañón por la garganta. Ni consultó libros para ver si se agarraba el cañón por la garganta. No señor. Se lanzó a la garganta del cañón, quería derribarlo y allí mismo, encima del cañón, murió.

Los reclutas se miraron unos a otros.

—Así fue —dijo el paisano, mirándolos orgulloso.

Había cesado la lluvia. El cielo parecía cansado, extenuado.

—Al teléfono le has cogido mucha manía —dijo uno de los reclutas, queriendo retomar la conversación.

—Le tengo manía. El teléfono no es para los hombres. Una vez hablé con la vieja, desde Tirana, donde había ido a ver a un sobrino. Belul, ¿qué te ha pasado? me dijo la vieja. Qué voz es esa que parece la de una mosca. Belul, querido, no me vuelvas a llamar por teléfono, me dan ganas de llorar cuando te oigo.

De nuevo rieron los reclutas.

—La palabra del hombre no tiene fuerza por teléfono —prosiguió Belul—. Por ejemplo, si me dice alguien por teléfono: al ataque, Belul Gjonomadhi, aunque tuviera intención de atacar, no lo haría. Vete a la mierda, le diría a quien me lo ordenara. ¿Con esa voz que tienes quieres que haga la guerra?

—Sin embargo, para el amor es perfecto —dijo uno de los muchachos.

—Para eso se ha inventado, chavales, para el amor.

—Ahí está Vlora —dijo alguien.

A lo lejos aparecieron la ciudad de Vlora y el mar. El campesino miró un rato hacia allá. Sus ojos se reducían, como si se retiraran al interior de las cuencas. Le cambió la cara. De su anterior aspecto sólo quedó una humedad de sonrisa, pero lejana, como de roca erosionada. Ignorando la presencia de los demás, en el distanciamiento que acababa de crear, empezó a cantar:

*Oh, bella Vlora en la ensenada,
en Europa la primera rada.*

Los reclutas quisieron reír, mas no pudieron. Uno de ellos dijo:

—Estás exagerando, tío Belul.

Siguió cantando sin responder. Ahora la carretera bordeaba el mar. Un espacio agreste y blanquecino se desplegaba por todas partes. La cabeza del viejo también era blanquecina. Terminó por fin la canción y permaneció un rato fatigado, como después de un trabajo penoso. En la lejanía se divisaba la isla de Sazan.

—Ah, Vlora, Vlora —dijo triste el campesino, colocándose la capucha en la cabeza—. ¡Quién no ha deseado echarte el guante! Chófer —gritó—, frena, chófer, que me apeo aquí.

El camión se detuvo. El paisano descendió y les hizo señas con la mano.

—¡Hale, muchachos, que os vaya bien! —gritó.

El camión arrancó.

—Abrid los ojos —gritó de nuevo mientras se alejaba el camión—, una Vlora tenemos...

Dijo algo más, pero ya no le oyeron porque el chófer aceleró en ese momento.

La carretera avanzaba a la orilla del mar, al fondo de la bahía. El silencio se apoderó de la caja del camión. Los reclutas habían levantado el toldo y contemplaban los montículos pelados. Hacía frío.

—La base —dijo alguien.

—¿Dónde?

—Allí, a lo lejos. Casi no se distingue.

—Sí, mírala.

A la derecha, el mar. A la izquierda, una ciénaga muerta. La carretera discurría ahora por el centro de un alargado espacio yermo. Aquí y allá, los juncos brotaban de las aguas estancadas. El camión se bamboleaba entre los baches.

—¡Alto! —gritó una voz fuerte—. *Stoj!* —siguió una segunda voz. El camión se detuvo.

—¿También hay centinelas soviéticos? —preguntó alguien.

—Claro. La base es conjunta.

El chófer salió de la cabina. Los centinelas se acercaron. Los dos con casco. El chófer mostró un documento. Los centinelas se acercaron a la parte trasera del camión y lanzaron una mirada sombría a los reclutas.

—Pasad.

—*Prohodite.*

El camión prosiguió la marcha por el alargado terreno yermo. A lo lejos se distinguían unos edificios rojizos.

—Mira, los cruceros —dijo alguien.

—No, esos son buques nodriza.

—¿Y los submarinos?

—No se ven. Quizá estén más al interior.

De nuevo centinelas. Con casco. El camión se detuvo. Alguien abrió la parte trasera del camión y los reclutas comenzaron a descender. Allí cerca había dos camionetas cubiertas con sendos toldos. A su alrededor merodeaban civiles y militares. Estos volvieron la cabeza hacia los reclutas.

—De la capital —dijo una voz.

Se oyó la voz recia de un oficial. Los reclutas miraban en derredor. Algunos desentumecían las piernas. Una voz que Beni conocía muy bien preguntaba al acercarse.

—¿Han llegado los reclutas de Tirana?

Volvió la cabeza.

—¡Beni! —gritó el marido de Zelka. Le abrazó y, sin quitarle el brazo del hombro, le apartó del grupo—. ¿Cómo estás? ¿Cómo está tu padre?

—Así, así —dijo Beni—. No muy bien.

—¿Continúa con los rayos?

—Hace unos días le internaron en el hospital.

—¡Ah, sí! —exclamó el oficial, mirándose las botas. Luego levantó la cabeza y preguntó por el resto de la familia.

Sin darse cuenta se habían alejado del grupo de reclutas.

—Ésta es la base —dijo el marido de Zelka. Beni miró alrededor sin

apreciar nada de particular. Era un lugar inhóspito y gris. Lo había imaginado de otra manera.

—¿Dónde están los submarinos?

—Ya los veremos. Ahora lo veremos todo.

Sin quitarle el brazo del hombro, el oficial le enseñaba la base.

—Aquel edificio es el Estado Mayor. Más allá está el taller de reparaciones. Esa de ahí es la «calle en balde». Todos la llaman así porque no lleva a ninguna parte. Esta es la calle número 1 de la Costa. Allí detrás ¿ves aquellas casas pequeñas de tipo escandinavo? Son las viviendas de los soviéticos. Se llaman casas finlandesas. Más allá están las viviendas de nuestros oficiales. Después empieza el pantano, que separa la base del resto del terreno. Aquel edificio rojo de la izquierda es el club. Allí hay baile los sábados hasta medianoche.

—¿Baile? —se sorprendió Beni.

—Sí —dijo pensativo el marido de Zelka—. Bailan toda la noche como si no pasara nada.

El paisaje, que poco antes le parecía muerto a Beni, se recubría ahora con un misterio. Se baila.

—Quizá hayas oído algo, pero, aunque ya se os comunicará... la situación aquí es bastante grave.

—Algo he oído —dijo Beni—. Me lo ha contado Besnik.

—La situación aquí es bastante grave —repitió—. Tienes que tener cuidado con las provocaciones. Mira, los submarinos. ¿Los ves? Ese grupo de ahí son submarinos de tripulación mixta. El otro grupo, más allá, de momento sólo lleva tripulación soviética. Aquellos dos grandes buques son bases flotantes. Más allá está la nave capitana. ¿La ves? Los demás son el dique flotante, lanchas torpederas y otros navíos de superficie. El resto no se ven porque están fondeados en la isla.

—¿Hay más submarinos? —preguntó Beni.

El marido de Zelka soltó una carcajada.

—¿Más aún? ¿No basta con estos submarinos modernos? Esta es la base naval más poderosa del Mediterráneo.

Beni hizo un gesto de asombro.

—Italia no tiene ni la mitad de la potencia militar de Pashaliman —añadió el marido de Zelka.

Beni se acordó de Belul, el campesino que había tirado la zamorra sobre las alambradas italianas.

—Pero, mira por donde, la manzana se ha agusanado —dijo el marido de Zelka, agitando la cabeza con desesperanza.

Esta expresión tan conocida nunca había provocado en Beni un pronto de desazón tan repentino. La manzana se ha agusanado. Quiso preguntar si no sería posible arreglarlo, pero recordó la conversación con Besnik y no hizo la pregunta.

Se habían acercado al lugar donde se encontraban los reclutas.

Alrededor de los automóviles de los arqueólogos reinaba la misma agitación anterior. Un bajorrelieve de mármol, envuelto con celofán, estaba de pie en el suelo.

—Los arqueólogos se van —dijo el marido de Zelka—. En la base se ha decretado el estado de emergencia.

El jefe de los arqueólogos, totalmente empapado, chasqueaba continuamente los dedos. Parecía fuera de sí.

—¿Qué se va a hacer con el bajorrelieve de los gladiadores? —preguntaba alguien, señalando con la mano el mármol envuelto con celofán.

—Intentad colocarlo en una de las camionetas —dijo el jefe—. No esperéis que todo lo resuelva yo.

Las camionetas ya habían encendido el motor. Los obreros intentaban levantar el bajorrelieve.

—Han descubierto un anfiteatro antiguo — dijo el marido de Zelka—. Al pie del pantano.

Una de las camionetas arrancó. El grupo de gente, que había seguido la carga de los objetos, se apartó para abrir paso al vehículo.

—El hocico de jabali —gritaba un obrero, golpeando el cristal de la cabina de la camioneta donde iba el jefe del grupo.

—No nos hace falta —dijo el jefe desde el interior—. Que le coja quien quiera.

—¿Qué es eso del hocico de jabalí? —preguntó Beni al marido de Zelka.

—Creo que, entre otros objetos, han encontrado una cabeza de jabalí fosilizada. Seguramente un resto de las luchas de gladiadores.

Partió la segunda camioneta. Unos le decían adiós con la mano. Otros suspiraban.

—Se van todos los civiles —comentó una mujer.

—Vosotros llegáis, ellos se van —dijo el marido de Zelka.

—¿Qué? —preguntó en ruso un hombre de cara rojiza y mirada perdida.

—Nada —dijo el marido de Zelka. Atrajo hacia sí a Beni por el hombro.

—Es ingeniero de submarinos —le susurró—, muy bueno, pero, qué quieres, bebe demasiado. Me parece que ya está como una cuba.

El hombre ebrio giraba los ojos en busca de un par de ojos que aceptaran su mirada, mas la gente se iba.

—Ah, Jelena Mihajlovna —dijo pletórico de felicidad al ver que, por fin, una mujer se acercaba. La mujer era hermosa y de aspecto somnoliento Jelena Mihajlovna, ¿cómo está? Maravillosa, como siempre, desdenosa, tardía.

Ella le miró de soslayo, sin interrumpir la melodía que tataba con voz nasal.

—¿Se van? —preguntó la mujer, mirando el reloj—. ¿Tan pronto?

—Se van —respondió el otro—. Nos han dejado unas zanjias y unas inscripciones.

Ella miró las zanjias y las gradas semidescubiertas.

—El escenario está preparado. Ahora debemos interpretar la tragedia.

—¿Qué tragedia? —preguntó ella con indiferencia.

—La tragedia que tiene a sus pies ¿acaso no la ve? —gritó el hombre con voz grave, solemnemente tétrica.

Ella, sin hacerle caso, reinició el canto de su melodía.

—Nadie te comprende en este desierto —dijo él.

—Sergei Galactionoviç, ¿lo dice en serio?

Le clavó su mirada gris, en la cual erraba un fulgor juguetero, completamente solo en aquella cubierta desértica.

—¿Por qué me mira así?

El hombre soltó una escandalosa carcajada.

—Jelena Mihajlovna —gritó como si de repente la descubriera—, querida Jelena Mihajlovna, usted, ¿qué hace usted aquí? Dígame, ¿qué hace usted en este infierno? Su sitio está en otra parte, lejos de aquí. Lejos —se acercó a ella y la mujer hizo un gesto de asco, al sentir el olor de alcohol—. Váyase de aquí, cuando aún no es tarde. Aquí, pronto nos destrozaremos unos a otros, como pulpos.

Sergei arqueó las cejas, haciendo ademán de engullir. Ella le miró con miedo.

—¿Lo dice en serio?

Estas palabras le provocaron una explosión de risa.

—Jelena Mihajlovna, querida Jelena Mihajlovna —dijo, alejándose con paso inseguro—, usted... es... aquí... un malentendido. Malentendido —gritó desde lejos—. Malentendido.

El jabalí era de verdad terrible, pero, como se sabe, tenían un defecto, no podía doblar el cuello. Así que, el gladiador podía esquivar fácilmente su horrible hocico. Pero si se dejaba tocar... Mientras se agitaba en la cama sin poder dormir, Beni pensaba en todo tipo de cosas.

—¿No puedes dormir? —preguntó una voz en la cama de la derecha.

—No —respondió Beni.

—Yo tampoco. ¿Eres de Tirana?

—Sí.

—Yo soy del sur. ¿Habéis llegado hoy?

—¡Ahá!

—Nosotros llevamos aquí tres días.

La compañía era alargada y fría. Beni se había tapado media cabeza con la manta.

—¿Os han explicado la situación? —preguntó poco después la voz.

—No —dijo Beni—. Todavía no.

—Seguro que lo harán mañana.

—¿Y a vosotros?

—A nosotros sí.

—¿Y qué, cómo está la situación?

El vecino se removió en la cama.

—Grave —dijo al poco.

—¿Tienes tabaco? —preguntó Beni.

—No. Tengo una botella pequeña de *raki*. ¿Quieres?

—Bueno. ¿De dónde la has sacado?

El vecino se movía de nuevo en la cama. Después, Beni sintió que su mano se alargaba en la oscuridad.

—Me la metió el viejo en la bolsa. Toma.

Beni alargó la mano y primero tocó el codo del vecino y luego la botella. La tomó, quitó el tapón y echó un trago.

—Gracias —dijo, devolviendo la botella en la oscuridad. Se escuchó un ruido suave. Al parecer, el otro también echaba un trago.

—Me cuesta dormir —dijo.

Beni no sabía de qué hablar. Durante un rato escuchó el crujido de las dos camas. Más lejos, hacia el centro del dormitorio, alguien hablaba en sueños. Se oía el rumor del mar.

—Este asunto de la base de Pashaliman me recuerda un caso de mi

aldea —dijo la voz—. ¿Te lo cuento?

Scheherezade, pensó Beni.

El otro volvió a removerse en la cama. Esta vez, la voz le llegó totalmente diferente, al parecer por el cambio de posición de la cabeza.

—Es una historia algo sorprendente —dijo—, casi increíble. Es la historia de una mina —añadió y cayó un momento, como si esperara la opinión del oyente ante el hecho de que la historia tratara de una mina. Mas Beni no dijo nada—. Si te aburren las historias de minas.

—Escucha —le interrumpió Beni—. Si de verdad tienes intención de contarme esa historia, cuéntamela.

—Qué impaciente eres —dijo el otro y volvió a moverse. De nuevo se oyó el trájín de la botella—. ¿Quieres otro trago?

—Luego.

—La historia de la mina —dijo la voz—. La mina la encontró uno de nuestros campesinos, una tarde a la orilla del mar. Era una mina marina. A él le pareció un bidón de aceite —la voz empezó a hablar cada vez con mayor rapidez, como si temiera que al otro se le acabara la paciencia y dejara de escuchar—. Aquel año las aceitunas no maduraron y no se encontraba aceite por ningún sitio, ni una gota. Con un bidón de aceite podías garantizar el pan del año. Pero era una mina. Sin embargo el campesino creyó que se trataba de un bidón de aceite. ¿Te aburres?

—¡Vaya! —rezongó Beni, que había comenzado a seguir la historia con cierto interés—. Si no me vas a dejar disfrutar de lo que cuentas, más vale que lo dejes. Te lo digo sinceramente, más vale que lo dejes. No quiero oírte.

El otro no rechistó. Beni creyó que ya había renunciado al empeño de contarle la historia e intentó pensar en otra cosa. Mas, justo entonces, volvió a escuchar la voz de su vecino, esta vez muy baja, como si hablara consigo mismo. Beni no dio muestras de estar escuchando ni el desconocido pretendió saberlo hasta el final de la historia. Su voz parecía ahora salida de un cuento de hadas. Oyéndole, Beni imaginaba la mina negra flotando sobre las aguas del mar. Debe estar medio llena, pensó el paisano, de lo contrario se hundiría. Pero, dios, incluso así es bastante.

Se metió en el agua y la empujó hasta la orilla. La mina se movía solícita, mas al llegar a la orilla encalló en la arena. Era más pesada de lo que parecía. Entonces, corrió hasta la casa, dio la noticia a la mujer y a los hijos. Al caer la noche, fueron todos a la playa. La mina estaba allí, levemente ladeada. Empezaron a empujarla todos juntos, pero unos

salientes, unas antenas, que ellos juzgaron cuernos, dificultaban la operación.

Toda la noche bregaron con la mina. Poco a poco se acercaban a la casa. Por fin, hacia el amanecer, con mucho esfuerzo, la metieron en casa. ¿Cómo se abrirá? dijo el campesino que daba vueltas con un destornillador en la mano. Descubrió unos tornillos y comenzó a destornillarlos. Luego, con ayuda de un cuchillo, levantó una tapa. Allí vieron, por unos segundos, pequeños *mecanismos* redondos de colorines, algo parecido a la esfera de un reloj con muchas agujas. Funcionaban. Tic—tac. ¡Una mina! gritó el campesino y cogió a su hija pequeña en brazos. Corrieron fuera de la casa gritando como locos: una mina, poneos a salvo. Lo que sucedió después es inolvidable. Gritos, alocados golpes en las puertas, ruidos de pasos. Por la mañana, la aldea estaba vacía. Era un lugar muy pequeño y puede evacuarse rápidamente, en diez minutos. Por la mañana, pues, todos se encontraban en el molino. Allí, la aldea reunida examinó el asunto. ¿Qué podían hacer? Regresar a la aldea, junto al peligro, o establecerse en algún lugar cercano, provisionalmente, hasta que encontraran el modo de sacar la mina. Había diversidad de opiniones. Si tenemos que morir, mejor hacerlo en nuestras casas, decía la mayoría. El campesino escuchaba todo esto y bajaba la cabeza pensativo. Sus ojos parecían decir: yo lo hice, hermanos, yo saqué el diablo del mar y lo llevé a la aldea. A eso del mediodía, fueron regresando uno tras otro. Los más audaces primero, luego los que vivían más lejos del centro, donde estaba la mina, y, por último, las mujeres y los niños. Fue un regreso triste. Las puertas de las casas rechinaban lentamente. Las ventanas se cerraban con cuidado. La gente hablaba en voz baja, como si temieran despertar a la bestia. Al atardecer, todos estaban en sus casas. Sólo el aldeano en cuya casa se hallaba la mina, durmió con su mujer y sus hijos en casa ajena. Su casa quedó vacía. A partir de entonces pertenecía a la mina. Fue la tarde más silenciosa en la historia de la aldea. No se sintió el guirigay de las mujeres ni el ruido de los cántaros en la fuente. Aquella noche, por primera vez en la vida del lugar, fueron a por agua los hombres. Fueron fuera de la aldea, a un torrente a dos horas a pie y regresaron casi a medianoche, extenuados. Encontraron a sus mujeres con la sangre helada. ¿Ha ocurrido algo? No. Pensábamos en vosotras. Creíamos que estallaría en cualquier momento. ¡Ah! A veces nos zumbaban los oídos. El agua está lejos, muy lejos. ¿Qué haremos con la fuente? Esa fue la primera noche que pasaron con la mina. Huésped más terrible no había pernoctado nunca en el lugar. Allí habían hecho noche ladrones, asesinos, correos turcos en viaje hacia Pashaliman, fugitivos de las prisiones, hechiceros, pero todos ellos no

eran nada en comparación con el nuevo huésped. La vida se tornó sombría. La casa de la mina y la fuente junto a ella ofrecían una imagen de abandono. Por las noches, los ancianos nos contaban los típicos cuentos del dragón que había privado de agua al poblado y el joven de la estrella en la frente que le dio muerte. ¿Cuándo vendrá el muchacho de la estrella en la frente para matar a la mina? preguntaban los niños. Todos le esperaban. La gente estaba cansada de ir a buscar agua tan lejos, estaban hartos de pesadillas. Las mujeres echaban de menos el golpear de los cubos y los cántaros en la fuente, el deambular de los hombres borrachos por la calle. Estaban cansados de la bestia que les había bloqueado el agua y que había sentado sus reales en el centro de la aldea. Analizaron de nuevo el asunto y resolvieron deshacerse de la mina. Pero ¿cómo?

Salió un muchacho y dijo estar decidido a arrastrarla y arrojarla otra vez al mar, pero no le dejaron. Qué sentido tenía un sacrificio inútil. El valiente podía morir y hacer saltar por los aires toda la aldea. Habían escuchado que en el mundo hay unos magos que entienden de minas. Esos magos se llaman ingenieros. Resolvieron encontrarlos y traer uno a la aldea. Pagando, naturalmente. Reunieron dinero de cada familia, tres aldeanos montaron sus mulas y emprendieron viaje. El lugar era muy pequeño y apartado. Cerca no había ni ciudades pequeñas, ni mucho menos ciudades grandes donde encontrar ingenieros. Los campesinos estuvieron ausentes dos semanas enteras. Al cabo de las dos semanas, regresaron por fin a la aldea con un ingeniero. Este permanecía hosco sobre la mula, mirando indiferente a los aldeanos. Llevaba la cabeza cubierta con un sombrero de ala muy ancha y en la mano una cartera llena de herramientas. Los viejos le miraban con respeto. Las chicas y mozas casaderas con adoración. Enseguida se enamoraron de él. Para los niños, era el joven de la estrella en la frente que mataría al dragón. Se reunieron los hombres en el café del lugar. Es un trabajo arriesgado, dijo el ingeniero, mas lo haré y salvaré vuestra aldea. Pidió que al día siguiente, temprano, salieran todos de la aldea. Trabajaría solo. Hablaba con voz grave, agradable. Fue una noche extraordinaria. Nadie durmió. Debía ser la última noche de la mina. Y aquella noche, los dos, la bestia y su cazador, dormirían cerca por primera y última vez, esperando la mañana para enfrentarse a la muerte.

La mañana amaneció fría. El ingeniero desayunó; luego, con los brazos en jarras, observó la marcha de los aldeanos. Nadie le vio empujar la puerta, atravesar el abandonado patio, ni lo que hizo dentro. Todos esperan en vano ver el humo en la chimenea, señal de que la mina estaba desactivada. A eso del mediodía, el ingeniero salió de la casa y se dirigió al

molino, donde le esperaban. Tenía la cara descompuesta, pálida como la cera. Nada, gritó desesperado. Lo intenté en vano. Es un tipo nuevo, desconocido.

Los aldeanos se quedaron de piedra. He hecho todo lo posible, dijo el ingeniero, pero es un tipo nuevo, desconocido. Os pido perdón. Debo devolveros el dinero, aunque me temo que la familia lo habrá gastado. No soy rico ...No queremos el dinero, dijeron los campesinos. Tú hiciste tu trabajo, pero, no estaba escrito que lo

El ingeniero montó la mula que había alquilado y, en medio del silencio, dejó la aldea. Su enorme sombrero se bamboleó un rato en la calle principal, hasta que desapareció y no le volvieron a ver.

Los días que siguieron fueron verdaderamente invernales. La gente comenzó a construir parapetos ante las partes de las casas que daban a la casa de la mina. Algunos excavaron refugios. Antes de irse, el ingeniero dijo que la mina debía ser muy potente. Les aconsejó los parapetos y los refugios. Asimismo dijo que sería bueno abrir zanjas que sirvieran de calles. Y de hecho, después de algún tiempo, el lugar se llenó de zanjas. Sustituían a las calles. Los lugareños caminaban por ellas agachados, como soldados en las trincheras. Ahora, toda la aldea parecía un lugar fortificado. Por aquel entonces, tres mozos marcharon a la guerrilla. Entre ellos, el segundo hijo del campesino que encontró la mina. El hijo mayor dejó la aldea una mañana. Dijo que iría a una ciudad lejana a estudiar cómo se desactivan las minas y que volvería para salvarlos. Se fue. Algún tiempo después, dijeron que le habían visto en una ciudad lejana, pero le habían visto medio borracho, en bares y tabernas, en compañía de prostitutas y artistas. No hubo más noticias suyas. Parece que nadie nos salvará de este fantasma, decían los aldeanos. Parece estar escrito que acabaremos nuestros días con él.

Nunca habían temido a la guerra. Hablaban de la guerra como de un oficio, como de una labor habitual de temporada. Incluso, raramente utilizaban la palabra «luchamos». Solían decir «nos baleamos» o simplemente «le dimos al griego» o «le dimos al servio». Habían peleado contra los griegos, los austriacos, que hablaban con la nariz, contra los italianos en 1920, cuando Çeço Vajguri* quemó una cisterna, por eso le cambiaron el apellido, y, sin embargo, jamás se habían enfrentado con un enemigo tan pérfido como la mina. Era un enemigo abyecto, que no sabías cómo enfrentar.

Esta situación de inseguridad se prolongó hasta principios de octubre

* Vajguri: petróleo. (N.T.)

de 1944, cuando una partida guerrillera se acercó por primera vez a la aldea. Los guerrilleros se encontraron ante una aldea fuera de lo común. Las chimeneas humeaban, lo que indicaba que la gente estaba allí, pero no se veía a nadie por plazas y calles. Después observaron las zanjas y los parapetos. No dudaron que se hallaban ante una posición fortificada del enemigo. Dispusieron las ametralladoras frente a las casas y esperaron a ver qué ocurría. El malentendido no duró más de una hora. Un aldeano que iba hacia el molino les aclaró el asunto. Toda la aldea salió a recibir a los guerrilleros, a un lado de la calle principal. ¿Dónde está la mina? preguntó un guerrillero ya maduro. Se lo indicaron. Váyanse de la aldea, dijo, yo desactivaré la mina. Este sí que tenía una estrella roja, en el gorro, pero la gente no estaba muy convencida. De todas formas, salieron de la aldea, como entonces con el ingeniero.

El guerrillero desmontó la mina en tres horas. De la chimenea, fría desde hacía tiempo, se elevó una humareda azul. La multitud corrió a la aldea. Encontraron al guerrillero sentado en el pretil de la fuente, fumando un cigarrillo. Le abrazaron, le levantaron en hombros, le besaron, le atosigaron preguntándole qué quería: *byrek*^{*}, carne asada, *raki*, vino, confitura, miel. Las viejas corrían entretanto blandiendo las varas de extender el *byrek*. Mas el guerrillero dijo que estaba muy cansado. Sólo pidió un café cargado. Tomó el café despacio, entornando los ojos. Daba la impresión que llevaba años sin tomar café. Mientras, la gente había entrado en la casa donde se encontraba la mina. Allí reinaba el silencio, como en la casa de un muerto. Estaba allí, desactivada y fría como un cadáver. Trozos y piezas rojas, azules, naranjas, brillantes, cables, tornillos, todo extendido cuidadosamente en el suelo. Los niños, con los ojos como platos, contemplaban las garras del dragón, las uñas rotas, las mandíbulas desencajadas y una sangre espesa, negra, que fluía de las piezas. El campesino que la había llevado hasta allí se arrimó, acercó la cabeza a su cuerpo y escuchó unos instantes. Ha muerto, dijo. El corazón ya no late tac, tac, tac. A pesar de los ruegos de los aldeanos, la partida no se quedó en el lugar. Marchó al cabo de una hora. A nadie se le ocurrió preguntar por el nombre del guerrillero. Sólo cuando hubieron marchado, se dieron cuenta y corrieron con las mulas tras ellos para alcanzarlos. Más no lo lograron.

Años más tarde, unos reporteros que pasaron por allí escucharon la historia de la mina, escribieron sobre ella, pero en vano intentaron averiguar quién era aquel guerrillero. Sólo se sabía que entonces debía tener alrededor

* *Byrek*, suerte de empanada elaborada a base de lámina muy fina de pasta.

de cuarenta años y que le gustaba el café, mas, ¡cuánta gente hay en el mundo a la que le gusta el café! ¿Duermes?

—No —respondió Beni.

—Pensaba que dormías.

El vecino permaneció callado un rato. Beni no sabía a ciencia cierta si había escuchado toda la historia o la había completado él durante aquel duermevela.

—¿Qué parecido tiene la historia que me acabas de contar con la situación en la base?

—En realidad no se parece en nada —dijo la voz—, a excepción del principio, cuando creíamos que la base sería para bien.

—¿Y no era para bien?

—Era, pero ya no lo es. Ah, olvidé que todavía no os lo han explicado.

—Pero aquí, en lugar de irse la gente como en esa historia tuya de la mina, pasa lo contrario —dijo Beni Aquí nos estamos amontonando.

—Cierto —dijo la voz—. Nos estamos juntando aquí, hasta con prisas. Y todos tenemos una estrella en la frente.

—Yo tampoco te entiendo a ti —dijo la voz—. —No te entiendo. ¿Crees que te conté la historia de la mina con mala intención?

—No soy de esos.

—Me acordé de ella y te la conté, ¡maldita sea!

—No te he dicho nada. ¿Por qué te enfadas? —dijo Beni—. Me parece que estás bebido.

—Bebido estarás tú.

—¡Eh, vosotros! ¿Qué andáis murmurando toda la noche como brujas? —dijo una voz adormilada.

Durante un momento hubo silencio.

—Escucha —dijo Beni al rato—, no lo tomes a mal. No te lo he dicho con mala intención.

Se sintió cómo el otro respiraba hondo.

—Dame un trago —añadió Beni—. A ver si me duermo.

Beni oyó que el otro se movía. Sus manos se encontraron en la oscuridad.

—¿Qué pasará con la base? —preguntó Beni.

—No lo sé —respondió la voz—. Quizá la repartamos.

—Eso es más difícil que dismantelarla ¿no? —adujo Beni.

—Claro.

—¡Callaos de una vez! —habló de nuevo la voz adormilada.

—¡Buenas noches!

Y todos llevamos la estrella en la frente, dijo Beni para sí. Luego, de súbito, recordó la calle de Dibra bajo la lluvia. Las chicas. Los anuncios luminosos. Después su pensamiento viajó a las inscripciones de las losas de mármol, al anfiteatro recién descubierto, a la ciénaga junto al cuartel. Benus Strugus, pensó. Soldado romano Benus Strugus. Arbaan Stróg, normando. El turco Ben Asqer. Regresaba cansado de Pashaliman a la calle de Dibra, al pequeño bar. Le abrazaban, le atosigaban, le preguntaban: ¿Qué quieres, qué quieres, qué quieres? Estoy muy cansado, sólo quiero un café cargado. Alrededor de la base se emparejaban los erizos con las serpientes. Se oía música. El alambre de espino se extendía frío bajo la lluvia. El aldeano Belul Gjonomadhi tiraba con cuidado la zamarra sobre las parejas recién formadas. Sobre la tumba del viejo bajá caían gaviotas muertas. Estoy cansado, repetía, vengo de Pashaliman. Aquí están mis compañeros, la primera cama de la derecha, la segunda, la tercera, una hilera de camas a la izquierda. Alineados. Todos con la estrella en la frente. Esta es mi lápida: «Arben Struga — caído por la patria en Pashaliman en 1961». Música. El recuerdo de Iris. Siempre.

Capítulo vigesimoprimerο

Era sábado. Por las calles de la base caminaban grupos de soldados. Pasaban mujeres, niños y oficiales que hablaban albanés y ruso.

—Yo creía que aquí no había sábados —le decía un soldado a su compañero, mientras caminaban por la calle En Balde.

El otro le miraba sonriente.

—Donde hay gente, hay sábados.

Otros soldados caminaban por el bulevar de la Ciénaga en dirección al edificio del club. Dos de ellos llevaban una batería en las manos.

—¡Una orquesta! —exclamó un soldado boquiabierto, como si estuviera viendo un fantasma.

El representante del Pacto de Varsovia, Yeleznov, hizo un gesto de nerviosismo. A lo lejos se oían los sonos de la orquesta del club. Se incorporó y comenzó a pasear por la habitación. Qué reglas, exclamó para sí. Qué régimen. ¿Quién ha establecido estas reglas? Música, mujeres... Esto no es una base militar. Esto es... un cabaret.

Varias veces había aludido a ello en la reunión del Estado Mayor, pero sus ayudantes habían hecho oídos sordos; por su parte, él no había querido criticar abiertamente a quienes le habían precedido en el cargo. Llevaba aquí sólo tres semanas y, aunque muchas cosas no le gustaban, no consideraba prudente criticar a diestro y siniestro.

Volvió a sentarse a la mesa y tomó en sus manos los radiogramas de la tarde. Dos venían directamente de Moscú y precisaban respuesta urgente. Sus ojos se detuvieron un momento en el mapa de la base colgado en la pared. Las fortificaciones de la costa. Las baterías antiaéreas. Los depósitos de carburante. Los depósitos de torpedos. Las fortificaciones de la isla.

En la mesa, bajo sus manos, una breve relación del nuevo contingente de soldados soviéticos. Sustituiría una parte de los efectivos que llevaban más tiempo. Los albaneses también habían relevado a una parte de los

suyos. Ahora debía redactar un informe breve sobre la situación en la base. El requerimiento era urgente. El radiograma lo firmaba el propio comandante en jefe de las tropas del Pacto de Varsovia, Greçko. La situación en la base, se dijo. Como si fuera fácil.

En realidad, no tenía claro qué estaba ocurriendo. En Tirana, habían comenzado negociaciones con los albaneses sobre la base de Vlora, mas no sabía a ciencia cierta su contenido. Las órdenes eran contradictorias. No sabía si debía mantener la base o abandonarla. No comprendía cuál era el verdadero deseo de su país. Como militar hubiera deseado tener una orden tajante: conservar la base a toda costa u ocuparla totalmente o arrasarla. En las órdenes y radiogramas, sin embargo, aparecían matices respecto a todas estas variantes. En el último radiograma se solicitaba una opinión sobre las tres posibilidades. En realidad, él era partidario de la más difícil y peligrosa de ellas: ocupar totalmente la base. Se trataba de una de las bases más poderosas del campo socialista y la única en el Mediterráneo. Su pérdida motivada por la traición de los albaneses, debilitaría el poderío militar del campo socialista, de modo que era preciso arrebatarla por la fuerza. No entendía qué andaban filosofando esos burócratas astutos en las conversaciones de Tirana. Sus instrucciones eran confusas, meras divagaciones. ¿Por qué no le decían claramente lo que debía hacer? El, Yeleznov, estaba dispuesto, si era necesario, a ocupar la base. Él había tomado al asalto las infernales colinas de Zeel. No tenía miedo.

Miedo. Sus ojos volvieron a posarse sobre el mapa de la base. Con semejante potencial militar, el general más cobarde se tornaría valiente. Con esos submarinos, él podría partir Italia en dos. Después daría a Francia tal mordisco por el sur (había escuchado que por debajo, por las partes más blandas, mordían los lobos a las yeguas), que temblaría toda Europa.

Toda Europa, repitió para sí, qué quieres, a saber lo que estarán enredando esos burócratas impotentes del Ministerio de Defensa en las conversaciones de Tirana. Sólo piensan en que nos vayamos. Toda su vida la han pasado soñando con largarse del campo de batalla, dijo para sí. Abandonar la base. Coger los submarinos y los demás navíos y largarse. Naturalmente era la solución más fácil. Pero era triste. Incluso vergonzoso. Y, a fin de cuentas, ¿en beneficio de quién? Un año antes, los americanos habían reclamado el desmantelamiento de la base de Vlora como condición para unas negociaciones. La víspera de su partida hacia Albania, Malinovski, señalando el mapa de Europa, le había dicho: ¿comprendes lo que significa para nosotros la base de Vlora? Antes, nos veíamos obligados a instalar en Alemania los misiles dispuestos para atacar España y Gibraltar,

sin embargo, ahora los tenemos aquí. Aquí podemos instalar los misiles destinados a Suez. Gibraltar y Suez, pensó entonces Yeleznov, tendré en mis manos las llaves de Europa.

Y mira por dónde, estamos a punto de abandonar Vlora, se dijo. Imposible, añadió al rato. Sería un suicidio.

Tenía sobre la mesa el expediente sobre las notas, protestas, memorias, actas diversas, tomadas después de los incidentes producidos y a veces después de peleas entre soldados albaneses y soviéticos.

Cosa de burócratas, se dijo.

Escribió la breve relación, exponiendo su opinión sobre las tres variantes. Se inclinaba por la ocupación de la base. Prometía hacerlo rápido y con el mínimo de pérdidas. Mas si le ordenaban abandonar la base, eso era... facilísimo. Se quedó pensativo un rato. Facilísimo... Una parte de los submarinos y buques llevaba tan sólo tripulación soviética, el resto tripulación conjunta, albanesa y soviética. El primer grupo no planteaba ningún problema, en cambio el segundo... De todos modos, no era un obstáculo serio. Escribió con rapidez: «Para sacar de la base todos los submarinos y navíos de superficie, no hay ninguna dificultad». Imaginó cómo disfrutarían los burócratas cuando leyeran esta frase. Ésta es la mejor variante. Experimentó una rabia feroz. Le hubiera gustado escribir: irse de la base es imposible, pero no podía mentir. Así que, borró la frase: «no hay ninguna dificultad» y escribió: «no hay dificultades serias». En realidad, comportaría dificultades. Incluso grandes. Lo presentía. Se acercó a la ventana. De lejos llegaba música de baile. Aquel era un mundo del que se había separado tiempo atrás.

En la ventana del comandante albanés se encendió la luz. Yeleznov imaginó la cara alargada, delgada, del comandante albanés, que dirigía la base desde hacía siete años. También él trabajaba esa noche inclinado sobre el mapa. Quizá también odiara la música. Quizá pensara en las mismas cosas que Yeleznov, pero en sentido contrario. La alegría de Yeleznov sería su tristeza, su triunfo sería la derrota de Yeleznov. Cuando la cabeza de uno estuviera arriba, la del otro estaría abajo, como las figuras del poker. Ambos estaban ligados por un destino común. Cada uno era el doble del otro. Última-mente, en la base todo estaba doblado. Junto a cada albanés había un ruso. Los submarinos, los puestos de guardia, los polvorines, los estados mayores, todo tenía en su interior seres bicéfalos. Y todo este complejo casi mitológico poseía asimismo dos cabezas: Yeleznov—el comandante albanés.

Seguro que habría dificultades. En el momento fatal, los seres

bicéfalos intentarían morderse con la rapidez del rayo. En el momento fatal, repitió para sí. En el momento de la separación.

Los albaneses son temerarios. Ésta fue una de las primeras cosas que le dijeron cuando fue requerido al Ministerio de Defensa. Yeleznov no era menos temerario. Por esa razón le habían elegido.

Le habían elegido... No olvidaría nunca el gran banquete en el Kremlin la víspera de la Reunión de los 81 Partidos. Hacía tiempo que no le convocaban a las cenas gubernamentales. Están olvidando a los héroes, se decía. Los héroes ya no son necesarios. Su carrera declinaba con rapidez. Estaba siempre triste, entregado a sus recuerdos, a veces caía en un estado melancólico producto de la evocación de su propia muerte, su necrología, su entierro, el momento en que ellos se arrepentirían, demasiado tarde, de haberle abandonado. ¡Ah!, se decía a sí mismo, ya ha pasado tu momento, Yeleznov. Se acabaron las colinas de Zeel, se acabó tu suerte... mas, inesperadamente, una invitación del Kremlin. Aún no había escuchado nada. Estaba dicho so. Las lámparas vertían polvo dorado sobre su alborozo. Allí tuvo las primeras noticias. El país más pequeño del campo socialista se ha rebelado y se dispone a separarse. ¡Ja, ja, ja!, reían sus colegas, mirando con el rabillo del ojo al pequeño grupo de invitados albaneses. Veremos si pueden hacerlo... ¡Ja, ja, ja! Cuando, tres días después, le llamaron al Ministerio de Defensa, lo presintió. Yeleznov, partirás hacia Albania. La situación es grave allí. Tú salvarás la base que nos están arrebatando de las manos. De la base respondo con mi cabeza, gritó entonces Yeleznov. Parecía ebrio. Zeel se había eclipsado en su vida, mas la suerte le reservaba Pashaliman. Dos veces se le había manifestado la suerte en forma de colinas. Como seres ciclópeos, jorobados, se habían desplegado ante él, esperando que los cubriera de gloria y muerte o que los arrastrara toda su vida como un fardo de vergüenza.

Desde la ventana contempló la línea oscura del horizonte. Pashaliman, dijo para sí. ¿Acaso se había ido aquí el general turco dejando su nombre suspenso sobre estas lomas, como la serpiente que deja atrás su piel?

Sobre la mesa, junto a numerosas carpetas, había una edición bilingüe de la *Historia de la base naval de Pashaliman*. La había hojeado en varias ocasiones, de pasada, sin querer concentrarse en ella. Algo se lo impedía. Allí se reproducían documentos milenarios. La decisión del Senado Romano de reparar la recién ocupada base de Orikum, como punto de apoyo para la conquista de Oriente. El desembarco de César en una noche de tormenta. Las célebres palabras de éste al timonel: No temas, llevas a César. Las desavenencias de los príncipes albaneses a causa de la base. El *Firmán* de la

Sublime Puerta con sello del sultán Soleimán el Magnífico proclamando a la base de Vlora *Pashaliman*, es decir, puerto principal para la conquista de Europa. Documentos de lo más dispar, como decretos imperiales nombrando o cesando comandantes, facturas de abastecimiento, actas de incidentes, notas sobre temperaturas y vientos. La crónica de la base de principios del siglo XX. La visita de Mussolini. El minado de la base por los alemanes en 1944. La resolución del Mando Conjunto del Pacto de Varsovia, declarando la base de Pashaliman puesto más avanzado del campo socialista en esta parte del mundo. Aquí se interrumpía la historia.

Yeleznov retiró la mirada de la historia. Por un momento creyó comprender por qué no deseaba leer aquellas páginas. Se trataba de la antigüedad de la base, que le ocasionaba cierto nerviosismo. Era mil y pico años más vieja que el Kremlin. No era sólo nerviosismo. El nerviosismo encerraba también inseguridad. Yeleznov tomó la historia de la mesa y la colocó en la estantería, seguro de no volver a hojearla más.

Afuera, una vez que hubo terminado su trabajo con la línea de la costa y los límites del pantano, el ocaso borraba con rapidez todo lo que había en el entorno. La música no cesaba. Más vieja que el Kremlin, que los fundamentos del imperio ruso. ¡Ah!, exclamó algo en su interior. Creyó hallarse fuera de las proporciones permitidas del mundo. Se encontraba en el más allá de la historia, en el territorio de las sombras, allí donde aún nadie conocía a los rusos. Estaba solo en un mundo sin Kremlin, o sea sin equilibrio. Unos pasos más y, a través de la negrura, podía chocar con los mitos.

Yeleznov sacudió la cabeza. Los años de retiro le habían agriado el espíritu. Además, empujado por el aburrimiento, había leído bastantes libros. Permaneció frente al mapa de la base e intentó desechar estos pensamientos. Poco a poco volvía en sí. El eventual enfrentamiento en la base, sus fases, el cálculo del tiempo, de las pérdidas, del alboroto que provocaría en el mundo, todo esto le iba absorbiendo.

Pashaliman, repitió varias veces. Su boca no lograba acostumbrarse a ese nombre. Pashaliman, dijo de nuevo, como quien se esfuerza en aprender una palabra difícil, y al momento pasó por su cabeza que quizá fuera éste el último invierno en que aquellas colinas se llamaran así. En primavera, con el brote de la nueva hierba, quizá cambiaran también de nombre. Yeleznov—liman, o simplemente Yeleznov, ese es su futuro nombre, estuvo a punto de gritar. Por los siglos de los siglos.

Pisando descuidado entre los barracones, Beni se dirigía hacia donde tocaba la orquesta. Todas las ventanas del club estaban iluminadas. Partículas amarillas de luz habían caído alrededor sobre los charcos como adornos tirados al azar. Había en ellas cierta nostalgia callada. Pasaron fugaces por su mente todo tipo de puertas de hierro de residencias femeninas, ante las cuales nunca faltaban estos charcos, con esa bisutería ahogada en ellos y una orquesta en el fondo, más allá de la vejez de un conserje.

Se acercó a los cristales de las ventanas de la planta baja y miró al interior. Bailaban. El vaho de los cristales convertía las figuras humanas en una masa viscosa que continuamente se ondulaba, goteando aquí y allá, ojos, cabelleras y extremidades. Todo parecía pegado como una cera. Amistad, dijo para sí. La música contenía algo corrosivo. Sintió añoranza de Tirana. De la ciénaga venía un viento húmedo. Se separó de los cristales y rodeó el edificio buscando la entrada.

Dentro hacía calor. El pasillo y las escaleras que conducían al primer piso estaban llenos de oficiales, soldados y algunas mujeres. La puerta de la sala de baile estaba abierta y desde el pasillo se podía ver a los bailarines. Allí estaba el bar. En pequeñas mesas y en la barra, la gente tomaba café y coñac. También había mujeres. Beni se acercó a la barra y esperó su turno. No sabía qué pedir. Cigarrillos, quizá. Tenía la mente en blanco. Quizá por la música, quizá por la batahola.

—¿Vas a tomar coñac? —le dijo alguien a su lado, en un albanés macarrónico. Beni volvió la cabeza. Era un soldado ruso de ojos redondos, con pequeñas pecas entre la nariz y los ojos. Llevaba la gorra de cualquier manera.

—Cigarrillos —contestó Beni.

—Ya, cigarrillos. Pensé que tomarías coñac.

—No.

—Yo tampoco bebo —dijo el soldado ruso—, pero hoy he decidido emborracharme. ¿Por qué?, te dirás. —Dio un golpe a su gorra con la mano derecha, echándola a los ojos—. Por nada.

—¡Hm! —exclamó Beni. Recordó el consejo de guardarse de los provocadores.

—En realidad, tengo un motivo. Hoy he recibido carta. Metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó una carta arrugada—. Carta de Moscú, de mi amada. La carta es completamente normal. Querido Jurçka, te añoro

mucho, y bla, bla, bla, y cuando regreses iremos otra vez a Nieskutchni Sad y te envío abrazos y besos... todo normal, hermano, pero sin embargo, ah, sin embargo tuve un presentimiento. En cuanto leí la carta, me dije: Tanjočka me ha traicionado. Me levanté corriendo y vine aquí a emborracharme. ¿Eh?

Beni se encogió de hombros. El otro apuró la copa. —Traicionan ellas, hermano, te traicionan. Como dijo Plejanov, traición, tienes nombre de mujer.

Beni rió.

—¿Por qué ha sido expulsado un miembro de nuestro Buró Político? —preguntó el otro a bocajarro—. Me parece que se trata de una mujer. Como mi Tanjočka.

Beni se quedó boquiabierto. No esperaba una provocación tan clara.

—No lo sé —respondió.

—¿Cómo que no lo sabes? Lo sabes, pero no quieres decirlo.

—¿Y qué? No quiero decírtelo.

—¿Por qué? —insistió el otro—. Pregúntame tú por nuestro Buró Político, y te diré todo lo que sepa. ¿Eh?

—No.

—Pregúntame y verás cómo te lo digo.

—¿Y a mí qué me importa vuestro Buró Político?

—Claro que no te importa. Pero, ya que ha salido el tema... Pregúntame, por ejemplo, por Bulganin y verás si no te digo todo lo que sé. Yo no sé ocultar nada. Te lo digo francamente.

—¿Y a mí que me importa Bulganin?

—No, pero ya que ha salido el tema. ¿No tienes ganas de hablar de Bulganin? Pregúntame entonces de Malenkov, o por... Kirichenko.

—¡Vaya, hombre, pues sí que me preocupa mucho Kirichenko!

—Bueno, entonces por Molotov —dijo el otro. No me dirás que no era importante.

—No quiero.

—Pero, ¿por qué?

—No quiero y basta.

—¡Bah! —dijo el otro y volvió a golpear en la gorra—, no quieres, no quieres, ese es tu problema. ¿Crees que te lo he preguntado con mala intención? Era solo por hablar, hermano. Por hablar. Estamos aburridos. El hombre tiene necesidad de sincerarse. ¡Eh! ¡De qué vas a hablar! Dicen que nos iremos pronto. ¿Has oído algo?

Beni se encogió de hombros. Basta, dijo para sí. Ahora te estás

pasando. Miró a los lados, como buscando la forma de apartarse del ruso. En ese momento, un hombre flaco y alto se acercó a la barra cantando con voz nasal.

*Moscú, Tirana y Los Ángeles
se han reunido en un koljoz*

—Ah, ¿se han reunido? —dijo uno de los que bebían en la barra—. ¿Así que, se han reunido? —El hombre volvió la cabeza y Beni reconoció al ingeniero de cara rojiza. Parecía completamente ebrio.

—Yo no me ocupo de menudencias —dijo el flaco.

Beni se fue sin comprar tabaco. Se quedó de pie junto a una de las mesas vacías, en la cual había un cenicero lleno de colillas. El bar retumbaba de voces. La orquesta acababa de cesar en la sala contigua y a la entrada del bar afluyó un nuevo grupo. En él, Beni reconoció a la bella mujer rusa que había visto con el ingeniero borracho el día que llegó. Con absoluto desdén miró a su alrededor, luego bajó los ojos hasta el mantel de plástico de la mesa. La melena ondulada, color avellana, pendía sobre la mesa. En la sala contigua volvió a sonar la música. Beni sintió necesidad de fumar y se dirigió de nuevo a la barra. El soldado pecoso y molesto aún estaba allí. Beni esperó a que le atendieran dándole la espalda. Al poco se dio cuenta de que no tenía qué temer. El soldado se había enganchado al ingeniero. Este parecía bastante enfadado.

—Ya te lo he dicho, no quiero y basta —gritaba agitando con fuerza la cabeza. Sus ojos centelleaban—. No pregunto por cosas importantes, preguntaré por un tal Kiri-Kiri—Kirichenko. Ridículo.

—¡Qué gente más atroz! —murmuró el soldado.

Beni se acercó por fin al centro de la barra. Ahora se hallaba al lado del ingeniero, el cual tenía los ojos completamente empañados.

—Ridículo —rezongó para sí el ingeniero, arrugando los labios en un mohín de desprecio.

—Un paquete de cigarrillos —dijo Beni por tercera vez al camarero.

—¿Qué ha pasado aquí? —proseguía el discurso el ingeniero—. Unos hablan albanés, otros hablan ruso. Como la torre de Babel.

—La torre de tu madre —dijo el soldado pecoso y se fue dando traspiés.

El ingeniero comenzó a cantar en voz muy baja:

Liev Nikolaievich Tolstoi
No comía ni pescado, ni carne
Paseaba descalzo por el jardín.

El camarero vio por fin a Beni y le cogió el dinero. El ingeniero continuaba hablando solo.

—¿Crees que dentro del laberinto había de verdad un monstruo? ¡Ja, ja, ja! Ridículo. Yo soy ingeniero. A mí no me la dan con el minotauro. No ha existido ningún minotauro. El Laberinto era un edificio en cuyo interior se había instalado un horno para fundir cobre. El horno era secreto, porque la fundición de cobre era en aquella época como hoy el secreto atómico. Quien entraba allí para trabajar no volvía a salir. Se le ha tragado el minotauro, decían. Eso es lo que pasaba. Me lo contó un griego astuto. ¿No lo crees? Como tú quieras. ¡No, no y no! ¡Por favor! Todo tiene un límite. He aquí a Jelena Graçova. La fascinante Jelena Mihajlovna. Jelena Menelajevna Agamenovna. La causa de los horrores de la guerra. Queridas mujeres de la Troya heroica, en nombre de la organización de la Unión de Mujeres Soviéticas, os traigo los saludos más ardientes... vuestra lucha... ejemplo e inspiración, etcétera, etcétera. Ah, todo esto lo sabemos. Todo el problema es cómo salir de esta trampa. Porque, si se te va la mujer de casa, ¿por qué tiene que haber una guerra mundial? Decídmelo, ¿por qué? Supongamos que nuestro Nikita Jruschov rapta a la mujer del presidente de EE.UU. o al contrario, el presidente americano rapta a la mujer de Nikita, ¿acaso tienen que entrar en guerra todos los países del Pacto de Varsovia? Queridas mujeres de la Troya heroica... Esto es ridículo. Mil veces ridículo. Reventaremos aquí y no se enterará nadie. Conversaciones. Conversaciones. Repartamos los submarinos, dices tú. ¿Acaso es un pastel la base para que nos la repartamos? ¿Cómo? ¿De quién son los submarinos? De nadie. Que se hundan en el mar y no salgan más. Son de Julio Vente. ¿Cuántas veces tengo que explicároslo? ¿Cuántas veces tengo que explicaros que Anteo tenía la tensión baja y por eso necesitaba tumbarse en el suelo para recuperar fuerzas? Esto lo entiende hasta el último médico de la localidad. Idiotas. ¡Oh, moriremos en esta ratonera!

El cielo, que toda la semana había estado encapotado, se abrió en dos o tres puntos, como para respetar la costumbre de los domingos. El mar, en un intento de emular al cielo, había formado aquí y allá líneas blancas de espuma que lo tornaban más ligero y asequible a los humanos. Más esto no

duró mucho. El cielo se cubrió en seguida. Las líneas de espuma del mar se ensombrecieron y hacia las nueve desaparecieron por completo. Ahora ambos, cielo y mar, retirados a su neutralidad, se tornaron completamente ajenos.

Era la primera mañana que los reclutas llegados, albaneses y rusos, tenían unas horas libres. La calle número 1 de la Costa, el bulevar del Pantano, la calle del Teatro (así se llamaba el caminillo que discurría junto a las excavaciones del anfiteatro), el espacio vacío entre el puesto de guardia y el pantano, estaban llenos de voces y pasos descuidados. Beni y unos cuantos compañeros paseaban por el «poblado ruso». En los porches de las casas nórdicas de madera jugaban niños pequeños.

—Mira, Jelena Graçova —dijo uno de los reclutas.

Estaba en la ventana, mirando hacia la calle. Se diría que dentro de su cuerpo, en algún punto entre las costillas, o más abajo, ardiera plácidamente un fuego cuyos destellos se reflejaban sesgados en la superficie de los ojos. Mas en ese instante vio a los soldados y sus ojos se apagaron de súbito. Los miró casi con miedo.

—Y tú me has dicho que la has besado —dijo Beni a un recluta que había conocido dos días antes—. Pues ni siquiera te ha mirado.

—Te lo juro por mi madre —dijo el otro, rojo como un tomate—. Pero, a lo mejor, no se acuerda.

Beni dejó escapar la risa.

—Incluso me abrazó —insistía el recluta.

La risa de Beni fue aún más fuerte.

—Te lo juro por mi madre. Ya sé que no te lo crees. A lo mejor yo tampoco lo creería si me lo contaras tú. La verdad es que fue como un sueño. Me miró con ojos temerosos, casi aterrorizados, y me besó. Estaba caliente y como dormida. ¡Por mi madre!

Dos días atrás, le había contado a Beni cómo Jelena Graçova le había llamado desde la ventana. Soldado, ¿sabes arreglar teléfonos? Y él le contestó que sí, aunque no tenía ni idea. Luego se besaron junto al teléfono estropeado.

—Mejor dejamos esta conversación —dijo Beni Está bastante claro.

El otro hizo un movimiento con la cabeza como diciendo: La culpa la tengo yo, por ser sincero contigo. De frente venía un grupo bullanguero de soldados soviéticos. Cuando se aproximaron, ambos grupos callaron, mirándose de reojo.

—Son reclutas nuevos, como nosotros —comentó uno de ellos cuando

se alejaban—. Han llegado hace tres días.

—También ellos hacen reuniones continuamente —dijo otro.

—Ayer vi entre ellos a algunos que me parecían tártaros.

—A mi me parecen cal mucos.

—¿Es verdad que en Tirana las chicas van solas a los bares? — preguntó un recluta de Skrapar.

—¿Cómo solas?

—Sí, sin nadie que las acompañe.

Beni enterneció la mirada.

—Es rigurosamente cierto —dijo.

—Es maravilloso —exclamó el recluta, mordiéndose levemente el labio inferior.

—¿Vamos al anfiteatro?

Se dirigieron al anfiteatro y Beni les contó que le habían suspendido en el examen de acceso a la escuela de actores. Todos se echaron a reír. Dieron unas vueltas entre las gradas y la encharcada arena. Uno de ellos se metió bajo la húmeda bóveda de piedra, donde decían que curaban a los gladiadores heridos durante los combates. Otros dos buscaron en vano el hocico de jabali fosilizado que habían dejado los arqueólogos. No hay nada, dijeron al salir de una galería a medio descubrir. Lo habrá cogido alguien.

Cuando dejaron el anfiteatro, vagaron un rato a orillas del pantano, llegaron hasta la tumba del Bajá Viejo, y luego volvieron al club a comprar tabaco. Alguien había puesto el gramófono. Todavía se percibía el olor a tabaco del sábado. Mientras caminaban en dirección al cuartel, Beni escuchó que alguien gritaba su nombre. Un soldado menudo, rubio, preguntaba a todos:

—Arben Struga, ¿conocéis a un tal Arben Struga?

—Soy yo —dijo Beni.

—Tienes un telegrama —dijo el soldado, sin mirarle a los ojos.

Sintió una breve convulsión que le provocó un agarrotamiento interior. Las piernas le llevaban automáticamente al cuartel. Sus manos arrugaron las cartas y tarjetas que le acababa de entregar el cartero. Pashaliman. Pashaliman. Pashaliman. Allí estaba. Pálido como la muerte. Lo adivinaba. Las letras eran pequeñas, ordenadas sobre una cinta ciega: Papá ha muerto. Entierro por la tarde. Besnik.

Retuvo el telegrama ante los ojos, como si esperara que las pequeñas letras se movieran sobre la cinta. Mas estaban petrificadas. Eternas. Ha muerto. Ya no se podía cambiar nada.

Camiones salpicados de barro, carros, trenes, almiares, corrían en sentido contrario. En la caja del camión, el viento cortaba. Beni iba envuelto en un capote y no pensaba en nada. Su ser, que una hora antes se había deshilachado con el anuncio de la muerte, ahora parecía compactarse bajo el viento gélido. Una presión de sienes en algún punto lejano, fuera de él, como en el extremo de un vacío. Tenía la sensación de que su cuerpo estaba esparcido sobre un plano inmenso, que los brazos, la cabeza, los ojos, se hallaban muy lejos unos de otros y que de momento sería vano que intentara encontrarse. Pequeñas ciudades, cuyos nombres ignoraba, quedaban atrás continuamente.

Arribó a Tirana a las tres y cuarto. La ciudad era extraña. Todo el mundo corría al cine o al café. Caminaba deprisa entre la turba que abarrotaba las aceras y tenía la impresión de que en cualquier momento caería de bruces, pues los clavos de sus botas resbalaban sobre las baldosas.

Delante del edificio donde se hallaba su casa, vio dos autocares, después coches, muchos coches, y un poco más allá el coche fúnebre negro. Alrededor merodeaban unos niños. En las escaleras había gente. Sintió sus miradas, sus suspiros y, sin volver la cabeza, comenzó a subir. Dos, tres, cuatro... Un fuerte sollozo le sacó de súbito de su agarrotamiento. Las rodillas casi no le aguantaban. En la puerta abierta había mucha gente. Sintió cómo cambiaron al verle, se alargó el gentío, se abrió, le dejaron pasar y vio en el pasillo a Mira con una cinta negra en el pelo.

—Beni —gritó y se abrazó a él. Sintió que se le humedecían las mejillas con las lágrimas de su hermana. Estaba blanca. También Besnik. Este le abrazó y le introdujo en la habitación de los hombres. Allí ya no entendía qué pasaba. La habitación estaba llena de manos que se tendían hacia él. Luego, Besnik le dijo que saludara a Raboja y se levantó de nuevo. El féretro estaba en la estancia contigua, colocado horizontalmente, como un obstáculo.

Rabojá le abrazó y rompió a llorar. Algunas mujeres plañían. Entre ellas, Zelka. Besnik apareció en la puerta. Le decía algo, mas Beni no comprendía. Después le cogió del brazo y le volvió a llevar a la habitación de los hombres. Allí le invadió una gran quietud. El olor a tabaco y café y las voces bajas, graves, creaban un clima de seguridad y sosiego. Alguien le ofreció un cigarrillo. Beni lo tomó. No conocía a la mayoría de las personas. Entonces se apercibió de que presidía el duelo junto con Besnik. Huérfanos. Su mirada captó otra vez en el corredor la cinta negra de Mira y sintió

deseos de llorar. Tenía cien mariposas negras revoloteando en su interior. De repente descubrió que se hablaba en la habitación. Le pareció sorprendente. En verdad era increíble. Inaceptable.

—La lluvia, ahora, daña el trigo. Harían falta dos semanas de buen tiempo, por lo menos.

No daba crédito a sus oídos. Miró a los demás. Después a Besnik. Nadie hacía ademán de responder.

Locos, pensó. Infames. Osaban hablar del tiempo cuando... cuando... Quiso levantarse, mas estaba muy cansado.

Hablaron del trigo hasta que llegó un nuevo grupo. Los demás se apretujaron. Trajeron sillas. Alguien decía: Siéntese aquí, camarada ministro.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó uno de los recién llegados, dirigiéndose a Besnik.

—Ya se sabía —respondió Besnik—, sin embargo, fue demasiado rápido.

Yo no lo sabía, pensó Beni.

—¿Le trataba usted? —se dirigió alguien a un hombre de mirada perdida.

—Sí —respondió—. Le daba sesiones de rayos. —Tengo entendido que ha llegado a su hospital un aparato nuevo —dijo el ministro.

—Sí, hace tres meses.

—Y ¿cuáles son los resultados?

El médico abrió los brazos.

¡Qué resultados!, exclamó Beni para sí mientras en su cerebro se dibujaba como un relámpago la línea negra del féretro en la habitación contigua.

Alguien le susurró algo a Besnik. Este miró el reloj. Ahora hablaba sobre la dotación de los hospitales. Mira y Zelka sirvieron café. Un hombre de los que aguardaban en el pasillo entró e, inclinándose, le dijo algo a Besnik al oído. Besnik asintió con la cabeza. Los demás consultaron sus relojes. Comenzaron a levantarse. ¿Tan pronto?, se dijo Beni. Todo se movía a su alrededor. Alguien le cogió del brazo.

—Ven tú también.

Se encontró con un grupo de hombres en el cuarto del féretro. Ahora comprendía... Debía llevar el ataúd. Las mujeres estaban de pie. Besnik se inclinó y asió uno de los tiradores metálicos.

—Coge el otro lado —le dijo a Beni una voz.

Se adelantó y cogió el ataúd por el otro lado. Los demás también se

inclinaron. El féretro se separó del suelo. Alguien decía: de esta parte, giradlo de esta parte. Las mujeres se entregaron al plañido. Beni tuvo la sensación de que sus pies se habían quedado en las botas como en una trampa. Los otros giraron a duras penas para salir al pasillo. En el pasillo estrecho, el dolor se contrajo, se hizo insoportable. Era un continuo roce de ropas negras. Las esquinas del féretro tocaban las paredes. Alguien movió, sin querer, el teléfono, que emitió un gemido corto, casi humano. Por fin el ataúd, con un movimiento helado, salió por la puerta.

Tras la puerta quedó el llanto de las mujeres, como un muro. Comenzaron a descender las escaleras. El ataúd basculó. Inesperadamente, el muerto se hizo más pesado, los portadores dieron un traspie; por un momento pareció que quería arrastrarlos hacia abajo, al abismo.

Al final de la escalera, todo se normalizó. Desde las ventanas de los apartamentos miraban cientos de personas. Los motores de los automóviles estaban encendidos. El féretro fue colocado en el coche negro del servicio comunal. Las portezuelas de los vehículos comenzaron a abrirse y cerrarse con golpes secos. Alguien gritaba sin parar. Beni permaneció un rato de pie, completamente inmóvil. Pensó volver a subir las escaleras y ver a Raboja, mas alguien le tiró del brazo, le empujó, casi a la fuerza, a un coche. Estaba entre desconocidos. Tras el cristal de otro auto que avanzaba a su lado, Beni vio la cabeza de Mira con la cinta negra. El cortejo había iniciado la marcha.

Al otro lado de los cristales, la ciudad parecía un acuario. Los innumerables transeúntes quedaban siempre atrás en las aceras, en las paradas del autobús, bajo letreros de bares, farmacias, cajas de ahorros, bajo las carteleras del domingo y bajo todo tipo de cifras y horarios, que aún se distinguían con la última luz del día que terminaba suavemente. El cortejo fúnebre dejaba atrás todas esas cuentas cerradas definitivamente para Struga. Abandonó la calle Friedrich Engels, salió a la calle del Pinar y prosiguió su marcha por la carretera de la periferia que conduce al Cementerio Número 2 de la capital.

El cementerio era grande. Los coches y autocares avanzaron unos minutos por su interior. Luego se repitió la andanada de golpes de las portezuelas y Beni se encontró fuera. La amplitud aliviaba un poco el dolor. Parecía que las colinas y, sobre todo, las montañas, cerca y lejos, absorbían una parte. Beni recordó entonces que precisamente en esta zona de las afueras, quizá en la colina de enfrente, estuvo en un tiempo la tumba de la reina madre que había volado Struga en 1944. Pensó que, de no haberlo hecho, su padre tendría de ahora en adelante a la vieja reina por vecina.

Entre tanto, todos caminaban en la misma dirección, hacia algo que no

se veía. Luego, el numeroso grupo se detuvo. El tenía delante un muro de espaldas. Allí delante ocurría algo. Algunas frases entrecortadas volaban alrededor, como astillas cuando se corta un tronco... camarada Struga... nos ha dejado... lucha... comunista... porque... siempre luchando... inolvidable...

El discurso finalizó, pero las espaldas permanecían inmóviles. Allí delante ocurría algo. Sintió que la gente se removía. Se escucharon las palabras: El otro hijo, el segundo. Le estaban buscando y dio un paso al frente. Por fin le vieron, le abrieron el paso, le empujaron en una dirección. Vio la cara pálida como la cera de Besnik, que miraba hacia abajo. La tumba. Alguien se inclinaba sobre ella, se movía, dos o tres personas le ayudaban. Beni comprendió: estaban bajando el ataúd. Después vio cómo Besnik se agachaba y alargaba la mano hacia el cúmulo de tierra recién excavada. Los puños blancos de la camisa...

—Tira un puñado de tierra —le dijo alguien al oído.

Beni se agachó. La tierra estaba fría. Llenó el puño de tierra y la tiró. La tierra cayó sonoramente sobre la madera del féretro. ¿Qué estoy haciendo?, pensó. Por un momento creyó que debía lanzarse y retirar aquel puñado de tierra que con tan poco cuidado había arrojado sobre su padre. Mas, entre tanto, decenas de manos tiraban puñados de tierra. Y por si no fuera suficiente, entre las manos apareció algo plano, ciego, metálico, que comenzó a tirar con rapidez, con impaciencia, montañas de barro sobre el recién sepultado. Era una pala.

Un cuarto de hora después se habían marchado todos. Sobre el montón fresco de tierra habían colocado una placa provisional: *Tumba número 34.592. Xhemal Struga, 54 años.* La luz del día se mantenía aún sobre los montículos. Como si un rebaño de ovejas, al hablar de la montaña, hubiera dejado mechones de lana por los arbustos.

Abajo, a los pies de las colinas, se divisaba la ciudad. Ahora que se habían encendido las luces, parecía más lejana. Con unos ojos que no parecían los suyos, Beni leía las placas de las tumbas situadas a derecha e izquierda de la de su padre. En medio del dolor, pretendía insistentemente asentar la idea de que, mientras ellos continuarían teniendo en la ciudad los mismos vecinos, su padre, de ahora en adelante, tendría otros.

Estos eran vecinos casuales, pero invariables. Struga estaría junto a ellos dos o tres siglos. Podía permanecer incluso más, si la ciudad no crecía nunca en esa dirección. Quizá cinco o seis siglos. Quizá miles de años.

Capítulo vigesimosegundo

Una parte de los participantes en el entierro, regresaron de nuevo al apartamento de los Struga. En el pasillo y las habitaciones había un movimiento continuo. Ahora Beni estaba junto a Besnik en la habitación principal, donde se recibía a los hombres. Todavía llevaba el largo capote militar, manchado de barro durante el viaje en el camión. Al volver del entierro, quiso ponerse ropa de civil, pero todo estaba cambiado de sitio y era imposible encontrar nada. Los hombres tomaban café, fumaban y hablaban de todo. Entre ellos estaba Kristaq. Fumaba y miraba pensativo un punto delante de las rodillas. A lo mejor han arreglado algo, pensó Beni, pero entonces se dio cuenta de que Zana no estaba por ninguna parte. Tampoco Liri.

—¿Cuándo te vas? —le preguntó Besnik en voz baja. Era la primera vez que le preguntaba algo.

—Mañana.

—Allí, ¿hay estado... de emergencia?

—Sí.

—Algo me ha contado Zelka.

—¿Sufrió mucho? —preguntó Beni, cambiando inesperadamente de tema.

—Sí —dijo Besnik—. Preguntó varias veces por ti —añadió al poco. Beni no sabía qué decir.

—Estaba muy preocupado. Había oído hablar de la situación allí.

—Tenía muchos amigos oficiales —dijo Beni—. Quizá le hablaran de ello.

—Es posible.

Entró en la habitación un nuevo grupo de gente. Se dirigían a Besnik y le abrazaban. Después comenzaron a saludar a los demás. Alguien les hacía señas para que reparasen en Beni.

—Es el segundo hijo —explicaba una voz baja.

También estos preguntaron cómo había muerto Struga, y Besnik, al

responder, buscaba al médico con la mirada. Siempre estaba allí, en un rincón.

Después volvieron los compañeros de Besnik, entre ellos el redactor jefe. Éste se sentó junto al ministro y emprendieron una conversación que, al parecer, habían dejado a medias antes del entierro.

Llegaron Skënder Bermema con su esposa, la tía de Zana, y otros hombres que Beni había visto en casa de los Bermema. Un oficial viejo que entró detrás de ellos saludó con el puño. En Pashaliman había escuchado que, junto con la anulación de los grados en el ejército, se restablecería el viejo saludo guerrillero.

Sus ojos captaron a Maks, que andaba por el pasillo porque debía darle vergüenza entrar en la habitación. Ahora recordó que en el cementerio le había visto con Sala y «Crisis general», merodeando por allí bastante afectados. Sin motivo aparente, recordó el ruido de los puñados de tierra sobre la madera del ataúd y se mordió los labios.

—¿Soldado en Vlora? —preguntó alguien.

Beni afirmó con la cabeza. Sintió que dos o tres pares de ojos le miraban con conmiseración. No sabía cómo escapar de ellos. A su lado se hablaba de política.

—Muchachos, ¿cómo van las cosas con la Unión Soviética? —preguntó un anciano de cara limpia, tan delgado que se le transparentaban finas venas de color malva.

Los otros se miraron. El ministro y el redactor jefe proseguían su conversación en voz baja. Alguien tosió.

—¡Eh, hombre! Aquí todos somos de los nuestros, del Partido —dijo el viejo—. ¿Por qué os miráis? ¿Tenéis secretos con nosotros?

—No, abuelo, no es eso.

—Sí que es, sí —replicó el viejo. Su delgado rostro se sonrojó en varios puntos—. Tenéis secretos con nosotros. Y, claro, un buen día nos vamos como aquí éste... Entonces lo lamentáis, pero claro...

Besnik no dejaba de mirar al viejo. Los últimos días, estando ya Struga a las puertas de la muerte, le contaba fragmentos de las conversaciones de Moscú en los ratos que se quedaba a solas con él en la habitación. Sabía que no sólo ahora, sino incluso cuando la ruptura con la Unión Soviética fuera un hecho histórico, seguirían siendo secreto de Estado, mas a Struga le quedaban pocos días en este mundo, y todo lo que escuchara se lo llevaría consigo. Contándole detalles que jamás revelaría a nadie, Besnik sabía la enorme satisfacción que le proporcionaba. Struga se reprimía y nunca iniciaba él mismo la conversación. No quería obligar a

Besnik. Toda su felicidad consistía en que Besnik se lo contara por propia iniciativa, sin sentirse obligado por nadie. Incluso, mientras le escuchaba, no le pedía aclaraciones o nuevos detalles. Tan sólo chascaba la lengua de vez en cuando, al escuchar alguna réplica enérgica. Qué zorro, decía a veces de Mikoyan. Le gustaba explicar a Besnik que había conocido a un armenio, muchos años atrás, en el puerto de Vlora. Así son todos ellos, decía. Despiertos como judíos.

—No, abuelo, no es eso —repetía alguien—. No es que no queramos contárselo a los viejos, pero es que nosotros tampoco sabemos gran cosa. Sabemos tanto como vosotros.

—Nos hemos distanciado de la Unión Soviética y de todo el campo, esto lo saben hasta los búhos —dijo el viejo—, pero yo os pregunto: cómo van las cosas ahora.

Los otros volvieron a mirarse. Cómo van las cosas ahora, eso no lo sabía nadie. El ministro y el redactor jefe... ellos podían saber algo, pero continuaban dialogando en voz baja. En la prensa todavía no se decía nada. Todo parecía adormecerse.

—He visto muchos rusos por el hotel Dajti —dijo el viejo—, por eso pregunto.

—Cierto —intervino alguien—, últimamente han llegado muchos rusos a Tirana. No...

—No se sabe. A lo mejor...

—Yo también he visto muchos militares suyos aventuró otro—. Un par de ellos me parecieron almirantes.

—Sin embargo, continúa la marcha de especialistas —aseveró otro.

—No está muy claro este asunto —dijo una voz.

Hablaron un rato de ello y, más o menos, todos pensaban que de alguna manera, fuese como fuese, aparecía en el horizonte alguna señal de calma. El hecho de que la prensa, que se esperaba publicara la ruptura, no lo hiciera y, además, el hecho de que...

—Dicen que los almirantes han venido para negociar la base...

Quien esto decía, dándose cuenta de que comentaba cosas que no debía, interrumpió la frase de tal manera que no dejó huella en la charla general.

Estos no saben nada, dijo Beni para sí. Trabajan en misterios, instituciones centrales, y sin embargo no saben que la olla está hirviendo. A lo mejor hay una tranquilidad aparente en la superficie, mas la olla hierve por dentro. Beni recordó, lejano como si viniera de otro mundo, la tarde del

sábado, al soldado pecoso ruso, al ingeniero borracho. Oh, moriremos aquí, había dicho dos o tres veces el ingeniero. Y estos de aquí piensan en que se arregle, se dijo Beni. De nuevo hablaban del trigo. Todo quedó claro a causa del trigo... y de los ratones.

En la ventana se sintió un ruido suave y alguien dijo: Lluvia. Beni sintió una sensación de alarma que recorría su cuerpo. Lluvia. Sin embargo él estaba allí, bajo la lluvia, inerte. El agua penetraría con rapidez la tierra esponjosa, se acumularía sobre la madera del ataúd y después gotearía dentro, donde estaba él.

Lluvia. Ellos, mientras, proseguían la conversación. Beni inesperadamente, sintió cansancio y ya no pensó en nada.

Aún no había amanecido del todo, cuando Beni salió a la calle. Hacía un frío húmedo. Aquí y allá, en las casas se habían encendido las luces, mas éstas, en lugar de resaltar la estructura de la calle, la distorsionaban casi por completo. Había niebla. Beni atravesó la desierta Plaza de la Alianza, escuchando el eco de sus propias botas que venía de los extremos como de una realidad con otras proporciones. La idea de que aquella mañana le faltaba su padre le llegó fría, también como de otra realidad, en la que el tiempo era único, indiviso en días, noches, tardes y estaciones. Quizá fuera así el tiempo de la muerte, una bruma enorme, negra, en bruto. Vio a lo lejos los cristales del bar Krimea débilmente iluminados por el amanecer. Penetró en él sin pensarlo. En las pequeñas mesas, algunas personas con los hombros encogidos por el frío tomaban café. Alguien, mientras fumaba en pipa, leía un periódico que no se entendía dónde podía haber comprado tan temprano.

—¿Hay algo? —preguntó un hombre menudo desde la mesa de al lado.

—No —dijo el otro sin volver la cabeza.

Beni pidió café. Entró un policía que también pidió café.

—No —murmuró el hombre que había preguntado—, sin embargo lleva una hora leyendo.

Miró a Beni y agitó la cabeza con desesperación. Beni empezó a tomar el café.

—Periódicos a estas horas —dijo el hombre menudo, mirando de reojo el periódico, como si viera la cosa más inverosímil—, no entiendo estas cosas.

El lector prosiguió fumando su pipa con tranquilidad.

—Te hielan la sangre desde por la mañana —comentó el hombre menudo.

Beni volvió la cabeza hacia el cristal para no responderle. Fuera, en la semioscuridad de la mañana, los primeros autobuses se dirigían al gran bulevar haciendo palpitar las somnolientas luces. Beni pagó y salió.

Hacia las once, Besnik entró en el Comité de Tirana para entregar el carnet del Partido de Struga. En la sala había gente. El primer secretario no recibe hoy, le decía a alguien el funcionario de servicio. ¿Usted, compañero?, se volvió a Besnik.

—Yo... a protocolo... para entregar el carnet...

—¿Por... fallecimiento?

Besnik dijo «sí» con la cabeza. Al encontrar los ojos del otro, que le miraban con ternura, añadió:

—Mi padre.

—¡Lo siento, compañero! —Sin dejar de mirarle, le indicó las escaleras con la mano.

—Segundo piso, puerta once.

Besnik subió la escalera despacio.

El funcionario, tras hojear el carnet, levantó la vista de la pequeña fotografía dirigiéndola a la cara de Besnik.

—¿Su padre?

—Sí.

—¡Lo siento, compañero!

—¡Gracias! —respondió Besnik.

El funcionario abrió un registro grueso, donde escribió el nombre de Xhemal Struga, las fechas de nacimiento y muerte, y el número de carnet.

—Firme aquí, por favor —le dijo a Besnik.

Besnik estampó su firma.

—¡Lo siento! —repitió el otro, cuando vio que Besnik permanecía aún de pie.

Besnik esbozó algo parecido a una sonrisa, como diciendo «qué le vamos a hacer» y, tras saludar con la cabeza, abandonó la oficina.

Afuera el aire tenía una gelidez nívea. En el jardín de al lado, unos obreros del servicio comunal pintaban los bancos y la cancela de hierro.

Caminando por la acera, Besnik pensaba que, al cabo de unos días, el carnet que acababa de entregar sería llevado a la sede del Comité Central, al Archivo del Partido. Allí, sería depositado en una de las cajas fuertes junto a

otros documentos, carnets, actas importantes (quizá al lado de las actas de la reunión de Moscú); y la pequeña llama eterna de Struga ardería por los siglos de los siglos.

Igual que unas semanas antes, Besnik imaginó que un día también su carnet sería depositado allí. Entonces se encontraría con su padre como entre las estrellas.

Caminando, sentía dolor por él, mas era un dolor soportable, de tal modo fundido con todo el entorno que creía que los bancos y cancelas recién pintados de los jardines que flanqueaban el gran bulevar tenían ahora su color.

Beni viajó todo el día en varios vehículos. Cuando llegó a Pashaliman, la base estaba en estado de alerta.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Beni en el cuartel.

—No sabemos nada. Alarma. ¿Y tú, dónde estabas?

—En Tirana.

—¡No bromees!

—Ha muerto mi padre.

—¿De verdad? Lo siento.

El pequeño grupo que le rodeaba permaneció un rato silencioso.

—¿Y aquí? —preguntó Beni.

—¿Qué? No sabemos nada. Estado de alerta.

—Tú debes dormir ahora —dijo el centinela—. A las doce tienes guardia.

Burócratas... han vencido..., murmuró Yeleznov por décima vez. Dos horas antes, por medio de un radiograma, había recibido la orden de abandonar la base de Pashaliman llevándose todas las naves. La orden definitiva llegaría más tarde. En el radiograma se subrayaba que la marcha podía efectuarse por la fuerza o subrepticamente, por sorpresa. Yeleznov debía estar preparado para las dos alternativas.

A escondidas, pensó Yeleznov. Eso faltaba, que huyera a escondidas, como un ladrón. Sonrió amargamente. ¡Qué no parirán las mentes de los burócratas!

Tenía delante el mapa de la base. Debía prepararse. Para la huida. Buscaremos Vlora, pensó. Buscarían Vlora deambulando sin rumbo por

aguas del Mediterráneo, sin encontrar nunca refugio en sus costas. Erraremos por el Mediterráneo como judíos por el desierto.

De todas formas, debía prepararse. Debía preverse todo lo que pudiera suceder en el momento fatal de la separación. La acción para ocupar los submarinos y buques de tripulación conjunta debía ser relámpago. Podía darse, sin embargo, que los albaneses se retirasen dócilmente. A fin de cuentas, deberían alegrarse de que los submarinos de la Unión Soviética, que ahora calificaban de enemigo, se fueran de su tierra. Yo no me iría jamás, dijo para sí Yeleznov.

Sonó el teléfono. Levantó el receptor y escuchó un momento con atención.

—¿Cómo? ¿Un general occidental? No es posible.

—Le han visto —decía la voz del auricular—. Le han visto hoy por la mañana.

—Capitán Shkurin, ésta es una información de extraordinaria importancia —dijo Yeleznov—. Debes verificarla y presentarte a mí inmediatamente.

—¡A la orden! —dijo la voz.

Yeleznov se puso de pie. Un general occidental en Albania. Esto cambiaba radicalmente la situación. Un país del Pacto de Varsovia recibe a un general occidental, sin informar a los otros miembros... Era increíble. Si es verdad, los albaneses han caído solitos en la trampa. Si es así, no hay huida, dijo para sí.

Fuera estaba oscureciendo. Intentaba imaginar el texto del radiograma largamente soñado: Al héroe de la Unión Soviética A.A. Yeleznov. Debe ocuparse la base de Vlora a cualquier precio. Y su respuesta: Respondo de la base con mi cabeza. Yeleznov.

Sólo deseo que sea verdad, se dijo.

Se sentó a la mesa y comenzó a hojear los folios de un informe sobre la psicosis colectiva en la base. Eran fragmentos de diálogos, rumores, a veces cotilleos, que circulaban arriba y abajo entre el personal albanés y soviético de la base. Estaba leyendo sin atender a lo que hacía: Yo soy comunista, tú no lo eres, pero a los dos nos une el submarino. Vlora, la última isla de la amistad albanó-rusa. ¿Quieres que te hable de Kirichenko? Estamos atrapados en esta base como en una trampa de la que no podemos salir. ¿Cómo hemos llegado a esto? Queridas mujeres de la Troya heroica... Ah, otra vez ese, el loco, el ingeniero, se dijo Yeleznov. Era imposible entender nada de sus prolongados monólogos. Oh, moriremos aquí...

Llamaron a la puerta.

—¿Eh? —exclamó Yeleznov al ver a su ayudante en el umbral.

—No era nada.

—¿Cómo? ¿No era un general occidental?

—Sí, lo era, pero... no lo que nosotros pensábamos...

—Shkurin —dijo furioso Yeleznov—, ¿crees que es el momento de hacer bromas?

El capitán se puso firme.

—No, camarada comandante.

—¿Entonces?

—El general occidental no ha venido con ninguna misión... sería. Recoge los restos de soldados muertos en Albania durante la II Guerra Mundial.

—¿Y por qué?

El otro se encogió de hombros.

—Va con él un cura.

—Yo no me ocupo de curas —dijo Yeleznov, dándole la espalda.

O sea, que habrá marcha, se dijo cuando salió su ayudante. Salida en dos variantes: a las claras, mediante la fuerza o, en último extremo, a escondidas, como ladrones. Menos mal que, por lo menos, no insisten en la segunda variante. Al principio, la sola idea de marcharse le había parecido horrible. Pero había idas e idas. Al menos, una marcha digna. Al menos, no a escondidas. Al menos... Le pendía la cabeza sobre la mesa. Le vencía el sueño. Los últimos días había dormido poco. Al menos, no a escondidas, repetía para sí. El héroe de los altos de Zeel... por lo menos... se preparaba para abandonar... según la primera variante, la primera variante, la primera... la base más poderosa del Mediterráneo... abandonar... al menos, no a escondidas... la base... al menos... los submarinos surcarán las aguas... avanzarán los submarinos... cortarán la espuma... tras los submarinos, tras él, Yeleznov, correrían, se deslizarían... riiiiian... medusas, pulpos, ballenas azules... se deslizarían azules... gritarían: ¡atrapadle, atrapadle!... ha robado... los submarinos.

Las luces eran escasas en el bulevar del Pantano y en la calle del Teatro. Asimismo había luz en las dos plantas del edificio del Estado Mayor. El resto de la base estaba sumido en la oscuridad. Justo en la parte oscura tenía los ojos clavados Belul Gjonmadhi. Había descendido por la ladera de la montaña hasta el límite de la base y acechaba. En la zona oscura

de la base había unas lucecillas rojas, azules, verdes, que titilaban discretas en la lejanía. Creía que aquellas luces le hacían guiños y se burlaban. En algún punto entre aquellas luciérnagas debía encontrarse el... radar. ¡Uf!, exclamó para sí Belul Gjonmadhi.

Dos días antes, en el café de la aldea, se había vuelto a hablar de la base. Se dijeron cosas increíbles. Se escucharon palabras alarmantes. Al principio no quiso mezclarse en la conversación. Se sentía ofendido por la base desde que, el viernes de la semana pasada, se acercó por casualidad a las alambradas y los centinelas le echaron con cajas destempladas. Se sentía brutalmente ofendido. Regresó a la aldea desolado, con un nudo en la garganta que iba creciendo como si pretendiera ahogarle. ¡Ojalá no vuelva a oír el nombre de Pashaliman!, se dijo entonces. Sin embargo, anteayer, en el café de la aldea, las palabras fueron demasiado preocupantes. Por la noche se despertó bruscamente. En los oídos tenía un antiguo lamento de plañideras. Sacudió la cabeza para deshacerse de él y se diluyó, desapareció. Entonces comprendió que se trataba de un sueño.

Presa de alarma, se levantó. Voy ahora mismo, dijo para sí, a ver qué ocurre. Se vistió en silencio, se echó la pelliza a los hombros y salió. La noche era fría, cerrada. Durante dos horas descendió por las veredas hasta llegar a la alambrada. El viejo plañido seguía en su oído:

*Levántate, hermana,
Que no tendremos Pasha mañana.*

Dos o tres veces quiso volverse. ¿Qué pinto yo aquí? Me han echado los centinelas. ¡Que defiendan la base los niños de Tirana! Mas entonces pensó: nos quitarán la base. Y la idea era amarga.

Las luces azules, amarillas, tiritaban allá lejos. Engañarán a los niños con esas lucecillas y nos arrebatarán la base, se repetía. Recordó proyectores italianos de la Guerra de Vlorá, en 1920. Era la primera vez que veía proyectores en la guerra. El primero en iluminarse fue el del campo de Qishbardha. Ah, el fantasma, gritó aquella vez Kanan Alimerko, me ha cegado el fantasma, y cayó tapándose los ojos con las manos. Cuando se levantó, estaba totalmente desorientado y le abatieron las balas enseguida. Selam Musai, por su parte, gritaba: Cerrad los ojos, que se enciende la luz. Y atacaron la alambrada con los ojos cerrados. Recordaba cuando Selam Musai cogió el cañón por la boca. Aquel cañón hizo estragos durante el asalto. Selam Musai era bajo. Se puso de puntillas y echó la mano al cañón, como quien la pone en el cuello de un caballo desbocado. Pero el cañón

estaba ardiendo e inmediatamente la retiró y se la sopló. Luego se volvió a lanzar sobre el cañón intentando bajarle con las dos manos. En ese preciso momento, le dispararon desde la otra trinchera y le mataron.

A Shaqo Vranishti se le clavaron los espinos en el pecho y no conseguía desengancharse. Atrás, gritaba Zigur Lelo, echad las pellizas sobre la alambrada, después pasad sobre ellas. Shaqo quedó hecho un colador por las balas. También murió allí Gjon Gjonmadhi, primo de Belul, y Nase Argjiri, que había ido al asalto con unas tijeras, y el propio Zigur Lelo, el comandante, el que enseñaba a los demás a evitar que los mataran.

Los alambres de espino aún estaban allí, en el límite de la base. Cuando unos días antes el centinela le había gritado que se apartara de la alambrada, Belul le espetó: Mocososo, estos alambres los he saltado yo echando encima la pelliza cuando tú no habías nacido todavía. Pero el centinela le apuntó con el arma y le dijo fríamente: Lárgate o disparo. Jamás había sufrido tan grande ofensa Belul Gjonmadhi. Los ojos se le anegaron. ¡Dispara, mocoso, dispara!, le gritó sacando el pecho. El soldado le miró con desdén. Belul Gjonmadhi se marchó desolado. Se juró no volver siquiera la cabeza hacia Pashaliman y, no obstante, hoy se ha levantado y caminado dos horas para ver qué ocurre. Mas ahora es de noche. Ahora no le ve nadie. Toda la vida ha amado esta tierra. Ni la ofensa puede separarle de ella.

Sagrada tierra de guerras, se dijo quién sabe cuántas veces. Este trozo de tierra fue creado solamente para la guerra. La costa es larga, interminable, mas sólo aquí había animado la contienda. Belul amaba la guerra. Dado que hay mar y más allá del mar hay otros Estados y otros reinos, siempre habría guerra. Así había sido y así sería siempre. Y si había guerra, había que amarla.

Belul se consideraba afortunado por haber vivido casi toda su vida en la meseta junto a Pashaliman. Los montes, con pequeñas iglesias en la cima y algunos monasterios sombríos, descendían suavemente hasta el mar, con el fulgor áureo de bondadosos almiarés. La tierra era fértil. En ella crecían en abundancia plantas y aves; pero en cuanto se acercaba a la guarida de la guerra, se tornaba gris, estéril. Allí comenzaba el pantano, rodeado de terribles leyendas, como cualquier ciénaga. Los viejos contaban que con la luna de octubre, no se debe volver la cabeza en esa dirección, si no se quiere ver seres de dos cabezas que chapotean entre las cañas. Mientras que por el día, al pie del pantano, las gaviotas chillan tristes alrededor de la tumba del Bajá Viejo.

Belul recordaba el año en que, una vez retiradas las minas de los alemanes, el terreno abandonado de Pashaliman fue entregado a la cooperativa agrícola de Dukat. La presidencia de la cooperativa decidió sembrar trigo en aquella porción de tierra. Los viejos no querían. Esta tierra ha sido creada para la guerra y no para pan, decían. No ofendáis a la tierra. Pero la presidencia insistió y entró el tractor en Pashaliman. El tractor trabajó dos días. Al tercero, la reja topó con algo duro. Cavaron la tierra alrededor y brotó una cabeza de soldado de bronce. Toda la aldea se precipitó para contemplar el mal augurio. Entre los surcos, la cabeza, con una especie de láminas a ambos lados del casco, semejava una col grande, de esas que por estas tierras llaman cabeza de col. La cabeza parecía decir: Marchaos de aquí, ésta es tierra de muerte. Mas, incluso después de esto, la presidencia insistió y la tierra fue sembrada. Sin embargo, resultó como decían los viejos. La tierra no dio trigo. Su vientre era estéril. Unos cuantos tallos raquíticos, prematuramente amarillentos, no trigo, sino sombras de trigo, brotaron aquí y allá. Qué horrible, qué horrible, decían los viejos. Y un día destrozaron el trigo. Fue la primera y última vez que la tierra intentó separarse de su suerte. De nuevo quedó yerma, como había sido a lo largo de dos mil años. Las tierras del entorno, fértiles y felices, abrían su vientre bajo la reja, se cuajaban de algodón y cereales, ella, en cambio, pantanosa y gris, aguardaba su destino. Y este volvió de nuevo. Una mañana llegaron especialistas con instrumentos y prismáticos que nunca antes habían visto. La noticia se extendió por toda la comarca: Pashaliman volverá a ser base militar. Belul Gjonomadhi bebió aquella noche a causa de la alegría. Tendremos nuestros cañones y nuestros cruceros, decía. Hundiremos Italia.

Dos veces por semana bajaba Belul a ver qué se hacía en Pashaliman. Desde lejos seguía el movimiento de automóviles y personas, que andaban todo el día de la orilla del mar a la falda de la montaña. Volvieron a asfaltarse las viejas callejas en el interior de la base, se reparaban fortificaciones cinco veces centenarias, por todas partes se colocaban avisos. Los avisos eran bilingües, en albanés y ruso. La alegría de Belul se agrió un poco al enterarse que la base sería compartida con Rusia. ¿No podría ser toda nuestra?, comentó una noche en el bar de la aldea. Luego, cuando tuvo noticia de que, más tarde, con el correr de los años, la base pasaría a ser totalmente de Albania, se tranquilizó.

Las pequeñas luces verdes y azules, bien se encendían, bien se apagaban en la oscuridad, junto a las grutas de la orilla. Los alambres de espino estaban allí cerca. Nos quitan la base, repitió Belul por centésima vez. Había que hacer algo para expulsar a los rusos. Igual que entonces,

como entonces... Esta noche se había acercado a observar qué ocurría en la base. Belul estaba decidido: si llegaba a detectar algún indicio de que los soviéticos se hacían con la base, daría la alarma en la aldea por su cuenta y riesgo, sin contar con el gobierno. Reuniría a los compañeros como entonces, como entonces... y, ¡hale!, las pellizas sobre las alambradas y a por la base. Selam Musai había agarrado el cañón por el tubo. Belul había resuelto tiempo atrás lo que haría: pelearía con el radar. Terrible era el radar, como todo lo desconocido, pero Belul se le echaría encima fuera como fuera. Imaginaba que durante el enfrentamiento, el radar encendería y apagaría quien sabe qué luces y otras mañas, mas Belul gritaría: No te retuerzas como una puta, ha llegado tu hora. Y volverían a luchar. Imaginaba la pelea como una mixtura de destellos, líneas rojas, verdes, azules, chispas blancas, sonidos sobrehumanos, un tic—tac de reloj y rayos que se cruzan y se cortan en silencio. Más tarde, quizá, le dedicaran una canción:

*Belul, intrépido valiente,
se la tenías jurada al radar,*

porque Belul sabía que en el encuentro con el radar moriría. Antes de entregar su espíritu, el radar lograría dar muerte a su atacante. Belul se alcanzaba a imaginar con qué le golpearía el radar. Esto era un enigma. Tampoco sabía cómo quedaría su cuerpo después de muerto. Imaginaba las heridas provocadas por el radar, puntos y rayas fosforescentes sobre el cuerpo, parecidas a rayos, lucecillas y manchas fulgurantes de una belleza misteriosa y lejana. ¿Qué nos has hecho, Belul?, le dirían la mujer, los amigos. Toda la vida hemos muerto de bala, y tú, ¿dónde encontraste esta muerte? Ya desde ahora lamentaba Belul que no tendría posibilidad de decirles: Escuchad, compañeros; escucha tú también, mujer. Lo que hice no lo hice por aparentar ni por pavonearme. Ya quisiera yo haber muerto de un disparo, como hemos sido muertos toda la vida, pero se me presentó esta muerte y la acepté.

Había pasado la media noche. Aunque el muelle de cemento estaba iluminado por dos bombillas desnudas, Beni sentía los párpados pesados por el insomnio. El ruido de las cuatro gotas era monótono, como el tic—tac de un reloj. El otro centinela (Beni para sus adentros le llamaba Iván) hacía el mismo movimiento. Caminaban uno frente a otro, se cruzaban sin mirarse, se alejaban en direcciones opuestas y de nuevo se volvían cara a cara, casi al

unísono, como en un duelo.

A ambos lados del muelle, semihundidos en el agua negra, se dibujaba la silueta negra de cuatro submarinos. No salía de ellos ningún ruido, ninguna luz. Sin embargo, Beni sabía que en cada uno de ellos había cuatro centinelas, dos albaneses y dos soviéticos, que se observaban mutuamente cada minuto, cada segundo. Cuatro pares de ojos, manos, armas. El quid de la cuestión radicaba en que no entrara un quinto en los submarinos. El quinto podía dar la vuelta a la situación. Ellos dos, Beni e Iván, cuidaban de que no se presentara el quinto. Beni sabía que hacia la derecha, en medio de la salpicaduras del agua y la oscuridad, había otro muelle, y más lejos otro aún, y más adentro los barcos de superficie y en todas partes la situación era la misma. Todo había sido duplicado: maquinistas, pilotos, artilleros, radiotelegrafistas, ingenieros, capitanes, centinelas. Sus cabezas pendían plomizas por el insomnio. Cuando uno dormía, debía dormir el otro; cuando uno se despertaba, debía despertarse el otro; cuando uno se movía, iba al WC, comía, limpiaba el arma, desentumecía las piernas, las manos, otro tanto debía hacer el otro.

Los ojos de Beni se cruzaron por un segundo con los ojos del soldado ruso. Este ruso era su sombra. Él tiene para mí, como yo para él, dos piernas, dos manos, una cabeza, un fusil con diez balas y una bayoneta, pensó Beni. Luego pensó de nuevo que estaban atados con un hilo invisible: si uno corría, el otro debía correr tras él, ¡alto!, ¿dónde vas?, tú eres mío; después, si se volvía, doblaba una rodilla y apuntaba con la bayoneta, Beni debía hacer lo mismo, con la misma rapidez, precisión, ferocidad y... y... atacar.

Atacar. Beni se sentía capaz de hacerlo. Era una orden y la ejecutaría con facilidad. Lo haría sin pensar. Atacaría al otro, su réplica, su doble... y sólo por un instante cruzó su mente una pregunta: ¿No era esa acaso su propia sombra?

Beni sacudió la cabeza. Sobre el cemento húmedo, sus sombras cambiaban de dimensión con el movimiento y el cambio era tan rápido, que de gigantes de altura incalculable se reducían a una mancha minúscula, perdida.

Capítulo vigesimotercero

Un enorme remolcador apareció inesperadamente por la mañana próximo al muelle donde atracaba el primer grupo de submarinos. Otro permanecía inmóvil sobre el agua, un poco más lejos. Eran viejos, larguísimos, con chorreteras de orín a ambos costados y todo el mundo pensaba que a estas antiguallas, tras haber pasado por todo tipo de reparaciones, ya les había llegado la hora de la jubilación. Mas, mira por dónde, aparecieron de nuevo por la mañana.

Su aparición nunca hubiera sido recibida de un modo tan serio. Con los costados remendados de cualquier forma, un montón de motes ridículos y una bocina afónica que parecía el bramido de un buey en el crepúsculo, habían sido hasta ahora los parias de la bahía, los más sencillos, más despreciados, al lado de los buques y submarinos más modernos. Se balanceaban lentamente justo en el centro de la bahía, holgando desdeñosos, y a nadie se le ocurría burlarse, ni recordar sus viejos apodos. Al contrario, los ojos de todos estaban llenos de interrogantes, como si no fueran los antiguos remolcadores, los abuelos de la base, sino seres extraños, monstruosos, emergidos del fondo de las aguas, con esas manchas de orín en las sienes, como sangre coagulada de las heridas producidas por las tarascadas. Eran viejas criaturas alarmantes, serpientes marinas, remolco-saurios, que habían abandonado su época.

—¿Crees que pueden impedir la salida de los submarinos? — preguntaba alguien en la orilla.

—Pienso que su objetivo no es impedir, sino entorpecer la maniobra de salida hasta...

—Hasta... ¿qué?

Conversaciones como ésta salpicaban como conchas toda la orilla.

A las 9,30, el comandante albanés de la base solicitó entrevistarse con Yeleznov. El encuentro de las dos cabezas se produjo media hora más tarde. Aún no se había sentado, ni ellos ni los oficiales que los acompañaban, cuando el comandante albanés miró fijamente a Yeleznov.

—Yeleznov —dijo—. ¿Pretendes irte?

—¿Qué? —respondió Yeleznov, sosteniéndole la mirada.

El otro sonrió. Los oficiales que los acompañaban se quedaron de una pieza.

—Después de tantos años de amistad... —prosiguió el comandante albanés— no nos separaremos tan fácilmente.

La sonrisa se esfumó con rapidez de su cara, como si goteara hacia el interior de las cuencas de los ojos y su lugar, sobre aquel rostro alargado y pálido por la falta de sueño, lo ocupó la frialdad.

—No entiendo —dijo Yeleznov—, no te comprendo.

Nadie dijo que se sentaran.

—Yeleznov —dijo el comandante albanés—, si intentas irte, por la fuerza o furtivamente, te consideraré desertor y abriré fuego contra ti.

—¿Cómo te atreves a hablar conmigo en ese tono? —rugió Yeleznov apretando los dientes, con la cara desencajada por la rabia.

—Lo repito —dijo el otro—, si intentas irte, te consideraré desertor y traidor y te dispararé hasta acabar contigo.

—No acepto hablar en este lenguaje —gritó Yeleznov y volvió la espalda. Los oficiales que le acompañaban hicieron lo mismo. Descendieron las escaleras uno tras otro.

Esto es demasiado, dijo Yeleznov para sí por décima vez. Ha colmado el vaso. Entró en su despacho, miró con desprecio a través de la ventana los remolcadores que parecían dormitar sobre las aguas, y escribió el texto de un radiograma. Notificaba directamente a Moscú la abierta amenaza que le acababan de hacer. Por fin, el destino hacía rodar los acontecimientos como él había deseado. Ahora esperaba la orden de romper el cerco. Mientras escribía las últimas palabras, en el interior de su cabeza, como bajo la cúpula de una catedral, resonaron los clarines de la guerra.

A las 10.15, las baterías costeras de Karaburun, así como las baterías de la isla de Sazan, recibieron orden de disparar sin previo aviso y hundir cualquier navío de superficie o submarino que intentara salir de la base de Pashaliman. Se declaraba el bloqueo de la base.

Las horas pasaron bajo un sol anónimo, casi prehistórico, que parecía alejarse hacia la época del mamut. Los rumores comenzaron a mediodía y

continuaron por la tarde. Se decía que se habían impartido algunas órdenes y que otras habían sido anuladas, que se esperaba la finalización de las negociaciones de Tirana y luego... y luego... nada de lo que podía ocurrir se sabía con seguridad. Si se llegan a enfrentar los submarinos en un lugar tan estrecho, será catastrófico, le decía uno a su compañero, señalando con la mano las ruinas del anfiteatro, como si los submarinos estuvieran allí. No creo que la cosa llegue a tanto, respondía el compañero, no obstante... no obstante... hasta ahora no hubiéramos podido imaginar nada de lo que ha sucedido.

A última hora de la tarde se habló de aniquilamiento mutuo: nos ahogaremos unos a otros en este círculo cerrado y nadie se enterará de la catástrofe. Cayó la noche. En los dos estados mayores hubo luz hasta tarde. Hacia medianoche, una luna amarilla iluminó fugazmente los cuarteles, después el barrizal junto al pantano, transformando los charcos en monedas de antiguos Estados desaparecidos de la faz de la tierra tiempo atrás.

Por fin, amaneció. Muchos de los soldados soviéticos no se afeitaron aquella mañana. Les pareció que era un día en que estaban permitidos las supersticiones y los presentimientos. El estado anímico era cambiante: de la desesperación a la tristeza. Unos decían que se afeitarían cuando salieran del cerco, otros habían caído en la apatía, otros se sentían eufóricos. Sentían la carne y los huesos llenos de aire y música. Oían difusos los versos que los poetas escribirían sobre ellos... allí en la lejana Vlora, bajo las estrellas del Adriático, duerme para siempre. Escuchaban los títulos de las redacciones dedicadas a su heroísmo. Algunos veían el espejismo de cabellos de muchachas cayendo sobre los cuadernos... La mayoría tenían una presión continua en la cabeza.

Era sábado. Por la tarde se levantó un viento seco. Hacia el anochecer, en el club completamente vacío, comenzó a tocar la orquesta. Caía el crepúsculo. Se relevaba la guardia por ambas partes. Un grupo de reclutas albaneses, a paso militar, marchaba hacia los puestos de guardia, cantaban una vieja canción:

*Vlora será nuestra,
O será un montón de cenizas.*

—No quiero morir —le decía Jelena Grachova a su marido, que había acudido a verla después de pasar muchos días encerrado en un submarino, donde había soñado con su cuerpo con un deseo irreprimible, multiplicado por el calor asfixiante de los motores, refinado por el peligro y afilado por

los celos constantes que le perseguían siempre, como un estado febril, cuando se separaba de ella. Ahora, completamente apagados, acariciaba mecánicamente partes desmagnetizadas de su cuerpo y repetía:

—No, Lenchka, no.

—¿Oyes la canción? —dijo ella—. Escucha su canción.

La canción se alejaba.

—Lo sé. Se presentó una protesta por esa canción, pero demostraron que es de mil novecientos veinte.

—Un montón de cenizas —dijo ella con voz apagada—. Tengo miedo. ¿Viste anoche la luna?

Los cristales de las ventanas iban oscureciéndose.

—Ahora debo irme —dijo él, mientras se levantaba. Minutos después, ella se acercó a los cristales y siguió con los ojos la marcha por el descampado desierto del oscuro capote militar que cubría unas extremidades con las cuales estaba ligada desde tiempo atrás. Por un instante, le pareció del todo irreal aquella criatura difusa que iba absorbiendo el crepúsculo, mas en ese preciso momento sintió en el centro de su cuerpo algo de él. Apoyó la cara en el cristal y se le ocurrió que quizá quedara embarazada. Esta idea deshizo el paisaje en algunos puntos y sintió sueño. Después, de repente, sin ningún motivo, recordó que todos los niños de la base la llamaban Helena de Troya y a esa hora del crepúsculo le pareció la cosa más natural. Ella era una mujer hermosa y se encontraba en una base militar. Luego recordó las palabras del ingeniero de submarinos: no hay mujer en el mundo que no desee provocar un conflicto, por insignificante que éste sea. En cada mujer hay algo de Helena de Troya, había dicho él, y del intercambio de bofetadas entre dos hombres hasta el choque de dos campos militares, existe todo un abanico en el que cada mujer tiene su propio lugar.

Jelena sintió frío y se echó un chal por los hombros. Sin retirar la mirada del paisaje, comenzó a creer que todo aquel conflicto se había iniciado por su causa. Ahora, los submarinos se preparaban para enfrentarse en la profundidad del mar, los cañones tenían sus enormes tubos irritados, los torpedos estaban preparados para abandonar su lecho y en todo este movimiento preparatorio había algo de viril y sensual apuntando a su cuerpo. Luego volvió a rondarle la mente la idea de que media hora antes podía haber quedado embarazada, mas esta vez la idea del embarazo no tenía ninguna relación con su marido, ella flotaba en el espacio, separada de la realidad y, más que a los humanos, se sentía ligada a seres pesados, ciegos, que quizá fueran los miembros de la propia guerra.

Beni hacía de nuevo guardia en el muelle. Y de nuevo, a unos pasos, estaba el otro, el ruso. Era como una pesadilla. La hora del relevo ya había pasado y no llegaba nadie. Lejos, en el club, se oía la orquesta. ¿Qué significaba la orquesta en una noche así? Beni dio dos pasos hasta el límite habitual. El otro también. Beni volvió la cabeza hacia la derecha. El otro repitió el movimiento. Después, el ruso sacudió el brazo hacia la correa del fusil, y Beni hizo sin querer el mismo gesto. Notaba que el otro se iba convirtiendo cada vez más en su réplica. Las manos del otro pretendían pegarse a sus hombros, sus piernas, sus costados. Sentía la proximidad de su cabeza que intentaba colocarse en su propio cuello. Basta, dijo para sí. ¿Cuándo me libraré de ti? Varió el ritmo de los pasos, el otro también. Era imposible zafarse de aquella trampa. Llevaba veintiocho horas sin dormir. La existencia del otro, con una torpeza pertinaz, resbaladiza como una masa gelatinosa, se alargaba hacia él, para adherírsele. Beni agitó las manos. Era inútil. Se aproximaba e inflaba. Me vuelvo, se dijo Beni, para dar el primer golpe. Dio un paso hacia atrás. El otro también. Beni volvió en sí. Comprendió que era producto del cansancio. La frente del ruso le pareció sudorosa. Los ojos también. Sin embargo, continuaba deslizándose hacia él. Por un momento creyó que eran un mismo ser. Un ser bicéfalo, como los que se suponía había en el pantano, llamado Arbenivan. O Arivanben. Ivbenaran. Ivaranben. Sintió necesidad de escupir. ¿Cómo puedo separarme de ti? Imaginó un quirófano, donde los cirujanos, con bisturíes afilados, relucientes, le arrancaban al ruso del cuerpo. Los enfermeros le anestesaban. Eran un grupo de jazz que cantaba: <Aflora será nuestra, o será un montón de cenizas>. Beni se dio cuenta de que había dormitado unos segundos. El ruso también dormitaba. Después, Beni hizo un movimiento que repitió el otro. Todo se repetía.

Aquella fue la noche de la duplicación general. Esta noche puede estallar, había dicho alguien a las cuatro de la tarde. Nunca se supo quién dio la orden a la orquesta de tocar hasta medianoche. La orquesta era la única cosa que no estaba duplicada. La noche fue inolvidable. Personas con cuatro manos y cuatro pies deambulaban por la base como criaturas apocalípticas. Eran híbridos extraordinarios, formados por la noche, divinidades hindúes de múltiples miembros.

¿Cómo estamos ligados así?, se preguntaban algunos. ¿Acaso estaba escrito que esta amistad terminara de semejante manera? Ahora querían

separarse y no lo lograban. Hermanos siameses que se portaban mutuamente a la espalda. Los rusos volvían la cabeza hacia el edificio de su Estado Mayor, cuya luz diseñaba alrededor algo parecido a los grabados del antiguo testamento. ¿Qué estará pensando? ¿Qué tendrá pensado hacer?

Yeleznov estaba dispuesto a la guerra. Cada minuto esperaba la orden de romper el cerco. Estaba convencido de que la orden llegaría. El momento fatal sería breve. La ocupación de los submarinos conjuntos era cuestión de minutos. Todos estaban al acecho. En el peor de los casos (si los albaneses ocupaban una parte de los submarinos), avanzaría con el resto, mediante una maniobra relámpago, entre los cañones. En plena marcha, podía quemar Vlora como represalia. Había pensado en todo. Lo había calculado todo. Y si en el último momento la suerte le volvía la espalda, o sea, en caso de que fuera imposible pasar entre los cañones, volvería enfurecido sobre sus pasos y en el reducido espacio de la bahía se produciría una batalla titánica de submarinos, ante la cual muchas batallas navales parecerían peleas de críos. Se repetiría el infierno de Zeel.

Con la cabeza abandonada sobre el puño, Yeleznov esperaba el radiograma. Eran las tres y media de la madrugada. Dos horas más tarde amanecería. Yeleznov sólo dedicó medio minuto a la idea de que aquella podía ser su última mañana. Todos sus pensamientos se centraban allí, en el estrecho de salida, donde los cañones le esperaban desde hacía varias horas.

El radiograma llegó hacia el amanecer. Yeleznov sintió por un instante que se le helaban las manos. Sus ojos miraron las letras alineadas, enviando su imagen lejos, muy lejos, a esa zona del cerebro donde debía descifrarse su significado. La primera palabra que acudió a su mente fue «vergüenza». La colocó en el texto de forma natural, en dos o tres sitios, precisamente donde aparecía la palabra «stop».

—Vergüenza —dijo en voz alta, volviendo su cara amarillenta hacia el ayudante que le había entregado el radiograma.

Había esperado la gloria, y en su lugar le habían enviado vergüenza. Por la mañana llegará una comisión conjunta para repartir la flota. Vergüenza. La tozudez de los albaneses había vencido. Los burócratas se habían replegado. La flota se repartirá. Vergüenza. No sólo no habría ocupación, sino ni siquiera huida. Ni siquiera huida, repitió encolerizado. Hasta ahora se había quejado de que le obligaran a huir. Ahora no había ni siquiera huida. Ni incluso... furtivamente, bramó para sí. Poco a poco iba llegando a su mente todo lo horrible de la decisión. Por su cerebro pasaron

fugaces la desobediencia, el revólver, el suicidio. Luego, inesperadamente, sintió un relajamiento general de los miembros, decaimiento y abulia. El mundo se llenó de masas esponjosas con la forma de las colinas de Pashaliman que rodaban torpemente por la pendiente y, por primera vez después de sesenta horas de tensión, colocó la cabeza sobre la mesa y le venció el sueño.

La comisión conjunta llegó a Pashaliman a las once. Las formalidades fueron breves. Todo se había decidido detalladamente en Tirana. La parte soviética hizo una breve declaración en la que subrayaba que la retención por la fuerza de una parte de los submarinos y buques soviéticos por la R.P. de Albania era un acto de fuerza que dañaba seriamente la amistad entre ambos países. La declaración albanesa ponía de relieve que el robo de una parte de los submarinos y buques albaneses por la URSS constituía un acto de fuerza que debilitaba el potencial defensivo del campo socialista y dañaba la amistad entre ambos países. Las declaraciones fueron emitidas en calma y después se firmaron las actas del reparto de la flota. Yeleznov tenía sueño continuamente. En las actas estaban registrados los números de los submarinos y los buques que correspondían a cada parte.

Nada más firmarse los documentos, la tripulación de cada parte comenzó a abandonar los navíos de la parte contraria. Durante la operación, que duró varias horas, hubo incidentes por ambas partes, insultos, las últimas amenazas, rotura de ventiladores de los barcos, lanzamiento al mar de un aparato, el destrozo de una bandera con un cuchillo por parte de un cocinero. Por todo ello, sistemática y monótonamente, se hicieron protestas, mas todo era frío, sin efecto ni respuesta, como en una película muda.

Al salir de los submarinos, los oficiales soviéticos besaban los aparatos, los torpedos, las barandillas de hierro y, en el último momento, casi no podían contener las lágrimas.

Hacia mediodía se retiraron los viejos remolcadores, como jubilados requeridos para una última misión. A la una comenzó el embarque de los soldados soviéticos. Todos llevaban el equipo completo. A las tres se llevó a cabo el embarque de los civiles, mujeres y niños, que parecían una turba de refugiados. Una multitud de mujeres y niños de los oficiales albaneses había salido a la orilla a contemplar la partida.

—Helena de Troya, mira Helena de Troya —dijo un niño pequeño, señalando entre el grupo que marchaba a Jelena Grachova. Ésta volvió asustada la cabeza y luego se apresuró hacia la barcaza. El mar estaba en-

crepado de olas viejas como el mundo, y ella creyó de verdad que por fin abandonaba Troya.

Justo detrás de ella, dando traspiés, caminaba el ingeniero. Completamente borracho, no hacía más que murmurar. Antes de subir a la barcaza, se detuvo al borde del pantano y, quitándose de la cabeza la capa de paño, se inclinó tres veces ante la tumba del Bajá Viejo.

A las cuatro, los navíos, en formación de combate, se pusieron en movimiento hacia mar abierto. Un sol frío, como un enorme ojo rojo, permanecía en el horizonte. Los primeros submarinos pasaron frente a los tubos de los cañones, que contemplaban con una mímica inmóvil, como sorprendidos, la marcha. En el puente del último submarino, Yeleznov no apartaba la vista de las colinas que iban quedando atrás. Estaba completamente inerte, mas, inesperadamente, en el momento en que el submarino pasó frente a las fortificaciones de la sala de Sazan, como si algo se rompiera en lo más hondo de su ser, sintió un temblor en los hombros, en el pecho, y rompió a llorar.

En la bahía, los rayos rojos del sol iluminaron durante unos momentos las ondas creadas por los navíos que acababan de salir. Era como si el mar tuviera una hemorragia permanente. Ahora, la base semejaba una mandíbula fatigada a la que hubieran extraído la mitad de las muelas.

quinta parte

El Estado y el superestado

Capítulo vigesimocuarto

Mark entró en el taller de «Reparación de Radio y TV» con cierto complejo de culpabilidad. Cuatro días antes había llevado allí su única radio, que últimamente no funcionaba bien. Hacía ruidos, silbaba y, a veces, perdía la voz. ¡Vaya momento para estropearse!, había dicho entonces Nurihan. En realidad, la enferma era la propia Nurihan: el asma la ahogaba, padecía insomnio. El aparato era viejo pero bueno, un Philips fabricado en 1936. Había funcionado un cuarto de siglo continuado y, ahora, inesperadamente, se le habían desgastado las lámparas, el aparato respiratorio.

Igual que cuatro días antes, sobre el amplio banco del taller, varias decenas de aparatos semejaban un montón de dementes. Hacían ruidos, elevaban la voz de repente, gruñían, grr, grr, grr, cada loco con su tema. Entre todos ellos, se movía un muchacho hermoso, muy atento.

Cuando salió a la calle y hubo colocado la radio en el portabultos de la bicicleta, Mark volvió a sentirse culpable. Pensaba que podían pararle y preguntarle: ¿Por qué se le han gastado las lámparas, los condensadores, las resistencias, precisamente ahora, en un momento como éste...? ¿Qué habéis hecho? Y Mark ya iba respondiendo para sus adentros: No hemos hecho nada, hemos escuchado lo que todo el mundo, conciertos, los noticieros de Tirana, radiocorreo, música, Beethoven, Liszt, Bach, AFP...

Mientras empujaba la puerta del patio, imaginaba la alegría de Nurihan cuando viera el aparato ya reparado. Estábamos como sordos, tantos días sin ella, diría. Imagínate en qué momento.

Pero, además del sempiterno Musabelliu, se encontraban en la casa Hava Fortuzi y su marido. Ésta parecía radiante, toda noticias. Nurihan se había colocado la mano en la oreja y escuchaba. Hava narraba el paso de los submarinos de Pashaliman por los estrechos de Escandinavia. Lo había escuchado la noche anterior. Lo habían dado todas las emisoras de radio y televisión de Occidente. Todo el mundo se había enterado de que los submarinos soviéticos se habían ido de Vlora. Un francés, corresponsal de

AFP que había estado primero en Tirana y después en Moscú, ofrecía ahora reportajes desde los estrechos de Escandinavia. Por todas partes, como una bendición del cielo, aparece este corresponsal, decía Haya.

—Cierto, cierto —decía Nurihan, sin quitarse la mano de la oreja. Ya había escuchado todo esto una hora antes, incluso de forma más exacta, de boca de Musabelliu; no obstante, fingía oírlo por primera vez.

Musabelliu, como siempre vestido con pulcritud, con su fino bigote que, a causa de las canas parecía cubierto por una película de escarcha, asimismo seguía las explicaciones atentamente. La cadena dorada del reloj, que pendía leve del bolsillo del chaleco, parecía tener cierta relación con la permanente mueca sonriente de su cara.

—Ahora ya no tienen flota —dijo Ekrem Fortuzi— ya no podrán mantenerse. Esto se acabó.

—¿Quieres decir? —exclamó Musabelliu, más que nada para incitar al otro a que hablara.

—Seguro. Pashaliman era su orgullo. Ahora que se le han caído las uñas, se ha abierto camino al desembarco.

—¿De verdad se le han caído las uñas?

—Dicen que no han quedado ni la mitad de los submarinos.

—Pero, incluso la mitad basta para armarla, ¿o no?

—Dicen que han comprado un mantón con los distintivos de la regencia en la tienda de Rrok Simonjaku —cambió de conversación Nurihan—. ¿Será cierto?

—Seguro —respondió Ekrem Fortuzi—. Creo que pronto nos veremos todos en esa tienda. ¡Nos vemos en casa de Rrok! Suena a final de ópera, ¿verdad? *A bientôt chez Rrok!**

—A veces voy por allí —comentó Musabelliu—. Me gusta ir, aunque nunca he vendido nada en esa tienda.

—Quizá seas el único que no lo ha hecho —dijo Hava Fortuzi—. A lo mejor no has tenido necesidad.

—No es que no haya tenido necesidad —repuso Musabelliu—, pero no me gustaría ver uno de mis pijamas en el escenario del Teatro Popular.

Todos rieron.

—Eso es verdad —dijo Emilia—. Una parte de los actores que interpretan papeles de burgueses utiliza las ropas que el Teatro compra en casa de Rrok.

—Precisamente —dijo Musabelliu— Me surgió ese temor justo en el

* En francés en el original.

Teatro Popular, cuando una noche reconocí el camisón de una señora cuyo nombre no puedo mencionar aquí.

—¡Ah, Musabelliu! —exclamó Hava Fortuzi entre risas—. Siempre el mismo Musabelliu. Cuánto te envidio. ¡Oh! —suspiró tras un silencio, queriendo retomar la conversación anterior—. Durante un tiempo parecía que se iban a reconciliar: «somos amigos, no vamos a descuartizarnos». A mí, a decir verdad, me entró miedo. Parecía que no fuera a cambiar nada. Más, al parecer, la olla continuaba hirviendo.

—Ahora se acabó —repitió Ekrem Fortuzi.

—Se rumorea que la mujer de un funcionario comunista ha ido a que le dijera la buena ventura Hançe Hajdija Pezë e Madhe —dijo Emilia.

—Igual que hicimos nosotros en noviembre del cuarenta y cuatro —añadió Hava Fortuzi.

—Deja eso ahora —dijo Ekrem Fortuzi, llevándose la mano a la frente, entre las cejas, como si quisiera borrar algo.

—¿Sabéis lo que nos dijo la última vez? —prosiguió Hava Fortuzi—. Tú, Nurihan, creo que lo sabes.

Nurihan asintió con la cabeza.

—Habló de los jerseys que tejeríamos.

—Jerseys para quienes os derrocan, eso fue lo que nos dijo.

Emilia se miró los dedos.

—¿Y ahora, qué les dirá ahora a sus mujeres? —intervino Nurihan.

—Seguro que lo mismo —dijo Ekrem Fortuzi—. Ahora cogerán ellas las agujas del punto.

—Desdichadas vosotras, arañas. Éstas fueron sus últimas palabras.

Hava Fortuzi suspiró profundamente.

Mark pensó en Zana. Podía imaginarla en cualquier situación, mas nunca con las agujas del punto en las manos. Después de aquel día (aquel día... aquello no era día, sino algo mutilado, sin cuello, un muñón de tiempo brutalmente cortado), tras aquel día, pues, no se había producido entre ellos ningún acercamiento. Durante algún tiempo, Mark creyó que volvería de nuevo con Besnik. Se sentía abúlico. En la laxitud de sus mañanas se le presentaban dulces figuraciones: la puerta de su alcoba que se abre a media noche, Zana a la puerta en camisón, perdona si te he hecho sufrir, ahora soy tuya, todo sigue en pie, sólo yo he caído, como vosotros entonces, como tú...

—Los especialistas continúan yéndose en masa —dijo Ekrem Fortuzi—. El aeropuerto está lleno cada día.

—Dicen que en Durrës los barcos pronto descargarán chinos —

comentó Haya Fortuzi—. Ahora se llenarán las calles de chinos.

—¿No serán habladorías? —dijo Nurihan—. Últimamente circulan muchos chismes.

—Las emisoras occidentales dicen que Albania pronto se convertirá en una pequeña China en Europa, ¿o no, mamá? —dijo Emilia sin dejar de mirar a Nurihan.

Nurihan hizo como si no la oyera, o acaso no la oyó de verdad.

—Las emisoras hablan y hablan —dijo al cabo de un rato.

—¡Hale, aprende ahora chino! —dijo Ekrem Fortuzi. En la cárcel había aprendido ruso y hace tiempo que traducía cosas para Agroeksport.

Todos rieron, a excepción de Nurihan. las arrugas de su cara eran demasiado pesadas como para moverse después de cada broma.

—Radio Tirana no dice nada —señaló Ekrem Fortuzi.

—La prensa tampoco.

—La prensa tampoco. ¿Hasta cuándo durará este silencio?

Llamaron a la puerta. Emilia se levantó a abrir. En el corredor se escucharon gritos de sorpresa.

—El señor Faik —dijo Emilia al entrar—. El señor doctor con su esposa.

—¡Vaya, vaya! —dijo Nurihan, arrellanándose en el asiento. El doctor entró primero, vestido con un traje negro, absolutamente pálido y rapado. —¡Pero, qué ven mis ojos! —prosiguió Nurihan—. ¡Enhorabuena, enhorabuena! ¿Cuándo?

—Ayer —respondió hosco el visitante—, cumplí la condena.

Los miró casi con desprecio, insatisfecho por su sorpresa. Su mirada parecía decir: ¿Habéis olvidado mi condena? Su esposa, baja y nerviosa, se sentó en un canapé.

—Nosotros pensamos que a lo mejor... estaban abriendo las prisiones —dijo Emilia.

—La con-de-na —repitió como un actor el recién llegado—. Nada más.

Todos guardaron silencio durante un rato.

—Yo se lo había dicho —intervino su esposa—, este invierno saldrá.

—Lo recuerdo —dijo Nurihan—, ahora lo recuerdo.

—Yo, sin embargo, pensé quién sabe si... —dijo otra vez Emilia.

—Yo también —dijo Hava Fortuzi—. Se me ocurrió que, ahora que lo tienen tan mal, estaban liberando a todos antes de tiempo.

El recién llegado frunció los labios, sin volver la cabeza hacia el resto.

—Pero, ¿cómo te fue? —le preguntó Nurihan.

Él se encogió de hombros.

—Como en la cárcel.

Obviamente era una pregunta tonta. Aquel rostro amarillento y aquella cabeza rapada habían empezado a molestarlos.

—¿Y vosotros?

Respiraron aliviados. Comenzaron a hablar con entusiasmo interrumpiéndose unos a otros. Pesarosos por un sentimiento de culpa, se apresuraban a contarle todos sus males, dificultades, sufrimientos, las confiscaciones, persecuciones, ofensas, el hastío, y cuanto más hablaban, más daba la impresión de que el otro no les creía, por eso añadían argumentos, hechos, encontraban nuevos detalles de sus padecimientos, procuraban recordar penalidades, miedos, enfermedades (a poder ser incurables), hasta que llegara un momento en que pensara que su vida en la cárcel había sido diez veces más agradable que la de los otros.

Él, juez suyo, escuchaba en silencio. Su cabeza rapada les incomodaba más que su silencio. Nada como aquel corte de pelo sin esperanza podía dar una idea más completa de los quince años de prisión. Cada vez que agitaba la cabeza, parecía decirles: Estoy así por vosotros. Por nosotros no, decían sus miradas. Hiciste lo que hiciste, en primer lugar porque querías aprovecharte. Claro, nos hubieras ayudado también a nosotros, mas lo hiciste por ti, por ti... No muevas así esa cabeza pelada.

Le habían arrestado en la primavera de 1945, en la época de los ruidosos procesos contra quienes escondían oro. Los periódicos publicaban cada día reportajes de las salas de los juicios. Grupos de jóvenes entusiastas recorrían cada mañana los barrios de Tirana, con picos y palas al hombro para buscar el oro escondido en sótanos, patios y porches de las casas de los antiguos ricos. En su marcha, gritaban consignas y cantaban una canción nueva:

*La vanguardia, la vanguardia,
burgueses inmundos
mirad cómo viene, cómo viene.*

Algunos de ellos sustituían las palabras «burgueses inmundos» por «gobsecks inmundos».

Él no tenía oro, no obstante, durante una semana entera se convirtió en el personaje principal de los «jul. cios dorados», como los denominó

sarcásticamente un reportero de la época. El proceso fue sonado. La gente se apretaba a cientos a las puertas del cine de las Brigadas, donde se celebraba la vista. Se acusaba al reo de haber sacado del país decenas de kilos de oro. Para expatriación del oro había utilizado un método terrible: en cuerpos humanos. A la sazón, era forense en el hospital militar, uno de cuyos pabellones estaba destinado a los prisioneros italianos que, por padecer enfermedades graves, habían quedado en Albania. La mayoría de ellos murieron y los cadáveres por los que se interesaban sus familias eran enviados a Italia. Nunca se supo a quién se le ocurrió la idea de introducir oro y piedras preciosas en los cuerpos de los muertos. El médico ocultó la verdad con tozudez, como ocultó los nombres de una parte de las personas cuyo oro había enviado lejos. Durante la autopsia, colocaba brillantes, monedas o lingotes de oro entre los pulmones de los cadáveres, en el estómago o el cráneo, extrayendo previamente una parte del cerebro. Los dueños del oro daban una gratificación al médico y éste les proporcionaba el nombre del muerto y la dirección exacta de la familia que se había interesado por el cuerpo. El oro, asegurado en cajafuerte de carne, partía hacia Italia y los dueños quedaban tranquilos porque su fortuna estaba enterrada en algún lugar del solar italiano. Esperaban desenterrar más tarde toda esa riqueza. Había variantes diversas. Unos pensaban fugarse y, una vez en Italia, localizar las tumbas partiendo de las direcciones que les había proporcionado el médico, descubriendo o no a las familias el secreto del transporte. Otros, más pacientes, no pensaban emprender ninguna acción. Esperarían tranquilamente el día del derrocamiento del régimen comunista y después saldrían del país, con la misma tranquilidad, para extraer de la tierra su destino. Había quien no pensaba en ninguna de estas posibilidades. Estaban satisfechos de que su oro se encontrara bajo tierra y no se preocupaban por el modo de recuperarlo. Toda la vida, sus padres y abuelos habían escondido el oro bajo tierra, y creían que éste era el estado normal de las cosas, como les parecería anormal utilizar esa riqueza para algo. Entre tanto, el negocio crecía y el médico pasaba horas enteras en el gran depósito del hospital militar. Después de los brillantes y las monedas de oro, llegó el turno de los anillos, pulseras y pendientes. Más no acababa ahí la cosa. Luego comenzó el envío de collares, candelabros y cubiertos de oro. Y quién sabe cuánto hubiera durado este truco macabro si una mañana, al cargar los cadáveres en el furgón del depósito, a causa de un deslizamiento del cuerpo sin vida, una torsión o plegamiento del cadáver por un movimiento en falso del enfermero, no hubiera ocurrido un hecho espeluznante: desde el interior del cuerpo, en el costado del muerto,

apareció furiosamente el filo de un cuchillo. La imagen era siniestra, inexplicable, como salida del reino de los sueños. Se podía imaginar todo tipo de cuchillos y espadas clavadas en un cuerpo humano de cualquier manera, por muy terrible que fuera, pero era inconcebible un cuchillo que se clavaba no desde el exterior, sino desde el interior del cuerpo. El mango del cuchillo, que debía estar fuera del cuerpo, se encontraba dentro; en cambio, el filo, que debería estar dentro, estaba afuera. Todo estaba al revés. Daba la impresión de que la muerte había olvidado las vías normales de presentarse. El enfermero dejó el cadáver en el suelo y balbucía como un loco. El guardia del depósito se acercó y, con los ojos como platos, se inclinó sobre el muerto. Entre los coágulos negros de sangre, descubrió un brillo amarillo: el cuchillo parecía de oro. Era el regusto del sueño, el reflejo de lo inexistente, un trozo desgajado de la cola de un cometa. El médico fue condenado a muerte, a la horca. Luego, la condena se suavizó, transformándose el ahorcamiento en fusilamiento. Justo entonces se produjo la Proclamación de la República y, en medio del olvido general, el fusilamiento del médico se convirtió en cadena perpetua. A continuación llegaron las elecciones a la Asamblea Nacional, el inicio del trabajo voluntario para la construcción del primer ferrocarril, la proclamación de la lucha contra el analfabetismo, la nacionalización de las fábricas, la Reforma Agraria, el desenmascaramiento de los intelectuales de derechas y durante todos estos días de alboroto la condena de ciento un años del médico se redujo a quince. Al concluir el proceso, la sala del tribunal envió una carta al «martirizado pueblo italiano», en la que se le pedía que devolviera el oro robado, que pertenecía al «martirizado pueblo albanés». Ahora bien, del otro pueblo no se recibió respuesta alguna. Sólo después de algún tiempo se supo que allí se habían abierto tumbas, exhumado cadáveres semiputrefactos, que habían sido bárbaramente mutilados, que se habían producido escaramuzas entre los violadores de las tumbas, que se había registrado muertes e iniciado interminables juicios.

Mark no quitaba ojo a la cara amarillenta del médico. Nurihan le había preguntado por algunos conocidos que llevaban años en la cárcel.

—Pobres —dijo Haya Fortuzi—, ¿sabes al menos lo que ha ocurrido en los últimos tiempos?

—Algo saben —respondió el médico.

—¿De qué? —le espetó Nurihan.

La mujer del médico miró a su esposo con visible nerviosismo.

—De la ruptura... incluso de los submarinos... jo él entre dientes.

Su esposa carraspeó suavemente. Él abrió la boca para hablar, mas ella le dio un codazo.

—¿Qué te importa a ti? —le dijo—. Acabas de salir de allí. ¿Tantas ganas tienes de volver a entrar?

Las mejillas del médico hicieron un intento de sonrojarse.

—Yo no era preso político, era común.

—Común —replicó ella desdeñosa—, no te metas en esas cosas. Procura mejor... colocarte.

Los labios del médico temblaron. Se le demudó el semblante. En los ojos de ella había una luz sesgada.

Con disimulo, Mark siguió la fugaz mirada que intercambiaron el médico y su esposa. No era difícil comprender qué demostraban aquellas frías descargas violeta: su vida conyugal había terminado.

Mark sintió un dolor hondo. Por su memoria rodó difuso el cuerpo de Zana, que pasó fugaz por su vida, como una estrella caída en una noche de octubre, un fuego errante, inalcanzable ya. Tú crees que todo se viene abajo... Por las mañanas, tras los cristales cubiertos de escarcha, la veía a menudo cuando iba a las prácticas, sería como nunca y bella. Extraordinariamente bella.

Cuantas veces recordaba aquella tarde, junto a un miedo casi primitivo, acudían a su mente las tremendas palabras que ella pronunciara en aquel demediar de ambos (como sólo pueden ser tremendas las bromas): ¿qué habéis ganado vosotros... con esta ruptura...?

A veces, le entraban ganas de levantarse y gritarles a los que se reunían en la habitación contigua: ¡Basta!, ¿no comprendéis que esperáis en balde? Abandonad esas esperanzas locas. Nosotros no ganaremos nada. De toda esta historia no hemos ganado más... que una mujer... y sólo por unos minutos.

—Y esos de aquí arriba, ¿qué hacen? —dijo Haya Fortuzi, más que nada para reanimar la conversación, que tras cada nuevo silencio se apagaba más y más.

—Andan preocupados —respondió Emilia—, sobretudo su hija parece muy afectada. Creo que se ha separado del novio.

—¿El traductor de Moscú, no? —preguntó Haya Fortuzi.

—Sí. Dicen que cometió en Moscú errores de bulto durante la traducción. Se hizo un lío tremendo.

—Natural —dijo Haya Fortuzi—, con estos traductores de hoy... ¡ah, el Liceo Francés de Korça!

—A la prisión también llegó algo de eso —comentó el médico.

Su mujer le clavó una mirada que parecía querer decir: ¿Ya estás otra vez? Mas en esta ocasión, los ojos del excarcelado aguantaron la mirada. Bruja, decían sus ojos. Mejor allí, en prisión, que contigo.

—De ahora en adelante harías bien en mantener la boca cerrada —dijo ella—. Para siempre.

—La señora tiene razón —medió Ekrem Fortuzi—. Hay que cerrar la boca. Corren tiempos en que te puedes quemar en vano. En vano por completo —añadió al poco.

La multitud de cien caras que abarrotaba la calle, la tribu que se encontraba en permanente movimiento, arrojaba sin ningún cuidado cáscaras de todo tipo de conversaciones. Los oídos de Besnik captaban una y otra vez trozos de envoltorios de los cuales era imposible dedicar qué habían contenido. Después de las cuatro y media debía acudir al taller del escultor Mujo Grabrani, que le había prometido esculpir una lápida de mármol para la tumba de Struga. Pero aún no eran ni las cuatro y caminaba por las calles para consumir los cuarenta minutos de más de aquella tarde. A su alrededor continuaban apretándose en su incesante fluir cientos de personas, y pensaba que eran sin duda estudiantes, muchachas que se dirigían a una cita, ebanistas, funcionarios de ministerios, candidatos al partido, que soñaban con enfrentarse al revisionismo, diabéticos, pintores de estatuas.

Los autobuses de las líneas de la periferia indicaban que allí llovía, o quizá nevaba. Las luces de los escaparates acababa de encenderse, aunque la iluminación eléctrica era todavía innecesaria. Era la hora en que las grandes cristalerías tenían una iluminación interior parecida a la de los ojos humanos. Detrás de ellos había la misma imagen de acuario: grupos de personas que gritaban sin venir a cuento, compraban algo o tomaban café. Besnik sintió necesidad de algo humano.

Volvió los ojos a las carteleras. Una película checa. Más allá el cartel de una película china. Aburrimiento asiático, pensó. Quizá fuera mejor meterse en un bar.

Al tiempo que volvía la espalda, su mirada captó de pasada un perfil conocido que, como él, se había detenido ante las carteleras. Casi había olvidado la existencia de aquella persona. Era algo relacionado con una orilla lejana, con un más allá de la vida, que se iba desvaneciendo como un

sueño.

—¿Cómo está, Jordan? —le habló Besnik en voz baja. El otro se volvió inmediatamente. Sus cejas se arquearon por la misma sorpresa. Vestía una bonita gabardina con cuello de piel color café.

—Cuánto tiempo sin vernos.

—Sí, desde entonces —dijo Besnik—. ¿Ha estado en el extranjero?

Jordan hizo un gesto de extrañeza.

—No.

—Pensé que a lo mejor...

—No, ya no nos invitan a las reuniones del COMECON.

—Ah, claro.

Inesperadamente, Besnik se dio cuenta de que el otro tenía en la mano unos limones envueltos en una hoja de libro. Recordó entonces que, cuando se conocieron en el avión de la línea Moscú—Tirana, el recién conocido le había hablado de unas cerezas envueltas en la hoja arrancada de un libro que trataba de una peste equina en la tierra de los mongoles.

—Ahora trabajo en los estudios cinematográficos, con los guionistas. Un poco raro, ¿no?

Besnik asintió con la cabeza sin prestar atención a sus palabras. De reojo, intentaba leer algún renglón de la arrugada página. No es posible, se dijo. Le pareció un sueño. Sus ojos habían captado las palabras: «y entonces los mongoles, como represalia...»

—Nuestra oficina en el COMECON se cerró —prosiguió Jordan—. ¡Y a ti, cómo te va? ¿Siempre en el periódico?

Besnik asintió de nuevo con la cabeza.

—«El hijo de Gengis Khan, Ugudej, construyó en el desierto setenta ollas enormes de cobre donde hervía vivos a los rebeldes capturados... durante tres días seguidos los mongoles...»

—¿Cómo está tu novia? ¿Diana, si no me equivoco? Besnik esbozó una sonrisa.

—Vaya —dijo, sin retirar la vista del papel que envolvía los limones. Jordan captó su mirada.

—¡Ah! —exclamó, mirando el envoltorio.

—Ahí... otra vez sobre los mongoles —dijo Besnik a media voz, señalando el envoltorio con el dedo.

—No es extraño —dijo Jordan, sin dejar de mirar el papel que envolvía los limones—. Compró la fruta al mismo campesino. Ah, vaya, tienes razón. Creo que es continuación del mismo libro.

Besnik se inclinaba a creer que no era una casualidad. Creyó que, hablaran de lo que hablaran, estaba predestinado que ambos volvieran a un punto común... al país de las heladas... a la peste... a los mongoles... a las ratas... Allí se habían unido los dos.

—¿Qué se dice? —preguntó finalmente Besnik.

Al parecer, el otro esperaba la pregunta. Hizo un gesto con el brazo. Mago, pensó Besnik. Oráculo.

—Todo ha ido conforme a la lógica del deterioro. Ahora, el bloqueo es un hecho. La retirada de los submarinos, también. Ahora, todo el asunto es si habrá...

Habla, continúa, dijo para sí Besnik. No te pares. Tuvo la impresión de que la cara del otro se acartonaba, que los labios se le hacían como de piedra.

—¿Qué? —preguntó Besnik casi con desesperación.

El otro hizo un esfuerzo sobrehumano para abrir sus mandíbulas de estatua. Tenía la voz extraña, inhumana:

—Ahora, todo el asunto es... todo el asunto es si... si habrá ruptura de las relaciones diplomáticas.

—Ruptura de las relaciones diplomáticas —repitió Besnik maquinalmente.

Se miraron a los ojos. Cómo han llegado las cosas hasta esta pregunta, pensó Besnik. Jordan miraba los escaparates. Hicieron una parte del camino sin hablar. Se separaron en la Plaza de la República y sólo después de caminar un rato, Besnik se dio cuenta que comenzaba a llover. Eran gotas gruesas que caían ralas al tuntún, como patas de oca, pero que se fueron haciendo más densas hasta convertirse en una verdadera tormenta. Besnik aceleró el paso para escapar al aguacero y, a ciegas, se metió en la primera tienda que le salió al paso. Un ligero olor a naftalina, mezclado con otro de difícil definición, parecido al que queda en la mano cuando se toca un pomo de bronce de los de antes, le cosquilleaba la nariz.

Besnik agitó la cabeza, como para sacudirse las grandes gotas de agua y, en aquel momento, su mirada chocó con la del tendero, que permanecía de pie, con las manos apoyadas en el mostrador. Le causaron impresión aquellos ojos, dos ojos tibios, que parecían pegados de cualquier manera en una operación plástica y que por la tensión lateral habían sufrido un leve desgarramiento que provocaba un pesar malévolo. Besnik pensó en decir algo, por ejemplo «qué tormenta», pero justo entonces se apercibió de la presencia en la tienda de otras personas. Resultaba evidente que no se

trataba de transeúntes casuales, como él, sino que llevaban tiempo allí. Eran cuatro personas. Uno, el más mayor, estaba sentado en un sillón viejo, junto al mostrador. Los demás, de pie, pulcramente vestidos, con la frialdad de un maniquí, observaban al recién llegado.

Besnik volvió a sacudirse el pelo, los miró de pasada, luego echó un vistazo fuera y, como para explicarles por qué se había visto obligado a entrar allí, dijo por fin.

—¡Qué tormenta!

Nadie le respondió, ni siquiera movieron los labios. No parecía que hubieran dejado una conversación a medias cuando entró Besnik, porque sus bocas parecían cerradas de antiguo. Sin embargo, sentía que algo les unía. Saldré en cuanto amaine un poco, pensó. Mas la lluvia, por el contrario, arreciaba cada vez más. ¡Vaya tormenta! Aunque tarde, ahora que el aguacero había convertido el escaparate en una catarata, alguno de ellos debería decir algo. Pero no hablaban.

Sólo entonces se apercibió Besnik de que se encontraba en una tienda de objetos usados. Sin pensar más en ellos, dio medio paso hacia la vitrina interior y se entretuvo en mirar los objetos expuestos. Tres grandes sortijas con piedras verdes, una prenda de piel negra, algo entre el frac y la capa, un bastón con la empuñadura de plata, como se hacían antiguamente, un par de binóculos. De los objetos levantó la vista hacia las personas porque sintió que sus miradas escudriñadoras le se-guían. Burgueses, pensó. ¿Cómo no se había dado cuenta desde el principio quiénes eran? Le pareció que su mirada emitía un arañazo aterrador al chocar con aquellos ganglios de vidrio. Hacía tiempo que no experimentaba un sentimiento así. Nunca antes se había dicho «burgueses» cuando se los había encontrado. En cambio ahora... Se le ocurrió de repente que después de tantos años de encogimiento volvían a atreverse a mirar así. Y era sabido por qué.

Se inclinó de nuevo sobre la vitrina y le pareció que una parte de su mirada caía sobre los objetos y la otra regresaba a su interior. Las sortijas emitían leves destellos. Asimismo, el bastón de la empuñadura de plata. No se extrañaría si los viera revivir, ponerse en movimiento buscando las manos que antaño los llevaban.

Están esperando, se dijo Besnik, sintiendo casi físicamente su presencia a la espalda. Había entrado allí en una plácida trampa. Pensó que las partes de sus cuerpos que se entendían entre sí eran precisamente las manos. Tuvo la impresión de que poco después dispararían desde el interior de la tienda, sacando los cañones de las metralletas entre los pliegues de sus capas y sus trajes pasados de moda que pendían desordenados en aquellos

percheros de bronce.

Besnik experimentó una sonrisa interior que, cuanto más intentaba hacerla volver atrás, bajo su piel, más persistía en aparecer ruidosa y levantisca, como es la sonrisa de un hombre seguro. Por fin, Besnik se volvió hacia la calle para liberarse de ella.

Minutos después, cuando la tormenta cesó y salió a la calle, aún conservaba en el rostro las huellas de aquella sonrisa. Caminaba a grandes zancadas, como enloquecido, mas mentalmente no caminaba, corría junto a la acera de la calle de Dibra mientras las balas de sus metralletas hacían saltar las vidrieras a su alrededor.

Nunca hasta hoy había sentido con tanta exactitud, de modo tan tangible, físico, lo que haría en caso de una contrarrevolución. Ahora caminaba junto al gran hotel, sin embargo, unos metros más allá, su doble, réplica, gemelo, corría con el arma en la mano, bajo las descargas de sus ametralladoras, para llegar a su puesto. Sí, correría a su puesto con el arma en la mano, a la trinchera, a la barricada y, si fuera necesario, moriría a las puertas del Comité Central o de cualquier sencillo edificio, en el consejo de un barrio, por ejemplo, sin grandes palabras, con naturalidad, como había vivido.

Yo soy comunista, decía para sí, pisando con descuido las baldosas de la acera, entre cuyas juntas salpicaba agua (unos metros adelante, donde corría su gemelo, no salpicaba agua, sino sangre), soy, pues, comunista y el comunismo es una cosa interna más que externa de la persona. En la vida diaria en tiempo de paz puede manifestarse sólo una parte, la otra, la parte sumergida del iceberg, puede manifestarse sólo en caso de peligrar la revolución. Imaginó los tres anillos en los dedos de una mano que dispararía sobre él; el bastón de plata que señalaría con la punta su cuerpo después de muerto, y soltó una carcajada.

Los pensamientos y sensaciones que no lograban adquirir la forma de pensamientos en su cerebro eran tan densos que llegó a creer que se desmayaría. Se sabe que ser comunista, pensaba, no era cuestión de sangre ni de genes. Era la suma de las audacias y gestos del hombre en situaciones determinadas. No hay cómo ser comunista mientras se come (se puede ser, sin embargo, quizá un ápice), se puede ser un poco en el amor, algo más en las reuniones, después en el trabajo y así sucesivamente en la vida cotidiana, mas cuando el comunista se manifiesta por entero es cuando peligra la revolución. Ésta era la prueba de fuego. Dadme un punto de apoyo y veréis si no muevo el mundo. Dadme un peligro y veréis con toda claridad quién soy.

Besnik estaba frente a sí mismo, y no tenía por costumbre engañar a su conciencia, y menos aún en este caso. Ahora que se le había brindado la posibilidad de apartarse, de distanciarse de sí mismo, ese don que la naturaleza da con cuentagotas a los hombres, el don de analizarse desde fuera, liberado de sus tendones, músculos, arterias, como se libera el barco recién hecho a la mar, le hizo ver con claridad que le era más difícil declarar en reuniones o mítines que daría la vida por la revolución que darla llegada la hora a verdad. Este fue el descubrimiento de esa tarde de tormenta. Le había llevado a descubrir con anterioridad la verificación de lo que podía suceder sólo en el momento fatal, cuando ya no hay tiempo para meditaciones ni conclusiones. Se sentía feliz de haber tenido la suerte de convertirse en oráculo de sí mismo.

¿Qué harás tú, Raqi, cuando llegue la hora? gritó para sus adentros como un gemido, con el derecho, que creyó poseer, de juzgar a los demás. Un cúmulo de zetas se plegaron y desplegaron caóticamente en su imaginación. No, se dijo al poco, no tengo derecho a acusar a nadie. Sintió que se había cogido a sí mismo, en un renuncio y volvió a decirse «no», contento porque la tentación había sido breve, cosa de segundos.

Estoy dispuesto, dijo para sí y miró el reloj. Cada cual responde ante su propia conciencia. El reloj le pareció lejano, pequeño, como al otro lado del microscopio. Estaba dispuesto a soportar la corona de espinas de la revolución. Se tocó los cabellos con la mano, aún estaban mojados por la lluvia, y miró de nuevo la hora. Ah, sí, es el momento justo de ir al estudio del escultor. El vigor de su pensamiento iba decayendo, su gemelo se había difuminado, y todo lo que en él se había desplegado poco antes como en un espectro, volvía a estar perfectamente enfocado.

Caminaba todavía como ausente, mas ahora, a cada paso que daba, se sentía regresar con rapidez a sus proporciones cotidianas, igual que el río vuelve a su viejo cauce después del desbordamiento. Su mente, aún algo acorchada por la mutación, razonaba torpemente que el taller del escultor se encontraba en la zona oeste de la ciudad, muy lejos del centro, y que necesitaba tomar dos autobuses para llegar hasta allí.

El estudio era amplio y frío. Por el ventanal se podía ver una pista de tenis rodeada de una verja de hierro. La luz del norte hacía que se notara más el frío.

—Siéntate aquí, junto a la estufa —dijo el escultor, señalando un viejo sofá ante el cual enrojecía una estufa eléctrica.

Besnik se sentó sin quitarse el abrigo.

—Cuando trabajo no siento el frío —comentó el escultor—. ¿Quieres café?

—Sí, gracias.

El escultor enchufó una cafetera eléctrica. Sin abrigo parecía más fuerte y, en general, en el taller, totalmente diferente a como era en la calle. Vestido con un jersey negro de cuello alto, era uno de esos tipos en los que el olor a tabaco parecía completar la voz y la respiración pesada.

Mientras el escultor se entretenía con el café, Besnik contemplaba una composición cuyas figuras no se distinguían bien porque estaba cubierto con un celofán. En toda la superficie del taller había colocadas sin orden alguno estatuas cortadas por la mitad, bloques de barro, bocetos, torsos con hierros esqueléticos sobresaliendo, algún perfil que apenas se adivinaba, como si acabara de brotar del barro.

—Es como si crearas el mundo desde el principio—dijo el escultor, echando el café en las tazas—. Este trabajo hace que te sientas un dios o nada.

Después de tomar el café, el escultor empezó a moverse por el estudio mostrando diferentes obras a Besnik. Mientras hablaba, su respiración se iba acelerando y haciendo más pesada.

—Este trabajo nuestro es difícil —repetía una y otra vez—. Yo tengo amistad con escritores. Ellos también dicen que su trabajo es duro, pero no creo yo que se fatiguen tanto como nosotros.

Besnik no supo qué decir y se encogió de hombros.

El escultor arrancó un trozo de barro de un bloque y lo agitó ante los ojos de Besnik.

—El barro está muerto, lo ves —dijo casi gritando—. Lo amasas, lo amasas, horas, días enteros, lo acaricias con las manos, pero no revive, no revive. Un cadáver frío, ¿entiendes?, de miles de años. Y de repente, justo cuando has perdido las esperanzas, sientes que da una señal de vida: un soplo, una leve sonrisa. Entonces comienza el mayor esfuerzo. Te tiemblan las manos por conservar esa brizna de vida. Vuelves a trabajar el barro para revivirlo definitivamente o matarlo por completo. A menudo sucede que matas otra vez lo que tanto te costó reanimar.

El escultor tiró el trozo de arcilla y abrió las palmas de las manos.

—Con estas manos le ahogo.

Caminaba distraído entre sus obras inacabadas, encendiendo continuamente cigarrillos que tiraba después de dar sólo dos o tres chupadas.

—El momento —gritó, deteniéndose ante un montón de barro—. Intenta transmitir el momento a esta arcilla.

A su espalda había una enorme composición. Con un movimiento brusco, el escultor quitó el celofán que la cubría, que cayó a sus pies con un rumor suave. Besnik se adelantó un paso para ver mejor la escultura. Parecía inconclusa. Eran dos figuras, un chico y una chica, inclinados dolorosamente uno hacía otro.

—*El Beso* —dijo el escultor—. Así se llama.

—Ah.

El rostro del escultor mostraba una sonrisa irónica.

—La he dejado a medias. Me da vergüenza haberle dedicado meses enteros. ¿Qué hay aquí del momento?

Besnik recordó a Zana. También ellos habían dejado su beso a medias.

—El momento exige otra cosa —dijo el escultor.

—Es cierto —corroboró Besnik. Quiso añadir algo, mas el escultor le había vuelto la espalda. Se había detenido ante unos bocetos y le indicaba con la mano que se acercara. Cuando se acercó, Besnik observó que todos los retratos tenían la misma cabeza, que creyó haber visto en alguna parte.

—¿Le conoces? —preguntó el escultor, que observaba la mirada de Besnik con ojos escudriñadores. —Creo que sí. Aquel día en el Gran Bulevard... El escultor dio una palmada con las manos.

—Él es. ¿Te acuerdas cómo le seguía?

—Le recuerdo muy bien —respondió Besnik—, con aquella cabeza envuelta en la tela.

—¿No hay algo trágico en la forma de enrollarse la tela en la cabeza? —dijo el otro, haciendo girar la mano en torno a la escultura—. Incluso en tiempo de paz, ellos se sienten como en la guerra. En invierno o en verano, sus cabezas siempre están llena de heridas imaginarias.

El escultor se tocó la frente con dos dedos. Luego, su mano dio varias vueltas al cráneo.

—Llevan sobre sus cabezas todas las viejas heridas de sus ancestros.

Besnik se inclinó para leer la leyenda. *Nik Ukcama*, de *Bjeshkët e Nemuna*.

—Ese es su nombre —dijo el escultor—. Y de verdad era de Bjeshkët e Nemuna.

—¿Cómo conseguiste que posara?

—Era casi imposible proponerle una cosa semejante —dijo el escultor—. Mi suerte fue que ninguno de los hoteles del Gran Bulevar en los

que pidió habitación tenía sitio y yo le ofrecí que viniera a dormir a mi estudio. Una vez aquí, modelé a escondidas su cabeza. Mírala, esta es.

El escultor le mostró una cabeza.

—Durmió allí, en el sofá, sin desvestirse. Tenía la esperanza de que, al menos, se quitara la tela de la cabeza, quería ver cómo la desenrollaba para imaginar el proceso contrario, pero ni siquiera eso hizo. Por la mañana temprano, cuando llegué al estudio, ya se había ido.

—Es curioso —comentó Besnik sin retirar la vista de la cabeza.

—Al parecer, durante la noche tuvo frío y se cubrió con papel de celofán —En la voz grave del escultor había una nota de tristeza—. Jamás había pernoctado en mi taller un huésped así —prosiguió—. No habló más que el cuervo de Poe, sin embargo, por la mañana sentí que me había dejado un drama esparcido por todo el estudio.

Besnik seguía contemplando la cabeza del montañés.

—Unas semanas más tarde, cuando escuché las primeras palabras confusas sobre el distanciamiento de la

Unión Soviética, lo primero que se me ocurrió fue este pañuelo liado en esta cabeza —dijo el escultor, tocando con la mano la cabeza de la escultura—. Ese día dejé a medias *El Beso*.

Ambos volvieron la cabeza hacia la composición que el escultor había vuelto a cubrir con celofán. Este es tu monumento, se dijo Besnik.

—¿Qué llevarás a la próxima exposición? —preguntó Besnik—. ¿La cabeza del montañés?

—Creo que sí.

El escultor comenzó a dar vueltas por el estudio con aire distraído.

—Quiero captar este movimiento, está preocupación que flota en el aire, estos días, ¿me entiendes? Hay un aliento prometéico en todos los movimientos, en la acción de escuchar las noticias de la radio, incluso en imágenes tan habituales como la entrada y la salida por la puerta de cristal de una tienda de alimentación. Quizá no me expreso con claridad, pero entiende lo que quiero decir, estos días hay algo especial en todo, algo... cómo decirlo, cómo decirlo... una forma especial de liarse el pañuelo... una... una...

—Entiendo perfectamente lo que quieres decir.

Sí, lo entendía perfectamente. ¿No había vagado poco antes por las calles, con la cabeza llena de heridas imaginadas y esa sonrisa suya entre la sangre que le chorreaba por los pómulos? Una hora antes, sin saber nada de aquella escultura, se había liado el pañuelo de otro modo.

—Te comprendo...

—¡Pues claro! —exclamó el escultor aliviado—. Todo este movimiento que flota en el ambiente, desembarazado, libre, yo como escultor tengo la obligación de atraparlo y retenerlo en la piedra. Hum, no es tan fácil. Inténtalo, por favor. Los cuentos populares hablan de brujas que convertían a los hombres en piedra. ¿Has pensado alguna vez que las brujas no son otra cosa que los primeros escultores y que el campesino ignorante que se marchó atemorizado, dando la alarma porque había visto la casa de la bruja llena de personas petrificadas, no había visto más que un estudio de escultor?

Besnik soltó una carcajada.

—¡Hermoso! —gritó riendo.

—Eso es lo que somos nosotros, brujos del arte. Casi se me olvida, tú venías por la lápida de la tumba de tu padre, ¿no?

—Sí, ya te lo dije por teléfono.

—Perdona, no la tengo acabada del todo. Te doy mi palabra de que esta noche la termino.

—No importa —dijo Besnik—, no corre prisa.

El escultor se dirigió a un rincón y estuvo un rato buscando algo.

—Mírala —dijo, llevando en las manos una placa—, ¿qué te parece?

Era una placa de mármol blanco. En su superficie cuadrangular había grabado una rama de laurel y una cartuchera. En el centro, el nombre XHEMALSTR.

—Como ves, me quedan por grabar todavía tres letras.

Besnik contempló la placa.

—Me gusta —dijo.

Fuera anocheecía. El campo de tenis con su cerca de hierro se iba hundiendo en el crepúsculo.

Besnik miró el reloj. Recordó que Viktor Hila le había invitado a cenar para celebrar el aniversario de su boda.

—Me voy —dijo.

El escultor le acompañó hacia la puerta. A la luz del crepúsculo, las estatuas en el interior del estudio tenían un aspecto fantasmagórico.

—Quería preguntarte —dijo el escultor desde el umbral—. ¿habrá algo en la prensa de estos días sobre la ruptura con los soviéticos?

—Creo que esta semana saldrá algo —respondió Besnik.

—Es decir que la ruptura es definitiva.

—Eso parece.

El escultor miró un rato en dirección a la pista de tenis. La red ya no se veía.

—Aunque me haya quejado antes de mi trabajo, considero una suerte ser escultor.

Besnik sonrió. Las luces de un coche se deslizaron silenciosas sobre la verja negra.

—Este momento es para los escultores —dijo el otro.

Besnik entró en la redacción sólo para ver qué ocurría. No había nada nuevo. Dudaba si ir o no a casa de Viktor. Últimamente trataba de evitar ese tipo de invitaciones porque no quería que le preguntaran dónde estaba ella... Zana. Viktor, si lo supiera, tomaría el teléfono y le diría: Vendrás sin falta, de lo contrario me enfadaré. Viktor le había dicho que la cena era para celebrar al mismo tiempo su aniversario de bodas y la inauguración de su nuevo apartamento. Él y su suegra habían entregado dos apartamentos pequeños para recibir uno más grande, con tres dormitorios y cocina, que compartirían. Besnik había escuchado casi con sorpresa sus explicaciones. Cambiar de apartamento, amueblarlo, le parecía ahora algo ajeno. Sin embargo, estas cosas seguían existiendo como antes.

Sin haber decidido aún qué haría, Besnik subió a la oficina. Sobre la mesa había un cúmulo de cartas esparcidas, como las había dejado a mediodía.

Normalmente no le apetecía trabajar a esas horas, sobre todo cuando la redacción estaba casi vacía. Metió las cartas en un cajón de la mesa y salió. El pasillo estaba silencioso. Al fondo se oía el teclear de una máquina de escribir. Sonaba un teléfono que nadie cogía.

Descendió las escaleras, dio las buenas noches al portero y salió a la calle. Caminaba cerca de la Galería de Artes cuando se encontró con Diana Bermema. Hacía tiempo que no la veía. Su cuerpo pesado contrastaba con el etéreo permanente de todo su ser. Caminaba despacio, como en sueños, incluso su voz se había tornado más suave, como si temiera despertar a alguien. Dijo que había cogido la baja de natalidad. Con un gesto natural, tomó a Besnik del brazo y caminaron en dirección a la Plaza de la República. La conversación era ligera, transparente, como un jarrón de cristal que ambos sostenían con cuidado para que no se quebrara. Ni una palabra de Zana. Debía estar al corriente de todo. Al separarse, en la parada del autobús, ella le abrazó y le besó entre la cara y el cuello. Exhalaba una fragancia agradable. Recordó que la primera impresión que le causó Zana

fue un buen olor. Entonces pensó que no se puede querer a una chica si no huele bien.

En el beso de Diana había una ternura que le provocó un vuelco en el corazón. No sólo lo sabía todo, sino que, al parecer, sabía algo más que él. Y ese algo era irreparable.

Se alejó a grandes zancadas, rememorando las últimas palabras de Diana «ven una noche a cenar». Era la invitación que se hace a un hombre solo.

Ni una palabra de Zana, repitió para sí. Llevaba tiempo sin verla. Unos días después de la muerte de Struga, ella había ido a su casa, cuando él no estaba. Raboja le había contado que estuvo deambulando por el piso como una sombra, sin apenas hablar, y que se fue con los ojos llorosos. Ese mismo día, Besnik la había llamado por teléfono desde una cabina. Esta fue su última conversación. Era una cabina húmeda, con los cristales empañados. Afuera había gente esperando para llamar. La voz de Zana llegaba lejana entre los ruidos de la línea sobrecargada a esas horas de la tarde. No puedo, no puedo, decía ella. ¿Qué ha ocurrido? ¿por qué, por qué?, insistía él, no puedo, repetía ella. Esto continuó largo rato: unas voces entrecortadas a través de un agujero negro lleno de señales, rayones, silbidos, una especie de llanto de estrellas. Y después, el golpear del desconocido que esperaba su turno en el cristal de la cabina con una moneda de veinte céntimos.

Veinte céntimos para hablar contigo, repitió para sí un verso del poema de una joven publicado esos días en la revista literaria. Veinte céntimos para separarme de ti, dijo al poco.

Después de esta última llamada telefónica, la había visto sólo una vez, casualmente, por la calle, saliendo de un Almacén Universal. Sus miradas se encontraron de pasada y, mientras ella se alejaba, él había pensado que, cuando entre dos personas empieza a enfriarse la relación y mueren el uno para el otro, la muerte comienza precisamente en la mirada. Más tarde, recordando y recordando sus ojos, cómo los había visto por última vez, pensó que en la vida de Zana podía haber sucedido algo irreparable que, al parecer, nunca sabría.

No pensaré más en ella, se dijo. Esto se ha terminado. Ya que no tenía dónde pasar la noche, decidió ir a casa de Viktor. Caminó por la calle Alí Bajá, buscando con la mirada el cruce con la calle Experimental. Allí empezaba un barrio aún no terminado en el que no había estado nunca. Las aceras aún no estaban pavimentadas. Aquí y allá se veían barrizales. Unas luces intensas que parecían colgar en el abismo, las señales rojas de las

grúas y el campo oscuro más allá, tenían en sí mismos un desequilibrio convulso. Se acordó de una de las primeras citas con ella, un sofá, tumbados los dos, en la habitación sin cortinas de un amigo, desde la que se distinguían unas luces lejanas como éstas, irritantes. Al verlas, ella dijo: Seguro que soy la chica más feliz de Albania.

No la recordaré más, se dijo y apretó el paso. Le costó dar con el apartamento de Viktor. El ambiente allí era alegre.

—Está un poco desordenado, pero no importa —dijo Viktor—. Como todas mis cosas. Pero ¿por qué no ha venido Zana?

Besnik hizo un gesto indefinido. Como en todos los apartamentos nuevos, se sentía un agradable olor a trementina y esmalte. En una mesa grande, colocada junto al aparador, había bastantes cervezas y varias bandejas de bocadillos. En la habitación contigua se oía música.

—Has invitado a mucha gente —dijo Besnik.

—No, unos compañeros de la fábrica y parientes. Ya sabes que tengo muchos parientes.

De todos los amigos de Besnik, Viktor era el único a quien gustaba organizar cenas con motivo o sin él.

—Te presentaré algunas personas interesantes.

—Luego —dijo Besnik.

Saltaba a la vista que la llegada de Besnik era motivo de especial alegría para Viktor. No sabía qué hacer para tenerle contento. Besnik se sentó al extremo de un sofá, junto a unos hombres de aspecto severo.

—Estos son mis tíos —dijo Viktor, inclinándose al oído de su amigo—. Se pasan la mitad del tiempo discutiendo por cualquier cosa.

A Viktor, desde los años de la escuela, le gustaba hacer bromas sobre sus numerosos tíos.

Le indicó a Besnik quién era su suegra, de la que también solía hacer chistes, sin embargo, se notaba que la quería.

Besnik no conocía a la mayoría de los invitados. Sus ojos, de un modo absolutamente pasivo, contemplaban una mano de mujer apoyada en el brazo de un sillón. Una pulsera grande y el color púrpura, oscuro, de las uñas, daban a aquella mano un toque señorial. Recordó veladamente las tres sortijas en la tienda de objetos viejos.

A la puerta de la habitación donde se bailaba, dos muchachas se apoyaban en la pared. Una de ellas, guapa, con una horquilla reluciente en el pelo bien peinado, le resultaba una cara conocida. Ella le miraba con ojos burlones. Dónde la he visto, se interrogó. Cuando volvió a levantar la cabeza, la joven aún le miraba, mas retiró los ojos en cuanto éstos

encontraron la mirada de Besnik.

Entre tanto, a su lado, los tíos de Viktor habían comenzado de nuevo una de sus habituales discusiones. En sus rostros había una mezcla de seriedad y preocupación permanente. Besnik captó las palabras «Club Petéf» y «renegado Kautski». Si nuestros hijos, y no sólo nuestros hijos, sino también nuestros nietos, son capaces de batirse a muerte con el enemigo de clase, entonces podemos cerrar los ojos tranquilos; el poder estará garantizado. De lo contrario... No, le contestaba el otro. Eso significa basar el poder de la clase obrera en el principio de la venganza.

—Dejad ya esa discusión —dijo otro de los tíos, elegantemente vestido.

—¿Te aburres? —escuchó Besnik la voz de Viktor, que le hablaba por encima del hombro.

Besnik respondió «no» y se apartó un poco para que su amigo pudiera sentarse en el sofá.

—No has ido últimamente por la fábrica —dijo Viktor—. Estamos construyendo la nave nueva sin ayuda de los soviéticos. Es una maravilla.

—¿Hay aún especialistas extranjeros?

—Han quedado unos tres alemanes y un húngaro. Pero no nos fiamos mucho de ellos. Después de que se reventara la presa de Zabzun...

La presa de Sabsun, pensó Besnik. Iba a contarle cómo pronunciaba Kossiguin ese nombre, mas llamaron a Viktor.

Besnik se levantó y se acercó a la puerta de la habitación donde se bailaba. La música era lenta y al cabo de un rato se sorprendió a sí mismo contemplando las manos de las mujeres sobre los hombros de sus respectivas parejas. Nunca se le había ocurrido pensar en la enorme variedad de formas de apoyar la mano en el hombro de la pareja. Unas cual ramas rotas, otras nerviosas. Reconoció entre ellas la mano de la pulsera cuyos dedos, bien por el color de las uñas, bien porque estaban clavados en un hombro, parecían ensangrentados.

—¡Oh, juventud, juventud! —le dijo alguien al oído. Besnik no volvió la cabeza—. En el cuarenta y cinco también yo podía haber bailado así, pero no lo hice. Me dedicaba a otra cosa.

—¿A qué se dedicaba? —preguntó Besnik sin ninguna curiosidad.

—A porquerías.

Besnik volvió la cabeza y se sorprendió al ver a uno de los tíos de Viktor, precisamente el mejor vestido. El cuello almidonado de la camisa le oprimía la garganta. Puede haber sido ministro del servicio comunal, pensó Besnik maquinalmente.

—¿No lo cree? —dijo el otro—. Nadie lo cree al principio.

Entre los bailarines, Besnik distinguió un par de ojos atentos. Otra vez esa muchacha. La horquilla destelleaba durante la danza. Sus anchos pómulos, que destacaban sobre todo de perfil, le convencieron de que la había conocido en alguna parte.

—En el cuarenta y cinco me dedicaba a las pintadas en las paredes, incluidas las de los retretes públicos —dijo el tío de Viktor. Besnik le miró sonriendo—. Cuando una clase es derrocada, pierde, entre otras cosas, la prensa —prosiguió—. No tiene medio de expresar sus opiniones y sentimientos. Merodea, se enerva, se desespera y, finalmente, en busca de publicidad, da el último paso: baja a los retretes públicos. Allí, lápiz o tiza en la mano, ¡hale! llena paredes y puertas, insulta, proclama el gobierno en el exilio, se burla, amenaza. He aquí a qué me dedicaba en el cuarenta y cinco. Vosotros bailabais, celebrábais el triunfo de la revolución, mientras yo erraba por las callejas, las paredes, los retretes, entre el hedor de la orina, la porquería y el odio, tomaba notas y sacaba conclusiones. Porque no se puede llegar a comprender totalmente una ciudad sin todo esto, incluidos sus WC. Así que, yo también hice algo por el momento.

—¿Crees que podría volver a bajar? —preguntó Besnik, mirando sin querer los botones brillantes de la camisa nívea.

—Es posible. Cada momento tiene sus aguas negras. Alguien tiene que ocuparse de ellas.

Dio la espalda de Besnik y se marchó casi con rabia.

Alguien tiene que ocuparse de las aguas negras, repitió Besnik para sí. Se había detenido frente a una estantería con libros y, sin centrarse en ello, estaba leyendo los nombres de los autores y los títulos. A su lado, sintió dibujarse un perfil conocido. Era la chica que no lograba recordar dónde había conocido. Esta vez le pareció que la sonrisa burlona había desaparecido de la expresión de la joven.

—Creo que nos conocemos —dijo él, y se dio cuenta al instante de que esa era la forma más vulgar de dirigirse a una chica. A lo mejor se ponía colorado por ese inicio tan banal, pero la muchacha le respondió con seriedad:

—Sí, nos conocemos. ¿No lo recuerda?

Besnik encogió los hombros.

—En la inundación —dijo ella—. Yo...

—¡Ah, sí! —exclamó Besnik—. Eres la chica de la radio del magnetófono estropeado.

La muchacha esbozó una sonrisa burlona.

—Y tú el tipo del humor de perros.

Besnik dejó escapar una carcajada.

—Me ofendiste entonces. ¿Lo recuerdas?

—Me lo dijo mi compañero —dijo Besnik—, pero, créeme, fue totalmente sin querer. Aunque tarde, te pido perdón.

La chica bajó la cabeza en un gesto de agradable teatralidad.

—¿Bailamos?

Ella asintió con la cabeza y con un movimiento muy natural acercó la cintura a Besnik y le puso la manos en el hombro. Rama quebrada, pensó Besnik. Sintió muy cerca los ojos de la muchacha. El fulgor de la horquilla le llegaba lejano.

—Hace un rato se hablaba de ti —dijo la chica, moviendo la cabeza para indicar tal vez el lugar donde se había hablado de él—. Tú y ese de ahí, el rubio delgado con las manos en los bolsillos, sois los personajes más interesantes de la velada.

—¿Sí? —exclamó Besnik—. Por lo que a mí se refiere, lo creo —añadió bromeando—, pero, ¿quién es ese otro?

—¿No lo sabes? Es un perito en muerte.

—¡Cómo!

La chica sonrió, satisfecha de haber podido sorprenderle.

—He dicho perito en muerte —dijo ella—, porque hace un trabajo sorprendente. Acompaña a un general y un cura extranjeros que están recogiendo restos...

—Algo he oído —dijo Besnik. Volvió la cabeza para verle. El «perito en muerte» tenía un rostro casi infantil al que unos cabellos claros, casi amarillos, realzaban la franqueza.

—Dicen que identifica a los muertos con unas reglas y otros aparatos... Brr... Qué horror —exclamó la muchacha—. Sin embargo, es interesante.

—Es una profesión casi mítica —dijo Besnik.

Ella afirmó con la cabeza.

—Y tú...

—Cierto —dijo él— ¿qué pinto yo aquí?

Ella ladeó un poco la cabeza, como para encontrar exactamente las palabras que debía decir.

—¿Tú... estuviste en Moscú durante... aquella reunión?

¿Por qué todo aquello tenía cierta relación con Moscú? Sintió casi físicamente como desaparecía de su cara la expresión de alegría.

—¿Temes que te pida que reveles algún secreto? —dijo la muchacha cuya sonrisa se había helado.

—¡Oh, no! Nada más lejos de mi imaginación.

Ella le miraba como diciéndole: guárdate de tus secretos.

Él creyó que se estaba acabando la cinta del magnetófono, mas no era así.

—¿Puedo hacerte otra pregunta?, pero no lo tomes a mal.

Besnik asintió con la cabeza. La muchacha volvió a pensarse bien la formulación de la pregunta.

—¿Han querido expulsarte del Partido por algún error cometido en Moscú?...

—No —respondió seco Besnik—. Fue una cuestión meramente personal.

Debió mudarle la cara, ya que ella le pidió perdón dos veces seguidas.

—No importa —dijo Besnik—, es algo que ya está zanjado.

—¿Estás otra vez en el Partido?

—Sí.

La mirada de ella caía sesgada, en dirección al cuello de la chaqueta de Besnik, permitiéndole contemplar muy de cerca sus ojos y sus labios carnosos.

—¿Sabes? —dijo la chica, sin levantar la vista—. Dicen que en el momento más crítico de las conversaciones cometiste un error en la traducción y que a raíz de ello todo se precipitó. Fantasías, ¿no?

—Claro —respondió con frialdad.

—A mí, sin embargo, eso me parece... no sé cómo decirlo... interesante.

Besnik no habló. Bailaron un rato en silencio.

—¿Tienes teléfono? —preguntó él inesperadamente.

—No... pero los vecinos... ¿por qué?

Besnik movió los hombros en un gesto descuidado.

—Para telefonarte algún día. Podemos vernos.

—Si quieres, puedo llamarte yo —dijo ella.

—Perfecto. ¿Recordarás el número si te lo digo?

—Sí.

—Casi lo olvido, ¿cómo te llamas? —preguntó él.

—Pranvera.

—De acuerdo entonces, Pranvera.

—Tú te llamas Besnik, ¿no?

Besnik movió contento la cabeza. La música sonaba sin cesar, mas se dio cuenta de que no se habían desplazado más de un metro desde que comenzaron a bailar.

—¿Qué eres de Viktor? —preguntó él—. ¿Prima?

—No. Le he conocido en la fábrica. Por trabajo de la radio, voy mucho por allí y conozco a mucha gente. ¡Está lloviendo! —añadió al poco, señalando con la cabeza la gabardina mojada de un recién llegado.

Una y otra vez, los ojos de Besnik se detenían sin querer en el grupo de los tíos de Viktor. Dos hombres más se habían añadido al grupo. Uno de ellos no se había quitado la gabardina, ni siquiera la gorra. Era una gabardina gris, del estilo de las que suelen utilizar algunos instructores de los comités. La expresión sombría de sus caras indicaba que habían vuelto a discutir.

Ahora aparecerán por decenas, pensó Besnik. Liberales y conservadores, regocijándose mutuamente por los errores de los otros, los explotarán al máximo para alumbrar un conflicto que genere confusión. Una parte aprovechará la situación creada para remarcar ese «nosotros» suyo viejo y montaraz. Intentarán convertir la desgracia en suerte para su carrera, agitarán la palabra «revisionismo» como si dijeran «espectro», «brujas». Los otros, los liberales, gritarán lo contrario. Creerán asimismo que el tiempo trabaja para ellos. Toda la animadversión y el desengaño contra los soviéticos, intentarán convertirlos en animadversión y desengaño contra la revolución.

—Hace un momento, alguien comentaba que se espera un ataque furibundo contra los soviéticos en la prensa —dijo la muchacha—. ¿Es cierto?

Besnik se encogió de hombros.

—No sé nada —dijo.

Ella continuaba mirando de soslayo, con expresión triste, en dirección al experto en muertes. Proseguía la música. En el pasillo del apartamento se apreció cierto movimiento. Alguien acababa de llegar. Besnik se apercibió del movimiento de cabezas y pensó que debía haber llegado alguien conocido. Los ojos de la chica se tornaron atentos.

—Las hermanas Krasniqi —dijo a media voz, y Besnik sintió la presión de sus dedos en el hombro, muy cerca del cuello. Se diría que aquellos dedos pretendían mantener fija su cabeza, que no se volviera para ver aquel terror o aquella maravilla.

Mark regresó del ensayo cerca de medianoche. Al entrar en el patio de la casa, vio que arriba, en la habitación de Zana, había luz. Encontró la cena fría sobre el hornillo eléctrico. Comió deprisa sin pensar en ello y, antes de dormir, fue a ver a su madre. Ella nunca dormía antes de medianoche.

Empujó la puerta del dormitorio y entró. Nurihan había apagado la luz. Encogida junto a la radio, ella y la radio parecían un solo ser. Nurihan—Philips. La leve luz verde azulada del dial del aparato se proyectaba sobre su cara, desde abajo, dando a su mandíbula inferior un aspecto inhumano.

—Buenas noches —dijo Mark, mas ella no le oyó. Se sentó en el viejo sillón y cerró los ojos con expresión de cansancio. Se sabía de memoria el dial levemente iluminado, donde los nombres de las capitales del mundo estaban muy cerca, en una vecindad que provocaba risa.

Nurihan le vio por fin y movió los labios, mas no se separó de la radio. Los locutores repetían uno tras otro: les ofrecimos las últimas noticias, pasamos ahora a la previsión metereológica para mañana.

—No me encuentro bien —dijo Nurihan.

Mark le preguntó por sus molestias, mas ella no respondió. Los locutores daban el boletín metereológico. El invierno, tras aproximarse a los antiguos confines de los glaciares, sin llegar a ellos, había comenzado a retirarse. Caravanas de nubes cargadas de nieve y truenos huían hacia el norte.

Luxemburgo, París, Bratislava. Moscú. Montecarlo. Los locutores iban diciendo «buenas noches».

Poco después, ella apretaría el interruptor de la radio y todas aquellas luces se oscurecerían al instante. Las voces callarían. Bruselas. Strasburgo. Tokio. Todo se convertiría en arqueología.

—No me encuentro bien —repitió Nurihan.

Mark respiró hondo. Repetidamente ella creía que el país se encontraba en el umbral de una convulsión. Sus esperanzas se apagaban a veces, tan inesperadamente como resplandecían. Los últimos días, se habían revitalizado como nunca antes. Se esperaba algo extraordinario.

Wagner, dijo uno de los locutores. El ocaso de los dioses.

Cuando Besnik llegó a casa, había pasado la medianoche. El apartamento, que, incluso por el día, desde la muerte de Struga y la incorporación de Beni al ejército, parecía grande, al llegar la noche, resultaba inmenso y vacío. Sobre el hornillo eléctrico estaba su cena. Ni si-

quiera la tocó. Fue a su alcoba, se desnudó, se tumbó y encendió la radio que tenía a la cabecera de la cama. Estuvo un rato cambiando de emisoras. Las noticias habían terminado en todas. Una de ellas emitía música sinfónica, que él identificó con Wagner.

Puso un brazo bajo la cabeza y escuchó. Pasó mucho tiempo. Se halló en un campo interminable, en medio del cual, lejos, relinchaba un caballo solitario. El caballo galopaba fatigosamente y la espuma que le caía de la boca se helaba en el suelo como si fuera nieve. Poco a poco lo iba cubriendo todo y Besnik avanzaba con dificultad a través de ella.

Capítulo vigesimoquinto

El martes por la tarde corrió el rumor de que la prensa desencadenaría un ataque público contra los soviéticos. Todo el mundo esperó impaciente los boletines de noticias hasta la medianoche y sólo cuando el locutor dijo buenas noches, se fueron a dormir, convencidos de que no habría tal ataque. Mas no pasaron más que unas horas y, al amanecer, en todos los periódicos del miércoles, con titulares extraordinariamente grandes, se hacía pública por primera vez la ruptura albanó-soviética. En las calles aún cubiertas por la niebla había un movimiento continuo. Los bares y pequeños cafés emitían una luz tenue sobre las siluetas de personas y autobuses urbanos. Los periódicos abiertos, medio abiertos, doblados, desgarrados en algunas partes, semejabán velas en medio de una tormenta formidable. En un discurso en una reunión en el Kremlin, Nikita Jruschov había proclamado públicamente la ruptura soviético-albanesa.

Los periódicos reproducían en negrilla extractos del discurso en los que vertía su ataque furibundo contra el Comité Central del Partido, subrayando especialmente la frase: «Los dirigentes del PTA se han vendido al imperialismo por 30 monedas» y el párrafo en que se hacía un llamamiento al pueblo albanés a derrocar a la dirección del partido. Todos los periódicos dedicaban la portada a una Declaración del CC del Partido del Trabajo de Albania dirigida a los comunistas y a todo el pueblo albanés en la que se respondía a los ataques de N. Jruschov y se llamaba al pueblo a reforzar la unidad, en estos momentos difíciles, en torno al Partido y su Comité Central.

A las 10.30, en todas las fábricas, empresas, ministerios, facultades, granjas y escuelas de Tirana se celebraron mítines breves, en los que se leyó colectivamente la Declaración del Comité Central. Durante todo el día se transmitió en las emisiones de radio. A las 15.30, por primera vez en quince años, Radio Tirana no retransmitió la emisión de Radio Moscú para Albania, siendo sustituida por un espacio deportivo.

Al día siguiente, todos los periódicos publicaban fuertes editoriales

contra la dirección soviética y numerosas cartas, recibidas de toda la República, de grupos de obreros y cooperativistas, estudiantes, madres de mártires y escritores destacados, solidarizándose con la línea general del partido y manifestando su indignación por la declaración de Jruschov. Ese mismo día, en la Plaza Skénderbeg se colocó el primer gran cartel sobre el bloqueo económico del campo socialista contra Albania. Por la tarde, una gran multitud de universitarios y bachilleres de Tirana realizaron una manifestación espontánea de protesta ante las verjas de hierro de la Embajada Soviética, donde hacían guardia decenas de policías. Una hora después, una enorme marcha de obreros de las fábricas de la capital recorrió lentamente todo el gran bulevar, pasó ante la sede del Comité Central y, entonando canciones revolucionarias, siguió en dirección al estadio Dinamo.

El tercer día, viernes, la campaña en prensa y radio proseguía en toda su intensidad. En todas las plazas y cruces de Tirana se colocaban cartelones con el texto: *¿Qué has hecho hoy contra el bloqueo?* Del miércoles al viernes, la calificación de Jruschov en la prensa experimentó un cambio sensible. Mientras en la mayor parte de los rotativos del miércoles era llamado «camarada Jruschov» (a excepción de algunos periódicos que se referían a él por el nombre: Jruschov o Nikita Jruschov, sin contar el *Sporti*, que le llamaba con ironía simplemente Nikita), en los periódicos del jueves no sólo desapareció la palabra «camarada», sino que únicamente algunos mencionaban al primer ministro soviético por el nombre y el apellido. La mayoría le llamaba señor Jruschov, otros el revisionista Jruschov y el órgano del CC del Partido fue el primero en utilizar los calificativos de traidor y renegado. El viernes, casi en la mitad de los periódicos, el primer secretario del CC del PC de la Unión Soviética era mencionado como Judas Jruschov. La revista satírica, que sale normalmente los domingos, editó un número especial dos días antes con treinta y dos caricaturas de Jruschov en cuyos pies se encontraban palabras como borracho, enano y calvo. El número fue retirado de la circulación a mediodía y su redactor jefe fue convocado a la una a la Dirección de Prensa del CC del Partido para comunicarle su cese por haber permitido la publicación de epítetos relacionados con defectos físicos, «característico de la prensa sensacionalista burguesa».

A la una y media, en las oficinas del periódico donde trabajaba Besnik todavía se hablaba de ello. Aquellos días, de todas las secciones, la que más trabajo tenía era la de cartas del pueblo. Para hacer frente a la sobrecarga Besnik, Ilir y otros periodistas ayudaban en la selección y redacción de las cartas. Estas eran de lo más sorprendente, bien por el contenido, bien por el

estilo. La ofensa, la cólera, la decepción de la amistad (la decepción más terrible para el albanés, había dicho Ilir) habían creado cierto éxtasis nebuloso, que impedía a sus autores comprender la imposibilidad real de emprender una respuesta o una acción, de infringir un castigo al gran desagradecido. En algunas cartas se pedía el procesamiento de Jruschov, en otras se subrayaban las palabras equívocas «¡o nosotros o Jruschov!».

Todavía reían por la última frase, cuando se abrió la puerta y entró el administrador pelirrojo con un nuevo montón de sobres. Los dejó sobre la larga mesa, completamente llena, y, sin decir nada, se marchó.

Se repartieron los sobres y comenzaron a abrirlos. A veces rompían el silencio para leerse unos a otros alguna frase o una carta entera.

Sin concentrarse en la lectura, Besnik pensaba que al cabo de unos días, se enfriaría el ambiente y todos regresarían a sus oficinas respectivas. Él volvería a sentarse en su mesa, en la sección económica, ante la frialdad de las cifras. Sus cabezas redondas parecerían decirle: por fin llegaste, golfo, siéntate ahora un poco, que bastante has andado por ahí... Hacía varias semanas que había comenzado la lucha contra el bloqueo en todos los terrenos de la economía. Los obreros de la construcción habían sido los primeros en enfrentarse a él. Tras la construcción, las grandes fábricas, después el comercio exterior, las obras de las hidrocentrales del norte, el petróleo. Centenares de grúas levantaban ahora sus largos cuellos buscando algo en el horizonte. A la mente de Besnik acudió la última manada de dinosaurios, atascados en el desierto pantanoso australiano. La independencia tiene un elevado precio. Esta frase utilizada sin ton ni son en toda la propaganda, como el Minotauro que aparece de repente a la puerta del Laberinto, brilló ahora en su conciencia con su genuino significado.

—¿Vendréis por la tarde a la inauguración de la exposición de artes figurativas? —preguntó uno de ellos.

—¡Vaya un momento para exposiciones! —dijo otro

Besnik llegó a casa a comer más tarde que de costumbre. Raboja había puesto la mesa y le estaba esperando. Nunca comía sin él.

—¿Dónde está Mira? —preguntó.

Desde la muerte de su padre y la incorporación de Beni al ejército, para Besnik se había hecho imprescindible sentir el ir y venir de Mira por la casa.

—Comió y salió con una amiga —dijo Raboja—. Con esa que tiene el nombre tan raro —añadió tras una pausa.

Con Iris, pensó Besnik. Se pasaban el día llamándose por teléfono y escribiendo postales a Beni a Pashaliman.

—¿Te sirvo un poco más de sopa? —preguntó Raboja.

Besnik dijo no con un gesto de la mano.

Ella colocó sobre la mesa una cazuela de pescado asado y puso dos trozos en el plato de Besnik. No tenía apetito, quizá porque había tomado varios cafés a lo largo de la mañana, sin embargo el pescado le gustó.

Al terminar de comer, Raboja sacó de un cajón del aparador el recibo del alquiler y de la luz.

—A ver si los puedes pagar hoy, me parece que ha pasado el plazo.

Besnik encendió un cigarrillo y ofreció el paquete a Raboja. Debía decir a Mira que, de ahora en adelante, tendría que acostumbrarse a esperarle a la hora de la comida o de la cena.

Raboja había colocado el *xhezvë* en el fogón. Mientras echaba el café en las tazas, Besnik tuvo la impresión de que le quería decir algo.

Desde la ventana de la cocina se veía el tejado de tejas rojas de la casa vecina, alrededor de cuyas chimeneas revoloteaban los cuervos. Besnik se extrañó de no haber reparado antes en la cantidad de chimeneas que tenía aquel tejado.

Raboja sorbía tranquila el café. A lo lejos se oyó la sirena de una ambulancia.

—Quería preguntarte —dijo Raboja— por qué ya no viene la *nuse*.

Nunca había llamado a Zana por su nombre, sino *nuse*. Raboja respiró hondo.

—¿Por qué no me cuentas lo que ha ocurrido? —prosiguió—. ¿O es que no cuento para nada en esta casa?

Se la veía muy afectada.

—¿Por qué hablas así? —replicó Besnik.

Como no sabía qué decir, se levantó de la mesa y se acercó a la ventana de la cocina. Cuatro, cinco, siete chimeneas, contó mecánicamente.

Raboja recogía la mesa en silencio. Retiró los platos, las cucharas, los tenedores y, por último, las tazas del café. En cuanto los fregara, se sentaría, como de costumbre, en el banco y tomaría las agujas con las que tejía unos calcetines de lana para Beni. Aunque Besnik le había explicado que en el ejército no se permitía usar calcetines de lana, no había manera de convencerla.

A hurtadillas, Besnik contemplaba su cara, en la que la tristeza, mezclada con la ofensa, dibujaba una mueca particular. Un día tendré que contárselo, se dijo y, procurando no hacer ruido, salió de la cocina.

En su habitación, estuvo un rato buscando en la librería una edición del Instituto del Folclore sobre la épica popular. Al no hallarla, fue a la alcoba contigua, donde, tras la marcha de Beni, dormía Mira. Buscó entre sus libros, mas tampoco la halló. Permaneció unos momentos de pie, contemplando el lecho cuidadosamente arreglado de su hermana. Hacía tiempo que no entraba en esa habitación. La encontró totalmente cambiada.

Regresó a su dormitorio y comenzó a buscar en el altillo de un armario, donde había ido echando, sin ningún orden, todo tipo de cosas. Al removerlas, aparecían, como suele suceder en estos casos, objetos que, tras haberlos buscado hasta la irritación, había dado por perdidos. Su diploma, por ejemplo, bien encuadernado con tapas gruesas. Un transformador eléctrico que quién sabe para qué se compró. Libros, álbumes. La máquina de fotos Fed-2.

Tomó la cámara en las manos como si fuera una reliquia. Llevaba tiempo sin utilizarla. Desde el verano del año pasado, en la playa.

Miró casi con extrañeza el polvoriento estuche de piel. ¿Había existido de verdad aquel verano?

Pensó devolver el aparato al lugar donde lo había encontrado, mas, sin saber por qué, sus dedos desabrocharon el estuche. Sin él, la máquina parecía más pesada. Besnik observó el granulado de la carcasa metálica; luego, el objetivo. Su cristal semejaba un ojo extraño con ese reflejo bizco, ligeramente azulado por el grosor.

Inesperadamente, la cámara se le antojó vieja. Era una vejez que le recordaba mecanismos de tiempos pasados, los coches o las máquinas de coser de antes de la guerra, que nadie piensa ya en utilizar.

Sin embargo, la cámara era de fabricación reciente. Le dio unas vueltas entre las manos, sin comprender cuál era la causa de ese sentimiento desagradable, como si el límite de una época pasara por el cristal bizco del objetivo.

Cerró el estuche y lo metió en el armario. Poco después, mientras seguía revolviendo libros y otros objetos, empujaba la cámara hacia adentro, como si no quisiera volver a encontrársela más.

Esa misma jornada, hacia mediodía, el embajador soviético solicitó un encuentro urgente con el ministro de Exteriores de la R.P. de Albania para entregarle una nota de su Gobierno en la que exigía el inmediato cese de la campaña de propaganda en la prensa, la radio y la TV albanesas. En caso contrario, concluía la nota, el Gobierno de la URSS tomaría medidas

drásticas. Era una amenaza clara de romper las relaciones diplomáticas.

Dos horas después, en las emisiones de la tarde, Radio Tirana utilizaba un lenguaje más fuerte aún contra los dirigentes soviéticos, calificándolos de chantajistas, aventureros y payasos. Era evidente que la campaña se intensificaba.

La inauguración de la exposición se llevó a cabo aquel mismo día, a las 17.30 horas. Participaron en ella un miembro del Buró Político, el primer secretario del Comité de Tirana del Partido, el ministro de Educación y Cultura, varios miembros del CC y un cúmulo de personalidades estatales y del mundo literario y artístico. Los agregados culturales de los países socialistas miraban en torno suyo con el rostro rígido. Faltaba el agregado soviético.

En las tres salas, los reporteros gráficos se afanaban por hacer el máximo de fotos, cada cual a su estilo: unos fotografiaban los plafones de la exposición con los visitantes al fondo, otros, en cambio, fotografiaban a los visitantes con los plafones como fondo. Tras el grupo de las personalidades, que se desplazaba despacio frente a las telas y esculturas, caminaba un grupo de funcionarios del Ministerio y de la Liga de Escritores y Artistas.

Tenían los ojos puestos en el miembro del Buró Político, que contemplaba tranquilamente las pinturas y de vez en cuando, con la misma tranquilidad, hacía algún comentario al ministro. Éste último asentía con la cabeza y, después, un rumor recorría el grupo que los seguía: qué ha dicho, qué ha dicho.

Lentamente, por las salas de la exposición, el murmullo de las voces y el aire caliente iban inundando todos los rincones. Los autores de las obras, con la cara radiante, iban de un lado para el otro. Involuntariamente, sus oídos captaban fragmentos de conversaciones, breves silbidos de sorpresa, rechazo o admiración. Entre los centenares de miradas que se clavaban en cuadros y esculturas, las había suspicaces, gélidas. Qué significan estas formas, estos colores... Creen que es el momento de hacer retratos de chicas guapas... Yo sé dónde habría que llevar estas pinturas...

Entre la multitud, Besnik distinguió a Skénder Bermema.

Cerca explotó una risa cálida. Era un grupo de actores del teatro central. Besnik reconoció entre ellos a la célebre bailarina V.V., que un año antes, tras un escándalo sonado, se había separado de su marido. El crítico C.V. se escurrió en dirección a una tela de predominantes tonos azules. Sus ojos parecían decir: ¿De dónde ha salido este azul?

Skënder Bermema conoció al miembro del Buró Político, que se detuvo con el grupo de personalidades ante una talla de madera. Se apartó un poco para no quitarles la visión.

Entre los visitantes, divisó a Besnik Struga y recordó sus isos. Todos aquellos días se había ocupado de ellos. Por el momento, se componían de trozos de periódicos, carteles, cintas magnetofónicas con noticias de la radio. Todo ello intentaba fundirse en un clamor común.

Besnik estaba a dos pasos de él. Quizá sus oídos captaran entre el murmullo más o menos los mismos retazos de la misma conversación. ¿Crees que hay que revisar todo el repertorio?, preguntaba alguien a su compañero. Sí, sí, por supuesto, insistía el otro. En la nueva situación que se ha creado, hay que revisarlo todo: la ópera, el teatro, el cine. Es más, yo diría que debemos considerar otras cosas. Tiene razón, decía el primero. El modo de vida soviético ha depauperado mucho nuestra existencia. Creo que hay que considerar la experiencia de los chinos, los franceses, de todos. No soy partidario de establecer diferencias. Por ejemplo, estos tonos azules de aquí ¿no los encuentra un poco... anacrónicos? No, al contrario. Ahora que nos hemos liberado de los soviéticos debemos desechar todas sus odiosas reglas. ¡Cómo!, desorbitó los ojos el otro. Al contrario, yo creo que esas reglas han sido demasiado blandas y nosotros tenemos la obligación de endurecerlas. Entonces no nos entendemos, gritó enfadado el primero.

Besnik hizo un esfuerzo para reprimir una carcajada. Al fin se habían dado cuenta de que uno decía «arre» y el otro «so». Pensó que sería inevitable cierta confusión ideológica en los medios literarios y artísticos.

Continuó en medio de la riada de visitantes. Vio a varios periodistas de la radio entrevistando pintores, mas no vio a Pranvera por ninguna parte.

Minutos más tarde, observó con sorpresa que los dos que antes se habían separado hechos una furia, volvían ahora a conversar cogidos del brazo. Incluso yo diría que no sólo hay que considerar con cuidado el arte contemporáneo, decía uno, sino toda la herencia del pasado, Shakespeare, Beethoven... Gorki, añadió el otro, el folclore. Por un instante, los ojos del primero se clavaron en su compañero, mas olvidó rápidamente la interrupción y prosiguió. No le extrañe nada. Lo exige el momento. Es más, pienso enviar una relación sobre el problema directamente al ministro.

Lo exige el momento, repitió Besnik para sí. El momento. Una palabra sencilla, aunque entre sus sílabas hay mucho espacio y rugidos del viento, mo-men-to. El momento siempre exige algo, se dijo de nuevo. Pero qué. Aún retumbaban en sus oídos los nombres que acababa de escuchar: Shakespeare, Beethoven. ¿Serían ciertamente huéspedes inapropiados para

este momento? Él opinaba lo contrario. A lo mejor, ahora eran más necesarios. Todo debe sonar como una sinfonía de Beethoven, había dicho Enver Hoxha la noche antes de la dramática reunión. Luego, en el tren invernal: éramos huéspedes de Macbeth... En cambio, ese alto funcionario pensaba otra cosa. Escribiría relaciones al ministro, al viceministro, quizá al propio primer ministro, proponiendo que fueran repudiados. Adiós.

Besnik escuchó a su lado varias palabras en un idioma eslavo, posiblemente checo o polaco. Eran agregados culturales de los países socialistas. Los observó atentamente durante un rato. Pensó que, temporalmente, tomarían la bandera de la cultura, del humanismo, del bienestar, de la democracia, de la adoración a Shakespeare, a Beethoven. Nos llamarán estrechos, dogmáticos, se dijo. Quizá al principio nos impresionará su alharaca. Nos llamarán dogmáticos y nosotros, para que rabien, seremos efectivamente dogmáticos en algunas cosas. Aceptaremos ser estrechos sólo para no parecernos a ellos. Haremos lo contrario que ellos en todo. ¿Vosotros adoráis la paz, el bienestar, a Shakespeare? A nosotros todo eso nos trae sin cuidado. No nos importa. Más será pasajero. Pronto, ellos mismos arrojarán su mentirosa bandera. Ellos, adoradores de Shakespeare, encarcelarán a sus escritores. Adoradores de la paz (a nosotros nos llamarán adoradores de la guerra —qué absurdo), ellos, pues, afligidos adoradores de la paz, con toda seguridad, atacarán e invadirán algún país. Pasará algún tiempo y nosotros, liberados de la sugestión, del nerviosismo provocado por su ensordecedora alharaca, nos iremos aclarando poco a poco y comprenderemos que en realidad son ellos los dogmáticos, que quienes están contra Shakespeare, contra Beethoven, son ellos, que el gran Estado militarista es objetivamente antiarte, que...

En ese momento, en el ronroneo monótono de los visitantes, percibió un cambio, al principio cierto vacío, luego el resurgimiento de un murmullo nuevo, más regular. Volvió la cabeza hacia la entrada y entre un grupo de gente que se dirigía hacia un cuadro, reconoció al Presidente de la República. Los agregados culturales de los países socialistas no quitaban ojo al recién llegado, como queriendo averiguar si el sosiego de su expresión era real o fingido. Besnik tuvo la impresión de que estuvieron dando vueltas durante una hora para convencerse a sí mismos de que la exposición no era más que una demostración de tranquilidad y desdén. Por la noche redactarían radiogramas cuyas cifras volarían inmediatamente por todos los espacios del Imperio Bizantino-Tártaro.

Oh, no puedo seguir trabajando en el aeropuerto, le decía una mujer gruesa a Skénder Bermema. No puedo, no puedo de ninguna manera,

repetía. Oh, dios, lo que está pasando allí. ¿Ha oído algo? Se marchan las mujeres rusas que están casadas con albaneses. Se llevan a los hijos. Despedidas, lágrimas, maldiciones. ¿Por qué me mira así? Usted quizá piensa que las tonterías que escribe son dramas. Perdone, no tengo nada contra usted. No importa, respondió tranquilamente el otro.

Un poco más allá, un grupo discutía ante el cuadro *Intercambio de prisioneros de guerra italianos por las viejas de Këlcyra*. Unos decían que se trataba de un hecho extraordinario y que por eso el pintor no debía haber hecho ese cuadro. Otros se oponían. Besnik conocía la historia del intercambio de prisioneros italianos. Ocurrió durante algunas semanas en el mercado de Këlcyra, cuando las zonas del sur estaban recién liberadas y el nuevo Poder aún no se había establecido. En el mercado de los domingos, las viejas de Këlcyra, junto con huevos, pollos y ganado, a veces intercambiaban presos italianos que, tras la capitulación de Italia, perseguidos por los alemanes, habían encontrado refugio en las casas de los campesinos de las zonas aledañas, siendo utilizados para todo tipo de trabajos. En el mercado se cambiaban carpinteros por mecánicos o albañiles por otros, según las necesidades que tuvieran las aldeas destruidas por la guerra. El cuadro mostraba una hilera de viejas demacradas de rostros totalmente indiferentes y, delante de ellas, sentados en diferentes posturas, algunos con la cabeza sobre los puños, con los uniformes descoloridos, los prisioneros esperaban a cambiar de amo. Besnik había escuchado que estos prisioneros no trataban de escapar, porque no tenían dónde ir. Aceptaban, sin preocuparse por ello, cualquier amo, bastaba que los alimentara y los defendiera.

Besnik miraba fijamente el cuadro. Viejas decrepitas, pensó. Había un óxido secular, una apatía primitiva en toda su existencia.

Caminó hacia el fondo de la exposición. Aquí y allá, cada vez más espaciados, como los relámpagos al final de una tormenta, destelleaban los flashes de los fotógrafos. Ahora el guirigay inundaba por completo las tres salas.

A su espalda escuchó una voz nerviosa que decía: Dime, por favor, ¿es típica esta forma de atarse el pañuelo? Besnik se dio la vuelta y vio un grupo que discutía alrededor de una escultura. ¡Oh!, exclamó para sí, como si hubiera encontrado a un conocido. Entre los ojos, las manos que se agitaban, las corbatas multicolores de quienes discutían, permanecía, como atrapada en una trampa, la cabeza de bronce del montañés Nikë Ukcama.

Típica, atípica, dijo Besnik para sí. ¿No comprenden acaso que ha llegado el momento de que todos, en cierto modo, nos coloquemos así el

pañuelo? Contempló la figura durante largo rato. La tela del pañuelo que envolvía la cabeza del montañés parecía arrancada del telón de un teatro.

Besnik se preguntaba si aquel huésped nocturno había pernoctado de verdad en el estudio del escultor, o no era más que producto de su agitada mente.

Caminó unos pasos. Fleclos de diálogos le llegaban por todos lados. Era el mundo literario-artístico, un mar espumeante, salado. Entre ellos también habrá lucha. Una cabeza con mechones completamente blancos, empapados, casi transparentes, semejante a una medusa, flotaba a su lado. Este azul de aquí no me gusta, dijo la cabeza, zambuyéndose con un suave giro entre la multitud. Besnik avanzó un poco más. A sus oídos llegaban palabras desde los cuatro costados... ¿Es cierto que T.Gj. va a ir de nuevo al extranjero?... No lo creo. En la línea general del partido no ha cambiado nada... Le pedí quince mil leks prestados... Honorarios elevados... De momento, quien lo tiene más difícil es la construcción. El bloqueo ha sacudido sobre todo... ¿Embarazada?... Por favor, por favor... ¡Bah!... Sólo que...

Besnik abandonó la exposición a eso de las ocho.

En la calle hacía frío. En la Plaza de la Alianza acababan de colocar un enorme luminoso: «NO AL CHANTAJE DE LA URSS». Apretó el paso para llegar a la redacción antes del primer boletín de noticias. Caminando ante las cristaleras del café de los estudiantes, tuvo la impresión de que algo frenaba sus pasos. Se detuvo y miró adentro con los ojos salidos de las órbitas. En una de las mesas bajas, estaba Mira con un chico joven, delgado. Durante unos segundos no pensó nada, luego siguió caminando. Por su cabeza pasó con triste apatía el pensamiento de que, ahora que había muerto su padre y Beni se hallaba en Vlora, ella había encontrado mayor libertad. Luego pensó que posiblemente Pranvera hubiera telefonado a casa y que Raboja, aturdida como estaba últimamente, la hubiera vuelto a confundir con Zana.

En el primer boletín de noticias de la tarde, al informar de los mítines y de las cartas recibidas de los oyentes, Radio Tirana continuó empleando un lenguaje extraordinariamente duro, en el que subyacía el contexto del chantaje ejercido por los soviéticos. Dos horas después se emitió una declaración de la Agencia Telegráfica Albanesa en la que se hablaba con claridad del chantaje. Asimismo, en la carta de los obreros de la fundición de la Planta número 3 se calificaba a Jruschov de «espantapájaros para

asustar a las cornejas». No se mencionaba por ningún sitio la base de Vlora ni la marcha de una parte de los submarinos. Por la noche, ya tarde, Radio Tirana estuvo transmitiendo mucho tiempo viejas canciones y marchas de la revolución e, inmediatamente después, en el último informativo, el locutor leyó con voz vibrante la *Carta abierta del CC del PTA a los comunistas soviéticos*, en la que se llamaba a los obreros de la URSS a derrocar a Jruschov.

Una tremenda sensación de pérdida le despertó inesperadamente. Afuera caía un fuerte aguacero. Sintió como si tuviera en su interior un foso de agua negra. Zana, dijo para sí. ¿Por qué? Maquinalmente, adormilado, se levantó de la cama y se acercó a las cortinas. Afuera todo chorreaba, se sometía. Cómo se habían separado de aquel modo, por qué... Todo el dolor de la separación, esparcido en las dimensiones de un universo infinito de melancolía, como la vegetación escasa de una tundra gris, se había reunido de repente, condensado, y manifestado con una nitidez insoportable.

Afuera llovía, parecía que el mundo no admitía ninguna pregunta, ningún razonamiento. No supo cuánto tiempo permaneció así, sin pensamiento, sin lógica, solo, frente a frente con la pérdida. Creía haberlo olvidado. En realidad, pensaba cada vez menos en ella. Mas, esta medianoche lluviosa...

Ahora sentía acudir en auxilio de su corazón indefenso palabras, pensamientos, suposiciones. La sensación de pérdida, tremenda bestia negra, repentinamente emergida a la superficie, se iba hundiendo lentamente en las profundidades. Poco después se hundió por completo, dejando tras de sí un chapoteo de aguas.

Entumecido, fue derecho a la cama, se acostó y se quedó dormido de repente.

Cochina lluvia, dijo en voz alta Rrema el barrendero, retrocediendo un paso hacia la marquesina de la farmacia. Recordó que en la luna, justo a la altura de su hombro derecho, estaba la serpiente y se echó a un lado. Estuvo un rato rezongando contra la lluvia, luego se olvidó de ella y comenzó de nuevo a insultar a Jruschov.

Rrema Huta fue seguramente el último albanés en enterarse de la ruptura con los soviéticos. No sólo no supo nada antes de que se publicara en la prensa, sino que no se enteró ni el miércoles ni el jueves, dos días en

que toda la República hirvió de indignación. La razón era que esos dos días Rrema había tenido descanso para compensar el trabajo extra de la fiesta del 11 de Enero. Además, justo el miércoles y el jueves su mujer y su hija habían ido a una boda a Kavaja, así que Rrema estuvo encerrado en casa cuarenta y ocho horas seguidas. Tuvo conocimiento de lo ocurrido el viernes, una hora antes de la medianoche, cuando se presentó en el trabajo Rrema, ¿ya te has enterado?, le dijo entonces Dullë Quksi, se acabó Jruschov. ¿Ha muerto?, gritó Rrema asustado. Peor todavía, respondió Dullë Quksi, nos ha salido rana. ¡Anda ya!, exclamó Rrema.

De todos los dirigentes extranjeros que habían visitado Albania, Jruschov era a quien más quería Rrema. Le había gustado su aspecto, su andar de bonachón, las bromas que hacía en los discursos. Un buen hombre, decía también Dullë Quksi. Me recuerda a mi padre, que en paz descansa.

Rrema se apretó más contra la luna de la farmacia.

—Hijo de puta —gritó, sin saber bien si se refería al mal tiempo o a Jruschov. Dos semanas enteras estuvo Rrema haciendo horas extras para barrer las flores que habían tirado para ti, se dijo. Tantas flores para un canalla...

Estuvo bastante tiempo gruñendo sin parar hasta que, de repente, igual que comenzara, cesó la lluvia. Esperó a que mermaran las aguas sobre el asfalto y luego, moviendo la escoba con rabia, reinició el trabajo. Estaba muy enfadado. Delante de la escoba, comenzaron su alocada carrera trozos de envoltorio, entradas del concierto, invitaciones de la exposición de artes figurativas, pedazos de periódico con nombres de Estados, acontecimientos y capitales que ahora parecían transeúntes sin importancia, como ante una tormenta cósmica.

Quizá porque siempre los había visto así, rotos, pisoteados, Rrema nunca había sentido respeto por los periódicos. A lo mejor, de día tenían importancia, mas al llegar la noche, que para Rrema era mucho más noble y más loca que el día, se convertían en un montón de pordioseros. Rrema no había leído un diario en su vida. Pero aquella noche del viernes hizo algo anormal en él: se agachó y tomó del suelo un trozo de periódico. Miró a su alrededor, como si temiera ser sorprendido en un acto vergonzoso y, lentamente, separando las letras con dificultad, intentó leer lo que quedaba de un titular. Allí se encontraba justo lo que buscaba, el nombre de Jruschov. Rrema leyó despacio. En lugar de *Renegati** Jruschov, leyó

* *Renegati*, en albanés, el renegado.

Rrenacaku ** Jruschov y se sintió contento por haberlo entendido. Se guardó el trozo de diario en el bolsillo y siguió dándole a la escoba. El movimiento rítmico de la escoba le hacía renacer la rabia. A lo lejos se veía el edificio alargado, oscuro, de la Embajada Soviética. Ante la verja de hierro se movían los policías con impermeables negros. En uno de los pisos del edificio había luz. Rrema gruñó un rato en voz alta. Mas la cólera no cedía. Al contrario. Sin motivo, se peleó con la escoba, la llamó zorra, buscona y, tras amenazarla con hacerla pedazos, prosiguió el trabajo. Sentía necesidad de pegarse con alguien. Pero no había nadie por allí. El reloj grande de la ciudad sonó tres veces. Rrema insultó también al reloj. En ese momento, sus ojos se dirigieron al antiguo bar Krimea, difuso por la distancia y la niebla. Estuvo un rato peleándose consigo mismo, luego volvió a hacer algo que en todos sus años de barrendero no se había permitido nunca: fue a echar un trago en horas de trabajo.

El antiguo bar Krimea estaba casi desierto. Rrema dejó la escoba a la puerta.

—Un coñac doble —solicitó a la adormilada cajera.

Apuró la copa de un trago y miró en torno. Un cliente dormitaba con la cabeza apoyada en la barra. Más allá, junto a la cristalera, otro tomaba un café. Las baldosas del suelo estaban mojadas y Rrema, sin saber por qué, sintió ganas de llorar. Al tiempo que daba media vuelta para irse, entraba un hombre por la puerta de cristal. El hombre tenía los ojos pequeños y chispeantes y un sombrero ridículo. Sus ojos se clavaron pertinaces en los de Rrema. Luego, el desconocido se acercó a la barra y torció la nariz. Rrema se dio la vuelta para observar con atención sus movimientos. El recién llegado olió la barra.

—Huele a orín de serpiente preñada —dijo.

A Rrema se le subía el coñac a la cabeza. No fue necesario ni medio minuto para que se agarraran por el cuello, entre insultos y amenazas. (Parecía que la pelea no terminaría hasta que uno de los dos desapareciera de la faz de la tierra). Pero en menos de dos minutos ya estaban abrazándose e invitándose mutuamente, jurando por la amistad, bajo la mirada incrédula del camarero, que contemplaba la enternecedora reconciliación con el mismo escepticismo con que había observado poco antes el ruidoso inicio de la reyerta.

Cuando Rrema abandonó el bar, eran ya cerca de las cinco. Aunque las luces de las calles estaban encendidas, la niebla las hacía aparecer

** *Rrenacaku*, en albanés, el embustero.

difusas, como a través de una masa cartilaginosa. Rrema se acordó otra vez de la canallada de Jruschov y sintió renacer la cólera. Aunque no estaba en su calle, como tenía necesidad de mover los brazos, dio dos golpes de escoba al asfalto. Después se enfadó más y comenzó a proferir insultos en voz alta. Mientras caminaba junto al parque central, recordó que, precisamente allí, Jruschov había plantado un árbol dos años antes. Recordaba muy bien cuánto se habló entonces de aquel árbol. Se hicieron poemas, incluso óperas y dramas, como las llamaban. Rrema echaba espuma de rabia.

—Putero —gritó—, ya le daré yo a ese árbol tuyo —y se volvió bruscamente hacia el parque. No era difícil hallar el árbol. Junto a él había una placa de mármol blanco. Rrema se quedó de pie frente al árbol. Aún era pequeño, con las hojas mojadas que temblaban levemente. Por un instante, Rrema sintió lástima, mas recordó quién lo había plantado y se desabrochó decidido la bragueta. En ese momento, sintió una mano pesada en el hombro. Rrema tembló y se volvió. Ante él había un policía cuya estatura agrandaba el capote azul.

—Ciudadano —dijo el policía con voz grave, sin quitar la mano del hombro—, venga conmigo.

—¿Por qué? —dijo Rrema.

—Ha violado el orden público —respondió el policía, empujándole con suavidad hacia adelante.

—¡Vaya República!, yo quería mear en ese árbol.

—Precisamente eso que se disponía a hacer constituye una violación del orden público —dijo el policía, empujándole de nuevo.

—Habla claro, no entiendo lo que dices.

El policía percibió el olor a coñac.

—Tira para adelante —dijo con sequedad y le dio un fuerte empujón.

—No me empujes —replicó Rrema—. Ese es el árbol de Jruschov y yo quería mearle.

—Está prohibido hacer eso en cualquier árbol en lugares públicos.

—Pero ese es el árbol de Jruschov. ¿Sabes que Jruschov ha traicionado o no lo sabes?

—Venga, camina —insistió el policía.

—Vives en otro mundo, desgraciado —dijo Rrema, caminando—. Siento que además seas policía.

—En silencio —gritó el policía.

—Orín de serpiente preñada —murmuró Rrema.

—¿Qué?

Rrema no contestó.

¿Qué has dicho entre dientes? —inquirió el policía.

—Cosas mías.

El policía volvió a empujarle.

En el puesto de policía el asunto de Rrema terminó pronto. Un breve atestado en el que se ratificaba todo excepto que Rrema hubiera llamado serpiente al policía. Rrema esperaba que le pusieran en libertad, mas el oficial de guardia le miró un rato pensativo. No alcanzaba a entender cómo por algo que hace sólo tres días podía suponer una condena seria ahora podían perdonarle. Rrema aguardaba de pie, sin estar en condiciones de comprender que se había enredado en las correas de uno de esos engranajes sin los cuales es imposible la existencia del Estado.

El oficial miró el reloj y apuntó algo en un trozo de papel. Poco después, un coche de policía conducía al arrestado a una comisaría de la capital. Desde la ventanilla enrejada del coche, entre la semioscuridad del amanecer, Rrema veía fachadas de edificios, gentes por las aceras y partes de monumentos que daban vueltas en una danza sin sentido. Vaya, Rrema Huta, dijo para sí, en toda esta historia, el que recibe los golpes eres tú. Y, de repente, le pareció una injusticia demasiado grande. Rechinó los dientes con furia, se agarró con las dos manos a los hierros de la ventanilla y gritó:

—¡Abajo Jruschov! ¡Abajo el embustero Jruschov!

Algunos transeúntes que se apresuraban a atravesar la calle volvieron la cabeza, mas sus rostros, lejanos e irreales, se quedaron detrás de la niebla.

Capítulo vigésimo sexto

Amanecía sobre Tirana. Era difícil discernir si el despertar llegaba a la ciudad desde la periferia, junto con los camiones de la leche, o si era la ciudad la que había dado a la periferia la señal de despertar. Los autobuses procedentes de los puntos más alejados del extrarradio se diferenciaban de los demás por el vaho que blanqueaba en los cristales como una ensoñación.

Habían abierto los cafés y bares más pequeños, donde unos engullían aprisa bocadillos, tirando sin el menor cuidado los papeles grasientos del envoltorio. Otros apuraban un café, dejaban pequeñas cantidades de dinero sobre la barra y se apresuraban por la acera, rompiendo varias cerillas hasta conseguir encender el primer cigarrillo. Entre los autobuses urbanos que circulaban pesados, corrían furgones fríos, enigmáticos. Los ciudadanos compraban el periódico en los pequeños quioscos, mas la luz del día sólo daba para leer los titulares y lo guardaban en el bolsillo para leerlo más tarde. Pero en el primer cruce, mientras esperaban a pasar, lo olvidaban, sacaban el diario del bolsillo e intentaban leer alguna línea. Dirigían sus ojos a lo alto, como escudriñando la iluminación aún tenue del cielo que se extendía sobre la ciudad como un bloque único de cemento húmedo, captable por el ojo de cualquiera. Un cielo omnipresente como el bloqueo. Un supercielo.

Por una encrucijada, tras el furgón rojo matrícula TR 17-35, pasaba un vehículo policial. Se escuchó un grito. Por la ventanilla asomaba una cabeza. El hombre voceaba: ¡Abajo Jruschov! ¡Abajo el *rrenacaku* Jruschov! Los transeúntes volvían la cabeza sorprendidos. El chófer del furgón rojo asomó la cabeza por la ventanilla, un manojito de rizos pelirrojos que el viento enfurecía. Algunos más se detuvieron en la acera, mas, entretanto, el coche se había alejado veloz. Algunos transeúntes sacaron de nuevo el periódico del bolsillo. Los titulares eran más o menos estos: «Indignación general contra los chantajes de la URSS», «¡No al judas Jruschov!». El vehículo policial con el arrestado suponía un contrasentido. Si al menos hubiera gritado viva Jruschov; pero con aquellos gritos, la

detención era inexplicable.

En las calles, el movimiento aumentaba. La niebla iba levantando, aunque el horizonte aparecía como una erosión permanente. El gran reloj de la ciudad sonó seis veces.

Era una hora catastrófica para decenas de miles de sueños, contruidos deprisa, casi en el pánico, bajo la presión del día. Se iban destruyendo. La gente, con los ojos pesados, abandonaba las ruinas de sus sueños y, con paso torpe, se acercaban al frigorífico, abrían, sin saber por qué, la puerta y desde su interior les cegaba una repentina luz estéril. Ahora, en la calle, parecían conservar un velo de sueños.

Los autobuses eran cada vez más frecuentes. Los camiones de la leche regresaban hacia la periferia con un traqueteo sordo de bidones vacíos. Los otros cafés iban abriendo sus puertas. Circulaban motocicletas, microbuses, escasos automóviles. En el panel de las necrológicas, alguien acababa de colocar una esquela tipo estándar: «Con profunda amargura notificamos que, tras una breve enfermedad, ha cambiado de vida nuestra querida madre NURIHAM, a los 79 años de edad, dejándonos a nosotros sus hijos y demás familia sumidos en la tristeza. El entierro tendrá lugar hoy a las 11 de la mañana. Familia Kryekurt».

El hombre, después de pasar la mano por la esquela para repartir bien el engrudo, se marchó. Junto a él pasaba rojizo un autobús en cuyo polvoriento costado habían escrito con el dedo: «Adriana ha besado a Gent». Dentro del autobús, la gente parecía emparedada. En los cristales cubiertos de vaho se reflejaban distorsionadas las grandes letras del cartelón ¿QUÉ HAS HECHO HOY CONTRA EL BLOQUEO?

Como de costumbre, Radio Tirana emitía a esa hora música festiva. A veces daba la impresión de que nada había cambiado. En los quioscos proseguía la interminable venta de diarios. Toda la preocupación de la mañana parecía afluir en forma de cascadas de estos quioscos hacia toda la ciudad. Por la Plaza de Skénderbeg se apresuraban los funcionarios en dirección a las pesadas puertas tachonadas de bronce de los ministerios. Rrok Simonjaku levantó la persiana metálica de la tienda de objetos usados y entró en ella. Un día extraordinario, pensó. En el interior imperaba esa tranquilidad permanente que exhalaban el terciopelo de algunas prendas y su antigüedad. La idea de que parte de los antiguos dueños de aquellos objetos había muerto, hacía más seguro el silencio.

Echó una mirada al expositor interior, iba a agacharse para colocar algo allí, mas cambió de opinión. Dirigió su mirada hacia afuera. Desde la tienda se veía un rincón de un pequeño jardín cuya verja estaban pintando

en esos días.

Un día ciertamente sorprendente, pensó. Quién sabe por qué, se había despertado antes de lo habitual y, reprimiendo con dificultad un sentimiento de repulsión hacia sí mismo que le nacía algunas mañanas, contra su costumbre, había salido a tomar un café. La mañana era extraordinaria: una verdadera tormenta de periódicos. No se le olvidaban, sobre todo, el vehículo policial y aquel hombre que gritaba desde dentro ¡abajo Jruschov! Qué es esto, se dijo entonces. ¿Llevan detenido a un hombre que no hace más que repetir lo que llevan dos días diciendo los locutores de la radio? ¿No se habrá producido algún viraje? En el bar no vio a nadie conocido para preguntarle, mas, en una mesa cercana, uno de los clientes llevaba el periódico doblado en el bolsillo y pudo leer parte del texto que quedaba fuera: «...uesta merecida al chantaje soviético. En estos momentos difíciles...».

Al marcharse, había visto un coche grande, que frenaba en seco ante el edificio del Ministerio de Exteriores. Del automóvil salió un hombre grueso de cara sombría que algunas veces había visto sonriente en las noticias de la televisión. Rrok Simonjaku se sorprendió: ¿el embajador soviético a esta hora?

Entonces, mientras contemplaba la calle a través de los cristales del escaparate, recordó en una mezcla caótica el coche azul de la policía, el del embajador soviético con el banderín, el grito de abajo Jruschov y la momentánea autorrepulsión.

Sobre la puerta de cristal de la tienda proyectó su sombra la silueta de Musabelliu.

—¡Buenos días! —saludó al entrar.

—¡Buenos días! —respondió Rrok con un hilo de sorpresa en la voz. Musabelliu gustaba de pasar horas enteras en la tienda, mas nunca se había presentado tan pronto.

—¿Te has enterado? —preguntó el recién llegado—. Ha muerto la pobre Nurihan.

—¿La señora mayor de los Kryekurt?

Musabelliu hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

Los ojos lacrimosos de Rrok Simonjaku se posaron involuntariamente sobre los tres anillos del expositor. En las pequeñas cajas forradas de terciopelo cereza claro emitían destellos tenues.

—Al venir he visto la esquila —prosiguió Musabelliu—. No han escrito «ha muerto», sino «ha cambiado de vida», como se decía antes.

—¡Oh! —exclamó, por hacer algún gesto, el dueño de la tienda.

—Era su deseo —señaló Musabelliu—, han hecho bien en satisfacerla. —Se entretuvo un rato con la pipa—. Mientras leía las palabras «ha cambiado de vida», recordé que la pobre esperó en balde toda su vida a que cambiara el régimen, mas... —las últimas palabras de Musabelliu quedaron ahogadas por la inhalación de la pipa—. Estas son sus sortijas, si no me equivoco —dijo, señalándolas en la vitrina.

—Sí —afirmó Rrok.

Musabelliu conocía los objetos de la tienda casi tan bien como él.

—Sólo que nunca vino a recuperar ninguna de sus cosas —aseveró Rrok.

Musabelliu sonrió con tristeza.

—Era inteligente. No hacía nada antes de tiempo.

—¿Antes de tiempo?

Los ojos de Musabelliu se clavaron en los de su contertulio como tenedores relucientes. En cambio, los ojos de Rrok Simonjaku parecían haber perdido de antiguo esta cualidad. Ese apagamiento suyo permanente excluía cualquier posibilidad de concentración.

—Se habla de un ultimátum —dijo Musabelliu.

Empujando la puerta con el codo, entraron en el establecimiento dos personas con sendos blusones de colores claros. Sin reparar en los artículos que había en el interior, prosiguieron su conversación. ¿No tenéis especialistas extranjeros? Hay tres o cuatro checos, pero están a punto de irse. ¿Y vosotros? Ni uno. Ayer se fue el último, un alemán.

—¿Qué desean? —preguntó cordialmente Rrok.

Distraídos como iban, con la cabeza medio vuelta hacia las estanterías, pidieron hojas de afeitar.

—Ésta es una tienda de objetos usados.

—Perdone, compañero, la hemos confundido con un bazar.

—No tiene importancia —respondió Rrok.

Bajaron la vista hasta las sortijas de Nurihan con mucha curiosidad, como si nunca hubieran visto nada semejante. Del bolsillo de uno de ellos sobresalía un periódico del día. Sorprendentemente, estaba doblado por el mismo sitio que el que llevaba el desconocido del bar. Mientras se inclinaba para ver mejor los objetos expuestos en la vitrina del mostrador, los ojos de Rrok Simonjaku leyeron las líneas que sobresalían del bolsillo: «...uesta merecida al chantaje soviético. En estos momentos difíciles, la clase obrera, unida como nunca en torno al Partido y el Comité Central, soportando sobre sus hombros la carga más pesada del bloqueo, demostrará una ve...».

Por fin abandonaron la tienda, tan distraídos como habían entrado.

—Así que se habla de un ultimátum —dijo Rrok Simonjaku.

Musabelliu le miró como diciendo: tú debes saberlo mejor que nadie.

En realidad, todos aquellos días había observado que el ritmo de venta de objetos a sus antiguos propietarios no se correspondía, ni mucho menos, con la escalada de la campaña contra los soviéticos. Después de hacerse pública en la prensa la ruptura, creyó que la tienda quedaría vacía en cuarenta y ocho horas y que, como solía decir en broma Musabelliu, tendría que volver a escribir libros de geometría. Mas, para su asombro, precisamente entonces ocurrió lo contrario: la reventa decayó. Se vendieron dos cubiertos con el escudo real, una edición de lujo de *Lahutës së Malcisë* firmado por el autor y, como de costumbre, prendas religiosas, que solían ser los objetos de mayor demanda. Mas, en comparación con las ventas de los días de los rumores, era muy poco. Quizá tienen miedo a llamar la atención, pensaba. Pero en su fuero interno sabía que ésta no era la razón. La verdadera razón era justo la declaración pública de la ruptura. Había supuesto una ducha de agua fría para sus clientes. Se habían sentido más seguros durante los días de los rumores, cuando el miedo y la esperanza, lo bueno y lo malo, parecían de mayores proporciones porque carecían de forma. La aparición de la disputa en la prensa los había sumido en la desesperación. Especialmente la audacia de los comunistas al insultar públicamente a Jruschov los había desconcertado por completo. La publicación de los insultos demostraba, ante todo, que no tenían ningún miedo a los soviéticos. Todas esas palabras que hasta entonces flotaban como la niebla arriba y abajo, habían aparecido en la prensa, incluso en negrilla, para que destacaran más. Expuestas a la luz del día, sin velo ni misterio, parecieron más flojas.

Rrok Simonjaku percibía que esto había sido desconcertante para sus clientes. Parecían desengañados. Habían esperado demasiado hasta este final de invierno. ¿No estaba ocurriendo aquello tan terrible de alegrarse antes de tiempo? Otro alegrón antes de tiempo y me ahorco, había dicho medio riendo medio llorando un amigo de Musabelliu.

Rrok Simonjaku pensaba en todo esto mientras tenía la vista puesta en la calle. Musabelliu contemplaba pensativo los anillos de Nurihan. Después, él también levantó la vista para mirar afuera, a través de la luna del escaparate.

La calle estaba llena. En la cerca de madera de las obras del palacio de cultura, colocaban nuevos carteles. Skénder Bermema salía de su casa con una cartera negra en la mano. Mientras descendía las escaleras, escuchó el teléfono que sonaba dentro, mas no se volvió. De la casa de los Bermema

pedían un taxi por teléfono porque a Diana le habían comenzado los dolores del parto. Eran las ocho y media. Un avión a reacción realizaba en solitario un vuelo de entrenamiento sobre el cielo de Tirana, dejando una estela blanca discontinua. El ministro de Exteriores, con la cara pálida, descendía las escaleras del Ministerio. El chófer, en cuanto le vio aparecer, abrió con rapidez la portezuela del coche.

—Al Comité Central —dijo el ministro sin fijar la vista en nada.

La entrada principal del CC no estaba lejos, sin embargo, el ministro dijo entre dientes: ¡Rápido!

En el único cruce de su camino tuvieron que detenerse unos segundos. Ante sus ojos pasó un autobús urbano en cuyo polvoriento costado alguien había escrito con el dedo algo que el ministro no leyó. Apartó la vista de allí y repitió: ¡Rápido!

Por el rabillo del ojo, sin levantar la cabeza de la almohada, Ana Kasniqi intentó ver qué hora era. Por las persianas medio bajadas penetraba luz suficiente, mas la posición del reloj sobre la mesilla ofrecía una imagen alargada y distorsionada de los números. Finalmente, extendió el brazo y giró hacia sí la esfera del reloj. Eran las ocho y treinta y cinco.

No es muy tarde, pensó y entornó los ojos. No es muy tarde para un día de descanso, pensó luego. El viernes había estado toda la tarde de guardia en el laboratorio y hoy tenía el día libre. La semana siguiente, el Instituto en el que trabajaba tendría un trabajo muy intenso. Se habían dado casos de cólera en un país europeo y se tenían sospechas de que también la hubiera en Yugoslavia. El Instituto estaba en estado de alerta. De confirmarse el cólera en Yugoslavia, el Instituto Inmunológico debía preparar un millón de vacunas en unos días. Y esto justo cuando los especialistas extranjeros habían abandonado el trabajo. Sólo quedaba un polaco, mas su especialidad era la viruela.

Ana recordó retazos de las conversaciones de la vigilia sobre el cólera y se despertó por completo. Abrió los ojos. Su campo visual abarcaba una parte de la pared con un espejo, ante el cual se encontraba un trozo de mármol que había traído Silva de las últimas excavaciones realizadas en el recién descubierto anfiteatro de Pashaliman. Se lo había traído junto con una trivial historia de amor con un joven arqueólogo, una historia mediocre en la que era difícil hallar unos granos de felicidad entre un almiar de paja (si crees que puedes salir conmigo para pasar el rato, etc., etc.); basta, le había dicho Ana a su hermana, me aburren esos sufrimientos tuyos... Quiso decir

«esos sufrimientos teatrales tuyos», mas se contuvo. Sin embargo, Silva se ofendió. Luego, Ana hizo lo posible por mostrarse cariñosa con su hermana pequeña y Silva, avispada como era para todo menos para el amor, le contó un montón de cosas interesantes de Pashaliman y de los últimos acontecimientos en el mundo de los arqueólogos. Según Silva, existía el peligro de que los soviéticos robaran los iconos de Onufre al marcharse, igual que los italianos habían esquilado Butrinto en los años 30. ¿Es posible que caigan tan bajo?, la interrumpió Ana. Y por qué no, replicó su hermana. Cuando lees a lila Ehrenburg, da la impresión de ser un ejemplo de hombre culto, no obstante, eso no le impidió robar un cuadro de Rembrand durante una breve visita a Albania. Ana se quedó boquiabierta. Dónde se entera este diablillo de Silva de cosas que nadie sabe. Ana sintió curiosidad y su hermana le contó ciertos detalles de la extraña visita del célebre escritor que sólo duró dos días. Lo suficiente para robar el cuadro, añadió Silva.

Ana entornó de nuevo los ojos. El pequeño apartamento, que ella había amueblado a su gusto, estaba caliente. Fredi debería haber encendido la estufa antes de irse, pensó, cubriéndose los hombros con la colcha. Dejó de pensar en Silva y se llevó las manos a las caderas. La idea de que era el momento de tener un hijo se iluminó somnolienta en su mente. Un hijo. En su cara había una sonrisa perezosa. Una criatura pequeña, moviendo las manitas y las piernas sin parar, arrastrándose, haciendo gu, gu, arruinaría este cuerpo perfecto, crearía un caos de líneas, dietas... Más adelante, más adelante, pensó Ana. Se volvió de espaldas. En su mente se dibujó vaga la figura de un hombre, con el cuello del abrigo levantado por el frío, saliendo de la exposición de artes figurativas.

Se habían conocido días antes en la fiesta de Viktor Hila. Su apellido era Struga. La forma de contacto había sido de lo más normal. Al principio una mirada de él que Ana captó de repente, una mirada sencilla, algo curiosa, luego la presentación, unas palabras, pocas, y nada más. Sin embargo, ella sabía que sus caminos volverían a encontrarse. Con Skënder Bermema, ya casi no salía. La víspera, en la exposición, absorto en una cabeza de madera, no la había hecho ni caso. Pero nunca se lo reprocharía. Era magnánima. Nosotros dos tenemos una misma cabeza, le había dicho él en una ocasión. Sin dramas. Había sido precisamente él quien le había inculcado este estilo. Ana llevó de nuevo su pensamiento al hombre recién conocido. Era atractivo, aunque para Ana no tenía ninguna importancia el aspecto físico de los hombres; igual que tampoco la tenía mantener relaciones con el hombre que amaba. Para ella, lo importante era gustarle a

alguien, lo demás era de segundo orden, incluso molesto, algo que trataba de evitar. Así, en una ocasión se había enamorado de un hombre que nunca lo supo. Convencida de la posibilidad de realizar ese amor, había preferido no hacerlo. A veces, ni ella sabía a quién quería: simplemente amaba. Sentía amor por alguien que ni siquiera era de este mundo, o que había vivido en otro tiempo. Sin embargo, aunque Ana parecía tener en su mano el control de su amor, había días en que se sentía abandonada. Estos eran los días de celos de Frederik. Ella consideraba vulgar este sentimiento, en primer lugar porque ella misma, en contraposición a su amor, estaba llena de nombres, fechas y hechos ficticios. Era comprensible que su amor etéreo se tambaleara ante tales celos. Se marchitaba enseguida y Ana, por un tiempo, quedaba vacía. A veces pensaba que, en el futuro, cuando los celos de Frederik se hicieran quizá universales como su propio amor, serían más soportables.

Besnik Struga, repitió para sí su nombre. En la cena de Viktor, antes de conocerle, Ana había escuchado casualmente que había estado en Moscú en aquella dramática reunión. Allí le había ocurrido algo, quizá sufriera una conmoción, quizá cometiera un error a causa del cual había estado a punto de ser expulsado del partido. Este era el tipo de hombres que atraía a Ana. Amaba a la gente despierta que tenía complicaciones en su vida. Estuvo enamorada de Skénder Bermema precisamente cuando éste fue objeto de duras críticas en la prensa motivadas por uno de sus dramas. Ana se enamoraba momentáneamente de un púgil que caía aturdido (de KO, no, de ninguna manera) y que, rehaciéndose, se levantaba de nuevo para reiniciar el combate.

Dos hombres la atrajeron aquella noche, en aquel cumpleaños. Uno de ellos, un muchacho delgado que se dedicaba a algo tétrico, una suerte de arqueología de la muerte y, el otro, el que había estado en Moscú. Allí, en Moscú, había cometido un error que nadie conocía. Ni Ana. Pero ella estaba segura de una cosa: el error debía haber sido majestuoso.

En la cama, Ana entornó los ojos. No sabes qué felicidad te espera, se dijo. La idea de que se enamoraría quizás de uno de ellos la envolvió como una neblina. Ahora, sus ojos no eran más que lágrimas en potencia. Imaginó la cabeza de uno de ellos reposando sobre ese espacio cálido entre su cuello y su clavícula y se estremeció. Descansa, descansa, decía en su pensamiento a aquella cabeza.

Ana permaneció durante un largo rato en esta situación etérea, transparente, en la sola compañía del amor, sin realidad. Se levantó de la cama y se acercó al espejo.

Ana se estaba vistiendo y, mientras con una mano buscaba el peine en el cajón del comodín, alargó la otra y conectó la radio. Comenzó a peinarse silbando muy quedo. Inesperadamente la voz cortante del locutor inundó la habitación: «humillar nuestra dignidad. No conformándose con el salvaje bloqueo económico, el Gobierno soviético, durante los últimos días, ha elevado al máximo sus presiones».

Ana escuchó unos momentos con atención. Sintió frío y se echó una blusa sobre los hombros. Algo ha ocurrido ayer, u hoy, pensó. Frederik había oído hablar anoche de una última advertencia muy seria de los soviéticos, de una especie de ultimátum. En todo caso, es una gran potencia, le había dicho antes de dormirse. Queramos o no estamos obligados a llegar a un acuerdo con ellos. Ella, con una alegría vengativa, pensaba mientras tanto en el hombre que había estado en Moscú, que con toda seguridad sabía todo y que ella amaría... La voz del locutor se iba haciendo más pausada: «...uesta merecida a los chantajes de la URSS. En estos momentos difíciles...».

Qué quieren, pensó Ana. ¿Qué habría detrás de ese... último aviso, de ese ultimátum? En su cabeza todo se confundía. Tras el último aviso... tras la medianoche... empezaba quizá la zona de sombras... la nada...

El peine se deslizaba cada vez con mayor lentitud entre los cabellos fríos. Qué me pasa, exclamó para sí. De unos días acá, su infalible intuición le estaba dando el principio de una señal insistente: ¿no es el momento, no es el momento?... ¿No había llegado el momento de hacerse más inteligente? En la vida, había hecho muchas cosas por nada, como en un juego, en una realidad como de vidrio, donde la cuarta dimensión del mundo era el espejo. En cambio, de unas semanas aquí, su realidad se había cuarteado en algunos puntos a causa de una sacudida.

«...no ha consentido jamás ser tratado como un país satélite. Durante su existencia milenaria, nuestro país se ha encontrado muchas veces frente a la hostilidad imperial europea o asiática. A su hostilidad siempre ha respondido con hostilidad. Los nuevos zares del Kremlin nunca encontrarán otra respuesta. Nunca hemos rehuído la batalla obligada. La hemos aceptado siempre, de la misma forma que hemos aceptado caminar a lo largo de los siglos bajo un férreo destino».

Los hombros de Ana temblaron. Inconscientemente recorrió su cuerpo la expresión «se quema el pueblo, ella... se peina». Qué me pasa, dijo para sí por segunda vez y se le cayó el peine de la mano.

Eran las 10.15. Por las calles del centro había una animación inusitada. Los cafés estaban abarrotados. Sobre los periódicos arrugados, abandonados en las mesas, la gente apoyaba los codos o sacudía los cigarrillos. La radio emitía música sinfónica. En el gran bulevar soplaban un viento gélido. Skénder Bermema se alzó el cuello del abrigo. Los trabajadores del servicio comunal arreglaban el jardín colindante con unas enormes tijeras. Marzo no andaba lejos, mas la primavera aún no había dado señales de vida. Las mimosas estaban heladas. Se hablaba de un ultimátum de los soviéticos.

Marzo parecía ciertamente estar muy lejos. Y luego, entre finales de éste y principios de abril estaban «los tres días de las viejas», como los llamaba el pueblo. Dado que sus días se acababan, marzo fue y le pidió a febrero que le prestara tres días, que los necesitaba para helar a alguien.

¿Qué plazo habrán dado los soviéticos?, dijo para sí. ¿Y si el tiempo no les resulta suficiente, pensó al cabo, dónde hallarán el tiempo para helarnos con todo? ¿De qué febrero medieval lo tomarán prestado, de qué enero?

Hacía frío. Los transeúntes caminaban descuidados, golpeándose con los codos, sin pedir perdón. La radio seguía emitiendo música sinfónica. El ministro de Exteriores permanecía en pie ante la mesa del despacho de Enver Hoxha. Éste también estaba de pie. Miró el reloj.

—No quedan más que treinta y cinco minutos —dijo—. A las once romperán las relaciones con toda seguridad, así que ya puede ir preparando la información para la radio y la prensa.

—¿Cree que debemos dar la noticia inmediatamente? —preguntó el ministro.

—Inmediatamente. En el boletín de mediodía. En cuanto salió el ministro, Enver Hoxha llamó a uno de los secretarios.

—Convoque a las 12 reunión del Consejo de Defensa del Estado.

El secretario se quedó inmóvil. El Consejo de Defensa del Estado. Este nombre le sonó raro al oído. Presidium de la Asamblea Popular, Buró Político, Secretariado del CC, Presidencia del Frente Democrático, todos estos nombres de organismos en los que participa Hoxha son familiares al secretario, pero el Consejo de Defensa del Estado... En el tiempo que llevaba trabajando en el CC sólo se había reunido dos veces. Incluso, no sabía con exactitud cuál era su composición. Consejo de Defensa del Estado. Había algo ancestral y amenazante en ese nombre.

Hoxha echó una mirada a la puerta. El secretario había salido. El

enorme despacho estaba preñado de esa especie de laxitud cuya presencia parece palpase. Los receptores de los cuatro teléfonos parecían caídos en las posiciones más extrañas. Sobre la mesa había una información breve del Servicio de Contraespionaje del Ejército en relación con la sustitución en el curso de esos días de las tropas del Pacto de Varsovia. Cómo se ha llegado hasta aquí, pensó, hasta la reunión del Consejo de Defensa del Estado para defenderse del campo socialista. Cuántas veces, sobrevolando durante los viajes en avión, había admirado esa extensión orgullosa del globo terrestre que ya les pertenecía a los obreros. Absorto en sus proporciones, había olvidado aquel sonrojo de la cara mongoloide de Malenkov, aquella pequeña señal, aún pálida, que vacilaba en la lejanía, anunciando que, en Moscú, ya había comenzado entre ellos la lucha por el poder.

La lucha por el poder en las altas esferas del Estado de los obreros... Aquel débil sonrojo sobre la frente de Malenkov había sido el anteproyecto de la herida posterior, siniestra, en el cuerpo del campo socialista. Ahora todo el campo se había echado sobre los hombros la túnica ensangrentada del derrocado régimen burgués. La túnica maldita del centauro. Su venganza tardía. Bajo sus pliegues, la revolución había comenzado a sentir dolores terribles.

Levantó la vista del informe del contraespionaje. En la pared había un mapa de Albania. Siempre había estado allí, mas hoy parecía reclamar con insistencia las miradas humanas. Estrecho en los costados, el cuerpo del Estado bimilenario, que en lugar de extenderse con el paso del tiempo, había crecido hacia adentro, hasta que los pulmones chocaran con la roca, se erguía ahora vertical, invernal, amenazado de nuevo. Encogido como un niño en la cuna, se repitió en su interior un verso de una vieja canción popular.

Bárbaros, dijo para sí.

Eran las 10.30. Las calles parecían a punto de desgarrarse a causa del movimiento. Todo daba vueltas, como en un torbellino. Besnik, que había trabajado toda la mañana en la sección de cartas del pueblo, había salido a tomar café. No había sitio en los bares. El sonido del gran reloj de la ciudad se elevó solitario hacia el cielo gris. Besnik miró el reloj. Cuatro o cinco transeúntes hicieron lo mismo. Hasta ayer se hablaba de cierto ultimátum. Sin querer, Besnik había empezado a observar que la gente por la calle consultaba sus relojes. ¿De dónde habían salido tantos relojes? Por fin pudo tomar café de pie en la barra de un pequeño bar. La radio emitía música

sinfónica. Mientras preparaba el café, el camarero discutía con un cliente los resultados de la liga de fútbol del último domingo. Besnik salió del café y empezó a caminar hacia la Plaza de la Alianza. Si hay un ultimátum, deberán establecer un plazo, pensó. Desde por la mañana, cada vez que las campanadas del reloj traspasaban los cristales de su oficina, se decía que quizá fuera ese el final del plazo.

Besnik regresaba a la redacción, cuando dieron las once en el reloj. Entre los automóviles, un coche grande, negro, con una pequeña bandera tremolando con el viento, se dirigía veloz hacia la Plaza de la Alianza. El vehículo se detuvo a la espera de la señal del policía. Al pasar junto a él, Besnik reconoció al embajador soviético. Se detuvo en la otra acera para ver qué dirección tomaba el coche. El embajador consultó el reloj y, al parecer, le dijo «rápido» al chófer, mas el policía todavía no les indicaba que podían pasar. Por la calle perpendicular pasaba una comitiva fúnebre. El coche negro del servicio comunal y dos autobuses. Besnik creyó ver una cara conocida tras los cristales del primer autobús. Un violoncelista... vecino de Zana... Quizá ha muerto la vieja de los ojos de hielo. Apartó su atención del entierro y siguió con la vista el coche del embajador, que circulaba en dirección al bulevar Mártires de la Nación.

El ministro de Exteriores consultó la hora. Había transcurrido un minuto. Permanecía junto al amplio ventanal de su despacho, desde donde se veían los árboles desnudos de la avenida y el edificio de la Radio, con la maraña de antenas en la terraza superior. Qué mañana más larga, dijo para sí, justo en el momento en que distinguía entre otros vehículos el coche negro con el banderín rojo. Ya viene, dijo maquinalmente. El coche giró hacia la embocadura de la calle del ministerio y el ministro, de modo absolutamente involuntario, pensó en el embajador romano Cornelio Coruncano mientras subía las escaleras del palacio de la reina Teuta para entregarle el ultimátum de Roma. La reina altiva rechazó inmediatamente el ultimátum y, cuando el embajador romano la insultó, ordenó que le dieran muerte. Ahora sube las escaleras, como entonces, se dijo el ministro, sólo que ahora las sube despacio porque está demasiado gordo y, además, yo no soy reina y... (casi se le escapa la risa al imaginar al jefe de protocolo, en las escaleras, lanzándose por la espalda contra el embajador soviético para matarle) y todo lo demás también es diferente, diferente, diferente...

El embajador entró. Sus ojos, mejillas y labios habían intentado en vano componer una imagen sombría y a la vez solemne. La grasa excesiva de la cara transformaba su enfado solemne en una rabia efímera. El ministro permaneció de pie detrás de la mesa, sin retirar la vista del extranjero. El

embajador extrajo de la cartera la declaración del Gobierno soviético y la leyó. Después de informar de la decisión del Gobierno de la URSS de romper las relaciones diplomáticas con el Gobierno de la RP de Albania, en la declaración se decía que toda la responsabilidad por este acto grave y sin parangón en la historia de las relaciones entre estados socialistas recaía únicamente sobre el Gobierno de la RP de Albania. Una vez que el embajador concluyó la lectura, el ministro de Exteriores hizo asimismo una breve declaración en la que acentuó que la decisión del Gobierno de la URSS de romper las relaciones diplomáticas entre dos estados comunistas era un acto sin par, único y trágico en la historia del mundo y del comunismo, y que este acto cubriría de vergüenza para siempre al Gobierno de la URSS.

En cuanto al ministro de Exteriores pronunció la última palabra, el embajador volvió la espalda y, sin saludar, salió. El ministro respiró profundamente. Eran las 11.15. El cortejo fúnebre con el cuerpo de la vieja Nurihan dejaba atrás la calle Lord Byron y circulaba ahora por la calle de los Pinos, en dirección al Cementerio número 2. En uno de los autobuses, Hava Fortuzi miraba desde detrás de los cristales las escasas antenas de televisión sobre los tejados blanquecinos por la helada y pensaba que, de todas formas, la mejor época para morir era el invierno, como es el verano la mejor época para el amor. El ministro de Exteriores alargaba la mano hacia el disco del teléfono y marcaba el número del primer ministro, para informarle de la ruptura de las relaciones diplomáticas. Algo ha ocurrido, le decía en ese momento Ilir a Besnik. Ilir acababa de llegar a la redacción de una conferencia de prensa en la Embajada de Cuba. Hay movimiento en todas las embajadas de los países socialistas. Hava Fortuzi escuchó a su lado una voz baja que susurraba al oído de Ekrem: algo está ocurriendo. Pobre Nurihan, espera y espera, y parece como si hiciera falta que ella muriera para que por fin sucediera algo. Vi el coche del embajador soviético que se dirigía al Ministerio de Exteriores a las once, dijo Besnik. Ilir arqueó los ojos: no será una ruptura de relaciones dipl... Hava Fortuzi dio un codazo a su marido. Tú no hables tanto, le susurró. No debes hablar, sobre todo ahora. Ahora están furiosos y podemos crearnos problemas a lo tonto.

Las 11.35. En una de las salas de la maternidad de Tirana, entre fuertes ronquidos, a Diana Bermema, que había dado a luz después de dos horas de quirófano, se le pasaba el efecto de la anestesia. Tenía la sensación de esforzarse penosamente por ascender de un caos viscoso a una superficie llena de luz lechosa, que debía ser la superficie del planeta sobre la que acababa de parir una maravilla incomparable. Un poco más, un poco más,

dijo para sí, mientras sentía a su alrededor el ondular de olas negras que pretendían arrastrarla de nuevo a las profundidades. Creyó natural la insistencia de la oscuridad en vengarse de ella por la gran luz que acababa de echar sobre el mundo. Un poco más, repitió y volvió la cabeza hacia un lado, mientras las aguas de la muerte le salpicaban los hombros.

El médico le acarició la cara.

Penúltimo capítulo

Iso para todas las partes

Por los vidrios de la ventana llega desde fuera la luz del mediodía, abismal en su blancura. Los radiadores emitían un calor sofocante. Besnik había tomado una parte de las cartas del pueblo y trabajaba en su oficina.

Todos aquellos días, sumergiéndose en un trabajo que no había realizado nunca, iba maravillándose cada vez más. A veces tenía la impresión de ejercer el papel de intermediario entre el periódico y una turma* de truenos cuyo lenguaje había comenzado a entender poco a poco.

Sobre la mesa, había cartas con los textos más sorprendentes: dichos, proverbios, baladas, opiniones, pro puestas, inicios de rapsodias. En nada se parecían estas cartas a las miles y miles que durante años habían llegado al periódico sobre las más diversas cuestiones. Había en ellas una diferencia en la proporción de las cosas así como elementos épico–heroicos viejos, sin utilizar desde hacía largo tiempo.

Por tercera vez leyó Besnik la carta de dos montañeses de Bjeshkët e Nemuna. En ella se reclamaba la quema del Kremlin para lavar esta gran afrenta. Besnik quiso reír, mas no pudo. Algo en aquella misiva se lo impedía. El espíritu épico popular tiene el sueño pesado, le había dicho dos días antes el escultor Mujo Gabrani. No despertaba más que ante las cosas importantes. Besnik recordó a Nik Ukcama, con aquel mecanismo de calzas negras, moviéndose por el bulevar. Él era de Bjeshkët e Nemuna, de donde procedía la carta. Para los montañeses viejos, el Kremlin era sencillamente la casa de Jruschov, que había traicionado la *besa* dada a Albania, y exigían que fuera quemada por la comunidad, como cualquier casa que viola la *besa*.

En parte de las cartas había baladas y canciones. Besnik separaba las

* Escuadrón de caballería de treinta hombres. Cada legión comprendía diez turmas; las alas auxiliares contaban con dieciséis o veinticuatro. (*N. del E.*)

que más le gustaban.

*¿Adónde vas, adónde has ido,
Enver, en este otoño frío?
La ruta a Moscú no es nada buena,
La lluvia y el viento la tierra hielan.*

*Es gélido allí el invierno
Sobre Moscú sopla el hielo,
Guarda la puerta el cañón—zar,
La campana—zarina en el umbral.*

*Ni a reyes ni a zares preguntaste,
Los terribles cañones despreciaste.
Del medioevo empujas las puertas,
Al interior del castillo entras.*

Besnik leyó y releó los versos de la anónima balada y no sabía si de verdad tenían algo de especial o sólo le gustaban por haber hecho él mismo ese camino en invierno. Recordó la nieve que blanqueaba el cañón—zar y la parte superior de la campana—zarina. En los descansos, por el jardín del Kremlin, muchos delegados de los partidos daban vueltas a su alrededor con una expresión de sorpresa servil en la cara y un eh, cuándo vas a tronar, hermano cañón, y tú, hermana campana...

Besnik prosiguió la lectura:

*Ochenta y un partidos
Estaban de la mesa en torno.
La historia estaba contigo,
Y entraste tú entre todos.*

*Te dijeron qué quieres, dónde vas.
Mas tú no volviste la vista atrás.*

No, no se trataba de que él hubiera hecho ese viaje y que hubiera entrado por la puerta de aquella fortaleza. Era otra cosa.

Sonó el teléfono y cogió el auricular. Era otra cosa. Sí, escucho, dijo. En estas baladas, el acontecimiento que había convulsionado al mundo estaba condensado. La voz del teléfono decía algo con vehemencia. El mau-

soleo milenario estaba preparado, mas, antes de instalarte allí, había que embalsamar el acontecimiento. Sí, escucho, repitió Besnik por tercera vez. Se trataba de una técnica particular: millones de palabras, conversaciones, pensamientos, artículos periodísticos, mítines, noticias radiofónicas, carteles, etcétera, etcétera, eran elaborados de una forma especial. Sí, sí, repetía mecánicamente Besnik sin retirar el auricular de la cara. Como un viejo maestro reconvocado a la tarea, el espíritu épico se disponía a eliminar las partes blandas, mortales, del acontecimiento, sí, sí... para petrificarlo, haciéndole indestructible frente a cualquier tempestad.

Besnik colgó el teléfono. Sus ojos estaban leyendo otros versos, parecidos a los anteriores.

*Aquí y allá estamos todos
Por el Pacto de Varsovia ligados.
Sólo falta uno de nosotros,
Sólo uno nos ha abandonado.*

*Se fue, se fue la hermana menor,
Nosotros nos quedamos en este glaciar,
De la campana-zarina alrededor,
sobre la cabeza el cañón-zar.*

Por un instante, creyó haber captado un elemento del proceso secreto del embalsamamiento. Se trataba de simplificar las cosas hasta el punto de que los Estados pudieran hablar e insultarse como verduleras. No te da vergüenza, URSS, un país tan grande y cometer tales afrentas. Besnik relejó los versos en que parecía que los campesinos checos o búlgaros cantaban como si fueran de Laberia. Era ese estribillo que convertía al Kremlin en una casa que había violado la *besa* y reducía el campo socialista a los límites de un lugar que, para lavar la afrenta, debía coger la antorcha y dar fuego al Kremlin. En el lugar en cuestión, no sería extraño que Checoslovaquia pidiera una taza de harina a Hungría, o que Polonia hablara mal de Mongolia.

La mayoría de las baladas se referían a la reunión de Moscú.

*Sala George, qué han visto
tus muros, que han oído.
Dividido el comunismo
Y una estrella con su brillo.*

El teléfono no paraba de sonar, pero Besnik no lo cogía. Afuera estaba la calle con el ir y venir de los transeúntes, con las noticias y los periódicos, con las embajadas de los países socialistas, los carteles y la música de Beethoven. Aquí, en cambio, reinaba la quietud.

Se sentía inmediatamente cómo, preparándose para fundirse en los fundamentos de la nación, el acontecimiento rebasaba los límites de las relaciones entre Estados y entre partidos. Salía de la segunda mitad del siglo XX, donde se había producido, para extenderse en el tiempo universal.

Besnik recordó los *isos* de Skénder Bermema y abrió el cajón para sacarlos. Unos días antes, el escritor se los había mandado en un sobre solicitando su opinión. Dos de ellos, a pesar de estar escritos en prosa y con un estilo difícil, se parecían sorprendentemente a la balada *¿Adónde vas, adónde has ido?* Era el mismo Kremlin sombrío, con las torres entre niebla, en cuyas puertas hacían guardia el cañón-zar y la campana-zarina. Seguro que alguien le había hablado de la balada. Además de los *isos*, había escrito un *inicio de canto* que a Besnik le gustaba más que los *isos*. «Venid todos aquí; vosotros, albañiles que construís el castillo de Rozafat, dejad a un lado los martillos; tú, Kostandin, que te has levantado de la tumba para cumplir la palabra dada, frena un momento el caballo; vosotros, *krushq* y *kësollarë*,* allí donde estéis, dejad la canción y el plañido; vosotros, candidatos al partido, que realizáis el período de prueba, interrumpid un momento el trabajo; acercaos todos y escuchad lo que le ha ocurrido a Albania...».

Acercaos y sabed lo que le ha ocurrido a Albania, repitió Besnik para sí.

A Albania le había ocurrido algo. Besnik retiró la vista de las cuartillas escritas. Albania volvía a estar preñada de algo grande. Como le había ocurrido varias veces a lo largo de su dilatada vida. Cuantas veces le había sucedido esto, Albania había experimentado transformaciones agitadas. Su sangre, glándulas, humor, nervios, psique, incluso los ojos y las arrugas, y todo lo demás, volvía a revolverse como entonces, cuando se acercaron a su destino los superestados. Los enfrentamientos con ellos habían engrandecido sus proporciones aun cuando su cuerpo estaba tumefacto por los golpes.

Prosiguió la lectura:

* A diferencia de *krushq*, comisión que va a buscar a la joven esposa, *kësollarë* son los parientes que acompañan al difunto al cementerio.

*No se ha visto un invierno así,
No se ha visto semejante tormenta.
Como astro que deja de lucir,
Se apaga del Kremlin la estrella.*

De nuevo el camino hacia Moscú. De nuevo se vio a sí mismo en la sala del aeropuerto, aquella mañana de octubre, y los asientos de la sala y Zana que le acompañaba y el aviso «no smoking» en el interior del avión y todo lo demás le parecía empequeñecido, lejano, como visto a través de un anteojo mágico.

Viaje invernal. El avión que avanzaba entre las nubes. No le sorprendería imaginar que al avión le salían crines y que, ondeando, las blancas crines cruzaban las nubes.

Besnik continuó leyendo. A veces, las líneas escritas rodeaban su mente como una cinta. De repente, sintió una sacudida. Entre los versos de una balada vio dos dedicados a él:

*El intérprete no traduce bien,
O no sabe ruso.*

Soy yo, estuvo a punto de gritar. Permaneció unos instantes paralizado, se sintió pequeño, absolutamente perdido en aquella masa oceánica llena de espuma helada, reluciente. Soy yo, repitió, sin dejar de mirar los versos, como si tuviera miedo de perderlos en aquel espacio interminable. Esa sensación de asombro al verse allí, donde raramente se ve un ser vivo, fue sustituida por una melancolía especial, de esas que parecen tener la propiedad de descarnar al hombre.

En este estado perdió la noción del tiempo. Los versos aún estaban allí, sobre la mesa, dos ramas rotas que el océano de la épica popular empujaba hacia él.

Dos veces abrieron sus compañeros la puerta para recordarle que era hora de comer. A la tercera, entró Ilir y le arrancó del escritorio.

—Parece que se han roto —dijo mientras bajaban las escaleras.

—¿Qué se ha roto? —inquirió Besnik.

—Las relaciones diplomáticas.

—¡Ah! —exclamó, haciendo un gesto con la mano como si se tratara de una nimiedad.

Ilir le miró con extrañeza.

Mientras caminaba junto a su compañero, Besnik tenía la cabeza

arriba, en los versos que había leído. Iir le contaba ciertos detalles, mas Besnik seguía a lo suyo. Pensaba que ningún hecho trascendente en la vida de un pueblo comienza de forma inesperada. Albania llevaba tiempo preparándose para este gran enfrentamiento. Hace una hora no se sabía nada con certeza, seguía explicando Iir, pero el movimiento febril en las embajadas de los países socialistas hacían presentirlo. Esta preparación lenta ha comenzado cien, cuatrocientos, o quizá mil años antes, pensaba Besnik. Mil años antes había comenzado Albania a preparar la generación de hombres llamados a afrontar este acontecimiento.

Capítulo vigesimoctavo

A mediodía, entre las doce y las dos, Radio Tirana sustituyó su programación habitual por música sinfónica. El locutor informó varias veces de que en breve se ofrecería un discurso muy importante del primer ministro de la República. La noticia de la ruptura de las relaciones diplomáticas entre Albania y la URSS se difundió a los dos. Fue leída pausadamente por el locutor, con voz profunda, grave.

Besnik acababa de despedirse de Ilir y se encaminaba a casa. Todavía estaba bajo la influencia de las baladas, como bajo los efectos de un narcótico, y sólo después de ver a la puerta de varios bares y cervecerías a la gente apiñada escuchando la radio, se dio cuenta de que se estaba informando de la ruptura de las relaciones diplomáticas.

Después de esa noticia, no hubo más, sonando a su término la Internacional. Besnik tuvo la impresión de que ya nadie miraba el reloj. Los relojes en las muñecas de las personas, como cabezas de pescado frías, redondas, habían muerto. El momento, pensó. El silbido del viento era insoportable al oído. Besnik sentía una especie de borrachera. Entró en un bar para escuchar el discurso del primer ministro, que Radio Tirana había anunciado una hora antes. En la barra, decenas de personas escuchaban en silencio absoluto «...ante nosotros había dos caminos: el primero, el de la insumisión, sembrado de hoyos y zarzas; el segundo, el de la sumisión, alfombrado, ciertamente, más escondiendo los hoyos y las zarzas bajo la alfombra. Como veis, hemos elegido el primero. Para nosotros comunistas...».

En una calle junto a su casa, Besnik vio columnas enteras de jóvenes armados que se dirigían, al parecer, de maniobras al viejo aeropuerto civil. Hacía días había comenzado a armarse a los obreros de las fábricas de Tirana. Ahora, según parece, se arma a los estudiantes.

En casa, Raboja y Mira le esperaban a la mesa. La radio continuaba emitiendo música sinfónica.

—¿Te has enterado? —preguntó Mira—. Las relaciones diplomáticas

con la Unión Soviética se han roto.

—Lo sé —dijo Besnik entre dientes.

Rabojá miró a la muchacha como diciendo «¿tú crees que puedes darle alguna noticia?». Desde aquella conversación sobre Zana, continuaba como ofendida con Besnik.

Como de costumbre, él acabó de comer el primero. Sin levantarse de la mesa, encendió un cigarrillo y, mientras seguía con el rabillo del ojo el movimiento de las manos de Mira, observó que había comenzado a ser más cuidadosa con la comida.

—Besnik —dijo Mira, dejando el tenedor a un lado del plato— ¿vendrás pasado mañana a nuestra representación?

Él la miró unos segundos, como recordando de qué representación se trataba, y dijo sí con la cabeza.

Qué día más largo, dijo para sí Mark, apoyando el violoncelo en la pared, frente a la entrada del Palacio de Cultura. En otro momento, quizá no se hubiera presentado al ensayo el día de la muerte y entierro de su madre, aun tratándose de un ensayo general, como era el caso, mas últimamente, sobre todo los viernes y sábados, todo estaba crispado y el peligro acechaba como nunca. Llamar la atención en un día así, aunque fuera con un simple gesto, como faltar al ensayo del concierto, era injustificado. Él tenía una razón de peso para no asistir al ensayo: la muerte de su madre; sin embargo, asistió. Y no sólo eso, había llegado el primero, como siempre. Mark se mordió el labio inferior, sintiendo lástima de sí mismo. Intentó distraerse mirando la calle. Todo se movía a un ritmo alocado. La calle semejava un nervio vivo. Ella, en cambio, está ahora bajo tierra, donde todo se inmoviliza, pensó. Todo este último invierno ha sido frío, frío. Pobre Nurihan, qué día gélido ha elegido para morir, hubo comentado alguien cuando los obreros del cementerio echaban sobre el féretro terrones cubiertos de escarcha. Mark se apartó un poco. Qué día ha elegido para morir... Estas palabras podían tener varios sentidos. Era el día de la ruptura de las relaciones diplomáticas con los soviéticos. El día que ella había esperado durante todo el invierno. Había esperado ver este movimiento caótico y, de haber vivido, quizá hubiera tomado el bastón de vieja y salido a la calle para sumergirse en él. Más no lo consiguió. Ahora estaba rígida, con una inmovilidad divina, mientras que todo afluía y se agitaba por las calles. De repente, entre los transeúntes, vio pasar a Zana. Salía de la librería de enfrente y por un instante creyó que buscaba con la mirada algo en la

acera. Parecía como si todo el mundo resbalara por su atención. Mark la siguió con los ojos. Luego, al parecer encontró lo que buscaba. El coche de su padre, que la esperaba un poco más allá. El chófer abrió la puerta de atrás. Mark, sin saber porqué, emitió un suspiro. El coche arrancó lentamente. Mark descubrió un grupo de gente que se había detenido ante unos carteles blancos que alguien continuaba colocando en los cristales de los escaparates. Junto al grupo, una furgoneta tocó la bocina y Mark vio al chófer que sacaba la cabeza por la ventanilla. Sintió un escalofrío. Aquella cabeza conocida era como un vendaval de rizos y pecas que se despleaban alocados al viento. Mark creyó que los ojos del chófer, lo único inmóvil en medio de aquella tempestad, se clavaban en el violoncelo que no había conseguido cubrir con su cuerpo. ¡Uf!, exclamó para sí, sin quitar la vista de la matrícula TR 17-55, que se le antojó fugazmente la losa de una tumba sobre todo el gentío. Eso le llevó a pensar en la lápida de la sepultura de su madre. En primavera, en la tierra hoy cubierta de escarcha, sembraría quizá manzanilla. A ella le gustaba y la mencionaba continuamente. Qué día más largo, repitió para sí. Un día recargado, como una embarazada en el noveno mes. ¿Qué serán esos carteles ante los cuales cada vez se detiene más gente? Ruptura. Ruptura. Ruptura. Los dolores que producía se sentían omnipresentes. Empero, era un día extraño. Antes del entierro, en la casa alguien contaba haber visto, por la mañana temprano, un coche de policía con un detenido que gritaba «¡Abajo Jruschov!». Todos agitaron la cabeza. En días como éste, mejor no tener lengua, dijo entonces Haya Preza. Yo no tengo lengua, pensó Mark. Hace años que no tengo lengua. Volvió la cabeza hacia donde estaban los carteles y miró hacia allá un rato. Dudaba: ir a mirar o quedarse donde estaba. Yo no tengo lengua, dijo para sí, pero tengo ojos, qué demonios. No obstante, no se movió.

«A toda la población de Tirana: en caso de alarma aérea, toda la ciudad quedará obligatoriamente a oscuras. Todos deben bajar inmediatamente a los refugios antiaéreos existentes o, donde no haya, a los sótanos de las casas...».

Besnik, que regresaba a la redacción, se detuvo entre el gentío para leer el cartel. Saltó el último párrafo y detuvo la mirada al final de él, donde se hallaban impresas en mayúsculas las palabras: CONSEJO DE DEFENSA DEL ESTADO.

¿De dónde ha salido este consejo?, pensó. Hacía tiempo que no se oía hablar de él, como hacía tiempo que no se veían avisos de alarma antiaérea.

Y en las contadas ocasiones en que se había anunciado, nunca se habían colocado carteles en paredes y escaparates. La población había sido avisada tranquilamente por los activistas del Frente Democrático y después de estos avisos nunca hubo alarma.

Besnik sintió en la espalda repetidos empujones de transeúntes impacientes por leer los carteles. Estaba anocheciendo y era necesario arimarse para poder distinguir las letras. Se apartó un poco para permitir que se acercara un hombre de aspecto hosco, vestido con un capote largo de corte militar. Por la espalda del grupo, los recién llegados preguntaban en voz baja «¿Qué es?». Un viejo que cubría su cabeza con un sombrero, señalando el cartel con el bastón, decía a su obesa mujer: «Nuestro edificio se incluye en los de este párrafo».

Ahora, en todo el país, la gente se está agrupando ante los carteles, pensó Besnik. Vio a alguien con un violoncelo en la mano que se acercaba sigiloso. Parece el vecino de Zana, se dijo. Poco antes había visto a Zana en el coche de su padre. Cabello pesado, como vertido en bronce, grandes ojos inmóviles. Llegué a estar en esos ojos, había pensado con torpeza, fingiendo no haberla visto.

El hombre del violoncelo se acercó al cartel. Ahora deben estar contentos, pensó Besnik con rabia, mas en ese momento recordó haber visto a aquel hombre a eso de las once de la mañana en un entierro. Qué día más largo, pensó. Qué sábado. A lo lejos, seguramente ante el viejo edificio gris del Archivo del Estado, negreaba la cabeza o el final de una manifestación que se desplazaba lenta, cual magma oscuro, hacia el centro. En ese momento, el hombre del capote militar, volviendo la espalda al cartel, murmuraba: «Eso es lo que nos hacen los escritores». Varias personas que leían el aviso con dificultad, por la escasa luz, volvieron la cabeza sorprendidos, mas el desconocido se alejaba entre la multitud.

Radio Moscú dio la noticia de la ruptura de las relaciones diplomáticas por la tarde, según la hora europea, y por la noche según su propio horario. La noticia, así como una extensa declaración del Gobierno soviético, fue leída con una lentitud extrema y una solemnidad escalofriante por su locutor principal, que sólo hablaba cuando se trataba de acontecimientos extraordinarios. Él había informado de la declaración de guerra, de la victoria de Stalingrado, de la condena de Tito por el Kominform, de la muerte de Stalin, de la traición de Beria, de la entrada de las tropas soviéticas en Hungría en 1956. En la redacción, en el

departamento de documentación, un grupo de periodistas escuchaban junto a la radio. Besnik acababa de llegar.

«La gloriosa Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas ya está acostumbrada, después de medio siglo, a las embestidas de las oleadas de la reacción mundial. Albania, después de ejercer un sinnúmero de presiones y chantajes, nos ha golpeado alevosamente por la espalda...».

Besnik imaginó millones de tristes ojos rusos en todo el territorio soviético. La voz del locutor subía y bajaba, interrumpiéndose, reforzándose o velándose por las interferencias, por un torbellino interminable, un estertor de abismos, chillidos y quejidos de heladas mesetas continentales. Era como un enorme ronquido de Eurasia.

Al anoecer, en la Dirección del Servicio Diplomático del Ministerio de Asuntos Exteriores sonó uno de los tres teléfonos. Normalmente, los sábados, en este departamento, ni siquiera había alguien de guardia, mas éste era un sábado extraordinario y todos los funcionarios se encontraban en su puesto, incluido el director.

—Sí —dijo éste, acercándose el receptor a la oreja izquierda—. Sí, dígame.

Escuchó unos momentos con aire distraído, después, totalmente atónito, miró los agujeros del receptor negro y de nuevo se lo acercó a la oreja. De debajo de los agujeros llegaba una voz de hombre que hablaba un francés dificultoso. Era el consejero de la embajada de un país africano recientemente acreditado en Tirana. El consejero, pidiendo excusas varias veces por molestar al señor director por el asunto de la búsqueda de un edificio para la embajada de su país que, como bien sabía el señor director, no se había resuelto todavía, a causa de las dificultades generales de vivienda, ahora aprovechaba un caso reciente para recordarle una posibilidad que acababa de presentarse precisamente hoy... Haciendo una pausa para tomar aliento y pidiendo excusas una vez más porque precisamente en un día así... precisamente en un día así... a riesgo de pasar por alguien que pretende aprovecharse de la desgracia ajena, le presentaba al señor director la propuesta de compra, por parte de su Estado, por una cantidad aproximada de medio millón de dólares, de un edificio que acaba de quedar libre, o sea, que está quedando libre precisamente hoy, precisamente hoy... Huelga que le diga que se trata del edificio de la embajada soviética, concluyó de repente con voz seca.

El director mantuvo unos instantes el auricular junto a su pasmada

boca. Luego, acordándose de que debía decirle algo, siseó entre dientes:
—Tomo nota de su petición, señor consejero.

Besnik seguía trabajando en su oficina, cuando entró Ilir.

—Vamos a ver qué pasa por ahí fuera —dijo—. Pareces fatigado.

Besnik se sentía realmente cansado. Salieron por el patio trasero del edificio, donde se encontraba el garaje, directamente a la calle de los Renacentistas. Después de caminar un poco, se encontraron con una gran manifestación de obreros. Era posiblemente la misma manifestación que Besnik había visto poco antes dirigiéndose al centro. Mientras caminaban por la acera, junto a la lenta riada humana, sobre la cual se agitaba lento todo un bosque de pancartas, se le ocurrió pensar lo extraño que resultaba ver cómo miles de personas levantaban sobre sus cabezas, aupadas con palos, palabras y frases cortas que podían explicar su estado anímico mejor que volúmenes enteros. Automáticamente había comenzado a leer algunas de ellas. *¡No a los chantajes de la URSS! Jruschov, ¿qué eres tú, primer secretario o zar? ¡Ultimátums a la basura! ¡Vergüenza! ¡Pozor!**

Viendo aquella densidad de palabras apretadas, llenas de enojo y tensión, tan cerca unas de otras, Besnik tuvo la impresión de que allí arriba, sobre las cabezas de la multitud, no tardaría en tronar y relampaguear. En ese momento creyó escuchar varias voces que llamaban: compañero periodista, compañero periodista. Volvió la cabeza y vio un cúmulo de ojos sonrientes. Las caras le parecieron conocidas.

—¿No se acuerda dónde nos hemos visto? —dijo uno de los manifestantes, de escasos cabellos, flaco.

—Ah, sí —exclamó Besnik—, sois de la fábrica Friedrich Engels, de fundición, si no me equivoco.

Ellos agitaron la cabeza con alegría.

—Te hemos recordado con frecuencia —dijo el obrero viejo.

Besnik e Ilir bajaron de la acera y marcharon junto a ellos. Delante y a los lados se encendían y apagaban retazos de canciones.

—Te hemos recordado —repetió el obrero—. Decíamos, nosotros nos enteramos del asunto de golpe y menuda sacudida, pero ¿y aquel joven periodista que se enteró al principio de todo, cuando nadie sabía nada?

—Has sido fuerte, hermano —le dijo un obrero de corta estatura, sin soltarle el brazo.

* *Pozor*. En ruso, vergüenza.

La manifestación giraba hacia la calle de las Barricadas. Desde las ventanas y balcones, cientos de personas contemplaban la riada humana.

Mira había quedado con varios miembros del grupo de teatro de la escuela frente a la entrada del Palacio de Cultura. Los primeros en llegar, irían a la tienda de objetos usados a comprar algunas cosas para la representación del día siguiente, principalmente una toca de monja para Mira y un báculo o cosa parecida que debía sostener en la mano el que hacía el papel de obispo corrupto. Con Mira llegaron Iris y Maks Bermema, que intentaban convencerla para, después de comprar lo necesario, ir al ensayo general del concierto. Pero Mira los escuchaba distraída. Estaba preocupada porque no llegaban los chicos del grupo. Más aún porque ellos tenían el dinero.

A su alrededor, la gente buscaba invitaciones. Un violoncelista apareció y desapareció varias veces en la puerta y Mira quiso pedirle una invitación, mas no tuvo valor. El violoncelista vivía en la planta baja de la casa de la ex de Besnik, pero no le conocía bien, ni siquiera sabía ni su nombre.

—Igual se suspende el ensayo —dijo una de las chicas, señalando con la cabeza los carteles, ante los cuales había gente continuamente.

—¿Qué pasa, se rompen las relaciones diplomáticas? —preguntó otra chica. Las compañeras se encogieron de hombros.

—Cierran las embajadas —respondió Mira—, ¿qué otra cosa puede pasar?

—Ya están aquí los chicos.

Martin y otros dos, los tres altos y delgados, avanzaban a grandes zancadas entre la multitud. En la mano llevaban algo que debía despertar la curiosidad de la gente, pues todo el mundo volvía la cabeza para mirarlos.

—¡Hale! —exclamaron las chicas a una, cuando llegaron los muchachos. Llevaban en las manos máscaras antigás, que empezaron a agitar ante las chicas como para justificar su tardanza.

¿Sabéis? —dijo uno de ellos, respirando precipitadamente—. En caso de movilización, nosotros iremos a las compañías de defensa antiparacaidista.

Los ojos de cristal de las máscaras pendían con un desdén maligno.

—¿Y nosotras? —preguntó Mira.

—Vosotras seguramente iréis de enfermeras. Mira les presentó a Iris y Maks Bermema.

Los ojos de los muchachos brillaban febriles.

—Ahí llega «Crisis» —dijo Maks, señalando con la cabeza a una

muchacha alta que, al parecer, también buscaba invitación para el ensayo—. ¿Sabéis cómo la llaman ahora? Crisis general del capitalismo y del revisionismo.

Las chicas esbozaron una sonrisa forzada. Cada vez eran más los que buscaban invitaciones delante de la puerta. Los jóvenes partieron todos juntos hacia la tienda de objetos usados. La gente volvía la cabeza para mirar las máscaras.

Besnik seguía recogiendo el eco que la noticia había tenido en el pueblo, cuando le llamaron del despacho del redactor jefe. Se imaginó para qué le requerían y no se equivocó. Ya sé que tienes mucho trabajo, le dijo el redactor jefe, pero... Y señaló con la mano su mesa, como mostrándole que él no tenía menos. Urgía entrevistar a obreros del turno de noche en relación con la ruptura de las relaciones diplomáticas con la URSS. El material debía entregarse antes de medianoche, de manera que pudiera salir en la edición de la mañana.

En la calle hacía frío. Besnik se abrochó el abrigo y apretó el paso. Las presiones y chantajes de Albania, repetía para sí las palabras del locutor de Radio Moscú. Qué ironía.

A lo largo de la calle de las Barricadas y de la plaza de la Alianza, por todas partes, en paredes y escaparates, blanqueaban los carteles del Consejo de Defensa. Quién podía imaginarse tanto, pensó. La escalada de las dudas se había producido con una rapidez catastrófica. Al principio, la gente se preguntaba si habría distanciamiento. Pero cuando el hielo cubrió la tierra, surgió otra pregunta: ¿habrá bloqueo? Luego, en medio del bloqueo general, surgió la sospecha de la ruptura de relaciones diplomáticas y ahora, en cientos de paredes y escaparates, estaba el interrogante de la agresión. Todo esto parecía el nacimiento y crecimiento acelerado de una bestia a la cual le salían las garras, los dientes y el veneno ante nuestros ojos.

Delante de la Agencia Aérea, otra manifestación avanzaba lenta hacia la plaza Skénderbeg.

Besnik pensó entonces que era la tercera o cuarta vez que abandonaba su trabajo con las cartas del pueblo para salir a la calle. Cuantas veces lo había hecho, había experimentado una sensación de pérdida de equilibrio. Y era natural por cuanto salía en un abrir y cerrar de ojos del tiempo congelado, secular, de la épica popular al tiempo vivo, fragmentado bruscamente en horas, minutos, e incluso segundos. Era como salir o entrar en el tiempo relativo einsteiniano.

Con los ojos clavados en la luna del escaparate, tras la cual se movían las siluetas de los transeúntes, Rrok Simonjaku pensaba que su tienda jamás fue tan extraña a la calle como ese día. A excepción de Musabelliu y un ruso con prisas que quería vender una camisa ucraniana bordada, nadie había entrado en ella. A lo largo del día, Rrok había sentido varias veces una especie de timbre de alarma en su interior: ¿no habría sido mejor cerrar la tienda, en un día como éste?

Mientras Musabelliu le contaba algo sobre el entierro de Nurihan, Rrok recordaba los bordados de la camisa ucraniana, sin estar en condiciones de discernir si había obrado bien o mal al no comprarla. Su olfato, que no le había fallado en 1944, ahora no le decía nada.

Ha sido un entierro sordo, como un entierro de mudos, proseguía Musabelliu sus comentarios mientras fumaba su pipa. La gente tenía razón, cuatro frases dichas en voz alta podían haberse interpretado como un mitin.

El dueño de la tienda movía la cabeza rítmicamente. Inesperadamente, su mirada se fijó en la puerta de cristal. Ante ella se había detenido un pequeño grupo, que miraba el rótulo de la tienda. Musabelliu interrumpió su monólogo. La puerta de cristal se abrió y entraron dos muchachas.

—¿Es ésta la tienda de objetos usados? —preguntó una de ellas.

Rrok Simonjaku afirmó con la cabeza. Las muchachas parecían educadas, pero Rrok no apartaba la vista de las siluetas que habían quedado fuera.

—Por favor, ¿no tendrá usted una toca de monja? —preguntó una de las chicas, levemente sonrojada. La otra miraba el expositor, del que parecía irradiar una ola de silencio mezclada con un destello de sortijas.

—¿Una toca de monja?

—Sí.

Sin volver la cabeza, Rrok y Musabelliu cruzaron una mirada. No os pongáis eufóricos porque veáis viejos decrepitos en la tienda de Rrok, les había dicho la vieja Nurihan en cierta ocasión. Cuando veáis jóvenes en la tienda, entonces sí, venid a decírmelo.

Rrok pasó a la trastienda. Musabelliu no quitaba ojo a las dos chicas.

—¿Qué? —alargó la cabeza por la puerta uno de los que se habían quedado fuera—. ¿Tiene?

Cuando Rrok sacó la toca, el pequeño grupo entró en la tienda. Los muchachos llevaban máscaras antigás en la mano. Empezaron a bromear con su compañera diciéndole «pruébatela» y, mientras las chicas pagaban, llenaron la tienda de risas y alboroto.

—¿No tendrá un báculo o una mitra de obispo? —preguntó un chico—. Yo hago el papel de obispo.

—No —respondió tajante Rrok Simonjaku.

Bullangueros, agitando las máscaras como si fueran cabezas cortadas, salieron a la calle.

Teatro salvaje, dijo para sí Rrok. Qué desengaño. Volvió la cabeza hacia su amigo. Musabelliu estaba pálido como la cera.

Tocarás el violín para este mundo, dijo para sí Mark, dirigiéndose al escenario con el violoncelo en la mano. Ajeno, enigmático, como un mar de destellos y miedos que aviva continuamente el viento de la época, este mundo del régimen comunista se extendería ante él en una semioscuridad interminable, un anonimato de cabezas en el que no se ven las más lejanas, las de las últimas filas; y él, en el límite, en la tangente fatal de ese mundo, tocaría el violoncelo hasta extenuarse y caer al suelo sin aliento.

Besnik atravesó con rapidez la Plaza de la Alianza y se dirigía a una parada de taxis. En el camino, intentó formular las preguntas más importantes, mas comprobó que su mente no se concentraba. Había tomado demasiado café a lo largo del día y ahora se encontraba en estado de sobreexcitación.

En la calle, todo el mundo caminaba. Los aviones de Moscú, Berlín y Budapest ya deben haber salido, pensó. La parada estaba cerca. De súbito, a su lado, a unos pasos, vio a dos viejas vestidas de negro que se desplazaban lentamente. Tras ellas, con la misma persistencia, caminaban otras tres. Las viejas de Këlcyra, gritó para sus adentros y recorrió su cuerpo un terror pausado. Aminoró el paso. Las viejas avanzaban pertinaces junto a él, formas de mitos petrificadas, como sacadas a la superficie por un grito antiguo. Besnik sintió la boca amarga. Bárbaros, dijo para sí, nos habéis atacado, nos obligáis a enfurecernos. Y en aquel instante pensó: no debía haber tomado tanto café. Ahora caminaba casi corriendo hacia el letrero luminoso en el que destacaba la palabra TAXI, cuando por la derecha, de algún sitio junto a la ciudad, sobre él, quizá de la periferia, se oyó el inicio de un aullido. Al principio ahogado, como producido por una fiera que aún tuviera el hocico hundido en la tierra, luego cada vez más agudo y más ancho, como si la fiera levantara el hocico hacia la cúpula celeste, el ulular de la sirena se elevó todopoderoso sobre la ciudad. Besnik se detuvo. Volvió la cabeza a los lados, miró hacia arriba y retomó la marcha en dirección al luminoso «TAXI», mas, en ese preciso instante, el anuncio, junto con las

demás luces de la calle, se apagó. Unas voces gritaban: ¡Alarma! La calle, sumergida inesperadamente en la oscuridad, pareció paralizarse, mas enseguida volvió en sí, se oyeron voces, pasos apresurados, un tumulto sordo que salía de la oscuridad. Las luces de los bares y los cafés se iban apagando una tras otra. Besnik, con un movimiento brusco, volvió la cabeza hacia atrás y el gran reloj de la ciudad desapareció como si hubiera caído al abismo. Con una rapidez increíble, trozos enteros de ciudad se deshacían de las luces, regresando en cuestión de segundos a las tinieblas primitivas. El centro estaba inmerso en la más absoluta oscuridad. La ventana de un apartamento se iluminó temerosa. Una voz gritó: ¡Apaguen la luz! Una voz áspera, imperativa, gritaba: ¡Ciudadanos, desalojen la calle! ¡Diríjense a los refugios más cercanos! El ruido anónimo de los pasos iba haciéndose más quedo. Besnik perdió por completo el sentido de la orientación. No se distinguía nada. Un coche con luces rojas, pálidas (debía ser de la policía), venía de frente. En su débil reflejo púrpura, Besnik alcanzó a distinguir caras humanas semejantes a estructuras eternas de carne y hueso. La luz roja del vehículo cayó sobre dos o tres caras y este destello sangriento fue la única señal viva en ellas. La frente de todas las personas tenía una posibilidad de ser herida. Yo también tengo en la frente un proyecto de herida, pensó.

Desde el coche de policía, la voz áspera seguía gritando: ¡Desalojen la calle. Alarma! La luz del coche iluminó una estatua. Bajo la pálida luz, Besnik creyó ver en la cara de la estatua, desfigurada por un dolor insoportable, un sudor de bronce.

La sirena continuaba ululando. En algún lugar cercano al centro todavía quedaba un reflejo de luces, mas también éstas se apagaron. Ahora, la oscuridad se hizo total. Parecía como si la tierra se hubiera retirado del universo y de repente hubiera salido un cielo enorme, negro, continental. Todo devino cielo. Y en medio de este cielo solitario, como una fría cúpula de panteón, lamento, suspiro de alivio, ronquido, desengaño, aullido último de separación, permanecía la sirena.

Aúlla, aúlla, pensó Besnik. Por un momento se sintió completamente solo bajo la bóveda celeste. Mas esta sensación no duró mucho. Vio fulgurar frente a él la lumbre de un cigarrillo y comprendió que se encontraba en un refugio con otros transeúntes sorprendidos en la calle por la alarma.

Estuve esperando que me telefonaras, escuchó Besnik a su lado la voz baja de una chica. He esperado toda la tarde. No me ha sido posible, respondió otra voz. Tú sabes qué día es hoy.

Besnik volvió la cabeza, mas en la oscuridad no vio más que la lumbre

plácida de un cigarrillo. En ese momento, se hizo claro en su interior, concentrado como a través de una lente, algo hasta entonces intangible que había aspirado durante toda la vida, sin darse cuenta, como un destello invisible de páginas de libro, piedra, hechos, paisajes, rostros humanos, mapas. La historia misma, cuyo cuerpo, todavía caliente, sin embalsamar, estaba allí alrededor, carne viva, liberada de conchas, masa vertida generosamente en las calles y las plazas. Estaba allí. Bastaba alargar la mano para tocarla.

Vivo un verdadero momento, pensó. Dentro de poco callaría la sirena, la lava se petrificaría, mas no olvidaría jamás el destello de este momento.

Besnik entornó los ojos. Ya pasó este invierno, se dijo. El aullido de la sirena subía y bajaba como si rodara por un relieve desapacible. Ya pasó este invierno, repitió casi en voz alta. Sintió sobre sus espaldas todo el cansancio, toda la tensión de aquellos meses, como un peso incalculable. He esperado toda la tarde. Y luego todo su ser gritó relajado: ¡Zana! Había perdido a Zana. En los peores días de aquel invierno llegó a pensar que la vida se congelaría. Esta había sido su prueba. Había pensado que cuando la muerte enseña los dientes, la vida debe cesar momentáneamente. Pero no era así. La historia, aún caliente, vertida a sus pies, demostraba lo contrario. Leedme en este instante, parecía decir la historia, ahora que soy más verdad que nunca. El pueblo había resistido el envite. Había desfigurado la cara de dolor, mostrando quizá su amargura por el terrible esfuerzo, mas había conservado la vida. Inmaculado entre el caos. Intacto. La prueba ha pasado. Las pérdidas negrean en algunos puntos, agujeros profundos en su ancho pecho, mas las pérdidas acrecientan a los pueblos. La pérdida a mí también me ha aportado algo, se dijo Besnik. En su interior reinaba una quietud sorprendente, una mezcla de claridad y tristeza. Todo esto había sido a fin de cuentas muy simple: entre el infinito ejército del Comunismo, él era un comunista sencillo, casi anónimo, de mediados del siglo XX, al que la época entregó parte de su peso para que lo llevara. El aullido de la sirena parecía haber germinado en el cielo. Te ha esperado toda la tarde, pensó. Te he esperado siglos.

A principios de marzo, después de un vendaval cuya furia había superado a las ventiscas invernales, miles de personas subieron a los tejados para reparar, entre otras cosas, las antenas de TV, torcidas y derribadas por el viento. Desde septiembre del año anterior no se recordaba un viento así. Con los cuellos subidos para protegerle de la tormenta, la gente observaba

atenta los hierros desnudos de las antenas, como si buscaran en ellos las huellas de una terrible fatiga.

En su vida, nunca habían escuchado tantas noticias como aquel invierno. Y día tras día, noche tras noche, sin comprender bien cómo, habían dado en pensar que, después de todas aquellas noticias recogidas por las antenas en medio de la nieve, la lluvia y el quejido del viento, sus hierros ya estarían quebrados o retorcidos.

Sin embargo, las antenas, los tejados, igual que todo el paisaje del entorno, continuaban siendo los mismos. Quizá por ello, mientras se disponían a bajar, movían la cabeza como diciendo: «de todas formas, vaya invierno».

